Estratagemas

El Arte de la Guerra en Roma

Sexto Julio Frontino

Libros I, II, III y IV

Traducción y adaptación Ignacio Nachimowicz

PRESENTACIÓN

Traducción al castellano y resumen de Antonio Diego Duarte Sánchez del texto de la web LacusCurtius.

ESTRATAGEMAS

SEXTO JULIO FRONTINO

PRESENTACIÓN

El bosquejo biográfico aquí ofrecido está tomado principalmente del artículo del profesor Bennett "A Roman Waring" (Atlantic Monthly, Marzo 1902), al que se remite al lector para una información completa sobre Frontino como curator aquae, encargado del suministro de agua de Roma, y del libro de Herschel "Vida y obra de Frontino".

De los detalles de la vida de Frontino no estamos más que muy escasamente informados. Su personalidad, como se verá, se muestra en sus obras de modo nada ambiguo, pero los sucesos de su carrera, por lo que podemos saber de ellos, son pocos, deslabazados e indefinidos. Incluso el año de su nacimiento se ignora, aunque ya que Tácito habla de él como pretor urbano en el 70, podemos deducir que nacería sobre el año 35.

Sabemos poco de su lugar de nacimiento y de su familia. Su nomen, Julio, y el hecho de que desempeñara el cargo de *curator aquae*, el cual, como él nos indica, fue desde antiguo desempeñado por las personas más eminentes del Estado, apuntaría a un origen patricio. El examen de sus escritos delata las enseñanzas de la escuela alejandrina de matemáticas, especialmente las de Herón de Alejandría, y no es improbable que fuera educado en dicha ciudad.

Fue elegido cónsul en tres ocasiones, primero en el 73 o 74, después en el 98 y por último en el 100. Tras su primer desempeño de este cargo, fue enviado a Bretaña como gobernador provincial. En este puesto, como nos dice Tácito, Frontino continuó apoyando las tradiciones establecidas por su capaz predecesor, Cerialis, y se mostró a sí mismo capaz de afrontar las dificultades imprevistas que se le presentaron. Dominó a los siluros, una tribu poderosa y guerrera de Gales y, con el instinto para las obras públicas que distinguió toda su carrera, enseguida comenzó en el territorio conquistado la construcción de una vía, llamada por él *Vía Julia*, cuyo trazado aún se puede seguir y con parte de su antiguo pavimento aún visible.

Tras este destino provincial regresó a Roma el 78, tras lo que tenemos veinte años de su vida en blanco. Pero a este periodo entre sus cuarenta y tres y sesenta y dos años, están atribuidos la mayor parte de sus escritos. Su tratado del Arte de la Guerra puede haber sido escrito inmediatamente después de su regreso de Bretaña en el 78. Su *Strategemata* es datada por Gundermann entre los años 84-96. Dentro de este periodo, sin duda, también empezaron sus servicios como Augur, cargo en el cual fue sucedido a su muerte por Plinio el joven, en el 103 o 104.

En el 97 fue nombrado para el cargo de comisionado del agua (*curator aquae*), el puesto cuyo desempeño le proporcionó la mejor fama, y durante el cual escribió *De Aquis*. Probablemente, desempeñó el cargo de *curator aquae* hasta su muerte.

El *De Aquis* es, en primer lugar, un valioso compendio de información acerca de los acueductos de Roma. Pero es aún más que eso. Nos da una imagen del leal servidor público, a cargo de una inmensa responsabilidad, llamado de pronto a un puesto que había sido durante largo tiempo una sinecura y ruinosamente mal administrado, enfrentado con abusos y corrupción de larga tradición, y que administró su cargo con la vista puesta solamente en el servicio público y la correcta administración de los caudales públicos. Es este aspecto del *De Aquis* el que le presta, a pesar de su naturaleza técnica y su absoluta falta de gusto estilístico, un cierto carácter literario. Nos dibuja un hombre, nos dibuja motivos e ideales, el origen de una conducta.

La administración, de la que Frontino formó parte, era básicamente producto de una reforma municipal. Nerva y Trajano contribuyeron por igual a enmendar los abusos y el favoritismo del régimen precedente. No sólo escogieron ayudantes leales y capaces para su nueva política, también sentaron buenos ejemplos a imitar.

En Frontino encontraron un leal y celoso campeón de sus reformas. Advirtiendo la importancia de su cargo, procedió al estudio de sus características con el espíritu de un auténtico investigador, haciendo gala de una escrupulosa honestidad y fidelidad. Donde quiera que uno mire, en toda la historia romana, será difícil encontrar otro ejemplo semejante de virtud cívica y desempeño concienzudo del puro deber. No faltarán ejemplos de hombres de genio, valor y patriotismo; pero hay menos de hombres que trabajasen con tan total devoción por lo que íntimamente consideraban su deber; la recompensa por esto no sería excesiva y probablemente no excedería a su propia conciencia.

En Marcial hallamos una imagen de Frontino pasando sus días de ocio en un entorno agradable. Plinio escribe apelando a él como uno de los mejor cualificados para sentenciar una disputa legal. En el prefacio de un ensayo sobre agricultura que escribió Frontino, declara que interrumpió su redacción al tener que servir como militar, lo que pudo haber sido durante la expedición de Trajano contra los dacios en el 99; esto, no obstante, no es más que una conjetura.

Cerca de Oppenheim, en Alemania, se ha encontrado una inscripción dedicada por Julia Frontina, presumiblemente la hija de Frontino; está fechada alrededor del 84. Otra inscripción, cerca de la antigua Vetera Castra, está dedicada a Júpiter, Juno y Minerva en reconocimiento por la sanación de una enfermedad de Sexto Julio Frontino; y aún tenemos una tubería de plomo, que se dice encontrada cerca de la moderna Via Tiburtina, inscrita con el texto SEXTIULIFRONTINI.

Plinio nos ha conservado un dicho de Frontino: “El recuerdo perdurará si la vida lo ha merecido”; y la veracidad de tales palabras tiene el mejor ejemplo en

su autor. Rico y valioso como es su tratado, el *De Aquis*, por los datos sobre la administración de los antiguos acueductos, es la personalidad del escritor lo que uno gusta contemplar, su firme honestidad, su escrupulosa devoción a los deberes de su cargo, su atención paciente a los detalles, su leal adscripción a la soberanía a la que sirve, su trabajo voluntarioso en beneficio del pueblo cuyo interés, bienestar y seguridad ayuda a mejorar. Simpatizamos con su orgulloso alarde de que, gracias a sus reformas, no sólo hizo más limpia la ciudad, sino el aire más puro y eliminó las causas de la pestilencia que habían antiguamente dado a la Ciudad una mala fama; y podemos fácilmente perdonar la fanfarronería romana con la que, tras enumerar las longitudes y rutas de varios acueductos, pregunta con un estallido de entusiasmo: "¿Quién se atrevería a comparar con estas poderosas obras las pirámides, o las inútiles aunque célebres obras de los griegos?". Romano minucioso de la vieja escuela, por lo que de su vida revela el *De Aquis*, mereció de sobra el recuerdo de la posteridad.

Las obras de Frontino son todas de naturaleza militar, escritas, como él nos dice, en parte para su propia instrucción y en parte en beneficio de los demás. La primera de ellas fue probablemente un tratado sobre el arte de la agrimensura y sus extractos, recolectados por Lachmann, trataban de los siguientes asuntos: de agrorum qualitate, de controversiis, de limitibus, de controversiis agrorum. La obra nos es conocida principalmente a través de codex Arcerianus en Wolfenbüttel, fechado probablemente sobre entre el sexto y séptimo siglo, que parece haber sido un libro empleado por los funcionarios romanos que contiene tratados sobre derecho romano y agrimensura, incluyendo algunas páginas de Frontino. Varias citas en otros autores de este trabajo de Frontino le señalan como un pionero en estas tareas prácticas de agrimensura romana y a sus obras como una autoridad reconocida durante muchos años.

La composición por Frontino de una obra militar de naturaleza teórica está atestiguada, en primer lugar, por sus propias palabras en el prefacio de su *Strategemata* y además por las declaraciones de Aelio, un contemporáneo más joven, y por las de Vegecio, quien escribió sobre el arte de la guerra unos tres siglos después. Este tratado está completamente perdido excepto en lo que Vegecio incorporó a su propia obra (Epitoma Institutorum Rei Militaris. N. del T.).

La *Strategemata*, presumiblemente siguiendo la obra perdida sobre el arte de la guerra a la que estaba destinada a complementar, describe varias clases de estratagemas de éxito, las cuales ilustran las reglas de la ciencia militar, y debían servir para fomentar en otros generales la capacidad de concebir y ejecutar a partir de estos ejemplos. Tal y como ha llegado a nosotros, la obra consiste en cuatro libros; tres de ellos escritos por Frontino y el cuarto por un autor de identidad desconocida. Estos cuatro libros fueron aún incrementados por más ejemplos, interpolados aquí y allí entre toda la obra.

LIBRO I

Dado que sólo yo, de aquéllos interesados en la ciencia militar, he emprendido la tarea de reducir sus reglas a un sistema (1), y dado que parece que he cumplido con ese propósito, tanto como las molestias de mi parte me permitieron lograrlo, me siento todavía bajo la obligación, en orden a completar la tarea que he empezado, a resumir en convenientes bocetos las hábiles operaciones de los generales, que los griegos unifican bajo el único nombre de strategemata.

Porque de este modo los comandantes serán dotados con ejemplos de sabiduría y previsión que servirán para nutrir su propio poder de concebir y ejecutar hechos semejantes. Así resultará que esta ventaja agregada hará que un general no temerá librar su propia estratagema, si la compara con experimentos ya realizados exitosamente.

Yo ni ignoro ni niego el hecho de que los historiadores han incluido también este rasgo en el alcance de sus trabajos, ni que los autores ya han registrado de algún modo todos los ejemplos famosos. Pero yo pienso que debo, fuera de la consideración a los detallistas, tener respeto a la brevedad.

Ya que es una tediosa ocupación buscar ejemplos diferentes esparcidos por sobre el inmenso cuerpo de la historia; y aquéllos que han hecho selecciones de hechos notables, han agobiado al lector con el inmenso volumen del material. Mi esfuerzo se consagrará a la tarea de establecer, como en respuesta a las preguntas, y como la ocasión lo exigirá, el ejemplo aplicable al caso puntual.

Habiendo examinado las categorías, yo tengo de antemano planeada mi campaña, por así decirlo, para la presentación de ejemplos ilustrativos. Es más, para que éstos puedan ser tamizados y clasificados propiamente según la variedad del asunto o materia, yo los he dividido en tres libros. En el primero los ejemplos de estratagemas son para el uso antes que la batalla comience; en el segundo, aquéllos que se relacionan con la batalla propiamente y tienden a causar el sometimiento completo del enemigo; el tercero contiene estratagemas conectadas con los sitios y el levantar sitios. Bajo estas clases sucesivas he agrupado los ejemplos apropiados a cada uno.

No es sino con justicia que yo exigiré indulgencia por este trabajo, y yo ruego que nadie me acuse con negligencia, si encuentra que yo he pasado por encima algún ejemplo. ¡Porque quién podría mostrarse igual ante la tarea de examinar todos los registros que nos han llegado en ambos idiomas! Y así es que yo me he permitido intencionalmente saltar muchas cosas. Que no lo he hecho sin razón, lo comprenderán aquéllos que leyeron los libros de otros que tratan de los mismos asuntos; pero será fácil para el lector proporcionar esos ejemplos bajo cada categoría.

Dado que este trabajo, como mis precedentes, han sido emprendidos para el beneficio de otros, más que por el bien de mi propio renombre, sentiré que estoy siendo ayudado, en lugar de criticado, por aquéllos que harán agregados a él. Si se demuestra que hay personas que muestran interés por estos libros, permítaseles que recuerden la diferencia entre «estrategia» y «estratagemas», qué por naturaleza son sumamente similares.

Pues todo lo logrado por un comandante, sea caracterizado por la previsión, ventaja, empresa, o resolución, pertenecerá al encabezado de «estrategia», mientras que esas cosas que caen bajo algún tipo especial de éstas serán «estratagemas». **L**a característica esencial de esta última, descansando, como lo hace, en la habilidad y la destreza, es bastante eficaz tanto cuando el enemigo será evadido como cuando será aplastado. Dado que en este campo ciertos resultados llamativos han sido obtenidos por discursos, he consignado ejemplos también de ellos, también, así como de hechos. Los tipos de estratagemas para la guía de un comandante en cuestiones a ser atendidas antes de la batalla:

I. Sobre cómo ocultar los planes de uno.
II. Sobre cómo averiguar los planes del enemigo.
III. Sobre cómo determinar el carácter de la guerra.
IV. Sobre cómo conducir un ejército a través de lugares infestados por el enemigo.
V. Sobre cómo escapar de las situaciones difíciles.
VI. Sobre cómo tender y encontrar emboscadas mientras se está en marcha.
VII. Cómo ocultar la ausencia de las cosas que nos faltan, o de suministrar substitutos para ellas
VIII. Sobre cómo distraer la atención del enemigo
IX. Sobre cómo sofocar un motín de soldados.
X. Cómo verificar una intempestiva demanda por batallar
XI. Cómo despertar el entusiasmo de un ejército por la batalla
XII. Sobre cómo dispersar los miedos inspirados en los soldados por augurios adversos.

I. SOBRE CÓMO OCULTAR LOS PROPIOS PLANES

1) Marco Porcio Catón creía que, si se les presentaba la oportunidad, las ciudades españolas qué él había dominado, se sublevarían, confiadas en la protección de sus muros. Él escribió, por consiguiente, a cada una de las ciudades, ordenándoles que destruyeran sus fortificaciones, amenazándolas con la guerra a menos que obedecieran inmediatamente, y ordenó que estas cartas fueran entregadas a todas las ciudades en el mismo día. Cada ciudad supuso que ella sola había recibido las órdenes; si hubieran sabido que las mismos órdenes habían sido enviadas a todas, podrían haber unido sus fuerzas y rehusarse a obedecer.

Nota: Memorias de Catón, año 195 a. de C., recogidas por Apiano, Sobre Iberia, 41 *: «Todos le enviaban emisarios y él les exigió otros rehenes, envió cartas selladas a cada una de las ciudades y ordenó a sus portadores entregarlas, todas, en un mismo día. El día lo fijó calculando el tiempo que aproximadamente tardarían en llegar a la ciudad más distante. Las cartas ordenaban a los magistrados de todas las ciudades que destruyesen sus murallas en el mismo día que recibieran la orden y, en el caso de que lo aplazaran, les amenazaba con la esclavitud. Éstos, vencidos recientemente en una gran batalla y dado que desconocían si estas órdenes se las habían dado a ellos solos o a todos, temían ser objeto de desprecio, con toda razón, si eran los únicos, pero si era a todos, los otros también tenían miedo de ser los únicos en demorarse y, puesto que no había oportunidad de comunicarse unos con otros por medio de emisarios y sentían preocupación por los soldados que habían venido con las cartas y que permanecían ante ellos, estimando cada uno su propia seguridad como lo más ventajoso, destruyeron con prontitud las murallas. Pues, una vez que se decidieron a obedecer, pusieron el máximo celo en tener en su haber, además, una pronta ejecución. De este modo y gracias a una sola estratagema, las ciudades ubicadas a lo largo del río Ebro destruyeron sus murallas en un solo día, y en el futuro, al ser muy accesibles a los romanos, permanecieron durante un largo tiempo en paz».*

2) Himilcón, el general cartaginés, deseando desembarcar en Sicilia por sorpresa, no hizo anuncio público alguno acerca del destino de su viaje, pero dio a todos los capitanes cartas selladas, en las que había instrucciones sobre a qué puerto llegar, con directivas adicionales que nadie debía leer, a menos que quedara separado del buque insignia por una tormenta violenta.

Nota: Memorias de Himilcón, año 396 a. de C., recogidas por Polieno, Estratagemas, 5:10 § 2: *«Cuando Himilcón levó anclas de noche con la flota cartaginesa en una expedición a Sicilia, dio a los patrones de las naves tablillas selladas en las que escribió el lugar de su destino, de modo que, si quedaban separados del resto, podían saber hacia qué puerto dirigirse, sin revelar el propósito confidencial de la expedición para que los desertores no lo transmitieran. Y cubrió el frente de sus lámparas, para que el enemigo no pudiera enterarse de su invasión, viendo sus luces a la distancia».*

3) Cuando Cayo Lelio fue como enviado a Sífax, llevó con él como espías a

ciertos tribunos y centuriones a quienes él presentó como esclavos y sirvientes. Uno de estos, Lucio Estatorio, que había estado bastante frecuentemente en elmismo campamento, y a quien alguien del enemigo pareció reconocer, Lelio lo golpeó con su bastón como a un esclavo, tratando de ocultar el rango del castigado.

Nota: Año 203, a. de C., anécdota recogida por Tito Livio, 30:4, *en la que, sin embargo Livio no menciona a ningún Lucio Esteatorio: «Con los agentes que enviaba a Sifax iban también como comitiva, y con disfraz de esclavos, aquellos oficiales suyos cuyo valor y prudencia conocía: éstos aprovechaban el tiempo de la entrevista para pasear por el campamento de un lado a otro, examinando las entradas y salidas, su situación y forma en sus detalles y conjunto, los cuarteles de los cartagineses y de los númidas, el intervalo que había entre el campamento de Asdrúbal y el del rey, la manera de estar colocados los centinelas y guardias, para asegurarse si convendría más la noche o el día para una sorpresa. Gracias a la frecuencia de las entrevistas, de intento enviaba unas veces a unos y otras a otros, para que conociesen todos aquellos detalles el mayor número posible de romanos».*

4) Tarquino el Soberbio, habiendo decidido que los ciudadanos principales de Gabii debían ser ejeutados, y no deseando confiar este propósito a cualquiera, no dio contestación alguna al mensajero enviado a él por su hijo, sino que meramente cortó las flores de las amapolas más altas con su bastón, mientras caminaba por el jardín. El mensajero, volviendo sin una respuesta, informó al joven Tarquino eso que él había visto haciendo a su padre. El hijo entonces entendió que la misma cosa debía ser hecha con los ciudadanos prominentes de Gabii (5).

Nota: Tito Livio, 1:54: *«Cuando se creyó bastante fuerte para intentarlo todo, envió a su padre uno de los suyos, con encargo de preguntarle lo que debía hacer, ahora que los dioses le habían concedido autoridad absoluta en la ciudad de Gabinia. Creo que el mensajero no debió parecer bastante seguro, porque no recibió contestación alguna verbal, sino que Tarquino, muy pensativo, pasó a los jardines de palacio, seguido por el enviado de su hijo. Dicese que paseando en silencio, derribaba con una varilla las adormideras más altas. Cansado de preguntar y de esperar contestación, el mensajero regresó a Gabinia, creyendo haber fracasado en su misión. Refirió lo que había dicho, lo que había visto; añadiendo que el rey, bien por odio, bien por cólera, o por aquel orgullo que le era natural, no pronunció ni una palabra; pero comprendiendo Sexto en el enigma el sentido de la contestación e intenciones de su padre, hizo perecer a los principales de la ciudad, acusando a unos delante del pueblo, y a los otros aprovechando la indignación que habían producido contra ellos».*

5) Cayo César, desconfiando de la lealtad de los egipcios, y deseando dar la apariencia de indiferencia, se entregó a alborotados banquetes, dedicándose mientras a una inspección de la ciudad (Alejandría) y sus defensas, fingiendo estar cautivado por el encanto del lugar y de sucumbir a las costumbres y vida de los egipcios. Habiendo dispuesto sus reservas mientras disimulaba así, capturó Egipto.

Nota: Apiano, 2:89: *«Sin revelar a nadie el curso de la navegación, levó anclas al atardecer, tras haber comunicado a los demás pilotos que mantuvieran el rumbo guiándose por la antorcha de su nave y por su señal durante el día; a su propio piloto le ordenó, cuando se habían alejado mucho de tierra, que pusiera proa a Alejandría. Tres días duró la ruta hasta Alejandría 196, donde le recibieron los guardianes del rey, pues éste estaba aún en Casio. En un primer momento fingió una actitud pacifista a causa del escaso número de tropas que le acompañaban, acogió de manera amigable a los que le visitaban, y en sus recorridos por la ciudad admiró su belleza y escuchó a los filósofos, de pie entre la multitud. Por esta razón creció entre los alejandrinos el favor hacia él y la opinión positiva de hombre pacífico».*

6) Cuando Ventidio estaba emprendiendo la guerra contra el rey parto Pacoro, sabiendo que cierto Farneo de la provincia de Cirréstica, una de aquéllas que fingían ser aliadas, estaba revelando a los partos todos los preparativos de su propio ejército, tornó la alevosía del bárbaro en su propia ventaja; fingió temer que pasaran esas cosas qué él estaba particularmente deseoso que pasaran y fingió desear que pasaran esas cosas qué él realmente temía. Y así, temeroso que los partos cruzaran al Éufrates antes de que él pudiera reforzarse con las legiones que estaban estacionadas más allá de las montañas Tauro en Capadocia, se esforzó seriamente en hacer que este traidor, según su perfidia usual, aconsejara a los partos que llevaran su ejército a través de Zeugma, por dónde la ruta es más corta, y el Éufrates fluye en un cauce profundo; declarando que, si los partos venían por ese camino, él podría aprovechar la protección de las colinas para eludir a sus arqueros; pero que temía el desastre si ellos avanzaban por el camino más bajo a través de la llanuras abierta (1).

Influido por esta información, los bárbaros llevaron su ejército por una ruta tortuosa al camino más bajo, y se pasaron alrededor de cuarenta días preparando los materiales y construyendo un puente sobre el río en un punto dónde las riberas estaban ampliamente separadas y donde la construcción del puente, por consiguiente, involucraba más trabajo. Ventidio utilizó este intervalo para reunir sus fuerzas, y habiéndolas congregado tres días ante que los partos llegaran, libró la batalla, venció a Pacoro y lo mató (2).

Notas.

(1) *Dado que Ventidio deseaba realmente que los partos tomaran la ruta más larga, teniendo así tiempo su refuerzo en llegar, él llevó a creer a Farneo que esperaba que ellos cruzaran por la ruta más corta. Porque él sabía que Farneo aconsejaría a los partos a tomar el curso de acción no deseado por él.*

(2) Dion Casio, 49:19: *«Esto era lo que estaba haciendo César; en cuanto a Antonio y los bárbaros, su guerra fue como sigue. Publio Ventidio oyó que Pacoro estaba reuniendo un ejército y estaba invadiendo Siria, y, temeroso, dado que las ciudades no se habían calmado todavía y las legiones estaban aún esparcidas en sus cuarteles de invierno, él actuó como sigue en orden a asegurar el retraso por parte de su enemigo y*

recuperarse de la lentitud de su propio ejército.Sabiendo que cierto príncipe Farneo a quien él también conocía, favorecía la causa parta, lo honró en todos los aspectos como si tuviera su plena confianza y lo tomó como consejero en algunas materias en las que él no podía resultar dañado y aún haría que Farneo pensara que poseía sus secretos más ocultos.

Habiendo alcanzado este punto, fingió temer que los bárbaros pudieran abandonar el lugar por dónde ellos cruzaban habitualmente el Éufrates, cerca de la ciudad de Zeugma, y usaran algún otro camino más lejos, río abajo; porque este otro lugar, dijo, era una llanura conveniente para el enemigo, mientras que el primero era montañoso y más adecuado a sus propias fuerzas.Persuadio al príncipe a creer esto y a través de él engañó también a Pacoro; porque el líder parto tomó la ruta a través del distrito llano que Ventidio siguió fingiendo esperar que él no tomaría, y como este era más largo que el otro, dio tiempo al romano para congregar sus fuerzas».

7) Mitrídates, cuando estaba bloqueado por Pompeyo y planeaba retirarse al día siguiente, deseando ocultar su propósito, realizó expediciones en busca de provisiones sobre un ancho territorio, e incluso en los valles adyacentes al enemigo. Con el propósito de apartar sospechas, arregló también encuentros para una fecha subsecuente con algunos de sus enemigos; y ordenó encender numerosos fuegos a lo largo del campamento. Entonces, en la segunda guardia, llevó sus fuerzas fuera, directamente más allá del campamento del enemigo.

Nota: Año 66 a. de C., Apiano, Sobre Mitrídates, 98: *«A pesar de todo, la falta de provisiones causaba estragos y, por consiguiente, enviando embajadores a Pompeyo, solicitó saber de qué forma podría poner fin a la guerra. Éste le respondió: «En el caso de que nos entregues a los desertores y te rindas sin condiciones.» Cuando Mitrídates conoció la respuesta, comunicó a los desertores lo relativo a ellos y, al ver que tenían miedo, juró que nunca haría la paz con los romanos a causa de su avaricia, y que no les entregaría a nadie ni haría jamás otra cosa que no fuera para provecho común de todos. Éstas fueron sus palabras, y Pompeyo, ocultando en emboscada a una fuerza de caballería, envió a otros para que hostigaran abiertamente a los puestos de avanzada del rey; a éstos les ordenó que provocaran (al enemigo) y que retrocedieran como si estuvieran derrotados. (Así lo hicieron), hasta que los que estaban emboscados los rodearon y los pusieron en fuga, y tal vez se hubieran precipitado a una con los fugitivos en el ipterior del campamento, si el rey, por temor a que esto ocurriera, no hubiera hecho avanzar la infantería, ante la cual los romanos retrocedieron. Este fue el desenlace de la primera confrontación, en forma de combate ecuestre, entre Pompeyo y Mitrídates».*

8) Cuando el Emperador César Domiciano Augusto Germánico deseó aplastar a los germanos, que estaban en armas, comprendiendo que harían grandes preparativos para la guerra si previan la llegada de un comandante tan eminente como él, ocultó la razón de su salida de Roma bajo el pretexto de tomar un censo en las provincias Gálicas. Al abrigo de esto, se precipitó en una súbita guerra, aplastó la ferocidad de estas tribus salvajes, y así actuó por el bien de las provincias (Año 83 de Nuestra Era).

9) Cuando era esencial que Asdrúbal y sus tropas fueran destruídas antes de reunirse con Aníbal, el hermano de Asdrúbal, Claudio Nerón, faltando confianza en las tropas bajo su propio mando, estaba por consiguiente ansioso por unir sus fuerzas con las de su colega, Livio Salinator a quien le había sido encomendada la dirección de la campaña. Deseando, sin embargo, que su salida pasara inadvertida por Aníbal, cuyo campamento estaba en situación opuesta al suyo, escogió diez mil de sus soldados más valientes, y dio órdenes a los lugartenientes a quienes dejó a cargo que se anunciara el número usual de patrullas y centinelas, que fuera encendido el mismo número de fuegos, y fuera mantenida la apariencia usual del campamento, para que Aníbal no sospechara y se aventurara a atacar a las pocas tropas dejadas detrás. Entonces, cuando se unió a su colega en Umbría después marchas en secreto, prohibió el *agrandamiento del campamento, para no dar señal alguna de su llegada al comandante cartaginés, que sería probable negase la batalla si supiera que las fuerzas de los cónsules se habían unido.*

Consecuentemente, al atacar al desprevenido enemigo con sus fuerzas reforzadas, ganó el día y volvió donde Aníbal antes que llegaran las noticias de su hazaña. Así, con el mismo plan, sacó ventaja sobre uno de los dos más astutos generales cartagineses, y aplastó al otro.

Nota: Año 207 a. de C., Valerio Máximo, 7:4 § 4: *«A continuación, Júpiter secundó aún con su benevolencia las juiciosas medidas concebidas por eminentes generales romanos. Mientras Aníbal saqueaba una extremidad de Italia, Asdrúbal había invadido la otra. Queríamos impedir que los ejércitos de ambos hermanos pudieran, después de su unión, colmar con un peso irresistible a nuestras agotadas fuerzas: es por lo qué triunfaron Claudio Nerón por una resolución enérgica, Livio Salinator por una admirable habilidad. Nerón contenía a Aníbal en la Lucania. Él tuvo la dirección, como lo exigía el plan de operaciones, de hacerle creer que estaba siempre presente y, salvando una larga distancia con una celeridad asombrosa, fue a llevarle socorro a su colega. Salinator, que debía librar batalla el día siguiente cerca de Metauro, río de Umbria, recibió a Nerón por la noche en gran secreto.*

Él hizo alojarse a los tribunos con los tribunos, los centuriones con los centuriones, los jinetes con los jinetes, los soldados de infantería con los soldados de infantería y, sin ningún tumulto, introdujo un segundo ejército en un espacio que apenas bastaba para uno solo. Tampoco Asdrúbal supo que había tenido un encuentro con dos cónsules, sucumbiendo a sus fuerzas reunidas. Así esa astucia cartaginesa, tan desgraciadamente célebre en todo el universo, fue esta vez engañada por la habilidad romana y abandonó a Aníbal en las trampas de Nerón y a Asdrúbal en las de Salinator».

10) Temístocles, instando a sus conciudadanos a la rápida construcción de los muros que, al comando de los lacedemonios, ellos habían demolido, informó a los enviados mandados de Esparta a protestar sobre esta cuestión, que él mismo vendría, para acabar con esta sospecha. Consecuentemente, fue a Esparta. Allí, fingiendo enfermedad, afianzó un retraso considerable. Pero después de darse cuenta que su subterfugio era sospechado, declaró que el rumor que había

llegado a los espartanos era falso, y les pidió que enviaran a algunos de sus líderes cuya palabra ellos tomarían acerca de las operaciones edilicias de los atenienses.

Entonces escribió en secreto a los atenienses, diciéndoles que detuvieran a aquéllos que vinieran, hasta que, sobre la restauración de los muros, él pudiera admitir ante los espartanos que Atenas estaba fortificada, y podría informarles que sus líderes no podrían volver hasta que el no hubiera sido enviado de vuelta. Los espartanos cumplieron prontamente estas condiciones, que no podían reparar la muerte de uno por aquella de muchos.

Nota: Año 478 a. de C. Tucídides, La Guerra del Peloponeso, 1:90 y ss.

11) Lucio Furio, habiendo llevado a su ejército a una posición desventajosa, se determinó a ocultar su ansiedad, para que los otros no se alarmaran. Cambiando gradualmente el curso, como si planeara atacar al enemigo después de un circuito más ancho, finalmente invertió su línea de marcha, y llevó a su ejército a salvo atrás, sin que este supiera lo que estaba pasando.

Nota: Apiano, 2:89: *«Sin revelar a nadie el curso de la navegación, levó anclas al atardecer, tras haber comunicado a los demás pilotos que mantuvieran el rumbo guiándose por la antorcha de su nave y por su señal durante el día; a su propio piloto le ordenó, cuando se habían alejado mucho de tierra, que pusiera proa a Alejandría. Tres días duró la ruta hasta Alejandría 196, donde le recibieron los guardianes del rey, pues éste estaba aún en Casio. En un primer momento fingió una actitud pacifista a causa del escaso número de tropas que le acompañaban, acogió de manera amigable a los que le visitaban, y en sus recorridos por la ciudad admiró su belleza y escuchó a los filósofos, de pie entre la multitud. Por esta razón creció entre los alejandrinos el favor hacia él y la opinión positiva de hombre pacífico».*

12) Cuando Metelo Pío estaba en España y se le preguntó qué iba a hacer al día siguiente, contestó: «Si mi túnica lo pudiera decir, yo la quemaría».

13) Cuando Marco Licinio Craso fue inquirido acerca de en qué momento iba a levantar el campamento, contestó: "¿Tiene miedo de no oír la trompeta?"

Nota: Año 79 a 72 a. de C. Valerio Máximo, 7:4 § 5: *«Q. Metelo merece también de ser citado por los recursos de su espíritu. Estaba haciendo la guerra en España contra los celtíberos en calidad de procónsul. Viendo que no podía tomar por la fuerza la ciudad de Contrebia, capital de esta nación, buscó una solución en largas e importantes reflexiones y encontró un medio para llegar a su fin. Se desplazaba por marchas forzadas, los llevaba en diferentes direcciones, por la tarde se atrincheraba sobre las alturas, yendo después sobre otras, haciendo ignorar a los suyos tanto como al enemigo, el motivo de estos movimientos imprevistos y súbitos. Uno de sus amigos íntimos le preguntó el porqué sus operaciones eran tan dispersas y su plan de campaña tan incierto. «No procures», dijo él, «saberlo. Porque si percibo que por dentro, mi túnica tiene conocimiento de mi proyecto, la haré quemar en seguida». ¿Dónde acabaron, pues,*

todos estos fingimientos? ¿y cual fue el resultado? Cuando hubo puesto a sus tropas en la imposibilidad de saber nada y hubo dado toda la vuelta a la Celtiberia, un día que había ido en otra dirección, se replegó precipitadamente sobre Contrebia, la sorPrendió y la abrumó como con un flechazo. Conque, si Metelo no se hubiera obligado a combinar astucias, habría debido quedar bajo las armas delante de las paredes de Contrebia hasta la vejez extrema».

II. SOBRE CÓMO AVERIGUAR LOS PLANES DEL ENEMIGO

1) Escipión el Africano, aprovechando la oportunidad de enviar una embajada a Sífax, encomendó especialmente a tribunos y centuriones escogidos que fueran con Lelio, disfrazados de esclavos, con la tarea de espiar la fuerza del rey. Estos hombres, para examinar más libremente la situación del campamento, dejaron intencionalmente suelto a un caballo y lo corrieron por la mayor parte de las fortificaciones, fingiendo que se escapaba. Después de haber informado los resultados de sus observaciones, la destrucción del campamento por el fuego trajo un fin a la guerra.

2) Durante la guerra con Etruria, cuando los astutos métodos de reconocimiento eran aún desconocidos por los líderes romanos, Quinto Fabio Máximo encomendó a su hermano Fabio Ceso, que hablaba el idioma etrusco fluídamente, que se pusiera un ropaje etrusco entrara en el Bosque Ciminio, adonde antes nuestros soldados nunca se habían aventurado. Mostró tal discreción y energía ejecutando estas órdenes que después de cruzar el bosque y observar que los umbros de Camerium no eran hostiles a los romanos, los llevó a una alianza.

Nota: Año 310 a. de C.; Livio, 9:36: *«La selva Ciminia era entonces más impenetrable y de aspecto más tétrico que lo eran en estos últimos tiempos las de la Germania; y hasta entonces ni siquiera un mercader había penetrado en ella; solamente el general se atrevía a entrar allí; en cuanto a los demás, no habían olvidado aún las Horcas Caudinas. Uno de los presentes (hermano del cónsul M. Fabio, llamado Ceso, según unos, y C. Claudio, según otros) se ofreció para reconocer el terreno, prometiendo traer muy pronto noticias ciertas. Educado en Cerea, entre huéspedes, había aprendido las letras etruscas y conocía perfectamente el lenguaje. Aseguran algunos escritores que en aquella época generalmente se instruía a los jóvenes romanos en las letras etruscas, como hoy se les instruye en las griegas; pero es más verosímil que algo más particular concurriese en él para que por medio de un disfraz tan atrevido se mezclase entre los enemigos. Dícese que solamente le acompañaba un esclavo, educado con él, y que por consiguiente sabía también el etrusco. Limitáronse al partir a tomar nociones generales acerca de la naturaleza de la comarca en que iban a entrar, y a enterarse de los nombres de los que ejercían autoridad en los pueblos, por temor de que en las conversaciones les descubriese su vacilación en puntos tan importantes. Partieron disfrazados de pastores, con armas de campesinos, hoces y dos picas. Pero ni el conocimiento de la lengua, ni sus vestidos ni armas les sirvieron tan bien como lo poco verosímil que era que un extranjero pudiese aventurarse en la selva Ciminia. Dícese que penetraron hasta el territorio de los Camestos umbríos, y que allí se atrevió el romano a decir quién era; que introducido en*

el Senado habló a nombre del consul de un tratado de alianza y amistad; que después de recibirle con benevolencia se le autorizó para que dijese a his romanos que si penetraban en aquellos parajes encontrarían víveres para treinta días, y que toda la juventud de los Camestos umbríos se encontraría dispuesta para marchar armada a sus órdenes. Comunicadas al cónsul estas noticias hizo marchar a la primera vigilia los bagajes y detrás las legiones, quedando él con la caballería. Al amanecer el día siguiente marchó a presentarse delante de las guardias etruscas, situadas fuera de la selva; y después de distraer por algún tiempo al enemigo se retiró a su campamento, del que salió por la otra puerta, alcanzando antes de la noche a su ejército. Al día siguiente, al amanecer, ocupó las cumbres del monte Ciminio, desde donde descubría las opulentas campiñas de la Etruria. Extendió por ellas sus soldados, poseedores ya de rico botín, y de pronto encontraron cohortes de campesinos etruscos, reunidos apresuradamente por los principales habitantes del país; pero reinaba tan poco orden en sus filas, que al querer recobrar las presas estuvieron ellos mismos a punto de serlo. Después de destrozarlas y ponerlas en fuga, después de devastar el país, el romano, vencedor y cargado de todo tipo de riquezas, volvió a su campamento, donde se encontraban ya cinco legados acompañados de dos tribunoss del pueblo, para prevenir a Fabio, en nombre del Senado, que no penetrase en la selva Ciminia. Regocijados por haber llegado demasiado tarde para detener el curso de la guerra, volvieron a Roma llevando la noticia de una victoria».

3) Cuando los cartagineses vieron que el poder de Alejandro era tan grande que amenazaba hasta África, pidieron a uno de sus ciudadanos, un hombre resuelto llamado Amilcar Rodino, que fuera donde el rey, fingiendo ser un desterrado, y que hiciera cualquier esfuerzo para ganar su amistad. Cuando Rodino tuvo éxito en esto, reveló a sus conciudadanos los planes del rey.

Nota: Año 331 a. de C. Justino, 26:6 § 1: *«Durante éstos procedimientos, los cartagineses, alarmados ante los rápidos éxitos de Alejandro Magno, y temiendo que él pudiera resolver anexar África a su Imperio persa, envió a Amílcar, llamado Rodino, un hombre notable por su ingenio y elocuencia más allá de otros, a sondear sus intenciones; en efecto, la captura de Tiro, su propia ciudad paterna, y la fundación de Alejandría, como un rival de Cartago, en los límites de África y Egipto, así como la buena suerte del rey, cuya ambición y éxito parecían no conocer límite alguno, llevaron sus aprehensiones a un alcance extremo. Amílcar, obteniendo el acceso al rey por el favor de Parmenión, se presentó a Alejandro como desterrado de su país, y como habiendo llegado ahí buscando refugio, ofreciendo, al mismo tiempo, servir como soldado en la expedición contra Cartago. Habiendo averiguado así sus puntos de vista, envió un informe completo a sus coterráneos, inscrito en tablillas de madera, con cera blanca extendida sobre la escritura. Los cartagineses, sin embargo, cuando él retornó después de la muerte de Alejandro, lo ejecutaron, no sólo desagradecidamente, sino cruelmente, pretendiendo que él había ofrecido vender su ciudad al rey».*

4) El mismo cartaginés envió hombres para que permanecieran un largo tiempo en Roma, en el papel de embajadores, y así asegurar la información de nuestros planes.

5) Cuando Marco Catón estaba en España, no pudiendo por otros medios llegar a un conocimiento de los planes del enemigo, ordenó que trescientos soldados hicieran un ataque simultáneo a un puesto enemigo, capturaran a uno de sus hombres y lo trajeran ileso al campamento. El prisionero, bajo tortura, reveló todos los secretos de su lado.

Nota: Año 195 a. de C. Plutarco, Marco Catón, 13: *«Cerró Antíoco las gargantas de las Termópilas con su ejército, y a las naturales defensas del sitio añadió fosos y trincheras, pensando que así tenía cercada a su arbitrio la guerra; y en verdad que los Romanos desconfiaron de poder romper por el frente; pero, resolviendo Catón en su ánimo aquellos atrincheramientos y aquel cerco, marchó por la noche a hacer un reconocimiento, llevando consigo una parte del ejército. Llegado a la cumbre, como el guía, que era un esclavo, desconociese el camino, se vio perdido en aquellas asperezas y derrumbaderos, causando esto en los soldados gran miedo y desaliento. Advirtiendo, pues, el peligro, mandó a todos los demás que no se movieran y aguardaran allí, y tomando consigo a Lucio Manlio, hombre hecho a caminar por las montañas, discurrió con gran fatiga y riesgo en una noche oscura y ya adelantada por entre acebuches y peñascos, dando rodeos y sin saber dónde ponía el pie, hasta que, llegando a un camino abierto, que se dirigía hacia abajo, y les pareció iría al campamento de los enemigos, pusieron señales en unas eminencias muy altas, que descollaban sobre el Calídromo. Retrocedieron desde aquel punto, reuniéronse con las tropas, y encaminándose a las señales, puestos otra vez en el camino, comenzaron a marchar con seguridad; pero a poco que anduvieron les faltó la senda, encontrándose con un barranco, por lo que les sobrevino otra vez la incertidumbre y el miedo, no sabiendo ni advirtiendo que ya se habían puesto muy cerca de los enemigos. Clareaba el día cuando les pareció que oían cierto murmullo, y de repente vieron un campamento griego y la guardia puesta al pie de la roca. Haciendo, pues, allí alto Catón con sus tropas, dio orden de que se le presentasen solos los Firmanios, que eran los que siempre se le habían mostrado más fieles y dispuestos. Cómo acudiesen éstos al punto y le cercasen en tropel, "deseo- les dijo- que se coja vivo a uno de los enemigos y se sepa de él qué guardia es aquella, cuál su número y cuál el orden, formación y disposición en que nos aguardan. Este rebato debe ser obra de prontitud y arrojo, que es en el que confiados los leones se lanzan sin armas sobre los otros tímidos animales". Dicho esto, partieron de allí con celeridad los Firmanios del modo que se hallaban, y corriendo por aquellos montes se dirigieron contra la guardia; cogiéndola desprevenida, todos se sobresaltaron y dispersaron; no obstante, pudieron coger a uno armado como estaba y lo pusieron en manos de Catón. Supo por éste que la principal fuerza estaba apostada en la garganta con el rey y que los que le guardaban las avenidas eran unos seiscientos Etolios escogidos; y mirando con desprecio así el corto número como la nimia confianza, marchó contra ellos al toque de trompetas y con grande gritería, siendo el primero a desenvainar la espada; pero los enemigos, luego que los vieron descender de las alturas, dando a huir hacia el cuerpo del ejército, lo pusieron todo en gran confusión».*

6) Durante la guerra con los cimbrios y los teutones, el cónsul Cayo Mario, deseando probar la lealtad de los galos y ligures, les envió una carta, ordenándoles en la primera parte de la carta, que no abrieran la parte interna (1), que estaba especialmente sellada, antes de una cierta fecha. Luego, antes de que el tiempo designado hubiera llegado, exigió la misma carta de vuelta, y

encontrando todos los sellos rotos, supo que estaban en marcha actos hostiles (2).

Nota 1: *La carta estaba presumiblemente escrita en código, con las segunda y tercera hojas unidas por un sello especial.*

Nota 2: *Año 104 a. de C.*

Hay también otro método de afianzar la inteligencia por el cual los generales mismos, sin acudir a ninguna ayuda externa, tomen precauciones por su propio esfuerzo, como, por ejemplo:

7) En la guerra etrusca, el cónsul Emilio Paulo estaba a punto de enviar su ejército abajo, a la llanura cerca del pueblo de Vetulonia, cuando vio a lo lejos levantar vuelo, desde el bosque, a una bandada de pájaros en forma un tanto sobresaltada, comprendiendo que alguna alevosía estaba acechando allí, tanto porque los pájaros habían levantado vuelo alarmados como porque lo hicieron todos al mismo tiempo y en gran número. Envió, por consiguiente, a algunos exploradores adelante y descubrió que diez mil boios estaban a la espera en ese punto para encontrarse con el ejército romano. A éstos los abrumó enviando sus legiones contra ellos en un punto diferente al que ellos esperaban.

Nota: Plinio, 3:138: *«Así es entonces Italia, sagrada a los dioses, así son las naciones y así son la ciudades de su pueblo; a lo cual podemos añadir que esta es esa misma Italia que, cuando Lucio Emilio Paulo y C Atilio Régulo eran cónsules, oyendo del levantamiento de la Galia, sin ninguna ayuda externa, ni siquiera con la ayuda de esa porción que se extiende más allá del Padus, armó 80.000 jinetes 700.000 infantes» Aquí Plinio confunde evidentemente a Emilio Paulo con Quinto Emilio Papo, que fue cónsul en el 282 y en el 278 a. de C. y que llevó adelante la guerra etrusca en colaboración con su colega Cayo Fabricio Lucino. Por otra parte, en el 283 a. de C., el cónsul Publio Cornelio Dolabella venció, en la batalla del Lago Vadimón, a un ejército de boios y etruscos mancomunados.*

Para cerrar esta aclaración, el cónsul Lucio Emilio Papo detentó el consulado en el 225 a. de C., conjuntamente con Cayo Atilio Régulo, y venció a un ejército de galos cisalpinos en cercanías de la población Telamón.

8) De la misma manera, Tisamenes, el hijo de Orestes, oyendo que una cumbre, una fortaleza natural, era mantenida por el enemigo, envió hombres al frente para determinar los hechos; y sobre sus informes que su impresión no tenía fundamento, comenzó su marcha. Pero cuando vio a un gran número de pájaros de volar de repente de la cumbre sospechada y no posarse nuevamente, llegó a la conclusión que las tropas enemigas se estaban escondiendo allí; y así, llevando su ejército por un desvío, escapó de aquellos que estaban a la espera de él.

Nota: *Personaje mitológico. Polieno, 2:37: «Tisamenes, conduciendo un ejército,*

percibió una gran cantidad de pájaros que pasaban rápidamente sobre cierto lugar, sin posarse en tierra. Él juzgó que debía haber hombres apostados en este mismo lugar, que habían espantado a los pájaros. Buscó, y encontró que en efecto había allí una emboscada de Jonios. Los atacó y los deshizo».

9) Asdrúbal, el hermano de Aníbal, supo que los ejércitos de Livio y Nerón se habían unido (aunque evitando dos campamentos separados se esforzaron por ocultar este hecho), porque observó caballos un poco flacos por viajar y hombres tostados por el sol, como naturalmente resulta de marchar.

Nota: Año 207 a. de C. Livio 27:47: *«Las líneas enemigas se desarrollaban ya delante de su campamento, cuando una circunstancia retrasó el combate. Habiendo avanzado Asdrúbal delante de las enseñas con algunos jinetes, observó escudos viejos que no había visto hasta entonces y caballos muy flacos; y todo el ejército le pareció más numeroso que de ordinario. Sospechando la verdad, mandó tocar retirada en seguida y envió destacamentos al río donde los dos ejércitos tomaban agua, esperando hacer algunos prisioneros y ver si había rostros curtidos, indicio de reciente marcha. Al mismo tiempo hizo examinar desde lejos el contorno del campamento, para reconocer si habían ensanchado el recinto en algún punto, y mandó escuchar con atención si la bocina sonaba una o dos veces».*

Nota 1: *La carta estaba presumiblemente escrita en código, con las segunda y tercera hojas unidas por un sello especial.*

Nota 2: *Año 104 a. de C.*

Hay también otro método de afianzar la inteligencia por el cual los generales mismos, sin acudir a ninguna ayuda externa, tomen precauciones por su propio esfuerzo, como, por ejemplo:

7) En la guerra etrusca, el cónsul Emilio Paulo estaba a punto de enviar su ejército abajo, a la llanura cerca del pueblo de Vetulonia, cuando vio a lo lejos levantar vuelo, desde el bosque, a una bandada de pájaros en forma un tanto sobresaltada, comprendiendo que alguna alevosía estaba acechando allí, tanto porque los pájaros habían levantado vuelo alarmados como porque lo hicieron todos al mismo tiempo y en gran número. Envió, por consiguiente, a algunos exploradores adelante y descubrió que diez mil boios estaban a la espera en ese punto para encontrarse con el ejército romano. A éstos los abrumó enviando sus legiones contra ellos en un punto diferente al que ellos esperaban.

Nota: Plinio, 3:138: *«Así es entonces Italia, sagrada a los dioses, así son las naciones y así son la ciudades de su pueblo; a lo cual podemos añadir que esta es esa misma Italia que, cuando Lucio Emilio Paulo y C Atilio Régulo eran cónsules, oyendo del levantamiento de la Galia, sin ninguna ayuda externa, ni siquiera con la ayuda de esa porción que se extiende más allá del Padus, armó 80.000 jinetes 700.000 infantes» Aquí Plinio confunde evidentemente a Emilio Paulo con Quinto Emilio Papo, que fue cónsul en el 282 y en el 278 a. de C. y que llevó adelante la guerra etrusca en colaboración con*

su colega Cayo Fabricio Lucino. Por otra parte, en el 283 a. de C., el cónsul Publio Cornelio Dolabella venció, en la batalla del Lago Vadimón, a un ejército de boios y etruscos mancomunados.

Para cerrar esta aclaración, el cónsul Lucio Emilio Papo detentó el consulado en el 225 a. de C., conjuntamente con Cayo Atilio Régulo, y venció a un ejército de galos cisalpinos en cercanías de la población Telamón.

8) De la misma manera, Tisamenes, el hijo de Orestes, oyendo que una cumbre, una fortaleza natural, era mantenida por el enemigo, envió hombres al frente para determinar los hechos; y sobre sus informes que su impresión no tenía fundamento, comenzó su marcha. Pero cuando vio a un gran número de pájaros de volar de repente de la cumbre sospechada y no posarse nuevamente, llegó a la conclusión que las tropas enemigas se estaban escondiendo allí; y así, llevando su ejército por un desvío, escapó de aquellos que estaban a la espera de él.

Nota: *Personaje mitológico. Polieno, 2:37: «Tisamenes, conduciendo un ejército, percibió una gran cantidad de pájaros que pasaban rápidamente sobre cierto lugar, sin posarse en tierra. Él juzgó que debía haber hombres apostados en este mismo lugar, que habían espantado a los pájaros. Buscó, y encontró que en efecto había allí una emboscada de Jonios. Los atacó y los deshizo».*

9) Asdrúbal, el hermano de Aníbal, supo que los ejércitos de Livio y Nerón se habían unido (aunque evitando dos campamentos separados se esforzaron por ocultar este hecho), porque observó caballos un poco flacos por viajar y hombres tostados por el sol, como naturalmente resulta de marchar.

Nota: Año 207 a. de C. Livio 27:47: *«Las líneas enemigas se desarrollaban ya delante de su campamento, cuando una circunstancia retrasó el combate. Habiendo avanzado Asdrúbal delante de las enseñas con algunos jinetes, observó escudos viejos que no había visto hasta entonces y caballos muy flacos; y todo el ejército le pareció más numeroso que de ordinario. Sospechando la verdad, mandó tocar retirada en seguida y envió destacamentos al río donde los dos ejércitos tomaban agua, esperando hacer algunos prisioneros y ver si había rostros curtidos, indicio de reciente marcha. Al mismo tiempo hizo examinar desde lejos el contorno del campamento, para reconocer si habían ensanchado el recinto en algún punto, y mandó escuchar con atención si la bocina sonaba una o dos veces».*

III SOBRE CÓMO DETERMINAR EL CARÁCTER DE LA GUERRA

1) Siempre que Alejandro de Macedonia tenía un ejército fuerte, escogía la clase de guerra en la que él podía luchar en batalla abierta.

2) Cayo César, en la Guerra Civil, teniendo un ejército de veteranos y sabiendo que el el enemigo tenía sólo reclutas recién incorporados, se esforzaba siempre por luchar en batalla abierta.

3) Fabio Máximo, comprometido en la guerra con Aníbal, inflado por su éxito en batalla, decidió evitar cualquier riesgo peligroso y consagrarse solamente a la protección de Italia. Por esta política se ganó el nombre de Cunctator ("El demorador") y la reputación de un consumado general.

Nota: Año 217 a. de C. Tito Livio, 22:12: *«El dictador, habiendo recibido el ejército del cónsul de manos del legado Fulvio Flaco, marchó a Tíbur, por el territorio sabino, el día señalado para la reunión de los nuevos soldados. De allí pasó a Prenesto, y por caminos de travesía tomó la vía Latina, desde donde, haciendo reconocer cuidadosamente los caminos, marchó hacia el enemigo, muy decidido a no intentar fortuna en ninguna parte, mientras la necesidad no le obligase a ello. El primer día que acampó cerca de Arpi, en presencia del enemigo, Aníbal desplegó en el acto su ejército y presentó batalla; pero en cuanto vio que todo permanecía tranquilo entre los romanos, y que su campamento continuaba en completa inmovilidad, exclamó orgullosamente que al fin estaba abatido el ánimo marcial de los romanos, que la guerra estaba terminada, que claramente le habían cedido el premio del valor, y de la gloria, y se retiró a su campamento. Sin embargo, interiormente experimentaba profunda inquietud porque tenía que habérselas con un general que en nada se parecía a Flaminio y a Sempronio, y porque los romanos, aleccionados por la desgracia, habían elegido al fin un jefe digno de Aníbal. En el primer momento temió la prudencia si no la energía del dictador. No habiendo puesto a prueba todavía su constancia, procuró tentarle e impacientarle, descampando frecuentemente y talando ante sus ojos los terrenos de los aliados. En tanto desaparecía rápidamente, en tanto se paraba de repente en algún recodo que le ocultaba, para ver si podía sorprenderle en campo raso. Fabio mantenía su ejército en las alturas, a corta distancia del enemigo, de manera que no pudiese escapar ni verse tampoco obligado a combatir. Los soldados estaban retenidos en el campamento a menos de absoluta necesidad; no salían a forrajear y recoger leña ni en corto número ni en desorden. Una fuerza de caballería y de tropas ligeras, organizada y equipada para las alarmas repentinas, cuidaba de la seguridad de los suyos y castigaba a los merodeadores enemigos que se atrevían a separarse. El dictador no quería arriesgar un combate general, sino que con ligeras escaramuzas trabadas sobre seguro y siempre al alcance de buena retirada, enseñaba a sus soldados, asustados por las recientes derrotas, a desconfiar menos de su valor y fortuna».*

4) Los bizantinos en su guerra con Filipo, evitando todo riesgo de batalla, y abandonando incluso la defensa de su territorio, se retiraron con éxito dentro de los muros de su ciudad, obligando a Filipo a retirarse, dado que él no pudo soportar el retraso de un sitio.

Nota: Año 339 a. de C. Justino, 9:1: *«Cuando Filipo vino una vez a Grecia, atraído por el pillaje de algunas ciudades, se formó la opinión, por el botín recogido de tales ciudades de poca nota, de cuan grande debía ser la riqueza de todas sus ciudades reunidas, y resolvió hacer la guerra sobre toda la Grecia. Pensando que conduciría enormemente a la promoción de su plan, si pudiera conseguir la posesión de Bizancio, una ciudad noble y puerto, que sería una estación para sus fuerzas por tierra y mar, procedió, cuando ésta cerró sus puertas ante él, a ponerle sitio. Esta ciudad había sido fundada por Pausanias, rey de Esparta, y sostenida por él durante siete años, pero*

después, como la fortuna de la guerra variaba, fue considerada como perteneciendo en un tiempo a los atenienses, y en el otro a los lacedemonios; y esta incertidumbre sobre su posesión fue la causa por la que, mientras ningún partido la consideraba como propia, mantuvo su libertad con la mayor determinación. Filipo, agotado por la duración del sitio, debió recurrir a la piratería para abastecerse de dinero, y habiendo capturado ciento setenta barcos, y vendido sus cargas, pudo por un rato aliviar su carencias tan ansiadas. Pero para que un ejército tan gran no fuera desperdiciado en el sitio de una sola ciudad, marchó lejos con sus mejores tropas, y asaltó algunas ciudades del Quersoneso. También llamó a su hijo Alejandro, que tenía entonces dieciocho años, para que se le uniera, y aprendiera los rudimentos de la guerra en el campamento de su padre. Hizo una expedición, también, a Escitia, para conseguir botín, que, después de la práctica de los comerciantes, le permitió compensar los gastos de una guerra con las ganancias de la otra».

5) Asdrúbal, el hijo de Giscón, en la Segunda Guerra Púnica, distribuyó a su ejército vencedor entre las ciudades de España cuando Publio Escipión lo presionó fuertemente. Como resultado, Escipión, para no esparcir sus fuerzas poniendo sitio a varios pueblos, retiró su ejército a cuarteles de invierno.

Nota: Año 207 a. de C. Livio, 27:2-3: *«El cartaginés, que se habíaa establecido en la Bética para asegurarse la fidelidad de sus amigos, decampó de pronto, y con rápida marcha que más narecia fuga que retirada, llegó al Océano y Cádiz. Pero convencido de que, si conservaba sus fuerzas formando ejército, seria siempre objeto de los ataques del enemigo, las repartió en diferentes ciudades, para que quedasen seguras detrás de las murallas, que a su vez se encargarían de defender. En cuanto vio Escipión que la guerra se desparramaba, y que la necesidad de llevar sus armas de una ciudad a otra le costaría más tiempo que trabajo, retrocedió».*

6) Temístocles, cuando Jerjes estaba acercándose, pensando que la fuerza del loos atenienses era desigual para una batalla en tierra, para la defensa de su territorio, o para el apoyo de un sitio, les aconsejó que trasladaran a sus esposas y niños a Trecen y otros pueblos, abandonar la ciudad, y transferir la escena de la guerra al agua.

Nota: Año 480 a. de C. Heródoto, 8:41: *«Así que, retiradas las otras escuadras a Salamina y vueltos a su patria los Atenienses, luego de llegados mandaron publicar un bando, para que «cada ciudadano salvase como pudiese a sus hijos y familia,» en fuerza del cual los más enviaron los suyos a Trecena, otros a Egina y algunos a Salamina: y en esto de pasar y poner en seguridad a sus gentes, dábanse mucha prisa por dos motivos: el uno por deseo de obedecer al oráculo recibido, y el otro, nada inferior, por lo que voy a decir. Cuéntase entre los Atenienses que una gran serpiente tiene su morada en el templo de Minerva como guarda de su ciudadela; y no solamente se cuenta así, sino que mensualmente le ponen allí su comida, como si en realidad existiera, y consiste su ración mensual en una torta con miel. Sucedió, pues, que dicha torta, que siempre en los tiempos atrás se hallaba comida, entonces apareció intacta; y como la sacerdotisa de Minerva diese de ello aviso, éste fue un motivo más para que los Atenienses con mayor empeño y prontitud dejasen su ciudad, como si la diosa tutelar la hubiese ya*

desamparado. Trasportadas, pues, todas sus cosas, hiciéronse a la vela para ir a juntarse con la otra armada en sus reales».

7) Pericles hizo la misma cosa en el mismo estado, en la guerra con los espartanos.

Nota: Año 431 a. de C. Tucídides, 1:143: *«Nuestros barcos les impidieron siempre aprender la guerra marítima, y si se atreviesen a combatir por mar, aun careciendo de experiencia, si tuvieran numerosa armada y fuese la nuestra pequeña, cuando vean la nuestra grande, y que les aprieta por todas partes, se guardarán de andar por mar, no acostumbrándose a ella, y sabrán poco y servirán para menos. Porque en el arte de la mar, así como en las otras artes, no basta ejercitarse por algún tiempo; antes para saberlo y aprender bien, conviene no ejercitarse en otra cosa. Y si dijeren que tomando el dinero que hay en los templos de Olimpia y de Delfos nos podrán sonsacar los marineros que tenemos a sueldo, dándoles mayor cantidad que nosotros, contestaré que nos causarían daño si éstos no fuesen, como lo son, nuestros amigos. Además tenemos patrones y marineros de nuestra nación en mayor número que todos los otros griegos, y ninguno de los que están a sueldo, aparte el peligro a que se pone si nos dejare, querría verse expulsado de nuestra tierra con la esperanza de enriquecerse más con el partido de ellos que con el nuestro; porque dándoles mayor sueldo será por menos días que les durará el nuestro».*

8) Mientras Aníbal estaba demorando en Italia, Escipión envió un ejército a África, y así forzó a los cartagineses a convocar a Aníbal. De esta manera transfirió la guerra de su propio país al del enemigo.

Nota: Año 204 a. de C. Apiano, La guerra de Aníbal, 55: *«Tal era la situación. En Roma accedieron al consulado Licinio Craso y Publio Escipión, el conquistador de Iberia. Craso acampó frente a Aníbal en las cercanías de Yapigia, en tanto que Escipión advertía al pueblo que nunca se verían libres del agobio cartaginés y de Aníbal en Italia, a no ser que un ejército romano pasara a África y llevara el peligro a su patria. Tras insistir con mucha obstinación y convencer a los que estaban indecisos, fue elegido él mismo como general para África y se hizo a la mar de inmediato hacia Sicilia».*

9) Cuando los espartanos fortificaron Decelia, una fortaleza de los atenienses, y hacían frecuentes correrías allí, los atenienses enviaron una flota para hostigar el Peloponeso, afianzando así la convocatoria del ejército espartano estacionado en Decelia.

Nota: Año 413 a. de C. Tucídides, 7:18: *«Los lacedemonios, que estaban preparando el socorro por la prisa que les daban los siracusanos y los corintios, cuando entendieron que los atenienses enviaban nuevo socorro a Sicilia, así para estorbar esto como también por consejo de Alcibíades, determinaron entrar en tierra de Atenas, y ante todas cosas cercar la villa de Decelia. Emprendieron esto los lacedemonios con más gusto, porque les parecía que los atenienses, manteniendo guerra en dos partes, a saber, en Sicilia y en su misma tierra, estarían más expuestos a ser deshechos, y también por la justa querella que tenían a causa de haber éstos empezado la guerra los primeros, cosa totalmente*

contraria a los tratos precedentes, cuyo rompimiento comenzó de parte de los lacedemonios, pues los tebanos invadieron la ciudad de Platea, sin estar rotos los tratos».

10) Cuando los germanos, de acuerdo con su costumbre habitual, siguieron surgiendo de pasturas boscosas y escondrijos no sospechados para atacar a nuestros hombres, encontrando luego refugio seguro en las profundidades del bosque, el Emperador César Domiciano Augusto, avanzando la frontera del Imperio a lo largo de una extensión de ciento veinte millas, no sólo cambió la naturaleza de la guerra, sino que llevó a sus enemigos bajo su dominio, destapando sus escondrijos.

Nota: Año 83 de Nuestra Era.

IV. SOBRE CÓMO CONDUCIR UN EJÉRCITO A TRAVÉS DE LUGARES INFESTADOS POR EL ENEMIGO.

1) Cuando el cónsul Emilio Paulo conducía su ejército a lo largo de un estrecho camino cerca de la costa en Lucania, y la flota de los tarentinos, que estaba esperándolo, atacó a sus tropas por medio de escorpiones, él colocó a prisioneros como una pantalla a su línea de marcha. No deseando dañar a éstos, el enemigo cesó en sus ataques.

Nota: Año 282 a. de C. *Dado que ningún Emilio Paulo llevó adelante la guerra con los tarentinos, este probablemente sea el Papo aludido en la nota al pie No 20.*

2) Agesilao el espartano, volviendo de Frigia cargado de botín, fue duramente presionado por el enemigo, que aprovechó su posición para acosar su línea de marcha. Por lo tanto, él colocó una fila de cautivos en cada flanco de su ejército. Siendo entonces éstos respetados por el enemigo, los espartanos encontraron tiempo para pasar.

Nota: Año 396 a. de C. Polieno, 2:1 § 30: *«Estando Agesilao en Asia, conducía un botín considerable. Los bárbaros lo hostigaban, y tiraban contra sus tropas muchas flechas y venablos. Agesilao tomó a todos los Bárbaros que tenía cautivos, y habiéndolos atado, los puso de lado a la cabeza de su ejército. Los enemigos que les reconocían por ser de los suyos, dejaron de tirar».*

3) El mismo Agesilao, cuando los tebanos dominaban un paso por el cual él tenía que marchar, cambió su curso, como si se apresurara hacia Tebas. Entonces, cuando los tebanos se retiraron alarmados para proteger sus muros, Agesilao reanudó su marcha y llegó a su objetivo sin oposición.

Nota: Año 394 o 377 a. de C. Polieno, 2:1 § 24: *«Agesilao, volviendo de Asia, atravesaba la Beocia. Los tebanos, para cortarle el paso, se apoderaron de unos lugares muy tupidos que se encontraban sobre su camino. Agesilao había desdoblado su falange, dando la orden en público de marchar derecho a Tebas. La ciudad estaba sin tropa*

alguna, y los tebanos temieron que sería rendida sin pena. Ellos dejaron de prisa esos puestos difíciles que habían ocupado, y Agesilao continuó su camino con toda seguridad».

4) Cuando Nicóstrato, rey de los Etolios, estaba en guerra con los epirotas, y podía entrar en su territorio sólo por estrechos desfiladeros, apareció en un punto, como intentando abrirse camino en aquel lugar. Entonces, cuando el cuerpo entero de los epirotas, se dieron prisa allí para prevenir esto, dejó a algunos de sus hombres para producir la impresión que su ejército estaba todavía allí, mientras él mismo, con el resto de las tropas, entraba por otro lugar, donde no lo esperaban.

5) Autofradates, el persa, conduciendo su ejército en Pisidia, y descubriendo ciertos pasos ocupados por los pisidios, fingió quedar frustrado en su plan para cruzar, y comenzó a retirarse. Cuando los pisidios estuvieron convencidos de esto, al amparo de la noche envió una muy fuerte fuerza adelante para capturar el mismo lugar, y al día siguiente envió su ejército entero a través de él.

Nota: Año 359 a 330 a. de C. Polieno, 7:17 § 1: *«Autofradates quería hacer una incursión en el país de los pisidios, encontrando que la entrada era muy estrecha y estaba bien guardada. Él se presentó con sus tropas, y como si hubiera sido repelido por la dificultad de los lugares, se retiró justo a seis estadios. La noche sobrevino, y los pisidios se imaginaron que los enemigos se habían retirado completamente, y se fueron de allí también: cuando Autofradates lo supo, tomó su infantería armada a la ligera, y a sus soldados que fueran los más ágiles, y corriendo con una diligencia extrema, atravesó los pasos estrechos, y asoló el país de los pisidios».*

6) Cuando Filipo de Macedonia apuntaba a la conquista de Grecia, oyó que el paso de las Termópilas estaba ocupado por tropas griegas. En consecuencia, cuando enviados de los etolios vinieron a demandar para la paz, él los detuvo, mientras se dirigió a marchas forzadas al paso, y dado que las guardias habían relajado su vigilancia esperando la vuelta de los enviados, por su inesperada llegada tuvo éxito en marchar a través del paso.

Nota: Año 210 a. de C.

7) Cuando el general ateniense Ifícrates se embarcó en una campaña contra el espartano Anaxibio en el Hellesponto cerca de Abidos, tuvo que conducir su ejército en una ocasión por sitios ocupados por patrullas enemigas, encerrado por un lado por montañas con precipicios, y por el otro bañados por el mar. Por algún tiempo se retrasó, y luego durante un día excepcionalmente frío, cuando nadie sospechaba tal movimiento, seleccionó a sus hombres de rostros más rudos, los frotó con aceite y los calentó con vino, y luego les ordenó que rodearan el mismo borde del mar, nadando a través de los sitios que eran demasiado escarpados para pasar. Así, por un inesperado ataque por la retaguardia, venció a los guardias del desfiladero.

Nota: *Cuando el general ateniense Ifícrates se embarcó en una campaña contra el espartano Anaxibio en el Hellesponto cerca de Abidos, tuvo que conducir su ejército en una ocasión por sitios ocupados por patrullas enemigas, encerrado por un lado por montañas con precipicios, y por el otro bañados por el mar. Por algún tiempo se retrasó, y luego durante un día excepcionalmente frío, cuando nadie sospechaba tal movimiento, seleccionó a sus hombres de rostros más rudos, los frotó con aceite y los calentó con vino, y luego les ordenó que rodearan el mismo borde del mar, nadando a través de los sitios que eran demasiado escarpados para pasar. Así, por un inesperado ataque por la retaguardia, venció a los guardias del desfiladero.*

8) Cuando en una ocasión Cneo Pompeyo se vio de impedido cruzar un río porque las tropas del enemigo estaban colocadas en la ribera opuesta, adoptó el ardid de conducir repetidamente sus tropas fuera del campamento y volver a él. Entonces, cuando el enemigo fue por fin engañado y relajó su custodia en los caminos ante el avance romano, hizo una arremetida repentina y efectuó un cruce.

Nota: *Confrontar con el truco desplegado por los espartanos en Egos Pótamos, Jenofonte, Helénica, 2:1 § 21 y ss.*

9) Cuando Poro, un rey de los indios, impedía a Alejandro de Macedonia conducir sus tropas a través del río Hidaspes, éste ordenó a sus hombres que hicieran una práctica de correr hacia el agua. Cuando por esa clase de la maniobra, condujo a Poro a cuidar la ribera opuesta, él condujo de repente su ejército a través del río en un punto más alto de la corriente.

Nota: Año 326 a. de C. Plutarco, Alejandro, 60:*«Lo relativo a Poro, el mismo Alejandro escribió en sus cartas como había pasado; porque dice que corriendo de Hidaspes, en medio de los dos campamentos, tenía Poro colocados al frente los elefantes para guardar el paso, y que él, por su parte, movía todos los días mucha, bulla y alboroto en su campo a fin de acostumbrar a los bárbaros a no hacer alto en ello ni temerlo; que en una noche de las propias de invierno, en que no lucía la Luna, tomando algunas tropas de las de a pie y lo más florido de la caballería, se alejó mucho de los enemigos y pasó hasta una isleta de no grande extensión, que allí le cogió una grande lluvia, y siendo muchos los relámpagos y rayos que parecían dirigirse al campamento, aun en medio de ver que muchos eran abrasados y consumidos de ellos, movió de la isleta para pasar a la opuesta orilla; mas yendo crecido y fuera de madre el Hidaspes a causa de la tempestad, había hecho una gran rotura e inundación, corriendo por ellas las aguas en notable cantidad, y pudo ponerse en el terreno intermedio, con poca seguridad, por ser éste resbaladizo y estar mojado. Cuéntase haber prorrumpido allí en esta expresión: "Ahora creeríais ¡oh Atenienses! cuántos trabajos aguanto por ser celebrado entre vosotros." Pero esto quien lo refiere es Onesícrito; el mismo Alejandro dice que, dejando las lanchas, pasaron armados la inundación, con agua hasta el pecho. Pasado que hubo, se adelantó con la caballería unos veinte estadios, haciendo cuenta que si los enemigos acometiesen con esta arma, mejor los vencería, y si quisiesen mover su batalla, también le llegaría a él con anticipación su infantería; y sucedió lo primero: porque habiendo cargado mil caballos y sesenta carros, los puso en huída, habiendo tomado todos los*

carros y muerto trescientos hombres».

10) El mismo Alejandro, impedido por el enemigo de cruzar el río Indo, comenzó a enviar a jinetes al agua en diferentes puntos y amenazar con efectuar un cruce. Entonces, cuando tenía a los bárbaros excitados con la expectativa, tomó una isla un poco más adelante, y desde allí envió tropas a la ribera que estaba más adelante. Cuando la fuerza entera del enemigo se largó a toda prisa a vencer a esta línea, él mismo cruzó sin peligro por vados dejados indefensos y reunió todas sus tropas.

11) Jenofonte ordenó una vez a sus hombres que intentaran un cruce en dos sitios, a la vista de armenios que tenía la posesión de la orilla de enfrente. Siendo rechazado en el punto bajo, pasó al superior; y cuando tuvo que retroceder desde allí también por el ataque del enemigo, volvió al cruce inferior, pero sólo después de ordenar a parte de sus soldados que permanecieran detrás y cruzar por el paso superior, tan pronto como los armenios hubieran vuelto para proteger al más bajo. Los armenios, suponiendo que todos avanzaban al punto inferior, pasaron por alto a aquellos que permanecían arriba, los que, cruzando el vado superior sin importunidad, defendieron a sus compañeros cuando ellos también pasaron.

Nota: Año 401 a. de C. Jenofonte, Anábasis, 4:3 § 20: *«Quirísofo entró en el río seguido por sus tropas. Y Jenofonte, con los más ligeros de la retaguardia, volvió corriendo con todas sus fuerzas al paso situado frente a las montañas de Armenia como si se propusiese atravesar el río por este punto y envolver a la caballería contraria. Los enemigos, al ver que el cuerpo de Quirísofo atravesaba la corriente sin dificultad y que los de Jenofonte se volvían atrás corriendo, temerosos de verse envueltos, huyeron con todas sus fuerzas con dirección hacia el camino que salía del río. Pero, llegados a él, tomaron el camino de la montaña. Licio, que mandaba el escuadrón de la caballería, y Esquines, que tenía a sus órdenes los peltastas de Quirísofo, al ver que los enemigos huían velozmente se pusieron a perseguirlos, y los soldados les daban voces que no se quedasen atrás, sino que los siguiesen hasta la montaña. Mientras tanto Quirísofo, después de haber pasado el río, sin cuidarse de perseguir a la caballería, se dirigió sin perder momento contra los enemigos que ocupaban más arriba las orillas escarpadas del río. Y ellos, al ver en fuga a la caballería y que los hoplitas avanzaban contra ellos, abandonaron las alturas que dominaban el río».*

12) Cuando Apio Claudio, cónsul en la primera Guerra Punica, no podía transportar a sus soldados de la vecindad de Regium a Messina, porque los cartagineses guardaban los estrechos, hizo correr el rumor que él no podría seguir una guerra que había sido emprendida sin el apoyo de la gente, y dando una vuelta completa, fingió poner vela a Italia. Entonces, cuando los cartagineses se dispersaron, creyendo que él se había ido, Apio volvió y desembarcó en Sicilia.

Nota: Año 264 a. de C. Polibio, 1:11: *«El Senado tampoco se atrevía a decidir, por las razones que hemos apuntado. Juzgaba que tanto en la injusticia del socorro de los*

mamertinos, como en las ventajas que de él podrían provenir, militaban iguales razones. Pero el pueblo, agobiado por una parte con las guerras precedentes, y deseando de cualquier modo el restablecimiento de sus atrasos; por otra haciéndole ver los pretores, a más de lo dicho, que la guerra, tanto en común como en particular, traería grandes y conocidas ventajas a cada uno, determinó enviar el socorro. Expedido el plebiscito (264 años antes de J. C.), eligen por comandante a Appio Claudio uno de los cónsules, y le envían con orden de socorrer y pasar a Messina. Entonces los mamertinos, y con amenazas, ya con engaños, echaron al Gobernador cartaginés, por quien estaba ya la ciudadela y llamando a Apio, le entregaron la ciudad. Los cartagineses, creyendo que su Gobernador había entregado la ciudadela por falta de valor y de consejo, le dan muerte en la cruz; y situando su armada naval junto al Peloro, y su ejército de tierra hacia las Senas, insisten con esfuerzo enel cerco de Messina.

Al mismo tiempo Hierón, creyendo que se le presentaba buena ocasión para desalojar enteramente de la Sicilia a los bárbaros que ocupaban a Messina, hace alianza con los cartagineses mueve su campo de Siracusa y toma el camino de la susodicha ciudad. Acampado a la parte opuesta, junto al monte Calcidico cierra también esta salida a los sitiados. Entretanto Appio, general de los romanos, atravesando de noche el estrecho con indecible valor, entra en Messina. Pero advirtiendo que los enemigos estrechaban con actividad la ciudad por todas partes, y reflexionando que el asedio le era de poco honor y mucho peligro, por estar los enemigos señoreados del mar y de la tierra, envía primero legados a uno y otro campo, con el fin de eximir a los mamertinos del peso de la guerra. Pero no siendo escuchadas sus proposiciones, la necesidad al fin le hizo tomar el partido de aventurar el trance de una batalla y atacar primero a los siracusanos. En efecto, saca sus tropas y las ordena en batalla, a tiempo que Hierón venía determinado a combatirle. El combate duró largo tiempo; pero al cabo Appio venció a los contrarios, los persiguió hasta sus trincheras, y despojados los muertos, retornó otra vez a la ciudad».

13) Cuando ciertos generales espartanos habían planeado zarpar hacia Siracusa, pero temían a la flota cartaginesa anclada a lo largo de la orilla, ordenaron que los diez barcos cartagineses que ellos habían capturado, marcharan adelante como vencedores, con sus propios buques azotados a su lado o remolcados detrás. Habiendo engañado a los cartagineses con estas apariencias, los espartanos tuvieron éxito en pasar.

Nota: 397 a. de C. Polieno, 2:11: *«Mientras que la flota de Cartago estaba en camino para ir contra Syracuse, Farácidas se encontró comprometido en medio de sus galeras. Tomó nueve; y con el fin de que los cartagineses no lo inquietaran en absoluto en su camino, hizo pasar sobre estas galeras tomadas, a sus propios remeros y a sus soldados. Al reconocer los cartagineses sus galeras, los dejaban pasar libremente al puerto de Siracusa».*

14) No pudiendo Filipo pasar en barco por los estrechos llamados Stena, porque la flota ateniense mantenía una guardia en un punto estratégico, escribió a Antipater que la Tracia estaba en rebelión, y que las guarniciones que él había dejado habían sido suprimidas, sugiriendo a Antipater que dejara todos los otros asuntos y lo siguiera. Filipo arregló que esta carta cayera en manos del

enemigo. Los atenienses, imaginando que se habían asegurado inteligencia secreta de los macedonios, retiraron su flota, mientras Filipo pasaba por los estrechos sin dificultad alguna para él.

Nota: 340-339 a. de C. *Los estrechos de Stena correpondían al Helesponto. «Stena» (ste??), no es en realidad ningún nombre geográfico; la palabra significa «estrecho». Polieno, 4:2 § 8: «Habiendo marchado contra los amfisensianos, Filipo se encontró obstruido por los atenienses y tebanos, quienes se habían hecho dueños de un desfiladero, que así se aseguraban que él no podría forzar; y por lo tanto tenía el recurso de la estratagema. Escribió una carta a Antipatro en Macedonia, informándole que los tracios estaban en rebelión, y que él estaba obligado por el momento a aplazar su expedición contra los amfisensianos, y marchar a Tracia. Esta carta fue enviada por un camino, donde él sabía que sería interceptada: este debía ser el caso; y los generales Cares y Proxeno, que mandaron contra él, después de haber deliberado sobre los contenidos de la carta, abandonaron el puesto que poseían. Filipo se sirvió inmediatamente de sus movimientos; y pasando el desfiladero sin oposición, derrotó después a los aliados, y tomó Amfisa».*

15) Ocurrió que el Quersoneso estuvo en un tiempo controlado por los atenienses, y Philip fue impedido de capturarlo, debido al hecho que el estrecho estaba dominado por buques no sólo de los bizantinos, sino también de los rodios y Quianos; pero Filipo ganó la confianza de estos pueblos, devolviendo su barcos capturados, como también promesas de paz a ser arregladas entre él y los bizantinos, quiénes eran la causa de la guerra. Mientras las negociaciones se prolongaban por algún tiempo y Filipo deliberadamente seguía cambiando detalles de los términos, en el intervalo preparó una flota, y eludiendo al enemigo mientras estaba sin guardia, zarpó repentinamente a los estrechos.

Nota: Año 339 a. de C.

16) Cuando Cabrias, el ateniense, estaba impedido de asegurar el acceso al puerto de los samios debido al bloqueo enemigo, envió a algunos de sus propios barcos con órdenes de cruzar la boca del puerto, pensando que el enemigo de guardia se lanzaría en persecución. Cuando del enemigo fue apartado por esta astucia, y nadie presentaba ahora oposición, aseguró la posesión del puerto con el resto de su flota.

Nota: Año 388 a. de C. Polieno, 3:11 § 10: *«Cabrias puso sobre cada uno de sus buques doce soldados, portadores de escudos, los más ligeros que había, y una noche les hizo desembarcar en el país enemigo. Él juzgó que los de la ciudad saldrían en armas para impedir saquear, y se apresuró a navegar contra la ciudad. Los habitantes al verle, se presentaron en seguida para impedirle tomarla. Mientras tanto Cabrias, hizo acercar sus buques de la costa, recuperó allí a sus portadores de escudos, que habían cargado todo el botín que habían hecho y se retiró».*

V. SOBRE CÓMO ESCAPAR DE LAS SITUACIONES DIFICILES

1) Cuando Quinto Sertorio, en la campaña española, deseaba cruzar un río mientras el enemigo lo acosaba por la retaguardia, hizo que sus hombres construyeran un terraplén en forma de media luna en la ribera, lo amontonaran alto con madera, y le prendieran fuego. Cuando el enemigo fue así interceptado, él cruzó la corriente sin obstáculos.

Nota: Años 80 a 72 a. de C.

2) Del mismo modo Pelópidas, el tebano, en la guerra Tesaliana, buscaba cruzar cierta corriente. Eligiendo un sitio encima de la ribera más grande, que era necesaria para su campamento, construyó un terraplén de *caballos de frisia* (1) y otros materiales, y le Prendió fuego. Entonces, mientras el enemigo era mantenido apartado por el fuego, él cruzó la corriente (2).

Nota:

1) *Un elemento característico de los castros son las Piedras hincadas o caballos de frisa, sistema defensivo que consiste en colocar series de piedras aguzadas y de aristas cortantes, hincadas en el suelo, sobresaliendo entre 0,30 y 0,60m., en la zona más vulnerable del castro, por lo que no siempre acompañan a la muralla en su recorrido.* ***2) Año 369-364 a. de C. Polieno, 2:4 § 2:*** *«Pélopidas, que estaba en Tesalia, tenía que pasar un río y no podía, porque tenía los enemigos a la espalda. Acampó a orillas del río, y se atrincheró con estacas y haces de leña que hizo cortar en gran cantidad. Le pegó fuego a la medianoche; por este medio los enemigos se encontraron en la imposibilidad de perseguirlo, y él pasó el río en libertad».*

3) Cuando Quinto Lutacio Cátulo fue rechazado por los cimbrios, y su única esperanza de seguridad radicaba en el paso de una corriente cuyas riberas estaban ocupadas por el enemigo, desplegó sus tropas en la montaña más cercana, como si tuviera la intención de acampar allí. Ordenó, entonces a sus hombres que no soltaran sus equipos, o dejaran sus cargas, y no abandonar las filas o los estandartes. A fin de reforzar con más eficacia la impresión sobre el enemigo, ordenó que fueran levantadas unas tiendas de campaña a la vista, y armar fuegos, mientras unos construían un terraplén y otros iban adelante, a la vista, a juntar madera. Los cimbrios, juzgando estos movimientos como genuinos, eligieron también un lugar para un campamento, dispersándose por los campos más cercanos para juntar las provisiones necesarias para su permanencia. De esta manera dieron la oportunidad a Cátulo no simplemente a cruzar la corriente, sino también a atacar su campo.

Nota: Año 102 a. de C.

4) Cuando Creso no podía vadear el Halis, y no tenía, ni barcos, ni medios para construir un puente, comenzó a construir corriente arriba una zanja detrás de su campo, trayendo así el canal del río a la retaguardia de su ejército.

Nota: Año 546 a. de C. Heródoto, 1:75 *: «Luego que llegó Creso al río Halis, pasó su ejército por los puentes que, según mi opinión, allí mismo había, a pesar de que los Griegos refieren que fue Tales Milesio quien le facilitó el modo de pasarlo, porque dicen que no sabiendo Creso cómo haría para que pasasen sus tropas a la otra parte del río, por no existir entonces los puentes que hay ahora, Tales, que se hallaba en el campo, le dio un expediente para que el río que corría a la siniestra del ejército corriese también a la derecha. Dicen que por más arriba de los reales hizo abrir un cauce profundo, que en forma de semicírculo cogiese al ejército por las espaldas, y que así extrajo una parte del agua, y volvió a introducirla en el río por más abajo del campo, con lo cual, formándose dos corrientes, quedaron ambas igualmente vadeables; y aun quieren algunos que la madre antigua quedase del todo seca, con lo que yo no me conformo, porque entonces ¿cómo hubieran podido repasar el río cuando estuviesen de vuelta?»*

5) Cuando Cneo Pompeyo en Brundisium había planeado dejar Italia y trasladar la guerra a otro campo, ya que César le pisaba los talones, como si estuviera en el el punto de embarque, colocó obstáculos en algunos caminos; a otros los obstruyó por medio de la construcción de muros a través de ellos; a otros las cruzó con trincheras, poniendo agudas estacas, y poniendo barreras cubiertas de tierra a través de las aperturas. A algunos de los caminos que conducían al puerto, los protegió lanzando vigas a través y amontonándolas una sobre otra en un enorme montón. Después de consumar éstos arreglos, deseando producir el aspecto de tener la intención de retener la posesión de la ciudad, dejó a unos arqueros como guardia en los muros; al resto de sus tropas las condujo ordenadamente a los barcos. Entonces, estando él en su curso, los arqueros también se retiraron por caminos familiares, y lo alcanzaron en barcas.

Nota: Año 49 a. de C. Cayo Julio César, Las Guerras Civiles, 1:27-28: *«Ya César tenía fabricada a los nueve días casi la mitad de su obra, cuando vuelven a Brindis remitidas por los cónsules las naves que transportaron a Durazo el primer trozo del ejército. Pompeyo, ya fuese que le daban cuidado las obras de César, o ya que desde el principio hubiese determinado dejar a Italia, al arribo de las naves empezó a disponer el embarco; y a fin de retardar más fácilmente el asalto de César, no fuese que los soldados al tiempo mismo de su partida entrasen la ciudad por fuerza, tapia las puertas, cierra las bocanadas y plazas, corta las entradas con zanjas, hincando en ellas palos y estacas agudas, allanando el piso con zarzos delgados y tierra. Cierra asimismo dos caminos abiertos, que fuera del muro llevaban al puerto, con vigas muy grandes y puntiagudas. Dadas estas disposiciones, manda embarcar en silencio la tropa, y apuesta de trecho a trecho sobre la muralla y las torres algunos soldados ligeros de los voluntarios, flecheros y honderos, con ánimo de hacerlos retirar a cierta seña, embarcada que fuese toda la tropa, y para eso les deja en paraje seguro embarcaciones ligeras».*

«Los de Brindis, ofendidos de las extorsiones de la soldadesca de Pompeyo y de los ultrajes de éste, estaban por César; y así como supieron la partida de aquél, mientras andaban ellos arriba y abajo, afanados en aparejar el viaje, no cesaban de hacer señas desde los terrados; por cuyo medio advertido César, manda preparar escalas y armar los soldados, para no perder coyuntura de bien ejecutar el ataque. Pompeyo a boca de noche

se hace a la vela. Los que habían quedado de guardia en la muralla son avisados con la seña concertada, y por senderos sabidos van corriendo a embarcarse. Los soldados de César escalan los muros; mas prevenidos por los vecinos que se guardasen de las empalizadas ciegas y zanjas encubiertas, se detuvieron; y guiados por un largo rodeo, llegaron al puerto, donde, metidos en barcas y chalupas, apresaron dos navíos que con tropas estaban encallados en los diques de César».

6) Cuando el cónsul Cayo Duilio fue atrapado por una cadena tirada a través de la entrada al puerto de Siracusa, en la cual él había entrado precipitadamente, reunió a todos sus soldados en las popas de los barcos, y cuando los barcos quedaron así inclinados, él los propulsó avanzado con la plena fuerza de sus remeros. Así se elevó por sobre la cadena, con las proas avanzadas. Cuando esta parte de los barcos pasó, los soldados, volviendo a las proas, las deprimieron, y el peso así transferido a ellas permitió a los barcos pasar sobre la cadena.

Nota: Año 260 a. de C.

7) Cuando Lisandro, el Espartano, fue bloqueado en el puerto de los atenienses (1) con su flota entera, dado que los barcos del enemigo fueron hundidos en el punto donde el mar fluye por una entrada muy estrecha, mandó que sus hombres desembarcaran en secreto. Entonces, colocando sus barcos sobre ruedas, los transportó al puerto vecino de Muniquia (2).

Nota: 1) El Pireo. 2) Año 404 a. de C.

8) Cuando Hirtuleyo, lugarteniente de Quinto Sertorio, conducía unas cohortes un largo y estrecho camino en España, entre dos montañas con precipicios, y se enteró que una destacamento grande del enemigo se acercaba, hizo cavar una zanja a través entre las montañas, la cercó con un terraplén de madera, Prendió fuego a éste, y escapó, mientras el enemigo quedó así impedido de atacarlo.

Nota: Años 79 a 75 a. de C.

9) Cuando Cayo César condujo sus fuerzas contra Afranio en la Guerra Civil, y no tenía medios para retirarse sin peligro, hizo que la primera y segunda líneas de batalla permanecieran en armas, tal como habían sido preparadas, mientras la tercera se aplicó a trabajar en secreto en la retaguardia, y cavó una zanja de 15 pies de profundidad, tras la línea en la cual los soldados bajo armas se retiraron a la puesta del sol.

Nota: *Año 49 a. de C. Cayo Julio César, Las Guerras Civiles, 1:42: «Al anochecer César metió las legiones dentro de este foso, y en él pasó la noche sobre las armas. Al otro día mantuvo el ejército dentro del foso, y atento que la fagina se había de ir a buscar muy lejos, dio por entonces semejante traza para la obra, señalando cada lado de los reales a cada legión para que cuidase de atrincherarlo, con orden de tirar fosos de la misma grandeza. Las demás legiones puso en orden de batalla, listas contra el enemigo. Afranio y Petreyo, para meter miedo y estorbar los trabajos, sacan fuera sus tropas al pie del*

monte y provocan a la pelea. Mas ni por eso interrumpe César la obra, fiado en las tres legiones y en el reparo del foso. Ellos, sin detenerse mucho ni alejarse de la falda del cerro, recogen las tropas a sus estancias. Al tercer día César pertrecha los reales con la estacada y manda transportar de los de Fabio las cohortes y el fardaje que allí había dejado».

10) Pericles el ateniense, conducido por los peloponesios a un lugar rodeado por todos lados por acantilados y precipicios y provisto sólo de dos salidas, cavó una zanja de gran anchura en un lado, como para cerrar al enemigo; al otro lado comenzó a construir un camino, como si tuviera la intención de hacer una salida por éste. Los sitiadores, sin suponer que el ejército de Pericles haría su fuga por la zanja que había construido, se había reunido a enfrentarlo en el lado donde estaba el camino. Pero Pericles, atravesando la zanja por puentes que había preparado, liberó a sus hombres sin interferencia alguna.

Nota: Año 430 a. de C.

11) Lisímaco, uno de los herederos del poder de Alejandro, habiendo determinado en una ocasión armar su campamento en una colina alta, fue conducido por descuido de sus hombres a una inferior. Temiendo que el enemigo atacara desde encima, cavó una triple línea de trincheras y rodeó a éstas con un terraplén. Entonces, cavando una sola zanja alrededor de todas las tiendas de campaña, fortificó así el campo entero. Habiendo así cerrado el avance del enemigo, rellenó las zanjas con tierra y hojas, e hizo su camino a través de ellas hacia tierras más altas.

Nota: Años 323 a 281 a. de C.

12) Cayo Fonteyo Craso, estando en España, habiendo partido con tres mil hombres en una expedición para conseguir víveres, fue atrapado en una difícil posición por Asdrúbal. Al anochecer, cuando tal movimiento era menos esperado, comunicando su plan sólo a los centuriones de la primera fila, irrumpió a través de las patrullas del enemigo.

13) Lucio Furio, habiendo conducido su ejército a una posición desfavorable, se determinó a ocultar su ansiedad, no fuera que los demás se alarmaran. Cambiando gradualmente su curso, como planeando atacar al enemigo después de un recorrido más amplio, finalmente revirtió su línea de marcha, y condujo a su ejército atrás sin peligro, sin que ellos supieran lo que pasaba.

14) Cuando el cónsul Cornelio Cosso fue atrapado por el enemigo en una posición desventajosa en la Guerra Samnita, Publio Decio, tribuno de los soldados, lo urgió a enviar una pequeña fuerza para ocupar una colina cercana, y se ofreció como líder de aquellos a quienes debía enviar. El enemigo, así desviado a un sector diferente, permitió que el cónsul escapara, pero rodeó a Decio y lo sitió. Pero Decio, liberándose de este apuro haciendo una salida por la noche, escapó con sus hombres ilesos, y se reunió con el cónsul.

Nota: Año 343 a. de C. Livio, 7:34-35-36 *(fragmento muy extenso para ser reproducido).*

15) Bajo el cónsul Atilio Calatino fue hecha la misma cosa por un hombre cuyo nombre es diversamente relatado. Unos dicen que se llamaba Laberio, y algunos Quinto Cedicio, pero la mayoría lo da como Calpurnio Flamma. Este hombre, viendo que el ejército había entrado en un valle, que el enemigo había ocupado por todas partes, pidió y recibió del cónsul trescientos soldados. Después de exhortar a éstos a salvar al ejército con su valor, corrió al centro del valle. Para aplastarlo a él y a sus seguidores, el enemigo descendio de todos lados, pero, manteniendo una batalla larga y feroz, dieron así al cónsul una oportunidad para liberar su ejército.

Nota: Año 258 a. de C. Livio, 22:60: *«Citó el ejemplo de nuestros mayores, el de Decio, tribuno de los soldados en el Samnio; y del tiempo de nuestra juventud en la primera guerra púnica, el de Calpurnio Flamma, que, marchando con trescientos voluntarios, para apoderarse de una altura situada en medio de los enemigos, les dijo: "Muramos, soldados, y con nuestra muerte libremos a nuestras regiones rodeadas."»*

16) Cuando el ejército del cónsul Quinto Minucio había marchado por un desfiladero de Liguria, y la memoria del desastre de las Horcas Caudinas se presentaba en las mentes de todos, Minucio ordenó a los auxiliares númidas, que parecían de poca monta debido a su propio aspecto salvaje y a sus desgarbados corceles, que montaran a caballo hasta la boca del desfiladero que el enemigo mantenía. El enemigo estaba al principio alerta contra el ataque, y rechazó a las patrullas. Pero cuando los númidas, a fin de inspirar más desprecio aún por ellos, fingieron deliberadamente caerse de sus caballos y se ocuparon en payasadas ridículas, los bárbaros, rompiendo filas ante esa nueva visión, se entregaron completamente al placer del espectáculo. Cuando los númidas notaron esto, gradualmente se acercaron, y espoleando a sus caballos, quebraron la línea ligeramente mantenida por el enemigo. Entonces prendieron fuego a los campos cercanos, de modo que se les hizo necesario a los ligurios retirarse para defender su propio territorio, liberando así a los romanos el cierre del paso.

Nota: Año 193 a. de C. Livio, 35:11: *«Hacía mucho tiempo que no ocurría nada digno de memoria en Liguria. A fines de este año, el cónsul corrió dos veces graves peligros. Su campamento fue saqueado y apenas tuvo tiempo para defenderse; pocos días después, sabiendo los ligurios que había penetrado con su ejército en un desfiladero, corrieron a apoderarse de las gargantas por donde tenía que salir. Encontrando el cónsul cerrada la salida, volvió la espalda y quiso retroceder; pero por este lado ocupaba también el enemigo la garganta. Recordó entonces el cónsul las Horcas Caudinas, y hasta, por decirlo así, se creyó trasportado a aquel paraje fatal. Unos ochocientos jinetes númidas formaban parte de las tropas auxiliares, y su jefe ofreció al cónsul forzar el paso por el lado que quisiese. "Solamente -dijo- deseaba saber cuál era la parte del país más habitada, para caer sobre los case-ríos e incendiar los edificios, con objeto de obligar por*

este medio a los ligurios a alejarse de las posiciones que habían tornado y a volar en socorro de sus hogares." El cónsul le prodigó elogios y le hizo esperar grandes recompensas. Los númidas montaron a caballo y marcharon a presentarse ante los puestos enemigos, sin hacer ninguna provocación. A primera vista, nada tan despreciable corno aquella gente. Hombres y caballos eran pequeños y flacos; los jinetes, casi desnudos, no llevaban más armas que venablos; sus caballos no tenían brida y sus movimientos eran desgraciados, corriendo con el cuello tendido y la cabeza alargada. Los númidas, para aumentar el desprecio que inspiraban, se dejaban caer de los caballos, excitando las risas con su fingida torpeza. Así, pues, los ligurios, que al pronto se habían preparado a rechazar un ataque contra sus líneas, abandonaron en seguida en su mayor parte las armas y se pusieron a contemplar ociosamente aquella extraña caballería. Los númidas continuaron sus movimientos, en tanto avanzando, en tanto retrocediendo, pero acercándose poco a poco a la salida del desfiladero, como si no pudiesen dominar sus caballos y les llevasen a pesar suyo. Después, clavando de pronto los acicates, pasaron rápidamente a través de las lineas enemigas, y, en cuanto llegaron a la llanura, prendieron fuego a todas las casas inmediatas al camino. En seguida corrieron a incendiar los caseríos más cercanos, llevándolo todo a sangre y fuego. La vista del humo primero, después los gritos de los habitantes sorprendidos en sus casas y últimamente la llegada de los ancianos y de los niños que se refugiaban en el campamento, difundieron el espanto; y en seguida, sin tomar consejo, sin esperar órdenes, corrieron los ligurios cada cual por su lado a la defensa de lo suyo. En un instante quedó desierto el campamento, y libre el cónsul pudo continuar su marcha con seguridad».

17) En la Guerra Social, Lucio Sila, sorprendido en un desfiladero cerca de Esernia por el ejército del enemigo bajo las órdenes de Duilio, solicitó una conferencia, pero fracasó en la negociación de términos de paz. Notando, sin embargo, que el enemigo estaba descuidado en su guardia a consecuencia de la tregua, marchó por la noche, dejando sólo a un trompetista, con instrucciones de crear la impresión de la presencia del ejército tocándola en las guardias, reuniéndose a él cuando la cuarta guardia comenzara. De esta manera condujo sus tropas ilesas a un lugar de seguridad, con todo su equipaje y máquinas de guerra.

Nota: Año 90 a. de C.

18) El mismo Sila, luchando en Capadocia contra Arquelao, general de Mitrídates, abrumado por las dificultades del terreno y el gran número del enemigo, propuso la paz. Entonces, aprovechándose de la oportunidad obtenida por la tregua, que sirvió para desviar la vigilancia de su adversario, se escapó de sus manos.

Nota: Año 92 a. de C.

19) Asdrúbal, hermano de Aníbal, imposibilitado de salir de un desfiladero cuya entrada era dominada por el enemigo, entró en negociaciones con Claudio Nerón y prometió retirarse de España si se le permitía marcharse. Entonces, discutiendo los términos, alargó las negociaciones durante varios días, tiempo

que él ocupó en el envío de sus tropas en destacamentos por caminos tan estrechos que fueron pasados por alto por los romanos. Finalmente él mismo hizo fácilmente su fuga con el resto, que estaban armados ligeramente.

Nota: Año 211 a. de C. Livio, 26:17: *«Asdrúbal hijo de Amílcar estaba acampado en Peñas Negras, en la Ausetania, paraje situado entre las ciudades de Iliturgis y de Mentisa. Apoderóse Nerón de la entrada de este desfiladero, y Asdrúbal, temiendo verse envuelto, envió un caduceator prometiendo que, si le dejaban retirarse, abandonará la España con todo su ejército, proposición que el general romano aceptó con regocijo. Asdrúbal pidió en seguida una entrevista para la mañana siguiente, en la que los romanos dictaran las condiciones bajo las cuales se les entregaran las ciudades y fortalezas y señalaran el día en que las guarniciones, sin fraude por una ni otra parte, saldrán con armas y bagajes. En cuanto consiguió lo que pedía, mandó a sus soldados retirar en cuanto declinase el día y durante la noche los bagajes más pesados, sacándolos del desfiladero por todos los medios posibles. Cuidóse mucho de no hacer salir aquella noche sino muy poca gente, porque un número pequeño podía engañar más fácilmente al enemigo a favor del silencio y escapar por senderos estrechos y difíciles. A la mañana siguiente acudieron a la entrevista; pero Asdrúbal consiguió, perdiendo aquel día en palabras y escritos extraños al objeto de la conferencia, aplazarla para el otro día. Durante esta noche, pudieron escapar otros soldados, y tampoco se terminó nada en el día siguiente: empleáronse muchos días de esta manera en discutir abiertamente las condiciones, y muchas noches en ocultar la retirada de los cartagineses. Cuando hubo abandonado el campamento la mayor parte del ejército, Asdrúbal volvió sobre lo convenido anteriormente, y disminuyendo la buena fe con el miedo del peligro, entendíanse cada vez menos. Casi toda la infantería había salido ya del desfiladero, cuando densa niebla le cubrió por completo al amanecer, así como las llanuras inmediatas. Queriendo aprovechar aquella circunstancia, hizo Asdrúbal rogar a Nerón que aplazase la conférencia para el día siguiente, prohibiendo la religión a los cartagineses ocuparse en aquellos días de asuntos graves. No levantó sospechas la astucia, y se otorgó el aplazamiento; en el acto salió del campamento Asdrúbal con la caballería y los elefantes, ocupando silenciosamente ventajosa posición. Hacia la hora cuarta disipó el sol la niebla, difundiéndose la luz, y los romanos vieron evacuado el campamento enemigo. Reconociendo al fin Claudio la astucia del cartaginés y viéndose engañado, lanzóse en su persecución queriendo darle batalla. Pero el enemigo rehusaba el combate, aunque mediaron algunas escaramuzas entre la retaguardia de los cartagineses y los exploradores del ejército romano»*

20) Cuando Marco Craso construyó una zanja alrededor de las fuerzas de Espartaco, éste por la noche la llenó de los cuerpos de los prisioneros y ganado que él había matado, y así marchó a través de ella.

Nota: Año 71 a. de C.

21) El mismo Espartaco, sitiado en las cuestas de Vesubio en el punto donde la montaña es más escarpada y que por eso no estaba custodiado, trenzó cuerdas de los mimbres de los bosques. Deslizándose por éstas, no sólo fugó, sino que apareciendo por otro lugar, golpeó con tal terror sobre Clodio que varias

cohortes cedieron el paso ante una fuerza de sólo setenta y cuatro gladiadores.

Nota: Año 73 a. de C. Plutarco, Craso, 9: *«Vino después de Roma en su persecución el pretor Clodio con tres mil hombres, y cercándolos en un monte que no tenía sino una sola subida muy agria y difícil, estableció en ella las convenientes defensas. Por todas las demás partes, el sitio no tenía más que rocas cortadas y grandes despeñaderos; pero como en la cima hubiese parrales nacidos espontáneamente, cortaron los que se hallaban cercados los sarmientos más fuertes y robustos, y formando con ellos escalas consistentes y de grande extensión, tanto que suspendidas por arriba de las puntas de las rocas tocaban por el otro extremo en el suelo, bajaron por ellas todos con seguridad, a excepción de uno sólo, que fue preciso se quedara, a causa de las armas. Mas éste las descolgó luego que los otros bajaron, y después también él se puso en salvo.*

De nada de esto tuvieron ni el menor indicio los Romanos, y al hallarse tan repentinamente envueltos, sobresaltados con este incidente, dieron a huir, y aquellos les tomaron el campamento. Reuniéronseles allí muchos vaqueros y otros pastores de aquella comarca, gentes de expeditas manos y de ligeros pies; así, armaron a unos, y a otros los destinaron a comunicar avisos o a las tropas ligeras».

22) Este Espartaco, estando envuelto por las tropas del procónsul Publio Varinio, colocó estacas a intervalos cortos antes de la entrada al campamento; luego colocó cadáveres, vestidos con ropa y abastecidos con armas, los ató a las estacas para dar el aspecto de centinelas, vistos a la distancia. También encendió fuegos en todas partes del campamento. Engañando al enemigo con este espectáculo vacío, Espartaco, por la noche condujo silenciosamente a salvo a sus tropas.

Nota: Año 73 a. de C.

23) Cuando Brásidas, un general de los Espartanos, fue sorprendido cerca de Anfípolis por huestes de los atenienses que lo superaban en número, permitió que lo envolvieran, a fin de disminuir la densidad de las filas del enemigo, alargando la línea de sitiadores. Entonces él se abrió camino en el punto donde la línea era el sostenida más ligeramente.

Nota: Año 424 ó 422 a. de C. Tucídides, 5:11: *«Entonces Brasidas conoció que ya era tiempo de salir, y viendo que se marchaban los enemigos, dijo a los suyos: «Esta gente no nos aguardará, porque bien veo cómo sus lanzas y celadas se menean, y nunca jamás hicieron esto hombres que tuviesen gana de combatir; por tanto, abrid las puertas, y salgamos todos con buen ánimo a dar sobre ellos con toda diligencia.»*

Abiertas las puertas por la parte que Brasidas había ordenado, así las de la ciudad como las de los reparos, y las del muro largo, salió con su gente a buen trote por la senda estrecha donde ahora se ve un trofeo puesto, y dio en medio del escuadrón de los enemigos, que halló confusos por el desorden que tenían, y espantados por la osadía de sus enemigos; inmediatamente volvieron las espaldas y se pusieron en fuga. Al poco rato salió Cleáridas por la puerta de Tracia, como le habían mandado, y vino por la otra parte

a dar sobre los enemigos. Los atenienses, viéndose acometer súbitamente por donde no pensaban, y atajados de todas partes, se asustaron más que antes, de tal manera que los del ala izquierda que habían tomado el camino de Eón diéronse a huir en desorden».

24) Ifícrates, haciendo una campaña en Tracia, teniendo en una ocasión armado su campamento en tierras bajas, descubrió por exploradores que la colina vecina estaba dominada por el enemigo, y que de ella bajaba un solo camino que podía ser utilizado para abrumarlo a él y a sus hombres. En consecuencia, dejó a unos pocos hombres en el campamento por la noche, y les ordenó que encendieran varios fuegos. Luego conduciendo adelante sus tropas y distribuyéndolas a lo largo de los lados del camino ya mencionado, permitió a los bárbaros pasar. Cuando de esta manera la desventaja de terreno de la cual él mismo sufrió se volvió contra ellos, con parte de su ejército atacó su retaguardia, mientras que con otra parte capturó su campamento.

Nota: Año 389 a. de C.

25) Darío, a fin de engañar a los escitas, dejó perros y asnos al salir de su campamento. Cuando el enemigo oyó éstos ladridos y rebuznos, imaginaron que Darío estaba todavía allí.

Nota: Año 513 a. de C. Heródoto, 4:135: *«Este fue el parecer que dio Gobrias, y del cual venida apenas la noche se valió Darío, quien dejó en su campo los inválidos y achacosos y a todos aquellos cuya pérdida era de poquísima cuenta, y con ellos también atados todos sus burros. El motivo verdadero de dejar aquellos a animales era para que rebuznasen entretanto con todas sus fuerzas, y el de dejar a los inválidos no era otro realmente que la misma falta de salud y de robustez, si bien de esa misma se valió de pretexto, como si él con la flor de su ejército meditara alguna sorpresa contra el enemigo, durante la cual debieran ellos quedarse para resguardo y defensa de sus reales, conforme lo pedía el estado de su salud. Así que habiendo Darío hecho entender esto a los que dejaba y mandado hacer los fuegos ordinarios, se apresuró a tomar la vuelta del Danubio. Los jumentos que se vieron allí sin la muchedumbre de antes, quejosos también y resentidos, empezaron a rebuznar aun más de lo acostumbrado, y los Escitas que oían aquel estrepitoso concierto estaban sin el menor recelo de la partida, muy creídos que los Persas quedaban allí al par que sus asnos».*

26) Para producir una idea falsa parecida en las mentes de nuestros hombres, los ligures, en varios sitios, ataron bueyes con cabestros a los árboles. Los animales, así separados, bramaron sin cesar y produjeron la impresión que los ligures estaban todavía allí.

27) Hanón, estando rodeado por el enemigo, seleccionó el punto en la línea más apropiado para una salida de combate, y, amontonando el equipaje ligero, le Prendió fuego. Entonces, cuando el enemigo se retiró para guardar las otras salidas, él dirigió sus hombres directamente a través del fuego, ordenándoles que protegieran sus caras con sus escudos, y sus piernas con su ropa.

28) Aníbal en una ocasión estaba complicado por dificultades del terreno, por la carencia de provisiones, y por la circunstancia de que Fabio Máximo le pisaba los talones. En consecuencia ató bultos de haces de leña encendidos a los cuernos de bueyes, y largó a los animales sueltos por la noche. Cuando las llamas se extendieron, abanicadas por el movimiento, los bueyes, presas del pánico, corrieron como locos aquí y allí sobre las montañas a las cuales habían sido conducidos, iluminando la escena entera. Los romanos, que se habían juntado para presenciar la vista, pensaron al principio que había ocurrido un prodigio. Entonces, cuando los exploradores relataron los hechos, Fabio, temiendo una emboscada, mantuvo a sus hombres en el campamento. Mientras tanto los bárbaros se marcharon, ya que nadie lo evitó.

Nota: Año 217 a. de C. Apiano, La Guerra de Aníbal, 14-15: *«En las inmediaciones de un paso estrecho del que Aníbal no tenía conocimiento previo, Fabio envió por delante cuatro mil hombres y lo ocupó, y él acampó en el lado opuesto con el resto de las tropas sobre una colina bien defendida. Aníbal, al darse cuenta de que había sido copado en medio de Fabio y de los que defendían el paso, tuvo más miedo que nunca. Ya que, en efecto, no tenía escapatoria, pues todo el lugar era escarpado e intransitable y no tenía la esperanza de poder forzar a Fabio o a los del desfiladero a causa de la solidez de su posición. En esta situación desesperada, degolló a los prisioneros de guerra en número de cinco mil, a fin de que en un momento de peligro no le crearan nuevos problemas y colocó antorchas en la cornamenta de cuantos bueyes había en el campamento, que eran muchos. Al llegar la noche, Prendió fuego a las antorchas, al tiempo que apagaba todos los demás fuegos del campamento, y ordenó mantener el silencio más absoluto. Mandó a los jóvenes más osados que arreasen con rapidez a los bueyes hacia la zona rocosa que había entre Fabio y el desfiladero. Éstos, aguijoneados por sus conductores y abrasados por el fuego, empezaron a trepar por las escarpas sin vacilación y con furia, caían abajo y de nuevo intentaban la escalada.*

Los romanos de uno y otro lado, cuando observaron el silencio y la oscuridad en el campamento de Aníbal y, en cambio, luces múltiples y variadas en las montañas, no podían comprender con exactitud lo ocurrido, puesto que era de noche. Fabio imaginó que se trataba de una estratagema de Aníbal, pero como no podía estar seguro, retuvo quieto a su ejército, receloso de la noche. En cambio, los que ocupaban el desfiladero sospecharon lo que precisamente Aníbal deseaba: que él intentaba escapar en un momento de desesperación, forzando el paso a través de los repliegues rocosos, y se lanzaron a la carrera descendiendo hacia el lugar donde vieron las luces, en la idea de que iban a coger a Aníbal en dificultades. Y éste, al verlos descender desde el paso, corrió hacia allí con sus hombres más rápidos sin luz y en silencio para pasar inadvertido. Cuando lo hubo ocupado y consolidó su posición, dio la señal con la trompeta, y el ejército le respondió en el campamento con un grito y encendieron fuego de repente. Justo entonces, los romanos se dieron cuenta del engaño, y el restante ejército de Aníbal y los que conducían los bueyes corrieron hacia el paso sin temor. Una vez que los hubo reunido, prosiguió su avance. Así, en aquella ocasión, Aníbal consiguió salvarse y salvar a su ejército contra toda esperanza, y apresurándose hacia Geronia, una ciudad de Yapigia, que tenía trigo abundante, la tomó y pasó el invierno sin temor, en medio de la abundancia».

VI. SOBRE CÓMO TENDER Y ENCONTRAR EMBOSCADAS MIENTRAS SE ESTÁ EN MARCHA

1) Cuando Fulvio Nobilior conducía su ejército de Samnium contra los lucanos, y se había enterado por desertores que el enemigo tenía la intención de atacar su retaguardia, ordenó que su legión más valiente fuera a la vanguardia, y el equipaje que la siguiera a la retaguardia. El enemigo, considerando a esta circunstancia como una oportunidad favorable, comenzó a pillar el equipaje. Fulvio entonces ubicó a cinco cohortes de la legión mencionada anteriormente en el lado derecho del camino, y cinco en el izquierdo. Entonces, cuando el enemigo estaba concentrado en el saqueo, Fulvio, desplegando sus tropas en ambos flancos, envolvió al enemigo y lo destrozó.

2) El mismo Nobilior, en una ocasión fue presionado con fuerza desde la retaguardia por el enemigo, mientras él estaba marchando. A través de su ruta corría una corriente, no tan grande como para evitar el paso, pero lo bastante grande como para causar tardanza por la rapidez de la corriente. En el lado más cercano de ésta, Nobilior colocó una legión escondida, a fin de que el enemigo, despreciando su pequeño número, pudiera seguir más audazmente. Cuando esto se cumplió, la legión que había sido fijada para el objetivo, atacó al enemigo emboscado y lo destruyó.

3) Cuando Ifícrates conducía su ejército en Tracia en una larga fila debido a la naturaleza del terreno, y le fue traído el informe que el enemigo planeaba atacar su retaguardia, ordenó que algunas cohortes se retiraran a ambos flancos y se detuvieran, mientras el resto debía acelerar su paso y huir. Pero de la línea completa a medida que pasaba, él retuvo a todos los soldados elegidos. Así, cuando el enemigo estaba ocupado en el promiscuo pillaje, y de hecho estaban ya agotados, mientras sus propios hombres estaban frescos y listos en orden, atacó y derrotó al enemigo y le despojó de su botín.

Nota: Año 389 a. de C. Polieno, 3:9 § 54: *«Ifícrates, estando en los alrededores de Fliunte, tenía un paso difícil de superar. Desdobló las filas de su falange, y los enemigos le atacaban por la retaguardia. Hirieron a muchos de los suyos, y se apropiaron de mucho botín. Él ordenó a su falange que apresurara el paso, tomó con él a los jefes y a los más valientes que encontró a derecha e izquierda, los colocó en orden a la cola de la falange, y los hizo atacar a esa gente ya cansada de la persecución, y ocupados tumultuosamente en pillar el equipaje, matando a varios; pero el número más grande fue hecho prisionero de guerra».*

4) Cuando nuestro ejército estaba a punto de pasar por el Bosque Litana, los boios cortaron los árboles por la base, dejándolos sólo con un delgado apoyo para estar de pie, hasta que fueran empujados. Entonces los boios se escondieron en el borde más avanzado de los bosques y cayendo sobre los árboles más cercanos, causaron la caída de aquellos más distantes, tan pronto

como nuestros hombres entraron en el bosque. De esa manera sembraron el desastre general entre los romanos, y destruyeron una gran fuerza.

Nota: Año 216 a. de C., Livio 23:24: *«Cuando se ocupaban de estas cosas, recibióse noticia de otra derrota. La fortuna amontonaba desastres aquel año. L. Postumio, cónsul designado, había perecido en la Galia con todo su ejército. Existía una selva inmensa, que los galos llamaban Latina, por la que iba a hacer pasar su ejército. Los galos habían cortado los árboles a derecha e izquierda del camino, de tal manera que, dejándoles en pie, pudiesen caer al impulso más ligero. Postumio tenía dos legiones romanas; y por la parte del mar superior había alistado tantos aliados, que le seguía en el territorio enemigo un ejército de veinticinco mil hombres. Habíanse extendido los galos por el lindero del bosque, lo más lejos posible del camino; y en cuanto el ejército romano penetró en aquel estrecho paso, empujaron los árboles más lejanos cortados por el pie. Cayendo éstos sobre los más cercanos, tan poco estables como los otros y fáciles de derribar, todo quedó aplastado por la confusa caída, armas, hombres y caballos, escapando apenas diez soldados. La mayor parte perecieron abrumados bajo los troncos y rotas ramas de los árboles; otros, asustados por aquel imprevisto golpe, fueron exterminados por los galos, que rodeaban armados toda la extensión del desfiladero. De aquel ejército tan considerable, solamente algunos soldados quedaron prisioneros al procurar ganar el puente, donde les detuvo el enemigo, que ya se había apoderado de R. Allí pereció Postumio, haciendo heroicos esfuerzos para escapar. Los boyos llevaron en triunfo al templo más respetado de su nación los despojos y la cabeza de Postumio; después, vaciando la cabeza y rodeando el cráneo, según la costumbre de aquellos pueblos, con un círculo de oro cincelado, les sirvió de vaso sagrado para ofrecer libaciones en las fiestas solemnes. Ésta fue también la copa del gran pontífice y de los sacerdotes del templo. El botín fue tan considerable para los galos como importante la victoria; porque habían sido aplastados casi todos los animales por la caída de los árboles; no habiendo huidas y por consiguiente dispersión de bagajes, encontraron todos los objetos en el suelo, a lo largo de la línea de cadáveres».*

VII. SOBRE CÓMO OCULTAR LA AUSENCIA DE LAS COSAS QUE NOS FALTAN, O DE SUMINISTRAR SUBSTITUTOS

1) Lucio Cecilio Metelo, careciendo de barcos para transportar a sus elefantes, unió grandes tarros de tierra, los cubrió con tablones, y luego, cargando a los elefantes sobre éstos, los transportó a través de los estrechos sicilianos.

Nota: Año 250 a. de C. Zonaras, 8:14: *«Los cartagineses, enterándose de lo que los romanos habían determinado en cuanto a la flota, enviaron una expedición a Sicilia, esperando ahora traerla completamente bajo su control. En tanto mientras los cónsules, tanto Cecilio Metelo como Cayo Furio, estaban en tierra, ellos permanecieron tranquilos; pero cuando Furio partió para Roma, ellos concibieron un desprecio hacia Metelo y avanzaron a Panormo. Metelo se enteró que habían venido espías del enemigo, y reuniendo a toda la gente de la ciudad, se dirigió a ellos, y luego les pidió que se asieran el uno al otro; así pudo investigar quién era el uno y el otro y cual era su ocupación, y así detectó a los enemigos. Los cartagineses se dispusieron en formación de batalla, y Metelo fingió tener miedo.*

Mientras él siguió este fingimiento durante varios días, los cartagineses se llenaron de presunción, y se tornaron completamente osados al hacer ataques. Entonces Metelo levantó la señal para los romanos. Inmediatamente hicieron una salida inesperada por todas las puertas, vencieron fácilmente la resistencia, y encerraron a sus enemigos en un lugar estrecho a través del cual ya no podrían retirarse; en razón de su propio número y el gran número de elefantes con ellos, fueron juntos atestados y lanzados a la confusión. Mientras tanto la flota cartaginesa se acercó a la costa y se convirtió en la causa principal de su destrucción. Los fugitivos, viendo los barcos, corrieron hacia ellos y trataron de forzar su camino a bordo; unos se cayeron al mar y fallecieron, otros fueron muertos por los elefantes, que se apiñaron el uno contra el otro y contra los hombres, y algunos otros fueron muertos por los romanos; muchos también fueron capturados vivos, hombres y elefantes también. Ya que cuando las bestias, privadas de los hombres con quienes estaban acostumbradas, se enfurecieron, Metelo hizo una proclamación a los prisioneros, ofreciendo seguridad y perdón a quiénes las mantuviera bajo control; en consecuencia, algunos encargados se acercaron a los animales más suaves, a los que sometieron por la influencia de su acostumbrada presencia, y luego persuadieron al resto. Éstos, ciento veinte en número, fueron conducidos a Roma, transportados a través del estrecho del siguiente modo. Varios tarros enormes, separados por tablones de madera, fueron sujetados juntos de tal modo que no podían romperse, ni golpearse juntos; luego este marco fue atravesado por vigas, y encima de todo fueron colocados tierra y matorrales, y la superficie fue cercada, de modo que presentara el aspecto de un corral. Las bestias fueron puestas entonces a bordo de esta balsa y fueron transportadas a través sin saber que se movían sobre el agua. Tal fue la victoria de Metelo; pero Asdrúbal, el líder cartaginés, aunque se puso fuera de peligro en esta ocasión, fue convocado más tarde por los cartagineses a Cartago y empalado».

2) Cuando Aníbal en una ocasión no podía forzar a sus elefantes a vadear una corriente especialmente profunda, no teniendo, ni barcos, ni material para construirlos, ordenó que uno de sus hombres hiriera al elefante más salvaje debajo del oído, y luego inmediatamente nadar a través de la corriente y escapar. El enfurecido elefante, impaciente por perseguir al autor de su sufrimiento, cruzó la corriente, y así puso un ejemplo para que el resto concretara la misma empresa.

Nota: Año 218 a. de C. Livio, 21:28: *«Aníbal hizo pasar tranquilamente el resto de sus tropas, despreciando ya los tumultos galos, y estableció en seguida su campamento. En cuanto al modo de hacer pasar los elefantes, creo que hubo diferentes opiniones; al menos los relatos varían mucho acerca de este hecho. Según algunos, habiendo reunido los elefantes en la orilla, irritado el más furioso de ellos por su conductor, le persiguió en el agua, por la que huía a nado, y de esta manera los arrastró a todos: ahora bien; en cuanto cada animal de éstos, que tanto temen el agua profunda, perdió pie, la misma corriente le llevó a la orilla opuesta».*

3) Cuando los almirantes cartagineses estuvieron a punto de equipar su flota, pero carecían de retama (1) para escobas, cortaron el pelo de sus mujeres y lo emplearon para hacer el cordaje (2).

Nota: 1) *Retama de escobas Mata de la familia de las Papilionáceas, de doce a catorce decímetros de altura, con ramas espesas, asurcadas, verdes y lampiñas, hojas pequeñas, partidas en tres gajos, flores grandes, amarillas, solitarias o apareadas, y fruto de vaina ancha, muy aplastada y con varias semillas. Es abundante en España y se emplea en hacer escobas y como combustible ligero. Se usaba para fabricar cuerdas y sogas.*

2) Año 146 a. de C. Floro, 2:14: *«Hasta qué punto llegó la desesperación de los Cartagineses puede juzgarse por los siguientes hechos. Para construir una escuadra emplearon el maderamen de las casas y sus techumbres; á falta de bronce y hierro con que forjar las armas, fundieron la plata y el oro en las fraguas de los armeros, y las matronas cortaron sus cabellos para tejer con ellos las cuerdas de las máquinas de guerra».*

4) Los masaliotas y rodios hicieron lo mismo. **5)** Marco Antonio, cuando se refugiaba luego de Mutina, dio a sus soldados cortezas para ser usadas como escudos.

Nota: Año 43 a. de C.

6) Espartaco y sus tropas tenían escudos hechos de mimbre y cubiertos con cuero.

Nota: Año 73 a. de C. Floro, 3:20: *«Aumentando sus fuerzas de día en día, regularizaron un ejército, formaron groseros escudos de mimbres cubiertos con pieles, y fundiendo las cadenas de los esclavos, se armaron de espadas y dardos; y para que en la apariencia nada faltara de lo necesario á un ejército regular, montaron parte de sus fuerzas en los caballos de que se apoderaron, y á su jefe le entregaron las insignias y haces cogidas á nuestros pretores».*

7) Este lugar, pienso, es bastante apropiado para contar aquel hecho famoso de Alejandro de Macedonia Marchando a lo largo de los desérticos caminos de África, y sufriendo en común con sus hombres de la sed más dolorosa, cuando le fue traída un poco de agua en un casco por un soldado, él la volcó sobre la tierra a la vista de todos, sirviendo de esta manera de mejor ejemplo a sus soldados su contención, que si él hubiera compartido el agua con el resto.

Nota: Año 332-331 a. de C. Plutarco, Alejandro, 42, *no dice que Alejandro haya derramado el agua: «Con la marcha y persecución, que fue penosa y larga, habiendo andado a caballo en once días tres mil trescientos estadios, llegaron a flaquear y desalentarse la mayor parte, principalmente por la falta de agua. Allí se encontró con algunos Macedonios que en acémilas llevaban odres llenos de ella, y viéndole éstos mortificado de la sed, porque venía a ser entonces la hora del mediodía, llenaron sin dilación el casco y se lo presentaron; mas habiendo preguntado para quiénes conducían aquella agua, y ellos respondiesen: "Para nuestros propios hijos; pero viviendo tu, otros tendremos si perdiéremos éstos", tomó al oírlo el casco en las manos; pero volviendo la vista y observando que los soldados de a caballo que le acompañaban todos tenían*

inclinada la cabeza y fijos los ojos en la bebida, lo devolvió sin haber bebido, y dándoles las- gracias les dijo: "Si yo solo bebiere, éstos desfallecerán todavía más"; y ellos, viendo su templanza y su grandeza de ánimo, gritaron que los condujese con toda confianza, y aguijaron los caballos, porque ni se cansarían, ni tendrían sed, ni se acordarían que eran mortales mientras tuviesen un rey como él».

VIII. SOBRE CÓMO DISTRAER LA ATENCIÓN DEL ENEMIGO.

1) Cuando Coriolano procuraba vengar por la guerra la vergüenza de su propia condena, evitó la devastación de las tierras de los patricios, quemando y acosando aquellas de los plebeyos, a fin de despertar la discordia con la cual destruir la armonía de los romanos.

Nota: Año 489 a. de C. Plutarco, Coriolano, 27: *«Era con todo la menor mira de aquella expedición el procurarse provisiones y el talar y devastar la comarca; el objeto principal era acrecentar la discordia entre los patricios y la plebe, para lo que, arrasando y destruyendo todo lo demás, en los campos de los patricios no permitió que se hiciera el más leve daño, ni que nadie tomara de ellos cosa alguna. Con efecto, por esta causa fue mayor la disensión y contienda entre ellos, acusando a la plebe los patricios de haber desterrado injustamente a un varón de tan grande importancia y culpando a éstos la plebe de haber llamado por encono a Marcio; a lo que añadía que después le dejarían a ella la guerra, quedándose tranquilos espectadores, por cuanto tenían a la parte de afuera por guarda de su hacienda y de sus bienes a la misma guerra. Hecho esto, con lo que Marcio inspiró a los Volscos mucho aliento y confianza, se retiró con la mayor seguridad».*

2) Cuando Aníbal demostró no tener comparación alguna con Fabio en el carácter o en su desempeño como general, a fin de mancharlo con la deshonra, respetó sus tierras, habiendo devastado todas las otras. Para enfrentar este ataque, Fabio transfirió el título de su propiedad al Estado, y así, por la arrogancia de su carácter, evitó que su honor cayera bajo la sospecha de sus conciudadanos.

Nota: Año 217 a. de C. Plutarco, Fabio Máximo, 7: *«Fabio bien se percibió del engaño en la misma noche, porque algunas de las vacas que huyeron espantadas habían venido a dar en su poder; temiendo, sin embargo, alguna celada preparada a favor de las tinieblas, tuvo inmóvil el ejército sobre las armas. Luego que amaneció se puso en persecución de los enemigos y alcanzando la retaguardia, se trabó combate en terreno quebrado, por lo que en éstos era grande la confusión, hasta que Aníbal, haciendo salir de aquellas gargantas a los Españoles, más ejercitados en trepar por los montes, gente muy lista y de gran ligereza, los envió contra la infantería pesada de los Romanos, en la que hicieron bastante mortandad, y obligaron a Fabio a retirarse. Con esto crecieron las habladurías y el menosprecio contra él; porque no poniendo en las armas su confianza, sino aspirando a triunfar de Aníbal con la sagacidad y previsión, aparecía vencido y burlado con estos mismos medios, y queriendo Aníbal encender todavía más el encono de los Romanos contra Fabio, llegado que hubo adonde estaban sus posesiones, mandó que se talara e incendiara todo lo demás, y sólo a aquellas se perdonara, dejando una*

guardia que no permitiera destruir o tomar nada de lo que allí había. Todo esto fue anunciado en Roma, dándosele gran valor, levantando mucho el grito los tribunos de la plebe, a instigación principalmente de Metilio, que atizaba aquel fuego, no tanto por enemistad a Fabio, como porque teniendo deudo con Minucio, el maestre de la caballería, juzgaba que cedían en honor y aprecio de éste aquellos rumores. Había además caído en la indignación del Senado, por llevar éste a mal el tratado que acerca de los cautivos había hecho con Aníbal; porque le había otorgado que se canjearía hombre por hombre, y que si de la una de las partes era mayor el número, por cada uno de los que se entregasen se darían doscientas y cincuenta dracmas. Por tanto, cuando hecho el canje se halló que todavía le quedaban a Aníbal doscientos y cuarenta, el Senado resolvió no enviar su rescate, y se culpó a Fabio de que, contra toda razón y conveniencia, tratara de volver a Roma a unos hombres que por cobardía habían sido presa de los enemigos. Enterado de esta resolución Fabio, sufrió muy resignadamente el encono de los ciudadanos; mas no teniendo caudal propio, y no queriendo faltar a lo tratado, ni dejar abandonados a aquellos infelices, envió a Roma a su hijo con orden de que vendiera sus tierras y le llevara al punto el importe al ejército. Vendiólas éste, efectivamente, y vuelto allá con suma presteza, envió Fabio el rescate a Aníbal, y recobró los cautivos. Muchos de éstos quisieron remitírselo después, pero no quiso recibirlo de nadie, sino que lo perdonó a todos».

3) En el quinto consulado de Fabio Máximo, los galos, umbrios, etruscos, y samnitas habían formado una alianza contra el pueblo romano. Contra estas tribus, Fabio construyó primero un campamento fortificado más allá de los Apenninos en la región de Sentinum. Entonces escribió a Fulvio y Postumio, quiénes guardaban la ciudad, ordenándoles que se trasladaran a Clusium con sus fuerzas. Cuando estos comandantes obedecieron, los etruscos y umbrios se retiraron para defender sus propias posesiones, mientras Fabio y su colega Decio atacaron y derrotaron a las fuerzas restantes de samnitas y galos.

Nota: Año 295 a. de C. Livio, 10:27: *«Habiendo atravesado el Apenino los cónsules, entraron en el territorio sentino, acampando a cerca de cuatro millas del enemigo. Éste celebró en seguida consejo y decidió que no ocupasen todos el mismo campamento ni que marchasen todos juntos en línea de batalla. Los galos se unieron a los samnitas y los umbrios a los etruscos. Designóse día para el combate, debiendo librarle los samnitas y los galos, y durante la batalla los etruscos y los umbrios atacarían el campamento romano. Estos proyectos quedaron desconcertados merced a tres desertores de Clusio, que durante la noche pasaron furtivamente al campamento de Fabio. Después que revelaron el plan de los enemigos, despidiéronles con regalos para animarles a que se informaran exactamente de todo lo que se decidiese de nuevo, y a venir para revelarlo. Los cónsules escriben a Fulvio y a Postumio que abandonen las posiciones que ocupan, el uno cerca del territorio falisco y el otro cerca del Vaticano, y que avancen hacia Clusio, haciendo los mayores estragos en el país enemigo. La noticia de esta devastación hizo salir a los etruscos del territorio sentino para defender el suyo. Entonces lo intentaron todo los cónsules para llegar a una batalla, provocando al enemigo durante dos días, en los que nada memorable ocurrió. Por ambas partes perdieron algunos hombres; y estas escaramuzas no tuvieron otro efecto que aumentar el deseo de un combate general sin poder conseguirlo. En el día tercero hicieron salir todas las tropas al campo de batalla. Cuando estuvieron frente a frente, una cierva, arrojada de la montaña*

por un lobo que la perseguía, atravesó la llanura que ocupaban los dos ejércitos; en seguida los dos animales se dirigieron en opuesto sentido, la cierva hacia los galos y el lobo hacia los romanos, que abrieron las filas dejándole pasar mientras que los galas mataron la cierva.

Entonces un soldado romano de la primera fila, alzando la voz, exclamó: "La fuga y la muerte pasan a aquel lado donde veis muerto el animal consagrado a Diana. Por este lado el lobo de Marte, vencedor, escapado ileso del peligro, nos recuerda nuestro fundador y nuestro origen que remonta a Marte." Los galos se colocaron en el ala derecha y los samnitas en la izquierda. Fabio, en el ala derecha, opuso a los samnitas las legiones primera y tercera; Decio, en la izquierda, hizo frente a los galos con la quinta y la sexta; la segunda y la cuarta hacían la guerra en el Samnio con el procónsul L. Volumnio. El combate se sostuvo al principio con tanta igualdad, que si los etruscos y los umbrios hubiesen asistido, en cualquier parte que combatiesen, sea contra el ejército o contra el campamento, la derrota habría sido inevitable».

4) Cuando los sabinos formaron un gran ejército, dejaron su propio territorio, e invadieron el nuestro, Manio Curio envió contra ellos, por rutas secretas, una fuerza que devastó sus tierras y pueblos y les Prendió fuego en diferentes sitios. A fin de abortar esta destrucción de su país, los sabinos se retiraron. Pero Curio tuvo éxito al devastar su país mientras estaba indefenso, en rechazar a su ejército sin un enfrentamiento, y luego en matarlo poco a poco.

Nota: Año 290 a. de C.

5) Tito Didio careció de confianza un tiempo debido al pequeño número de sus tropas, pero siguió la guerra en la esperanza de la llegada de ciertas legiones que él esperaba. Oyendo que el enemigo planeaba atacar estas legiones, llamó a una asamblea de los soldados y ordenó que se prepararan para la batalla, y ejercer deliberadamente una supervisión descuidada sobre sus prisioneros. Como consecuencia, algunos de éstos escaparon e informaron a su gente que la batalla era inminente. El enemigo, para evitar dividir su fuerza esperando la batalla, abandonó su plan de atacar a aquellos por los que estaban a la espera, de modo que las legiones llegaron sin obstáculo y en perfecta seguridad al campo de Didio.

Nota: Años 98-93 a. de C., en España.

6) Durante la Guerra Púnica, ciertas ciudades resolvieron rebelarse de los romanos a los cartagineses, pero deseando, antes de rebelarse, recuperar a los rehenes que habían dado, fingieron que había estallado un levantamiento entre sus vecinos, al que comisionados romanos debían acudir y suprimir. Cuando los romanos mandaron a estos enviados, las ciudades los detuvieron como contrapromesas, y rehusaron devolverlos hasta que no recuperaran a sus propios rehenes.

7) Después de la derrota de los cartagineses, el rey Antíoco dio refugio a Aníbal

y utilizó su consejo contra los romanos. Cuando fueron enviados emisarios romanos a Antíoco, sostuvieron frecuentes conferencias con Aníbal, e hicieron así que se convirtiera en objeto de sospecha para el rey, a quien él fue por otra parte de lo más útil y agradable, como consecuencia de su inteligencia y experiencia en la guerra.

Nota: Año 192 a. de C. Livio, 35:14: *«Sulpicio, que se encontraba enfermo, quedó en Pérgamo; y Vilio, enterado de que Antioco se ocupaba de la expedición a Pisidia, marchó a Efeso, dedicando los pocos días que pasó en esta ciudad a frecuentes entrevistas con Aníbal, que se encontraba entonces en ella. Quería sondear sus intenciones si era posible, y persuadirle de que nada tenía que temer de los romanos; pero las conferencias no tuvieron resultado, aunque produjeron el natural efecto, que pudo creerse preparado por el talento de Vilio, de disminuir la influencia de Aníbal con el rey y hacerle sospechoso en todo. Dice el historiador Claudio, fundándose en las memorias griegas de Acilio, que el Africano formaba parte de aquella legación y que conferenció con Aníbal en Efeso; llegando a referir en estos términos una entrevista: "Habiéndole preguntado Escipión a quién consideraba como el general más grande, contestó el cartaginés que al rey de Macedonia, Alejandro, que, con un puñado de valientes, derrotó numerosos ejércitos y recorrió comarcas donde jamás había esperado penetrar el hombre." Preguntándole en seguida a quién colocaba en segundo lugar, contestó: "A Pirro, que fue el primero en enseñar el arte de los campamentos. Nadie supo elegir sus posiciones ni colocar sus tropas con más habilidad. Poseía además en tan alto grado el arte de ganarse las voluntades, que los pueblos italianos hubiesen preferido el dominio de aquel príncipe extranjero al de los romanos, que desde tanto tiempo mandaban como señores en Italia." "¿Y el tercero?" siguió preguntando. "Yo", contestó sin vacilar Aníbal. Entonces lanzó la carcajada Escipión, y añadió: "¿Qué dirías si me hubieses vencido?" "En ese caso me consideraría superior a Alejandro a Pirro y a todos los demás generales." Escipión agradeció la lisonja que encerraba aquella contestación inesperada, tan conforme con el carácter cartaginés, porque le señalaba puesto especial entre los generales, como si no tuviese igual».*

8) Cuando Quinto Metelo emprendía la guerra contra Yugurta, sobornó a los emisarios que le enviaron para que traicionaran al rey y lo entregaran en sus manos. Cuando otros enviados vinieron, hizo lo mismo; y con una tercera embajada adoptó la misma política. Pero sus esfuerzos por tomar prisionero a Yugurta tuvieron poco éxito, ya que Metelo deseaba que el rey le fuera entregado en sus manos, vivo. Y aún así hizo mucho, ya que cuando las cartas dirigidas a los amigos del rey fueron interceptadas, el rey castigó a todos estos hombres, y, quedando así privado de consejeros, no podía asegurar a ningún amigo para el futuro.

Nota: Año 108 a. de C. Salustio, La Guerra de Yugurta, 61, 62, 70-72: *«Viendo Metelo frustradas sus ideas y que ni la ciudad se tomaba, ni Jugurta quería pelear sino por sorpresa o en lugares ventajosos, y que ya se había pasado el estío, levanta el sitio de Zama, pone guarnición en las ciudades que se le habían entregado y eran bastante fuertes por su situación o por sus murallas, y acuartela el resto de su ejército en la parte de la provincia romana más cercana a la Numidia, para que invernase allí. Pero ni en*

ese tiempo estuvo ocioso, ni entregado, como otros suelen, al regalo, sino antes bien, visto que la guerra se adelantaba poco con la fuerza, resuelve valerse de los amigos del rey para tenderle lazos y usar de perfidia en vez de armas. Tienta, pues, con grandes promesas a aquel Bomílear que dijimos había estado con Jugurta en Roma, y que, sin embargo, de hallarse afianzado por la muerte de Masiva, se había ocultamente substraído al juicio con la fuga, el cual por la gran confianza que de él hacía el rey tenía gran proporción para engañarle, y logra desde luego de él que vaya en secreto a verle. Asegúrale después con su palabra que, si le entrega vivo o muerto a Jugurta, el Senado le perdonará y dejará toda su hacienda, y le persuade a ello fácilmente, ya por su natural infiel, ya porque temía que, si llegaba a hacerse la paz, una de las condiciones sería que le llevasen al suplicio.

Llégase, pues, en la primera ocasión que tuvo a Jugurta, que andaba acongojado y lastimándose de sus trabajos, y le exhorta y ruega con lágrimas, «que mire al fin por sí y por sus hijos y también por sus númidas, que tan acreedores a ello eran. Dícele que no ha habido batalla en que no hayan sido vencidos; que la campaña está asolada, la gente cautiva y muerta, las fuerzas del reino arruinadas; que hartas pruebas tiene ya hechas del valor de sus soldados y de la fortuna; y, finalmente, que no dé lugar con su tardanza a que los númidas se le anticipen. Con estas y otras razones induce al rey a que se entregue. Envíanse mensajeros a Metelo para hacerle saber que Jugurta hará cuanto se le mande, y que desde luego se pone a sí y a su reino en sus manos a discreción y sin pacto alguno. Metelo manda que vengan al instante de los cuarteles cuantos había en ellos del orden senatorio, con quienes, y con otros que creía a propósito, tiene su consejo; y tomada resolución en él, según la costumbre de los mayores, manda a Jugurta que apronte doscientas mil libras de plata, todos los elefantes y algunos caballos y armas. Hecho esto sin la menor tardanza, ordena que se le traigan atados todos los desertores. Tráesele gran parte, según lo acordado: algunos de ellos, desde que empezó a tratarse de entrega, se habían pasado al rey Boco a la Mauritania. Jugurta, viendo que sobre haberle despojado de sus armas, gente y dinero, le mandaban presentar en Tisidio para oír lo que debería hacer, comenzó a vacilar de nuevo y a temer por su mala conciencia el merecido castigo. Finalmente, habiendo entre estas dudas pasado muchos días, pareciéndole unas veces cualquiera suerte más llevadera que la guerra, por el tedio con que miraba su fortuna, y otras, considerando entre si cuán dura cosa era pasar de re a siervo, después de haber perdido infructuosamente y lo más y mejor de sus fuerzas, emprende de nuevo la guerra. En Roma, entretanto, el Senado, siendo consultado acerca de la distribución de las provincias, prorrogó a Metelo la Numidia.

Cuando llegó esta carta, se hallaba casualmente Nabdalsa reposando en su lecho, por hallarse fatigado del ejercicio, y viendo lo que Bomilcar le decía, le sobrecogió el cuidado y luego el sueño, como sucede a un ánimo apesadumbrado. Tenía consigo Nabdalsa un númida que le ayudaba en sus negocios, hombre fiel, a quien amaba mucho, y era sabedor de todos sus secretos, excepto éste. El númida apenas entendió que había llegado una carta, creyendo, como en otras ocasiones, que para el despacho de ella sería necesaria su asistencia y consejo, entra en la tienda de Nabdalsa y hallándole dormido, toma la carta que sin reflexión había puesto en la cabecera de la cama sobre la almohada; léela y vista la traición que se tramaba contra su rey, vase inmediatamente a darle cuenta. Despierta poco después Nabdalsa; y cuando se halla sin la carta y entiende cuanto había pasado, primero intenta alcanzar y detener al que iba con la noticia, y no habiendo

podido lograrlo, vase a Jugurta para aplacarle y decirle «que la perfidia de aquel confidente suyo se le había anticipado a hacer lo mismo que él pensaba, pídele con muchas lágrimas, por su amistad y buenos servicios hasta entonces, que no entre en sospecha de él sobre aquel hecho. El rey le responde plácidamente, pero muy contra lo que pensaba en su interior, y con haber hecho morir a Bomílcar y a otros muchos que supo ser cómplices de la conjura, desahogó algún tanto su enojo, sin atreverse a más, por miedo de que no se levantase con ocasión de eso algún tumulto. Desde este lance no tuvo ya Jugurta día o noche alguna con sosiego; de nadie se fiaba, ni se tenía por seguro en tiempo ni en paraje alguno; temía no menos a los suyos que a los enemigos; volvía frecuentemente el rostro a todas partes, sobresaltándose a cualquier ruido; dormía ya en un lugar, ya en otro, muchas veces contra lo que pedía el real decoro, y despertando a menudo, tomaba las armas y lo alborotaba todo. De esta suerte su miedo le traía como loca».

9) Cayo César en una ocasión capturó a un soldado que había ido a conseguir agua, y se enteró por él que Afranio y Petreyo planeaban levantar el campamento esa noche. A fin de obstaculizar los proyectos del enemigo, y no causar la alarma en sus propias tropas, César por la tarde temprano dio órdenes para que sonara la señal de levantar campamento, y encomendó que fueran mandadas mulas delante del campo del enemigo con ruidos y gritos. Pensando que César levantaba el campamento, sus adversarios se quedaron donde estaban, exactamente como César deseaba.

Nota: Año 49 a. de C. Julio César, Las Guerras Civiles, 1:66: *«A eso de la medianoche cogió nuestra caballería algunos que se habían alejado del campo en busca de agua; averigua de ellos César que los generales enemigos iban a marchar de callada. Sabido esto, manda dar la señal de marcha y levantar los ranchos. Ellos que oyen la gritería, temiendo verse precisados a pelear de noche y con las cargas a cuestas, o que la caballería de César los detuviese en los desfiladeros, suspenden la marcha y se mantienen dentro de los reales. Al otro día sale Petreyo con algunos caballos a descubrir el terreno. Mácese lo mismo de parte de César, quien destaca a Decidió Saja con un piquete a reconocer el campo. Entrambos vuelven a los suyos con una misma relación: que las cinco primeras millas eran de camino llano; entraban luego las sierras y los montes; que quien cogiese primero estos desfiladeros, sin dificultad cerraría el paso al enemigo».*

10) Cuando, en una ocasión, los refuerzos y las provisiones estaban en camino a Aníbal, Escipión, deseando interceptarlos, envió delante a Minucio Termo, y quedó en ir él mismo para prestar su apoyo.

Nota: Año 202 a. de C. Apiano, Sobre África, 36: *«Este, a la vista de la magnitud de la contienda, les pidió que llamaran a*

Asdrúbal y al ejército de que disponía. Asdrúbal, una vez que su proceso fue sobreseído, entregó su ejército a Aníbal, pero ni aún entonces se atrevió a mostrarse a los cartagineses, sino que se mantuvo oculto en la ciudad. Escipión bloqueó con sus naves el puerto de Cartago y les cortó los suministros por mar, en una situación en que estaban

mal abastecidos por tierra por la improductividad de ésta a causa de la guerra. Por estas mismas fechas, tuvo lugar un combate ecuestre entre las fuerzas de Aníbal y Escipión cerca de Zama en el que este último se Llevó la mejor parte. En los días sucesivos, hubo escaramuzas entre unos y otros, hasta que Escipión se dio cuenta de que Aníbal estaba por completo falto de recursos y aguardaba la llegada de provisiones; así pues, envió durante la noche a Termo, un tribuno militar, para atacar los suministros. Termo ocupó una posición, en una colina, en un paso angosto y dio muerte a cuatro mil Africanos, hizo otros tantos prisioneros y llevó a Escipión las provisiones».

11) Cuando los Africanos planeaban cruzar a Sicilia en gran número a fin de atacar a Dionisio, tirano de Siracusa, éste construyó fortalezas en muchos sitios y ordenó a sus defensores que se rindieran a la llegada del enemigo, y luego, cuando ellos se retiraran, volver en secreto a Siracusa. Los Africanos fueron obligados a ocupar las fortalezas capturadas con guarniciones, con lo cual Dionisio, habiendo reducido el ejército de sus opositores al número escaso que él deseaba, y estando ahora aproximadamente en una igualdad, los atacó y los derrotó, ya que él había concentrado sus propias fuerzas, y había separado las de sus adversarios.

Nota: Año 396 a. de C. Polieno, 5:2 § 9: *«Cuando los cartagineses invadieron el territorio de Siracusa con un ejército de trescientos mil hombres, Dionisio, que se había encargado de erigir varias fortalezas y fuertes en diferentes partes, envió embajadores para concluir una paz con ellos, a condición de entregarles todas las fortalezas y fuertes. Los términos fueron fácilmente aceptados por los cartagineses, quiénes estuvieron muy satisfechos con recibir la posesión de las fortalezas, sin el riesgo de una batalla; y dejaron considerables guarniciones en cada uno de ellos. Pero Dionisio atacó después con éxito, y derrotó completamente a su ejército principal, que estaba bastante reducido por los destacamentos, que habían quedado dispersados en varios sitios».*

12) Cuando Agesilao, el espartano, emprendía la guerra contra Tisafernes, fingió marchar para Caria, como si probablemente fuera más ventajoso luchar en distritos montañosos contra un enemigo fuerte en caballería. Cuando dio a conocer este objetivo y desalojó así a Tisafernes lejos de Caria, él mismo invadió Lidia, donde estaba situada la capital del reino del enemigo, y habiendo aplastado a aquellos que comandaban en aquel lugar, obtuvo la posesión del tesoro del rey.

Nota: Año 395 a. de C. Plutarco, Agesilao, 9, 10: *Sucedió que Tisafernes, temiendo al principio a Agesilao, capituló con él, concediéndole que las ciudades griegas se gobernasen por sus leyes con independencia del rey; pero pareciéndole después que tenía bastantes fuerzas se decidió por la guerra. Agesilao admitió gustoso la provocación, porque confiaba mucho en el ejército, y tenía a menos que los diez mil mandados por Jenofonte hubiesen llegado hasta el mar, venciendo al rey cuantas veces quisieron, y que él, al frente de los Lacedemonios, que daban la ley por mar y por tierra, no presentara a los Griegos ningún hecho digno de conservarse en la memoria. Pagando, pues, a Tisafernes su perjuicio con un justo engaño, dio a entender que se dirigía a la Caria, y, cuando el bárbaro tuvo reunidas allí sus fuerzas, levó anclas e invadió la Frigia. Tomó*

muchas ciudades y se apoderó de inmensas riquezas, manifestando a sus amigos que quebrantar injustamente la fe de los tratados es insultar a los dioses, pero que en usar de estratagemas que induzcan en error a los enemigos no sólo no hay justicia, sino acrecentamiento de gloria, acompañada de placer y provecho. Era inferior en soldados de a caballo, y al hígado de una víctima se halló faltarle uno de los lóbulos; retiróse, pues, a Éfeso, y juntó prontamente caballería por el medio de proponer a los hombres acomodados que si no querían servir en la milicia dieran cada uno un caballo y un hombre; y como éstos fuesen muchos, en breve tiempo tuvo Agesilao muchos y valientes soldados de a caballo en lugar de inútiles infantes. Porque los que no querían servir pagaban jornal a los que a ello se prestaban, y los que no querían cabalgar, a los que no tenían gusto en ello. También de Agamenón se dice haber obrado muy cuerdamente en recibir una excelente yegua por librar de la milicia a un cobarde y rico. Ocurrió asimismo que los encargados del despacho del botín pusieron de su orden en venta los cautivos, despojándolos del vestido; y como de las ropas hubiese muchos compradores, pero de las personas, viendo sus cuerpos blancos y débiles del todo, a causa de haberse criado siempre a la sombra, hiciesen irrisión, teniéndolos por inútiles y de ningún valor, Agesilao, que se hallaba presente: "Estos son- dijo- contra quienes peleáis y éstas las cosas por que peleáis".

Cuando fue tiempo de volver otra vez a la guerra anunció que se dirigía a la Lidia, no ya con ánimo de engañar a Tisafernes, sino que él mismo se engañó, no queriendo dar crédito a Agesilao, a causa del pasado error; pensó, por tanto, que su marcha sería a la Caria, por ser terreno poco a propósito para la caballería, de la que estaba escaso. Mas cuando Agesilao se encaminó, como lo había dicho al principio, a los campos de Sardes, le fue preciso a Tisafernes correr a aquella parte, y moviendo con la caballería acabó al paso con muchos de los Griegos, que andaban desordenados asolando el país. Reflexionando, pues, Agesilao que no podía llegar tan presto la infantería de los enemigos, cuando a él nada le faltaba de sus fuerzas, se dio priesa a venir a combate, e interpolando con la caballería algunas tropas ligeras les dio orden de que acometieran rápidamente a los contrarios, y él cargó también al punto con la infantería. Pusiéronse en fuga los bárbaros; y yendo en su persecución los Griegos, les tomaron el campamento e hicieron en ellos gran matanza. De resultas de esta batalla no sólo se hallaron en disposición de correr y talar a su arbitrio toda aquella provincia del imperio del rey, sino también de presenciar el castigo de Tisafernes, hombre malo y enemigo implacable de la nación griega; porque el rey envió sin dilación contra él a Titraustes, quien le cortó la cabeza; y con deseo de que Agesilao, haciendo la paz, se retirara a su país, envió quien se lo propusiera, ofreciéndole grandes intereses; pero éste dijo que la paz dependía sólo de la república, que por su parte más se alegraba de que sus soldados se enriquecieran, que enriquecerse él mismo, y que, además, los Griegos tenían por más glorioso que el recibir presentes tomar despojos de los enemigos. Con todo, queriendo manifestar algún reconocimiento a Titraustes por haber castigado a Tisafernes enemigo común de los Griegos, condujo el ejército a la Frigia, recibiendo de aquel en calidad de viático treinta talentos. Estando en marcha le fue entregado un decreto de los que ejercían la autoridad suprema en Esparta, por el que se le daba también el mando de la armada naval: distinción de que sólo gozó Agesilao el cual era, sin disputa, el mayor y más ilustre de cuantos vinieron en su tiempo, como lo dijo también Teopompo, pues que más quería ser apreciado por su valor que por sus dignidades y mandos.

Sin embargo, entonces, habiendo hecho jefe de la armada a Pisandro, pareció apartarse de estos principios; porque no obstante haber otros más antiguos y de más capacidad, sin atender al bien común, y dejándose llevar del parentesco y del influjo de su mujer, de la que era hermano Pisandro, puso a éste al frente de la armada».

IX. SOBRE CÓMO SOFOCAR UN MOTÍN DE SOLDADOS.

1) Cuando el cónsul Aulo Manlio se enteró que los soldados habían formado un complot en sus cuarteles de invierno en Campania para asesinar a sus anfitriones y apropiarse de su propiedad, diseminó el informe que ellos invernarían la siguiente temporada en el mismo lugar. Habiendo pospuesto así los proyectos de los conspiradores, rescató a Campania del peligro, y, tan pronto como la ocasión se presentó, infligió castigo a los culpables.

Nota: Año 342 a. de C. Según Livio, 7:38, 39, *quién atribuye la estratagema a C. Marcio Rutilio, cónsul en este año: «El resultado de esta campaña llevó a los faliscos, que solamente disfrutaban de una tregua, a pedir un tratado al Senado, y a los latinos, que acababan de levantar tropas contra Roma, á volverlas contra Peligno. La fama de estas hazañas traspasó los límites de Italia, y los cartagineses enviaron legados a Roma para felicitarla y regalarle una corona de oro, con objeto de que fuese colocada en el Capitolio, en el santuario de Júpiter; aquella corona pesaba veinticinco libras. Los dos cónsules triunfaron de los samnitas, siguiéndoles Decio con todo el brillo de su gloria y de sus recompensas, y en los rudos cánticos de los soldados no era menos alabado el nombre del tribuno que los de los cónsules.*

Recibiéronse en seguida legados de Capua y de Suesula; y a ruego suyo, se les enviaron tropas para invernar y rechazar las invasiones de los sanmitas. Aquella estancia era funesta ya para la disciplina militar; Capua con sus placeres blandeó el corazón de los soldados y les separó del recuerdo de la patria; así, pues, en los cuarteles de invierno formaron el proyecto de arrebatar por un crimen Capua a los campanios, que de la misma manera la arrebataron a sus antiguos poseedores. "Con razón, decían, se volverá contra ellos su propio ejemplo. ¿Por qué este territorio, el más hermoso de Italia, y esa ciudad, tan digna de su territorio, ha de pertenecer a los campanios, que no saben defender ni sus personas ni sus bienes, y no a este ejército victorioso, que ha dado su sudor y su sangre para expulsar a los samnitas? ¿Es justo que los súbditos disfruten de un territorio tan fértil y delicioso, mientras que ellos, fatigados con la guerra, continuarán luchando en los alrededores de Roma contra un suelo árido y pestilente, o en la misma Roma contra un mal persistente y que aumenta de día en día, como es la usura?"

Estos proyectos agitados en reuniones secretas y que todavía no habían traspirado al exterior, fueron descubiertos por el nuevo cónsul C. Marcio Rutilo, a quien había tocado en suerte la provincia de Campania y que había dejado en Roma a su colega Q. Servilio. Habiendo sabido por los tribunos cómo se habían formado aquellas tramas, y aleccionado por la edad y la experiencia (porque era cónsul por cuarta vez y había sido dictador y censor), creyó que el mejor partido para impedir la ejecución de aquel proyecto sería dejar a los soldados la esperanza de realizarlo cuando quisieran y enfriar así su ardor.

Con este objeto difundio el rumor de que al año siguiente pasarían también el invierno en los mismos puntos; porque se encontraban repartidos en los diferentes pueblos de la Campania, y desde Capua se había extendido la conjura por todo el ejército. Con más espacio para sus proyectos, la conjura se contuvo por entonces.

El cónsul sacó sus tropas a campaña, y no teniendo nada que temer de los samnitas, decidió purgar el ejército despidiendo a los más turbulentos; expulsando a unos so pretexto de que habían cumplido su tiempo de servicio, a otros como demasiado ancianos y poco fuertes, y a otros con licencia, primero uno a uno, después por cohortes enteras, pretextando que no debían pasar el invierno alejados de sus familias y de sus negocios.

Alegando también las necesidades del ejército, les dirigía hacia diferentes puntos, desembarazándose así de considerable número. Éstos llegaron juntos a Roma, donde el otro cónsul y el pretor pretextaban diferentes motivos para retenerles. Al principio, ignorando que les engañaban, alegrábanse mucho de volver a ver sus hogares; pero cuando vieron que los que partieron primero no regresaban a las enseñas y que solamente despedían a los que habían invernado en la Campania, y especialmente a los jefes de la expedición, comenzaron por extrañarlo, y después temieron que sus proyectos estuviesen descubiertos.

"Ahora tendrían que sufrir los interrogatorios, las delaciones, las ejecuciones secretas y aisladas y al fin la tiranía insolente y cruel de los cónsules y de los patricios." Éstos eran los rumores que difundían en sus reuniones secretas los que habían permanecido en el campamento y que veían aquel haz de la conspiración disperso por el artificio del cónsul.

Una cohorte que se encontraba cerca de Anxur marchó a apostarse cerca de Lantulas, en estrecho desfiladero, entre el mar y las montañas, con objeto de recoger al paso a los que licenciaba el cónsul, como ya se ha dicho, bajo diferentes pretextos. Aquella tropa era ya bastante considerable por el número, y para ser verdadero ejército no le faltaba más que un jefe, Sin orden y saqueando llegaron a territorio albano y se encerraron en un campamento fortificado al pie del declive de Alba Longa. Terminado este trabajo, ocuparon el resto del día en debatir la elección de general, pero no se atrevieron a confiar en ninguno de ellos. ".A quién podrían llamar de Roma? ¿Quién, patricio o plebeyo, consentiría de buen grado en exponerse a tan extraordinario peligro, o a tomar a su cargo, sin hacerle traición, la causa de un ejército que se había comportado con tanta demencia?" A la mañana siguiente, cuando continuaban deliberando sobre el mismo asunto, algunos merodeadores se enteraron en sus excursiones y trajeron la noticia de que T. Quincio se encontraba cultivando sus campos cerca de Túsculum, y allí olvidaba la ciudad y los honores.

Este varón, de familia patricia, había guerreado gloriosamente por mucho tiempo; pero herido en un pie y quedando cojo, hablase retirado del servicio y se había decidido por vivir en el campo, alejado de las intrigas y del Foro. En cuanto se oyó su nombre, se reconoció al hombre que se necesitaba, y se decidió, no pudiéndose hacer cosa mejor, ir a buscarle; mas como no podía esperarse obtener su consentimiento, se convino conseguirle por fuerza o por temor. Así, pues, en el silencio de la noche, los soldados encargados de aquella misión penetraron en la casa donde dormía profundamente Quincio; apoderáronse de él, diciéndole que no hay medio, o acepta el mando y el honor

que le ofrecen, o muere si resiste o rehúsa seguirles, y le arrastran al campamento. A su llegada le proclaman general, le revisten con las insignias de esta dignidad, y asustado aún por aquel acontecimiento tan inesperado, le mandan llevarles a Roma. En seguida, cediendo a su propio ardor y sin consultar a su jefe, levantan las enseñas y llegan desordenadamente a la octava piedra de la via que hoy se llama Apia, y hubiesen continuado sin detenerse hasta la ciudad, a no enterarse que mandaban contra ellos un ejército con M. Valerio Corvo, nombrado expresamente dictador, y L. Emilio Mamertino, jefe de los caballeros».

2) Cuando en una ocasión, legiones de soldados romanos estallaron en un peligroso motín, Lucio Sila restauró astutamente la cordura en las tropas frenéticas; ya que ordenó que fuera hecho un repentino anuncio que el enemigo estaba a la mano, pidiendo que fuera elevado un grito por aquellos que convocaban a los hombres a las armas, y que las trompetas sonaran. Así fue disuelto el motín por la unión de todas las fuerzas contra el enemigo.

3) Cuando el senado de Milán fue masacrado por las tropas de Pompeyo, Pompeyo, temiendo que pudiera causar un motín si llamara solo a los culpables, ordenó a algunos que eran inocentes que vinieran esparcidos entre los demás. De esta manera los culpables vinieron con menos miedo, porque no habían sido seleccionados, y así no parecieron ser llamados a consecuencia de cualquier maldad; mientras que aquellos cuya conciencia estaba limpia, mantuvieron un ojo sobre los culpables, no fuera que por la fuga de éstos, los inocentes sufrieran la ignominia.

4) Cuando algunas legiones de Cayo César se amotinaron, y de tal modo como para amenazar hasta la vida de su comandante, él ocultó su miedo, y, avanzando directamente a los soldados, con el rostro severo, rápidamente concedió dispensa a aquellos que la pedían. Apenas estos hombres fueron dispensados, la penitencia les obligó a pedir perdón a su comandante y prometerse con la mayor lealtad en futuras empresas.

Nota: Año 47 a. de C. Suetonio, César, 70: *«Como los soldados de la Legión Décima pidieran un día en Roma su licencia y sus recompensas, profiriendo terribles amenazas que exponían la ciudad a graves peligros, a pesar de que entonces estaba encendida la guerra en África y aunque sus amigos trataron en vano de retenerle, César no vaciló en presentarse a los amotinados y licenciarlos. Pero en una sola palabra llamándoles ciudadanos en vez de soldados, cambió por completo sus disposiciones. ¡Somos soldados!, exclamaron en seguida; y le siguieron a África, a pesar suyo, lo cual no impidió que castigase a los instigadores con la pérdida de la tercera parte del botín y de los terrenos que les estaban destinados».*

X. CÓMO VERIFICAR UNA INTEMPESTIVA DEMANDA POR BATALLAR.

1) Después que Quinto Sertorio se dio cuenta por la experiencia, que él no era de modo alguno rival para el ejército romano en un cuerpo, a fin de demostrar

esto a los bárbaros también, que exigían precipitadamente la batalla, trajo a su presencia dos caballos, un muy fuerte y el otro muy débil. Entonces trajo dos jóvenes de físico correspondiente, uno robusto y el otro ligero. Al joven más fuerte se le ordenó que arrancara toda la cola del caballo débil, mientras se ordenó al joven ligero que arrancara los pelos del caballo fuerte uno tras otro. Entonces, cuando el joven débil concluyó su tarea, mientras el fuerte todavía luchaba en vano con la cola del caballo débil, Sertorio observó: «Por este ejemplo les he exhibido, hombres míos, la naturaleza de las cohortes romanas. Ellas son invencibles al que las ataca en un cuerpo; aquél que las ataca por grupos las rasgará y hará pedazos».

***Nota**: **Años 80 a 72 a. de C. Plutarco, Sertorio, 16:** «Abrazaban el partido de Sertorio todos los de la parte acá del Ebro, con lo cual el número era poderoso, porque de todas partes acudían y se le presentaban gentes; pero, mortificado con el desorden y la temeridad de aquella turba, que clamaba por venir a las manos con los enemigos, sin poder sufrir la dilación, trató de calmarla y sosegarla por medio de la reflexión y del discurso. Mas cuando vio que no cedían, sino que insistían tenazmente, no hizo por entonces caso de ellos, y los dejó que fueran a estrellarse con los enemigos, con la esperanza de que, no siendo del todo deshechos, sino hasta cierto punto escarmentados, con esto los tendría en adelante más sujetos y obedientes. Sucedió lo que pensaba, y marchando entonces en su socorro los sostuvo en la fuga, y los restituyó con seguridad al campamento.*

Queriendo luego curarlos del desaliento, los convocó a todos al cabo de pocos días a junta general, en la que hizo presentar dos caballos, el uno sumamente flaco y viejo, y el otro fuerte y lozano, con una cola muy hermosa y muy poblada de cerdas. Al lado del flaco se puso un hombre robusto y de mucha fuerza, y al lado del lozano otro hombre pequeño y de figura despreciable. A cierta señal, el hombre robusto tiró con entrambas manos de la cola del caballo como para arrancarla, y el otro pequeño, una a una, fue arrancando las cerdas del caballo brioso. Como al cabo de tiempo el uno se hubiese afanado mucho en vano, y hubiese sido ocasión de risa a los espectadores, teniendo que darse por vencido mientras que el otro mostró limpia la cola de cerdas en breve tiempo y sin trabajo, levantándose Sertorio: "Ved ahí- les dijo-, oh camaradas, cómo la paciencia puede más que la fuerza; cómo cosas que no pueden acabarse juntas ceden y se acaban poco a poco; nada resiste a la asiduidad, con la que el tiempo, en su curso, destruye y consume todo poder, siendo un excelente auxiliador de los que saben aprovechar la ocasión que les presenta e irreconciliable enemigo de los que fuera de sazón se precipitan". Inculcando continuamente Sertorio a los bárbaros estas exhortaciones, los alentaba y disponía para esperar la oportunidad».

2) Cuando el mismo Sertorio vio a sus hombres que precipitadamente exigían la señal de la batalla y pensó en el peligro de desobedecer órdenes a menos que se enfrentaran al enemigo, autorizó a un escuadrón de caballería que avanzara para acosar al enemigo. Cuando estas tropas se vieron en dificultades, envió a otros en su relevo, y así rescató a todos, mostrándose más a salvo, y sin heridas, que como habría sido el resultado de la batalla que ellos exigían. Después de esto encontró a sus hombres mejor dispuestos.(Ver la referencia del artículo

anterior).

3) Cuando Agesilao, el Espartano, luchaba contra los tebanos y había acampado en la ribera de una corriente, siendo consciente que las fuerzas del enemigo superaban en número por lejos el suyo, y deseando por lo tanto preservar a sus hombres del deseo de luchar, anunció que le había sido ordenado por una respuesta de los dioses luchar en tierras altas. En consecuencia, apostando una pequeña guardia en la ribera, se retiró a las colinas. Los tebanos, interpretando esto como una señal de temor, cruzaron la corriente, desalojaron fácilmente a las tropas defensoras, y, siguiendo al resto con demasiada impaciencia, fueron derrotados por una fuerza más pequeña, debido a las dificultades del terreno.

Nota: Año 369 a. de C. Polieno 2:1 § 27: *«Los lacedemonios estaban apostados frente a frente con los tebanos, y el río Eurotas separaba a ambos campamentos. Los lacedemonios tenían ganas de pasar el río, pero Agesilao no era de esta opinión, porque él veía que los tebanos, con sus aliados, tenían un mayor número. Hizo circular gente que sembró el rumor que había un oráculo que amenazaba con una derrota cierta a los primeros que pasaran el río. Él paró por este medio la impetuosidad de los lacedemonios, y dejó sobre el borde del Eurotas unos pocos aliados bajo el mando de Tasiano, llamado Símaco, ordenando darse a la fuga tan pronto como vieran a los tebanos pasar el río. Al mismo tiempo puso algunas tropas emboscadas en las gargantas, y con el resto de su ejército se retiró a un puesto seguro y a cubierto. Los tebanos, que veían sólo un puñado de gente con Símaco, atravesaron atrevidamente el Eurotas, y persiguieron con ardor a los aliados de los lacedemonios, que huían. Esto los hizo dar en la emboscada, donde los lacedemonios les mataron seiscientos hombres».*

4) Escorilo, un caudillo de los dacios, aún sabiendo que los romanos estaban desgarrados por las disensiones de las guerras civiles, pensó que no debía arriesgarse en cualquier empresa contra ellos, considerando que una guerra extranjera podía ser el medio para unir a los ciudadanos en armonía. En consecuencia enfrentó a dos perros en combate ante el pueblo, y cuando se trabaron en encuentro desesperado, les exhibió un lobo. Los perros inmediatamente abandonaron su furia de uno contra otro y atacaron al lobo. Por este ejemplo, Escorilo preservó a los bárbaros de un movimiento que sólo podría haber beneficiado a los romanos.

XI. CÓMO DESPERTAR EL ENTUSIASMO DE UN EJÉRCITO POR LA BATALLA.

1) Cuando los cónsules Marco Fabio y Cneo Manlio estaban en guerra con los Etruscos, y los soldados se amotinaron para no luchar, los cónsules por su parte fingieron una política de tardanza, hasta que los soldados, sobreexcitados por los insultos del enemigo, exigieron batalla y juraron volver de ella victoriosos.

Nota: Año 480 a. de C. Livio, 2:45: *«Los cónsules romanos nada temían tanto como sus fuerzas, su ejército. El recuerdo del pésimo ejemplo dado durante la última guerra les contenía para no aventurarse tanto, para tener que temer dos ejércitos a la vez. Por*

esta razón, encerrados en el campamento, evitaban el combate, temiendo doble peligro: tal vez el tiempo o alguna circunstancia fortuita calmaría los enojos y sanaría los ánimos enfermos. Pero esta conducta aumentó la presunción de los veyos y los etruscos, que desafiaban a los romanos al combate, y en primer lugar para provocarles paseaban a caballo alrededor del campamento; y después, viendo que no conseguían nada, increpaban al ejército y a los mismos cónsules, diciéndoles que para disimular su terror fingían estar dominados por discordias intestinas, desconfiando los cónsules mucho más del valor de sus tropas que de su obediencia. Nuevo género de sedición, el silencio y la quietud entre hombres armados. Después vinieron las chanzas, fundadas o no, acerca del origen reciente de los romanos y de la oscuridad de su raza. Estos insultos, que resonaban al pie mismo de las empalizadas y hasta en las puertas del campamento, los soportaban los cónsules con secreta satisfacción. Pero la multitud, que no podía comprender la impasibilidad de los jefes, se sentía dominada por la indignación y la vergüenza, y poco a poco olvidó las discordias intestinas. No quieren dejar impune la insolencia de los etruscos; tampoco quieren asegurar el triunfo de los patricios y de los cónsules; en sus ánimos luchan el odio a los extranjeros y el odio a los enemigos domésticos; al fin triunfa el odio a los extranjeros: tanto orgullo e insolencia en sus sarcasmos mostraba el enemigo. En tropel rodean los romanos el pretorio; piden el combate y quieren que se dé la señal. Con el pretexto de deliberar, se retiran los cónsules y prolongan la conferencia. Deseaban combatir, pero les convenía reprimir y ocultar el deseo, para que su resistencia y dilaciones diese nuevo impulso al valor, tan excitado ya, de los soldados. Al fin contestaron que la petición era prematura; que aún no era tiempo de combatir; que era preciso permanecer encerrados en el campamento. En seguida se prohíbe el combate por medio de un edicto: "El que combata sin esperar la orden, será tratado como enemigo". Despedidos de esta manera, los soldados, que estaban convencidos de la repugnancia de los cónsules por el combate, sienten mayor entusiasmo guerrero. Por otra parte, los enemigos se acercan con mayor arrogancia en cuanto se enteran de la prohibición de los cónsules. En adelante quedarían impunes los insultos; ya no se atrevían a poner las armas en manos del soldado: muy pronto terminarían las sediciones con violenta explosión: el poderío romano tocaba a su término. Fortalecidos con esta esperanza, acuden a las puertas, abruman con injurias al ejército, y apenas pueden resistir el deseo de atacar el campamento. Los romanos no podían ya resistir aquellas injurias, y de todos los puntos del campamento acudieron ante los cónsules. No es ahora, como la primera vez, con respeto y por la mediación de los centuriones principales como presentan su petición, sino que todos piden a gritos.

Había llegado el momento; sin embargo, los cónsules tergiversan aún. Viendo al fin Fabio que aumentaba el tumulto, y a su colega próximo a ceder, por temor de una sedición, manda a las trompetas tocar a silencio y dice a su colega: "Yo sé, Cn. Manlio, que estos soldados pueden vencer; pero ignoro si quieren, y ellos mismos han dado lugar a la duda. Por esta razón he resuelto firmemente no dar la señal del combate hasta que juren no volver sino vencedores. Los soldados han podido engañar una vez a su general en el campo de batalla, pero no engañarán a los dioses". Entonces un centurión, M. Flavoleyo,, uno de los más ardientes en pedir el combate, exclamó: "M. Fabio, volveré vencedor de la batalla". Si falta a la palabra, invoca sobre su cabeza la cólera de Júpiter y de Marte, padre de los combates y de todos los otros dioses. Todo el ejército repitió después de él el juramento y las imprecaciones, y entonces se dio la señal: empuñan todos las armas y corren al combate henchidos de valor y de esperanza. Injúrienles ahora

los etruscos, que aquel enemigo, tan atrevido de lengua, venga a afrontarlos ahora que se encuentran armados. Aquel día rivalizaron en valor patricios y plebeyos; pero los Fabios se distinguieron entre todos; las luchas intestinas les habían enajenado el afecto del pueblo y quisieron reconquistarlo en el combate. Formóse el ejército en batalla; los veyos y los etruscos no rehúsan el combate».

2) Fulvio Nobilior, juzgando necesario luchar con una pequeña fuerza contra un ejército grande de los samnitas que estaban emocionados con el éxito, fingió que una legión del enemigo había sido sobornada por él para convertirse en traidora; y para reforzar la credibilidad de esta historia, ordenó a los tribunos, los «primera fila» (1), y los centuriones, contribuir con todo el dinero contante que tenían, o cualquier oro y plata, a fin de que el precio pudiera ser pagado a los traidores inmediatamente. Prometió que, cuando la victoria fuera conseguida, él daría además generosos regalos a aquellos que contribuyeron para este fin. Esta garantía trajo tal ardor y confianza a los romanos que inmediatamente empezaron la batalla y ganaron una victoria gloriosa.

Nota: 1) *Clase especial de centuriones «primis ordinibus».*

3) Cayo César, cuando estaba por luchar contra los germanos y su rey, Ariovisto, en una oportunidad que sus propios hombres habían entrado en pánico, juntó a sus soldados y declaró a la asamblea que durante aquel día se propuso emplear los servicios sólo de la décima legión. De esta manera hizo que los soldados de esta legión fueran motivados por su tributo a un heroísmo único, mientras el resto quedó abrumado con la mortificación por pensar que la reputación por el coraje descansaría en otros.

Nota: Año 58 a. de C. Julio César, Guerras Civiles, 1:39: *«Eran tres, como arriba queda declarado, las legiones de Afranio; dos las de Petreyo, sin contar unas ochenta cohortes de soldados españoles: las de la España Citerior con escudos, y los de la Ulterior con adargas, y al pie de cinco mil caballos de una y otra provincia. César había enviado delante de sí sus legiones a España, y de tropas auxiliares seis mil infantes y tres mil caballos, que le habían servido en todas las guerras pasadas, fuera de otros tantos escogidos por su mano en la Galia, llamando de cada ciudad con expresión de nombre los más nobles y valientes de todos. Entre éstos venía la flor de Aquitania y de las montañas confinantes con la Provincia Romana. Como corrió el rumor que Pompeyo pensaba en pasar por la Mauritania con las legiones a España y que muy en breve vendría, tomó dinero prestado de los tribunos y centuriones y distribuyólo a los soldados. Con lo cual logró dos cosas: el empeñar en su partida a los oficiales con el empréstito, y el ganar las voluntades de los soldados con el donativo».*

4) Quinto Fabio Máximo, sabía muy bien que los romanos poseían un espíritu de independencia que se había despertado por el insulto, y dado que no esperaba nada justo o razonable de los cartagineses, envió mensajeros a Cartago, para inquirir acerca de los términos de la paz. Cuando los enviados trajeron ofertas plenas de injusticia y arrogancia, el ejército de los romanos fue motivado a combatir.

Nota: Años 217 a 203 a. de C.

5) Cuando Agesilao, general de los espartanos, tenía su campamento cerca de la ciudad aliada de Orcómenos y se enteró que muchos de sus soldados depositaban sus objetos de valor dentro de las fortificaciones, ordenó que los ciudadanos no recibieran nada perteneciente a sus tropas, a fin de que sus soldados pudieran luchar con más espíritu, cuando se dieran cuenta que debían luchar por todas sus posesiones.

Nota: Polieno, 2:1 § 18: *«Mientras Agesilao acampaba en la Beocia, los aliados, sobrecogidos por el temor, quisieron sustraerse para evitar el combate, y tomaron secretamente el camino de Orcómenos, ciudad amiga. Agesilao envió a decirles públicamente a los habitantes, que les prohibía recibir a algún aliado sin él. De esta suerte los aliados que no tenían lugar alguno donde retirarse y no pensaron más en la huida; soñaron sólo con la victoria».*

6) Epaminondas, general de los tebanos, en una ocasión, cuando estaba por entrar en batalla con los espartanos, actuó como sigue. A fin de que sus soldados pudieran no sólo ejercer su fuerza, sino también fueran movidos por sus sentimientos, anunció en una asamblea de sus hombres que los espartanos habían resuelto, en caso de victoria, masacrar a todos los machos, conducir a las mujeres y niños de aquellos ejecutados a la esclavitud y arrasar Tebas hasta los cimientos. Por este anuncio los tebanos fueron tan motivados que abrumaron a los espartanos al primer ataque.

Nota: Año 371 a. de C.

7) Cuando Leotíquides, el almirante espartano, estaba a punto de librar una batalla naval en el mismo día que los aliados habían salido victoriosos, aunque él ignoraba el hecho, anunció sin embargo, que había recibido noticias de la victoria de su bando, a fin de que, de esta manera, pudiera encontrar a sus hombres más resueltos para el encuentro.

Nota: Año 479 a. de C. Heródoto, 9:100, 101, *reproduce el hecho pero con otra versión: «Una vez formados los Griegos en sus filas, parten sin dilación hacia el enemigo, al tiempo mismo de ir al choque, y vuela por todo el campo ligera la fama con una fausta nueva, y deja verse de repente en la orilla del mar una vara levantada a manera de caduceo. La buena noticia volaba diciendo que los Griegos en Beocia habían vencido al ejército de Mardonio. Ello es así, que los dioses con varios indicios suelen hacer patentes los prodigios de que son autores, como se vio entonces, pues queriendo ellos que el destrozo de los bárbaros en Micale coincidiese en un mismo día con el ya padecido en Platea, hicieron que la fama de éste llegase en tal coyuntura, que animase mucho más y llenara de valor a los Griegos para el nuevo peligro, como en efecto sucedió.*

Otra particularidad observo en este caso, y es que las dos batallas de que hablo, se dieron

en las vecindades de los templos de Céres Eleusina, pues según llevo ya notado, la batalla en Platea se trabó junto a aquel templo, y la que en Micale iba a emprenderse había de darse cerca de otro que allí había. Y en efecto, concordaba con la verdad del hecho la fama que allí corrió acerca de la victoria de Pausanias y de sus Griegos, habiendo sucedido bien de mañana la batalla de Platea, y la de Micale por la tarde de aquel mismo día. Ni tardó de cierto a saberse la nueva, pues dentro de pocos días se vio clara y evidentemente que las dos acciones sucedieron en un mismo mes y día. Lo cierto es que los Griegos de Micale, antes de que volando les viniese la fama como para ganar las albricias, estaban muy temerosos y solícitos, no tanto por su propia causa como por la común de los demás Griegos, siempre con el temor de que cayese al cabo la Grecia toda en las manos de Mardonio; pero llegada la fausta nueva, iban al combate con nuevos ánimos y mayor brío. Ni es de extrañar que así los Griegos como los bárbaros mostraran prisa e interés en una contienda cuyo galardón había de ser en breve el dominio de las islas y del Helesponto».

8) Cuando dos jóvenes, montados a caballo, aparecieron en la batalla en la cual Aulo Postumio luchaba con los latinos, Postumio levantó los abatidos espíritus de sus hombres declarando que los forasteros eran Castor y Pollux. De esta manera los inspiró a renovado combate.

Nota: Año 496 a. de C. Valerio Máximo, 1:8 § 1: *«En medio de una multitud de ejemplos he aquí el que se presenta primero al espíritu. El dictador A. Postumio y Mamilio Octavio, general de los tusculanos, combatían uno contra otro con encarnizamiento cerca del lago Regilo y ninguno de los dos ejércitos se dejaba conmover durante un cierto tiempo. Pero la aparición súbita de Castor y Pollux, que combatían por la causa de Roma, produjo a las tropas enemigas una completa derrota».*

9) Arquidamo, el espartano, emprendiendo la guerra contra los arcadios, dispuso armas en el campamento, y ordenó que caballos fueran conducidos alrededor de ellas secretamente por la noche. Por la mañana, señalando sus huellas y afirmando que Castor y Pollux habían montado a caballo por el campamento, convenció a sus hombres que los mismos dioses también les prestarían ayuda en la batalla.

Nota: Año 467 a. de C. Polieno, 1:41 § 1: *«Arquidamo acampó en Arcardia, y en vísperas de un día en que debía librar una batalla, se le ocurrió, durante la noche, para dar coraje a los lacedemonios, levantar un altar, adornarlo con bellas armas, y de hacer marchar alrededor a dos caballos, todo esto secretamente. Al despuntar el día, los jefes y otros oficiales que veían este altar maravilloso y los rastros de ambos caballos, divulgaron que eran marcas visibles que ambos hijos de Júpiter venían en su socorro. Los soldados así lo creyeron, y penetrados de confianza en la protección divina, combatieron valientemente, y se llevaron la victoria sobre los arcadios».*

10) En una ocasión cuando Pericles, general de los atenienses, estaba a punto de entrar en batalla, notando una arboleda desde la cual ambos ejércitos eran visibles, muy densa y oscura, pero vacía y consagrada al Padre Plutón, tomó a un hombre de estatura enorme, lo hizo imponente por medio de altos coturnos,

trajes purpúreos, y pelo suelto, y lo colocó en la arboleda, montado en lo alto de un carro tirado por brillantes caballos blancos. Este hombre fue instruido de conducir adelante, cuando la señal para la batalla fuera dada, llamar a Pericles por el nombre, y animarlo, declarando que los dioses prestaban su ayuda a los atenienses. Como resultado, el enemigo dio media vuelta y huyó casi antes que hubiera sido lanzado un dardo.

11) Lucio Sila, a fin de hacer que sus soldados estuvieran más preparados para el combate, fingió que el futuro le era pronosticado por los dioses. Su último acto, antes de entrar en batalla, fue rezar, a la vista de su ejército, a una pequeña imagen que él había tomado de Delfos, suplicándole que apresurase la victoria prometida.

Nota: *«Dícese que, teniendo Sila un idolito de Apolo, tomado de Delfos, lo traía siempre consigo en el seno de las batallas, y que en aquel trance lo besó, diciendo: "¡Oh Apolo Pitio! Tú que de tantos combates sacaste triunfante y glorioso a Cornelio Sila, el feliz, ¿lo habrás traído ahora aquí a las puertas de la patria para arrojarle a que perezca vergonzosamente con sus conciudadanos?" Hecha esta plegaria, se dice que exhortó a unos, amenazó a otros y a otros los cogió del brazo; mas que, finalmente, mezclado con los que huían, se refugió al campamento, habiendo perdido a muchos de sus amigos y deudos. No pocos, también, de los que habían salido de la ciudad a ver la acción perecieron y fueron pisoteados, de modo que daban por perdida la patria, y estuvo en muy poco que no hiciesen alzar el cerco de Mario; porque los que de la revuelta fueron allá a parar excitaban a Lucrecio Ofela, encargado de estrechar el sitio, a que levantara sin dilación el campo, teniendo por muerto a Sila y a Roma por presa de los enemigos».*

12) Cayo Mario tenía una cierta adivina siria, de la que él fingía enterarse por anticipado el resultado de las batallas.

Nota: *«Cuando Mario oyó estas cosas, sirviéronle de placer y trató de sosegar a los soldados diciéndoles que de ningún modo desconfiaba de ellos, sino que, guiado de ciertos oráculos, aguardaba el tiempo y lugar oportunos para la victoria. Porque llevaba en su compañía en litera con cierto respeto a una mujer de Siria llamada Marta, que se decía era profetisa, y de su orden hacía ciertos sacrificios. Habíala antes amenazado el Senado porque se mezclaba en estas cosas y en querer predecir lo futuro; pero después, como acogiéndose a las mujeres hubiese dado algunas pruebas, y más particularmente a la de Mario, porque puesta a sus pies había casualmente adivinado entre los gladiadores quién sería el que venciese, la mandó ésta adonde estaba Mario, que la miró con admiración, y por lo común la hacía llevar en litera.*

Adornábase para los sacrificios con doble púrpura, y usaba una lanza toda en derredor ceñida por cintas y coronas. Tenía esta farsa en incertidumbre a la mayor parte de las gentes, no sabiendo si el dar así en espectáculo a aquella mujer nacía de que Mario lo creyese de veras, o de que lo fingía y aparentaba».

13) Quinto Sertorio, empleando tropas bárbaras que no eran dóciles para razonar, solía llevar consigo por Lusitania una hermosa cierva blanca,

afirmando que por ella él sabía de antemano lo que debía ser hecho, y qué evitado. De esta manera él pretendía inducir a los bárbaros a obedecer todas sus órdenes como si fueran divinamente inspiradas.

Esta clase de la estratagema debe ser usada no simplemente en casos cuando juzgamos simples a aquellos a quienes la aplicamos, sino mucho más cuando la astucia inventada es tal que podría pensarse que ha sido sugerida por los dioses.

Nota: Plutarco, Sertorio, 11: *«Como le llamasen, pues, los Lusitanos, abandonó el África, y poniéndose al frente de ellos, constituido su general con absoluto imperio, sujetó a su obediencia aquella parte de la España, uniéndosele los más voluntariamente, a causa, en la mayor parte, de su dulzura y actividad, aunque también usó de artificios para engañarlos y embaucarlos; el más señalado entre todos fue el de la cierva, que dispuso de esta manera. Uno de aquellos naturales, llamado Espano, que vivía en el campo, se encontró con una cierva recién parida que huía de los cazadores; y a ésta la dejó ir; pero a la cervatilla, maravillado de su color, porque era toda blanca, la persiguió y la alcanzó. Hallábase casualmente Sertorio acampado en las inmediaciones, y como recibiese con afabilidad a los que le llevaban algún presente, bien fuese de caza, o de los frutos del campo, recompensando con largueza a los que así le hacían obsequio, se le presentó también éste para regalarle la cervatilla. Admitióla, y al principio no fue grande el placer que manifestó; pero con el tiempo, habiéndose hecho tan mansa y dócil, que acudía cuando la llamaba, y le seguía a doquiera que iba, sin espantarse del tropel y ruido militar, poco a poco la fue divinizando, digámoslo así, haciendo creer que aquella cierva había sido un presente de Diana, y esparciendo la voz de que le revelaba las cosas ocultas, por saber que los bárbaros son naturalmente muy inclinados a la superstición. Para acreditarlo más, se valía de este medio: cuando reservada y secretamente llegaba a entender que los enemigos iban a invadir su territorio, o trataban de separar de su obediencia a una ciudad, fingía que la cierva le había hablado en las horas del sueño, previniéndole que tuviera las tropas a punto. Por otra parte, si se le daba aviso de que alguno de sus generales había alcanzado una victoria, ocultaba al que lo había traído, y presentaba a la cierva coronada como anunciadora de buenas nuevas, excitándolos a mostrarse alegres y a sacrificar a los dioses, porque en breve había de llegar una fausta noticia».*

14) Alejandro de Macedonia en una ocasión, cuando estaba por hacer un sacrificio, usó una preparación para escribir ciertas cartas en la mano que el sacerdote estaba a punto de ubicar bajo los órganos vitales. Estas cartas indicaban que la victoria era concedida a Alejandro. Cuando el hígado humeante recibió la impresión de esos caracteres y fue mostrado por el rey a los soldados, las circunstancias levantaron sus espíritus, ya que ellos pensaban que Dios les daba la seguridad de la victoria.

Nota: Polieno 4:3 § 14 y 4:20, *referencia esta última en la cual el protagonista es Atalo: 4:3 § 14: «Después de haberse enterado Alejandro por los augures, que los augurios eran propicios, ordenó que las víctimas fueran llevadas alrededor del ejército; que los soldados, no dependiendo de lo que se les hubiese dicho, pudieran estar*

convencidos con sus propios ojos de los fundamentos de sus esperanzas en la consiguiente acción». 4:20: «Atalo, antes de un enfrentamiento con los galos, de los que él era muy inferior en fuerzas, para animar a sus hombres contra la superioridad del enemigo, ofreció un sacrificio; Sudino, un sacerdote caldeo, realiza la ceremonia. Sobre su mano, con el jugo negro de la «manzana del roble», el rey escribió, "la victoria del rey," en letras invertidas, no de izquierda a derecha, sino de derecha a izquierda. Y cuando quitó las entrañas a la víctima, colocó su mano bajo una parte caliente y esponjosa que tomó de ella la impresión. El sacerdote entonces volcó el resto de las partes, la hiel, los pulmones, y el estómago, y observando los presagios dibujados en el, dio vuelta la parte que contenía la inscripción de la victoria del rey, que exultante de alegría mostró a todos los soldados. Esto ellos lo leyeron con impaciencia; y ganando confianza, como si el Cielo les hubiera asegurado la victoria, unánimemente solicitaron ser conducidos inmediatamente contra los bárbaros: a quienes ellos cargaron con tal vigor extraordinario que obtienen la victoria que habían aprendido a esperar».

15) El adivino Sudino hizo lo mismo cuando Atalo estaba por trabarse en combate con los galos. (Ver la referencia anterior).

16) Epaminondas el tebano, en su lucha contra los espartanos, pensando que la confianza de sus tropas necesitaba un refuerzo a través de una apelación al sentimiento religioso, quitó por la noche las armas que estaban atadas a las ornamentaciones de los templos, y convenció a sus soldados que los dioses asistían a su marcha, a fin de prestar su ayuda en la batalla.

Nota: Año 371 a. de C. Polieno, 2:3 § 8: *«Epaminondas comandaba a los tebanos, y Cleombroto estaba a la cabeza de los lacedemonios y sus aliados, cuarenta mil hombres en total. Este gran número inspiraba temor en los tebanos. Epaminondas los calmó por dos artificios. Así como ellos salían de la ciudad, un hombre desconocido, preparado secretamente por Epaminondas, vino a su encuentro, la cabeza adornada con una corona y banderolas, y les dijo: «Estoy encargado por parte de Trofonio, de decir a los tebanos, que la victoria será para los que comiencen primero el combate.» Los tebanos, animados por esta predicción, adoraron al dios que se la hacía. «No es todavía suficiente, dijo Epaminondas; debemos hacerle nuestras oraciones a Hércules».*

Ya le había dado sus órdenes al sacerdote de Hércules, que había abierto el templo por la noche, y vuelto a poner las armas en su sitio, después de haberlas separado y bruñido con el socorro de sus ministros; y todo esto se había hecho secretamente, sin que le hubieran dicho de esto nada a nadie. Los guerreros que llegaban al templo, y lo encontraban abierto sin intervención humana, y que veían todas esas viejas armas tan brillantes, dieron grandes gritos, y se encontraron animados por un coraje que consideraron inspirado por los dioses, porque se persuadieron que Hércules quería hacer las veces de general. Esta confianza fue la causa por la que ellos vencieron a los cuarenta mil enemigos a quienes tenían que combatir».

17) Agesilao, el espartano, en una ocasión capturó a ciertos persas. El aspecto de esta gente, vestidos con su uniforme, inspiraba gran terror. Pero Agesilao desnudó a sus prisioneros y los expuso a sus soldados, a fin de que sus

delicados cuerpos blancos inspiraran desprecio.

Nota: Año 395 a. de C. Plutarco, Agesilao, 9: *«Ocurrió asimismo que los encargados del despacho del botín pusieron de su orden en venta los cautivos, despojándolos del vestido; y como de las ropas hubiese muchos compradores, pero de las personas, viendo sus cuerpos blancos y débiles del todo, a causa de haberse criado siempre a la sombra, hiciesen irrisión, teniéndolos por inútiles y de ningún valor, Agesilao, que se hallaba presente: "Estos son, dijo, contra quienes peleáis y éstas las cosas por que peleáis"».*

18) Gelón, tirano de Siracusa, habiendo emprendido la guerra contra los cartagineses, después de tomar muchos prisioneros, desnudó a los más débiles, sobre todo entre los auxiliares, que eran muy morenos, y los expuso desnudos ante los ojos de sus tropas, a fin de convencer a sus hombres que sus enemigos eran desdeñables.

Nota: Año 480 a. de C. *Bill Thayer, propietario del sitio Lacus Curtius, comenta que este es uno de los aislados casos en las fuentes antiguas que sugieren que los griegos y romanos no estaban tan exentos de prejuicios raciales como el revisionismo actual trata de mostrarlos.*

Sin embargo, encontramos un ejemplo similar en la actitud del espartano Agesilao, que hace desnudar a un grupo de jinetes persas para mostrarlos a sus soldados. Me inclino a pensar, como en el caso de Agesilao, que no se trata de fomentar a través del desprecio racial la propia valentía, sino por demostrar a la tropa que unos enemigos tenidos por soldados excepcionales (antes los berébéres y ahora los persas) no son de ningún modo físicamente superiores a los propios, sino muchas veces todo lo contrario, por lo que no tenía que estar justificado el temor que por entonces se les debía tener. Satrapa1.

19) Ciro, rey de los persas, deseando despertar la ambición de sus hombres, los empleó un día entero en el fatigoso trabajo de talar un bosque. Al día siguiente les dio el banquete más generoso, y les preguntó que les gustaba más. Cuando ellos expresaron su preferencia por el banquete, él dijo: "Es sólo por el primero que podemos llegar al segundo; porque a menos que triunfemos sobre los medos, no podrán ser libres y felices." De esta manera les despertó el deseo al combate.

Nota: Año 558 a. de C. Heródoto, 1:126: *«Luego que todos los Persas se presentaron con sus hoces, mandóles Ciro que desmontasen en un día toda una selva llena de espinas y malezas, la cual en la Persia tendría el espacio de dieciocho a veinte estadios. Acabada esta operación, les mandó segunda vez que al día siguiente compareciesen limpios y aseados. Entretanto, hizo juntar en un mismo paraje todos los rebaños de cabras, ovejas y bueyes que tenía su padre, y entregándolos al cuchillo, preparó una espléndida comida, cual convenía para dar va convite al ejército de los Persas, proporcionando además el vino necesario y los manjares más escogidos.*

Concurrieron al día siguiente los Persas, a quienes Ciro mandó que reclinados en un prado comiesen a su satisfacción. Después del banquete les preguntó en cuál de los dos

días les había ido mejor, y si preferían la fatiga del primero a las delicias del actual. Ellos le respondieron que había mucha diferencia entre los dos días, pues en el anterior había sido todo afán y trabajo, y por el contrario, en el presente todo descanso y recreo. Entonces Ciro, tomando ocasión de sus palabras, les descubrió todo el proyecto, diciéndoles. -«Tenéis razón, valerosos Persas; y si queréis obedecerme, no tardaréis en lograr estos bienes y otros infinitos, sin ninguna fatiga de las que proporciona la servidumbre. Pero si rehusáis mis consejos, no esperéis otra cosa sino miseria y afanes innumerables, como los de ayer. Animo, pues, amigos míos, y siguiendo mis órdenes, recobrad vuestra libertad. Yo pienso que he nacido con el feliz destino de poner en vuestras manos todos estos bienes, porque en nada os considero inferiores a los Medos, y mucho menos en los negocios de la guerra. Siendo esto así, levantaos contra Astiages in perder momento».

20) Lucio Sila, en la campaña contra Arquelao, general de Mitrídates, encontró sus tropas algo reticentes para luchar en el Pireo. Pero imponiendo tareas pesadas sobre sus hombres, los llevó al punto donde exigieron la señal para la batalla por su propio acuerdo.

Nota: Año 86 a. de C.

21) Fabio Máximo, temiendo que sus tropas lucharan con menos resolución a consecuencia de su confianza en sus barcos, a los cuales era posible retirarse, ordenó que los barcos fueran prendidos fuego antes que la batalla comenzara.

Nota: Año 315 a. de C. Livio, 9:23, *menciona el incendio del campamento y no de los barcos: «Nombróse en su lugar a C. Fabio, que llegó de Roma con nuevo ejército. Enterado por los mensajeros que envió de antemano al dictador acerca del sitio en que había de detenerse, del momento y el punto en que atacaría al enemigo, colocóse en emboscada después de tomar todas las medidas. El dictador, que durante muchos días después del último combate había tenido a sus soldados encerrados en las empalizadas, pareciendo sitiados más bien que sitiadores, hizo dar de pronto la señal del combate; y persuadido de que nada era tan propio para inflamar el valor de hombres enérgicos como no dejar a ninguno otra esperanza que la de sí mismo, no habló a sus soldados del jefe de los caballeros ni de otro ejército, sino que como si no hubiese otro recurso que una salida, les dijo: "Soldados, sorprendidos como lo estamos en estrecho espacio, no tenemos otra salida que la que vamos a abrirnos con la victoria. Nuestro campamento está bastante defendido, pero podemos temer la escasez; porque en derredor nuestro, el país de que podíamos esperar víveres nos ha hecho traición, y aunque los habitantes quisieran ayudarnos, tenemos el terreno en contra nuestra. No os engañaré dejando aquí un campamento donde podáis, como anteriormente, retiraros sin haber terminado la victoria. Las armas deben proteger a las fortificaciones, y no las fortificaciones a las armas; que tengan campamento y se retiren a él los que puedan llevar despacio la guerra. Por nuestra parte, soldados, no tengamos otro recurso que la victoria. Marchad al enemigo, y en cuanto el ejército haya salido del campamento, los que han quedado encargados de ello que le prendan fuego; vuestras pérdidas, soldados, las recompensará ampliamente el botín que vais a recoger en todos esos pueblos sublevados." Esta arenga del dictador, indicando que estaban reducidos al último extremo, inflamó a los soldados, que cayeron sobre el enemigo. El campamento ardiendo, aunque según la orden del*

dictador solamente habían encendido la parte más próxima, aumentó mucho el enardecimiento; así fue que, como arrebatados por el furor, al primer choque rompieron las filas enemigas. El jefe de los caballeros, al ver el incendio del campamento, que era la señal convenida, ataca con oportunidad al enemigo por retaguardia; y los samnitas, rodeados de esta manera, huyen en dispersión. Inmensa multitud, aglomerada en un punto y entorpeciéndose ella misma con su desorden, fue destrozada en medio de los dos ejércitos romanos. Tomóles el campamento enemigo. El dictador volvió a llevar al campamento al soldado cargado de despojos, alegre, no tanto de haber vencido como de encontrar intacto, contra lo que esperaba, lo que había dejado, exceptuando la pequeña parte que había deteriorado el incendio».

XII. SOBRE CÓMO DISPERSAR LOS MIEDOS INSPIRADOS EN LOS SOLDADOS POR AUGURIOS ADVERSOS.

1) Escipión, habiendo transportado su ejército de Italia a África, tropezó mientras desembarcaba. Cuando vio que los soldados quedaron horrorizados por esto, por su firmeza y arrogancia de espíritu, convirtió su causa de preocupación en una de estímulo, diciendo: ¡"Felicítenme, mis hombres! He golpeado a África con fuerza".

Nota: Año 204 a. de C.

2) Cayo César, habiendo resbalado cuando estaba a punto de embarcar, exclamó: "Te sostengo firme, Madre Tierra". Por esta interpretación del incidente, hizo parecer que él estaba destinado a volver a las tierras de las cuales partía.

Nota: *«Los escrúpulos religiosos jamás le hicieron abandonar ni diferir sus empresas. Aunque la victima del sacrificio escapase al cuchillo del sacrificador, no por eso dejó de marchar contra Escipión y Juba. En otra ocasión, habiendo caído al saltar del barco, tornó en favor suyo el presagio, exclamando: Ya eres mía, África. Para eludir los vaticinios que en aquella tierra unían fatalmente las victorias al nombre de los Scipiones, tuvo constantemente en sus campamentos a un oscuro descendiente de la familia Cornelia, hombre abyecto y a quien por sus desarregladas costumbres se había dado el apodo de Salucio».*

3) Cuando el cónsul Tiberio Sempronio Graco estaba librando una batalla con los picentinos, un terremoto repentino lanzó a ambas partes al pánico. Entonces Graco puso nueva fuerza y coraje en sus hombres, impulsándolos a atacar al enemigo mientras éste era abrumado por el temor supersticioso. Así cayó sobre ellos y les derrotó.

Nota: *En realidad fue el cónsul Publio Sempronio Sofo el que derrotó a los picentinos en el 268 a. de C.* ***Floro, 1:19:*** *«Quedó al punto pacificada toda la Italia. ¿Quién hubiera osado turbarla después de la guerra de Tarento? Tan solo Roma, por el deseo de perseguir a los aliados de sus enemigos. Sujetó á los Picenos y se apoderó de Asculo, capital de estas gentes, siendo Sempronio el jefe de esta guerra. Habiéndose producido*

un terremoto durante la batalla, aplacó la ira de la diosa Tierra prometiendo que la erigiría un templo».

4) Sertorio, cuando por un prodigio repentino los exteriores de los escudos de sus soldados de caballería y los pechos de sus caballos mostraron señales de sangre, interpretó esto como una señal de victoria, ya que aquellas eran las partes que solían ser salpicadas con la sangre del enemigo.

5) Epaminondas, el tebano, cuando sus soldados estaban deprimidos porque la condecoración que colgaba de su lanza como un filete, había sido arrancada por el viento y llevada a la tumba de cierto espartano, dijo: ¡"No estéis preocupados, compañeros! La destrucción está pronosticada para los Espartanos. Las tumbas no se condecoran excepto en los entierros".

Nota: Año 371 a. de C. Diodoro Sículo, 15:52 § 5: *«Aunque Epaminondas asombrara a los cautelosos por su respuesta directa, un segundo presagio pareció más desfavorable aún que el anterior. Ya que cuando el lugarteniente avanzaba con una lanza y una cinta atada a ella y daba a conocer las órdenes del cuartel general, apareció una brisa y, cuando pasó, la cinta fue rasgada de la lanza y se enredó alrededor de una losa que había sobre una tumba, y estaban allí sepultados algunos lacedemonios y peloponesios que habían muerto en la expedición bajo Agesilao».*

6) El mismo Epaminondas, cuando un meteorito cayó del cielo por la noche y aterrorizó los corazones de aquellos que lo notaron, exclamó: "Es una luz enviada por los poderes de arriba".

7) Cuando el mismo Epaminondas estaba a punto de empezar la batalla contra los espartanos, la silla en la cual se había sentado, cedió, y todos los soldados, enormemente preocupados, interpretaron este como un presagio desafortunado. Pero Epaminondas exclamó: "Para nada; simplemente nos está prohibido sentarnos".

8) Cayo Sulpicio Galo no sólo anunció un próximo eclipse de la luna, a fin de impedir que los soldados lo tomaran como un prodigio, sino que también dio los motivos y causas del eclipse.

Nota: Año 168 a. de C. Livio, 44:37: *«Cuando los romanos terminaron sus parapetos, C. Sulpicio Galo, tribuno militar de la segunda legión, que había sido pretor el año precedente, convocó a los soldados con autorización del cónsul, y les previno "que no considerasen como presagio el eclipse de luna que se verificaría la noche siguiente, desde la segunda hora hasta la cuarta. Este fenómeno, dijo, es periódico y se debe a causas completamente naturales, pudiéndose predecir con tanta seguridad como la salida y ocaso de la luna y el sol. Puesto que las diferentes fases de la luna, en tanto llena, en tanto menguante y reducida a su arco, no les produce sorpresa alguna, no debían considerar como prodigio que se oscureciese por completo cuando la tierra la cubre con su sombra". El eclipse ocurrió a la hora indicada, en la noche que precedió al primer día de las nonas de septiembre, haciendo que los soldados romanos considerasen a Galo*

como sabio inspirado por los dioses. Los macedonios, por el contrario, vieron en él funesto presagio que anunciaba la ruina y el aniquilamiento de su nación. Este prodigio concordaba además con los vaticinios de sus adivinos. Así fue que los gritos y alaridos no cesaron en su campamento hasta que reapareció el disco de la luna».

9) Cuando Agatocles, el siracusano, luchaba contra los cartagineses, y sus soldados en vísperas de la batalla entraron en pánico por un eclipse similar de luna, que ellos interpretaron como un prodigio, él les explicó la razón por la que esto ocurrió, y les mostró que, fuera lo que fuera, tenía que ver con la naturaleza, y no con sus propios objetivos.

Nota: Año 310 a. de C. Justino, Epítome de la Historia de Togo Pompeyo, 22:6: *«Por estas exhortaciones, el coraje de los soldados se exaltó; pero la influencia supersticiosa de un augurio, había desparramado cierto temor entre ellos; el sol se había eclipsado durante su viaje. En relación a este fenómeno, Agatocles no tuvo menos problemas para conformarlos que los que había tenido con la guerra, alegando que «si hubiera ocurrido antes de que ellos partieran, el hubiera pensado como un presagio desfavorable a su partida, pero dado que ocurrió posteriormente a su partida, su significado estaba dirigido contra aquellos contra los que ellos se dirigían. Aparte, dijo, los eclipses de los cuerpos celestes siempre presagiaron un cambio en el estado presente de las cosas, y era por consiguiente cierto que era profetizada una alteración en la floreciente condición de los cartagineses y sus propias circunstancias adversas». Habiendo así pacificado a sus soldados, ordenó que todos los barcos, con consentimiento del ejército, fueran incendiados para que, siendo suprimidos los medios de escape, entendieran que debían vencer o morir».*

10) Pericles, cuando un rayo cayó en su campamento y aterrorizó a sus soldados, llamando a una asamblea, produjo fuego golpeando dos piedras juntas a la vista de todos sus hombres. Así alivió su pánico explicando que el rayo era similarmente producido por el contacto de las nubes.

11) Cuando Timoteo, el ateniense, estaba a punto de contender contra los corcirios en una batalla naval, su piloto, escuchando estornudar a uno de los remeros, comenzó a dar la señal de retirada, justo cuando la flota salía; con lo cual Timoteo exclamó: ¿«piensa usted que es extraño que uno de tantos miles haya tenido un enfriamiento?».

Nota: Año 375 a. de C. Polieno, 3:10 § 2: *«Timoteo partía con toda la flota. Alguien estornudó. La cosa pareció de mal augurio al piloto general (un estornudo en un momento clave era efectivamente considerado, en general, como de mal augurio) que dio orden de retroceder, y los marineros no se atrevían a subir a los buques. Timoteo no pudo evitar reírse, y decir «¡He aquí a un augur gracioso! ¿Es pues una maravilla tan grande, que entre tantos hombres como hay aquí alrededor, se haya encontrado uno que haya estornudado?» Los marineros llevaron también la cosa a la risa y levaron el ancla».*

12) Cuando Cabrias, el ateniense, estaba a punto de librar una batalla naval, un rayo cayó directamente a través de la trayectoria de su barco. Cuando los

soldados quedaron llenos de consternación por tal augurio, él dijo: "Ahora es el tiempo justo para comenzar la batalla, cuando Júpiter, el más fuerte de dioses, revela que su poder está presente en nuestra flota".

Nota: Año 391 a 357 a. de C.

LIBRO II

Habiendo dado clases de ejemplos en el Libro I que, como creo, bastarán para instruir a un general en aquellos asuntos que deben ser atendidos antes del principio de la batalla, presentaré a continuación en orden, ejemplos que tienen que ver con aquellas cosas que son, por lo general, hechas en la batalla misma, y luego aquellas que aparecen subsecuentes al enfrentamiento.

De aquellas que conciernen a la batalla misma, existen las siguientes clases:

I Sobre la elección del momento para la batalla.

II Sobre la elección del lugar para la batalla.

III Sobre la disposición de las tropas para la batalla.

IV Sobre cómo inspirar pánico en las filas enemigas.

V Sobre las emboscadas.

VI Sobre dejar escapar al enemigo, a menos que, acorralados, renueven la batalla desesperadamente.

VII. Sobre cómo disimular reveses.

VIII. Sobre cómo restaurar la moral con firmeza.

Sobre las cuestiones que merecen atención después de la batalla, considero que existen las siguientes clases:

IX. Sobre cómo terminar la guerra después de un enfrentamiento victorioso.

X. Sobre cómo recomponer las pérdidas propias después de un revés.

XI. Sobre cómo asegurar la lealtad de aquellos de los que uno desconfía.

XII. Qué hacer para la defensa del campamento, en caso de que un comandante no confíe en sus actuales fuerzas.

XIII. Sobre las retiradas.

I. SOBRE LA ELECCIÓN DEL MOMENTO PARA LA BATALLA

1) Cuando Publio Escipión estaba en España y se enteró que Asdrúbal, el líder de los cartagineses, había marchado y dispuesto sus tropas en orden de batalla de madrugada, antes de que hubieran desayunado, él mantuvo a sus propios hombres hasta la una, habiéndoles ordenado descansar y comer. Cuando el enemigo, agotado, con hambre y sed, y esperando armado, comenzó a volver al campamento, Escipión condujo de repente sus tropas adelante, empezó la batalla, y salió victorioso.

Nota: Año 206 a. de C. Polieno, 8:16 § 1: *«Estando Escipión en Iberia, fue informado que el ejército enemigo venía al combate sin haberse alimentado. Él puso lentamente sus tropas en orden de batalla. Fue sólo a la séptima hora del día que él hizo ir a la carga, y, encontrando enemigos debilitados por el hambre y la sed, no le costó vencerles».*

2) Cuando Metelo Pío emprendía la guerra contra Hirtuleyo en España, y éste había preparado sus tropas inmediatamente después del amanecer y marchó contra las trincheras de Metelo, Metelo mantuvo sus fuerzas en el campamento hasta el mediodía, dado que el tiempo en esa época del año era muy caluroso. Cuando el enemigo fue vencido por el calor, él fácilmente le derrotó, ya que sus hombres estaban frescos y su fuerza intacta.

Nota: Año 76 a. de C.

3) Cuando el mismo Metelo unió sus fuerzas con Pompeyo contra Sertorio en España, y ofrecía repetidamente la batalla, el enemigo rehusó el combate, juzgándose desigual en proporción de 2 a 1. Más adelante, sin embargo, Metelo, notando que los soldados del enemigo, encendidos con gran entusiasmo, pedían la batalla, exponiendo sus armas, y blandiendo sus lanzas, pensó que, ante su ardor, era mejor retirarse a tiempo. En consecuencia se retiró e hizo que Pompeyo hiciera lo mismo.

4) Cuando Postumio estaba en Sicilia en su consulado, su campamento estaba distante a tres millas del de los cartagineses. Cada día, los jefes púnicos preparaban su línea de batalla directamente en frente de las fortificaciones romanas, mientras Postumio ofrecía resistencia por vía de constantes escaramuzas, conducidas por una pequeña compañía ante sus trincheras. Tan pronto como el comandante cartaginés llegó a considerar esto como norma, Postumio preparó silenciosamente a todo el resto de sus tropas dentro de los terraplenes, yendo al encuentro del asalto de la fuerza con unos pocos, según su antigua práctica, pero manteniéndolos en combate más tiempo que el de costumbre. Cuando, después que pasó el mediodía, ellos se estaban retirando, cansados y sufriendo de hambre, Postumio, con tropas frescas, los derrotó, agotados como estaban por el ya mencionado desconcierto.

Nota: Año 262 a. de C.

5) Ifícrates, el ateniense, habiendo descubierto que el enemigo comía regularmente a la misma hora, mandó que sus propias tropas comieran a una hora más temprana, y luego los condujo a luchar. Cuando el enemigo avanzó, él los detuvo de tal manera como para no permitirles enfrentamientos o retiradas. Entonces, a medida que el día finalizaba, él condujo sus tropas de regreso, pero sin embargo las mantuvo en armas. El enemigo, agotado por estar de pie en la línea como por el hambre, se alejó inmediata y rápidamente para descansar y comer, momento en el cual Ifícrates condujo otra vez sus tropas adelante, y encontrando al enemigo desorganizado, atacó su campamento.

Nota: Polieno, 3:9 § 53: *«Ifícrates acampó en presencia de los enemigos, observando que comían cada día a la misma hora. Él ordenó a sus tropas que comieran de madrugada; y cuando esto fue hecho, atacó a los enemigos, sobre los cuales no dejó en absoluto de tirar hasta la tarde. Cuando ambos ejércitos se hubieron separado, los enemigos se dirigieron a cenar. Ifícrates, cuyas tropas ya habían comido, se abatió sobre esta gente que se disponía a comer e hizo una gran carnicería».*

6) Cuando el mismo Ifícrates tuvo su campamento durante varios días cerca de los lacedemonios, y cada bando tenía en el hábito de ir a una hora regular a buscar forraje y madera, él un día envió a esclavos y a los que siguen a los campamentos, vestidos de soldados para esta misión, manteniendo detrás a sus combatientes; y tan pronto como el enemigo se dispersó en diligencias similares, él capturó su campamento. Entonces, cuando ellos retornaron corriendo desde todas partes a la pelea, desarmados y llevando sus bultos, él fácilmente los mató o capturó.

Notas… Año 393 a 392 a. de C. Polieno, 3:9 § 52: *«Ifícrates, que se encontraba acampado delante de los aliados de los lacedemonios, por la noche hizo cambiar de atavíos a sus tropas. Les dio a los soldados los trajes de los esclavos, y a los esclavos la ropa de los soldados. Éstos, adornados militarmente, dejaron las armas, por su orden, y se echaron a pasear como gente que no tenía nada que hacer; y los soldados, vestidos de esclavos, tomaron las armas y ejercían las funciones ordinarias a los esclavos. Los enemigos, que veían esto, quisieron imitarlos. Su guerreros, desarmados, salieron al campo y se pasearon descansando, y los esclavos quedaron a hacer sus funciones acostumbradas. En seguida Ifícrates hizo dar la señal. Sus soldados tomaron las armas de prisa, e irrumpieron en el campo de los enemigos, que pronto fue abandonado por los esclavos; y así como el resto fue desarmado, todo lo que había de enemigo fue muerto o hecho prisionero».*

7) Cuando el cónsul Virginio, en la guerra con los volscos, vio al enemigo correr a todo vapor a una distancia, ordenó a sus propios hombres que se quedaran firmes y sostuvieran sus jabalinas en reposo. Entonces, cuando el enemigo estaba sin aliento, mientras su propio ejército estaba todavía fuerte y fresco, les atacó y derrotó.

Nota: Año 494 a. de C. Livio, 2:30: *«El otro cónsul, enviado contra los volscos, para no perder tiempo comenzó a talar el territorio enemigo, obligándoles en seguida a*

acercar su campamento al suyo y a venir a batalla campal. Una llanura mediaba entre los dos ejércitos, y éstos se desplegaron ante sus respectivas tiendas. Los volscos eran algo superiores en número, y orgullosos con esta ventaja marcharon los primeros al combate, desordenados y como con desprecio. El cónsul romano no avanzó su ejército; prohibió a sus soldados gritar y les mandó permanecer firmes, la lanza en el suelo y no arrancar hasta que estuviesen cerca; pero llegado 'el momento atacar con energía y terminar el combate con la espada. Fatigados los volscos de correr y de gritar llegaron delante de los romanos, cuya inmovilidad creyeron hija del asombro y el terror. Mas cuando les vieron ponerse en movimiento, cuando vieron brillar las espadas, turbáronse y huyeron cual si hubiesen caído en una emboscada, y como habían venido a la carrera, ni siquiera les quedaban bastantes fuerzas para huir. Por el contrario los romanos, habiendo permanecido tranquilos al principio del combate, descansadas sus fuerzas, fácilmente alcanzaron al fatigado enemigo, tomaron por asalto su campamento y le persiguieron hasta Velitras. Vencedores y vencidos entraron mezclados en la ciudad, y allí, en la matanza de todos los ciudadanos, se derramó más sangre que en el combate. Corto número de habitantes que se rindieron desarmados fueron los únicos que recibieron perdón».

8) Dado que Fabio Máximo era bien consciente que los galos y samnitas eran fuertes en el ataque inicial, mientras los incansables espíritus de sus propios hombres realmente se calentaban a medida que la lucha proseguía, mandó que sus soldados descansaran satisfechos manteniendo al enemigo en el primer encuentro y los desgastaran por la tardanza. Cuando esto tuvo éxito, trayendo refuerzos a sus hombres en la retaguardia, y atacando con toda su fuerza, aplastó y derrotó al enemigo.

Nota: Año 295 a. de C. Livio, 10:28, 29: *«Con Fabio, los romanos se defendían más bien que atacaban, procurando prolongar el combate todo lo posible, porque el general sabía que los samnitas y los galos eran terribles en el primer ímpetu, pero que bastaba no ceder a él; que si se prolongaba el combate, el valor de los samnitas decaía insensiblemente; que en cuanto a los galos, pueblo incapaz de soportar la fatiga y el calor, sus cuerpos se derretían por decirlo así, y pareciendo más que hombres al comenzar la batalla, eran menos que mujeres al terminarla. Economizaba, pues, las fuerzas de sus soldados esperando la hora en que el enemigo acostumbraba dejarse vencer*

En la derecha, Fabio, como hemos dicho ya, había prolongado el combate hasta muy entrado el día. Cuando le pareció que no tenían tanta energía los gritos del enemigo, sus movimientos y los dardos que lanzaba, mandó a los prefectos de la caballería que marchasen con el cuerpo que mandaban por los flancos de los samnitas, con objeto de poder, a una señal dada, tomarlos de través y caer sobre ellos con el mayor ímpetu; ordenando al mismo tiempo a los suyos avanzar insensiblemente y empujar al enemigo. Viendo que no resistían y que su cansancio no era dudoso, reunió todos los cuerpos de la reserva, que había guardado para esta ocasión, lanza al mismo tiempo sus legiones adelante y manda a la caballería que ataque al enemigo. Los samnitas no pudieron resistir un empuje tan vigoroso, y pasando cerca de los galos, ganaron su campamento con extraordinaria precipitación, dejando a sus aliados combatiendo con el enemigo. Habiendo formado los galos la tortuga, se mantenían apretados. Enterado entonces

Fabio de la muerte de su colega, hace salir de su línea de batalla a los campanios, en número de cerca de quinientos jinetes, con orden de rodear y atacar al ejército galo por la espalda: manda que les sigan los príncipes de la tercera legión, quienes, en el momento en que viesen al enemigo quebrantado por el ataque de la caballería, debían caer sobre él, aprovechando el espanto para destrozarle. En cuanto a él, después de ofrecer a Júpiter Vencedor un templo y todos los despojos de los enemigos, marchó hacia el campamento de los samnitas, donde se precipitaban consternados todos los fugitivos. No pudiendo pasar por las puertas tan considerable multitud, los que no pudieron penetrar en el campamento intentaron el combate al pie mismo de las empalizadas. El general samnita Gelio Egnacio pereció allí: en seguida fueron rechazados los samnitas al interior. Apoderáronse del campamento sin grandes esfuerzos, y los galos, cogidos por la espalda, quedaron envueltos. En este día se mataron al enemigo veinticinco mil hombres y se les hicieron ocho mil prisioneros. No fue incruenta la victoria para los romanos, porque perecieron siete mil hombres del ejército de Decio y mil setecientos del de Fable. Habiendo mandado éste buscar el cadáver de su colega, hizo amontonar los despojos del enemigo y los quemó en honor de Júpiter Vencedor. Sepultado el cuerpo del cónsul entre montones de cadáveres de galos, no pudo encontrarse aquel día. A la mañana siguiente los soldados, llorando mucho, le llevaron al campamento, y Fabio, abandonando todos los otros asuntos, se ocupó de las exequias de su colega, al que tributó los mayores honores, pagándole el tributo de alabanzas que merecía».

9) En Queronea, Filipo prolongó deliberadamente el enfrentamiento, consciente que sus propios soldados eran avezados por larga experiencia, mientras los atenienses eran ardientes, pero inexpertos, e impetuosos sólo en la carga. Entonces, cuando los atenienses empezaron a cansarse, Filipo atacó más furiosamente y los destrozó.

Nota: Año 338 a. de C. Polieno, 4:2 § 7: *«Filipo, en Queronea, sabiendo que los atenienses eran activos e impresionantes en el ataque, pero inexpertos, y los macedonios habituados a fatigas y ejercicios, concibió prolongar la acción: y reservando su principal ataque para el final último del compromiso, el enemigo, débil y agotado, fue incapaz de sostener el la carga».*

10) Cuando los espartanos supieron por los exploradores que los mesenios habían estallado en tal furia que vinieron a luchar asistidos por sus mujeres y niños, pospusieron el enfrentamiento.

Nota: Año 478 a. de C. Tucídides, La Guerra del Peloponeso, 1:90 y ss.

11) En la Guerra Civil, cuando Cayo César mantuvo al ejército de Afranio y Petreyo sitiado y sufriendo de sed, y cuando sus tropas, enfurecidas debido a esto, mataron a todas sus bestias de carga y salieron a batallar, César contuvo a sus propios soldados, juzgando la ocasión impropia para un enfrentamiento, dado que sus oponentes estaban tan inflamados de ira y desesperación.

Nota: Año 49 a. de C. Julio César, Las Guerras Civiles, 1: 81-86 *: «**LXXXI**. Aquí ya finalmente, no pudiendo hallar sitio acomodado para atrincherarse ni proseguir la*

marcha, hacen algo por fuerza, y se acampan en un paraje distante del agua, y por la situación peligroso. Mas César por las mismas causas indicadas arriba no los provocó a batalla, y aquel día no permitió armar las tiendas, a fin de que todos estuviesen más expeditos para perseguirles, bien rompiesen de noche o bien de día. Ellos, reconociendo la mala positura de los reales, gastan toda la noche en alargar las fortificaciones, tirando sus líneas enfrente de las de César. En lo mismo se ocupan el día inmediato desde la mañana hasta la noche. Pero al paso que iban adelantando la obra y alargando los reales, se iban alejando más del agua, y procuraban el remedio a los males presentes con otros males. La primera noche nadie sale del campo en busca de agua. Al día siguiente, fuera de la guarnición dejada en los reales, sacan todas las demás tropas al agua, pero ninguna al forraje. César quería más que, humillados con estas calamidades y reducidos al último extremo, se vieran obligados a rendirse, que no derramar sangre peleando. Con todo eso trata de cercarlos con trinchera y foso, a fin de atajarles más fácilmente las salidas repentinas, a que creía habían de recurrir por fuerza. Entonces, parte obligados por la falta de forraje, parte por estar más desembarazados para el viaje, mandan matar todas las bestias de carga.

LXXXII. *En estas maniobras y trazas emplearon dos días. Al tercero ya la circunvalación estaba muy adelantada. Ellos por impedirla, dada la señal a eso de las ocho, sacan las legiones, y debajo de las trincheras se forman en batalla. César hace suspender los trabajos, manda juntar toda la caballería y ordena la gente en batalla. Porque dar muestra de rehusar el combate contra el sentir de los soldados y el crédito de todos, parábale gran perjuicio. Eso no obstante, por las razones dichas, que ya son bien notorias, no quería venir a las manos; mayormente considerando que, por la estrechez del terreno, aunque fuesen desbaratados los contrarios, no podía ser la acción decisiva, pues no distaban entre sí los reales sino dos millas. De éstas las dos partes ocupaban las tropas, quedando la tercera sola para el combate. Y cuando se diese la batalla, la vecindad de los reales ofrecía pronto asilo a la fuga de los vencidos. Por eso estaba resuelto a defenderse caso que le atacasen, más no a ser el primero en acometer.*

LXXXIII. *El ejército de Afranio estaba dividido en dos cuerpos, uno formado de las legiones quinta y tercera ([26]); otro de reserva compuesto de tropas auxiliares. El de César en tres trozos; la primera línea de cada trozo se componía de cuatro cohortes de la quinta legión; la segunda de tres cohortes de las tropas auxiliares, y la tercera de tres distintas legiones. La gente de honda y arco ocupaba el centro; la caballería cubría los costados. Dispuestos en esta forma, cada uno creía lograr su intento: César de no pelear sino forzado; el otro de impedir los trabajos de César. Sin embargo, por entonces no pasaron a más empeño sino el de mantenerse ordenados ambos ejércitos hasta la puesta del Sol, y entonces se retira cada cual a su campo. Al otro día se dispone César a concluir las fortificaciones comenzadas; ellos a tentar el vado del río Segre, a ver si podían atravesarlo. César que lo advirtió, hace pasar el río a los germanos armados a la ligera y a un trozo de caballería, y destruye por la margen diferentes guardias.*

LXXXIV. *Al cabo, viéndose totalmente sitiados, las caballerías ya cuatro días sin pienso, ellos mismos sin agua, sin leña, sin pan, piden entrevista, y que a ser posible no fuese a presencia de los soldados. Negando esto ultimó César, y concediéndoles el hablar, si querían, en público, entregan en prendas a César el hijo de Afranio. Vienen al paraje señalado por César. Estando los dos ejércitos oyendo, dice Afranio: «Que ni él ni su*

ejército eran reprensibles por haber querido perseverar fieles a su general Cneo Pompeyo; pero ya habían cumplido con su deber, y harto lo habían pagado con haber padecido la falta de todas las cosas, y más ahora que se ven como fieras acorraladas, privados de agua, sin resquicio para la salida, ya ni el cuerpo puede aguantar el dolor, ni el ánimo la ignominia, por tanto se confiesan vencidos; y si es que hay lugar a la misericordia, ruegan y suplican que no los obliguen a padecer la pena del último suplicio». Estas palabras las pronuncia con la mayor sumisión y reverencia posible.

***LXXXV**. A esto respondió César: «Que en nadie eran más disonantes las cuitas y lástimas, puesto que todos los demás habían cumplido con su obligación: César no haber querido pelear aun teniendo las ventajas de la tropa, del lugar y del tiempo, a trueque de que todo se allanase para la paz; su ejército, el cual no obstante la injuria recibida y la muerte cruel de los suyos, salvó a los del campo contrario que tenía en sus manos; los soldados en fin del mismo Afranio, que vinieron por sí a tratar de reconciliación, pensando hacer buenos oficios a favor de los suyos; por manera que toda clase de personas había conspirado a la clemencia; ellos solos, siendo las cabezas, habían aborrecido la paz, violado los tratados y las treguas, pasado a cuchillo a unos hombres desarmados y engañados por palabras amistosas. Así ahora experimentaban en sí lo que de ordinario suele acontecer a hombres demasiado tercos y arrogantes; que al cabo se ven reducidos a solicitar con ansia lo que poco antes desecharon. Mas no por eso piensa aprovecharse del abatimiento en que se hallan, o de las circunstancias favorables para aumentar sus fuerzas, sino que quiere se despidan los ejércitos que ya tantos años han mantenido contra su persona. Pues no por otra causa se han enviado a España seis legiones, ni alistado en ella la séptima, ni apercibido tantas y tan poderosas armadas, ni escogido capitanes expertos en la guerra. Nada de esto se ha ordenado a pacificar las Españas, nada para utilidad de una provincia que por la larga paz ningún socorro había menester. Que todos estos preparativos iban dirigidos muy de antemano contra él; contra él se forjaban generalatos de nueva forma, haciendo que uno mismo a las puertas de Roma gobierne la República, y en ausencia retenga tantos años dos provincias belicosísimas; contra él se había barajado el orden de la sucesión en los empleos, enviando al gobierno de las provincias no ya, como siempre, los que acababan de ser pretores y cónsules, sino los que lograban el favor y voto de unos pocos; contra él no valía la excusa de la edad avanzada, destinando a mandar ejércitos o personas que han cumplido los años de servicios en las guerras pasadas; con él solo no se guardaba lo que a todos los generales se había concedido siempre, que acabadas felizmente sus empresas, vuelvan a sus casas y arrimen el bastón con algún empleo honorífico, o por lo menos sin infamia. Que todo esto así corno lo había sufrido hasta aquí con paciencia, también pensaba sufrirlo en adelante; ni ahora era su intención quedarse con el ejército quitándoselo a ellos contra su persona; por tanto saliesen, conforme a lo dicho, de las provincias y licenciasen las tropas. Así él no haría mal a nadie; ser ésta la única y final condición de la paz». Esta última proposición fue por cierto de sumo placer para los soldados, como por sus ademanes se pudo conocer; que cuando por ser vencidos temían algún desastre, conseguían sin pretenderlo el retiro. Con efecto, suscitándose alguna diferencia acerca del lugar y tiempo de la ejecución, todos a una desde las líneas donde estaban asomados, con voces y ademanes pedían los licenciasen luego; que aunque más palabras se diesen, no se podían fiar si se difería para otro tiempo. Después de algunos debates entre ambas partes, finalmente se resolvió que los que tenían domicilio y posesiones en España fuesen a la hora despedidos, los demás en llegando al río Varo.*

Asentóse que no se les haría daño, y que ninguno por fuerza sería obligado por César a alistarse bajo sus banderas.

LXXXVI. *César promete proveerles de trigo desde entonces hasta la despedida. Añade también que si alguno hubiese perdido cosa que esté en poder de sus soldados, se restituyese a sus dueños; el valor de estas cosas tasadas por su justo precio se lo pagó en dinero contante a los soldados. En todos los pleitos que hubo después entre los soldados, acudían voluntariamente para la decisión a César. Petreyo y Afranio, como las legiones casi amotinadas clamasen por la paga, cuyo plazo decían ellos no haberse aún cumplido, piden por arbitro a César, y unos y otros quedaron contentos con el corte que éste dio. Despedida en aquellos dos días como la tercera parte del ejército, mandó que dos de sus legiones fuesen delante y las otras detrás, de suerte que las unas se alojasen a corta distancia de las otras. Este negocio encomendó al legado Quinto Fusio Caleño. Conforme a esta orden suya se hizo el viaje desde España hasta la ribera del Varo, donde fue despedido el resto del ejército».*

12) Cneo Pompeyo, deseando comprobar la huída de Mitrídates y forzarlo a luchar, eligió la noche como el momento para el enfrentamiento, ingeniándoselas para bloquear su marcha mientras él se retiraba. Habiendo hecho sus preparativos para este fin, obligó de repente a su enemigo a luchar. Además de esto, preparó su fuerza de modo tal que la luz de la luna, cayendo sobre las caras de los soldados pónticos, cegó sus ojos, dando, entretanto, a sus propias tropas, una visión clara y distintiva del enemigo.

Nota: *Año 66 a. de C. Floro, 3:5: «Observando Pompeyo que el Asia se halaba agitada con nuevas revueltas, y que á unos reyes se sucedían, otros, sin pérdida de tiempo y antes de que se aunaran las fuerzas de tantas naciones, tendió un puente de barcas sobre el Eúfrates; le atravesó, y alcanzando al fugitivo monarca en medio de la Armenia, fue tal su fortuna que le derrotó por completo en una sola batalla. La lucha se trabó durante la noche: la misrna luna tomó parte en aquélla, y cual si combatiera en favor nuestro, se presentó á espaldas de las huestes contrarias, iluminando de frente a los Romanos. Engañados los soldados del Ponto ante lo desmesurado de sus propias sombras, las dirigían sus golpes tomándolas por verdaderos enemigos. En esta misma noche se consumó la ruina de Mitrídates, á pesar de que, agotando todos los recursos, se defendió tenazmente á la manera que la serpiente, una vez aplastada su cabeza, sacude su cola en todas direcciones».*

13) Es bien sabido que Yugurta, consciente del coraje de los romanos, solía siempre librar la batalla cuando el día llegaba a su fin, de modo que, en caso de que sus hombres fueran derrotados, pudieran tener la ventaja de la noche para escapar.

Nota: Años 111 a 106 a. de C. Salustio, La Guerra de Yugurta, 98:2: *«Yugurta, después de haber perdido a Capsa y a otros lugares fuertes e importantes, con gran parte de sus tesoros, envía a decir a Boco «que pase cuanto antes con su ejército a Numidia, que era ya tiempo de obrar: mas viendo que éste lo difería y buscaba pretextos, dudando si abrazaría la paz o la guerra, cohecha de nuevo a sus confidentes y ofrécele la tercera*

parte de su reino, si se lograba echar a los romanos de África o se ajustaba la paz sin perder nada de sus estados. Inducido con esta promesa Boco, vase a Yugurta con gran número de gente, y juntos los dos ejércitos acometen a Mario, que estaba ya en marcha para tomar cuarteles, cuando quedaba poco más de una hora de día, por parecerles que la cercana noche les servirla de abrigo en caso de ser vencidos, y si salían con victoria, no les sería de estorbo para usar de ella, por ser prácticos del terreno; y que al contrario, los romanos, en uno y otro caso, se habían de hallar muy embarazados con la oscuridad».

14) En Tigranocerta en la Armenia Mayor, Lúculo, en la campaña contra Mitrídates y Tigranes, no tenía encima de 15.000 hombres armados, mientras el enemigo tenía una hueste innumerable, que por esta misma razón era pesada y difícil de manejar. Aprovechando, en consecuencia, esta ventaja del enemigo, Lúculo atacó su línea antes de que estuviera ordenada, e inmediatamente lo derrotó tan completamente que hasta los reyes mismos desecharon su parafernalia y huyeron.

Nota: *Año 69 a. de C. Plutarco, Lúculo, 26-28: «Sucediéndole tan felizmente las cosas, movió Luculo para Tigranocerta, y acampándose en derredor le pusositio. Hallábanse en aquella ciudad muchos Griegos de los trasplantados de la Cilicia, muchos bárbaros que habían tenido la misma suerte, Adiabenos, Asirios, Gordianos y Capadocios, a los que, arruinando sus patrias y arrancándolos de ellas, los habían obligado a fijar allí su residencia. Estaba la ciudad llena de caudales y de ofrendas, no habiendo particular ni poderoso que no se afanara por agasajar al rey para el incremento y adorno de ella. Por esta misma causa, Luculo estrechaba con vigor el sitio, teniendo por cierto que Tigranes no podría desentenderse, sino que con el enojo acudiría a dar la batalla, contra lo que tenía meditado, y ciertamente no se engañó. Retraíale, sin embargo, con empeño Mitridates, enviándole mensajeros y cartas para que no trabara batalla, bastándole el interceptar los víveres con su numerosa caballería, y rogábale también encarecidamente Taxiles, enviado con tropas de parte del mismo Mitridates, que se guardase y evitase como cosa invencible las armas romanas. Al principio los escuché benignamente; pero después que con todo su poder se le reunieron los Armenios y Gordianos, que con todas sus fuerzas se presentaron asimismo sus respectivos reyes, trayendo a los Medos y Adiabenos, que vinieron muchos Árabes de la parte del mar de Babilonia, muchos Albaneses del Caspio e Íberos incorporados con los Albaneses, y que concurrieron no pocos de los que, sin ser de nadie regidos, apacientan sus ganados en las orillas del Araxes, atraídos con halagos y con presentes, entonces ya en los banquetes del rey y en sus consejos todo era esperanzas, osadía y aquellas amenazas propias de los bárbaros; Taxiles estuvo muy a pique de perecer por haber hecho alguna oposición a la resolución de pelear, y aun se llegó a sospechar que Mitridates, por envidia, se oponía a aquella brillante victoria. Así es que Tigranes no le aguardó, para que no participase de la gloria; y poniéndose en marcha con todo su ejército, se lamentaba, según se dice, con sus amigos de que aquel combate hubiera de ser con sólo Luculo y no con todos los generales romanos que se hallaban allí juntos. Y en verdad que aquella confianza no era loca ni vana, al ver tantas naciones y reyes como le seguían, tan numerosa infantería y tantos miles de caballos: porque arqueros y honderos llevaba veinte mil; soldados de a caballo, cincuenta y cinco mil, y de éstos, diez y siete mil con cotas y otras piezas de armadura de hierro, según lo escribió Luculo al Senado; infantes, ya de los formados en cohortes y ya de los que componían la batalla, ciento cincuenta mil; camineros, pontoneros,*

acequieros, leñadores y sirvientes para todos los demás ministerios, treinta y cinco mil; los cuales, formando a espalda de los que peleaban, no dejaban de contribuir a la visualidad y a la fuerza.

XXVII.- Cuando, pasado el Tauro, llegaron a descubrirse sus inmensas fuerzas, y él divisó el ejército de los Romanos acampado ante Tigranocerta, el tropel de bárbaros que había dentro de la ciudad recibió su aparecimiento con grande alboroto y gritería, y mostraba con amenazas a los Romanos, desde la muralla, las tropas armenias. Púsose Luculo a deliberar sobre el partido que debía tomarse: unos le aconsejaban que marchara contra Tigranes, abandonando el sitio; otros, que no dejara a la espalda tantos enemigos ni levantara el cerco; más él, diciéndoles que, separados, ni uno ni otro consejo daban en lo conveniente, y juntos sí, dividio sus fuerzas, dejando a Murena con seis mil hombres para continuar el asedio y él, tomando el resto, que eran veinticuatro cohortes, con menos de diez mil infantes, toda la caballería y unos mil entre honderos y arqueros, marchó en busca de los enemigos; y poniendo sus reales junto al río en una gran llanura se mostró a Tigranes objeto muy pequeño, siendo para sus aduladores materia de entretenimiento; porque unos lo ridiculizaban, otras echaban suertes sobre los despojos, y cada uno de aquellos reyes y generales, presentándose a Tigranes, le rogaba que aquel negocio lo dejara a él solo, contentándose con ser espectador. Quiso también éste hacer de gracioso y burlón, pronunciando aquel dicho, ya tan vulgar: "Para embajadores, son muchos; para soldados, muy pocos"; así estuvieron burlándose y divirtiéndose por entonces. Al amanecer sacó Luculo su ejército armado; el de los enemigos se hallaba al oriente del río.Daba allí éste un rodeo hacía poniente, y era por aquella parte por donde podía pasarse mejor; así, conduciendo apresuradamente sus tropas en dirección opuesta, se le figuró a Tigranes que huía, y llamando a Taxiles, le dijo riendo a carcajadas: "¿No ves cómo huye esa invicta infantería romana?" Y entonces Taxiles: "¡Ojalá hiciera vuestro buen Genio, oh Rey, ese milagro! Pero no se visten los hombres de limpio para las marchas, ni usan de escudos acicalados, ni de morriones desnudos coma ahora, quitando sus fundas a las armas, sino que aquella brillantez es de soldados que buscan pelea, dirigiéndose de hecho contra los enemigos". Decía esto Taxiles, cuando ya la primera águila, que era la de Luculo, había dado la vuelta, y las cohortes ocupaban sus puestos para pasar el río; entonces Tigranes, como quien se recobra con pena de una profunda embriaguez, exclamó por dos o tres veces: "¿Es posible que vengan contra nosotros?" De manera que aquella muchedumbre se formó con grande atropellamiento en batalla, tomando el Rey para sí el centro y dando de las alas la izquierda al Adiabeno y la derecha al Medo, en la que a vanguardia se hallaba la mayor parte de los coraceros. Cuando Luculo se disponía a pasar el río, algunos de los otros caudillos le advirtieron que debía guardarse de aquel día, por ser uno de los nefastos, a los que llaman negros; por cuanto en él había perecido el ejército de Cipión en lid con los Cimbros; pero él les dio aquella tan celebrada respuesta: "Pues yo haré este día afortunado para los Romanos." Era el que precedía a las nonas de octubre.

XXVIII.- Dicho esto, y mandando tener buen ánimo, pasó el río, marchando el primero contra los enemigos, vestido con una brillante cota de hierro con escamas, y una sobrevesta con rapacejos. Ostentaba ya desde allí la espada desenvainada, como que tenía que apresurarse a venir a las manos con hombres hechos a pelear de lejos, y le era preciso acortar el espacio propio para armas arrojadizas con la celeridad de la acometida; y viendo a la caballería de coraceros, con que se hacía tanto ruido, defendida por un

collado cuya cima era suave y llana, y cuya subida, que sería de cuatro estadios, no era difícil ni tenía cortaduras, dio orden a los soldados de caballería tracios y gálatas que tenía en sus filas de que, acometiéndoles en oblicuo, desviaran con las espadas los cuentos de las lanzas; porque en ellos estaba el todo de la fortaleza de aquellas gentes, no pudiendo nada fuera de esto, ni contra los enemigos ni para sí, a causa de la pesadez e inflexibilidad de su armadura, con la que parecían aprisionados. Tomó en seguida dos cohortes, y se dirigió al collado, siguiéndole alentadamente la tropa, al ver que él marchaba el primero a pie, armado y decidido a batirse. Luego que estuvo arriba, puesto en el sitio más eminente, "Vencimos- exclamó en voz alta-; vencimos, camaradas"; y al punto cayó sobre los coraceros, mandando que no hiciesen uso de las picas, sino que hirieran con las espadas a los enemigos en las piernas y en los muslos, que es lo único que los armados no tienen defendido. Mas estuvo de sobra esta prevención, porque no aguardaron la llegada de los Romanos, sino que al punto, levantando espantosos alaridos, dieron a huir con la más vergonzosa cobardía, y ellos y sus caballos, con sus pesadas armaduras, cayeron sobre su misma infantería, antes de que ésta hubiese entrado en acción; de modo que, sin una herida, y sin haberse derramado una gota de sangre, quedaron vencidos tantos millares de miles de hombres, y si fue grande la matanza en los que huían, aún fue mayor en los que querían y no podían huir, impedidos entre sí por lo espeso y profundo de la formación. Tigranes, dando a correr desde el principio, escapó con algunos pocos, y viendo que a su hijo le cabía la misma suerte, quitándose la diadema de la cabeza, se la entregó con lágrimas, mandándole que por otra vía se salvara como pudiese. No se atrevió aquel joven a ceñirse con ella las sienes, sino que la dio a guardar a uno de los mancebos de quien más se fiaba, y como después éste, por desgracia, cayese cautivo, entre los demás que lo fueron lo fue también la diadema de Tigranes. Dícese que de los infantes murieron más de cien mil hombres, y de los de a caballo se salvaron muy pocos; los Romanos tuvieron cien heridos y cinco muertos. Antíoco el filósofo, haciendo mención de esta batalla en su obra acerca de los Dioses, dice que el Sol no vio otra semejante; Estrabón, otro filósofo, dice en sus memorias históricas que los mismos Romanos estaban avergonzados y se reían de sí mismos por haber tomado las armas contra semejantes esclavos; y Livio refiere que nunca los Romanos habían sido tan inferiores en número a los enemigos, porque apenas los vencedores eran la vigésima parte, sino menos todavía, de los vencidos. De los generales romanos los más inteligentes, y que en más acciones se habían hallado, lo que principalmente celebraban en Luculo era haber vencido a los reyes más poderosos y afamados con dos medios encontrados enteramente, cuales son la prontitud y la dilación: porque a Mitridates, que se hallaba pujante, lo destruyó con el tiempo y la tardanza y a Tigranes lo quebrantó con el aceleramiento, siendo muy pocos los generales que como él hayan tenido una precaución activa y un arrojo seguro».

15) En la campaña contra los panonios, cuando los bárbaros a tono bélico se habían formado para la batalla al amanecer mismo, Tiberio Nerón contuvo a sus propias tropas, y permitió que el enemigo fuera obstaculizado por la niebla y fuera empapado por las lluvias, que resultaron ser frecuentes ese día. Entonces, cuando notó que estaban cansados y débiles por la posición, no sólo por la exposición sino también por el agotamiento, dio la señal, atacó y los derrotó.

***Nota: Años 12 a10 a. de C. ó 6 a 9 de Nuestra Era**. El futuro emperador Tiberio.*

16) Cayo César, estando en la Galia, entendió que era un principio y casi una ley con Ariovisto, rey de los germanos, no luchar cuando la luna menguaba. César, por lo tanto, eligió ese momento sobre todos los otros para entrar en batalla, cuando el enemigo estaba turbado por su superstición, y así triunfó sobre ellos.

Nota: Año 58 a. de C. Julio César, La Guerra de las Galias, 1:49: *«Al día siguiente César, como lo tenía de costumbre, sacó de los dos campos su gente, la ordenó a pocos pasos del principal, y presentó batalla al enemigo; mas visto que ni por eso se movía, ya cerca del mediodía recogió los suyos a los reales. Entonces por fin Ariovisto destacó parte de sus tropas a forzar las trincheras de nuestro segundo campo; peleóse con igual brío por ambas partes hasta la noche, cuando Ariovisto, dadas y recibidas muchas heridas, tocó la retirada. Inquiriendo César de los prisioneros la causa de no querer pelear Ariovisto, entendió ser cierta usanza de los germanos que sus mujeres hubiesen de decidir por suertes divinatorias si convenía, o no, dar la batalla, y que al presente decían: «no poder los germanos ganar la victoria si antes de la luna nueva daban la batalla».*

17) El divino Vespasiano Augusto atacó a los judíos en su sabbath, día en el cual es pecado realizar cualquier actividad, y así los derrotó.

Nota: Año 70 de Nuestra Era.

18) Cuando Lisandro, el espartano, luchaba contra los atenienses en Egos Potamos, comenzó atacando los buques de los atenienses a una hora regular y luego deteniendo a su flota. Después que esto se hubo convertido en un procedimiento establecido, cuando los atenienses en una ocasión, después de su retirada, se dispersaban para reunir sus tropas, él desplegó su flota como de costumbre y se retiró. Entonces, cuando la mayor parte del enemigo se había dispersado según su costumbre, él atacó y mató al resto, y capturó todos sus buques.

Nota: Año 405 a. de C. Plutarco, Lisandro, 10, 11: *«X Nada hicieron por entonces ni unos ni otros, esperando que al día siguiente se combatirían las escuadras; pero muy distinto era el pensamiento de Lisandro, el cual, sin embargo, dio orden a los marineros y pilotos, como si al otro día al amanecer se hubiera de pelear, de que montasen las galeras y esperasen en formación y con silencio la disposición que se les comunicase; de la misma manera mandó que el ejército de tierra, desplegado en el litoral, aguardara igualmente sin moverse. Al salir el sol, los Atenienses se presentaron de frente, provocándolos con todas sus naves; y él, con tener las suyas en orden y bien tripuladas desde la noche, no se hizo al mar; y antes, por sus edecanes, envió avisos a las naves principales para que permanecieran en su puesto, sin inquietarse ni salir contra los enemigos. Hubiéronse de retirar, ya al oscurecer, los Atenienses; y él, sin embargo, no permitió a los soldados desembarcarse sin haber despachado antes de exploradoras dos o tres galeras, y haber vuelto éstas con la noticia de que habían visto saltar en tierra a los enemigos. Ejecutóse enteramente lo mismo el día siguiente, y el tercero y el cuarto, de manera que los Atenienses concibieron la mayor confianza, y empezaron a mirar con*

desprecio a los enemigos, pensando que los temían y les habían cobrado miedo. En tanto, Alcibíades, que se hallaba todavía en el Quersoneso, detenido en una de sus plazas, marchando a caballo al ejército de los Atenienses, increpó a los generales, primeramente de haber anclado en una costa mal segura y abierta, y en segundo lugar, de que hacían mal en ir lejos a tomar las provisiones de Sesto, cuando les convenía no apartarse mucho de esta ciudad y su puerto, manteniéndose a distancia de unos enemigos que estaban a las órdenes de un hombre solo, obedeciéndole en todo por miedo a la menor señal. Estas lecciones les daba, mas ellos no le prestaron oídos, y aun Tideo lo despidió con enfado, diciéndole que no era Alcibíades sino otros los que mandaban.

XI.- Separóse, pues, de ellos Alcibíades, no sin alguna sospecha de que eran traidores a su patria. Hicieron los Atenienses al quinto día su navegación y retirada, según costumbre, con gran desdén y desprecio; Lisandro, al enviar las naves exploradoras, encargó a los capitanes que, inmediatamente después de haber visto desembarcarse a los Atenienses, se apresuraran a volver, y, al estar en medio de la travesía, levantasen en alto, por la proa, un escudo de bronce, en señal de que debían hacerse a la vela. En tanto, convocaba a los pilotos y capitanes y los exhortaba a que cada uno tuviese a bordo y en orden a todos los individuos de la marinería y tripulación, y a la primera señal moviesen aceleradamente contra los enemigos. Luego que de las naves se levantó en alto el escudo, y se dio de la capitana la señal con la trompeta, salieron al mar las naves, y el ejército de tierra marchó por la costa hacia el promontorio; y siendo la distancia que había entre ambos continentes de quince estadios, con la diligencia y ardor de los remeros en breves instantes fue vencida. Conón fue el primero de los generales atenienses que divisó en el mar la escuadra, e inmediatamente esforzó la voz para que se embarcaran; y sintiendo ya el mal que les había sobrevenido, convocaba a unos, rogaba a otros, y a otros los obligaba a tripular las naves; pero toda su diligencia era vana, estando la gente dispersa: pues luego que saltaron en tierra, unos habían marchado a tomar víveres, otros andaban vagando y otros dormían en las tiendas, muy distantes todos de aquel apuro y menester, por impericia de sus generales. Cuando los enemigos estaban encima, con grande gritería y alboroto, Conón se hizo a la vela con ocho naves, y se retiró a Chipre, al amparo de Evágoras; los del Peloponeso, cargando sobre los demás, de ellas tomaron unas enteramente vacías, y desbarataron otras que ya estaban tripuladas. De la gente, unos murieron cerca de las naves, cuando, desarmados, corrían a defenderlas, y otros recibieron la muerte mientras huían por tierra, desembarcándose al efecto los enemigos. Tomó Lisandro cautivos a tres mil hombres, incluso los generales y la armada entera, a excepción de la galera Páralo y las que Conón llevó consigo. Amarradas, pues, las naves y saqueado el campamento, navegó al son de las trompetas y entonando canciones triunfales la vuelta de Lámpsaco; habiendo ejecutado con el menor trabajo la mayor hazaña, y abreviado en una hora sola un tiempo muy dilatado, por haber terminado en ella de un modo increíble la guerra más encarnizada y de más varios casos de fortuna entre cuantas la habían precedido; la cual, después de una indecible alternativa de sucesos y de la pérdida de más generales que los que fallecieron en todas las demás guerras de la Grecia, fue de este modo fenecida por el tino y habilidad de un hombre solo; así es que esta hazaña fue calificada de divina».

II. SOBRE LA ELECCIÓN DEL LUGAR PARA LA BATALLA

1) Manio Curio, observando que la falange del rey Pirro no podía ser resistida

cuando estaba en una línea extendida, hizo por esfuerzos luchar en espacios reducidos, donde la falange, apilada toda junta, se molestaría a sí misma.

Nota: Años 281 a 275 a. de C.

2) En Capadocia, Cneo Pompeyo eligió un sitio elevado para su campamento. Como resultado, la elevación ayudó de tal modo al ataque de sus tropas que fácilmente venció a Mitrídates puramente por el peso de su asalto.

Nota: Año 66 a. de C.

3) Cuando Cayo César estaba a punto de contender con Farnaces, el hijo de Mitrídates, preparó su línea de batalla sobre una colina. Este movimiento le hizo fácil la victoria, ya que los dardos, lanzados desde tierras más altas contra los bárbaros que cargaban desde abajo, les pusieron inmediatamente en fuga.

Nota: Año 47 a. de C. Aulo Hircio, La Guerra de Alejandría, 74-76: «***LXXIII.*** *César sentó su campo a cinco millas de distancia del enemigo, y viendo que aquellos valles que fortalecían el campo contrario fortificarían también el suyo a la misma distancia, si los enemigos no se apoderasen antes de los puestos más inmediatos a su real, dio orden de conducir gran porción de madera y fajinas a las fortificaciones. Conducidas con prontitud, partió al amanecer del día siguiente con todas las legiones armadas a la ligera, dejando todo el equipaje en los reales, y sin que lo pensasen los enemigos, ocupó aquel mismo puesto en que Mitrídates derrotó a Triario. Mandó que los esclavos condujesen aquí las fajinas de los reales, para que ningún soldado se apartase de la obra, de la cual y del nuevo campo sólo se separaba el del enemigo por un valle cortado, que tendría el espacio de una milla.*

LXXIV. *Advertido esto por Farnaces, formó de improviso al amanecer todas sus tropas delante de los reales, las que, como mediaban unos pasos difíciles y escabrosos, creía César que las ordenaba siguiendo la costumbre militar, o para estorbar sus obras ocupándose mucha gente en las armas, o por ostentación de la real confianza, para que no se entendiese que Farnaces defendía su puesto más con fortificaciones que con las manos; y así, formando la primera línea delante de la trinchera, no dejó de continuar la obra con el resto del ejército. Pero Farnaces, o incitado de la oportunidad del sitio, o movido de sus auspicios y señales religiosas, de que oímos después se había creído, o averiguado el corto número de los nuestros que estaba sobre las armas, creyendo por la costumbre ordinaria de las obras que aquella multitud de siervos que arreaban los materiales eran soldados, o por la confianza en su ejército veterano, el cual se vanagloriaban sus tenientes que había peleado con la legión veintidós y salido victorioso, y al mismo tiempo por desprecio de nuestro ejército, que sabía había sido desbaratado por él con su capitán Domicio, tomada la resolución de pelear, empezó a bajar por el quebrado valle. César al principio se reía de su vana ostentación y de la apretura de las tropas en un paraje en que ningún capitán prudente se hubiera empeñado, cuando entre tanto Farnaces, al mismo paso con que había bajado al valle, empezó a subir por el collado arriba, formando su ejército en batalla.*

LXXV. *Conmovido César, o de su temeridad, o de su confianza, al verse sorprendido sin pensarlo, a un mismo tiempo llama a los soldados de las obras, mándales tomar las armas, opone sus legiones y las ordena para la refriega, repentina disposición que no dejó de causar alguna confusión en los nuestros. Aun no estaban ordenadas del todo las filas, cuando los carros falcados del Rey, tirados de cuatro caballos, comenzaron a desbaratar nuestras tropas, si bien fueron rechazados por una gran multitud de dardos. Siguióles a éstos el ejército enemigo, y levantado el grito, se trabó la batalla, favoreciéndonos mucho el sitio y en especial la benignidad de los dioses inmortales, que si bien intervienen en todos los trances de la guerra, con particularidad en aquellos en que nada se ha podido disponer con orden y prudencia.*

LXXVI*. Trabada, pues, de cerca una recia batalla, empezó la victoria por el ala derecha, donde estaba la legión sexta, que rechazó a los enemigos por la cuesta abajo. Algo más tarde, pero al fin con el favor especial de los dioses, fueron enteramente desbaratadas las tropas del Rey por el ala izquierda y por el centro; las cuales desalojadas, eran oprimidas en el terreno llano con igual celeridad a la que habían mostrado en exponerse a un paraje tan desproporcionado. Y así muertos muchos soldados, oprimidos unos con la caída de otros, los que podían escapar por su ligereza, arrojando las armas, aunque pasaron el valle, nada adelantaban, aun desde puesto ventajoso, por hallarse desarmados. Los nuestros, animosos con la victoria, no dudaron subir detrás de ellos al puesto desigual y atacar las fortificaciones. Sólo defendían los reales unas cohortes que Farnaces había dejado de guarnición, y así con gran presteza los tomaron. Muerta o prisionera la mayor parte de los suyos, Farnaces, a quien si la toma de los reales no hubiera dado tiempo oportuno para escaparse, hubiera sido traído vivo a la presencia de César, se puso en salvo con unos cuantos caballos».*

4) Cuando Lúculo planeaba luchar contra Mitrídates y Tigranes en Tigranocerta, en la Armenia Mayor, él mismo ganó rápidamente la cumbre de la colina más cercana con una parte de sus tropas, y luego se precipitó en descenso sobre el enemigo apostado abajo, atacando al mismo tiempo su caballería por el flanco. Cuando la caballería irrumpió e inmediatamente provocó una confusión en la infantería, Lúculo les siguió y ganó una batalla importante.

Nota: Año 69 a. de C. *«Dicho esto, y mandando tener buen ánimo, pasó el río, marchando el primero contra los enemigos, vestido con una brillante cota de hierro con escamas, y una sobrevesta con rapacejos. Ostentaba ya desde allí la espada desenvainada, como que tenía que apresurarse a venir a las manos con hombres hechos a pelear de lejos, y le era preciso acortar el espacio propio para armas arrojadizas con la celeridad de la acometida; y viendo a la caballería de coraceros, con que se hacía tanto ruido, defendida por un collado cuya cima era suave y llana, y cuya subida, que sería de cuatro estadios, no era difícil ni tenía cortaduras, dio orden a los soldados de caballería tracios y gálatas que tenía en sus filas de que, acometiéndoles en oblicuo, desviaran con las espadas los cuentos de las lanzas; porque en ellos estaba el todo de la fortaleza de aquellas gentes, no pudiendo nada fuera de esto, ni contra los enemigos ni para sí, a causa de la pesadez e inflexibilidad de su armadura, con la que parecían aprisionados. Tomó en seguida dos cohortes, y se dirigió al collado, siguiéndole alentadamente la tropa, al ver que él marchaba el primero a pie, armado y decidido a batirse. Luego que*

estuvo arriba, puesto en el sitio más eminente, "Vencimos- exclamó en voz alta-; vencimos, camaradas"; y al punto cayó sobre los coraceros, mandando que no hiciesen uso de las picas, sino que hirieran con las espadas a los enemigos en las piernas y en los muslos, que es lo único que los armados no tienen defendido. Mas estuvo de sobra esta prevención, porque no aguardaron la llegada de los Romanos, sino que al punto, levantando espantosos alaridos, dieron a huir con la más vergonzosa cobardía, y ellos y sus caballos, con sus pesadas armaduras, cayeron sobre su misma infantería, antes de que ésta hubiese entrado en acción; de modo que, sin una herida, y sin haberse derramado una gota de sangre, quedaron vencidos tantos millares de miles de hombres, y si fue grande la matanza en los que huían, aún fue mayor en los que querían y no podían huir, impedidos entre sí por lo espeso y profundo de la formación. Tigranes, dando a correr desde el principio, escapó con algunos pocos, y viendo que a su hijo le cabía la misma suerte, quitándose la diadema de la cabeza, se la entregó con lágrimas, mandándole que por otra vía se salvara como pudiese. No se atrevió aquel joven a ceñirse con ella las sienes, sino que la dio a guardar a uno de los mancebos de quien más se fiaba, y como después éste, por desgracia, cayese cautivo, entre los demás que lo fueron lo fue también la diadema de Tigranes. Dícese que de los infantes murieron más de cien mil hombres, y de los de a caballo se salvaron muy pocos; los Romanos tuvieron cien heridos y cinco muertos. Antíoco el filósofo, haciendo mención de esta batalla en su obra acerca de los Dioses, dice que el Sol no vio otra semejante; Estrabón, otro filósofo, dice en sus memorias históricas que los mismos Romanos estaban avergonzados y se reían de sí mismos por haber tomado las armas contra semejantes esclavos; y Livio refiere que nunca los Romanos habían sido tan inferiores en número a los enemigos, porque apenas los vencedores eran la vigésima parte, sino menos todavía, de los vencidos. De los generales romanos los más inteligentes, y que en más acciones se habían hallado, lo que principalmente celebraban en Luculo era haber vencido a los reyes más poderosos y afamados con dos medios encontrados enteramente, cuales son la prontitud y la dilación: porque a Mitridates, que se hallaba pujante, lo destruyó con el tiempo y la tardanza y a Tigranes lo quebrantó con el aceleramiento, siendo muy pocos los generales que como él hayan tenido una precaución activa y un arrojo seguro».

5) Ventidio, luchando contra los partos, no iba a conducir a sus soldados hasta que los partos estuvieran dentro de los quinientos pasos. Así, por un avance rápido, llegó tan cerca de ellos que, encontrándolos tan cerca, evitó sus flechas, las cuales ellos tiraban desde una distancia. Por este esquema, dado que expuso una cierta muestra de confianza, rápidamente sometió a los bárbaros.

Nota: Año 38 a. de C. Floro, 4:9 § 6: *«Capitaneados por Pacoro, joven de estirpe regia, baten las fuerzas de Antonio, y su legado Saxa logra salvarse de las manos del enemigo cortando con su propia espada el hilo de su existencia. Arrebatada la Siria y vencedores los Partos á titulo de aliados (si bien lo fueron por sí mismos), el mal amenazaba tomar mayores proporciones, si Ventidio, otro de los lugartenientes de Antonio, por un evento increíble no hubiera destrozado las tropas de Lavieno, las del mismo Pacoro y toda la caballería de los Partos en el extenso llano comprendido entre el Orontes y el Eufrates. Perecieron más de veinte mil hombres; resultado que se debió á la pericia de nuestro General, pues habiendo simulado temer al enemigo, dejó que éste se aproximara al campamento, de tal suerte que no quedándole espacio suficiente para tender sus arcos, in utilizó por completo el empleo de sus dardos.*

El Rey murió peleando esforzadamente; su cabeza fue paseada por las poblaciones rebeldes, y la Siria quedó subyugada sin derramamiento de sangre. Con la muerte de Pacoro quedó vengado el desastre de Craso».

6) En Numistro, cuando Aníbal esperaba una batalla con Marcelo, se aseguró una posición donde su flanco fuera protegido por huecos y caminos con precipicios. Haciendo así que la tierra sirviera como defensa, obtuvo una victoria sobre un comandante muy renombrado.

Nota: Año 210 a. de C. Plutarco, Marcelo, 24: *«A poco, como Aníbal hubiese dado muerte en la Apulia al procónsul Gneo Fulvio, con once tribunos más, y hubiese destrozado la mayor parte del ejército, envió Marcelo cartas a Roma, exhortando a los ciudadanos a que no desmayaran, porque se ponía en marcha para desvanecer el gozo de Aníbal. Acerca de lo cual dice Livio que, leídas estas cartas, no se disipó la pesadumbre, sino que se acrecentó con el miedo, por ser tanto mayor que la pérdida ya sucedida el temor de lo que recelaban, cuando Marcelo se aventajaba a Fulvio. Aquel, al punto, como lo había escrito, marchó a Lucania en persecución de Aníbal, y alcanzándole en las cercanías de la ciudad de Numistrón, donde había tomado posición en unos collados bastantes fuertes, él puso su campo en la llanura. Al día siguiente se anticipó a poner en orden su ejército, y bajando Aníbal se trabó una batalla que no tuvo éxito cierto o que fuese de importancia; con todo de que, habiendo empezado a las nueve de la mañana, con dificultad cesaron después de haber oscurecido. Al amanecer estuvo otra vez pronto con su ejército, formando entre los cadáveres, desde donde provocaba a Aníbal a la batalla; mas como éste se retirase, despojando los cadáveres de los contrarios y dando sepultura a los de los amigos, se puso de nuevo a perseguirle, y habiéndose librado de las muchas asechanzas que aquel le iba armando sin dar en ninguna, superior siempre en las escaramuzas de la retirada, se atrajo una grande admiración».*

7) Otra vez en Cannas, cuando Aníbal se enteró que el Río Volturno, en desacuerdo con la naturaleza de otras corrientes, enviaba vientos fuertes por la mañana que llevaban arena arremolinada y polvo, ordenó su línea de batalla de modo que toda la furia de los elementos cayera en la retaguardia de sus propias tropas, pero golpeara a los romanos en la cara y en los ojos. Dado que esta dificultad era un serio obstáculo para el enemigo, obtuvo aquella victoria memorable.

Nota: Año 216 a. de C. Livio, 22:43: *«Viendo Aníbal que los romanos habían hecho un movimiento aventurado sin llegar al último extremo, y que estaba descubierta su astucia, volvió a su campamento sin haber conseguido nada. Pero la falta de trigo no le permitía permanecer en él mucho tiempo, y diariamente formaban nuevos proyectos, no solamente los soldados, confusa reunión de todas las naciones, sino también el mismo general. Porque cuando el ejército pasó de los murmullos a los gritos, reclamando el sueldo atrasado, y para quejarse primeramente de las raciones y después del hambre, y corrió el rumor de que los mercenarios, especialmente los españoles, habían formado el proyecto de pasar al enemigo, dícese que el mismo Aníbal pensó más de una vez huir a la Galia con la caballería, abandonando toda la infantería. Estos designios, esta disposición*

de los ánimos, le impulsaron a decampar y retirarse a la Apulia, cuyo clima más cálido era por lo mismo más precoz para las cosechas; además, cuanto más lejos se encontrase del enemigo, más difícil sería la deserción para aquellas gentes movedizas. Partió de noche y dejó hogueras como antes, y algunas tiendas levantadas para engañar los ojos, con objeto de retener otra vez a los romanos por temor de alguna emboscada. Pero habiendo comunicado el lucano Statilio, después de reconocer todos los parajes más allá del campamento y de las montañas, que se veía a lo lejos el ejército enemigo, agitóse en el acto el proyecto de perseguirle.

Como cada cónsul conservaba su primera opinión, y Varrón tenía de su parte todo el ejército, mientras que a Paulo Emilio solamente le sostenía Servilio, cónsul del año anterior, queriéndolo la mayoría, partieron, impulsados por el destino, para hacer famosa a Cannas con una sangrienta derrota. Aníbal había acampado cerca de este pueblo, dando la espalda al viento llamado Volturno, que en aquellos campos, abrasados por la sequía, levanta incesantemente nubes de polvo Esta posición, muy ventajosa para el campamento, debía serlo mucho más en la batalla, puesto que el viento, que tendría solamente por la espalda, arrojaría sobre el enemigo una polvareda que le cegaría».

8) Después que Mario fijó un día para luchar contra los cimbrios y los teutones, fortificó a sus soldados con alimentos y los ubicó delante de su campamento, a fin de que el ejército del enemigo se agotara marchando sobre el intervalo entre los ejércitos enemigos. Entonces, cuando el enemigo fue así agotado, los enfrentó con otra perturbación, arreglando su propia línea de batalla de modo que los bárbaros fueron atrapados por el sol, el viento y el polvo en sus caras.

Nota: Año 101 a. de C. Plutarco, Mario, 26: *«No acometieron entonces de frente a los Romanos, sino que marcharon, inclinándose sobre la derecha de éstos, para envolverlos entre ellos mismos y la parte de su infantería, colocada a la izquierda; y aunque los generales romanos conocieron el intento, no tuvieron tiempo para contener a los soldados, pues habiendo gritado uno que los enemigos huían, todos se arrojaron a perseguirlos. En tanto, la infantería de los bárbaros acometía también, como si un piélago inmenso se moviese. Mario entonces, lavándose las manos y alzándolas al cielo, hizo plegarias a los Dioses con el voto de una hecatombe: oró también Cátulo, levantando igualmente las manos y ofreciendo consagrar la Fortuna de aquel día. Dícese que sacrificando Mario, como se le pusiesen delante las víctimas, exclamó con una gran voz, diciendo: "Mía es la victoria"; y Sila, además, refiere que al dar la acometida, como por venganza divina, le sucedió a Mario lo contrario de lo que había ideado, porque habiéndose levantado, como era natural, infinito polvo, que encubrió los ejércitos, como éste hubiese dispuesto de su propia fuerza en el momento que se decidió a perseguir a los enemigos, no dio con ellos en la oscuridad, sino que se fue lejos de sus huestes, andando largo tiempo por la llanura; y en tanto los enemigos dieron casualmente con Cátulo, siendo lo más recio del combate contra éste y contra sus soldados, entre los que estaba formado el mismo Sila; quien añade que pelearon en favor de los Romanos el calor y el sol, que daba en los ojos a los Cimbros. Porque siendo fuertes para sufrir la intemperie, criados, según hemos dicho, en lugares tenebrosos y fríos, se sofocaban con el calor, y cubiertos de sudor, fuera de aliento, se ponían los escudos delante del rostro, mayormente dándose esta batalla después del solsticio de verano, cuya fiesta se celebraba en Roma tres días antes de empezar el mes que ahora dicen agosto y entonces sextilis.*

También el polvo contribuyó a aumentar en los Romanos el arrojo, por cuanto, ocultándoles los enemigos, no veían su excesivo número, sino que corriendo cada uno contra los que tropezaban, así lidiaban con ellos sin haber concebido antes temor con su vista. Y estaban tan metidos en fatiga y tan hechos a ella, que nadie vio a ninguno de los Romanos ni sudar ni con sobrealiento, con haberse sostenido este combate en medio del mayor ardor del verano, y a costa de un continuo correr, como dicen haberlo escrito el mismo Cátulo celebrando a sus soldados».

9) Cuando Cleómenes, el espartano, en su batalla contra Hipías, el ateniense, encontró que la fuerza principal de éste estaba en su caballería, taló árboles y los desparramó por el campo de batalla, haciéndolo así infranqueable para la caballería.

Nota: Año 510 a. de C.

0) Los iberios en África, luego de encontrar una gran multitud de enemigos y temiendo ser rodeados, se acercaron a un río que en aquel punto fluía entre riberas profundas. Así, defendidos por el río en la retaguardia y capacitados por su destreza superior a hacer frecuentes ataques sobre aquellos que estuvieran más cerca de ellos, derrotaron a todas las huestes de sus adversarios.

11) Jantipo, el espartano, cambiando simplemente el lugar de operaciones, alteró completamente las fortunas de la Guerra Púnica; ya que cuando, convocado como un mercenario por los desesperados cartagineses, y notando que los Africanos, que eran superiores en caballería y elefantes, se mantenían en las colinas, mientras los romanos, cuya fuerza estaba en la infantería, se mantenían en las llanuras, trajo a los cartagineses a nivel de tierra, donde rompió las filas de los romanos con los elefantes. Luego, persiguiendo sus dispersadas tropas con númidas, derrotó a su ejército, que hasta ese día había sido victorioso por tierra y mar.

Nota: Año 255 a. de C. Polibio, 1:33 y ss.: *«Cuando los romanos advirtieron que los cartagineses realizaban las marchas y situaban sus campamentos en lugares llanos y descampados, aparte de que en esto les sorprendía la novedad, sin embargo, seguros del éxito, ansiaban venir a las manos. En efecto, se fueron aproximando y acamparon el primer día a diez estadios de los enemigos. En el siguiente celebraron consejo los jefes cartagineses sobre por qué y cómo se había de obrar en el caso presente. Pero las tropas, impacientes por el combate, se aglomeran en corrillos, claman por el nombre de Jantipo, y piden que se las saque cuanto antes. En vista de este ardor y deseo del soldado, junto con el asegurar Jantipo que no había que dejar pasar la ocasión, ordenaron los capitanes que estuviese pronta la armada, y dieron atribuciones al lacedemonio para que usase del mando conforme lo creyese conveniente. Revestido de este poder, sitúa sobre una línea los elefantes al frente de todo el ejército. A continuación de las bestias coloca la falange cartaginesa a una distancia proporcionada. Las tropas extranjeras, a unas las introduce en el ala derecha, y otras, las más ágiles, las coloca con la caballería al frente de una y otra ala. Después que vieron los romanos formarse a sus contrarios, salieron al frente en buena formación. Pero asombrados por presentir el ímpetu de los elefantes, ponen al*

frente los velites, sitúan a la espalda muchos manípulos espesos, y dividen la caballería sobre las dos alas. Por el hecho mismo de ser toda su formación menos extensa que antes, pero más profunda, estaban perfectamente dispuestos para resistir el choque de las fieras; pero para rechazar el de la caballería, que era mucho más superior que la suya, lo erraron de medio a medio. Después que ambas armadas se situaron a medida de su deseo, y cada línea ocupó el lugar que la correspondía, permanecieron en formación, aguardando el tiempo de llegar a las manos. Lo mismo fue ordenar Jantipo a los conductores de los elefantes que avanzasen y rompiesen las líneas enemigas, y a la caballería que los cercase y atacase por ambas alas, que acometer también los romanos con gran ruido de armas y algazara según la costumbre. La caballería romana, por ser la de los cartagineses más numerosa, desamparó al instante el puesto en una y otra ala. La infantería situada sobre el ala izquierda, en parte por evitar el ímpetu de las fieras, y en parte por desprecio de las tropas extranjeras, atacó la derecha de los cartagineses, y haciéndola volver la espalda, la rechazó y persiguió hasta el campo. Las primeras líneas que estaban frente a los elefantes, agobiadas, rechazadas y atropelladas por la violencia de estos animales murieron a montones con las armas en las manos. El resto de la formación, por la profundidad de sus filas continuó sin desunirse durante cierto tiempo; pero cuando las últimas líneas, rodeadas por todas partes de la caballería, se vieron obligadas a hacer frente para pelear, y las primeras que habían abierto brecha por medio de los elefantes, situadas estas fieras a la espalda, encontraron con la falange cartaginesa, intacta aún y coordinada que las pasaba a cuchillo; entonces, hostigados por todas partes los romanos, la mayor parte fue presionada por el enorme peso de estos animales, el resto sin salir de formación fue asaetado por la caballería, y sólo unos pocos pudieron huir. Pero como el terreno era llano, unos murieron arrollados por los elefantes y la caballería; otros, hasta quinientos que huían con Régulo, fueron más tarde hechos prisioneros y conducidos vivos con el mismo Cónsul. Los cartagineses perdieron en esta acción ochocientos soldados extranjeros, que estaban opuestos a la izquierda de los romanos. De éstos únicamente se salvaron dos mil, que persiguiendo al enemigo, como hemos dicho, se desplazaron fuera de la batalla. Todos los demás quedaron sobre el terreno, a excepción del cónsul Régulo y los que con él escaparon.

Las cohortes romanas que se salvaron se refugiaron en Aspis milagrosamente. Y los cartagineses, satisfechos con el suceso, volvieron a la ciudad, después de haber despojado los muertos, llevando consigo al Cónsul y los demás prisioneros».

12) Epaminondas, líder de los tebanos, cuando estaba por ordenar sus tropas en orden de batalla contra los espartanos, ordenó que su caballería comenzara maniobras a lo largo del frente. Entonces, cuando hubo llenado los ojos del enemigo con nubes del polvo e hizo que esperaran un encuentro con la caballería, condujo su infantería alrededor de un flanco, donde era posible atacar la retaguardia del enemigo desde terrenos más elevados, y así, por un ataque sorpresa, destrozarlo.

Nota: Año 362 a. de C. Polieno, 2:3 § 14: *«Epaminondas, estando dispuesto a irse a las manos con los lacedemonios, cerca de Tegea, juzgó que debía apoderarse de algunos puestos ventajosos. Con el fin de esconderle su intención a los enemigos, ordenó al comandante de la caballería adelantarse al frente de la falange con 1.600 caballos, y hacer varias evoluciones, marchas y contramarchas por todos lados. Por este medio se*

levantó mucho polvo, que obscureció la vista de los enemigos, y con la ayuda de esta oscuridad, los puestos fueron ganados secretamente por Epaminondas. Cuando el polvo se apaciguó, los lacedemonios se dieron cuenta cuál había sido la razón de una cabalgata, cuyo fin les había sido desconocido primero».

13) Contra una multitud innumerable de persas, trescientos espartanos capturaron y sostuvieron el paso de las Termópilas, que era capaz de admitir sólo un número parecido oponentes mano a mano. En consecuencia, los espartanos se hicieron numéricamente iguales a los bárbaros, de modo que en lo referido a la oportunidad de luchar, y siendo superior a ellos en valor, mataron a gran número de ellos. Tampoco podrían haber sido vencidos, de no haber sido conducido el enemigo alrededor a la retaguardia por el traidor Efialtes, el tarquinio, y así ser vencidos.

Nota: *Año 480 a. de C. Polieno 7:15 § 5: «Al haber perdido Jerjes en las Termópilas un gran número de persas, a causa de la situación demasiado estrecha de los lugares, encontró a un tarquinio, llamado Efialtes, que le enseñó un camino estrecho a través de las alturas. Jerjes envió por allí veinte mil hombres, que, tomando a los griegos por detrás, los mataron. Estos griegos tenían como jefe a Leonidas»*

14) En Numistro, cuando Aníbal esperaba una batalla con Marcelo, se aseguró una posición donde su flanco fuera protegido por huecos y caminos con precipicios. Haciendo así que la tierra sirviera como defensa, obtuvo una victoria sobre un comandante muy renombrado.

Nota: *Temístocles, líder de los atenienses, vio que era más ventajoso para Grecia luchar en los Estrechos de Salamis contra el enorme número de buques de Jerjes, pero no podía persuadir de esto a sus compañeros atenienses. Empleó por lo tanto una estratagema para hacer que los bárbaros obligaran a los griegos a hacer lo que era ventajoso para éstos; ya que fingiendo que se convertía en un traidor, envió un mensajero a Jerjes para informarle que los griegos planeaban huir, y que la situación sería más difícil para el Rey si debía sitiar cada ciudad por separado. Por esta política, en primer lugar hizo que las huestes de los bárbaros estuvieran en alerta haciendo guardia toda la noche; en segundo lugar, hizo posible para sus propios seguidores, a la mañana siguiente y con la fuerza intactas, encontrar a los bárbaros todos exhaustos y vigilantes, (exactamente como él había deseado) en un lugar encajonado, donde Jerjes no podía utilizar su superioridad numérica.*

III. SOBRE LA DISPOSICIÓN DE LAS TROPAS PARA LA BATALLA

1) Cneo Escipión, en campaña en España contra Hanón, cerca de la ciudad de Indíbil, notó que la línea cartaginesa de batalla estaba dispuesta con los españoles ubicados en el ala derecha - soldados robustos, desde luego pero luchando para otros - mientras a la izquierda estaban los Africanos, menos poderosos pero más resueltos. En consecuencia retiró su propia ala izquierda, y manteniendo su línea de batalla en un ángulo con el enemigo, enfrentó al enemigo con su ala derecha, formada por sus soldados más robustos. Luego,

derrotando a los Africanos y haciéndolos huir, forzó fácilmente la rendición de los españoles, que se mantuvieron a un lado a manera de espectadores.

Nota: Año 219 a. de C. Cneo Cornelio Escipión Calvo; Polibio, 3:76: *«En el transcurso de este tiempo, Cn. Cornelio, a quien su hermano Publio había dejado el mando de las fuerzas navales, como hemos indicado anteriormente, haciéndose a la vela con toda la escuadra desde las bocas del Ródano, aportó a aquella parte de España llamada Emporio. Allí, desembarcando a sus tropas, puso sitio a todos los pueblos marítimos hasta el Ebro que rehusaron obedecerle, y recibió con agasajo a los que de voluntad se entregaron, procurando en lo posible no se les hiciese extorsión alguna. Después que hubo asegurado estas conquistas, penetró tierra adentro con su ejército, ya notablemente engrosado con los aliados españoles. Al paso que se iba internando, recibía unos pueblos en su amistad, otros los reducía por fuerza. Los cartagineses que mandaba Hanón en aquellos países vinieron a acampar frente a él, alrededor de una ciudad llamada Cisa; pero Escipión, formadas sus huestes, les dio la batalla, la ganó y se apoderó de un rico botín; ya que en poder de éstos había quedado el equipaje todo de los que habían pasado a Italia. Aparte de esto, contrajo alianza y amistad con todos los pueblos de esta parte del Ebro, y tomó prisioneros al general Hannón y al español Indibilis. Éste era un potentado en el interior del país, que había sido siempre sumamente afecto a los intereses de Cartago.*

Luego que supo Asdrúbal lo que había sucedido, pasó el Ebro, y vino prontamente al socorro. Informado de que las tropas navales de los romanos vivían desmandadas y llenas de confianza por la ventaja que habían logrado las legiones de tierra, toma de su ejército ocho mil infantes y mil caballos, sorprende estas tropas dispersas por aquellos campos, mata a muchos y precisa a los restantes a refugiarse a sus navíos. Tras de lo cual se retira, vuelve a pasar el Ebro y sentado su cuartel de invierno en Cartagena, entrega todo su cuidado a los preparativos y defensa del país de parte acá del Ebro. Escipión vuelto a la escuadra, castigó a los autores de este descuido según la disciplina romana, y formado después un cuerpo de las tropas terrestres y navales, marchó a invernar a Tarragona. Allí distribuyó por partes iguales el despojo entre los soldados, con lo que se granjeó su afecto y benevolencia para el futuro. Tal era el estado de los negocios de España».

2) Cuando Filipo, rey de los macedonios, emprendía la guerra contra los hilianos (ilirios), notó que el frente del enemigo consistía completamente en hombres elegidos de todo el ejército, mientras que sus flancos eran más débiles. En consecuencia, colocó a sus hombres más corpulentos en el ala derecha, atacó al enemigo en su ala izquierda, y provocando confusión en toda su línea, obtuvo una victoria completa.

Nota: Año 359 a. de C. Diodoro Sículo, 16:4: *«En consecuencia, habiendo conducido una expedición a Peonia y derrotado a los bárbaros en una batalla, obligó a la tribu a reconocer lealtad a los macedonios. Y dado que los ilirios todavía estaban considerados como enemigos, su deseo era derrotarlos en guerra también. De modo que, habiendo llamado rápidamente a una asamblea y exhortado a sus soldados a la guerra con un apropiado discurso, condujo una expedición al territorio ilirio, no teniendo menos de diez mil soldados de infantería y seiscientos jinetes. Bardilis, el rey de los ilirios,*

habiéndose enterado de la presencia del enemigo, envió primero mensajeros para hacer los arreglos tendientes a un cese de hostilidades, a condición de que ambos lados permanecerían en posesión de las ciudades que entonces controlaban.

Pero como Filipo dijo que él, en efecto deseaba la paz, pero no concurriría, sin embargo, a aquella oferta a menos que los ilirios se retiraran de todas las ciudades macedonias, los enviados volvieron sin haber llevado a cabo su propósito, y Bardilis, confiado en sus anteriores victorias y la intrépida conducta de los ilirios, salió al encuentro del enemigo con su ejército; tenía diez mil soldados de infantería elegidos y aproximadamente quinientos jinetes. Cuando los ejércitos se acercaron el uno al otro y con gran clamor chocaron en la batalla, Filipo, mandando el ala derecha, que consistía en la flor de los macedonios que servían bajo su comando, ordenó a su caballería que cabalgara por delante de las filas de los bárbaros y los atacara por el flanco, mientras él mismo, cayendo sobre el enemigo en un asalto frontal, comenzó un encarnizado combate. Pero los ilirios, formándose en cuadrado, entraron valientemente en la lucha. Y al principio, por mucho tiempo, la batalla fue casi equilibrada debido a la excesiva valentía mostrada por ambos lados, y tantos fueron muertos y más todavía heridos, que la fortuna de la batalla vaciló primero entre un camino y luego el otro, siendo constantemente influida por los valerosos hechos de los combatientes; pero más tarde cuando los jinetes presionaron desde el flanco y retaguardia y Filipo, con la flor de sus tropas, luchó con verdadero heroísmo, los ilirios en masa fueron obligados a huir. Como la persecución se mantuvo por una considerable distancia y muchos fueron muertos en su huída, Filipo retiró a los macedonios con la trompeta y erigiendo un trofeo a la victoria, sepultó a sus muertos, mientras los ilirios, habiendo enviado embajadores y habiéndose retirado de todas las ciudades macedonias, obtuvieron la paz. Pero más de siete mil ilirios fueron muertos en esta batalla».

3) Pamenes, el tebano, habiendo observado la línea de batalla de los persas, donde las tropas más poderosas estaban ubicadas en el ala derecha, preparó a sus propios hombres también con el mismo plan, poniendo toda su caballería y lo más valiente de su infantería en el ala derecha, pero colocando frente a los más valientes del enemigo, a sus tropas más débiles, a las que él ordenó huir al primer ataque del enemigo y retirarse a lugares ásperos, desiguales y arbolados. Cuando de esta manera convirtió a la fuerza del enemigo en ineficiente, él mismo con la mejor parte de sus propias fuerzas, envolvió a toda la formación del enemigo con su ala derecha y los derrotó.

Nota: *Año 353 a. de C. Polieno, 5:16 § 2: «Pamenes era fuerte en caballería, pero en infantería muy inferior al enemigo, que lo superaba en número, particularmente en peltastas. Ubicó a los pocos peltastas que tenía, y algo de su infantería ligera, contra la parte más fuerte del ejército enemigo; y les ordenó que después de una corta escaramuza, huyeran, y así apartar a los peltastas del enemigo del cuerpo principal de su ejército. Cuando est resultó como él esperaba, avanzó a la cabeza de un cuerpo de caballería de la otra ala, y cargó furiosamente en su retaguardia, mientras las tropas, que antes habían escapado, giraron para enfrentarlos. De esta manera rodeó al enemigo, y o los tomó prisioneros, o los destrozó».*

4) Publio Cornelio Escipión, que posteriormente recibió el nombre de Africano, en una ocasión, emprendiendo la guerra en España contra Asdrúbal, líder de los cartagineses, condujo sus tropas día a día en una formación tal que el centro de su línea de batalla estaba formado por sus mejores combatientes. Pero cuando el enemigo salió también ordenado con el mismo plan, Escipión, en el día cuando en que se determinó a luchar, cambió el esquema de su orden de batalla y colocó sus tropas más fuertes en las alas, teniendo sus tropas con armamento liviano en el centro, pero ligeramente detrás de la línea. Así, atacando el punto más débil del enemigo en formación de medialuna desde el flanco, donde él mismo era más fuerte, fácilmente los derrotó.

Nota: Año 206 a. de C. Livio 28:14-15: *«**14**. Cuando se hubieron probado bastante en estos ligeros combates, se presentó Asdrúbal con sus tropas formadas en batalla; los romanos salieron a su vez. Pero los dos ejércitos permanecieron inmóviles delante de sus parapetos; ninguno trabó combate, y ya declinaba el día cuando los cartagineses primero y después los romanos volvieron a los campamentos. Esta maniobra se repitió en los días siguientes. Asdrúbal se presentaba siempre el primero en batalla, y el primero también daba la señal de retirada a sus soldados, fatigados de estar sobre las armas; ni de una ni otra parte se movían, ninguno arrojaba un venablo ni lanzaba un grito. Velase en el centro, por un lado los romanos, por otro los cartagineses mezclados con los Africanos; los aliados formaban las alas, y en los dos ejércitos había españoles. Delante del frente de los cartagineses veíanse desde lejos los elefantes como otras tantas torres. En los dos campamentos se repetía ya que aquel orden sería el de la batalla; en los centros los romanos contra los cartagineses, y como la guerra era entre ellos, desplegarían igual valor e iguales esfuerzos en el combate. Viendo Escipión arraigada aquella creencia, cambió de intento sus planes para el día en que pensaba llegar a las manos. La víspera, por la noche, dio orden de que, antes de amanecer, tanto los hombres como los caballos estuviesen dispuestos y alimentados; los jinetes, sobre las armas, debían tener los caballos ensillados y embridados. Al amanecer lanzó toda su caballería y tropas ligeras contra las avanzadas enemigas, y en seguida avanzó él mismo a la cabeza de las legiones, después de haber colocado los aliados en el centro, contra la opinión general de los suyos y del enemigo. Despertado Asdrúbal por el ruido de su caballería, se precipitó fuera de su tienda, vio la alarma producida delante de su campamento, la confusión de los suyos, las enseñas de las legiones que brillaban a lo lejos, y toda la llanura cubierta de enemigos, por la que lanzó en el acto toda su caballería contra la caballería romana. En seguida salió del campamento con la infantería sin cambiar en nada su acostumbrado orden de batalla. La caballería estaba peleando ya largo tiempo sin resultado, y aquel combate no podía decidirse por sí mismo, porque rechazados alternativamente, cada bando se replegaba con toda seguridad sobre su infantería. Pero cuando los dos ejércitos no distaron más que, quinientos pasos, Escipión mandó tocar retirada, abrió las filas y recibió en ellas a la caballería y las tropas ligeras, que dividió en dos cuerpos, y colocó como reservas detrás de las alas. Después, cuando llegó el momento de comenzar el ataque, mandó a los españoles, que estaban en el centro, que marchasen muy despacio, y, desde el ala derecha que mandaba él, envió a Silano y a Marcio orden de extender el ala izquierda, repitiendo la maniobra que le verían hacer en la derecha, y que lanzasen sus tropas ligeras, infantería y caballería, contra el enemigo, antes de que chocasen los centros. Desenvueltas de esta manera las alas, marcharon cada una con tres cohortes de infantería, tres turmas de caballería y los vélites, corriendo al*

enemigo, siguiendo los otros que marchaban oblicuamente. La línea era reentrante en el centro, por efecto de la lenta marcha de los españoles. Ya estaban combatiendo en las alas, y lo más escogido del ejército enemigo, los veteranos cartagineses y Africanos, ni siquiera estaban a tiro de venablo, ni se atrevían, para socorrer a los suyos, a dirigirse a las alas, por temor de abrir el centro ante los romanos, que avanzaban de frente. Sus alas tenían que sostener doble lucha; la caballería, las tropas ligeras y los vélites las habían rodeado para atacarlas por el flanco, y las cohortes las atacaban de frente, procurando separarlas del resto del ejército. ***15.*** *Dos razones contribuían a que el combate no fuese igual en todos los puntos: por una parte, los honderos baleares y los bisoños españoles tenían que habérselas con los romanos y los latinos; y por otra, avanzando el día, agotaba las fuerzas de los soldados de Asdrúbal, que, sorprendidos por el repentino ataque de la mañana, habíanse visto obligados a salir precipitadamente, sin haber tomado alimento. Calculando esto, prolongó Escipión el combate para llagar a la tarde. A la hora séptima, solamente la infantería había trabado batalla en las alas. El centro no entró en acción hasta mucho después; de manera que el ardor del sol de mediodía, la fatiga que experimentaban permaneciendo de pie sobre las armas, el hambre y la sed habían extenuado a los cartagineses antes de llegar a las manos; así era que se mantenían apoyados en los escudos.*

Además, los elefantes, asustados por el tumultuoso ataque de la caballería, de los vélites y de las tropas ligeras, se habían trasladado de las alas al centro. Abrumados entonces de fatiga y desalentados, los enemigos comenzaron a moverse, sin abandonar las filas, y como si por orden de su general ejecutasen, sin ser atacados, un movimiento retrógrado. Pero al verles replegarse, redobló el ardor de los vencedores, que se precipitaron por todas partes sobre ellos, siendo el choque irresistible, En vano detenía Asdrúbal a los fugitivos; en vano se atravesaba en su camino, gritándoles "que tenían a la espalda colinas, en las que encontrarían segura retirada si retrocedían en buen orden". El miedo se sobrepuso a la honra; las primeras filas se rompieron delante del enemigo, huyendo todos en seguida y haciéndose completa la derrota. Las enseñas se detuvieron primeramente al pie de las colinas, y los soldados comenzaron a rehacer las filas, al observar que los romanos vacilaban en subir la colina que tenían enfrente. Pero cuando les vieron avanzar con intrepidez, emprendieron de nuevo la fuga, y fueron rechazados en derrota hasta su campamento. El soldado romano tocaba a las empalizadas, y, en su impetuosidad, se hubiese apoderado de ellas, si a los rayos de un sol abrasador, corno los que penetran entre oscuras nubes, no hubiese seguido lluvia tan copiosa, que apenas pudieron los vencedores entrar en su campamento: algunos hasta tuvieron escrúpulo religioso de intentar aquel día nuevos esfuerzos. Los cartagineses estaban extenuados de fatiga; debilitados por las heridas, la noche y la tempestad les invitaban a descanso muy necesario; pero sus temores y peligros no les dejaban espacio para ello. Persuadidos de que al amanecer el enemigo atacaría su campamento trajeron de todos los valles inmediatos piedras con que levantaron sus parapetos, buscando en las fortificaciones la seguridad que no encontraban en sus armas; pero la deserción de sus aliados les demostró que era más prudente huir que esperar. La deserción comenzó por Atano rey de los turditanos, que pasó a los romanos con muchos compatriotas suyos; dos plazas fuertes, con su guarnición, fueron entregadas en seguida a Escipión por sus jefes. Viendo Asdrúbal que, una vez inclinados los ánimos a la deserción, el contagio se propagaría a todos, decampó a la noche siguiente».

5) Metelo, en la batalla en la cual él venció a Hirtuleyo en España, descubrió que los batallones de Hirtuleyo se consideraban los más fuertes cuando se ubicaban en el centro. En consecuencia retiró el centro de sus tropas, para evitar encontrar al enemigo en aquella parte de la línea, hasta que, por un movimiento envolvente de sus alas, pudo rodear su centro por todos los lados.

Nota: Año 76 a. de C. Quinto Cecilio Metelo Pío.

6) Artajerjes, teniendo un número superior en su campaña contra los griegos, que habían invadido Persia, preparó su línea de batalla con un frente más amplio que el del enemigo, colocando infantería, caballería, y tropas con armamento ligero en las alas. Entonces haciendo deliberadamente avanzar el centro más despacio, envolvió a las tropas enemigas y las despedazó.

Notas... *Año 401 a. de C. Batalla de Cunaxa. Jenofonte, Anábasis, 1:8: «Ya iba muy avanzada la mañana, y estaba cerca el sitio en que se debía descansar, cuando Pategias, persa de los más íntimos de Ciro, aparece corriendo a rienda suelta con el caballo cubierto de sudor, gritando a todos los que se encontraban, ya en griego, ya en bárbaro que el rey se acercaba con un numeroso ejército como dispuesto a presentar batalla. Esto produjo un gran tumulto, pues los griegos y todos los demás creían que iban a caer sobre ellos antes de haberse formado. Ciro saltó del carro, se puso la coraza, montando a caballo, tomó en la mano los dardos y dio orden a todos los demás que se armasen y acudiesen cada uno a su puesto. Las tropas se fueron formando a toda prisa. Clearco ocupaba el ala derecha, tocando con el río Éufrates; a su lado estaba Próxeno, y después los demás generales. Menón, con su cuerpo, era de los griegos el que tenía el ala izquierda. De los bárbaros se colocaron a la derecha, al lado de Clearco y de la infantería ligera griega, unos mil caballos paflagones, y en la izquierda se puso Arieo, lugarteniente de Ciro, con el resto del ejército bárbaro. Ciro y la caballería que le acompañaba, unos seiscientos jinetes, iban armados con corazas, quijotes y cascos; pero Ciro se dispuso al combate dejándose descubierta la cabeza. (Dícese, en efecto, que es costumbre de los persas entrar en batalla con la cabeza descubierta.) También los caballos que iban con Ciro estaban todos protegidos con armaduras en la cabeza y en el pecho, y los jinetes tenían espadas griegas. Ya mediaba el día y aún no se habían presentado los enemigos; pero al comenzar la tarde se vio una polvareda como una nube blanca, y poco después una especie de mancha negra que cubría la llanura en una gran extensión. Según se acercaban fuése apercibiendo el resplandor del bronce, y pronto aparecieron claramente las lanzas y las filas de soldados. A la izquierda de los enemigos venían escuadrones de caballería armados con corazas blancas, de los cuales se decía ser jefe Tisafernes; junto a éstos los guerróforos e inmediatamente la infantería pesada con escudos de madera que les llegaban hasta los pies; decíase que eran egipcios. Después seguían otros cuerpos de caballería y arqueros. Todas estas tropas iban agrupadas por naciones, y cada nación formaba una columna profunda. Delante marchaban los carros armados de hoces, a gran distancia uno de otro; las hoces iban sujetas a los ejes oblicuamente, y otras debajo de los asientos dirigidas hacia la tierra, de suerte que cortaran todo lo que encontrasen al paso. Había el plan de dirigir estos carros contra los batallones griegos y romperlos. Cuanto a lo que dijo Ciro al reunir a los griegos recomendándoles oyesen sin miedo la gritería de los bárbaros, el anuncio quedó fallido,*

porque no avanzaron dando gritos, sino con todo el silencio posible y con el mayor sosiego, a un paso igual y reposado. Mientras tanto, Ciro, recorriendo la línea acompañado por el intérprete Pigres y otros tres o cuatro, gritaba a Clearco que condujese sus tropas contra el centro de los enemigos, porque allí se encontraba el rey. «Y si venciéramos en este lado -decía- lo tendríamos ganado todo.» Clearco, viendo el cuerpo colocado en el centro y oyendo decir a Ciro que el rey se encontraba fuera de la izquierda de los griegos (el ejército del rey era tan superior en número que su centro rebasaba la izquierda de Ciro); viendo esto, Clearco no quería separarse del río, temeroso de que lo envolviesen por los dos lados, y respondió a Ciro que él vería lo que conviniese más.

Entretanto, el ejército bárbaro iba avanzando, mientras el de los griegos, quieto en el mismo sitio, acababa de formarse según acudían los soldados. Ciro, al pasar por delante y a muy corta distancia de las tropas, miraba a uno y otro lado contemplando ya a los enemigos, ya a los suyos. Entonces Jenofonte, de Atenas, viéndole desde las filas griegas en que se hallaba formado, dio espuelas a su caballo y, saliéndole al encuentro, le preguntó si tenía alguna orden que dar. Ciro se detuvo y le dijo, encargándole que lo comunicase a los demás, que los sacrificios se mostraban favorables. Mientras decía esto oyó un rumor que corría por las filas, y preguntó de qué se trataba. Y Jenofonte le contestó que era el santo y seña que pasaba por segunda vez. Se maravilló de quién podía haberlo dado, y preguntó cuál era el santo y seña. Jenofonte le respondió que «Zeus salvador y victoria.» Oyendo esto Ciro: «Pues bien: lo acepto -dijo-, y así sea.» Dicho esto se encaminó al sitio que había escogido. Y apenas distaban ya los frentes de ambos ejércitos tres o cuatro estadios, cuando los griegos principiaron a cantar el peán y se pusieron en movimiento para ir al encuentro de los enemigos.

Según avanzaban, una parte de la falange se adelantó algo en un movimiento impetuoso, y el resto se vio obligado a seguirla corriendo para alcanzarla, y al mismo tiempo que corría todos daban gritos a la manera como se festeja a Enialo. También dicen algunos que golpeaban con las lanzas los escudos para infundir miedo a los caballos. Pero antes de que llegasen a tiro de arco los bárbaros volvieron la espalda y huyeron. Entonces los griegos los fueron persiguiendo con todas sus fuerzas, gritándose los unos a los otros que no corriesen atropelladamente, sino que les siguiesen bien formados. Mientras tanto, los carros eran arrastrados, unos a través de los enemigos mismos y otros a través de los griegos; iban sin conductores. Y los griegos, al verlos venir, se separaban, aunque hubo también alguno que, desconcertado como si estuviese en un hipódromo, se dejó coger. Pero, según dijeron, ni este mismo sufrió ningún daño, como tampoco ningún otro griego en esta batalla; sólo se dijo que en el ala izquierda uno había sido alcanzado por una flecha.

Ciro, viendo a los griegos vencedores por su lado y persiguiendo al enemigo, lleno de satisfacción y saludado como rey por los que le rodeaban, no por eso se dejó arrastrar a la persecución, sino que, manteniendo recogida la fuerza de seiscientos caballos que le acompañaban, se mantuvo en observación de lo que haría el rey. Sabía que éste se hallaba en el centro del ejército persa; todos los jefes bárbaros se colocan en el centro de los ejércitos que mandan, pues piensan que así están más seguros, teniendo fuerzas a uno y otro lado, y que si necesitan mandar algo tardará el ejército en saberlo la mitad de tiempo. Siguiendo esta costumbre, el rey se mantenía en el centro de su ejército, pero

aun así quedaba fuera del ala izquierda de Ciro. Y cuando vio que nadie le presentaba combate ni a las tropas formadas delante de él, les mandó dar vuelta con intención de envolver a su contrario. Ciro, entonces, temeroso de que, atacando por detrás, desbaratase el ejército griego, se lanzó a su encuentro y cargando con los seiscientos de su guardia derrotó a las fuerzas puestas delante del rey, puso en fuga a los seis mil y hasta se dice que mató con su propia mano al jefe Artajerjes que los mandaba. Al ver que los enemigos huían, los seiscientos de Ciro se dispersaron también, lanzándose en su persecución, excepto unos pocos que permanecieron al lado de su jefe, casi todos de los llamados compañeros de mesa. Estando, pues, con éstos descubrió el rey al escuadrón que le rodeaba, y sin poderse contener exclamó «Veo al hombre», y se lanzó contra él y le dio en el pecho, hiriéndole a través de la coraza, según se supo más tarde por Ctesias, el médico que dijo haberle curado la herida. Mientras hería al rey, uno le lanzó con gran fuerza un dardo que le penetró por debajo del ojo. Pueden verse en Ctesias, que se hallaba entonces al servicio de Artajerjes, los que cayeron por el lado del rey en este combate entre el rey y Ciro y entre los soldados de ambos en favor de cada uno. En el lado contrario murió el mismo Ciro, y los ocho más distinguidos de su guardia cayeron sobre su cadáver. Dícese que Arpates, servidor en quien él tenía puesta la mayor confianza entre los portacetros, al ver a Ciro por tierra saltó del caballo y se dejó caer sobre su amo. Según algunos, el rey mandó que alguien le degollase sobre el cuerpo de Ciro, y, según otros, él mismo se mató desenvainando su sable; tenía uno de oro, y llevaba collar, brazaletes y las demás cosas que suelen llevar los nobles persas, pues Ciro le distinguía mucho por el amor y fidelidad que le mostraba».

7) Por otra parte, Aníbal en Cannas, habiendo retirado sus flancos y avanzado su centro, hizo retroceder a nuestras tropas en el primer asalto. Entonces, cuando los enfrentamientos comenzaron, y los flancos gradualmente se dirigieron uno contra otro, avanzando según instrucciones, Aníbal envolvió dentro de sus propias líneas al enemigo que atacaba impetuosamente, los forzó hacia el centro por ambos lados, y los destrozó, usando tropas veteranas con mucho entrenamiento; ya que solo un ejército entrenado, sensible a cada dirección, puede realizar esta clase de la táctica.

Nota: *Año 216 a. de C. Polibio, 3:115: «La acción empezó por la infantería ligera, que estaba al frente, y de una y otra parte fueron iguales las ventajas. Pero desde que la caballería española y gala de la izquierda se hubo aproximado, los romanos se batieron con furor y como bárbaros. No peleaban según las leyes de su milicia, retrocediendo y volviendo a la carga, sino que una vez venidos a las manos, saltaban del caballo, y hombre a hombre medían sus fuerzas. Pero al fin vencieron los cartagineses. La mayor parte de romanos pereció en la refriega, no obstante haberse defendido con valor y esfuerzo; el resto, perseguido a lo largo del río, fue muerto y pasado a cuchillo sin piedad alguna. Entonces la infantería pesada ocupó el lugar de la ligera, y vino a las manos.*

Durante algún tiempo guardaron la formación los españoles y galos, y resistieron con valor a los romanos, pero arrollados con el peso de las legiones, cedieron y volvieron pies atrás, abandonando la media luna. Las cohortes romanas, con el anhelo de seguir el alcance, se abrieron paso por las líneas de los contrarios, tanto a menos costa, cuanto la formación de los galos tenía muy poco fondo, y ellos recibían de las alas frecuentes refuerzos en el centro, donde era lo vivo del combate. Pues sólo en el cuerpo de batalla, a

causa de que los galos, formados a manera de media luna, sobresalían mucho más que las alas, y representaban el convexo al enemigo. Efectivamente, los romanos siguen y persiguen a éstos hasta el centro y cuerpo de batalla, donde se introducen tan adentro, que por ambos flancos se vieron cercados de la infantería africana pesadamente armada.

En ese instante los cartagineses, unos por un cuarto de conversión de derecha a izquierda, otros por el movimiento contrario, arremeten con sus escudos y picas, y atacan por los costados a los contrarios, advirtiéndoles lo que habían de hacer el mismo lance. Esto era cabalmente lo que Aníbal se había imaginado; que los romanos, persiguiendo a los galos, serían cogidos en medio por los Africanos. De allí adelante los romanos ya no pelearon en forma de falange, sino de hombre a hombre y por bandas, teniendo que hacer frente a los que les atacaban por los flancos».

8) En la Segunda Guerra Púnica, cuando Asdrúbal procuraba evitar la necesidad de un enfrentamiento, y había dispuesto su línea en una áspera ladera detrás de obras defensivos, Livio Salinator y Claudio Nerón desviaron sus propias fuerzas a los flancos, dejando su centro vacante. Habiendo envuelto de esta manera a Asdrúbal, le atacaron y derrotaron.

Nota: Año 207 a. de C. Batalla de Metauro. Livio, 27:48: *«Nerón llenó el primero con toda la caballería; en seguida, Porcio con las tropas ligeras, cayendo a la vez sobre el fatigado enemigo y hostigándolo. Deteniéndose ya en su retirada, o mejor aún, en su fuga, se preparaba Asdrúbal a establecer su campamento en una altura inmediata al río, cuando llegó Livio a la cabeza de toda la infantería, no a manera de marcha, sino dispuesta a comenzar en el acto el ataque.*

Cuando se reunió el ejército y quedaron formadas las líneas, Claudio se colocó en el ala derecha, Livio en la izquierda y el pretor en el centro. Asdrúbal renunció entonces a atrincherarse; viendo inevitable el combate, colocó los elefantes delante del frente de su ejército; cerca de ellos, en el ala izquierda, enfrente de Claudio, dispuso los galos, no porque confiara en su valor, sino porque creía que les temían los romanos. El mismo mandaba el ala derecha contra M. Livio, habiéndola formado con veteranos españoles, en quienes descansaba especialmente su confianza. Los ligurios ocupaban el centro, detrás de los elefantes; pero su cuerpo de batalla tenía más extensión que profundidad; una colina que avanzaba en la llanura protegía a los galos. Los españoles trabaron la acción con el ala izquierda de los romanos, cuya derecha estaba fuera de la batalla y permanecía inmóvil, impidiéndole la colina que tenía enfrente atacar a los galos de frente y de flanco. La lucha, por tanto, estaba reconcentrada en derredor de Livio y de Asdrúbal, y por una y otra parte lo hacía horrible matanza. Allí se encontraban los dos generales y la mayor parte de la infantería y de la caballería romanas; allí, los veteranos españoles que conocían la táctica romana, y los ligurios, pueblo endurecido en las fatigas de los combates. Allí estaban colocados también los elefantes, cuyo impetuoso choque rompió al pronto las primeras filas, haciéndolas retroceder, pero a los que no fue posible guiar en cuanto el combate fue más vivo y más penetrantes los gritos. Arrojáronse entonces en medio de los dos ejércitos, desconociendo a sus amos y como naves que flotan al azar sin timón.

Claudio gritó entonces a sus soldados: "¿Por qué hemos hecho un camino tan largo y

tan rápida marcha?" Y en seguida, después de vanos esfuerzos para plantar sus enseñas sobre la colina que tenía enfrente, convencido de la imposibilidad de llegar por allí hasta el enemigo, destacó algunas cohortes del ala derecha, a la que veía destinada más bien a la inacción que a combatir; rodeó la línea y cayó sobre la izquierda de los cartagineses; ni éstos ni les romanos habían sospechado aquel ataque; y tal fue la rapidez, que apenas se presentó en el flanco, cuando les atacó por la espalda; envueltos así por todas partes, de frente, de flanco y retaguardia, los españoles y los ligurios quedaron destrozados, llegando ya la matanza hasta los galos, cuya resistencia fue muy débil. La mayor parte de ellos estaban lejos de sus enseñas; habíanse dispersado durante la noche y se habían dormido desparramados por los campos. Los que combatían, extenuados por el camino y la vigilia, e incapaces además de soportar la fatiga, apenas tenían fuerza para sostener las armas. Encontrábanse en medio del día, y aquellos desgraciados, abrumados por la sed y el calor, con la boca abierta, se dejaban degollar en masa o hacer prisioneros».

9) Después que Aníbal fue derrotado en frecuentes batallas por Claudio Marcelo, finalmente dispuso su campamento con este plan: Protegido por montañas, pantanos, o ventajas similares del terreno, fijó de tal modo sus tropas como para poder retirar su ejército prácticamente sin pérdidas, en caso de que los romanos ganaran, dentro de sus fortificaciones, pero también como para tener la opción de perseguirlos, en caso de que ellos cedieran el paso.

10) Jantipo, el espartano, en la campaña que condujo en África contra Marco Atilio Régulo, colocó sus tropas ligeras en la primera línea, sosteniendo la flor de su ejército en la reserva. Entonces ordenó a las tropas auxiliares que después de lanzar sus jabalinas, cedieran el paso ante el enemigo y, retirándose dentro de las filas de sus soldados, corrieran a los flancos, y desde allí otra vez precipitarse al ataque. Así cuando el enemigo se hubo encontrado con las tropas más fuertes, se vieron envueltos también por estas fuerzas provistas de armamento ligero.

Nota: Año 255 a. de C.

11) Sertorio empleó las mismas tácticas en España en su campaña contra Pompeyo.

Nota: Ver en esta misma obra II:5 § 31

12) Cleándridas, el espartano, luchando contra los lucanos, dispuso sus tropas en formación cerrada, para dar el aspecto de un ejército mucho más pequeño. Entonces, en el momento en que comenzó el enfrentamiento y cuando el enemigo descuidó su guardia, abrió sus filas, envolvió al enemigo por el flanco, y lo derrotó.

Nota: Año 443 a. de C. Polieno, 2:10 § 4: *«Al hacer Cléandridas la guerra a los lucanios, tenía la mitad más de tropas que ellos. Tuvo miedo que si ellos lo percibían, se dieran a la fuga para evitar el peligro. Se le ocurrió, pues, dar mucha profundidad a su falange. Los lucanos, viendo un frente de poca extensión, lo despreciaron, y extendieron*

sus filas, con el propósito de romperlo. Entonces Cléandridas mismo, desdoblando las filas de su falange, desarrolló su frente y procedió a romper el lucano. Fueron envueltos, perforados por las flechas y todos muertos, menos un pequeño número que se dio a la fuga vergonzosamente».

13) Gastrón, el espartano, habiendo venido para asistir a los egipcios contra los persas, y viendo que los soldados griegos eran más poderosos y más temidos por los persas, intercambió las armas de los dos contingentes, colocando a los griegos en la primera línea. Cuando éstos apenas se mantenían por sí mismos en el encuentro, mandó a los egipcios como refuerzos. Aunque los persas se mostraron iguales a los griegos (juzgándolos egipcios), cedieron el paso tan pronto como fueron emboscados por una multitud, de la cual (supuestamente consistente en griegos) ellos estaban aterrados.

Nota: *Polieno, 2:16: «El lacedemonio Gastrón, que tenía que combatir a los persas en Egipto, hizo cambiar armas a los griegos y a los egipcios, y dio a unos las armas de los otros, puso a los egipcios en la cola, y avanzó a la cabeza con los griegos armados a la egipcia. Atacaron vigorosamente, y empujaron su punta sin aflojar. Gastron hizo luego adelantar a los egipcios armados a la griega. Los persas, que los tomaron verdaderamente por los que parecían, se desordenaron y huyeron».*

14) Cuando Cneo Pompeyo luchaba en Albania y el enemigo era superior en número y en caballería, ordenó a su infantería cubrir sus cascos, a fin de evitar ser visibles a consecuencia de la reflexión, y tomar su lugar en un desfiladero de una colina. Entonces mandó que su caballería avanzara por la llanura y actuara como una pantalla a la infantería, pero que se retirara al primer ataque del enemigo, y, tan pronto como hubieran alcanzado a la infantería, dispersarse a los flancos. Cuando esta maniobra fue ejecutada, la fuerza de infantería apareció de repente, revelando su posición y fluyendo con un inesperado ataque sobre el enemigo, el que sin hacer caso, siguió en la persecución, siendo así destrozado.

Nota: Año 65 a. de C. Dión Casio, 37:4: *«Después de que atravesaron el río, se anunció que Oroeses venía. Pompeyo estaba ansioso por conducirlo al enfrentamiento antes que averiguara el número de los romanos, por miedo a que cuando lo supiera, pudiera retirarse. En consecuencia ordenó su caballería en el frente, dándoles aviso de antemano acerca de lo que debían hacer; y conservó el resto detrás de ellos en posición de arrodillados y cubiertos con sus escudos, permaneciendo inmóviles, de modo que Oroeses no verificara su presencia hasta que llegara bien cerca. Con eso el bárbaro, despreciando la caballería, la que él suponía que estaba sola, se trenzó en batalla con ellos, y cuando poco después, deliberadamente se dieron vuelta y huyeron, él los persiguió a toda velocidad. Entonces los soldados de infantería aparecieron de repente y ampliando su frente, no sólo procuraron a sus propios hombres un seguro medio de escape por entre las filas, sino también recibieron dentro de sus líneas al enemigo, quiénes sin hacer caso proseguían la persecución, y rodearon a varios de ellos. Entonces estas tropas eliminaron aquellos encerrados dentro del círculo; y la caballería, con algunos que fueron a la derecha y otros al otro lado de ellos, atacaron la retaguardia de*

aquellos que quedaron por fuera. Cada fuerza mató a muchos allí, y quemó hasta la muerte a otros que habían huido a los bosques, lanzando un grito cada tanto,«¡Ahá, los Saturnales!» en referencia al ataque que había sido hecho en aquella ocasión por los albaneses».

15) Cuando Marco Antonio se enfrentó en batalla con los partos y hacían llover sobre su ejército innumerables flechas, ordenó que sus hombres se detuvieran y formaran un testudo (1). Las flechas pasaron sobre este sin daño para los soldados, y las existencias del enemigo pronto se agotaron (2).

Nota 1: *Testudo: Cubierta que formaban antiguamente los soldados alzando y uniendo los escudos sobre sus cabezas, para guarecerse de las armas arrojadizas del enemigo.*

Nota 2: Año 36 a. de C. Plutarco, Antonio, 45: *«Al día siguiente continuaron su marcha mejor defendidos; y los Partos, cuando se presentaron a quererlos acometer, se encontraron con una extraña novedad; porque cuando creían que eran venidos a saquear y robar, y no a una batalla, cayó sobre ellos una nube de dardos, y viendo a los Romanos valerosos y esforzados, volvieron otra vez a desalentarse. Al bajar éstos de unos collados bastante pendientes, repitieron su ataque, acometiéndolos en la lenta marcha que llevaban; entonces, volviéndose la infantería, encerró dentro de su formación a las tropas ligeras, y poniendo los primeros la rodilla en tierra, presentaron sus escudos. Los que formaban después pusieron sus escudos sobre éstos, y lo mismo respecto de éstos los otros; y esta disposición, que es muy semejante a la forma de un tejado, sobre ofrecer una vista teatral, es la más fuerte de las formaciones para hacer que se resbalen los dardos. Los Partos, cuando vieron a los Romanos poner la rodilla en tierra, creyeron que aquello era darse por perdidos y efecto del cansancio, por lo que no quisieron valerse ya de los arcos, sino que echando mano a las lanzas, se fueron a combatir de cerca; mas entonces los Romanos, levantándose de repente y alzando grande gritería, los rechazaron con sus chuzos, y habiendo dado muerte a los primeros que se presentaron, pusieron en desordenada fuga a todos los demás; otro tanto sucedió los días siguientes, siendo muy poco lo que adelantaban en su marcha. Fatigó en esto el hambre al ejército, que sólo combatiendo se proporcionaba algún poco de trigo, y que estaba además falto de utensilios para la moltura, porque había sido preciso dejar los más a causa de ser muchas las acémilas que habían muerto y ser conducidos en las restantes los enfermos y heridos. Dícese que un quenix de trigo llegó a costar cincuenta dracmas, y que el pan de cebada se vendía a peso de plata. Recurrieron en este apuro a las hierbas y a las raíces, y como encontrasen pocas a las que estuviesen acostumbrados, siéndoles preciso hacer pruebas con las que no habían gustado antes, dieron con una hierba que los volvía locos, y después de la locura les causaba la muerte; porque el que la comía no se acordaba ni tenía ya conocimiento de nada, y todo su afán era mover y remover cuantas piedras veía, como si se ocupara en una cosa de importancia. Estaba, pues, llena toda la llanura de hombres inclinados al suelo para arrancar y mudar las piedras, y, por último, morían con vómitos de bilis, por cuanto les faltaba el vino, que era el único remedio. Como muriesen, pues en gran número y los Partos no los dejasen respirar, se dice que Antonio exclamó muchas veces: "¡Oh diez mil!", maravillándose de los que se retiraron con Jenofonte, pues que con haber hecho un camino más largo desde Babilonia, y teniendo que pelear con muchos más enemigos, al fin se salvaron».*

16) Cuando Aníbal luchaba contra Escipión en África, teniendo un ejército de cartagineses y auxiliares, parte del cual no era sólo de diferentes nacionalidades, sino que realmente consistía de italianos, colocó ochenta elefantes en la vanguardia, para lanzar al enemigo a la confusión. Detrás de éstos colocó a auxiliares galos, ligures, baleares y moros, de modo que éstos no pudieran escapar, ya que los cartagineses estaban de pie detrás de ellos, y a fin de que, estando colocados en el frente, pudieran al menos acosar al enemigo, tal vez haciéndole algún daño. En la segunda línea colocó a sus propios coterráneos y a los macedonios, para estar frescos para encontrarse con los agotados romanos; y en la retaguardia a los italianos, de cuya lealtad él desconfiaba y cuya indiferencia temía, en vista de que él había arrastrado a la mayor parte de ellos desde Italia contra su voluntad. Contra esta formación, Escipión dispuso a la flor de sus legiones en tres líneas frontales sucesivas, ordenadas según hastati, triarii, y principes (1), haciendo que las cohortes no se tocaran, pero dejando un espacio entre las compañías separadas a través de las cuales los elefantes conducidos por el enemigo podrían fácilmente pasar sin lanzar las filas a la confusión. Estos intervalos los llenó de infantes ligeramente armados y entrenados en escaramuzas, de modo que la línea no mostrara huecos, dándoles instrucciones de retirarse a la retaguardia o a los flancos al primer ataque de los elefantes. A la caballería la distribuyó en los flancos, colocando a Lelio a cargo de los jinetes romanos sobre la derecha, y a Masinisa a cargo de los númidas por la izquierda. Este perspicaz esquema de orden de batalla fue indudablemente la causa de su victoria (2).

Nota 1:

Hastati: *Recibían este nombre las tropas de la segunda línea de la legión. Equipados con armadura ligera y el fácilmente reconocible escudo romano (scutum) de la época. A una orden, golpeaban los escudos con las jabalinas, comenzaban a desplazarse al frente, hasta encontrarse a unas 75 yardas del enemigo. En ese momento comenzaban un trote rápido, lanzaban sus pila (jabalinas, singular pilum) y desenfundaban las espadas mientras seguían avanzando para el combate cuerpo a cuerpo.*

Triarii: *En la organización de la legión romana, eran los veteranos, mucho menores en número al resto de la infantería de línea. En la formación clásica de la legión republicana, se mantenían en última línea, como reserva para casos de crisis. Su arma característica era la lanza, aunque también portaban un gladius. Sus protecciones corporales eran de gran calidad, añadiendo a la cota de malla unas grebas.*

Principes: *En la organización del ejército romano, concretamente de la legión, los principes eran soldados de cierta veteranía, idénticos en el equipamiento a los asteros, excepto en lo que respecta a su protección, ya que llevaban cota de malla. Se supone que tras el desgaste del adversario a manos de los asteros, los príncipes debían llevar el peso principal del combate. Los príncipes eran veteranos que rondaban los 30 años de edad, y que procedían de estratos sociales superiores a los de los asteros (dado que antes de las reformas de Mario todo legionario se alistaba pagando su propio equipo). En la disposición de damero de la legión republicana, se situaban detrás de los hastati y*

entraban en combate inmediatamente después de ellos.

Nota 2:

Año 202 a. de C. Batalla de Zama. Livio, 30:32-33-34-35: *«**32**.Todo esto lo decía Escipión con la cabeza erguida y alegría en los ojos, tanto, que parecía ya vencedor. En seguida formó sus tropas en batalla: al frente los hastatos, detrás de ellos los príncipes y en última fila los triarios.*

***33**. No formó su línea con cohortes cerradas y dispuestas cada una delante de sus enseñas, sino que dejó entre los manípulos ligeros espacios, de manera que los elefantes del enemigo pudiesen entrar en las filas sin desordenarlas. Lelio, que había sido legado suyo, y que este año le estaba unido como cuestor extraordinario en virtud de un senatus-consulto, formó el ala izquierda con la caballería italiana; Masinisa y sus númidas la derecha. Para llenar los huecos que dejaba entre los manípulos de los antesiñanos, empleó los vélites, que formaban entonces las tropas ligeras; éstas tenían orden, en cuanto se lanzasen los elefantes, de retirarse detrás de las líneas. regulares, o de desparramarse a derecha e izquierda y alinearse contra los antesiñanos, con objeto de abrir a los animales un paso, en el que caerían bajo los golpes de mil venablos cruzados. Aníbal colocó como medio de terror sus elefantes en primera fila: disponía de ochenta, número que no había reunido jamás en ninguna batalla; después sus auxiliares ligurios y galos, mezclados con los baleares y los moros; en segunda línea los cartagineses, los Africanos y la legión macedónica; detrás, con corto intervalo, su reserva formada de italianos, cuya mayor parte eran brucios que, antes por temor y por fuerza que de buen grado, le habían seguido al salir de Italia. Su caballería guarnecía también sus alas; los cartagineses a la derecha y los númidas a la izquierda. Aníbal empleó toda clase de exhortaciones para animar aquella confusa mezcla de hombres que nada tenían común, ni la lengua, ni las costumbres, ni las leyes, ni las armas, ni los trajes, ni el aspecto, ni los intereses. A los auxiliares les habló de alta paga por el momento y ricos despojos en el repartimiento del botín. Hablando a los galos, avivó en su ánimo el fuego de aquel odio nacional y natural que alimentaban contra Roma. A los ojos de los ligurios hizo brillar la esperanza de cambiar sus abruptas montañas por las fértiles llanuras de Italia. Asustó a los moros y númidas con el cuadro del cruel despotismo con que los abrumaría Masinisa; y dirigiéndose a los demás les señalaba otros temores y otras esperanzas. A los cartagineses habló de las murallas de la patria, de los dioses penates, de los sepulcros de sus padres, de sus hijos, de sus parientes, de sus esposas desoladas; les mostró de un lado la ruina y la desolación; del otro, el imperio del mundo, alternativa terrible que no dejaba término medio entre el temor y la esperanza. Mientras el general hablaba así a sus cartagineses, y los jefes de los diferentes pueblos de su ejército arengaban a sus compatriotas, y por medio de intérpretes a los extranjeros mezclados a sus bandas, los romanos tocaron de pronto trompetas y bocinas, y lanzaron un grito tan formidable, que los elefantes se arrojaron sobre su propio ejército, especialmente a la izquierda, sobre los moros y númidas. Masinisa, que vio su espanto, aumento sin trabajo su confusión y les privó en aquel punto del socorro de su caballería. Sin embargo, algunos elefantes, más intrépidos que los otros, cayeron sobre los romanos, produciendo considerable estrago entre los vélites, aunque les acribillaron de heridas, porque replegándose los vélites sobre los manípulos, abrieron paso a los elefantes para que no les aplastasen, y cuando los vieron en medio de las filas presentando los costados, les abrumaron con lluvia de*

venablos, al mismo tiempo que los antesiñanos les arrojaban sus lanzas.

Rechazados al fin de las líneas romanas por los dardos que por todas partes caían sobre ellos, aquellos elefantes se arrojaron como los otros sobre la caballería cartaginesa en el ala derecha y la pusieron en derrota. En cuanto vio Lelio al enemigo en desorden, aprovechó su temor y aumentó su confusión.

***34**. El ejército cartaginés había perdido su caballería en las dos alas, cuando se pusieron en movimiento las dos infanterías; pero ya no eran iguales sus fuerzas y sus esperanzas, Añádase a esto una circunstancia, pequeña en sí misma, pero que influyó mucho en la batalla: el grito de los romanos era más uniforme, y por lo tanto, más nutrido y terrible, mientras que de la otra parte brotaban voces discordantes, siendo mezcla confusa de distintos idiomas. El ejército romano se mantenía firme y compacto por su propia masa, tanto como por el peso de sus armas, abrumando al enemigo. Los cartagineses no hacían más que moverse, y desplegaban más agilidad que fuerza. Así, pues, desde el primer choque los romanos quebrantaron al enemigo, rechazándole entonces con los brazos y los escudos, y avanzando a medida que retrocedía, ganaron terreno casi sin experimentar resistencia. Las últimas filas empujaron a las primeras en cuanto observaron el movimiento, y esta maniobra les dio inmensa fuerza impulsiva. Por parte del enemigo, la segunda línea, compuesta de Africanos y cartagineses, en vez de sostener los auxiliares que cedían, temiendo que los romanos, después de haber destrozado las primeras filas, que resistían con encarnizamiento, llegasen hasta ellos, cedió el terreno. Entonces los auxiliares volvieron bruscamente la espalda y se lanzaron hacia los suyos: unos pudieron refugiarse en las filas de la segunda línea; otros, viéndose rechazados, degollaron, para vengarse, a los que antes habían rehusado defenderles y ahora no querían recibirles. Era, pues, doble el combate, por decirlo así, que tenían que sostener los cartagineses, peleando a la vez con sus enemigos y sus auxiliares. Sin embargo, en el estado de exasperación y terror en que veían a estos últimos, no les abrieron las filas; estrecháronse unos contra otros y los rechazaron a las alas y a la llanura de alrededor, fuera del combate, con objeto de evitar que aquellos extranjeros, en desorden y cubiertos de heridas, introdujesen la perturbación en un cuerpo de soldados cartagineses que, estaba intacto aún. Por lo demás, tal era la aglomeración de cadáveres y de armas que quedaba en el terreno que antes ocuparon los auxiliares, que costaba más trabajo quizás a los romanos abrirse paso, que les hubiese costado penetrar en las apretadas filas enemigas. Por esta razón, los hastatos, que estaban en primera fila, persiguiendo a los fugitivos, cada cual según podía, a través de aquellos montones de cadáveres y de armas y de aquellos charcos de sangre, confundieron sus enseñas y sus filas. Igual fluctuación se observó en seguida en las líneas de los príncipes, que veían la primera en desorden. En cuanto lo vio Escipión, mandó en seguida a los hastatos retirarse, envió los heridos a la retaguardia e hizo avanzar sobre las alas a los príncipes y triarios, para dar más firmeza y solidez al cuerpo de los hastatos, que de esa manera formaba el centro. Trabóse nuevo combate; los romanos se encontraban enfrente de sus verdaderos enemigos; iguales armas por una y otra parte, igual experiencia, la misma gloria militar, iguales esperanzas ambiciosas, iguales peligros. Pero los romanos tenían la ventaja del número y el valor; habían puesto ya en derrota la caballería y los elefantes; vencedores de la primera línea, iban a combatir la segunda.*

***35**. Lelio y Masinisa, que habían perseguido hasta muy lejos a la caballería fugitiva,*

regresaron a tiempo para atacar por retaguardia la línea enemiga; este ataque de la caballería puso al fin en derrota a los cartagineses. Unos fueron envueltos y exterminados antes de abandonar las filas; otros, que huían dispersos por la llanura que tenían delante, encontraron a la caballería romana que recorría el terreno, y los destrozó. Los cartagineses y sus aliados dejaron sobre el campo más de veinte mil muertos, perdieron casi otros tantos prisioneros, ciento treinta enseñas y once elefantes. Los vencedores perdieron unos dos mil hombres. Aníbal escapó en medio del desorden con corto número de jinetes, y se refugió en Adrumeto. Durante el combate, como antes de empezar, y hasta el momento en que abandonó el campo de batalla, desplegó todos los recursos de la ciencia militar; y por confesión del mismo Escipión y por todos los expertos en cosas de guerra, se le debe el elogio de que dispuso sus huestes aquel día con extraordinaria habilidad. Los elefantes formaban la primera fila, para que su repentino choque, su ataque irresistible, impidiese a los romanos seguir sus enseñas y conservar sus filas, táctica de la que lo esperaba todo. En seguida estaban los auxiliares delante de la línea de los cartagineses, de suerte que aquel conjunto de gentes extrañas, sujetos únicamente por el interés, no podía emprender la fuga, Aníbal había calculado también que, al recibir el primer choque de los romanos, aminorarían su ardor y servirían al menos para que se embotase en sus cuerpos el hierro enemigo. Colocó en la reserva el cuerpo en que descansaba toda su confianza, los cartagineses y los Africanos, contando con que, en igualdad de circunstancias, entrando en combate descansados, con hombres fatigados y heridos, debían tener necesariamente la ventaja. En cuanto a los italianos, ignorando si había de considerarlos como aliados o enemigos, les había alejado del recio de la batalla y relegado a la retaguardia. Después de dar esta última prueba de su ingenio, Aníbal, que se había refugiado en Adrumeto, volvió a Cartago, de donde le llamaron; hacía treinta y seis años que salió de allí niño. Delante del Senado declaró que se confesaba vencido, no solamente en aquella batalla, sino también en la guerra, y que no había otra esperanza de salvación que consiguiendo la paz».

17) En la batalla contra Lucio Sila, Arquelao colocó sus carros falcados en el frente, con el objeto de lanzar al enemigo en la confusión; en la segunda línea ubicó a la falange macedónica, y en la tercera línea, auxiliares armados según el uso romano, con una cantidad de esclavos italianos fugitivos, en cuya obstinación él tenía la mayor confianza. En la última línea colocó las tropas con armamento ligero, mientras en los dos flancos, con el propósito de envolver al enemigo, colocó la caballería, de la que tenía gran número. Para resolver estas disposiciones, Sila construyó trincheras de gran anchura en cada flanco, y en sus extremos construyó fuertes reductos. Por esta disposición evitó el peligro de ser envuelto por el enemigo, que lo superaba en número en infantería y especialmente en caballería. A continuación dispuso una línea triple de infantería, dejando intervalos a través de los cuales podía enviar, acorde a la necesidad, a las tropas ligeras y a la caballería, que él puso en la retaguardia. Ordenó entonces a los postsignani (1), que estaban en la segunda línea, que clavaran firmemente en la tierra grandes estacas ubicadas cerca unas de otras, y como los carros pasaban cerca, retiró la línea de antesignani (2) dentro de estas estacas. Entonces ordenó finalmente a los escaramuzadores y a las tropas ligeras que elevaran un grito de batalla generalizado y descargaran sus lanzas. Por estas tácticas, o los carros del enemigo eran cogidos entre las estacas, o sus

conductores entraban en pánico ante el estruendo y eran forzados por las jabalinas a correr detrás de sus propios hombres, lanzando la formación de los macedonios en la confusión. A medida que éstos cedían el paso, Sila presionó adelante, y Arquelao lo enfrentó con la caballería, con lo cual los jinetes romanos repentinamente se lanzaron adelante, hicieron retroceder al enemigo, y alcanzaron la victoria (3).

Nota 1: Postsignani: *Soldados que formaban, en un orden de batalla, la segunda y tercera líneas, detrás de la primera línea donde estaban los estandartes.*

Nota 2: Antesignani: *Cuerpo donde se ubicaban a los más valientes y mejores soldados de la legión, colocados inmediatamente delante de los estandartes, para impedir que fueran tomados por el enemigo.*

Nota 3: *Año 86 a. de C.*

18) De la misma manera Cayo César enfrentó a los carros falcados de los galos con estacas clavadas en la tierra, y los mantuvo a raya.

19) En Arbela, Alejandro, temiendo la cantidad de enemigos, pero confiado en el valor de sus tropas, elaboró una línea batalla que enfrentaba todas las direcciones, para que sus hombres, si eran rodeados, pudieran luchar desde todos lados.

Nota: Año 331 a. de C. Quinto Curcio Rufo, 4:13 § 30-32: *«Raras veces solía ponerse la coraza y siempre más a ruego y por consejo de sus amigos que por temor al combate. Entonces se la revistió para defensa de su cuerpo y fue hacia sus soldados. Nunca habían visto al rey tan alegre y en la impavidez que resplandecía de su rostro auguraban una firme esperanza de victoria.*

Habiendo hecho derribar la estacada, hizo salir a la tropa y dispuso las huestes en orden de batalla. En el ala derecha colocó a la caballería llamada agema que mandaba Clito; a ella agregó los escuadrones de Filotas y para la defensa de su flanco a los otros generales de caballería. El último cuerpo era el de Meleagro a quien seguía la falange. Detrás de la falange seguían los argiraspidos que iban a las órdenes de Nicanor, hijo de Parmenión. En la reserva estaba Cenos con su tropa y detrás Orestes y Lincestes, a los que seguía Poliperconto e inmediatamente los soldados extranjeros. De este ejército faltaba el jefe supremo Amintas: les mandaba Filipo, hijo de Balacre, que había sido aceptado como aliado. Tal era la disposición del ala derecha. En el ala izquierda, Cráter mandaba la caballería peloponesa con la cual iban los escuadrones de los aqueos, de los locresos y de los maliesos; cerraban la marcha los caballeros de la Tesalia a las órdenes de Filipo. La infantería estaba cubierta por la caballería. Este era el frente del ala izquierda. Para evitar que fuese rodeada por la multitud de enemigos, Alejandro había cubierto la retaguardia con un fuerte contingente de tropas. Afirmó las alas con refuerzos puestos, no en el frente, sino en el flanco, para que si el enemigo trataba de rodear las huestes, estuviesen dispuestos a rechazarlo.

Entre éstos se encontraban los agrianos, bajo el mando de Atalo y con ellos los arqueros cretenses. Las últimas filas estaban vueltas de espalda al frente de combate con el fin de disponer toda la hueste en forma circular. También estaban entre éstos los ilirios con las tropas mercenarias y los tracios con sus ligeras armaduras. Alejandro dio al ejército facilidad de movimiento, para que los soldados de las últimas filas pudiesen girar en redondo y presentar cara, para no ser envueltos.

Así, pues, el frente no estaba más protegido que los flancos ni los flancos más que la retaguardia. Dispuestas así las tropas, ordenó que si los bárbaros, con gran griterío lanzaban al galope los carros armados de hoces, abriesen sus filas y recibiesen en silencio su impetuosa carrera, no dudando de que pasarían sin hacer daño si nadie les hacía frente. Si por el contrario, se precipitaban sin griterio, a ellos correspondería entonces aterrorizarlos con sus gritos y enviar una lluvia de flechas sobre los caballos asustados. Los que mandaban las alas recibieron orden de extenderlas para evitar la envoltura si estaban demasiado apiñadas; pero sin desguarnecer el centro. Las impedimentas y los prisioneros, entre los que se encontraban la madre y los hijos de Darío, los dejó en la cima de un promontorio, cerca del campo de batalla, confiados a una reducida guardia. Como de costumbre, el ala izquierda estaba bajo las órdenes de Parmenión; él estaba en la derecha».

20) Cuando Perseo, rey de los macedonios, formó una doble falange de sus tropas y la colocó en el centro de sus fuerzas, con tropas ligeras a cada lado y la caballería en ambos flancos, Paulo, en la batalla contra él, hizo una triple formación en forma de cuña, enviando escaramuzadores cada tanto entre las cuñas. Viendo que no lograba nada por esta táctica, se determinó a retirarse, de modo que por esta estratagema pudiera atraer al enemigo tras él a terreno áspero, que él ya había seleccionado con este propósito. Cuando entonces el enemigo, sospechando su estratagema de retirarse, le siguió ordenadamente, ordenó a la caballería en el ala izquierda que galopara a toda velocidad más allá del frente de la falange, cubriéndose con sus escudos, para que las puntas de las lanzas del enemigo se rompieran por el choque de su encuentro con los escudos. Cuando privaron a los macedonios de sus lanzas, éstos se dispersaron y huyeron.

Nota: Año 168 a. de C. Batalla de Pidna. Livio 44:41: *«Todo contribuía a inflamar el ardor del soldado, la majestad del mando, la gloria del general, su edad especialmente, quo no le impedía, pasando de los sesenta años, ser el primero en compartir con la juventud las fatigas y los peligros. La legión llenó el intervalo que mediaba entre la falange y el cuerpo de los escudos pequeños y rompió la línea enemiga, tomando por la espalda a los soldados armados con la cetra y de frente a las falanges llamadas Agláspidas. L. Albino, varón consular, recibió orden de llevar la segunda legión contra la falange Leucáspida, que formaba el centro, y se mandó avanzar al ala derecha, que había trabado la acción en la orilla del río, los elefantes y la caballería de los aliados. Por este lado comenzó la derrota de los macedonios; pero los elefantes solamente sirvieron para asustar, como la mayor parte de las invenciones humanas que seducen por las palabras, pero cuya inutilidad se revela cuando se trata de obrar y no de perorar acerca de los medios de llegar a la práctica. Los aliados del nombre latino apoyaron el ataque de*

los elefantes y penetraron en el ala izquierda. En el centro, la maniobra de la segunda legión rompió la falange, y nada contribuyó tanto a decidir la victoria como los combates parciales y múltiples, que comenzaron por desordenar la quebrantada falange y concluyeron por ponerla en derrota. En efecto; este cuerpo tiene irresistible fuerza mientras presenta un frente compacto y erizado de amenazadoras picas; pero si muchos ataques sobre diferentes puntos obligan a alguna conversión de soldados armados con picas cuya longitud y peso hace difíciles de manejar, ocurren entorpecimiento y confusión en sus movimientos, y a la menor alarma en los costados o en la retaguardia se desordenan las filas, sobreviniendo inevitable derrota. Así ocurrió en aquella ocasión, en que la necesidad de avanzar contra el enemigo que atacaba por columnas obligó a los falangistas a abrirse por muchos puntos y dejar a los romanos que penetrasen por todos los intervalos. Si, por el contrario, los romanos hubiesen atacado a la falange de frente, en toda la línea, como hicieron los pelignos, que, al comenzar el combate, atacaron sin precaución a los cetratos, se habrían clavado en las picas sin poder resistir a la compacta masa de la falange».

21) Pirro, al luchar en defensa de los tarentinos cerca de Asculum, siguiendo los versos homéricos (1), según los cuales las tropas más pobres se colocan en el centro, colocó a los samnitas y epirotas en el flanco derecho, brucios, lucanios, y salentinos en el izquierdo, con los tarentinos en el centro, ordenando que la caballería y los elefantes se mantuvieran como reservas. Los cónsules, por otra parte, distribuyeron muy juiciosamente a su caballería en las alas, apostando soldados legionarios en la primera línea y en reserva, con las tropas auxiliares dispersadas entre ellos. Estamos informados que había cuarenta mil hombres por cada lado. La mitad del ejército de Pirro se perdió; en el lado romano solamente cinco mil (2).

Nota 1:

Año 279 a. de C. Ammiano Marcelino, 24:6 § 9: *«El emperador, por su lado, adoptó la orden homérica de intercalar lo que tenía por menos seguro en su infantería, entre el primer cuerpo de batalla y la reserva. Esta tropa en efecto, si la hubiera puesto en frente, bastaba, soltándole el pie, para que además, arrastrara a la derrota; y, colocada en la cola, no hubiera tenido nada detrás de ella para contenerla. En cuanto a él, sólo volteó de la delantera hacia atrás con un cuerpo de auxiliares, ligeramente armados».*

Nota 2: Homero, Ilíada 4:299: *«Ponía delante con los respectivos carros y corceles, a los que desde aquéllos combatían; detrás, a gran copia de valientes peones, que en la batalla formaban como un muro, y en medio, a los cobardes para que mal de su grado tuviesen que combatir. Y dando instrucciones a los primeros, les encargaba que sujetaran los caballos y no promoviesen confusión entre la muchedumbre».*

22) En la batalla contra César en la Antigua Farsalia (1), Cneo Pompeyo preparó tres líneas de batalla, cada una de diez hombres de profundidad, colocando en las alas y en el centro las legiones sobre cuyo valor él podía confiar sin peligro, y llenando los espacios entre éstas, con reclutas. En el flanco derecho colocó seiscientos jinetes, a lo largo del río Enipeo que, con su canal y depósitos,

habían hecho el lugar infranqueable; el resto de la caballería lo colocó a la izquierda, junto con las tropas auxiliares, que de este modo podrían envolver a las tropas de César. Contra estas disposiciones, Cayo César también preparó una triple línea, colocando sus legiones en el frente y descansando su flanco izquierdo en pantanos, a fin de evitar la posibilidad de ser rodeado. A la derecha colocó su caballería, entre quienes distribuyó sus más rápidos soldados de infantería, hombres entrenados en la lucha a caballo (2). También mantuvo seis cohortes de la reserva para emergencias, colocándolas oblicuamente a la derecha, lugar desde donde esperaba un ataque de la caballería enemiga. Ninguna circunstancia contribuyó más que ésta a la victoria de César durante aquel día; ya que tan pronto como la caballería de Pompeyo salió, estas cohortes le derrotaron por un ataque inesperado, y lo entregaron al resto de las tropas para la matanza (3).

Nota 1: *Antigua Farsalia: Ciudad de Tesalia, cerca de Farsalia* ***Nota 2:*** *Infantes entrenados en la lucha a caballo.*

Nota 3: Año 48 a. de C. Julio César, Las Guerras Civiles, 3:89-93-94: *«**LXXXIX** César, siguiendo su antiguo plan, colocó en el costado derecho a la legión décima y en el izquierdo a la nona, bien que muy disminuida por las rotas de Durazo, y de propósito unió a ella la octava, casi haciendo de las dos una, para que recíprocamente se sostuviesen; las cohortes que tenía en el campo de batalla eran ochenta, y treinta y dos mil soldados. En los reales dejó dos cohortes de guardia. Antonio mandaba la izquierda, Publio Sila la derecha, Cneo Domicio el centro; él se puso frente por frente de Pompeyo. Mas echando entonces de ver el flanco indicado, temiendo no fuese atropellada el ala derecha de la multitud de caballos, entresacó prontamente de cada legión de la tercera línea una cohorte, y con ellas formó el cuarto escuadrón, oponiéndolo a la caballería enemiga, declarándole el fin que en esto llevaba y que en su valor estaba librada la victoria de aquel día. Mandó al mismo tiempo al tercer escuadrón y a todo el ejército que ninguno acometiese sin su orden; que a su tiempo él daría la señal tremolando un estandarte.*

XCIII. *Los nuestros, dada la señal, avanzando con las lanzas en ristre y advirtiendo que no se movían los pompeyanos, como prácticos y enseñados de otras batallas, por sí mismos pararon en medio de la carrera, porque al fin no les faltasen las fuerzas, y tomando aliento por un breve rato, echaron otra vez a correr, arrojaron sus lanzas, y luego conforme a la orden de César pusieron mano a las espadas. No dejaron de corresponderles los pompeyanos, sino que recibieron intrépidamente la carga, sostuvieron el ímpetu de las legiones sin deshacer las filas, y disparados sus dardos, vinieron a las dagas. A este tiempo, del ala izquierda de Pompeyo, como estaba prevenida, desfiló a carrera abierta toda la caballería y se derramó toda la cuadrilla de ballesteros, a cuya furia no pudo resistir nuestra caballería, sino que comenzó a perder tierra y los caballos pompeyanos a picarla más bravamente, abriéndose en columnas y cogiendo en medio a los nuestros por el flanco. Lo cual visto, César hizo seña al cuarto escuadrón, formado de intento para este caso de seis cohortes. Ellos avanzaron al punto, y a banderas desplegadas cargaron con ímpetu tan violento a los caballos pompeyanos, que ni uno hizo frente, antes todos espantados, no sólo abandonaron el campo, sino que*

huyeron a todo correr a los montes más altos. Con su fuga toda la gente de honda y arco, quedando descubierta e inutilizadas sus armas, fue pasada a cuchillo. Las cohortes sin parar, dando un giro, embistieron por la espalda al ala izquierda de los pompeyanos, que todavía peleaban y se defendía con buen orden, y los acorralaron.

XCIV. *Al punto César mandó avanzar el tercer escuadrón, que hasta entonces había estado en inacción y sin moverse del sitio. Con que viniendo éstos de refresco por el frente, y cargándoles los otros por la espalda, ya no pudieron resistir los pompeyanos, y así todos echaron a huir. No en vano César había predicho en su exhortación a los soldados que las dichas cohortes, que formaban el cuarto escuadrón contrapuesto a la caballería de Pompeyo, habían de comenzar la victoria. Ellas fueron las que la desbarataron; ellas hicieron aquella carnicería de los flecheros y honderos; ellas por la banda siniestra rodearon el ejército de Pompeyo y lo pusieron en huida.*

Mas Pompeyo, vista la derrota de la caballería, y de aquel cuerpo en quien más confiaba, desesperado de la victoria, se retiró del campo huyendo a uña de caballo a los reales, y a los centuriones que estaban de guardia en la puerta principal, en voz clara, que los soldados la oyeron: «Defended, dice, los reales, y defendedlos bien, si sucediere algún trance; yo voy a dar orden de asegurar las otras puertas, y otras providencias para la defensa de los reales.» Dicho esto, se metió dentro de su pabellón con temor de perderlo todo, pero aguardando no obstante el paradero».

23) El Emperador César Augusto Germánico (Domiciano), cuando los Catos, huyendo a los bosques, una y otra vez interferían con el curso de un enfrentamiento de caballería, mandó a sus hombres, tan pronto como alcanzaran el equipaje del enemigo, desmontar y luchar a pie. Por este medio se aseguró que su éxito no sería bloqueado por ninguna dificultad del terreno.

Nota: Año 83. Suetonio, Domiciano, 6: *«En cuanto a sus expediciones militares, unas las emprendió espontáneamente, como la que decidió contra los catos; otras por necesidad, como la de los sármatas, que habían degollado a toda una legión con su jefe».*

24) Cuando Cayo Duilio vio que sus pesados barcos eran eludidos por la movediza flota de los cartagineses y que el valor de sus soldados era así desperdiciado, ideó una especie de garfio. Cuando éste agarró un barco enemigo, los romanos, poniendo pasarelas sobre los baluartes, treparon a bordo y mataron al enemigo en combate mano a mano en sus propios buques.

Nota: Año 260 a. de C. Floro, 2:1 §§ 8-9: *«Roma se atrevió a pelear por mar, bajo el consulado de Duilio y Cornelio. Presagio favorable fue la rapidez con que se aparejó la escuadra. A los sesenta días de haberse cortado la madera, se encontraba anclada una armada de ciento sesenta velas; no pareciendo sino que los árboles se convirtieron en naves, más que por arte, por la eficacia de íos Dioses.*

Admirable fue la manera (7) de librarse la batalla. Nuestros tardos y pesados navíos apresaron los veloces y ligeros del enemigo. De nada sirvió al Cartaginés su pericia náutica para romper los remos y eludir con la fuga el choque de nuestros espolones, pues

aprisionadas sus naves con los puentes movibles de las romanas y otras máquinas, de que el enemigo hizo chacota antes de comenzar la pelea, se vieron obligados á luchar como si estuvieran á pie firme. Vencedores los Romanos junto á las islas Líparas, después de echar a pique una parte de la armada enemiga y de haber dispersado la otra, celebraron el primer triunfo marítimo. Qué extraordinario sería el gozo producido por la victoria, cuando Duilio, jefe de la escuadra, no satisfecho con haber recibido una vez los honores del triunfo, mandó que durante su vida y al regresar de la cena le precedieran alumbrándole con antorchas y tocando flautas, como si diariamente hubiera triunfado. Ante ventaja de tal consideración, se tuvo como de poca monta la desgracia del cónsul Cornelio Asina, que llamado bajo pretexto de celebrar un parlamento, fue muerto por los enemigos. ¡Triste ejemplo de la perfidia cartaginesa!»

IV. SOBRE CÓMO INSPIRAR PÁNICO EN LAS FILAS ENEMIGAS

2) Cuando Papirio Cursor hijo (1), fracasó durante su consulado en ganar alguna ventaja en su lucha contra la terca resistencia samnita, no dio intimación alguna sobre su objetivo a sus hombres, pero mandó que Espurio Naucio arreglara para tener unos jinetes auxiliares y mozos de cuadra montados en mulas y arrastrando ramas sobre la tierra, carrera abajo con gran escándalo de una colina, corriera en ángulo con el campo. Tan pronto como pudieron ser vistos, proclamó que su colega (2) estaba cerca, coronado por la victoria, e impulsó a sus hombres a asegurar para ellos la gloria de la batalla presente antes que él llegara. Ante esto los romanos avanzaron presurosos, iluminados por la confianza, mientras el enemigo, desalentado a la vista del polvo, dio la vuelta y escapó (3).

Nota 1: *El hijo del dictador Papirio Cursor.*

Nota 2: *El colega de Papirio Cursor en el consulado era Espurio Carvilio.*

Nota 3: Año 293 a. de C. Livio 10:40-41: 40. *Cuando hubo revelado estos detalles, que había adquirido por los desertores, delante de los soldados que por sí mismos estaban ya muy irritados contra el enemigo, confiando completamente en los dioses y en sus propias fuerzas, piden con grito unánime el combate; deploran que lo hayan demorado hasta el día siguiente y no pueden soportar el retraso de un día y una noche. A la tercera vigilia de la noche, habiendo recibido ya la respuesta de su colega, levántase silenciosamente Papirio y manda al pulario tomar los auspicios.*

Ninguno había en el campamento, cualquiera que fuese su clase, que no participase de igual ardor por el combate: los jefes superiores y los últimos soldados experimentaban igual impaciencia. El general confiaba en sus soldados, y éstos en su general. Esta excitación de todos los ánimos se había comunicado hasta a los ministros de los auspicios. Así fue que, a pesar de que las gallinas se negaron a comer, el pulario se atrevió a mentir, anunciando al cónsul que los auspicios eran favorables (tripudium solistimum). Regocijado el cónsul con tan feliz noticia, dice a los soldados que les favorecen los dioses, y dio la señal de combate. Ya salía para marchar al enemigo, cuando le anuncia un desertor que veinte cohortes de samnitas (constaban de cerca de

cuatrocientos hombres) habían partido para Cominio. Temiendo que fuese sorprendido su colega, le envía en el acto un mensajero, y en seguida manda a los suyos acelerar el paso. A los cuerpos de reserva les había designado sus puestos y sus jefes. Encargó el ala derecha a L. Volumnio, la izquierda a L. Escipión y dio el mando de la caballería a otros dos legados, Cayo Codicio y Cayo Trebonio. Mandó a Sp. Naucio que hiciese quitar los bastes a los mulos y que marchase apresuradamente con las cohortes auxiliares a rodear una eminencia, y que una vez trabado el combate, se mostrase en aquella altura levantando cuanta polvareda pudiese.

Mientras se ocupaba el general en estas disposiciones, promovióse entre los pularios, acerca de los auspicios del día, un altercado que escucharon los jinetes romanos. Comprendiendo éstos que no era cosa de despreciar, previnieron a Sp. Papirio, hijo del hermano del cónsul, que había dudas acerca de los auspicios. Este joven, nacida antes de la doctrina que enseña a despreciar a los dioses, comprueba el hecho para no decir nada sin pruebas y da cuenta al cónsul, quien le contestó: "Conserva siempre la misma exactitud y el mismo celo; pero el que toma el auspicia, si declara en falso, se atrae la maldición. En cuanto a mí, no han anunciado el tripudium, que es excelente presagio para el pueblo romano y para el ejército." En seguida mandó a los centuriones que colocasen a los pularios en primera fila. Los samnitas por su parte hacen avanzar sus enseñas, seguidas de un ejército que por sus ricos trajes y sus armas era, hasta para sus enemigos, magnífico espectáculo. Antes de lanzar el grito de ataque y de que viniesen a las manos, el pulario, herido de un dardo lanzado al acaso, cayó delante de las enseñas. Cuando se lo dijeron al cónsul, contaestó: «Los dioses asisten al combate, el culpable ha recibido su castigo». Cuando pronunciaba estas palabras, un cuervo, pasando delante de él, lanzó penetrante grito: contento por este augurio, y asegurando que nunca habían mostrado tan visiblemente los dioses su intervención en las cosas humanas, manda tocar las trompetas y lanzar el grito de ataque. ***41****. Terrible fue el combate que se trabó, aunque con muy diferentes disposiciones de ánimo por una y otra parte. La cólera, la esperanza y el ardor guerrero arrastraban a los romanos ávidos de la sangre de sus enemigos; a la mayor parte de los samnitas, la necesidad y el imperio de la religión les obliga menos a avanzar sobre el enemigo que a rechazarle; y no habrían podido resistir el primer grito ni el primer choque de los romanos, acostumbrados como estaban desde muchos años a ser vencidos, si no les hubiese impedido huir otro temor más fuerte del que estaban penetrados sus corazones. Ante los ojos tenían todo el aparato de sus espantosos misterios, sus sacerdotes armados, la tierra cubierta de hombres y animales degollados, la sangre humana corriendo sobre los altares con la de las víctimas; aquellas imprecaciones, aquellas fórmulas terribles que les sacrificaban a las furias, a ellos, a sus familias y a su raza. Sujetos por estos lazos, no se atrevían a huir, temiendo más a sus conciudadanos que a sus enemigos. Los romanos les estrechaban en las alas y el centro, y les destrozaban aprovechando el estupor en que les tenía el miedo a los dioses y a los hombres. Los samnitas oponían débil resistencia, como hombres cuya fuga solamente retrasa el miedo. La matanza había llegado ya hasta las enseñas, cuando se descubre una nube de polvo que parecía producido por la marcha de numeroso ejército. Era Sp. Naucio, o según otros Octavio Mecio, que llegaba al frente de las cohortes de las alas, y la nube de polvo que levantaba engañaba acerca del número de sus fuerzas, porque los siervos del ejército, montados en los mulos, arrastraban por el suelo ramas con sus hojas. Distinguense primeramente armas y enseñas en medio de la polvareda que apenas puede penetrar la luz; pero a retaguardia, el polvo, más espeso cada vez, hacía creer que*

cerraba la marcha un cuerpo de caballería.

Engáñanse los samnitas y los mismos romanos, y el cónsul confirma el error, gritando en las primeras filas para que le pudiese oír el enemigo, "que Cominio había caído; que llegaba su colega victorioso; que era necesario vencer para no dejar a otro ejército la gloria de aquel combate," Hablaba de esta manera montado en su caballo, y en seguida manda a los tribunos y a los centuriones que abran paso a la caballería. Había encargado a Trebonio y a Cedicio que, cuando le viesen empinarse y agitar la lanza, lanzasen la caballería contra el enemigo con la mayor impetuosidad. Todo se ejecuta puntualmente: tan bien tomadas estaban las disposiciones. Ábrense las filas, la caballería se lanza en medio de los grupos enemigos, y por todas partes donde ataca rompe las líneas. Volumnio y Escipión la siguen y derriban al enemigo quebrantado. Sobreponiéndose entonces al miedo de los dioses el de los hombres, las cohortes de la legión linteata se desbandan, todos huyen a la vez, los juramentados y los que no lo están, experimentando igual temor al enemigo. Lo que quedó de la infantería fue empujado a su campamento de Aquilonia; la nobleza y la caballería huyeron a Boviano. La caballería romana persiguió a la samnita; la infantería a la infantería, y las alas, tomando opuesto camino, se dirigen, la derecha al campamento samnita, la izquierda a la ciudad. Volumnio se apoderó en seguida del campamento: la ciudad opuso más resistencia a Escipión, no porque los vencidos mostrasen mayor energía, sino porque las murallas son mejores defensas que las empalizadas. Desde lo alto de los parapetos rechazan a pedradas a los que asaltan; y calculando Escipión que si no se termina el lance en el primer momento de consternación y antes de que el enemigo tuviese tiempo para reponerse, el ataque de una ciudad fortificada seria largo, pregunta a sus soldados "si habiéndose apoderado del campamento la otra ala, consentirían, siendo victoriosos, que les rechazasen de las puertas de la ciudad." Todos gritan; él da ejemplo, levanta su escudo sobre la cabeza y marcha hacia la puerta: los demás le siguen formando la tortuga y fuerzan la plaza. Después de derribar a cuantos samnitas estaban cerca de la puerta, ocupan las murallas; pero siendo poco numerosos, no se atreven a penetrar en el interior de la ciudad».

2) Fabio Rulo Máximo, estando en Samnio en su cuarto consulado, habiendo ensayado en vano todos los modos posibles de atravesar la línea del enemigo, retiró finalmente a los hastati (1) de las filas y los mandó alrededor con su teniente Escipión, con instrucciones de tomar una colina desde la cual ellos podían precipitarse abajo sobre la retaguardia del enemigo. Cuando esto fue hecho, el coraje de los romanos se elevó, y los samnitas, huyendo aterrorizados, fueron despedazados (2).

Nota 1: Hastati: *Recibían este nombre las tropas de la segunda línea de la legión. Equipados con armadura ligera y el fácilmente reconocible escudo romano (scutum) de la época. A una orden, golpeaban los escudos con las jabalinas, comenzaban a desplazarse al frente, hasta encontrarse a unas 75 yardas del enemigo. En ese momento comenzaban un trote rápido, lanzaban sus pila (jabalinas, singular pilum) y desenfundaban las espadas mientras seguían avanzando para el combate cuerpo a cuerpo.*

Nota 2: Año 297 a. de C. Livio, 10:14: *«Mientras los nuevos cónsules Q. Fabio*

Máximo y P. Decio Mus, que lo eran el primero por cuarta vez y el segundo por tercera, discutían cuál de ellos se encargaría de los etruscos o de los samnitas, qué número de tropas exigía cada guerra y para cuál de ellas era más a propósito el uno o el otro general, llegaron legados de Sutrio, Nepente y Falerias, anunciando que se celebraban asambleas en Etruria para decidir condiciones de paz; esta noticia hizo descargar sobre el Samnio todo el peso de la guerra. Partieron los cónsules, y con objeto de procurarse más fácilmente víveres y mantener al enemigo en mayor incertidumbre acerca del punto por donde comenzaría la guerra, llevaron las legiones al Samnio, Fabio por el territorio de Sora y Decio por el de Sedicino. Cuando llegaron a las fronteras enemigas, uno y otro cónsul diseminaron sus tropas y avanzaron talando el país; pero con la precaución, sin embargo, de adelantar los reconocimientos más que el pillaje. Por esta precaución no les sorprendió el enemigo, que se había apostado cerca de Tiferno, en un valle cubierto de bosques, donde lo preparó todo para caer desde lo alto de una eminencia sobre el ejército romano, comprometido en la parte estrecha del valle. Fabio, después de colocar en sitio seguro sus bagajes bajo la custodia de algunas fuerzas y prevenido a sus soldados que se iba a combatir, hizo avanzar al ejército formando cuadro hacia la emboscada del enemigo que acabamos de mencionar. Habiendo perdido los samnitas la esperanza de sorprender a los romanos, y viendo que ya no podían combatir más que al descubierto, prefirieron correr los riesgos de una batalla campal. Bajan, pues, a la llanura y se entregan a la fortuna con más decisión que confianza; por lo demás, bien porque hubiesen reunido lo más animoso de cada pueblo del Samnio, sea que aquel trance decisivo inflamase su valor, no dejaron de inspirar algún miedo aun en aquel combate a campo raso. Viendo Fabio que el enemigo no perdía terreno en ningún lado, mandó a M. Fulvio y a M. Valeria, tribunos de los soldados, con quienes había acudido a la primera línea, "que marchasen a exhortar a los jinetes en nombre de los señalados servicios que tantee veces habían prestado los caballeros a la república, rara que hiciesen aquel día todos los esfuerzos posibles para conservar la inalterable gloria de su orden. En la lucha con la infantería, el enemigo era inquebrantable; nada podía esperarse si no era de un ataque impetuoso de la caballería." Después, dirigiéndose a aquellos dos jóvenes, llamándoles por sus nombres con el acento más afectuoso, les prodiga alabanzas y promesas. Por lo demás, persuadido de que si aquella medida no daba resultado, siendo ineficaz la fuerza, tendría que recurrir a la astucia, mandó a su legado Escipión retirar del campo de batalla a los hastatos de la primera legión, y llevarles por senderos extraviados, lo más secretamente posible, a las montañas inmediatas: en seguida, cuidando constantemente de ocultar su marcha, ganar con ellos la cumbre de aquellas montañas, desde las que se presentarían de pronto al enemigo por su retaguardia. Los jinetes, guiados por los tribunos, habiéndose colocado bruscamente delante de las enseñas, no perturbaron más al enemigo que a los romanos. El ejército samnita se mantuvo firme ante su ímpetu, y por ningún lado se le pudo desordenar ni hacerle retroceder. Viendo la inutilidad de su tentativa, los jinetes abandonaron el combate y se retiraron detrás de los peones: esto aumentó la audacia del enemigo. Extenuada la primera línea por aquel obstinado combate, no hubiese podido resistir aquel aumento de energía que daba al enemigo el convencimiento de su propia fuerza, si el cónsul no la hubiese hecho reemplazar por la segunda. Estas tropas frescas detuvieron a los samnitas, que se precipitaban ya adelante, y la vista inesperada de las enseñas que aparecieron oportunamente en las alturas, los gritos que lanzó aquel destacamento, difundió terror en los samnitas, aumentándolo Fabio gritando que se acercaba su colega Decio. Al escuchar estas palabras, llenos de regocijo los soldados, se dicen recíprocamente que es el otro cónsul, que llegan sus

legiones, y aquel error, al mismo tiempo que es útil a los romanos, produjo espanto a los samnitas, que emprenden la fuga, asustados especialmente por el peligro de verse abrumados, en el cansancio que les dominaba, por tropas de refresco que iban a atacar por primera vez.

Pero como se dispersaron por todos lados, su pérdida no estuvo en proporción con la derrota. Matáronles tres mil cuatrocientos hombres, se les cogieron cerca de ochocientos treinta y se apoderaron de veintitrés enseñas».

3) El general Minucio Rufo, presionado fuertemente por los escordicanos y dacios, para quienes él no era partido alguno en cuanto a número de tropas, envió a su hermano y un pequeño escuadrón de caballería adelante, junto con un destacamento de trompeteros encargándole que, tan pronto como viera comenzar la batalla, se mostrase repentinamente desde el emplazamiento de enfrente y ordenara que los trompeteros soplaran sus cuernos. Entonces, cuando las cimas devolvieron el eco del sonido, cayó sobre el enemigo la impresión de una enorme multitud, huyendo aterrorizado.

Nota: Año 109 a. de C.

4) El cónsul Acilio Glabrio, enfrentado con el ejército del rey Antíoco, que éste había preparado delante del Paso de las Termópilas en Grecia, no fue sólo obstaculizado por las dificultades del terreno, pero habría sido rechazado con pérdidas, además, si Porcio Catón no le hubiera prevenido de esto. Catón, aunque ex-cónsul, estaba en el ejército como tribuno de los soldados, elegido en su cargo por la gente. [Habiendo sido enviado por Glabrio para hacer un desvío], desalojó a los etolios, quiénes guardaban la cumbre del Monte Calídromo, y luego apareció de repente desde la retaguardia en la cumbre de una colina, comandando el campamento del rey. Las fuerzas de Antíoco fueron así lanzadas al pánico, con lo cual los romanos las atacaron de frente y por la retaguardia, rechazaron y dispersaron al enemigo, y capturaron su campamento.

Nota: Año 191 a. de C. Apiano, Sobre Siria, 17-18-19-20: *«**17** Aquéllos, cruzando a toda prisa desde Brindisi a Apolonia con los dos mil jinetes de que entonces disponían, veinte mil soldados de infantería y algunos elefantes, bajo el mando de Acilio Manio Glabrio, se pusieron en camino hacia Tesalia. Libraron a las ciudades del asedio y, en todas las que ya había guarniciones atamanas, las expulsaron e hicieron prisionero a Filipo de Megalópolis, que todavía esperaba el reino de Macedonia.*

También apresaron a unos tres mil soldados de Antíoco. Al tiempo que Manio hacía estas cosas, Filipo, a su vez, invadió Atamania y la sometió en su totalidad, huyendo Aminandro a Ambracia. Y Antíoco, dándose cuenta de todos estos sucesos y anonadado por la celeridad de los acontecimientos, se asustó por el súbito e inesperado cambio de suerte y comprendió, entonces, el sabio consejo de Aníbal. Envió un mensajero tras otro a Asia para apremiar a Polixénidas a que cruzara y él, entretanto, convocó a cuantas fuerzas tenía desde todas partes. Tras reunir diez mil soldados de infantería y quinientos

de caballería de entre sus propias fuerzas, además de algunos aliados, ocupó con estas tropas las Termópilas, con idea de interponer este paso difícil entre él y los enemigos, mientras aguardaba al ejército de Asia. Las Termópilas son un paso estrecho y alargado flanqueado, de un lado, por un mar bronco y sin puertos, y de otro, por un cenagal intransitable y profundo. Hay en ellas dos picachos escarpados llamados uno Tiquiunte y el otro Calídromo. El lugar tiene fuentes de aguas calientes, de donde le viene el nombre de Termópilas.

18 *Allí construyó Antíoco una muralla doble, colocó en ella las máquinas y envió a los etolios a las cumbres de los picachos para que nadie diera un rodeo, sin ser visto, por el famoso sendero por el que, precisamente, Jerjes atacó a los espartanos bajo las órdenes de Leónidas, por estar los montes en aquella ocasión desguarnecidos. Los etolios apostaron en cada una de las cumbres a mil hombres y acamparon por su cuenta, con el resto, en los alrededores de la ciudad de Heraclea. Manio, después de haber visto los preparativos de los enemigos, dio la señal de combate al amanecer y ordenó a dos de los tribunos militares, Marco Catón y Lucio Valerio, que, escogiendo las tropas que cada uno quisiera, rodearan durante la noche las montañas y trataran de expulsar a los etolios de las cumbres, de la forma que les fuera posible. Lucio fue rechazado del monte Tiquiunte, pues allí los etolios eran buenos combatientes, pero Catón, acampando junto al Calídromo, cayó sobre los enemigos cuando todavía dormían, alrededor de la última guardia, y el combate fue encarnizado en su entorno, al tener que abrirse paso hacia zonas elevadas y rocosas con la oposición de los enemigos. Por entonces, Manio conducía ya al ejército de frente contra Antíoco, dividido en columnas, pues solo así es posible marchar en los pasos estrechos. El rey ordenó que las tropas ligeras y los peltastas combatieran delante de la falange y, a ésta, la colocó delante del campamento con los honderos y arqueros a su derecha, al pie mismo del monte, y los elefantes, con la tropa que siempre les acompañaba, a su izquierda, junto al mar.*

19 *Cuando se entabló combate, las tropas ligeras hostigaban, en un principio, a Manio desde todos los sitios, corriendo a su alrededor. Sin embargo, éste las contuvo con valentía y, cediendo primero y atacando luego, logró hacerlas huir y, entonces, la falange de los macedonios, escindiéndose, recibió en su interior a aquéllas y, volviendo a unirse, las ocultó. Acto seguido, presentaron las sarisas de forma masiva y ordenada en una formación con la que, sobre todo, los macedonios de Alejandro y Filipo aterraban a sus enemigos, que no se atrevían a acercarse a las lanzas de gran tamaño opuestas en número considerable. Pero, de repente, se vio la huida y el griterío de los etolios que, desde el monte Calídromo, se precipitaban sobre el campamento de Antíoco. En un primer momento, unos y otros ignoraban lo ocurrido y existía el desconcierto propio de una situación tal. Sin embargo, tan pronto como apareció Catón persiguiéndolos en medio de un gran clamor y estuvo ya sobre el campamento de Antíoco, los soldados del rey, que habían recibido de tiempo atrás noticias terribles sobre la forma de luchar de los romanos y que eran conscientes de que se habían degradado hasta ser incapaces de realizar cualquier cosa a causa de su inactividad y vida placentera durante todo el invierno, se aterraron. Y, como no veían con claridad cuántos eran los que estaban con Catón y pensaban que eran más a causa del miedo que sentían y, además, temían por el campamento, huyeron en desorden hacia éste con idea de defenderse desde allí de los enemigos. Pero los romanos pisándoles los talones entraron a la vez que ellos en el campamento y otra vez huyeron desde aquel desordenadamente los soldados de Antíoco.*

Manio los persiguió hasta Escarfia matándolos o haciéndolos prisioneros y, tras regresar desde allí, saqueó el campamento del rey y, con su sola presencia, expulsó a los etolios que habían irrumpido en el campamento de los romanos en ausencia de éstos.

***20** Las pérdidas romanas, durante la batalla y la persecución, fueron de unos doscientos hombres y las de Antíoco, incluidos los capturados, de unos diez mil. El rey, en persona, tras la primera señal de derrota, huyó sin mirar atrás hasta Elatea con quinientos jinetes y, desde allí, a Calcis y a Efeso con su nueva esposa Eubea, como él la llamaba, a bordo de sus naves; pero no todas, pues a algunas de ellas que transportaban provisiones, el almirante romano las abordó y las hundió. Cuando el pueblo romano se enteró de la victoria, que había resultado tan rápida y fácil para ellos, celebraron un sacrificio, contentos por esta su primera confrontación con la temible reputación de Antíoco. Para corresponder a la alianza de Filipo, le enviaron a su hijo Demetrio, que todavía permanecía como rehén entre ellos».*

5) El cónsul Cayo Sulpicio Pético, cuando estaba por luchar contra los galos, ordenó a ciertos arrieros que se retiraran en secreto con sus mulas a las colinas cercanas, y luego, después que el enfrentamiento hubiera comenzado, se exhibieran repetidamente a los combatientes, como si montaran sobre caballos. Los galos, por lo tanto, imaginando que venían los refuerzos, retrocedieron ante los romanos, aún estando ya casi victoriosos.

***Nota: Año 358 a. de C. Livio, 7:14-15:** «**14**. Comprendía el dictador que aquella conducta no daba buen ejemplo, aunque era laudable en sí misma; sin embargo, prometió hacer lo que pedían los soldados. En seguida preguntó secretamente a Tulio qué significaba aquella manera de obrar; suplicándole encarecidamente Tulio "creyese que no había olvidado la disciplina militar, ni lo que es, ni lo que debe a la majestad del mando; añade que ordinariamente una multitud sublevada se conduce como los que la dirigen, y que ha consentido capitanearla por temor de que lo hiciese algún hombre de esos que acostumbran tomar por jefes las tropas sublevadas; porque en cuanto a él, jamás hubiese hecho nada sin el beneplácito del general. Sin embargo, importa mucho al dictador cuidar de tener sometido al ejército. No se pueden imponer nuevas dilaciones a unos ánimos tan exaltados, y si el general no les da hora y lugar para el combate, lo exigirán ellos mismos." Durante esta conversación, habiendo arrebatado un galo caballos que pacían por casualidad fuera de las empalizadas, dos soldados romanos los recobraron. Arrojáronles piedras los galos, y en el acto alzóse un grito en el campo romano: acuden de una y otra parte, e iba a empeñarse verdadero combate si los centuriones no hubiesen llamado rápidamente a sus soldados. Este incidente confirmó lo que Tulio había dicho al dictador, y no admitiendo demora el asunto, anunciόse que a la mañana siguiente se daría la batalla. Sin embargo, el dictador, que se aprestaba al combate con más confianza en el valor que en la fuerza de sus tropas, buscaba en derredor suyo algo que le sirviese para causar terror al enemigo, y su imaginación sagaz encontró una cosa completamente nueva, que, desde entonces emplearon muchos generales romanos y extranjeros y que todavía emplean algunos en nuestros días. Manda quitar los bastes a los mulos, sin dejarles más que las gualdrapas, y hace que los monten los muleteros revestidos con las armaduras cogidas al enemigo y las de los enfermos. Después de equipar de esta manera cerca de mil, les agregó cien jinetes y les mandó retirarse durante la noche a las alturas que dominan el campamento, ocultarse*

en los bosques y no moverse hasta que reciban la señal. Por su parte, al amanecer finge extender su línea al pie de las montañas, para que el enemigo tomase posición enfrente de aquellas alturas. Ante aquel vano aparato de terror, que en cierto modo sirvió al dictador más que sus verdaderas fuerzas, los jefes galos creyeron al pronto que los romanos no bajarían a la llanura; pero cuando de repente les vieron moverse, se lanzaron ardorosamente al combate, y la lucha se trabó antes de dar los jefes la señal. ***15****. Los galos atacaron especialmente el ala derecha, y no hubiesen podido resistirles, a no estar allí el dictador, que llamó a Sextio Tulio por su nombre y le preguntó en tono de reconvención: "Si era así como había prometido que combatirían los soldados, ¿por qué gritaban pidiendo armas? ¿Por qué amenazaban con trabar batalla sin orden del general? Allí está el general llamándoles a voces al combate y que avanza armado al frente de las enseñas. ¿Se atreverán a seguirle, ellos que querían llevarlo; ellos tan temibles en el campamento y tan tímidos en la batalla?" Comprendiendo que merecían aquellas reconvenciones, sintieron lastimado su honor y se precipitaron delante de los dardos enemigos, como locos y sin atender al peligro. El primer arrebato de furor quebrantó a los galos; la caballería acudió en seguida y les puso en derrota. Viendo el dictador derrotado al enemigo por aquel lado, marcha con las enseñas al ala izquierda, donde se reúnen en gran número, y da a los romanos colocados en las alturas la señal convenida. Alzase de aquel punto nuevo grito, y se ve una tropa que avanza por los costados de la montaña, dirigiéndose al campamento de los galos, que temiendo verse cortados, abandonan el combate y regresan a la carrera al campamento; pero encontrando allí a M. Valerio, jefe de la caballería, que después de la derrota del ala derecha maniobraba delante de los parapetos enemigos, dirigen su fuga hacia las montañas y los bosques, donde recibió a muchos de ellos aquella caballería de muleteros, haciéndose espantosa matanza, hasta mucho después del combate, en los que el terror arrastró a los bosques. Después de M. Furio ningún otro fue más digno que C. Sulpicio de triunfar de los galos; y también pudo formar con los despojos de los galos considerable montón de oro, que encerró bajo piedra cuadrada y consagró al Capitolio. En este mismo año los dos cónsules dirigieron también la guerra, pero con diferentes alternativas: C. Plaucio venció y subyugó a los hérnicos; pero su colega Fabio peleó sin precaución ni prudencia con los tarquinios, siendo derrotado, y si la derrota no fue grave en sí misma, trescientos soldados romanos quedaron prisioneros y fueron sacrificados, haciendo resaltar la vergüenza del pueblo romano el oprobio de aquel suplicio. A este descalabro se unió la devastación del territorio romano por una incursión repentina de los privernatos y después de los veliternos.*

Aquel mismo año se crearon dos tribus nuevas, la Pontina y la Publilia, y se celebraron también los juegos que había votada el dictador M. Furio. En fin, el tribuno C. Petelio presentó por primera vez al pueblo, con la aprobación del Senado, una ley contra la intriga, creyéndose que por esta ley podría reprimirse especialmente la ambición de los hombres nuevos, que acostumbraban recorrer las ferias y los mercados solicitando votos».

6) En Aquae Sextiae, Mario, proponiéndose luchar una batalla decisiva contra los Teutones al día siguiente, envió a Marcelo por la noche con un pequeño destacamento de jinetes e infantería a la retaguardia del enemigo, y, para completar la imagen de una gran fuerza, ordenó a mozos de cuadra armados y seguidores del campamento que fueran junto con ellos, y también una gran

parte de los animales de carga, llevando puestas monturas, a fin de que por estos medios presentaran el aspecto de caballería. Ordenó que estos hombres cayeran sobre la retaguardia, tan pronto como notaran que el enfrentamiento había comenzado. Este plan infundió tal terror en el enemigo, que a pesar de su gran ferocidad, dieron la vuelta y escaparon.

Nota: Año 102 a. de C. Plutarco, Mario, 20: *«Después que los Romanos hubieron dado muerte de esta manera a un número crecido de los Ambrones, sobreviniendo la noche se retiraron; pero a esta retirada no se siguieron los cantos de victoria que a tan señalados triunfos acompañan, ni convites en las tiendas, ni regocijos en los banquetes, ni tampoco lo que es más dulce a los soldados después de haber peleado con suerte próspera, un sueño sosegado y plácido, sino que aquella noche la pasaron en la mayor inquietud y sobresalto, porque tenían el campamento sin valladar y sin fortificación alguna, quedando de los bárbaros muchos millares de hombres todavía intactos, y de los Ambrones cuantos se habían salvado se habían reunido con éstos; así, por la noche se sentía un bullicio en nada parecido a los lamentos o a los sollozos, sino que más bien un aullido feroz y un crujir de dientes, mezclado con amenazas y lloros, enviado por tan inmensas gentes, resonaba por todos los montes de alrededor y por las concavidades del río. Apoderóse, pues, de todo el contorno un eco espantoso; de los Romanos el miedo, y aun del mismo Mario cierta inquietud y asombro, por temer todo el desorden y la confusión de una batalla nocturna. Con todo, ni acometieron en aquella noche ni en el día siguiente, sino que pasaron el tiempo en ordenarse y prevenirse. En tanto, Mario, como hubiese sobre el campo de los bárbaros algunos valles angostos y algunos barrancos poblados de encinas, mandó allá a Claudio Marcelo con tres mil infantes, dándole orden de que se pusiese en celada y sobrecogiese a los enemigos por la espalda.*

A los demás, después de haber tomado el alimento y sueño conveniente, los formó al mismo amanecer, colocándolos delante del campamento y enviando la caballería a recorrer el terreno. Luego que los Teutones los vieron, no tuvieron paciencia para aguardar a que, bajando los Romanos, pudieran pelear en terreno igual, sino que, armados apriesa en el furor de la ira, se arrojaron al collado. Mario, enviando sus ayudas de campo por una y otra ala, les prevenía que se mantuvieran firmes e inmóviles, y que cuando ya estuvieran al alcance les arrojaran dardos y después usaran de las espadas, impeliendo con los escudos a los que viniesen de frente, porque siendo para ellos el terreno poco seguro, ni sus golpes tendrían fuerza, ni podrían protegerse con sus broqueles, puesto que la desigualdad del suelo les quitaría toda firmeza y consistencia. Cuando así exhortaba, él era el primero en obrar, porque ninguno tenía un cuerpo más ejercitado, y a todos hacía gran ventaja en el valor».

7) Licinio Craso en la Guerra de los Esclavos, cuando estaba por conducir sus tropas adelante en Camalatrum contra Casto y Cánico, los líderes de los galos, envió doce cohortes por detrás, alrededor de la montaña, con Cayo Pomptinio y Quinto Marcio Rufo, sus lugartenientes. Cuando el enfrentamiento comenzó, estas tropas, levantando un grito, se desparramaron cuesta debajo de la montaña a la retaguardia, y así derrotaron al enemigo que huyó en todas direcciones sin intentar la batalla.

Nota: Año 71 a. de C.

8) Marco Marcelo, en una ocasión, temiendo que un grito de guerra débil revelara el pequeño número de sus fuerzas, mandó que los vivanderos, criados, y seguidores del campamento de toda clase participaran en el grito. Así causó pánico al enemigo, dando al aspecto de tener un ejército más grande.

Nota: Año 216 a. de C. Livio, 23:16: *«Aníbal estaba en las puertas (porque una vez apoderado de Nuceria, había regresado a Nola) y el pueblo pensaba nuevamente en la defección; entonces Marcelo, a la llegada del enemigo, se encerró en la ciudad, no porque temiese por su campamento, sino para no dar a los numerosos rebeldes que le acechaban ocasión de entregar a Nola. Muy pronto se formaron en batalla por ambas partes; los romanos al pie de las murallas de la ciudad; los cartagineses delante de su campamento: de manera que entre la ciudad y el campamento se libraron algunos combates cuyo resultado fue muy diferente. Los dos generales permitían gustosos estas escaramuzas, pero no daban la señal de batalla general. Mucho tiempo hacía que los dos ejércitos permanecían frente a frente, cuando los principales ciudadanos de Nola advirtieron a Marcelo que "durante la noche, gentes del pueblo tenían secretas relaciones con los cartagineses: que era cosa decidida que cuando el ejército romano saliese de la ciudad, saquearían sus bagajes, cerrarían las puertas y se apoderarían de las murallas, para que una vez dueño absoluto de la ciudad, pudiese el pueblo recibir a los cartagineses en vez de los romanos". Al recibir esta noticia, colmó de elogios Marcelo a los senadores, y antes de que estallase la sedición, decidió intentar el éxito del combate. Divide su ejército en tres cuerpos, y les coloca en las tres puertas que miran al enemigo: manda que le sigan los bagajes y ordena que los siervos, los vivanderos y enfermos lleven las empalizadas. En la puerta del centro coloca lo más escogido de las legiones y los caballeros romanos; en las otras dos los nuevos reclutados, los soldados armados a la ligera y la caballería de los aliados. Prohíbe a los habitantes que se acerquen a las murallas y a las puertas; y por temor de que, una vez peleando las legiones, cayesen éstos sobre los bagajes, les hizo custodiar por tropas reservadas para este objeto. Dispuestos de esta manera, los romanos esperaron preparados detrás de las puertas. Aníbal, que había permanecido sobre las armas la mayor parte del día (como lo hacía algún tiempo ya), extrañó al principio que no saliese el ejército romano y que no se presentase sobre las murallas ningún soldado. Persuadido al fin de que habían sido descubiertas sus inteligencias con el pueblo y que el temor detenía a los romanos, envía al campamento una parte de las tropas, con orden de traer en seguida al frente del ejército todo lo necesario para un asalto, convencido de que si les estrechaba en aquel momento de vacilación, estallaría en la ciudad algún movimiento entre el pueblo. Cuando en la primera línea cada cual se apresura a ejecutar los movimientos ordenados por Aníbal, y el ejército avanza bajo las murallas, de pronto se abre una puerta: Marcelo manda tocar las trompas, a las tropas lanzar el grito y a los infantes y en seguida a la caballería que ataquen con todo el brío posible. Ya había producido confusión y miedo en el centro del ejército enemigo, cuando desde las puertas inmediatas se lanzan sobre las alas cartaginesas los dos legados P. Valerio Flaco y C. Aurelio. A este segundo ataque siguen los gritos de los siervos y vivanderos, y también los de las tropas encargadas de guardar los bagajes, de manera que los cartagineses, que despreciaban especialmente el corto número de los romanos, creyeron que tenían que habérselas con un ejército numeroso. No me atreveré a afirmar lo que dicen algunos autores, que el enemigo tuvo*

dos mil ochocientos hombres muertos y que los romanos solamente perdieron quinientos. Que esta victoria fuese más o menos grande, no por ello deja de ser cierto que la jornada consiguió grandísimo éxito, me atreveré a decir casi el más grande de toda la guerra; porque fue más difícil aquel día a los vencedores de Aníbal no quedar vencidos, que después vencerle».

9) Valerio Levino, en la batalla contra Pirro, mató a un soldado común, y, sosteniendo su espada goteando, hizo creer a ambos ejércitos que Pirro había sido asesinado. El enemigo, por lo tanto, presa del pánico por la falsedad, y pensando que habían quedado indefensos por la muerte de su comandante, se encaminaron aterrados de vuelta a su campamento.

Nota: Año 280 a. de C. Plutarco, Pirro, 17: *«Con esto aprendió Pirro a guardarse con más cuidado, y viendo que cedía la caballería, mandó venir la hueste y la puso en orden, y dando entonces su manto y sus armas a Megacles, uno de sus amigos, disfrazándose en cierta manera con las de éste, acometió a los Romanos. Recibieron éstos el choque y acometieron también, habiéndose mantenido la batalla indecisa por mucho tiempo, pues se dice que alternativamente se retiraron y se persiguieron hasta siete veces; y el cambio de las armas, que sirvió oportunamente para salvarse el rey, estuvo en muy poco que no echase a perder sus ventajas y le arrebatase la victoria. Porque cargando muchos sobre Megacles, el principal que le derribó y acabó con él, llamado Dexio, quitándole el casco y el manto, corrió hacia Levino mostrando aquellas prendas y gritando que había, muerto a Pirro. Causóse, pues, en ambos ejércitos, con este motivo, en el de los Romanos regocijo, con grande algazara, y en el de los Griegos desaliento, y asombro, hasta que enterado Pirro de lo que pasaba, corrió las filas con la cara descubierta, alargando la mano a los que peleaban y dándose a conocer con la voz. Finalmente, acosando, sobre todo, a los Romanos los elefantes, porque los caballos, antes de acercarse a ellos, no podían tolerar su aspecto y derribaban a los jinetes, hizo Pirro avanzar a la caballería tésala, y acabó de derrotarlos con gran mortandad.*

Dionisio refiere que de los Romanos murieron muy pocos, menos de quince mil hombres, y Jerónimo que sólo siete mil; y del ejército de Pirro, Dionisio que trece mil, y Jerónimo que no llegaron a cuatro mil. Eran éstos que allí perdió los más aventajados entre sus amigos y caudillos y de quienes Pirro hacía más cuenta y se fiaba más. Tomó también el campamento de los Romanos, habiéndolo éstos abandonado, atrajo a muchas de las ciudades que le eran aliadas, taló gran parte del territorio y se adelantó hasta no distar de Roma más que trescientos estadios. Reuniéronsele después de la batalla muchos de los Lucanos y Samnitas, y aunque los rePrendió por su tardanza se echó bien de ver que estaba contento y ufano de que con solo el auxilio de los Tarentinos venció un poderoso ejército de los Romanos».

10) En su lucha contra Cayo Mario en Numidia, Yugurta, habiendo adquirido facilidad en el uso de la lengua latina a consecuencia de su antigua relación con los campamentos romanos, corrió adelante a la primera línea y gritó que él había matado a Cayo Mario, causando así que muchos de nuestros hombres escaparan.

Nota: Año 107 a. de C. Salustio, La Guerra de Yugurta, 6-8 *: «Hallábase entonces Mario en la vanguardia, porque Jugurta cargaba mucho por aquella parte; el cual, sabida la llegada de Boco, vase ocultamente con pocos adonde peleaba nuestra infantería y dícele en latín (cuyo idioma había aprendido en Numancia), «que en vano se esforzaba; que Mario poco antes había muerto a sus manos», y mostraba, diciendo esto, su espada teñida de sangre de uno de nuestros infantes, a quien valerosamente acababa de matar. Esto no dejó de asustar a los soldados, más por lo grande de la novedad, que porque diesen crédito al que lo decía; y al mismo tiempo los bárbaros, tomando aliento, estrechaban más a los nuestros ya consternados, de suerte que faltaba poco para ponerse en fuga, cuando Sila, habiendo derrotado a los que tenía por su frente, vuelve sobre los moros y los acomete por un costado, con lo que rechaza al instante a Boco Jugurta, que por sostener a los suyos y no querer soltar de las manos la victoria, que casi tenía en ellas, se detuvo; viéndose rodeado de nuestros caballos y que habían muerto cuantos con él estaban, se escabulle solo por medio de los enemigos, resguardándose de sus tiros. Mario entonces, ahuyentaba la caballería enemiga, vuelve en socorro de los suyos, que había oído estaban para ser rechazados. Finalmente, los enemigos fueron deshechos por todas partes. Entonces sí que aquellas dilatadas campiñas presentaban un aspecto horrible; seguían unos el alcance, otros huían; todo era matar y hacer prisioneros; caballos y jinetes por el suelo; muchos ni huir podían por sus heridas, ni dejar de intentarlo, hacer por levantarse y volver a caer luego; últimamente, cuanto alcanzaba la vista se hallaba cubierto de dardos, armas y cadáveres, y los claros que había estaban teñidos de sangre».*

11) Mirónides, el ateniense, en una batalla indecisa que libraba contra los tebanos, se lanzó repentinamente adelante al flanco derecho de sus propias tropas y gritó que ya había ganado la victoria a la izquierda. Así, inspirando el coraje en sus propios hombres y miedo en los enemigos, obtuvo la victoria.

Nota: Año 457 a. de C. Polieno, 1:35 § 1: *«Los atenienses y tebanos estaban a punto de combatir unos contra otros. Mirónides les ordenó a los atenienses esforzarse por la izquierda al momento que él hubiera dado la señal. La dio, y su ala izquierda marchó contra los tebanos. Al mismo tiempo, adelantándose al ala derecha, exclamó: «Coraje, el ala izquierda fuerza a los enemigos». Los atenienses, animados por esta afirmación de victoria, empujaron a los enemigos, y los tebanos, desanimados por su presunta pérdida, se desbandaron y se dieron a la fuga».*

12) Contra aplastantes fuerzas de caballería del enemigo, Creso opuso una vez una tropa de camellos. Ante el extraño aspecto y olor de estas bestias, los caballos se espantaron, y no simplemente lanzaron a sus jinetes, sino también pisotearon las filas de su propia infantería, entregándolos así en las manos del enemigo, para ser derrotados.

Nota: Año 546 a. de C. Heródoto, 1:80: *«Hay delante de Sardes una llanura espaciosa y elevada donde concurrieron los dos ejércitos. Por ella corren muchos ríos, entre ellos el Hilo, y todos van a dar en otro mayor llamado Hermo, el cual, bajando de un monte dedicado a la madre de los dioses Dindimene, va a desaguar en el mar cerca de la ciudad de Focea. En esta llanura, viendo Ciro a los Lidios formados en orden de batalla, y*

temiendo mucho a la caballería enemiga, se valió de cierto ardid que el Medo Harpago le sugirió. Mandó reunir cuantos camellos seguían al ejército cargados de víveres y bagajes, y quitándoles las cargas, hizo montar en ellos unos hombres vestidos con el mismo traje que suelen llevar los soldados de a caballo. Dio orden para que estos camellos así prevenidos se pusiesen en las primeras filas delante de la caballería de Creso; que su infantería siguiese después, y que detrás de esta se formase toda su caballería. Mandó circular por sus tropas la orden de que no diesen cuartel a ninguno de los Lidios, y que matasen a todos los que se les pusiesen a tiro; pero que no quitasen la vida a Creso, aun cuando se defendiese con las armas en la mano.

La razón que tuvo para poner los caballos enfrente de la caballería enemiga, fue saber que el caballo teme tanto al camello, que no puede contenerse cuando ve su figura o percibe su olor. Por eso se valió de aquel ardid con la mira de inutilizar la caballería de Creso, que fundaba en ella su mayor confianza.

En efecto, lo mismo fue comenzar la pelea y oler los caballos el tufo, y ver la figura de los camellos, que retroceder al momento y dar en tierra con todas las esperanzas de Creso. Mas no por esto se acobardaron los Lidios, ni dejaron de continuar la acción, porque conociendo lo que era, saltaron de sus caballos y se batieron a pie con los Persas. Duró por algún tiempo el choque, en que muchos de una y otra parte cayeron, hasta que los Lidios, vueltas las espaldas, se vieron precisados a encerrarse dentro de los muros y sufrir el sitio que luego los Persas pusieron a la plaza».

13) Pirro, rey de los epirotas, luchando de parte de los tarentinos contra los romanos, empleó elefantes del mismo modo, a fin de lanzar al ejército romano a la confusión.

Nota: Año 280 a. de C. Plutarco, Pirro, 17: *«Con esto aprendió Pirro a guardarse con más cuidado, y viendo que cedía la caballería, mandó venir la hueste y la puso en orden, y dando entonces su manto y sus armas a Megacles, uno de sus amigos, disfrazándose en cierta manera con las de éste, acometió a los Romanos. Recibieron éstos el choque y acometieron también, habiéndose mantenido la batalla indecisa por mucho tiempo, pues se dice que alternativamente se retiraron y se persiguieron hasta siete veces; y el cambio de las armas, que sirvió oportunamente para salvarse el rey, estuvo en muy poco que no echase a perder sus ventajas y le arrebatase la victoria. Porque cargando muchos sobre Megacles, el principal que le derribó y acabó con él, llamado Dexio, quitándole el casco y el manto, corrió hacia Levino mostrando aquellas prendas y gritando que había, muerto a Pirro. Causóse, pues, en ambos ejércitos, con este motivo, en el de los Romanos regocijo, con grande algazara, y en el de los Griegos desaliento, y asombro, hasta que enterado Pirro de lo que pasaba, corrió las filas con la cara descubierta, alargando la mano a los que peleaban y dándose a conocer con la voz. Finalmente, acosando, sobre todo, a los Romanos los elefantes, porque los caballos, antes de acercarse a ellos, no podían tolerar su aspecto y derribaban a los jinetes, hizo Pirro avanzar a la caballería tésala, y acabó de derrotarlos con gran mortandad.*

Dionisio refiere que de los Romanos murieron muy pocos, menos de quince mil hombres, y Jerónimo que sólo siete mil; y del ejército de Pirro, Dionisio que trece mil, y Jerónimo que no llegaron a cuatro mil. Eran éstos que allí perdió los más aventajados entre sus

amigos y caudillos y de quienes Pirro hacía más cuenta y se fiaba más. Tomó también el campamento de los Romanos, habiéndolo éstos abandonado, atrajo a muchas de las ciudades que le eran aliadas, taló gran parte del territorio y se adelantó hasta no distar de Roma más que trescientos estadios. Reuniéronsele después de la batalla muchos de los Lucanos y Samnitas, y aunque los reprendió por su tardanza se echó bien de ver que estaba contento y ufano de que con solo el auxilio de los Tarentinos venció un poderoso ejército de los Romanos».

14) Los cartagineses hacían esto mismo a menudo en sus batallas contra los romanos.

Nota: *Confrontar con la referencia en* ***Libro II, 5:4.***

15) Habiendo en una ocasión los volscos levantado su campamento cerca de algunas brozas y bosques, Camilo puso fuego a todo aquello que llevaría la conflagración hasta sus atrincheramientos, y así privó a sus adversarios de su campamento.

16) Del mismo modo, Publio Craso en la Guerra Civil, escapó por muy poco de ser eliminado con todas sus fuerzas.

17) Los españoles, luchando contra Amílcar, engancharon bueyes a carros y los colocaron en la primera línea. Estos carros fueron llenados con brea, sebo y azufre, y cuando fue dada la señal para la batalla, los pusieron en llamas. Entonces, conduciendo a los bueyes contra el enemigo, sembraron el pánico en la línea y la atravesaron.

Nota: Año 229 a. de C. Apiano, Sobre Iberia, 5: *«Una vez que acabó la guerra y se hizo regresar a Annón a Cartago para responder de ciertos cargos, Aníbal, que se hallaba solo al frente del ejército y tenía a su cuñado Asdrúbal como asociado suyo, se dirigió hacia Gades y, tras cruzar el estrecho hasta Iberia, se dedicó a devastar el territorio de los iberos, que no le habían causado daño alguno. Hacía de ello una ocasión para estar fuera de su patria, para realizar empresas y adquirir popularidad; en efecto, todo lo que apresaba, lo dividía, y daba una parte al ejército con el fin de tenerlo más presto a cometer desafueros en su compañía, otra parte la enviaba a Cartago y una tercera la repartía entre los políticos de su propio partido. Finalmente, los reyes iberos y todos los otros hombres poderosos, que fueron coaligándose gradualmente, lo mataron de la siguiente forma: llevaron carros cargados de troncos a los que uncieron bueyes y los siguieron provistos de armas. Los Africanos al verlos se echaron a reír, al no comprender la estratagema, pero cuando estaban muy próximos, los iberos prendieron fuego a los carros tirados aún por los bueyes y los arrearon contra el enemigo. El fuego, expandido por todas partes al diseminarse los bueyes, provocó el desconcierto de los Africanos. Y al romperse la formación, los iberos, cargando a la carrera contra ellos, dieron muerte a Amílcar en persona y a un gran número de los que estaban defendiéndolo».*

18) Los faliscos y tarquinios disfrazaron a varios hombres como sacerdotes, y

les hicieron sostener antorchas y serpientes delante de ellos, como Furias. Así hicieron cundir el pánico en el ejército de los romanos.

Nota: Año 356 a. de C. Livio, 7:17 § 3: *«Los nuevos cónsules, nombrados los dos por segunda vez, M. Sabio Ambusto y M. Popilio Lenas, tuvieron que sostener dos guerras: una contra los tiburtinos, que hizo sin trabajo Lenas, rechazando al enemigo hasta su ciudad y talando en seguida sus campos; al otro cónsul, en el primer encuentro le derrotaron los faliscos y los tarquinios, habiéndose aterrado los soldados romanos a la vista de sus sacerdotes, que corrían como furias, agitando antorchas y serpientes. Sorprendidos y turbados por este espectáculo, refugiáronse desordenados en sus parapetos; pero el cónsul, lo mismo que los legados y los tribunos, habiendo comenzado a reír y a burlarse de ellos porque, lo mismo que los niños, tenían miedo de vanos aparatos, el despecho les infundio valor y cayeron ciegamente sobre aquellos que les habían ahuyentado. Disipado este fantasma, se lanzaron sobre el verdadero enemigo, rompieron toda su línea, tomaron el campamento en el mismo día, recogieron inmenso botín, y regresaron vencedores, burlándose con militares chistes del artificio del enemigo y de su propio terror».*

19) En una ocasión, los hombres de Veyes y Fidenas empuñaron antorchas e hicieron lo mismo.

Nota: Año 426 a. de C. Livio, 4:33: *«El primer choque había quebrantado a los enemigos, cuando abriéndose de pronto las puertas de Fidenas, se lanza un ejército, tal como no se había visto ni oído semejante hasta entonces: innumerable multitud armada con fuego, brillando con antorchas encendidas, y como arrebatada por furor divino, se precipita sobre los romanos, a quienes lo extraño del combate inspira cierto terror. Entonces el dictador da la señal a Cornelio y a su caballería, llama a Quincio de la altura, restablece el combate, y corre él mismo al ala izquierda, que presentaba el aspecto de incendio más bien que de batalla, y que, aterrada, retrocedía delante de las llamas. "¿Qué es esto?, grita con voz vibrante. ¡Arrojados por el humo como enjambre de abejas, huís delante de un enemigo sin armas! ¡No apagáis esas llamas con el hierro, o si es necesario combatir con fuego y no con las armas, no arrancáis esas antorchas al enemigo para anonadarle! ¡Sus! ¡Recordad el nombre romano, pensad en el valor de vuestros mayores y en el vuestro, volved el incendio contra Fidenas y destruid con el fuego esa ciudad que no habéis podido desarmar con vuestros beneficios. La sangre de vuestros legados y de vuestros colonos, la devastación de vuestro territorio os lo mandan." A estas palabras del dictador, toda la línea se pone en movimiento; recogen las antorchas lanzadas, arrancan las otras, y las dos falanges se arman con fuego. El jefe de la caballería imagina por su parte una maniobra nueva; manda quitar el freno a los caballos y clavando los acicates al suyo, al que no detiene la brida, se lanza el primero entre las llamas; los demás caballos llevan en impetuosa carrera a sus jinetes en medio del enemigo. Levántase densa polvareda, y mezclándose al humo, roba la luz a hombres y caballos. No se espantan éstos del espectáculo que asustaba a los soldados, y por donde penetra la caballería todo lo derriba a su paso, causando inmensa ruina. Pronto resuenan nuevos gritos que impresionan a los dos ejércitos sorprendidos, y el dictador grita: "El legado Quincio con los suyos ataca al enemigo por la espalda". Y lanzando él mismo un grito más terrible, comienza de nuevo el ataque con más vigor. Estrechados entre dos ejércitos, entre dos batallas, los etruscos, rodeados, atacados por delante y por*

detrás, no podían ni volver a su campamento, ni huir a las montañas, donde se presentaba nuevo enemigo, y donde los jinetes, arrebatados por caballos sin freno, estaban desparramados por todas partes. La mayor parte de los veyos gana desordenadamente las orillas del Tíber; los fidenatos, que han escapado, corren hacía su ciudad. Pero al huir espantados, por todas partes encuentran la muerte: unos son destrozados en las orillas del río, otros son precipitados a sus profundidades; hasta los que saben nadar se ahogan, por consecuencia de la fatiga, de las heridas o del miedo; de aquella multitud muy pocos consiguen llegar a la opuesta orilla. El otro ejército huye a través de los campos hacia Fidenas, persiguiéndole los romanos con ardor, sobre todo Quincio, seguido de sus tropas, que acababan de bajar de la montaña por sus órdenes y que se encontraban descansadas porque habían llegado al final de la batalla».

20) Cuando Ateas, rey de los escitas, contendía contra la tribu más numerosa de los tribalios, mandó que manadas de asnos y ganado fueran conducidas a la retaguardia de las fuerzas del enemigo por mujeres, niños, y toda la población no combatiente, y que fueran llevadas lanzas, sostenidas en lo alto, delante de éstas. Entonces hizo correr el rumor en el extranjero que le venían refuerzos de las tribus escitas más distantes. Por esta declaración obligó al enemigo a retirarse.

Nota: *Polieno, 7:44 § 1: «Los escitas, que estaban listos para dar batalla a los tribalos, ordenaron a los labradores y a los que se ocupaban de los caballos, cuando vinieran a las manos con los enemigos, que se hicieran ver desde muy lejos con una numerosa cantidad de caballos, a los que empujarían delante de ellos. Esta gente apareció, y los tribalos, que veían de lejos tantos caballos, y un polvo extraordinario que se elevaba, creyeron que los escitas de arriba venían en socorro de los otros. El pavor los sobrecogió, y huyeron».*

V. SOBRE LAS EMBOSCADAS

1) Rómulo, cuando se hubo acercado a Fidenas, distribuyó una parte de sus tropas en emboscada, y fingió huir. Cuando el enemigo imprudentemente le siguió, él los condujo al punto donde mantenía a sus hombres escondidos, con lo cual, atacando por todos lados, y tomando al enemigo desprevenido, lo despedazó en su prisa por avanzar.

Nota: Livio, 1:14: *«Algunos años después, habiendo maltratado a los legados de los laurentinos los parientes del rey Tacio, reclamó el pueblo romano en nombre del derecho de gentes. Pero el favor y ruegos de los agresores tuvieron más influencia cerca de Tacio, por lo cual cayó el castigo sobre él, recibiendo la muerte en medio de un tumulto en Lavinia, adonde había acudido con motivo de la celebración de un sacrificio solemne.*

Dícese que no mostró Rómulo en esta ocasión el dolor conveniente, bien porque compartiese el trono a disgusto, bien porque estimase justa la muerte de Tacio. No empuñó las armas, y como debía expiarse el ultraje a los legados, Roma y Lavinia renovaron la amistad, amistad que producía paz inesperada. Pero otra guerra más

peligrosa estalló casi en las mismas puertas de Roma. La proximidad de esta ciudad, cuyo poderío aumentaba diariamente, inquietaba a los fidenatos, y sin esperar a que realizase todo lo que parecía ofrecerle el porvenir, comenzaron a hacerle guerra. Arman la juventud, sácanla a la campaña y talan el territorio que media entre Roma y Fidenas. Desde allí vuelven a la izquierda, porque a la derecha les opone obstáculo el Tíber, y propagan delante de ellos el terror y la desolación. Los habitantes de los campos huyen en tropel, y en su precipitada fuga a Roma llevan la primera noticia de la invasión. Alármase Rómulo (porque la inminencia del peligro no admite vacilación), ordena su ejército y marcha a acampar a una milla de Fidenas. Deja allí corta guarnición y se pone de nuevo en marcha con todas sus fuerzas: embosca parte de ellas en paraje lleno de malezas, y continúa la marcha con los demás peones y todos los caballos. Estos movimientos, operados con aparente desorden, y las correrías de la caballería hasta las puertas de la ciudad atraen a los enemigos, conforme se proponía Rómulo. Las acometidas de la caballería hacían más verosímil la fuga que la infantería simulaba; y en efecto, mientras los jinetes ejecutaban sus movimientos y mostraban vacilación entre el deseo de huir y el honor del combate, retiróse la infantería. Los fidenatos abren entonces las puertas de la ciudad, corren a la llanura, se lanzan en masa sobre el ejército romano, le ponen en retirada, y en el ardimiento de tenaz persecución, caen en la emboscada; preséntanse de repente los soldados romanos escondidos, cógenles de través, espántanse los fidenatos, y poniéndose en movimiento entonces la guarnición, aumenta su terror, siendo tan grande, que apenas deja tiempo a Rómulo y a la caballería para volver sobre ellos; comienza la fuga, y como ésta es verdadera, penetran en la ciudad con más desorden y precipitación que mostraron en la persecución del ejército romano, que solamente huía por artificio. Los romanos les empujaban con las espadas, y antes de que pudiesen cerrar las puertas entraron revueltos vencedores y vencidos, como si todos formasen un solo ejército».

2) El cónsul Quinto Fabio Máximo, habiendo sido enviado para ayudar a los sutrianos contra los etruscos, hizo que el embate pleno del ataque del enemigo cayera sobre él. Entonces, fingiendo temor, se retiró a terrenos más altos, como en retirada, y cuando el enemigo se precipitó sobre él desordenadamente, atacó, y no simplemente los derrotó en la batalla, sino que capturó su campamento.

Nota: Año 310 a. de C.; el cónsul Quinto Fabio Máximo Ruliano. Livio, 9:35: «Mientras ocurrían estas cosas en Roma, los etruscos habían puesto ya sitio a Sutrium. El cónsul Fabio se había puesto en marcha tomando por la parte baja de las montañas para socorrer a los aliados y hasta para atacar, si encontraba oportunidad, las líneas de los sitiadores, cuando se le presentó el enemigo en orden de batalla. La inmensa llanura en que se desplegaba, permítiale emplear su extraordinaria multitud, y el cónsul, para suplir el corto número de los suyos con la ventaja de la posición, se separó un poco, hizo ganar a sus tropas las primeras alturas, cuyo suelo escabroso estaba lleno de piedras, y desde allí hizo frente al enemigo. No considerando los etruscos más que su multitud, que formaba toda su seguridad, y olvidando lo demás, corren al combate con tanta precipitación y tal ardor, que arrojando los dardos para llegar más pronto a las manos, desenvainan las espadas al mismo tiempo que van al enemigo. Los romanos, por el contrario, lanzan en tanto dardos, en tanto piedras, armas que el suelo las suministra con abundancia. Esta lluvia, cayendo sobre escudos y cascos, aturdía a los que no quedaban heridos. No era fácil al enemigo llegar al pie de la altura para combatir más de

cerca, ni tampoco combatir de lejos, porque carecían de dardos; quedando, pues, en el mismo punto expuestos a golpes de los que nada podía preservarlos. Algunos comenzaban ya a retroceder, y todo el ejército estaba indeciso y vacilante, cuando los hastatos y los príncipes, repitiendo el grito de ataque, corren a ellos con las espadas en las manos. Los etruscos no pudieron resistir aquella impetuosidad; vuelven la espalda, y se dirigen a su campamento en el mayor desorden. Pero los jinetes romanos, que habían atravesado oblicuamente la llanura, se presentan a su encuentro; entonces abandonan el camino del campamento y procuran ganar las montañas. Desde allí, aquel ejército sin armas y acribillado de heridas penetra en la selva Ciminia. El romano, después de haber dado muerte a muchos millares de etruscos, se apoderó de treinta y cinco enseñas, del campamento y de considerable botín. En seguida se pensó en perseguir al enemigo».

3) Sempronio Graco, llevando a cabo la guerra contra los celtíberos, fingió temor y mantuvo su ejército en el campamento. Entonces, enviando tropas armadas ligeramente para acosar al enemigo y retroceder inmediatamente, hizo que el enemigo saliera; hecho lo cual, los atacó antes de que pudieran formarse, y los aplastó tan completamente, que también capturó su campamento.

Nota: ***Año 179 a. de C. Livio, 40:48:*** *«Desde allí marchó sobre la ciudad de Alcea, cerca de la cual estaban acampados los celtíberos, que recientemente le habían enviado la legación. Después de haber hecho atacar durante algunos días sus parapetos por sus tropas ligeras y haberles hostigado con escaramuzas, aumentó poco a poco la fuerza del destacamento, con objeto de atraer todo el ejército enemigo fuera de sus empalizadas. Cuando vio que su plan había tenido éxito, mandó a los prefectos de los auxiliares que volviesen bruscamente la espalda en medio del combate como si les abrumase el número, y que huyesen en desorden hacia el campamento.*

Entre tanto se ocupaba él detrás de las empalizadas en disponer sus tropas en todas las puertas. Pronto vio que sus auxiliares se batían en retirada, según sus órdenes, y que detrás venían los bárbaros, impulsados por el ardor de la persecución. Allí los esperaba con su ejército formado en batalla; así fue que en cuanto dio a los suyos tiempo suficiente para que entrasen en el campamento, lanzando los romanos un grito terrible, salieron por todas las puertas a la vez. Los enemigos no pudieron sostener aquel terrible ataque; habían venido para apoderarse del campamento romano, y ni siquiera pudieron defender el suyo. Al primer choque quedaron arrollados, puestos en derrota, rechazados hasta sus parapetos y en seguida obligados a abandonarlos. En aquel combate perdieron nueve mil hombres muertos, les hicieron trescientos veinte prisioneros y se apoderaron de ciento doce caballos y de treinta y siete enseñas. Los romanos solamente perdieron ciento nueve soldados».

4) Cuando el cónsul Lucio Metelo llevaba adelante la guerra en Sicilia contra Asdrúbal, y con la mayor vigilancia, debido al inmenso ejército de Asdrúbal y sus ciento treinta elefantes, retrocedió sus tropas, fingiendo temor, dentro de Panormus (1), y construyó en el frente una zanja de proporciones enormes. Entonces, observando el ejército de Asdrúbal, con los elefantes en la fila delantera, ordenó que los hastati lanzaran sus jabalinas en las bestias e inmediatamente se retiraran dentro de sus defensas. Los conductores de los

elefantes, enfurecidos ante tal irrisorio tratamiento, condujeron a los elefantes directamente hacia la zanja. Tan pronto como trajeron a las bestias hasta ésta, parte fueron eliminadas por una lluvia de dardos, parte fueron hechos retroceder atrás a su propio lado, y provocaron en la hueste entera una gran confusión. Entonces Metelo, que esperaba su momento, irrumpió adelante con toda su fuerza, atacó a los cartagineses por el flanco, y los despedazó. Además de esto, capturó a los mismos elefantes (2).

Nota 1: Panormus: La actual Palermo. Nota 2: ***Año 251 a. de C. Polibio, 1:40:*** *«Asdrúbal, comandante de los cartagineses, testigo del espanto de los romanos en los campamentos anteriores, informado de que uno de los Cónsules había marchado a Italia con la mitad del ejército (252 años antes de J. C.), y que Cecilio quedaba en Palermo con la parte restante para defender los frutos de los aliados, cuya cosecha estaba ya en sazón; Asdrúbal, digo, parte de Lilibea con su ejército y sienta sus reales sobre los límites del territorio de Palermo. Cecilio, que advirtió su confianza, retuvo sus tropas dentro de la ciudad, con vistas a provocar su audacia. Fiero el cartaginés de que en su concepto Cecilio no osaba hacerle frente, avanza temerario con todo el ejército, y desciende por unos desfiladeros al país de Palermo.*

El procónsul, no obstante la tala de frutos que el cartaginés hacía hasta la ciudad, permanecía firme en su resolución hasta ver si le incitaba a pasar el río que corre por delante. Pero cuando ya tuvo de esta parte los elefantes y el ejército, destaca al instante sus tropas ligeras para que los provoquen y se vean obligados a poner todo su campo en batalla. Al fin, cumplido su deseo, sitúa algunas tropas ligeras delante del muro y del foso, con orden de, si los elefantes se acercaban, dar sobre ellos una carga cerrada de saetas; y en caso de verse precisados, retirarse al foso, y desde allí volver a la carga contra los que se acercasen.

Ordena después a los artesanos llevar dardos de la plaza y estar dispuestos en el exterior al pie del muro. Él con sus cohortes se aposta en la puerta opuesta al ala izquierda de los enemigos, para enviar continuamente socorros a sus ballesteros. Empeñada algo más la acción, los conductores de los elefantes, émulos de la gloria de Asdrúbal y deseosos de que a ellos seles atribuyese la victoria, avanzaron todos contra los primeros que peleaban, los pusieron fácilmente en huida y los persiguieron hasta el foso. Aproximáronse después los elefantes, pero heridos por los que disparaban desde el muro, y traspasados a golpe seguro con los continuos chuzos y lanzas de los que coronaban el foso, se enfurecen al fin acribillados de flechas y heridas, se vuelven y atacan a los suyos, atropellan y matan a los soldados, confunden y desordenan sus líneas. A la vista de esto, Cecilio saca rápidamente el ejército, da en flanco con sus tropas de refresco y coordinadas sobre el ala de los enemigos desorganizados, causa un grande daño en los contrarios, mata a muchos, y hace huir a los demás precipitadamente. Toma diez elefantes con sus indios, y se apodera de todos los demás que habían desmontado a sus conductores, rodeándolos la caballería después de la batalla. Acabada la acción, en general se confesaba que Roma era deudora a Cecilio de que sus tropas de tierra hubiesen recuperado el valor y hubiesen vindicado la campiña».

5) Cuando Tamiris, reina de los escitas, y Ciro, el rey de los persas, se

enfrentaron en un combate indeciso, la reina, fingiendo temor, atrajo a Ciro a un desfiladero bien conocido por sus propias tropas, y allí, volviéndose de repente y enfrentando, ayudada por la naturaleza del lugar, obtuvo una victoria completa.

Nota: Año 529 a. de C. Heródoto, 1:204 a 214: *«**CCIV**. En las riberas del mar Caspio que miran al Oriente hay una inmensa llanura cuyos límites no puede alcanzar la vista. Una parte, y no la menor de ella, la ocupan aquellos Masagetas contra quienes formó Ciro el designio de hacer la guerra, excitado por varios motivos que le llenaban de orgullo. El primero de todos era lo extraño de su nacimiento, por el que se figuraba ser algo más que hombre; y el segundo la fortuna que lo acompañaba en todas sus expediciones, pues donde quiera que entraban sus armas, parecía imposible que ningún pueblo dejase de ser conquistado.* ***CCV.*** *En aquella sazón era reina de los Masagetas una mujer llamada Tamiris, cuyo marido había muerto ya. A esta, pues, envió Ciro una embajada, con el pretexto de pedirla por esposa. Pero Tamiris, que conocía muy bien no ser ella, sino su reino, lo que Ciro pretendía, le negó la entrada en su territorio. Viendo Ciro el mal éxito de su artificiosa tentativa, hizo marchar su ejército hacia el Araxes, y no se recató ya en publicar su expedición contra los Masagetas, construyendo puentes en el río, y levantando torres encima de las naves en que debía verificarse el paso de las tropas.*

CCVI. *Mientras Ciro se ocupaba en estas obras, le envió Tamiris un mensajero con orden de decirle: «Bien puedes, rey de los Medos, excusar esa fatiga que tomas con tanto calor: ¿quién sabe si tu empresa será tan feliz corno deseas? Más vale que gobiernes tu reino pacíficamente, y nos dejes a nosotros en la tranquila posesión de los términos que habitamos. ¿Despreciarás por ventura mis consejos, y querrás más exponerlo todo que vivir quieto y sosegado? Pero si tanto deseas hacer una prueba del valor de los Masagetas, pronto podrás conseguirlo. No te tomes tanto trabajo para juntar las dos orillas del río. Nuestras tropas se retirarán tres jornadas, y allí te esperaremos; o si prefieres que nosotros pasemos a tu país, retírate a igual distancia, y no tarda remos en buscarte.» Oído el mensaje, convocó Ciro a los Persas principales, y exponiéndoles el asunto, les pidió su parecer sobre cuál de los dos partidos sería mejor admitir. Todos unánimemente convinieron en que se debía esperar a Tamiris y a su ejército en el territorio persiano.*

CCVII. *Creso, que se hallaba presente a la deliberación, desaprobó el dictamen de los Persas, y manifestó su opinión contraria en estos términos: -«Ya te he dicho, señor, otras veces, que puesto que el cielo me ha hecho siervo tuyo, procuraré con todas mis fuerzas estorbar cualquier desacierto que trate de cometerse en tu casa. Mis desgracias me proporcionan, en medio de su amargura, algunos documentos provechosos. Si te consideras inmortal, y que también lo es tu ejército, ninguna necesidad tengo de manifestarte mi opinión; pero si tienes presente que eres hombre y que mandas a otros hombres, debes advertir, antes de todo, que la fortuna es una rueda, cuyo continuo movimiento a nadie deja gozar largo tiempo de la felicidad. En el caso propuesto, soy de parecer contrario al que han manifestado mis consejeros, y encuentro peligroso que esperes al enemigo en tu propio país; pues en caso de ser vencido, te expones a perder todo el imperio, siendo claro que, vencedores los Masagetas, no volverán atrás huyendo, sino que avanzarán a lo interior de tus dominios. Por el contrario, si los vences, nunca*

cogerás tanto fruto de la victoria como si, ganando la batalla en su mismo país, persigues a los Masagetas fugitivos y derrotados. Debe pensarse por lo mismo en vencer al enemigo, y caminar después en derechura a sojuzgar el reino de Tamiris; además de que sería ignominioso para el hijo de Cambises ceder el campo a una mujer, y volver atrás un solo paso. Soy, por consiguiente, de dictamen que pasemos el río, y avanzando lo que ellos se retiren, procuremos conseguir la victoria. Esos Masagetas, según he oído, no tienen experiencia de las comodidades que en Persia se disfrutan, ni han gustado jamás nuestras delicias. A tales hombres convendría prevenirles, en nuestro mismo campo un copioso banquete, matando un gran número de carneros, y dejándolos bien preparados, con abundancia de vino puro y todo género de manjares. Hecho esto, confiando la custodia de los reales a los soldados más débiles, nos retiraríamos hacia el río. Cuando ellos viesen a su alcance tantas cosas buenas, no dado que se abalanzarían a gozar las y nos suministrarían la mejor ocasión de sorprenderlos ocupados, y de hacer en ellos una matanza horrible.»

***CCVIII**. Estos fueron los pareceres que se dieron a Ciro; el cual, desechando el primero y conformándose con el de Creso, envió a decir a Tamiris que se retirase, porque él mismo determinaba pasar el río y marchar contra ella. Retiróse en efecto la Reina, como antes lo tenía ofrecido. Entonces fue cuando Ciro puso a Creso en manos de su hijo Cambises, a quien declaraba por sucesor suyo, encargándolo con las mayores veras que cuidase mucho de honrarlo y hacerle bien en todo, si a él por casualidad no le saliese felizmente la empresa que acometía. Después de esto, envíalos a Persia juntos; y él poniéndose al frente de sus tropas, pasa con ellas el río.*

***CCIX**. Estando ya de la otra parte del Araxes, venida la noche y durmiendo en la tierra de los Masagetas, tuvo Ciro una visión entre sueños que le representaba al hijo mayor de Histaspes con alas en los hombros, una de las cuales cubría con su sombra e1 Asia y la otra la Europa. Este Histaspes era hijo de Arsaces, de la familia de los Aqueménidas, y su hijo mayor, Darío, joven de veinte años, se había quedado en Persia, por no tener la edad necesaria para la milicia. Luego que despertó Ciro, se puso a reflexionar acerca del sueño, y como le pareciese grande y misterioso, hizo llamar a Histaspes, y quedándose con él a solas, le dijo: -«He descubierto, Histaspes, que tu hijo maquina contra mi persona y contra mi soberanía. Voy a decirte el modo seguro como lo he sabido. Los dioses, teniendo de mí un especial cuidado, me revelan cuanto me debe suceder; y ahora mismo he visto la noche pasada entre sueños que el mayor de tus hijos tenía en sus hombros dos alas, y que con la una llenaba de sombra el Asia, y con la otra la Europa. Esta visión no puede menos de ser indicio de las asechanzas que trama contra mí. Véte, pues, desde luego a Persia y dispón las cosas de modo que cuando yo esté de vuelta, conquistado ya este país, me presentes a tu hijo para hacerle los cargos correspondientes.»*

***CCX**. Esto dijo Ciro, imaginando que Darío le ponía asechanzas; pero lo que el cielo le pronosticaba era la muerte que debía sobrevenirle, y la traslación de su corona a las sienes de Darío. Entonces le respondió Histaspes: -«No permita Dios que ningún Persa de nacimiento maquine jamás contra vuestra persona, y perezca mil veces el traidor que lo intentase. Vos fuisteis, oh Rey, quien de esclavos hizo libres a los Persas, y de súbditos de otros, señores de todos. Contad enteramente conmigo, porque prontísimo a entregaros a mi hijo, para que de él hagáis lo que quisiereis, si alguna visión os le mostró*

amigo de novedades en perjuicio de vuestra soberanía.» Así respondió Histaspes; en seguida repasó el río y se puso en camino para Persia, con objeto de asegurar a Darío y presentarle a Ciro cuando volviese.

CCXI. *Partiendo del Araxes, se adelantó Ciro una jornada, y puso por obra el consejo que le había sugerido Creso; conforme al cual se volvió después hacia el río con la parte más escogida y brillante de sus tropas, dejando allí la más débil y flaca. Sobre estos últimos cargó en seguida la tercera parte del ejército de Tamiris, y por más que se defendieron, los pasó a todos al filo de la espada. Pero viendo los Misagetas, después de la muerte de sus contrarios, las mesas que estaban preparadas, sentáronse a ellas, y de tal modo se hartaron de comida y de vino, que por último se quedaron dormidos. Entonces los Persas volvieron al campo, y acometiéndoles de firme, mataron a muchos y cogieron vivos a muchos más, siendo de este número su general, el hijo de la reina Tamiris, cuyo nombre era Espargapises.*

CCXII. *Informada Tamiris de lo sucedido en su ejército y en la persona de su hijo, envió un mensajero a Ciro, diciéndole: -«No te ensoberbezcas, Ciro, hombre insaciable de sangre, por la grande hazaña que acabas de ejecutar. Bien sabes que no has vencido a mi hijo con el valor de tu brazo, sino engañándolo con esa pérfida bebida, con el fruto de la vid, del cual sabéis vosotros henchir vuestros cuerpos, y perdido después el juicio, deciros todo género de insolencias. Toma el saludable consejo que voy a darte. Vuelve a mi hijo y sal luego de mi territorio, contento con no haber pagado la pena que debías por la injuria que hiciste a la tercera parte de mis tropas. Y si no lo practicas así, te juro por el sol, supremo señor de los Masagetas, que por sediento que te halles de sangre, yo te saciaré de ella.»*

CCXIII. *Ciro no hizo caso de este mensaje. Entretanto, Espargapises, así que el vino le dejó libre la razón y con ella vio su desgracia, suplicó a Ciro le quitase las prisiones; y habiéndolo conseguido, dueño de sus manos, las volvió contra sí mismo y acabó con su vida. Este fue el trágico fin del joven prisionero.*

CCXIV. *Viendo Tamiris que Ciro no daba oídos a sus palabras, reunió todas sus fuerzas y trabó con él la batalla más reñida que en mi concepto se ha dado jamás entre las naciones bárbaras. Según mis noticias, los dos ejércitos empezaron a pelear con sus arcos a cierta distancia; pero consumidas las flechas, vinieron luego a las manos y se acometieron vigorosamente con sus lanzas y espadas. La carnicería duró largo tiempo, sin querer ceder el puesto ni los unos ni los otros, hasta que al cabo quedaron vencedores los Masegetas. Las tropas persianas sufrieron una pérdida espantosa, y el mismo Ciro perdió la vida, después de haber reinado veintinueve años. Entonces fue cuando Tamiris, habiendo hecho llenar un odre de sangre humana, mandó buscar entre los muertos el cadáver de Ciro; y luego que fue hallado, le cortó la cabeza y la metió dentro del odre, insultándolo con estas palabras: -«Perdiste a mi hijo cogiéndole con engaño a pesar de que yo vivía y de que yo soy tu vencedora. Pero yo te saciaré de sangre cumpliendo mi palabra.» Este fue el término que tuvo Ciro, sobre cuya muerte sé muy bien las varias historias que se cuentan; pero yo la he referido del modo que me parece más creíble».*

6) Los egipcios, estando por enfrentarse en una llanura cercana a un pantano, cubrieron el pantano con algas, y luego, cuando la batalla comenzó, fingiendo

huir, hicieron caer al enemigo en una trampa; ya que éste, avanzando demasiado rápidamente sobre tierra desconocida, fue sorprendido en el fango y rodeado.

7) Viriato, quién de ser un bandido se convirtió en líder de los celtíberos, en una ocasión, fingiendo ceder el paso ante la caballería romana, la condujo a un lugar lleno de profundos agujeros. Allí, mientras él mismo hizo su salida por caminos familiares que le permitieron un buen paso, los romanos, ignorantes del lugar, se hundieron en el fango y fueron muertos.

Nota: Años 147 a 139 a. de C.

8) Fulvio, comandante en la guerra contra los cimbrios, habiendo instalado su campamento cerca del enemigo, ordenó que su caballería se acercara a las fortificaciones de los bárbaros y se retirara en una huída fingida, después de hacer un ataque. Cuando hubo hecho esto durante varios días, con los cimbrios en tenaz persecución, notó que su campamento era dejado expuesto con regularidad. En consecuencia, manteniendo su práctica habitual con parte de su fuerza, él mismo, con tropas armadas ligeramente, tomó en secreto una posición detrás del campo enemigo, y cuando ellos salían según su costumbre, atacó de repente, demolió el indefenso terraplén y capturó su campamento.

Nota: Livio 40:30-32, *dice que Quinto Fulvio Flaco usó esta estratagema con los celtíberos en el 181 a. de C. No existe registro de ningún comandante Fulvio luchando contra los Cimbrios; 30. En aquel odio estalló una guerra muy grave en la España citerior. Los celtíberos habían levantado cerca de treinta y cinco mil hombres, número a que no habían llegado hasta entonces. Q. Fulvio Flaco, que mandaba aquel año la provincia, habiendo sabido que los celtíberos armaban a sus jóvenes, había levantado por su parte entre sus aliados cuantas tropas auxiliares pudo procurarse, pero su ejército estaba lejos de igualar en número al de sus enemigos. Al comenzar la primavera entró en la Carpetania y acampó bajo las murallas de Ebura, después de dejar escasa guarnición en la ciudad. Pocos días después marcharon los celtiberos a apostarse al pie de una colina, a unas dos millas de los romanos. En cuanto se enteró de su llegada el pretor, envió a su hermano M. Fulvio al frente de dos turmas de caballería para que reconociese las posiciones enemigas y se enterase del número de combatientes, acercándose todo lo posible a las empalizadas. Recomendóle al mismo tiempo que evitase todo combate y que se retirara si veía salir la caballería española. Las órdenes quedaron puntualmente ejecutadas. Durante muchos días los romanos se limitaron, por todo movimiento, a hacer avanzar sus dos turmas, que se retiraban en cuanto comenzaba a moverse la caballería enemiga. Al fin los celtíberos salieron de sus parapetos con todas sus fuerzas de caballería e infantería y se formaron en batalla a igual distancia de los dos campamentos. El espacio que los separaba era una llanura despejada, a propósito para batallas. Los españoles se detuvieron esperando a sus enemigos, pero los romanos se mantuvieron durante cuatro días seguidos encerrados en su campamento, y a pesar de la constancia de los españoles, que permanecieron formados en batalla en el mismo sitio, no hicieron ningún movimiento. Al fin volvieron a sus parapetos los celtíberos, porque no habían podido hacer aceptar la batalla a los romanos; y maniobraba solamente su*

caballería delante de las empalizadas, para estar pronta ante cualquier movimiento del enemigo. Los soldados de ambos ejércitos salían por detrás de los campamentos para recoger leña y forraje, sin cuidarse unos de otros.

31. Creyendo el pretor romano que su larga inacción habría convencido a los celtíberos de que no sería el primero en atacarles, mandó a L. Acilio que, al frente del ala izquierda y de seis mil auxiliares que había suministrado la provincia, rodease la colina en que se apoyaba el enemigo y que cayese sobre su campamento en cuanto oyese el grito de guerra. Estas fuerzas partieron de noche con objeto de ocultar su marcha. Al amanecer mandó Flaco al prefecto de los aliados Escribonio que avanzase hacia los parapetos enemigos con la caballería extraordinaria del ala izquierda. Al ver los celtíberos aquellas fuerzas, más numerosas y atrevidas de lo que ordinariamente se mostraban los romanos, enviaron a su encuentro toda su caballería, mandando al mismo tiempo que se pusiese en movimiento su infantería. Fiel a sus instrucciones, Scribonio, en cuanto oyó el ruido de los caballos, volvió grupas y se replegó al campamento, persiguiéndole los españoles con mucho ahínco. Habíase adelantado su caballería y la infantería avanzaba detrás, no dudando que aquel mismo día se apoderaban del campamento del pretor. Apenas distaban quinientos pasos de las empalizadas romanas, cuando, considerando Flaco que estaban bastante lejos de los suyos para poder socorrerlos, formó sus huestes en batalla detrás de los parapetos, y salió por tres puntos a la vez, haciendo gritar enérgicamente a los soldados, no tanto para excitar su ardor, como para dar la señal a los romanos emboscados en la montaña. No se hicieron esperar éstos, sino que cayeron, según se les había mandado, sobre el campamento enemigo, en el que solamente habían quedado para defenderle cinco mil hombres a lo sumo. Asustados los españoles por su corto número, ante la multitud de los que atacaban y de la repentina acometida, entregaron el campamento casi sin combate; Acilio mandó que incendiaran aquella parte que era más visible desde el campo de batalla.

32. Los celtíberos que se encontraban detrás en la batalla fueron los primeros que vieron la llama. En seguida corrió por todo el ejército la noticia de que habían perdido el campamento y que ardía en aquel instante. Esta noticia aumentó el espanto del enemigo y el ardor de los romanos, que oían ya los gritos de sus compañeros victoriosos y veían los resplandores del incendio. Los celtíberos tuvieron un momento de vacilación e incertidumbre; pero cuando vieron que no tenían retirada si retrocedían, y que su único recurso era combatir, volvieron al ataque con mayor encarnizamiento. Estrechábales fuertemente en el centro la quinta legión, por lo que atacaron con más confianza el ala izquierda de los romanos, donde había colocado Flaco los auxiliares de la provincia, compatriotas de los celtíberos. Ya iba a retroceder esta ala, cuando ocupó su puesto la legión séptima, y al mismo tiempo salieron las fuerzas que formaban la guarnición de Ebura, lanzándose a lo más recio de la pelea. Por su parte Acilio había atacado a los españoles por la espalda. Los celtíberos resistieron mucho tiempo y se dejaron exterminar sobre el terreno, huyendo en todas direcciones los que escaparon. La caballería, dividida en dos cuerpos, se puso en su persecución e hizo considerable matanza, resultando en aquella batalla cerca de veintitrés mil hombres muertos y cuatro mil setecientos prisioneros, cayendo en poder de los romanos más de quinientos caballos y ochenta y ocho enseñas militares. Cara se pagó aquella importante victoria: el pretor perdió más de doscientos soldados de las dos legiones, ochocientos treinta aliados del nombre latino y cerca de dos mil cuatrocientos auxiliares extranjeros. Ganada la batalla,

regresó al campamento con sus tropas victoriosas. Acilio recibió orden para permanecer en el que había conquistado, y al día siguiente recogieron los despojos de las víctimas, distribuyendo el general delante de todo el ejército las recompensas que habían merecido los que se distinguieron por su valor».

9) Cneo Fulvio, cuando una fuerza de los faliscos muy superior a la nuestra, acampó en nuestro territorio, hizo que sus soldados prendieran fuego a ciertos edificios a una distancia del campo, a fin de que los faliscos, pensando que sus propios hombres habían hecho esto, se dispersaran con la esperanza del pillaje.

10) Alejandro el epirota, emprendiendo la guerra contra los ilirios, colocó primero una fuerza en emboscada, y luego disfrazó a algunos de sus propios hombres con el traje tradicional ilirio, ordenándoles que devastaran su propio territorio epirota. Cuando los ilirios vieron que esto se estaba haciendo, ellos mismos comenzaron a pillar a troche y moche con la mayor confianza, ya que pensaban que aquellos que mostraban el camino eran exploradores. Pero cuando fueron intencionalmente llevados por éstos a una posición desventajosa, fueron derrotados y muertos.

11) Leptines, el siracusano, también, emprendiendo la guerra contra los cartagineses, ordenó que sus propias tierras fueran devastadas y algunas granjas y fortalezas fueran quemadas. Los cartagineses, pensando que esto había sido hecho por sus propios hombres, salieron ellos mismos también para ayudar; con lo cual fueron emboscados por hombres que estaban esperándolos, y fueron derrotados.

Nota: Año 397-396 a. de C. *La versión de Polieno, 5:8 § 1, difiere de la dada por Frontino: «Los cartagineses, quiénes navegaban cerca de Paquino, desembarcaron allí, y devastaron el país circundante. Leptines colocó alguna caballería emboscada por la noche, y ordenó que algunos otros encontraran algún medio para prender fuego al campamento cartaginés. Tan pronto como los cartagineses vieron sus tiendas de campaña y equipajes en llamas, se apresuraron para llegar allí tan rápidamente como fuera posible, para salvar lo que pudieran. Pero mientras ellos intentaban esto, fueron atacados por la caballería, que los persiguió hasta sus barcos con gran matanza».*

12) Maharbal (1), enviado por los cartagineses contra africanos rebeldes, sabiendo que la tribu era apasionadamente aficionada al vino, mezcló una cantidad grande de vino con mandrágora, que en potencia es algo entre un veneno y un soporífero. Entonces, después de una insignificante escaramuza, deliberadamente se retiró. A altas horas de la noche, dejando en el campamento un poco de su equipaje y todo el vino drogado, fingió huir. Cuando los bárbaros capturaron el campamento y en un frenesí de placer, bebieron avariciosamente el vino drogado, Maharbal volvió, y los apresó o los mató mientras ellos estaban estirados como muertos (2).

Nota 1: *Maharbal fue un comandante de la caballería númida al servicio de Aníbal.*

Nota 1: Polieno 5:10 § 1, *atribuye esta estratagema a Himilcón en el 396 a. de C. «Himilcón el cartaginés, quién era consciente que los Africanos eran aficionados a licor, mezcló láudano en un gran número de jarras de vino. Después de colocar las jarras en los suburbios, hizo algunas escaramuzas con el enemigo, y luego se retiró dentro la ciudad, como si hubiera sido dominado. Los Africanos se regocijaron por su aparente éxito de bloquear a los cartagineses en su ciudad. Bebieron grandes cantidades del vino abandonado, que los lanzó a un profundo sueño, y los dejó a merced del enemigo».*

13) Aníbal, en una ocasión, consciente que tanto su propio campamento como el de los romanos, estaban en sitios escasos de madera, abandonó deliberadamente el distrito, dejando muchas manadas de ganado dentro de su campamento. Los romanos, asegurando la posesión de éstas como botín, se atiborraron con la carne, que, debido a la escasez de leña, estaba cruda e indigesta. Aníbal, volviendo por la noche con su ejército y encontrándolos desguarnecidos y atiborrados con carne cruda, les infligió gran pérdida.

14) Tiberio Graco, estando en España, sabiendo que el enemigo sufría de falta de provisiones, proveyó su campamento de un elaborado suministro de comestibles de todas las clases y luego lo abandonó. Cuando el enemigo tuvo la posesión del campamento y se hubo atiborrado hasta quedar ahíto con el alimento que encontraron, Graco trajo de vuelta su ejército e inmediatamente los aplastó..

Nota: Año 179 a 178 a. de C.

15) Los habitantes de Quíos, emprendiendo la guerra contra los eritreos, capturaron a un espía eritreo en una cima elevada y lo mataron. Dieron, entonces, su ropa a uno de sus propios soldados, quién, dando una señal desde la misma eminencia, atrajo a los eritreos a una emboscada.

16) Los árabes, dado que su costumbre de dar aviso de la llegada del enemigo por medio del humo durante el día, y por el fuego durante la noche, era bien conocida, dieron órdenes en una ocasión que estas prácticas siguieran sin interrupción hasta que el enemigo realmente se hubiere acercado, momento en el que debían ser discontinuadas. El enemigo, imaginando por la ausencia de los fuegos, que su acercamiento era ignorado, avanzó con demasiada impaciencia y fue derrotado.

17) Alejandro de Macedonia, cuando el enemigo hubo fortificado su campamento en una cima arbolada alta, retiró una porción de sus fuerzas, y ordenó a aquellos que dejaba, que encendieran fuegos como de costumbre, y así dar la impresión del ejército entero. Él mismo, conduciendo sus fuerzas alrededor por regiones no exploradas, atacó al enemigo y lo desalojó de su posición dominante.

Nota: Año 327 a. de C. Quinto Curcio Rufo, 7:11: *«El rey había pacificado el resto del país. Sólo un peñascal quedaba ocupado por el sogdiano Arimazes, con treinta mil*

soldados, con víveres acumulados anteriormente, suficientes para tal multitud incluso para dos años. Este peñascal tiene treinta estadios de altura y ciento cincuenta de circuito. Cortado a plomada y abrupto por todos lados, sólo es accesible por un estrecho senderillo. A media altura hay una cueva con una entrada estrecha y oscura; pero gradualmente se va ensanchando y al fondo ofrece seguros escondrijos. Por casi toda la cueva brotan fuentes y las aguas reunidas dejan deslizarse un río por los flancos de la montaña.

El rey, vista la dificultad del lugar, había decidido pasar de largo; pero pronto le aguijoneó el deseo de abatir a la propia naturaleza. Con todo, antes de exponerse a los azares de un sitio, delegó ante los bárbaros a Cofes, que era hijo de Artabazus, para que les persuadiese de rendir el peñascal.

Arimazes, confiado en la posición, contestó orgullosamente muchas cosas y al final preguntó si Alejandro también podía volar. Transmitidas estas palabras al rey, de tal manera encendieron su ánimo que, convocando a aquellos con los cuales solía consultar, les puso al corriente de la insolencia del bárbaro que se mofaba de ellos porque no tenían alas; pero la próxima noche -añadió- haría creer a Arimazes que los macedonios también volaban. «Dadme -dijo-- trescientos jóvenes de los más ágiles de las tropas dé cada uno, que estén acostumbrados en su tierra a conducir ganado por senderos y peñascos casi impracticables.»

Se los llevan inmediatamente, notables tanto por su agilidad corporal como pan el ardoroso valor. El rey, mirándoles: «Con vosotros -dijo-, jóvenes y compañeros míos, he saltado las murallas de ciudades invictas antes de mí; he escalado las montañas cubiertas de nieves perennes, he penetrado en las gargantas de la Cilicia y he soportado sin desmayo en la India todo el rigor del frío. Os he dado pruebas de mí y yo las tengo de vosotros. El peñasco que veis tiene un solo acceso que lo ocupan los bárbaros; los demás puntos los tienen descuidados y no hay vigías, aparte de los que miran nuestro campamento. Encontraréis un camino si sabéis explorar diestramente los pasos que llevan a la cumbre. La naturaleza no ha colocado nada tan arriba, que no pueda ser alcanzado por el valor. Tratando de conseguir lo que a Giros había hecho desesperar, nos hemos hecho señores de Asia. Llegad hasta la cumbre y cuando la hayáis alcanzado, hacedme señales con trapos blancos. Yo, acercándome con las tropas, atraeré al enemigo hacia nosotros y lo apartaré de vosotros. Un premio de diez talentos será para el primero que ponga el pie en la cima; un talento menos recibirá el que llegue segundo y la misma proporción será mantenido hasta diez hombres.

Pero estoy persuadido de que a vosotros os importa menos mi liberalidad que mi deseo.» Con tal ánimo escucharon las palabras del rey, que ya les parecía haber alcanzado la cima de la montaña. Habiéndoles despedido, prepararon cuñas de hierro y fuertes maromas. El rey, después de haber dado la vuelta al peñasco, a la segunda vela dio la orden de marcha por donde el camino parecía menos áspero y abrupto, deseándoles buena suerte. Provistos de víveres para dos días y armados solamente con espada y dardos, empezaron a subir. Al principio no se ayudaron más que con los pies; luego, cuando llegaron al despeñadero, los unos trepaban agarrándose con las manos a las rocas más salientes, los otros se izaron con ayuda de cuerdas atadas y otros, fijando las cuñas entre las piedras a manera de peldaños en donde apoyarse. Así pasaron el día

entre el miedo y la fatiga. Después de tanta aspereza, les quedaba la parte más dura y la altura del peñasco parecía crecer.

Era un espectáculo lastimoso cuando a los que les fallaba el pie en los peldaños inseguros, rodaban montaña abajo, mostrando los unos con su caída lo que les esperaba a los otros. A pesar de todo, a través de estas dificultades, llegan a la cumbre de la montaña agotados por la fatiga de tan enorme esfuerzo, algunos con algún miembro estropeado; la noche y el sueño vinieron a sorprenderles al mismo tiempo.

Tendidos aquí y allá en la selva aspereza del roquedal, olvidados del inminente peligro, reposaron hasta el amanecer. Al fin, como saliendo de un profundo entumecimiento, espiando por los valles que se extendían y ocultaban bajo sus pies, sin saber en qué lugar del peñasco podía esconderse tal número de enemigos, notaron un humo que salía de una cueva que estaba debajo de ellos. De donde dedujeron que allí estaba el escondite de aquéllos. Así, pues, pusieron en la punta de las jabalinas la señal convenida. Entonces vieron que de los que habían intentado la escalada habían muerto treinta y dos. El rey, nervioso por apoderarse del lugar, tanto como por el afán de saber de los que había enviado a tan manifiesto peligro, permaneció todo el día mirando la cima de la montaña; sólo por la noche, cuando la oscuridad lo borró todo de su vista, se retiró para concederse algún reposo. Al día siguiente, cuando la luz del alba todavía no era bastante clara, vio antes que nadie los velos flotantes, señal de haber tomado la cima. Pero le forzaba a dudas el miedo de que la vista le engañase, dado el cambiante aspecto del cielo, ora surcado de nubes, ora cruzado de resplandores. Ahora, cuando la luz se hizo más transparente en el cielo, no le cupo duda.

Habiendo llamado a Cofes, por medio del cual ya había sondeado el espíritu de los bárbaros, le volvió a mandar para aconsejarles de tomar una más sabia decisión; que de otra forma, si perseveraban en la confianza que les inspiraba el sitio, le ordenó que les mostrase a su espalda a los que habían conseguido la cumbre. Cofes, una vez introducido, empezó a incitar a Arimazes para que rindiese el peñasco, prometiéndole la merced del rey si no le obligaba, en el curso de tan grandes empresas, a detenerse en el asedio de una roca. El le responde mas fiero y más soberbiamente que antes, y ordena a Cofes que se vaya. Pero éste, cogiéndole de una mano, le ruega de salir con él de la cueva. Esto obtenido, le muestra los jóvenes de la cima y mofándose, no sin razón, de su soberbia, le dice que los soldados de Alejandro tienen alas. Ya en el campamento de los macedonios se oía el son de las trompetas y el griterío de todo el ejército.

Esta circunstancia, como tantas otras de la guerra, vana e insignificante, llevó a los bárbaros a la capitulación; porque dominados por el miedo, no podían hacerse cargo del escaso número de los que tenían a su espalda. Así, al instante, vuelven a llamar a Cofes, que les había dejado temblando, y hacen que vayan con él treinta de sus jefes para entregar el peñasco y estipular que les dejen marchar con vida. El, aunque temía que los bárbaros, vistos el escaso número de aquellos jóvenes no los arrojansen desde lo alto, pero confiando en su buena fortuna e irritado por el orgullo de Arimazes, respondió que no aceptaría ninguna condición de capitulación. Arimazes, más desesperado que perdido, bajó al campamento con los parientes y los más nobles de su nación; a todos los cuales mandó flagelar y clavar en cruz al pie mismo del peñasco. La multitud de los que se habían rendido, junto con el dinero tomado, fue regalada a los habitantes de las

ciudades nuevas. Artabazus fue dejado como gobernador del peñasco y de la región circundante».

18) Memnón, el rodio, siendo superior en caballería, y deseoso de conducir abajo a las llanuras a un enemigo que se aferraba a las colinas, envió a varios de sus soldados so pretexto de ser desertores, al campamento del enemigo, diciendo que el ejército de Memnón estaba insuflado de un espíritu tan serio de motín, que alguna parte de él desertaba constantemente. Para prestar crédito a esta aseveración, Memnón ordenó que fueran fortificados pequeños reductos aquí y allá a la vista del enemigo, como si los desafectados estuvieran a punto de retirarse a éstos. Inducidos por estas representaciones, quiénes habían estado manteniéndose en las colinas, bajaron a nivel, y, cuando atacaron los reductos, fueron rodeados por la caballería.

Nota: Polieno 5:44 § 2: *«Memnón, acampado en una llanura ante el enemigo, para atraerlos con señuelo de un puesto ventajoso que habían tomado, se retiró a una mayor distancia de ellos; y preparó sólo una parte de su ejército, para hacer creer al enemigo que había ocurrido algún desastre en su campamento. Y para apoyar tal sospecha, les envió al mismo tiempo a un desertor, para informarles que había ocurrido un motín en su ejército; y que, dado que no podía confiar en sus tropas, se había retirado a una mayor distancia por miedo de un ataque del enemigo. Su retroceso, y el aspecto disminuido de su ejército, se combinaron para persuadir al enemigo de la verdad de la historia del desertor. Ellos, por lo tanto, decidieron dejar su posición, y le ofrecieron batalla. Entonces el ejército de Memnón, en vez de estar dividido por motines, marchó en un cuerpo firme; atacaron al enemigo, y obtuvieron una victoria completa».*

19) Cuando Arribas, rey de los molosos, fue atacado en la guerra con Bardilis, el ilirio, quién comandaba un ejército bastante más grande, envió la porción no combatiente de sus súbditos al distrito vecino de Etolia, y extendió el rumor que cedía sus ciudades y posesiones a los etolios. Él mismo, con aquellos que podían portar armas, colocó emboscadas aquí y allá en las montañas y en otros sitios inaccesibles. Los ilirios, temerosos, no fuera que las posesiones de los molosos fueron capturadas por los etolios, comenzaron a correr en desorden, en su impaciencia por el pillaje. Tan pronto como estuvieron dispersados, Arribas, emergiendo de su escondite y tomándolos desprevenidos, los derrotó y los puso en fuga.

20) Tito Labieno, lugarteniente de Cayo César, impaciente por entrar en batalla con los galos antes de la llegada de los germanos, que, él sabía, venían en su ayuda, fingió desalentarse, y, armando su campamento del otro lado del río, anunció su partida para el día siguiente. Los galos, imaginando que él estaba huyendo, comenzaron a cruzar el río intermedio. Labieno, volviéndose con sus tropas, destrozó a los galos en la misma mitad de sus dificultades para cruzar.

Nota: Año 53 a. de C. Julio César, Comentarios a las Guerras de las Galias, 6:7-8: *«VII. En esto los trevirenses, con un grueso ejército de infantes y caballos se disponían a atacar por sorpresa a Labieno, que con una legión sola invernaba en su*

comarca. Y ya estaban a dos jornadas no más de él, cuando tienen noticia de las dos legiones enviadas por César. Con eso, acampándose a quince millas de distancia, determinan aguardar los socorros de Germania. Labieno, calado el intento de los enemigos, esperando que el arrojo de ellos le presentaría ocasión de pelear con ventaja, dejadas cinco cohortes en guardia de los bagajes, él con veinticinco y buen golpe de caballería marcha contra el enemigo, y a una milla de distancia fortifica su campo. Mediaba entre Labieno y el enemigo un río de difícil paso y de riberas escarpadas. Ni él pensaba en atravesarlo, ni creía tampoco que los enemigos lo pasasen. Creciendo en éstos cada día la esperanza de pronto socorro, dice Labieno en público, «que supuesto corren voces de que los germanos están cerca, no quiere aventurar su persona ni el ejército, y que al amanecer del día siguiente alzará el campo». Al punto dan parte de esto al enemigo; que como había tantos galos en la caballería, algunos, llevados del afecto nacional, favorecían su partido. Labieno, por la noche, llamando a los tribunos y centuriones principales, les descubre lo que pensaba hacer, y a fin de confirmar a los enemigos en la sospecha de su miedo, manda mover las tropas con mayor estruendo y batahola de lo que ordinariamente se usa entre los romanos. Así hace que la marcha tenga apariencias de huida. También de esto avisan sus espías a los enemigos antes del alba, estando como estaban cercanos a nuestras tiendas.

VIII. No bien nuestra retaguardia había desfilado de las trincheras, cuando los galos unos a otros se convidan a no soltar la presa de las manos: ser por demás, estando intimidados los romanos, esperar el socorro de los germanos, y contra su decoro, no atreverse con tanta gente a batir un puñado de hombres, y esos fugitivos y embarazados. En resolución, atraviesan el río, y traban batalla en lugar harto incómodo. Labieno, que lo había adivinado, llevando adelante su estratagema, caminaba lentamente hasta tenerlos a todos de esta parte del río. Entonces, enviando algún trecho adelante los bagajes, y colocándolos en un ribazo: «He aquí, dice, oh soldados, la ocasión que tanto habéis deseado: tenéis al enemigo empeñado en paraje donde no puede revolverse; mostrad ahora bajo mis órdenes el esfuerzo de que habéis dado ya tantas pruebas a nuestro jefe; haced cuenta que se halla él aquí presente y os está mirando». Dicho esto, manda volver las armas contra el enemigo, y destacando algunos caballos para resguardo del bagaje, con los demás cubre los flancos. Los nuestros súbitamente, alzando un grande alarido, disparan sus dardos contra los enemigos; los cuales, cuando impensadamente vieron venir contra sí a banderas desplegadas a los que suponían fugitivos, ni aun sufrir pudieron su carga, y vueltas al primer choque las espaldas, huyeron a los bosques cercanos; mas alcanzándolos Labieno con su caballería, mató a muchos, Prendió a varios, y en pocos días recobró todo el país. Porque los germanos que venían de socorro, sabida la desgracia, se volvieron a sus casas, yendo tras ellos los parientes de Induciomaro, que como autores de la rebelión abandonaron su patria, y cuyo señorío y gobierno recayó en Cingetórix que, según va declarado, siempre se mantuvo leal a los romanos».

21) Aníbal, en una ocasión, se enteró que el campamento de Fulvio, el comandante romano, estaba fortificado descuidadamente y que Fulvio mismo tomaba además muchas resoluciones imprudentes. En consecuencia, al amanecer, cuando la densa niebla le dio cobertura, permitió que algunos de sus jinetes se mostrasen a los centinelas de nuestras fortificaciones, por lo cual Fulvio avanzó de repente. Mientras tanto, Aníbal, en un punto diferente, entró

en el campamento de Fulvio, y aplastando la retaguardia romana, mató ocho mil de los soldados más valientes junto con su propio comandante.

Nota: Año 210 a. de C., en Herdonia. Livio, 27:1: *«Este era el estado de las cosas en España. En Italia, el cónsul Marcelo recobró a Salapia por traición y tomó por fuerza a los samnitas Maronea y Males, apoderándose de los tres mil hombres que dejó en ellas de guarnición Aníbal. El botín fue bastante considerable y quedó abandonado al soldado. Encontráronse también más de doscientos cuarenta mil modios de trigo y ciento diez mil de cebada. Pero el regocijo por este triunfo no fue tan grande como la tristeza por el desastre experimentado pocos días después cerca de Herdonea. Había decidido el procónsul Cn. Flavio recuperar aquella ciudad, que se separó de la amistad de los romanos poco después de la batalla de Cannas: el procónsul acampaba cerca de la ciudad, pero en posición insegura y mal guardada. Su natural negligencia aumentaba con las disposiciones que mostraban los habitantes relativamente a los cartagineses, porque sabían que, después de la pérdida de Salapia, Aníbal había pasado de aquealas comarcas al Brucio. Partiendo secretamente de Herdonea algunos emisarios, previnieron a Aníbal, quien resolvió conservar aquella ciudad aliada y se lisonjeó de sorprender a un enemigo imprudente. Con objeto de que no se divulgase su marcha, partió sin bagajes y avanzó a marchas forzadas hacia Herdonea, presentándose en orden de batalla para infundir más temor al enemigo.*

El general romano no carecía de valor, pero no era tan hábil y tenía menos fuerzas, y saliendo apresuradamente a la cabeza de sus tropas, aceptó el combate; la quinta legión y la caballería de la izquierda, comenzaron vigorosamente el ataque. Aníbal dio orden a su caballería para que aprovechase el momento en que la infantería estuviese comprometida en la pelea, para rodear el ejército romano y caer, unos sobre el campamento y otros sobre la retaguardia de los combatientes. Recordando en seguida la victoria conseguida dos años antes sobre el pretor Cn. Fulvio, de la identidad de nombres deducía la igualdad de éxitos, esperanza que no quedó defraudada. Los romanos, a pesar de la considerable pérdida que habían experimentado en el combate de infantería, no habían abandonado aún las filas ni sus enseñas; pero el ruido de la caballería que llegaba por la espalda y los gritos que lanzaba el enemigo por el lado del campamento introdujeron la perturbación entra ellos. La sexta legión, que formaba la segunda línea, fue la primera que quedó desordenada por los númidas, arrastrando en seguida en su derrota a la quinta y toda la primera línea. Algunos pudieron huir, otros quedaron muertos en su puesto, contándose entre éstos el procónsul y once tribunos militares. Difícil seria apreciar con exactitud la pérdida de los romanos y de los aliados: unos la hacen subir a trece mil hombres; otros la limitan a siete mil. El campamento y el botín cayeron en poder de los vencedores. No dudando Aníbal que Herdonea se habría entregado a los romanos, trasladó a los habitantes a Metaponto y Thurio y quemó la ciudad, dando muerte a los principales ciudadanos cuyas inteligencias secretas con Fulvio quedaron probadas. Los romanos que escaparon de aquel desastre huyeron casi desarmados por diferentes caminos, yendo a reunirse con el cónsul Marcelo en el Samnio».

22) En una ocasión, cuando el ejército romano había sido dividido entre los dictadores Fabio y Minucio, jefe de los caballeros, y Fabio buscaba una oportunidad favorable, mientras Minucio ardía de impaciencia por la batalla, el mismo Aníbal armó su campamento en la llanura entre los ejércitos hostiles, y

habiendo ocultado una parte de sus tropas entre ásperas rocas, envió a otros para tomar un montículo vecino, como un desafío al enemigo. Cuando Minucio condujo sus fuerzas a aplastar a éstos, los hombres ubicados aquí y allá emboscados por Aníbal aparecieron de repente, y habrían aniquilado el ejército de Minucio, si Fabio no hubiera venido para ayudarles en su desesperación.

Nota: *Año 217 a. de C. Livio, 22:28-29: «28. Doble regocijo produjo esto a Aníbal, porque no ignoraba nada de lo que pasaba entre sus enemigos, gracias a las noticias de los desertores y de sus espías. Lisonjeábase, en efecto, de coger en sus redes la temeridad, libre ahora, de Minucio; y en cuanto a la habilidad de Fabio, la veía privada de la mitad de sus fuerzas. Entre el campamento de Minucio y el de los cartagineses alzábase una eminencia que evidentemente debía asegurar al bando que la ocupase gran ventaja de posición. Menos deseoso estaba Aníbal de ocuparla sin combate, aunque la ventaja lo merecía, que de aprovechar la ocasión de venir a las manos con Minucio, de quien estaba seguro acudiría a su encuentro. Al primer aspecto, el terreno intermediario no ofrecía facilidad alguna para una emboscada, porque por ninguna parte había bosques ni matorrales; pero era tanto más a propósito para ocultar una emboscada, cuanto que en un valle completamente descubierto, había desigualdades y cuevas capaces algunas de ocultar doscientos hombres armados. En estas cavernas se escondieron cinco mil hombres de infantería y caballería, distribuidos según los que cada una podía contener. Por temor de que algún movimiento imprudente o el ruido de las armas revelasen la astucia en aquel valle descubierto, al amanecer envió un destacamento para que se apoderase de la mencionada altura, distrayendo así la atención del enemigo. En el primer momento despreciaron aquel grupo de soldados, y cada cual pedía el favor de arrojarles y ocupar su puesto. El mismo general, en medio de los más atrevidos y más presuntuosos, gritó ¡a las armas!, lanzando contra el enemigo ridículas bravatas y vanas amenazas. Al principio destacó sus tropas ligeras y en seguida su caballería en columna cerrada; viendo al fin que el enemigo recibía también refuerzos, avanzó él mismo con sus legiones formadas en batalla. Aníbal, por su parte, enviando sin cesar en socorro de los suyos, a medida que el combate se empeñaba, nuevos cuerpos de infantería y caballería, había completado su ejército; de manera que por una y otra parte se combatía con todas las fuerzas. La infantería ligera de los romanos, que escalaba una altura cuya parte superior ocupaba el enemigo, fue rechazada y derribada sobre la caballería, que subía detrás y se refugió bajo las enseñas de las legiones. Éstas solamente permanecían inquebrantables en medio del desorden; y parecía que si el combate era regular y leal, no cederían la victoria: tanto excitaba su valor el triunfo conseguido pocos días antes. Pero saliendo de pronto el enemigo de su emboscada, y atacando a la vez los flancos y la retaguardia de los romanos, produjeron en sus filas tanta confusión y espanto, que ninguno conservó ni valor para defenderse ni esperanza de huir. 29. Entonces Fabio, a los primeros gritos de espanto que oyó y al contemplar el ejército en derrota, dijo: «He ahí lo que había previsto; la fortuna ha sorprendido la temeridad, pero no tan de prisa como temía. El hombre que han igualado con Fabio, ha encontrado en Aníbal un maestro afortunado y valiente. Pero no es éste momento de quejas y reconvenciones: soldados, salid de las fortificaciones, arranquemos la victoria al enemigo y a nuestros conciudadanos la confesión de su falta». Mientras las gentes de Minucio sucumbían en gran número, o no pensaban más que en huir, apareció de pronto Fabio, como llegando del cielo para socorrerlos. Antes de que se encontrase a tiro de venablo y pudiese trabar combate, detuvo la precipitada fuga de los romanos y el encarnizamiento*

del enemigo. Los que huían a la desbandada se reunieron al ejército que marchaba en buen orden: los que se retiraban en grupos, volvieron caras, y formándose en círculos, comenzaron en tanto a retroceder lentamente, en tanto a detenerse, haciendo frente por todos lados. Las tropas vencidas y las de refresco no formaban ya más que un solo cuerpo y se dirigían juntas hacia el enemigo, cuando Aníbal mandó tocar retirada, proclamando en voz alta que había vencido a Minucio y que Fabio le había vencido».

23) Cuando el mismo Aníbal acampaba en pleno invierno a orillas del Trebia, con el campamento del cónsul, Sempronio Longo, a la vista y con solo el río fluyendo entre ambos, colocó a Magón y a hombres escogidos en una emboscada. Luego ordenó que la caballería númida avanzara hasta los fortificaciones de Sempronio, a fin de que atrajera hacia adelante al romano de pocas luces. Al mismo tiempo, ordenó que estas tropas se retiraran por vados familiares al momento de nuestro primer ataque. Sin hacer caso, atacando y persiguiendo a los númidas, el cónsul provocó en sus tropas un enfriamiento, a consecuencia de vadear la corriente en el frío glacial y sin haber desayunado. Entonces, cuando nuestros hombres sufrían de entumecimiento y hambre, Aníbal condujo contra ellos a sus propias tropas, a las que él tenía en condición con aquel objetivo por cálidos fuegos, alimentos, y frotados con aceite. Magón también hizo su parte, y destrozó la retaguardia de su enemigo en el punto donde él había sido ubicado para este objetivo.

Nota: Año 218 a. de C. Livio, 21:54-55-56: *«**54.** Corría entre los dos ejércitos un arroyo cuyas altas orillas estaban cubiertas de hierbas pantanosas, de malezas y matorrales, como de ordinario lo están los terrenos incultos. Habiendo reconocido personalmente Aníbal aquel paraje y encontrándole bastante cubierto para ocultar hasta caballería: "He aquí tu puesto, dijo a su hermano Magón. Elige cien hombres de infantería y otros ciento de caballería y vas a buscarme con ellos en la primera vigilia. Ahora es necesario comer y descansar." En seguida disolvió el consejo. Pronto se le presentó Magón con su tropa escogida: "Todos sois guerreros valientes, dijo Aníbal; mas para que seáis tan fuertes por el número como por el valor, que cada uno elija entre los jinetes y los infantes nueve compañeros tan valientes como él. Magón os enseñará el punto que habéis de ocupar. Combatiréis con un enemigo que no conoce estas astucias de guerra." Después de despedir a Magón con mil infantes y mil caballos, al amanecer mandó Aníbal a la caballería númida que pasase el Trebia, que se presentase en las puertas del campamento, que hostigasen las guardias avanzadas para atraer al enemigo al combate, y cuando estuviese trabada la acción, que se retirasen poco a poco para atraerles al lado acá del río. Tales fueron las instrucciones que dio a los númidas; los demás jefes de infantería y caballería recibieron orden de hacer comer a sus tropas, que en seguida con las armas en la mano y ensillados los caballos, debían esperar la señal. A la primera alarma de los númidas, impaciente Sempronio por pelear, manda avanzar primeramente a la caballería, de la que tan orgulloso estaba, después seis mil infantes y en seguida todas sus fuerzas, según el proyecto meditado de antemano. El tiempo era brumoso y estaba nevando, cosa bastante común en el país situado entre los Alpes y el Apenino, enfriado además por la proximidad de los ríos y de los pantanos. Además, los hombres y los caballos habían salido precipitadamente, sin haber comido y sin haber tornado precaución alguna contra el frío, por lo que se encontraban completamente*

desprovistos de calor, y cuanto más se acercaban al río, el frío era más intenso. Cuando penetraron en el agua, en persecución de los númidas, aumentado el caudal por la lluvia de la noche anterior, les llegaba hasta el pecho, quedando de tal manera entumecidos sus miembros al salir del río, que apenas podían sostener las armas; y más aún porque estando en ayunas a hora bastante avanzada del día, se encontraban extenuados por el hambre.

55. *Entre tanto los soldados de Aníbal, habiendo encendido hogueras delante de sus tiendas, dando elasticidad a sus miembros frotándolos con aceite, distribuidos por manípulos y habiendo comido tranquilamente, a la noticia del paso del río por el enemigo, empuñan las armas, con ánimo y cuerpo bien dispuestos y se forman en batalla. Aníbal coloca al frente los baleares y sus tropas ligeras, formando en todo unos ocho mil hombres; en seguida su infantería, pesadamente armada, es decir, sus mejores soldados; en las alas coloca sus diez mil caballos, y delante de cada una de éstas forma los elefantes. Viendo el cónsul a sus jinetes que corren en persecución de los númidas, rechazados de pronto por éstos que han vuelto caras, manda tocar retirada, los reúne y coloca en derredor de la infantería. Constaba su ejército de dieciocho romanos; veinte mil, tanto aliados como del nombre latino, y un cuerpo auxiliar de cenomanos, único pueblo galo que había permanecido fiel. Con estas fuerzas libró la batalla. Comenzaron el combate los baleares; pero como las legiones les oponían resistencia demasiado fuerte, aquellas tropas ligeras marcharon en seguida a las alas, lo que hizo que la caballería romana se viese agobiada en el acto; porque cuatro mil hombres, fatigados ya, que apenas resistían a diez mil jinetes, en gran parte de tropas frescas, se encontraron además envueltos por la granizada de venablos que los baleares lanzaban sobre ellos. Además, rebasando los elefantes los extremos de las alas, asustaron especialmente a los caballos, a la vez por su aspecto y extraño olor, extendiendo a lo lejos la derrota. La lucha de las dos infanterías fue igual por el valor más bien que por la fuerza: los cartagineses habían ido al combate perfectamente alimentados, mientras que los romanos estaban debilitados por el hambre y el cansancio y paralizados por el frío. Sin embargo, hubiesen resistido solamente con su valor si no hubieran tenido que habérselas más que con infantería. Pero los baleares, después de dispersar a la caballería, acribillaban sus flancos con venablos y los elefantes se habían lanzado ya sobre el centro. En fin, Magón y sus númidas, en cuanto el ejército, que nada sospechaba, hubo rebasado su emboscada, le atacó por retaguardia, difundiendo en sus filas el espanto y el terror*

56. *En medio de tantos peligros, que por todas partes les estrechaban, los romanos resistieron durante algún tiempo, hasta contra los elefantes, lo cual no era de esperar. Vélites, colocados con este fin, lanzan sus venablos contra aquellos animales, les hacen volver grupas, y lanzándose en su persecución, les pinchan en la cola, en el sitio donde siendo más blanda la piel, es por lo mismo más vulnerable. Dominados por el espanto iban a lanzarse ya sobre los mismos cartagineses, cuando Aníbal mandó llevarles del centro a los extremos y colocarles en el ala izquierda, enfrente de los galos auxiliares, cuya derrota fue rápida y evidente. El terror de los romanos aumentó al ver huir a sus auxiliares. Obligados a hacer frente por todos lados unos diez mil hombres, los únicos que no habían sido desbaratados, se abrieron sangriento paso a través del centro de los Africanos reforzados por los galos, y como el río les cerraba el camino del campamento, y la lluvia les impedía ver adónde habían de acudir en socorro, marcharon derechamente a Placencia. La multitud buscó su salvación por uno y otro lado. Los que llegaron al río*

quedaron sepultados en sus aguas o fueron sorprendidos por el enemigo en su vacilación. Los que se dispersaron por los campos, llegaron a Placencia siguiendo las huellas del ejército que se retiraba; otros, por temor de los enemigos, tuvieron valor para arrojarse al río y llegaron felizmente al campamento. Lluvia mezclada de nieve y el extraordinario rigor del frío hicieron perecer a muchos hombres y bestias de carga y a casi todos los elefantes. El Trebia detuvo la persecución de los cartagineses, que regresaron a su campamento de tal manera dominados por el frío, que apenas experimentaban la alegría de la victoria. Así, pues, a la siguiente noche, cuando las guardias del campamento y los restos del ejército romano pasaron el Trebia sobre almadías, los cartagineses no lo observaron, a causa del ruido de la lluvia; o bien imposibilitados de moverse por el cansancio y las heridas, fingieron no ver nada. No haciendo ningún movimiento el enemigo, Escipión llevó sus fuerzas en silenciosa marcha hasta Placencia, y desde allí, cruzando el Po, pasó a Cremona para que la invernada de dos ejércitos no pesase sobre una sola colonia».

24) En Trasimeno, donde un camino estrecho que corre entre el lago y la base de las colinas, conducía a la llanura abierta, el mismo Aníbal, fingiendo huir, hizo su camino por el camino estrecho a los distritos abiertos y estableció su campamento allí. Luego, apostando soldados por la noche, en varios puntos sobre la colina a medida que se elevaba y al final del desfiladero, al amanecer, bajo la cobertura de una niebla, ordenó su línea de la batalla. Flaminio, persiguiendo al enemigo, que parecía retirarse, entró en el desfiladero y no vio la emboscada hasta que fue rodeado por el frente, flanco, y retaguardia, y fue aniquilado con su ejército.

Nota: Año 217 a. de C. Livio, 22:4: *«Aníbal devastó horrorosamente todo el territorio que se extiende entre Cortona y el lago Trasimeno, con objeto de inflamar la cólera del cónsul, y de excitarle a vengar las injurias de sus aliados. Los cartagineses habían llegado ya a un punto naturalmente dispuesto para una emboscada, allí donde el lago Trasimeno se prolonga hasta el pie de las montañas de Cortona, separándole estrecho sendero como preparado para pérfida asechanza. Al otro lado se extiende el terreno en pequeña llanura, levantándose después en colinas. Aníbal acampó en la parte descubierta con los Africanos y españoles solamente; ocultó a los baleares y tropas ligeras detrás de las montañas y apostó la caballería en la abertura del desfiladero, oculto afortunadamente por eminencias; de suerte que, cuando entrasen los romanos, presentándose la caballería por la espalda, quedasen completamente encerrados por el lago y las montañas. Flaminio, habiendo llegado la víspera al ponerse el sol a las orillas del lago, franqueó el desfiladero al amanecer, con muy poca luz y sin reconocerle; solamente al comenzar a desenvolver su ejército en la llanura, vio al enemigo que tenía enfrente, pero sin sospechar la emboscada que tenía preparada a la espalda y en las alturas. Viendo Aníbal, según sus deseos, al enemigo encerrado entre las montañas y el lago y envuelto por sus tropas, dio la señal de ataque general. Cuando los cartagineses bajaron de las alturas, cada uno por el camino más corto, la sorpresa fue tanto más repentina e imprevista para los romanos, cuanto que la niebla, que se había levantado del lago, era más densa en la llanura que en las montañas, y los enemigos, pudiendo verse en muchas colinas, acudían más en conjunto. Los romanos reconocieron que estaban cercados, por el grito que resonó en todas partes, antes de que pudiesen distinguir nada; y ya combatían en el frente y las alas, cuando aún no habían podido*

formarse en batalla, preparar las armas y desenvainar las espadas».

25) El mismo Aníbal, luchando contra el dictador Junio (1), ordenó que seiscientos soldados de caballería se dividieran en varios escuadrones, y al caer la noche aparecieran en destacamentos sucesivos sin interrupción, alrededor del campamento del enemigo. Así toda la noche los romanos fueron acosados y agotados por la obligación de las guardias en el terraplén, y por la lluvia, que cayó continuamente, de modo que por la mañana, cuando Junio dio la señal para el llamado, Aníbal condujo sus propias tropas, que estaban bien descansadas, y tomaron el campamento de Junio por asalto (2).

Nota 1: *Marco Junio Pera.*

Nota 2: Año 216 a. de C., en Capua. Polieno, 6:38 § 6: *«Cuando Aníbal estaba cerca de Casilinum durante una noche tempestuosa, dividió su ejército en varias divisiones, y los condujo a luchar. Dio instrucciones que cuando diera por primera vez la señal de ataque, la primera división debería atacar al enemigo; pero cuando los trompetas dieran la señal de retirada, la primera división debía retirarse y la segunda división debía moverse al ataque; y así con las divisiones tercera y cuarta. Y por esta estratagema derrotó al enemigo».*

26) Del mismo modo, cuando los espartanos pusieron trincheras a través del Istmo y defendían el Peloponeso, Epaminondas, el tebano, con la ayuda de unas tropas armadas ligeramente, acosó al enemigo toda la noche. Luego, al amanecer, después que hizo volver a sus hombres y que los espartanos también se hubieron retirado, avanzó de repente la fuerza entera que había mantenido en reposo, e irrumpió directamente por los terraplenes, que habían sido dejados sin defensores.

Nota: Año 369 a. de C. Polieno, 2:3 § 9: *«Epaminondas, que quería entrar en la Laconia, hizo saber que pasaría (el istmo) por la noche. La fortaleza del monte Aonie (que se encontraba en la entrada) estaba defendida por una guarnición de lacedemonios.*

Epaminondas hizo descansar a sus tropas al pie de esta montaña, y los de la guarnición estuvieron toda la noche en armas y con mucho cansancio. Al despuntar el día, Epaminondas cayó sobre la guarnición colmada de sueño; la venció fácilmente y pasó libremente».

27) En la batalla de Cannas, Aníbal, habiendo preparado su línea de batalla, ordenó que 600 jinetes númidas se acercaran al enemigo. Para demostrar su sinceridad, éstos rindieron sus espadas y escudos a nuestros hombres, y fueron enviados a la retaguardia. Luego, tan pronto como comenzó el enfrentamiento, sacando pequeñas espadas, que ellos habían escondido, y recogiendo el escudo de los caídos, provocaron una matanza entre las tropas de los romanos.

Nota: Año 216 a. de C. Livio, 22:48: *«Ya había comenzado el combate, aunque con poca energía, en el ala izquierda de los romanos, donde la caballería de los aliados se*

oponía a los númidas. Pero muy pronto se hizo notable por una perfidia verdaderamente púnica. Cerca de quinientos númidas, llevando además de sus armas ordinarias espadas ocultas debajo de la coraza, avanzan hacia los romanos, como desertores, con el escudo a la espalda, saltan de los caballos y arrojan los escudos y venablos a los pies de sus enemigos, que les reciben en sus filas y les llevan a retaguardia con orden de permanecer inmóviles. Mientras el combate se generaliza en todos los puntos, permanecieron tranquilos; pero en cuanto vieron todos los ánimos y todos los ojos ocupados en aquella gran pelea, cogiendo escudos arrojados aquí y allá entre los cadáveres, caen sobre los romanos, que les volvían la espalda, e hiriéndoles o cortándoles los jarretes, hacen gran carnicería y difunden entre ellos terror más grande aún. Como por un lado aparecían el terror y la derrota y por otro se sostenía el combate con obstinación y sin esperanza, Asdrúbal, que se encontraba en este último punto, manda retirar los númidas, que combatían blandamente, y les envía en persecución de los fugitivos, para sostener con la infantería española y gala a los Africanos, cansados ya de matar, más bien que de combatir».

28) Fingiendo rendición, los yápidas pasado entregaron a algunos de sus mejores hombres a Publio Licinio, el procónsul romano. Éstos fueron recibidos y colocados en la última línea, desde donde despedazaron a los romanos que avanzaban en la retaguardia.

29) Escipión el Africano, enfrentado a los dos campamentos hostiles de Sifax y de los cartagineses, decidió hacer un ataque por la noche contra el de Sifax, donde había un gran suministro de material inflamable, y prenderle fuego, a fin de reducir así a los númidas, mientras el ejército corría a toda prisa aterrorizado de su campamento, y también, por medio de emboscadas, agarrar a los cartagineses, quiénes, él sabía, se precipitarían para asistir a sus aliados. Ambos proyectos tuvieron éxito. Ya que cuando el enemigo se precipitó desarmado, pensando que la conflagración había sido casual, Escipión cayó sobre ellos y los despedazó.

Nota: Año 203 a. de C. Livio, 30:5-6: *«**5**. Tomadas estas disposiciones, Escipión reunió su consejo, recogió los datos de los exploradores y de Masinisa, que conocía la parte robusta y la débil del enemigo, y en seguida anunció su propósito para la noche siguiente. Los tribunos, a la primera señal que se diese terminado el consejo, debían hacer salir del campamento las legiones. En conformidad con esta orden, al ponerse el sol comenzaron a levantar las enseñas; a la primera vigilia estaban formadas ya las columnas, llegando a media noche al campamento enemigo sin haber forzado la marcha, porque solamente tenían que recorrer siete millas. Escipión puso a las órdenes de Lelio una parte de las tropas y Masinisa con sus númidas, y les mandó que asaltasen el campamento de Sifax y le prendieran fuego. En seguida, llevando aparte a Lelio y después a Masinisa, les exhortó a que supliesen con su celo y actividad las medidas de prudencia que la noche hacía imposibles. El mismo se encargaba de atacar a Asdrúbal y el campamento de los cartagineses. Pero no comenzaría hasta que viese ardiendo el del rey. No esperó mucho tiempo: en cuanto Prendió la llama en las primeras chozas, se propagó rápidamente a las inmediatas, y pasando de unas a otras, extendió sus estragos por todo el campamento. La alarma fué, como no podía menos en un incendio nocturno,*

extendiéndose por tan vasto espacio: los bárbaros creyeron que era efecto de la casualidad y no de un ataque del enemigo; salieron sin armas para extinguirlo, y se encontraron delante de enemigos armados, especialmente de los númidas que Masinisa, gracias al conocimiento que tenía de los lugares, había apostado hábilmente en la salida de los caminos. Sorprendidos unos en el lecho profundamente dormidos, fueron devorados por las llamas; otros, en la precipitación, cayeron amontonados en el paso demasiado estrecho de la puerta, y quedaron aplastados.

6. *Al ver el brillo de las llamas, los centinelas cartagineses primero, y después sus compañeros despertados por aquella alarma nocturna, cayeron en el error de los númidas y creyeron que el fuego era casual.*

Ignorábase si los gritos que lanzaban los heridos y moribundos se debían a un ataque nocturno, y esta ignorancia impedía asegurarse de la verdad. Los cartagineses se precipitaron, pues, sin armas, no esperando encontrar al enemigo, y salieron cada cual por su lado por la puerta más inmediata, no llevando más que los objetos propios para extinguir el incendio, viniendo a chocar contra las tropas romanas, que les mataron a todos por odio nacional, y más aún por temor de dejar escapar alguno que diera la alarma. Escipión se apoderé en seguida de las puertas, que no estaban guardadas, tan grande había sido el desaliento, y mandó incendiar las chozas más inmediatas. Dispersa al principio la llama, brilló aquí y allí en muchos puntos a la vez; después se extendió de una choza a otra, y a poco todo el campamento era un vasto incendio. Los hombres y animales, medio quemados, huían revueltos, y sus cadáveres amontonados obstruían las puertas. Aquellos a quienes no había devorado el fuego, caían bajo el hierro, y el mismo desastre destruyó los dos campamentos. Sin embargo, los dos jefes consiguieron escapar, no llevando con ellos, de tantos millares de combatientes, sino dos mil hombres de infantería y quinientos de caballería, casi desarmados y la mayor parte heridos y mutilados por el fuego. Cuarenta mil hombres perecieron por el hierro o en el incendio; más de cinco mil quedaron prisioneros, entre los que había muchos nobles cartagineses y once senadores; cogiéronse ciento setenta y cuatro enseñas, más de dos mil setecientos caballos númidas y seis elefantes; ocho quedaron muertos o quemados, cayendo en poder del vencedor considerable cantidad de armas, que el general ofreció a Vulcano, quemándolas todas».

30) Mitrídates, después de repetidos fracasos en batalla a manos de Lúculo, hizo una atentado contra su vida por traición, alquilando a cierto Adatas, un hombre de fuerza extraordinaria, para que desertara y perpetrara el hecho, tan pronto como ganara la confianza del enemigo. El desertor hizo todo lo posible para ejecutar este plan, pero sus esfuerzos fallaron. Puesto que, aunque admitido por Lúculo en la tropa de caballería, fue silenciosamente mantenido bajo vigilancia, ya que no estaba bien depositar la confianza inmediatamente en un desertor, ni impedir a otros desertores que vinieran. Después de que este hombre hubo expuesto un seria lealtad en repetidas incursiones, y hubo ganado la confianza, eligió un momento cuando la dispensa de los oficiales del estado mayor trajo aparejada reposo en todos los sectores del campamento, e hizo que el cuartel del general fuera menos frecuentado. La suerte favoreció a Lúculo; porque mientras que el desertor esperaba encontrar a Lúculo despierto, en cuyo caso

hubiera sido inmediatamente admitido ante su presencia, realmente lo encontró en ese momento profundamente dormido, agotado por proyectos que habían estado girando en su mente la noche anterior. Entonces cuando Adatas suplicó ser admitido, con el motivo de que tenía un mensaje inesperado e imperativo para entregar, le fue impedida la entrada por los decididos esfuerzos de los esclavos, que estaban preocupados por la salud de su amo. Temiendo por consiguiente ser objeto de sospecha, montó al caballo que tenía listo a la entrada, y huyó donde Mitrídates sin llevar a cabo su objetivo.

Nota: Año 72 a. de C. *Apiano llama al desertor Olcabas mientras que Plutarco lo llama Oltaco.* ***Apiano, Sobre Mitrídates, 79:*** *«Cuando llegó la primavera, Lúculo avanzó a través de las montañas contra Mitrídates. Este había establecido puestos de vigilancia en avanzada para impedir el paso a Lúculo y para que le mantuvieran al corriente, en todo momento, de lo que ocurriese, mediante señales de fuego. Al frente de esta guardia avanzada, estaba Fénix, un hombre que pertenecía al linaje real de Mitrídates, el cual, una vez que Lúculo estuvo cerca, avisó a Mitrídates con señales de fuego y desertó a Lúculo con sus fuerzas. Y Lúculo, atravesando ya sin temor las montañas, descendió a Cabira, pero tuvo lugar un combate entre su caballería y la de Mitrídates y, al ser derrotado, retrocedió de nuevo a las montañas. Pomponio, su prefecto de caballería, fue conducido, herido, a presencia de Mitrídates, y cuando el rey le preguntó qué favor podría devolverle, si le salvaba la vida, le contestó: «Uno de mucho valor, si tú te hicieras amigo de Lúculo, pero si continuas siendo su enemigo, no tendré en cuenta siquiera tu pregunta». Ésta fue la respuesta de Pomponio y, en consecuencia, los bárbaros deseaban matarlo, pero el rey dijo que él no cometería violencia contra el valor vencido por el infortunio. Después, durante varios días sucesivos, Mitrídates desplegó su ejército en orden de batalla, pero Lúculo no descendió a pelear, así que buscó un camino que subiera hacia él dando un rodeo. Entretanto, un escita llamado Olcabas, que había desertado a Lúculo desde hacía mucho tiempo y había salvado a muchos hombres durante el combate ecuestre y, por esta razón, se había hecho acreedor a participar en la mesa de Lúculo, de sus confidencias y secretos, llegó a su tienda alrededor del mediodía, mientras aquél estaba descansando, e intentó forzar la entrada. Llevaba, como era su costumbre, un puñal corto en el cinto. Cuando le impidieron el paso, se irritó y dijo que un asunto urgente le apremiaba a levantar al general, pero los servidores replicaron que no había nada más necesario para Lúculo que su seguridad. Entonces, subió de inmediato al caballo y cabalgó hasta Mitrídates, bien fuera porque había urdido un atentado contra Lúculo y creía que se había hecho sospechoso, bien lleno de ira por pensar que había sido ultrajado. Olcabas reveló a Mitrídates que otro escita llamado Sobadaco planeaba desertar a Lúculo, así que Sobadaco fue apresado».*

31) Cuando Sertorio estaba acampado al lado de Pompeyo cerca de la ciudad de Lauron, en España, había sólo dos lugares de los cuales podía ser reunido forraje, uno cercano, el otro más lejano. Sertorio dio órdenes que el cercano fuera continuamente incursionado por tropas ligeras, pero que el más lejano no fuera visitado por tropa alguna. Así, convenció finalmente a sus adversarios que el sitio más distante era más seguro. Cuando, en una ocasión, las tropas de Pompeyo fueron a esa región, Sertorio ordenó que Octavio Grecino, con diez

cohortes armadas a la manera romana, y diez cohortes de españoles armados ligeramente, junto con Tarquinio Prisco y dos mil jinetes, partieran a poner una emboscada contra los buscadores de forraje. Estos hombres ejecutaron sus instrucciones con energía; ya que después de examinar el terreno, escondieron las fuerzas arriba mencionadas antes de la noche en un bosque vecino, apostando a los españoles armados ligeramente en el frente, como más apropiados para la guerra furtiva; los soldados que portaban escudo, un poco más atrás, y la caballería en la retaguardia, a fin de que el plan no pudiera ser traicionado por el relincho de los caballos. Entonces ordenaron que todos reposaran en silencio hasta la hora tercera (1) del día siguiente Cuando los hombres de Pompeyo, no albergando sospecha alguna y cargados con forraje, pensaban volver, y aquellos que habían estado de guardia, atraídos por la situación, se escabullían para buscar más forraje, los españoles, repentinamente, saliendo como flechas con la rapidez característica de su raza, vertiéndose sobre los rezagados, infligieron muchas heridas sobre ellos, y los derrotaron, para su gran asombro. Entonces, antes de que la resistencia a este primer asalto pudiera ser organizada, las tropas que portaban escudo, desparramándose desde el bosque, se abatieron sobre los romanos y derrotaron a los que volvían a las filas, mientras la caballería, enviada tras de aquellos que huían, los siguió por todo el camino hasta el campamento, destrozándolos. Se aseguró también que nadie escapara. Doscientos cincuenta jinetes de la reserva, enviados adelante con este objetivo, encontraron simple correr por atajos, y luego volver atrás y encontrar a aquellos que habían huido primero, antes de que alcanzaran el campamento de Pompeyo. Enterado de esto, Pompeyo envió una legión bajo Décimo Lelio para reforzar a sus hombres, con lo cual la caballería del enemigo, retirándose al flanco derecho, fingió ceder el paso, y luego, pasando alrededor de la legión, la asaltó por la retaguardia, mientras aquellos que habían perseguido a los forrajeros, lo atacaron por el frente también. Así la legión con su comandante fue aplastada entre las dos líneas del enemigo. Cuando Pompeyo condujo a su ejército entero a ayudar a la legión, Sertorio exhibió sus fuerzas preparadas en la ladera, y así impidió el objetivo de Pompeyo. Así, además de infligir un doble desastre, a consecuencia de la misma estrategia, Sertorio obligó a Pompeyo a ser testigo indefenso de la destrucción de sus propias tropas. Este era la primera batalla entre Sertorio y Pompeyo. Según Livio, se perdieron diez mil hombres en el ejército de Pompeyo, junto con el transporte entero (2).

Nota 1: *Aproximadamente las 9 de la mañana.*

Nota 2: Año 76 a. de C. Plutarco, Sertorio, 18: «*Mientras que hizo la guerra a Metelo, parecía que su buena suerte era en gran parte debida a la vejez y torpeza de éste, que no podía contrarrestar a un hombre osado, y caudillo más bien de una tropa de bandoleros que de un ejército ordenado; pero cuando, después de haber pasado Pompeyo los Pirineos, contrapuso al de éste su campo, y dieron uno y otro diferentes pruebas de toda la habilidad y pericia militar, y se vio que sobresalía Sertorio así en acometer como en saber guardarse, entonces enteramente fue declarado, aun en Roma mismo, como el más diestro para dirigir la guerra entre los generales de su edad. y eso que no era vulgar la fama de Pompeyo, sino que estaba entonces en lo más florido de su gloria, de resulta*

de sus hazañas en el partido de Sila por las que éste le apellidó Magno, que quiere decir grande, y mereció los honores del triunfo antes de salirle la barba. Por esta causa muchas de las ciudades sujetas a Sertorio, abandonaron después este propósito por el suceso de Laurón que salió muy al revés de lo que se esperaba. Teníalos sitiados Sertorio, y fue Pompeyo en su socorro con todas sus fuerzas. Había un collado en la mejor situación, frente a la ciudad, y el uno por tomarle, y por impedirlo el otro, movieron ambos de sus campos. Adelantóse Sertorio, y Pompeyo entonces, acudiendo con su ejército, lo tuvo a gran ventura, porque creyó que iba a coger a Sertorio en medio de la ciudad y de sus tropas; y avisando a los Lauronitas, les dijo que tuvieran buen ánimo y salieran a las murallas a ver sitiado a Sertorio. Mas éste, cuando lo supo, se echó a reír, y "Ya volviendo a aquel la vista, pensaban en mudanzas; pero le enseñaré yo- dijo al discípulo de Sila, porque así llamaba por burla a Pompeyo- que el general debe mirar mucho en derredor, y no precisamente delante de sí"; y en seguida hizo advertir a los sitiados que había dejado seis mil infantes en el primer campamento de donde había salido para tomar el collado, a fin de que, cuando Pompeyo le acometiese, lo tomasen éstos por la espalda. Echólo tarde de ver Pompeyo; así, no se atrevió a combatir, temiendo ser cortado, ni tampoco se resolvió de vergüenza a retirarse y abandonar a los Lauronitas en aquel peligro; mas fuele preciso estar presente y ser testigo de su perdición, pues aquellos bárbaros desmayaron y se entregaron a Sertorio. No tocó éste a las personas: antes, los dejó ir libres; a la ciudad, en cambio, la abrasó, no por cólera o por crueldad, porque entre todos los generales parece que fue éste el que menos se dejó llevar de la ira, sino para afrenta y mengua de los que tanto admiraban a Pompeyo: pues correría la voz entre los bárbaros de que, con estar presente y casi calentarse al fuego de una ciudad aliada, no le dio socorro».

32) Pompeyo, guerreando en España, habiendo apostado primero tropas aquí y allá para atacar por emboscada, fingiendo temor, condujo al enemigo en su persecución, hasta que alcanzaron el lugar de la emboscada. Entonces, cuando llegó el momento oportuno, girando, mató al enemigo en el frente y en ambos flancos, y asimismo capturó a su general, Perpenna.

Nota: Año 72 a. de C. Apiano, Guerras Civiles, 1:115: *«Como Metelo se había marchado hacia otros lugares de España, pues le parecía que no era ya una tarea difícil para Pompeyo vencer él solo a Perpenna, durante algunos días Pompeyo y Perpenna sostuvieron escaramuzas y combates de tanteo sin poner en movimiento a todo el ejército, pero al décimo día libraron ambos una gran batalla. Pues los dos habían resuelto que la contienda se decidiera en una acción, Pompeyo porque despreciaba el generalato de Perpenna, y éste porque pensaba que no podría conservar por mucho tiempo la fidelidad de su ejército y, así, trabó combate ahora con casi la totalidad de sus fuerzas. Pompeyo se impuso con rapidez ante un general inferior en categoría y un ejército que estaba desanimado.Cuando se produjo la desbandada general de todos los suyos, Perpenna se ocultó bajo un matorral, temeroso de sus propios soldados más que de los enemigos; sin embargo, algunos jinetes lo apresaron y lo llevaron a rastras hacia Pompeyo, en medio de los insultos de sus hombres que le acusaban como asesino de Sertorio y al tiempo que gritaba que revelaría muchos datos a Pompeyo sobre la revuelta civil en Roma. Y decía esto ya sea porque fuera verdad o para ser conducido a salvo ante él. Pero Pompeyo, temiendo que revelara alguna información inesperada y que fuera el origen de otros males en Roma, envió por delante a algunos y le dio muerte antes de que*

llegara a su presencia. Y dio la impresión de que Pompeyo había actuado de forma muy sensata con este proceder, lo cual incrementó aún más su buena reputación. Este fue el final de la guerra de España, que coincidio con la vida de Sertorio. Y me parece que no se hubiera acabado tan rápida ni fácilmente, si Sertorio hubiera seguido vivo todavía».

33) El mismo Pompeyo, en Armenia, cuando Mitrídates era superior a él en número y calidad de su caballería, colocó por la noche tres mil hombres armados ligeramente y quinientos jinetes en un valle bajo la protección de arbustos que había entre los dos campamentos. Entonces, al amanecer, envió adelante su caballería contra la posición del enemigo, planeando que, tan pronto como la fuerza entera del enemigo, caballería e infantería, se viera envuelta en la batalla, los romanos deberían retroceder gradualmente, aún conservando las filas, hasta que dieran lugar a aquellos que habían sido estacionados para el ataque desde la rataguardia, para aparecer y hacerlo. Cuando este plan resultó exitoso, aquellos que había parecido que huían, dieron una vuelta completa, permitiendo a Pompeyo despedazar al enemigo así tomado por el pánico entre sus dos líneas. Nuestra infantería también, enfrentándose en un encuentro mano a mano, apuñaló a los caballos del enemigo. Aquella batalla destruyó la fe que el rey había tenido en su caballería.

Nota: Año 66 a. de C. Apiano, Sobre Mitrídates, 98: *«A pesar de todo, la falta de provisiones causaba estragos y, por consiguiente, enviando embajadores a Pompeyo, solicitó saber de qué forma podría poner fin a la guerra. Éste le respondió: «En el caso de que nos entregues a los desertores y te rindas sin condiciones.» Cuando Mitrídates conoció la respuesta, comunicó a los desertores lo relativo a ellos y, al ver que tenían miedo, juró que nunca haría la paz con los romanos a causa de su avaricia, y que no les entregaría a nadie ni haría jamás otra cosa que no fuera para provecho común de todos. Éstas fueron sus palabras, y Pompeyo, ocultando en emboscada a una fuerza de caballería, envió a otros para que hostigaran abiertamente a los puestos de avanzada del rey; a éstos les ordenó que provocaran (al enemigo) y que retrocedieran como si estuvieran derrotados. (Así lo hicieron), hasta qua los que estaban emboscados los rodearon y los pusieron en fuga, y tal vez se hubieran precipitado a una con los fugitivos en el ulterior del campamento, si el rey, por temor a que esto ocurriera, no hubiera hecho avanzar la infantería, ante la cual los romanos retrocedieron. Éste fue el desenlace de la primera confrontación, en forma de combate ecuestre, entre Pompeyo y Mitrídates».*

34) En la Guerra de los Esclavos, Craso fortificó dos campamentos cercanos al lado del campamento del enemigo, cerca del Monte Cantenna. Entonces, una noche, movió sus fuerzas, conduciéndolas y ubicándolas en la base de la montaña arriba mencionada, dejando su tienda de cuartel general en el campamento más grande, a fin de engañar al enemigo. Dividiendo la caballería en dos destacamentos, ordenó a Lucio Quincio oponerse a Espartaco con una división y engañarlo con un encuentro fingido; con la otra atraerlo para combatir a los germanos y galos, de la facción de Casto y Cánico, y, fingiendo la huída, conducirlos al punto donde Craso mismo había preparado sus tropas en orden de batalla. Cuando los bárbaros lo siguieron, la caballería retrocedio a los flancos, y la fuerza romana se reveló de repente y se precipitó avanzando con

un grito. En aquella batalla Livio nos dice que fueron muertos treinta y cinco mil hombres armados, con sus comandantes; fueron recobrados cinco águilas romanas y veintiséis estandartes, junto con gran botín, incluyendo cinco juegos de varas y hachas.

Nota: Año 71 a. de C. Plutarco, Craso, 11 *: «Temió Craso no fuera que Espártaco concibiera el designio de marchar sobre Roma; mas luego se tranquilizó habiendo sabido que muchos le habían abandonado por discordias que con él tuvieron, y formando ejército aparte se habían acampado junto al lago Lucano, cuéntase de éste que por tiempos se muda, teniendo unas veces al agua dulce y otras salada, en términos de no poderse beber. Marchando Craso contra éstos, los retiró de la laguna, pero le impidió que los destrozase y persiguiese el haberse aparecido de pronto Espártaco con disposiciones de retirarse precipitadamente. Tenía escrito al Senado que era preciso hacer venir a Luculo de la Tracia, y a Pompeyo de la España; mas arrepentido entonces, se apresuró a concluir la guerra antes que aquellos llegasen, comprendiendo que la victoria se atribuiría al recién venido que había dado socorros. Resolvió, por tanto, acometer primero a los que se habían separado de Espártaco y que hacían campo aparte, siendo sus caudillos Gayo Canicio y Casto, y para ello envió a unos seis mil hombres con orden de que hicieran lo posible por tomar con el mayor recato cierta altura; pero, aunque ellos procuraron evitar que los sintiesen, enramando los morriones, al cabo fueron vistos de dos mujeres que estaban haciendo sacrificios por la prosperidad de los enemigos, y hubieran corrido gran peligro de no haber sobrevenido con la mayor celeridad Craso, y empeñado una de las más recias batallas, en la que, habiendo sido muertos doce mil y trescientos hombres, se halló que dos solos estaban heridos por la espalda, habiendo perecido los demás en sus mismos puestos, guardándolos y peleando con los Romanos. Retirábase Espártaco, después de la derrota de éstos, hacia los montes Petilinos; Quinto y Escrofa, legado el uno y cuestor el otro de Craso, le perseguían muy de cerca; mas volviendo contra ellos, fue grande la fuga de los Romanos, que con dificultad pudieron salvar, malherido, al cuestor. Este pequeño triunfo fue justamente el que perdió a Espártaco, porque inspiró osadía a sus fugitivos, los cuales ya se desdeñaban de batirse en retirada y no querían obedecer a los jefes, sino que, poniéndoles las armas al pecho cuando ya estaban en camino, los obligaron a volver atrás y a conducirlos por la Lucania contra los Romanos, obrando en esto muy a medida de los deseos de Craso, porque ya había noticias de que se acercaba Pompeyo, y no pocos hacían correr en los comicios la voz de que aquella victoria le estaba reservada, pues lo mismo sería llegar que dar una batalla y poner fin a aquella guerra. Dándose, por tanto, priesa a combatir y a situarse para ello al lado de los enemigos hizo abrir un foso, el que vinieron a asaltar los esclavos para pelear con los trabajadores; y como de una y otra parte acudiesen muchos a la defensa, viéndose Espártaco en tan preciso trance, puso en orden todo su ejército. Habiéndole traído el caballo, lo primero que hizo fue desenvainar la espada, y diciendo: "Si venciere, tendré muchos y hermosos caballos de los enemigos; mas si fuere vencido, no lo habré menester", lo pasó con ella. Dirigióse en seguida contra el mismo Craso por entre muchas armas y heridas; y aunque no penetró hasta él, quitó la vida a dos centuriones que se opusieron a su paso. Finalmente, dando a huir los que consigo tenía, él permaneció inmóvil, y, cercado de muchos, se defendió, hasta que lo hicieron pedazos. Tuvo Craso de su parte a la fortuna: llenó todos los deberes de un buen general y no dejó de poner a riesgo su persona, y, sin embargo, aún sirvió esta victoria para aumentar las glorias de Pompeyo, porque los que de aquel huían dieron en las manos de*

éste y los deshizo. Así es que, escribiendo al Senado, le dijo que Craso, en batalla campal, había vencido a los fugitivos, pero él había arrancado la raíz de la guerra. A Pompeyo se le decretó un magnífico triunfo por la guerra de Sertorio y de la España; pero Craso, lo que es el triunfo solemne, ni siquiera se atrevió a pedirlo; mas ni aun el menos solemne, a que llaman ovación, parecía propio y digno por una guerra de esclavos. En qué se diferencia éste del otro, y de dónde le venga el nombre, lo tenemos ya declarado en la vida de Marcelo».

35) Cayo Casio, luchando en Siria contra los partos y su líder Osaces, exhibió sólo la caballería al frente, pero apostó la infantería escondida en terreno escarpado en la retaguardia. Entonces, cuando su caballería retrocedio y se retiró sobre caminos conocidos, hizo entrar al ejército de los partos en la emboscada preparada para ellos y los despedazó.

Nota: Año 51 a. de C. Dión Casio, 40:29: *«Pero cuando fracasaron en tomar Antioquía, ya que Casio los rechazó con eficacia y ellos no podían continuar un sitio, retornaron a Antigonea. Y dado que las vecindades de esta ciudad estaban demasiado pobladas con árboles, y ellos no se atrevieron, ni fueron capaces de penetrar esta zona con la caballería, idearon un plan para cortar los árboles y dejar llano el lugar entero, de modo que pudieran acercarse a la ciudad con confianza y seguridad. Pero no pudiendo hacer esto, porque la tarea era grande y su tiempo era empleado en vano, mientras Casio acosaba a aquellos que se dispersaban del otro lado, ellos se retiraron con la intención de proceder contra algún otro lugar. Mientras tanto Casio puso una emboscada en el camino a lo largo del cual ellos debían marcharse, y enfrentándolos allí con unos pocos hombres, los indujo a que lo persiguieran, y luego, rodeándolos, mató a un gran número, incluyendo a Osaces. A la muerte de éste, Pacoro abandonó toda la Siria y nunca la invadió de nuevo».*

36) Ventidio, manteniendo a sus propios hombres en el campamento fingiendo temor, provocó que los partos y Labieno, quiénes eran regocijados por victoriosos éxitos, se declararan en favor de la batalla. Habiéndolos atraído a una situación desfavorable, los atacó de improviso y tanto los abrumó que los partos rechazaron seguir a Labieno y evacuaron la provincia.

Nota: Año 39 a. de C. Justino, Epítome, 42:4 § 7-8: *«Es por eso que, después de la derrota del partido de Pompeyo, ellos le enviaron socorros a Casio y a Bruto contra Augusto y Antonio, y, después del fin de la guerra, de nuevo bajo la conducta de Pacoro, que había hecho alianza con Labieno, asolaron Siria y Asia; atacan en masa el campo de Ventidio que había derrotado al ejército parto, en ausencia de Pacoro. Pero Ventidio, fingiendo terror, permaneció mucho tiempo encerrado en su campamento y se dejó insultar bastante por los partos. Al fin, soltó una parte de sus legiones sobre los enemigos, seguros de mismos y alegres, y, bajo su asalto, los partos se dispersaron en derrota».*

37) El mismo Ventidio, teniendo consigo disponible sólo una pequeña fuerza para su uso contra los partos bajo Farnastanes, pero observando que la confianza del enemigo crecía a consecuencia de su número, apostó dieciocho

cohortes a un lado del campamento en un valle escondido, con la caballería estacionada detrás de la infantería. Entonces envió un muy pequeño destacamento contra el enemigo. Cuando éstos, fingiendo la huída, indujeron al enemigo a una feroz persecución más allá del lugar de la emboscada, la fuerza en el costado apareció, con la cual Ventidio condujo a los partos a una fuga precipitada y los eliminó, Farnastanes entre ellos.

Nota: Año 39 a. de C. Plutarco, Antonio, 33 *: «Antonio, después del convenio, envió a Ventidio al Asia para que detuviera a los Partos, no dejándoles pasar más adelante, y habiendo sido nombrado, por hacer obsequio a Octavio César, sacerdote de César el Dictador, continuaron tratando en buena compañía y amistad de los más graves negocios; mas cuando se juntaban a divertirse y jugar, Antonio se sentía mortificado de que siempre era el que libraba peor; y es que tenía a su lado un Egipcio dado a la adivinación, de aquellos que examinan el signo, el cual, o instruido de Cleopatra, o teniéndolo por cierto, estaba diciendo continuamente a Antonio con sobrada libertad que, siendo su fortuna la más grande y brillante, se marchitaba al lado de la de César, y le aconsejaba que se alejara cuanto más pudiera de aquel joven. "Porque tu genio- le decía- teme al suyo; y siendo festivo y altanero cuando está solo, se queda tamañito y abatido luego que aquel parece"; y los hechos parece que venían en apoyo del Egipcio. Porque si se echaban suertes sobre cualquiera cosa a ver a quién le tocaba, o si jugaban a los dados, siempre era Antonio el que perdía. Echaban muchas veces a reñir gallos o codornices adiestradas, y siempre vencían los de César: con lo que recibía manifiesto disgusto Antonio; y bien por esta causa, o más bien por haber dado oídos al adivino, marchó de la Italia, dejando al cuidado de César sus cosas domésticas: aunque a Octavia la llevó en su compañía hasta la Grecia, habiendo ya tenido en ella una niña. Hallábase de invernada en Atenas cuando le llegaron las nuevas de las victorias de Ventidio, a saber: que había derrotado a los Partos en una batalla, en la que habían muerto Labieno y Farnapates, que era el mejor general de los del rey Hirodes. Por estos sucesos dio un banquete público a los Griegos, y combates a los Atenienses; para lo que, dejando en casa las insignias del mando, salió en ropa y calzado de confianza, con las batas de que usan los presidentes de los juegos, y por sí mismo separó, tomándolos del cuello, según costumbre, a los jóvenes combatientes».*

38) En una ocasión, cuando los campamentos de Cayo César y Afranio estaban emplazados en llanuras enfrentadas, la ambición especial de cada lado era asegurar la posesión de las colinas vecinas, una tarea de dificultad extrema debido a los afilados riscos. En esas circunstancias, César ordenó su ejército como para marchar atrás otra vez hacia Ilerda, movimiento necesario por su deficiencia de provisiones. Entonces, al poco rato, haciendo un pequeño desvío, comenzó de repente a tomar las colinas. Los seguidores de Afranio, alarmados a la vista de esto, justo como si su campamento hubiera sido capturado, comenzaron a correr para ganar las mismas colinas. César, habiendo previsto este giro de la cuestión, cayó sobre los hombres de Afranio, antes que pudieran formarse, en parte con la infantería, que había enviado delante y en parte con la caballería, enviada por la retaguardia.

Nota: Año 49 a. de C. Julio César, Las Guerras Civiles, 1:65-72: «LXV. *Cuando*

Afranio y Petreyo vistos a lo lejos los hubieron reconocido, espantados de la novedad, toman las alturas y ponen la gente en batalla. César en las llanuras hace reposar la suya por no llevarla fatigada al combate. Mas intentando los enemigos proseguir el viaje, sigue el alcance y les hace suspender la marcha. Ellos por necesidad se acampan antes de lo que tenían determinado, porque seguían unos montes, y a cinco millas iban a dar en senderos escabrosos y estrechos. Dentro de estos montes pensaban refugiarse para librarse de la caballería de César, y cerradas con guardias las gargantas, estorbarnos el paso, y con eso pasar ellos sin riesgo ni temor el Ebro. Esto era lo que habían de haber procurado y ejecutado a toda costa, pero rendidos del combate de todo el día y de la fatiga del camino, lo dilataron al día siguiente. César entre tanto asienta sus reales en un collado cercano.

***LXVI**. A eso de la medianoche cogió nuestra caballería algunos que se habían alejado del campo en busca de agua; averigua de ellos César que los generales enemigos iban a marchar de callada. Sabido esto, manda dar la señal de marcha y levantar los ranchos. Ellos que oyen la gritería, temiendo verse precisados a pelear de noche y con las cargas a cuestas, o que la caballería de César los detuviese en los desfiladeros, suspenden la marcha y se mantienen dentro de los reales. Al otro día sale Petreyo con algunos caballos a descubrir el terreno. Mácese lo mismo de parte de César, quien destaca a Decidió Saja con un piquete a reconocer el campo. Entrambos vuelven a los suyos con una misma relación: que las cinco primeras millas eran de camino llano; entraban luego las sierras y los montes; que quien cogiese primero estos desfiladeros, sin dificultad cerraría el paso al enemigo.*

***LXVII.** Petreyo y Afranio tuvieron consejo sobre el caso, y se deliberó acerca del tiempo de la partida. Los más eran de parecer que se hiciese de noche; que se podría llegar a las gargantas antes que fuesen sentidos. Otros, de la generala tocada la noche antecedente en el campo de César, inferían ser imposible encubrir su salida; que por la noche recorría la caballería de César el contorno y tenía cogidos todos los puestos y caminos; que las batallas nocturnas se debían evitar, porque cuando la guerra es civil, el soldado, una vez sobrecogido del miedo, suele moverse más por él que no por el juramento que prestó. Al contrario la luz del día causa de suyo mucho rubor a los ojos de todos, y no menos la vista de los tribunos y centuriones, lo cual sirve de freno y también de estímulo a los soldados; que por eso, bien mirado todo, era menester romper de día claro, que puesto caso que se recibiese algún daño, se podría a lo menos, salvando el cuerpo del ejército, coger el sitio que pretendían. Este dictamen prevaleció en el consejo, y así se determinó marchar al amanecer del día siguiente.*

***LXVIII.** César, bien informado de las veredas, al despuntar el alba, saca todas las tropas de los reales, y dando un gran rodeo, las va guiando sin seguir senda fija.*

Porque los caminos que iban al Ebro y a Octogesa estaban cerrados por el campo enemigo. Él tenía que atravesar valles muy hondos y quebrados; en muchos parajes los ciscos escarpados embarazaban la marcha, siendo forzoso pasar de mano en mano las armas, y que los soldados en cuerpo sin ellas, dándose unos a otros las manos, hiciesen gran parte de camino. Mas ninguno rehusaba este trabajo con la esperanza de poner fin a todos, si una vez lograban cerrar el paso del Ebro al enemigo y cortarle los víveres.

***LXIX**. Al principio los soldados de Afranio salían alegres corriendo de los reales a verlos, y les daban vaya gritando, «que por no tener que comer iban huyendo y se volvían a Lérida». En realidad el camino no llevaba al término propuesto, antes parecía enderezarse a la parte contraria. Con eso sus comandantes no se hartaban de aplaudir su resolución de haberse quedado en los reales; y se confirmaban mucho más en su opinión viéndolos puestos en viaje sin, bestias ni cargas, por donde presumían que no podrían por largo tiempo resistir al hambre. Mas cuando los vieron torcer poco a poco la marcha sobre la derecha, y repararon que ya los primeros se iban sobreponiendo al sitio de los reales, ninguno hubo tan lerdo ni tan enemigo del trabajo que no juzgase ser preciso salir al punto de las trincheras y atajarlos. Tocan alarma, y todas las tropas, menos algunas cohortes que dejaron de guardia, mueven y van en derechura al Ebro.*

***LXX.** Todo el empeño era sobrecoger la delantera y ocupar primero las gargantas y montes. A César retardaba lo embarazoso de los caminos; a las tropas de Afranio la caballería de César que les iba a los alcances. Verdad es que los afranianos se hallaban reducidos a tal estado que si arribaban los primeros a los montes, como pretendían, libraban en sí sus personas, mas no podían salvar los bagajes de todo el ejército ni las cohortes dejadas en los reales, a que de ningún modo era posible socorrer, quedando cortadas por el ejército de César*

César llegó el primero, y bajando de las sierras a campo raso, ordena en él sus tropas en batalla. Afranio, viendo su retaguardia molestada por la caballería, y delante de sí al enemigo, hallando por fortuna un collado, hizo alto en él. Desde allí destaca cuatro cohortes de adargueros al monte que a vista de todos se descubría el más encumbrado, ordenándoles que a todo correr vayan a ocuparlo, con ánimo de pasar, él allá con todas las tropas, y mudando de ruta, encaminarse por las cordilleras a Octogesa. Al tomar los adargueros la travesía para el monte, la caballería de César que los vio, se disparó contra ellos impetuosamente; a cuya furia no pudieron resistir ni siquiera un momento, sino que cogidos en medio, todos a la vista de ambos ejércitos fueron destrozados.

***LXXI.** Era ésta buena ocasión de concluir gloriosamente la empresa. Ni César dejaba de conocer que, a vista de la pérdida tan grande que acababa de recibir, atemorizado el ejército contrario, no podría contrastar, y más estando de todas partes cercado por la caballería, siendo el campo de batalla llano y despejado. Pedíanselo eso todos con instancias; legados, centuriones, tribunos corrían juntos a rogarle «no se detuviese en dar la batalla; que todos sus soldados estaban a cual más pronto; que al contrario, los de Afranio en muchas cosas habían dado muestras de su temor: en no haber socorrido a los suyos; en no bajar del collado; en no saberse defender de la caballería; en no guardar las filas, hacinados todos con sus banderas en un lugar. Que si reparaba en la desigualdad del sitio, se ofrecería sin duda ocasión de pelear en alguno proporcionado, pues Afranio seguramente había de mudarse de aquél, donde sin agua mal podía subsistir».*

***LXXII.** César había concebido esperanza de poder acabar con la empresa sin combate y sangre de los suyos, por haber cortado los víveres a los contrarios. « ¿A qué propósito, pues, aun en caso de la victoria, perder alguno de los suyos? ¿A qué fin exponer a las heridas soldados tan leales? Sobre todo, ¿para qué tentar a la fortuna, mayormente siendo no menos propio de un general el vencer con la industria que con la espada?» Causábale también lástima la muerte que preveía de tantos ciudadanos, y quería más*

lograr su intento sin sacrificar sus vidas. Este consejo de César desaprobaban los más. Y aun los soldados decían sin recato en sus conversaciones, que «ya que se dejaba pasar tan buena ocasión de la victoria, después por más que César lo quisiese, ellos no querrían pelear». Él persevera en su determinación, y se desvía un poco de aquel sitio para ocasionar menos recelo a los contrarios.

Petreyo y Afranio, valiéndose de la coyuntura, se recogen a los reales. César, apostadas guardias en las montañas y cerrados todos los pasos para el Ebro, se atrinchera lo más cerca que puede del campo enemigo».

39) Antonio, cerca de Foro Gallorum, habiendo oído que el cónsul Pansa se acercaba, se enfrentó a su ejército por medio de emboscadas, puestas aquí y allá en las extensiones boscosas a lo largo de la Vía Emilia, derrotando así a sus tropas, e infligiendo a Pansa mismo una herida de la cual él murió en pocos días.

Nota: Año 43 a. de C. Apiano, Guerras Civiles, 3:66-67-68-69: *«**66**. Así estaban las cosas en Módena. Mientras tanto, en Roma, en ausencia de los cónsules, Cicerón se había hecho dueño de la situación por medio de sus alocuciones públicas. Se celebraban frecuentes asambleas y se procuraba armas forzando a los artesanos armeros a fabricarlas sin recibir ninguna paga; recolectaba dinero e imponía cargas muy gravosas a los amigos de Antonio. Estos últimos las soportaban sin quejas para evitar la calumnia, hasta que Publio Ventidio, que había servido con Cayo César y era amigo de Antonio, no toleró la presión de Cicerón y marchó a las colonias de César, donde, como era bien conocido, reclutó dos legiones para entrar al servicio de Antonio y se apresuró hacia Roma para apoderarse de Cicerón. Entonces se produjo una conmoción inmensa, y la mayoría sacó fuera de la ciudad a sus mujeres e hijos, presa del pánico, y el mismo Cicerón huyó de la ciudad. Cuando lo supo Ventidio desvió su ruta hacia Antonio, pero, al ser interceptado por Octavio e Hircio, avanzó hasta el Piceno donde reclutó otra legión y aguardó el desarrollo de los acontecimientos*

Al acercarse Pansa con el ejército, Octavio e Hircio enviaron a su encuentro a Carsuleyo con la cohorte pretoriana de Octavio y la legión de Marte, con objeto de ayudarle en su paso a través del desfiladero. Antonio no prestó atención al desfiladero por entender que ello no conducía a otra cosa que a poner un obstáculo al enemigo, pero movido por su afán de lucha y como no podía destacar con la caballería debido a que el terreno era pantanoso y estaba atravesado por fosos, emboscó a sus dos mejores legiones en el pantano, ocultándolas con los cañaverales a uno y otro lado del camino, que había sido construido artificialmente y era estrecho.

***67**. Carsuleyo y Pansa atravesaron el desfiladero durante la noche, y al amanecer tan sólo con la legión Martia y otras cinco cohortes penetraron en el camino construido artificialmente, que todavía se hallaba limpio de enemigos. Mientras inspeccionaban el pantano a uno y otro lado de la carretera, el leve movimiento de las cañas despertó sus sospechas, después brotó aquí y allá el brillo de algún que otro casco y yelmo, y de repente surgió ante ellos, por el frente, la cohorte pretoriana de Antonio. Los soldados de la Martia, rodeados por todas partes y sin posibilidad ninguna de escape, ordenaron a los novatos que, si se les acercaba el enemigo se abstuvieran de unirse a ellos en el*

combate para que no les perturbaran a causa de su falta de experiencia. Y la cohorte pretoriana de Octavio se enfrentó a la de Antonio. El resto de las tropas se escindieron en dos y penetraron a uno y otro lado del pantano, bajo el mando de Pansa y Carsuleyo respectivamente. Así que se entablaron dos batallas en dos pantanos, impidiendo la carretera que cada uno supiera de la suerte del otro; y a lo largo de la carretera las cohortes pretorianas sostenían su otra batalla particular. Los soldados de Antonio tenían la intención de vengarse de los legionarios de la Martia por su deserción, por considerarlos traidores para con ellos mismos, y, a su vez, los de la Martia querían vengarse de aquéllos por su tolerancia con la matanza de sus compañeros en Brindisi. Sabedores unos y otros de que constituían la flor y nata de ambos ejércitos, esperaban decidir la suerte de toda la guerra en este único combate. A unos los animaba la vergüenza de que dos legiones fueran derrotadas por una sola y a los otros, en cambio, la ambición de derrotar ellos solos a dos legiones.

***68**. Con tal grado de enojo y ambición se atacaron mutuamente, considerando este asunto más como algo propio que de sus generales. A causa de su veteranía no dieron ningún grito de guerra, pues no esperaban aterrorizarse unos a otros, ni en el transcurso de la lucha nadie dejó oír su voz, tanto si vencía como si era derrotado. Como no había lugar a evoluciones y cargas, por combatir en zona pantanosa y con fosos, luchaban codo a codo, y al no poder rechazar al adversario se enzarzaban entre sí con las espadas corno en una lucha entre atletas. Ningún golpe resultaba fallido sino que se producían heridas, muertes y en vez de gritos, gemidos tan sólo. El que caía era retirado al punto, y otro ocupaba su lugar. No hacían falta advertencias y gritos de aliento, pues a causa de la experiencia cada uno era su propio general. Y cuando estaban agotados de fatiga, como en los certámenes gimnásticos, se separaban un poco para tomar respiro y de nuevo se reintegraban a la lucha. El estupor se apoderó de los bisoños cuando llegaron, al contemplar tales luchas realizadas en profundo silencio y orden.*

***69.** Esforzándose así todos de manera sobrehumana, la cohorte pretoriana de Octavio perdió hasta el último hombre. Aquellos soldados de la Martia a las órdenes de Carsuleyo se impusieron a sus adversarios, que se retiraron no de forma vergonzante, sino poco a poco. En cambio, los que estaban bajo Pansa sufrían, de igual modo, la peor parte, pero, con todo, resistieron por igual por ambas partes hasta que Pansa fue herido en el costado por una jabalina y fue retirado del campo de batalla a Bononia. Entonces sus soldados se replegaron, primero paso a paso, después con mayor rapidez volviendo la espalda como en una huida. Los soldados novatos, al verlos, huyeron en desorden dando gritos hacia el campamento que precisamente había preparado el cuestor Torcuato mientras se desarrollaba la batalla ante la sospecha de que fuera necesario. Los bisoños se congregaron en su interior en medio de la confusión, a pesar de que eran italianos igual que los de la Martia. Pues hasta tal punto aventaja el ejercicio a la raza en cuestiones de valor. Los de la Martia, en cambio, no penetraron en el campamento por miedo al deshonor y permanecieron en su proximidad, y aunque agotados por la fatiga, contaban aún con el suficiente coraje para, si alguien los atacaba, seguir combatiendo hasta el final inexorable. No obstante, Antonio se abstuvo de atacar a los legionarios de la Martia, por ser ello una empresa harto penosa, y cayendo sobre los nuevos reclutas causó una gran mortandad entre ellos».*

40) Juba, rey en África al momento de la Guerra Civil, fingiendo una retirada,

despertó una vez una injustificada euforia en el corazón de Curión. Bajo la influencia de esta esperanza equivocada, Curión persiguiendo a Saboras, general del rey, que, él pensó, estaba huyendo, desembocó en la llanura abierta, donde, rodeado por la caballería númida, perdió su ejército y él mismo pereció.

Nota: Año 49 a. de C. César, Las Guerras Civiles, 2:40-41-42: *«**XL**. Juba, luego que supo de Saboras el encuentro nocturno, envíale al pronto dos mil caballos españoles y galos, que solían ser reales guardias, y el trozo que más estimaba de la infantería. Él mismo a paso más lento va detrás con el resto de las tropas y cuarenta elefantes, sospechando que no faltaría Curión en persona, habiendo enviado por delante su caballería. Saboras escuadrona sus gentes de a caballo y de a pie, dándoles orden que, mostrando miedo, vayan retrocediendo poco a poco; que a su tiempo él daría la señal de acometer y ordenaría lo conveniente.*

41) Melanto, el general ateniense, en una ocasión se presentó al combate, en respuesta al desafío del rey del enemigo, Xanto, el beocio. Tan pronto como estuvieron de pie cara a cara, Melanto exclamó: "Tu conducta es injusta, Xanto, y contraria a un acuerdo. Yo estoy solo, pero tú has salido con una compañía contra mí." Cuando Xanto se preguntó quién lo seguía y miró hacia atrás, Melanto lo mató con un golpe solo, y su cabeza fue apartada del cuerpo.

Nota: Polieno 1:19: *«Los atenienses y beocios hacían la guerra respecto a Melanios. Mélanto mandaba a los atenienses, y Xanto estaba a la cabeza de los beocios; y Melanios era un cantón limítrofe de Atica y Beocia. Un oráculo había predicho a Xanto que sería vencido por astucia; y he aquí como el oráculo fue cumplido. Ambos jefes quisieron acabar el desacuerdo por medio de un combate singular entre ellos. Apuntando con las manos, Melanto exclamó «No te comportas bien, traes a un segundo, es una engaño». Xanto apartó la vista para ver quién era este segundo; y en el momento Mélanto lo perforó con un venablo. Los atenienses que se llevaron la victoria por este engaño, establecieron una fiesta anual en memoria de este encuentro; todavía la llamamos hoy la fiesta del Apaturia, como quien dice, del engaño».*

42) Ifícrates, el ateniense, en una ocasión en el Quersoneso, consciente que Anaxibio, comandante de los espartanos, avanzaba con sus tropas por tierra, desembarcó una gran fuerza de hombres de sus buques y los colocó emboscados, pero dispuso que sus barcos zarparan a la vista del enemigo, como si estuvieran cargados con todas sus fuerzas. Cuando los espartanos abandonaron su guardia y no recelaron peligro alguno, Ifícrates, atacándolos por tierra por la retaguardia mientras marchaban, los aplastó y derrotó.

Nota: Año 389-388 a. de C. Jenofonte, Helénica, 4:8 § 32 a 39: *«**[32]** Ellos, en efecto, no encontraron falta alguna con Dercílidas; pero Anaxibio, en vista de que los éforos se había hecho sus amigos, tuvo éxito en hacerse enviar a Abidos como gobernador. Y prometió que si recibía dinero y barcos, haría también la guerra contra los atenienses, de modo tal que los asuntos estarían tan bien con ellos en el Helesponto.*

***[33]** En consecuencia los éforos dieron a Anaxibio tres trirremes y dinero suficiente para*

mil mercenarios, y lo enviaron. Cuando hubo alcanzado Abidos, sus operaciones por tierra fueron las siguientes: después de reunir una fuerza mercenaria, procedió a separar algunas de las ciudades eolias de Farnabazo, tomar el campo en expediciones punitivas contra las ciudades que habían hecho expediciones contra Abidos, marchó sobre ellas, y devastó su territorio. Por el lado naval, además de los barcos que tenía, dotó totalmente a otros tres de Abidos, y trajo a puerto cualquier buque mercante que encontró en cualquier parte, perteneciente a los atenienses o sus aliados.

[34] *Los atenienses, sin embargo, enterándose de estas cosas, y temiendo que los resultados de todo el trabajo de Trasíbulo en el Helesponto pudieran ser arruinados por ellos, enviaron contra Anaxibio a Ifícrates, con ocho barcos y cerca de mil doscientos peltastas. La mayor parte de éstos eran los hombres que él había comandado en Corinto. Cuando los argivos incorporaron Corinto a Argos, dijeron que no tenían necesidad alguna de ellos; ya que Ifícrates había matado a algunos partidarios de Argos; en consecuencia él había vuelto a Atenas y optado por estar en casa en este tiempo.*

[35] *Cuando alcanzó el Quersoneso, Anaxibio al principio y él hicieron la guerra el uno al otro enviando partidas de asalto; pero a medida que el tiempo pasó, Ifícrates averiguó que Anaxibio había ido a Antandro con sus mercenarios, los lacedemonios que estaban con él, y doscientos hoplitas de Abidos, y oyó que había entablado con Antandro relaciones de amistad. De donde, sospechando que después de que él hubiera también establecido su guarnición allí, volvería otra vez y llevaría a los abidenos a casa, Ifícrates atravesó durante la noche la parte más desierta del territorio de Abidos, y trepando a las montañas, puso una emboscada. Además, ordenó a los trirremes que había traído a través del estrecho, que zarparan al amanecer a lo largo de la costa del Quersoneso, hasta el estrecho, a fin de que pudiera parecer que había navegado por el Helesponto para reunir dinero, como él solía hacer.*

[36] *Habiendo hecho todas estas cosas no se decepcionó, ya que Anaxibio realmente retrocedió, aunque - al menos, como la historia cuenta - sus sacrificios durante aquel día no se demostraron favorables; pero a pesar de aquel hecho, pleno de confianza desdeñosa porque él avanzaba por un país amistoso y hacia una ciudad amistosa, y porque tuvo noticias por aquellos que lo encontraron, que Ifícrates había zarpado en dirección del Proconeso, hacía su marcha de una manera bastante descuidada.*

[37] *Sin embargo, Ifícrates no apareció de la emboscada hasta que el ejército de Anaxibio estuvo en tierra firme; cuando los abidenos, que estaban en la vanguardia, estaban ahora en la llanura de Cremaste, donde están sus minas de oro, y el resto del ejército que seguía a lo largo estaba en la cuesta hacia abajo, y Anaxibio con sus lacedaemonios justo comenzaba el descenso, en ese momento Ifícrates sacó a sus hombres de su emboscada y se precipitó sobre él a la carrera.*

[38] *Entonces Anaxibio, juzgando que no había ninguna esperanza de salvación, en vista de que vio que su ejército se extendía sobre un camino largo y estrecho, y pensó que aquellos que habían continuado delante serían claramente incapaces de acudir a su ayuda arriba de la colina, y habiendo percibido que todos estaban en un estado de terror cuando vieron la emboscada, dijo a aquellos que estaban con él: "señores, es honorable para mí morir aquí, pero apresúrense a salvarse antes de llegar a un enfrentamiento*

cerrado con el enemigo."

[39] *Así habló, y tomando su escudo de su escudero, cayó luchando en aquel punto. Su juventud favorita, sin embargo, permaneció a su lado, e igualmente de entre los lacedemonios aproximadamente doce de los gobernadores, que habían venido de sus ciudades y se habían unido a él, habían luchado y cayeron con él. Pero el resto de los lacedemonios huyó y cayó uno tras otro, persiguiéndolos el enemigo hasta la ciudad. Además, aproximadamente doscientos de las otras tropas de Anaxibio fueron muertos, y aproximadamente cincuenta de los hoplitas abidenos. Y después de llevar a cabo estas cosas, Ifícrates volvió otra vez al Quersoneso».*

43) Los liburnios en una ocasión, cuando habían tomado una posición entre algunos bajíos, permitiendo sólo que sus cabezas aparecieran por encima de la superficie del agua, hicieron creer al enemigo que el agua era profunda. De esta manera una galera que los siguió varó en el bajío, y fue capturada.

44) Alcibíades, comandante de los atenienses en el Helesponto contra Mindaro, líder de los espartanos, teniendo unos gran ejército y numerosos buques, desembarcó a algunos de sus soldados por la noche, y escondió parte de sus barcos detrás de ciertos cabos. Él mismo, avanzando con unas pocas tropas, como para atraer al enemigo por el desprecio a su pequeña fuerza, huyó cuando fue perseguido, hasta que finalmente hizo caer al enemigo en la trampa que había sido puesta. Luego, atacando al enemigo en la retaguardia, cuando desembarcó, lo despedazó con la ayuda de las tropas que él había desembarcado con este mismo objetivo.

Nota: Año 410 a. de C. Polieno, 1:40 § 9: *«Alcibíades envió del lado de Cízico a Terámenes y Trasíbulo, con un gran número de buques, para obstaculizar a los enemigos el camino a esta ciudad; y luego dominó el mar con un pequeño número de buques. Míndaro que despreciaba esta poco considerable flota, avanzó contra Alcibíades que fingió darse a la fuga. Míndaro, creyendo asegurada la derrota de los atenienses, los persiguió con mucha satisfacción. Pero Alcibíades, habiéndolo atraído al costado donde estaban Terámenes y Trasíbulo, dio la señal, y girando la borda, presentó la proa a los enemigos. Míndaro quiso entonces tomar el camino de Cízico, pero los buques de Terámenes le cortaron el paso. Míndaro decidió entonces desembarcar en Cleres en el país de Cízico, pero Farnabazo se opuso a su desembarco. Alcibíades por su lado golpeó con el espolón de sus buques a los de los enemigos que estaban en alta mar, y se afirmó con ganchos de hierro a los que estaban sobre la orilla, mientras que Farnabazo destrozaba las tropas de Míndaro que habían desembarcado. Finalmente Míndaro fue muerto, y Alcibíades se llevó una victoria brillante».*

45) El mismo Alcibíades, en una ocasión, estando por trabarse en un combate naval, erigió varios mástiles en un cabo, y ordenó a los hombres que abandonó allí, que extendieran velas en éstos tan pronto como notaran que el enfrentamiento había comenzado. Por este medio hizo que el enemigo se retirara, ya que imaginaron que otra flota venía a su ayuda.

46) Memnón, el rodio, en un encuentro naval, poseyendo una flota de doscientos barcos, y deseando atraer a los buques del enemigo para luchar, hizo preparativos para levantar los mástiles en sólo algunos de sus barcos, ordenando a éstos que avanzaran primero. Cuando el enemigo desde una distancia vio el número de mástiles, y de esto dedujo el número de buques, presentó batalla, pero le cayó encima un número más grande de barcos y fueron derrotados…

47) Timoteo, el líder de los atenienses, cuando estaba por trabarse en un encuentro naval con los espartanos, tan pronto como la flota espartana salió ordenada en línea de batalla, envió adelante veinte de sus buques más veloces, para obstaculizar al enemigo de cualquier modo y por varias tácticas. Entonces tan pronto como observó que el enemigo se hacía menos activo en sus maniobras, avanzó y los derrotó fácilmente, ya que ellos ya estaban completamente exhaustos.

Nota: Año 375 a. de C. Polieno, 3:10 § 6: *«Al hacer Timoteo la guerra por mar a los Lacedemonios, guarneció con soldados la popa de sus galeras, y los tuvo allí en descanso, enviando adelante veinte fragatas ligeras, con orden de hostigar a los buques enemigos con muchos movimientos. Los Lacedemonios se cansaron extremadamente de remar, y no tenían un momento de descanso. Timoteo, fresco, hizo adelantar sus galeras, y habiendo dado combate, se llevó una señalada victoria».*

VI. SOBRE DEJAR ESCAPAR AL ENEMIGO, A MENOS QUE, ACORRALADOS, RENUEVEN LA BATALLA DESESPERADAMENTE

1) Cuando los galos, después de la batalla librada bajo el generalato de Camilo, desearon barcos para cruzar el Tíber, el Senado votó enviarlos a través del río y suministrarles provisiones también. En una ocasión subsiguiente también fue facilitado un paso libre para la gente de la misma raza cuando se retiraban del distrito Pomptino. Este camino lleva por nombre "el camino galo".

Nota: Año 349 a. de C*. Se refiere a Lucio Furio Camilo, hijo del gran Camilo.*

2) Tito Marcio, un caballero romano, a quién el ejército confirió el mando supremo después que los dos Escipiones fueron muertos, tuvo éxito en envolver a los cartagineses. Cuando éstos, a fin de no morir sin vengarse, luchaban con furia creciente, Marcio abrió los manípulos, proporcionó espacio para la fuga, y cuando los enemigos estuvieron separados, los mató sin riesgo para sus propios hombres.

Nota: Año 212 a. de C. Livio, 25:37: *«Cuando parecía destruido el ejército y perdida España para los romanos, un hombre solo restableció los desesperados asuntos. En el ejército romano había un caballero llamado L. Marcio, hijo de Septimio, joven muy activo y cuyo valor e ingenio eran muy superiores a su condición. Tan excelentes disposiciones se habían perfeccionado en la escuela de Cn. Escipión, bajo cuyas órdenes había aprendido en tantos años todos los secretos del arte de la guerra. Este joven,*

después de recoger los restos del ejército derrotado y haberlos reforzado con todo lo que pudo extraer de las guarniciones, formó un cuerpo bastante considerable, a cuyo frente se reunió con T. Fonteyo, teniente de Escipión. Un simple caballero romano tuvo entonces bastante influencia entre los soldados, para que, cuando se hubieron fortificado allende el Ebro, y hubo que nombrar un general en los comicios militares, los soldados que iban a votar, al relevarse en las guardias de las fortificaciones y de los puestos, por unánime consentimiento le otorgasen el mando en jefe.

Todo el tiempo (y fue muy corto) que precedió a la llegada del enemigo, se empleó en fortificar el campamento y en aprovisionarlo, ejecutándose las órdenes con tanto celo como intrepidez. Pero a la noticia de que Asdrúbal Gisgón se acercaba después de haber pasado el Ebro para destruir el resto del ejército y que avanzaba a marchas forzadas; a la vista de la señal de batalla dada por el nuevo jefe, recordando los soldados qué generales tenían en otro tiempo, con qué jefes y con qué compañeros estaban acostumbrados a marchar al combate, comenzaron a llorar y a golpearse la frente; unos alzaban las manos al cielo como para acusar a los dioses; otros, tendidos en el suelo, invocaban a su antiguo general. La desolación no la calmaban ni las exhortaciones de los centuriones ni las palabras suaves o severas de Marcio: "¿Por qué se deshacían en llanto como tímidas mujeres, en vez de aguijonear su valor para defenderse ellos y defender la república y pensar en vengar la muerte de sus generales?" De pronto oyen el sonido caban a los parapetos; la ira sucede en el acto a la desesperación; los romanos, en un acceso de rabia, se precipitan a las puertas y caen sobre los cartagineses que avanzaban negligentemente y en desorden. Aquella brusca salida difunde en el acto el terror en sus filas; sorpréndeles ver tantos enemigos levantarse inopinadamente contra ellos, después de la pérdida de su ejército casi entero. ¿De dónde proceden tanta audacia y confianza en enemigos vencidos y fugitivos? ¿Qué general había reemplazado a los dos Escipiones muertos? ¿quién mandaba en aquel campamento? ¿Quién había dado la señal del combate? Después de estas múltiples preguntas sobre tantas cosas imprevistas, quedan al pronto inciertos y estupefactos y retroceden; atacados en seguida con sumo vigor, vuelven la espalda. Espantosa matanza hubieran hecho los romanos, o se habrían dejado llevar a una persecución temeraria y peligrosa, si Marcio no se hubiese apresurado a mandar retirada, y si colocado delante de las enseñas de las primeras filas y reteniendo él mismo algunos soldados, no hubiera puesto término a la pelea y recogido al campamento sus tropas ávidas aún de sangre y de matanza. Los cartagineses, rechazados primeramente lejos de las fortificaciones, viendo que nadie les perseguía, atribuyeron a temor la retirada de los romanos y volvieron a su campamento con la lentitud que inspira el desprecio. Igual negligencia tuvieron en guardarlo; porque si bien estaba cerca el enemigo, al fin lo constituían los restos de dos ejércitos destrozados pocos días antes. Informado Marcio de que la negligencia de los cartagineses se extendía a todo, después de reflexionar bien en ello, formó un proyecto que, al pronto, parecía más temerario que atrevido: el de atacarles en sus mismos parapetos; creyendo que le sería más fácil apoderarse del campamento de Asdrúbal solo, que defender el suyo contra los tres ejércitos y los tres generales reunidos de nuevo: además, el éxito de esta empresa restablecería las cosas; y si quedaba rechazado, el ataque que iba a dar demostraría al menos que no era enemigo despreciable».

3) Cuando ciertos germanos que Cayo César había descrito como que luchaban más ferozmente por la desesperación, ordenó que les fuera permitido escapar, y

luego los atacó mientras huían.

4) En Trasimeno, cuando los romanos fueron rodeados y luchaban con la mayor furia, Aníbal abrió sus filas y les dio una oportunidad de fuga, con lo cual, cuando huyeron, los derrotó sin pérdida alguna de sus propias tropas.

Nota: *Año 217 a. de C.*

5) Cuando los etolios, bloqueados por Antígono, rey de los macedonios, sufrían de hambre y habían resuelto hacer una salida de cara a una muerte cierta, Antígono les proporcionó un corredor para huir. Así, habiendo enfriado su ardor, los atacó por la retaguardia y los destrozó.

Nota: Año 223 a 221 a. de C. *Se refiere a Antígono III Dosón (263-221 a. de C.)*

6) Agesilao, el espartano, trabado en batalla con los tebanos, notó que el enemigo, cercado por las características del terreno, luchaba con la mayor furia debido a su desesperación. En consecuencia, abrió sus filas y proporcionó a los tebanos una vía de escape. Pero cuando trataron de retirarse, los envolvió nuevamente, y los abatió desde atrás sin pérdida para sus tropas.

Nota: Año 394 a. de C. Plutarco, Agesilao, 18: «*Adelantóse a Queronea, y habiendo descubierto a los enemigos, y sido también de ellos visto, ordenó su batalla, dando a los Orcomenios el ala izquierda, y conduciendo él mismo el ala derecha. Los Tebanos tuvieron asimismo, por su parte, la derecha, y los Argivos la izquierda. Dice Jenofonte que aquella batalla fue más terrible que ninguna otra de aquel tiempo, habiéndose hallado presente en auxilio de Agesilao después de su vuelta del Asia. El primer encuentro no halló resistencia ni costó gran fatiga, porque los Tebanos al punto pusieron en fuga a los Orcomenios, y a los Argivos Agesilao; pero habiendo oído unos y otros que sus izquierdas estaban en derrota y huían, volvieron atrás. Allá la victoria era sin riesgo si Agesilao, prosiguiendo en acuchillar a los que se retiraban, hubiera querido contenerse de ir a dar de frente con los Tebanos; pero arrebatado de cólera y de indignación corrió contra ellos, con deseo de rechazarlos también de poder a poder. Como ellos no los recibieron con menos valor, se trabó una recia batalla de todo el ejército, más empeñada todavía contra el mismo Agesilao, que se hallaba colocado entre sus cincuenta, cuyo, ardor le fue muy oportuno, debiéndoles su salvación. Porque aun peleando y defendiéndole con el mayor denuedo, no pudieron conservarlo ileso, habiendo recibido en el cuerpo, por entre las armas, diferentes heridas de lanza y espada, sino que con gran dificultad le retiraron vivo; entonces, protegiéndole con sus cuerpos, dieron muerte a muchos, y también de ellos perecieron no pocos. Hiciéronse cargo de lo difícil que era rechazar a los Tebanos, y conocieron la necesidad de ejecutar lo que no habían querido en el principio, porque les abrieron claro, partiéndose en dos mitades; y cuando hubieron pasado, lo que ya se verificó en desorden, corrieron en su persecución, hiriéndolos por los flancos; mas no por eso consiguieron ponerlos en fuga, sino que se retiraron al monte Helicón, orgullosos con aquella batalla, a causa de que por su parte salieron invictos*».

7) Cneo Manlio, el cónsul, volviendo de una batalla encontró el campamento de los romanos en posesión de los etruscos. Por lo tanto apostó guardias en todas las puertas y provocó al enemigo, así cerrado adentro, a tal punto de furia que él mismo fue muerto en los enfrentamientos. Cuando sus lugartenientes se dieron cuenta de la situación, retiraron los guardias de una puerta y proporcionaron a los etruscos una oportunidad para fugar. Más cuando éstos salieron, los romanos los persiguieron y los destrozaron, con ayuda del otro cónsul, Fabio, que apareció de pronto.

Nota: Año 480 a. de C. Livio, 2:47: *«Restablecido por este lado el combate, en el otro extremo luchaba con igual vigor el cónsul Cn. Manlio, mostrándose la fortuna casi lo mismo. Mientras Manlio, lo mismo que Q. Fabio en la otra ala, estrechaba al enemigo, casi derrotado ya, los soldados le habían seguido con ardor pero cuando una herida grave le obligó a retirarse del campo, persuadidos de que había muerto, comenzaron a ceder, y hasta habrían emprendido la fuga si el otro cónsul no hubiese acudido a toda brida con algunas turmas de caballería, y gritando en su presencia la derrota. Manlio se presentó también para restablecer el combate. La presencia de los dos cónsules, a quienes conocían bien, inflamó el valor de los soldados; por otra parte, la línea del enemigo había perdido ya parte de su fuerza; porque confiando en la superioridad del número, había separado su reserva, enviándola a sitiar el campamento. Esta lo tomó al asalto sin mucha resistencia; pero mientras olvida el combate para no ocuparse más que del botín, los triarios romanos, que no habían podido resistir el primer choque, hacen avisar a los cónsules lo quo ocurre; y en seguida, replegándose en derredor del Pretorio, vuelven ellos mismos al ataque. Entre tanto regresa al campamento el cónsul Manlio, coloca soldados en todas las puertas y cierra toda salida al enemigo. La desesperación inflama a los toscanos, inspirándoles más rabia que audacia; y después de intentar inútilmente muchas veces escapar por los puntos por donde esperaban encontrar salida, un grupo de guerreros jóvenes se arroja sobre el mismo cónsul, a quien reconocen por la armadura. Los primeros dardos los pararon los que le rodeaban; pero muy pronto no pudieron resistir tan vigoroso empuje; el cónsul, herido mortalmente, cayó y todo se desvaneció. Entonces redobló la audacia de los toscanos; los romanos corren aterrados de un extremo a otro del campamento, y el mal iba a quedar sin remedio, si los legados, después de retirar el cadáver del cónsul, no hubiesen abierto una puerta para dar paso al enemigo, que se precipitó por aquella salida; pero esta gente en desorden encontró en su fuga al otro cónsul victorioso, que la destroza y pone en dispersión. Gloriosa era la victoria, pero entristecida por dos grandes pérdidas. Por esta razón contestó el cónsul, cuando el Senado le concedió el triunfo: "Que si el ejército podía triunfar sin el general, accedía de buen grado, en atención a su brillante comportamiento en aquella guerra; pero que en cuanto a él, cuando su familia estaba contristada por la muerte de Q. Fabio, cuando la república estaba huérfana de uno de sus cónsules, no aceptaría un laurel marchitado por el duelo público y por el de su familia". Este triunfo rehusado fue más glorioso para él que todo el aparato de la pompa triunfal; tan cierto es que la gloria oportunamente rehusada, viene a ser más brillante y más hermosa. Fabio celebró en seguida los funerales de su colega y de su hermano. Encargado de pronunciar el elogio fúnebre de uno y otro, les concedió las alabanzas que habían merecido, cuya mayor parte recaía sobre él. Prosiguiendo constantemente el proyecto que había formado a su entrada en el consulado de reconquistar el cariño del pueblo, repartió la asistencia de los soldados heridos entre las familias patricias, dando el mayor número a los Fabios, y en ninguna*

parte se les cuidó mejor. Desde entonces fueron populares los Fabios, debiendo la popularidad a medios saludables para la república».

8) Cuando Jerjes fue derrotado y los atenienses deseaban destruir su puente, Temístocles previno esto, mostrando que era mejor para ellos que Jerjes fuera expulsado de Europa que ser obligado a luchar con desesperación. También envió al rey un mensajero para decirle en qué peligro estaría, en caso de que hiciera una retirada precipitada.

Nota: *Año 480 a. de C. Heródoto, 8:108, adjudica el consejo de no destruir el puente a Euribíades: «Al llegar el día, viendo los Griegos en el mismo campo el ejército de tierra, daban por supuesto que la armada debía hallarse en el puerto de Falero. Con esto, pues, persuadidos a que el enemigo volvería a combatir por mar, se preparaban, por su parte, a rechazarle. Pero informados después de que se habían hecho las naves a la vela, parecióles ir en seguimiento de ellas sin más dilación. Siguieron, en efecto, su rumbo hasta llegar a Andros; pero sin poder descubrir la armada de Jerges. En Andros, consultando sobre el asunto, fue de parecer Temístocles, que echando por en medio de aquellas islas y persiguiendo a las naves, se encaminasen en derechura al Helesponto con ánimo de cortarles el puente. Dio Euribiades un parecer totalmente contrario, diciendo que no podían los Griegos irrogar a la Grecia mayor daño que cortar el puente al enemigo; porque si el Persa, sorprendido, se veía precisado a quedarse en la Europa, no querría, sin duda, estarse tranquilo y ocioso, viendo que con la acción le sería imposible llevar adelante sus intereses, pues, así no se le abriría camino alguno para la retirada y perecería de hambre su ejército; que por el contrario, el se animaba y ponía manos a la obra, todo le podría salir muy bien en las ciudades y naciones de la Europa, o bien tomándolas a viva fuerza, o capitulando con ellas antes de apelar a las armas; que tampoco les faltarían víveres echando mano de la cosecha anual de los Griegos; que él discurría que vencido el Persa en la batalla naval, no pensaría en quedarse en Europa; que lo mejor era dejarle huir cuanto quisiese hasta parar en sus dominios; pero que una vez vuelto a ellos, entonces sí les exhortaba a que allí le hiciesen guerra».*

9) Cuando Pirro, rey de los epirotas, capturó cierta ciudad y notó que los habitantes, encerrados adentro, habían cerrado las puertas y luchaban valerosamente por extrema necesidad, les dio una oportunidad para escapar.

10) El mismo Pirro, entre muchos otros preceptos del arte de la guerra, nunca recomendó presionar implacablemente en los talones de un enemigo en fuga, no simplemente para evitar que el enemigo resista muy furiosamente a consecuencia de la necesidad, sino también para inclinarlo a que se retire nuevamente, sabiendo que el vencedor no se esforzaría en destruirlo estando en fuga.

VII. SOBRE CÓMO DISIMULAR REVESES

1) Tulio Hostilio, rey de los romanos, estaba trabado en una ocasión en batalla con los veyentinos, cuando los albanos, abandonando el ejército de los romanos,

treparon a las colinas vecinas. Puesto que esta acción desconcertó a nuestras tropas, Tulio gritó en voz alta que los albanos habían hecho eso por sus instrucciones, con el objeto de envolver al enemigo. Esta declaración infundió terror en los corazones de los veyentinos y prestó confianza a los romanos. Por este medio dio un giro al resultado de la batalla.

Nota: Livio, 1:27: *«No fue muy duradera la paz con los albanos, careciendo el dictador de la firmeza necesaria para resistir el odio popular, que le censuraba haber abandonado la suerte pública a tres guerreros; y porque el resultado defraudó sus buenos propósitos, recurrió a la perfidia para recobrar el favor del pueblo, y así como buscó la paz en la guerra, buscó la guerra en la paz. Pero viendo en los suyos más valor que fuerza, apeló a otros pueblos, excitándoles a declarar la guerra a Roma y a hacérsela abiertamente, reservando a los suyos el papel de traidores. Los fidenatos, colonia romana, trajeron a los veyos a la trama, y alentados por las seguridades que les daba Metto, que prometía unírseles, empuñaron las armas y se prepararon a la guerra. Cuando estalló ésta, Tulo llamó a Metto con su ejército, marchó contra los enemigos, cruzó el Anio y acampó en la confluencia de este río con el Tíber. Los veyos habían atravesado el Tíber entre este punto y la ciudad de Fidenas, formando sus gentes el ala derecha, que se extendía por las orillas del río; a la izquierda estaban los fidenatos, más cerca de las montañas. No era Metto más valiente que fiel, por lo que no atreviéndose a guardar el punto que le habían confiado ni a pasarse abiertamente al enemigo, acercóse poco a poco a las montañas. Cuando se consideró bastante alejado de los romanos mandó detenerse a los suyos; y no sabiendo ya qué hacer, desplegó sus columnas, proponiéndose llevar su auxilio allí donde se mostrase la fortuna. Los romanos, que conservan su posición, extrañan aquel movimiento, que les dejaba descubierto un flanco, y muy pronto llega a la carrera un jinete a decir a Tulo que los albanos se retiran. Aterrado Tulo, hace votos de consagrar a Marte doce sacerdotes salios y de construir un templo a la Palidez y al Pavor. En seguida mandó al jinete con voz amenazadora y bastante fuerte para que le oyese el enemigo, que volviera al combate y no temiese, que los albanos ejecutaban aquel movimiento por orden suya para cortar a los fidenatos. En seguida le manda que los jinetes tengan levantadas las lanzas. Esta hábil evolución evitaba que la mayor parte de los peones romanos viesen la retirada de los albanos; y los que la habían observado, engañados por las palabras del rey, que creían verdaderas, combaten con mayor denuedo. Apodérase el terror de los fidenatos, habiendo oído y comprendido de la misma manera la respuesta del rey, porque muchos de ellos, habiendo partido de Roma para fundar la colonia, conocían la lengua latina. Temiendo que bajando bruscamente de la altura los albanos les cortasen el camino de su ciudad, volvieron la espalda, declarándose en fuga. Persígueles Tulo, derrota al cuerpo de los fidenatos y vuelve con mayor brío contra los veyos, aturdidos ya por la derrota de sus aliados. Los veyos, no pudiendo sostener el empuje, se desbandan y huyen, pero el río que corre a su espalda les detiene. Al llegar a la orilla unos arrojaban cobardemente las armas y se lanzaban ciegos al agua; otros, vacilando entre la fuga y el combate, son muertos en medio de sus vacilaciones. En ninguna batalla habían derramado los romanos tanta sangre enemiga».*

2) Cuando un lugarteniente de Lucio Sila se había pasado al enemigo al principio de un enfrentamiento, acompañado por una considerable fuerza de caballería, Sila anunció que esto había sido hecho por sus propias instrucciones. De tal modo no simplemente salvó a sus hombres del pánico, sino que los

alentó por una cierta expectativa de ventaja a resultar de este plan

3) El mismo Sila, cuando al enemigo había rodeado y destrozado a ciertas tropas auxiliares enviadas por él, temiendo que su ejército entero entrara en pánico a causa de este desastre, anunció que él había colocado adrede a los auxiliares en un lugar de peligro, puesto que habían planeado desertar. De esta manera veló un muy palpable revés bajo el disfraz de la disciplina, y animó a sus soldados convenciéndolos de que él había hecho esto.

4) Cuando los enviados del rey Sifax dijeron a Escipión en nombre de su rey que no cruzase a África desde Sicilia en expectativa a una alianza, Escipión, temiendo que los espíritus de sus hombres recibieran un choque, si la esperanza de una alianza extranjera era suprimida, despidió sumariamente a los enviados, e hizo correr el rumor en el extranjero que él fue expresamente enviado por Sifax.

Nota: Año 204 a. de C. Livio, 29:23,24: *«**23.** Mientras sucedían estas cosas en Roma, los cartagineses, que habían colocado puestos de observación en todos los promontorios. que interrogaban a todos los viajeros, que se aterraban a cada noticia, después de pasar el invierno en alarma, consiguieron una alianza muy importante para la defensa de África, atrayendo a su causa al rey Sifax, persuadidos como estaban de que Escipión contaba especialmente con la cooneración de este príncipe Para el éxito de su invasión. Entre Asdrúbal, hijo de Gisgón,y Sifax existían relaciones de hospitalidad. como antes dijimos, cuando Escipión y Asdrúbal, partiendo de España, la casualidad les reunió a la vez en su corte; pero se había tratado además de un enlace de familia, debiendo el rey casarse con la hija del general cartaginés. Queriendo Asdrúbal acelerar la terminación de este asunto y fijar la época del matrimonio, porque su hija era núbil, marchó a ver al rey, y, encontrándolo profundamente apasionado, como lo son los númidas los más ardientes y exaltados de los pueblos bárbaros, hizo venir a su hija de Cartago y apresuró el matrimonio. En medio de las fiestas y de la alearía, al enlace particular de las dos familias siguió la alianza entre los dos pueblos, uniéndose los cartagineses y Sifax por mutuos compromisos, prometiéndose balo la fe del juramento tener los mismos amigos y los mismos enemigos. Pero Asdrúbal no había olvidado que existía un tratado entre Escipión y el rey. Conociendo la inconstancia y volubilidad de los bárbaros, temió que, si los romanos pasaban al África, aquel matrimonio fuese débil lazo para el númida: aprovechó, pues, la embriaguez de aquel nuevo amor de Sifax y le decidió, con auxilio de las caricias de su hija, a que enviase legados a Escipión en Sicilia para disuadirle de pasar al África bajo la fe de sus anteriores promesas. Sifax mandó decir al general romano "que acababa de casarse con la hija de Asdrúbal, ciudadano de Cartago a quien Escipión vio en su corte; que se había unido por un tratado de alianza con el pueblo cartaginés; que su deseo más ardiente era ver el teatro de la guerra entre romanos y cartagineses fijo, como lo había estado hasta entonces, fuera del África, con objeto de no encontrarse en la necesidad de tomar parte en sus querellas y adoptar un partido en contra del otro; que si P. Escipión no renunciaba a sus proyectos sobre el África, si dirigía sus tropas a Cartago, se vería obligado a combatir por la tierra en que había nacido, por la patria de su esposa, por su padre y sus penates."*

24. *Con estas instrucciones marcharon los legados a ver a Escipión, a quien encontraron en Siracusa. Veía Escipión que perdía un apoyo poderoso para su guerra de África y una grande esperanza para el triunfo; sin embargo, apresuróse a despedir a los legados, antes de que se conociese el objeto de su misión, y les entregó cartas para Sifax, exhortándole encarecidamente a "no violar las leyes de la hospitalidad, ni la alianza que había contraído con el pueblo romano; a respetar la justicia, la buena fe, los juramentos y a los dioses testigos y árbitros de los tratados." Pero no podía ocultarse la llegada de los númidas, que habían recorrido la ciudad y se habían presentado en el pretorio: si se guardaba silencio acerca del objeto de su misión, podía temerse que la verdad se divulgase por sí misma con tanta más rapidez como cuidado se ponía en reservarla, y que el ejército se desalentase ante la idea de combatir al mismo tiempo a Sifax y a los cartagineses. Escipión separó de lo cierto a los soldados, diciéndoles una falsedad. Reunidas las legiones, les dijo que: "ya no era tiempo de vacilar; los reyes, aliados suyos, le instaban para que pasase cuanto antes al África. Masinisa se había presentado a Lelio quejándose de que perdía el tiempo en vanas dilaciones. Sifax le enviaba legados para mostrarle también su asombro, para conocer el motivo de tan largo retraso y exhortarle a que dispusiera al fin el paso de su ejército al África, o que le dijera si había cambiado de propósito, para que pudiese él proveer a su seguridad y la de sus Estados. Así, pues, encontrándose terminados todos los preparativos, tomadas todas las disposiciones y siendo muy importante no diferir la empresa, había decidido reunir la flota en Lilibea, llevar allí todas las fuerzas de infantería y caballería y, con el auxilio de los dioses, con el primer viento favorable hacer vela hacia el África." En seguida escribió a M. Pomponio para que marchase a Lilibea, si lo creía conveniente, para ponerse de acuerdo acerca de la elección de las legiones y del número de tropas que había de llevar consigo. Al mismo tiempo envió a toda la costa orden de embargar las naves de transporte y llevarlas a Lilibea. Cuanto encerraba la Sicilia en naves y tropas se reunió en aquel punto: en la ciudad no cabía tan considerable número de hombres, y el puerto era estrecho para tantas naves. Todos ardían en deseos de pasar al África, y hubiérase dicho que iban, no a hacer la guerra, sino a recoger el premio de segura victoria. Los restos del ejército de Cannas especialmente, estaban convencidos de que con Escipión y no con ningún otro jefe podrían, combatiendo valerosamente por la República, merecer que se les libertase de su ignominioso servicio. Escipión, por su parte, estaba muy lejos de desdeñar aquellas tropas: sabía perfectamente que no debía imputarse a su cobardía el desastre de Cannas, y que en el ejército romano no había soldados tan veteranos, tan hábiles en todo género de combates, y especialmente en los sitios. Aquellas legiones eran la quinta y la sexta. Díjoles que iba a llevarlas al África, las revistó, dejó los hombres que no le parecieron aptos para aquella campaña, y los reemplazó con soldados que había llevado de Italia, completándolas de manera que cada una constase de seis mil doscientos infantes y trescientos jinetes. En seguida tomó lo más escogido de la infantería y la caballería de los aliados latinos que formaban parte del ejército de Cannas».*

5) En una oportunidad en que Quinto Sertorio estaba trabado en batalla, hundió una daga en el bárbaro que le había relatado que Hirtuleyo había caído, por temor a que el mensajero llevara estas noticias al conocimiento de otros y de esta manera el espíritu de sus propias tropas se quebrara.

Nota: Año 75 a. de C.

6) Cuando Alcibíades, el ateniense, fue fuertemente presionado en la batalla por los abidenos y de repente vio a un mensajero que se acercaba a gran velocidad y con el semblante abatido, impidió al mensajero decir abiertamente que noticias traía. Habiendose enterado en privado que su flota estaba sitiada por Farnabazo, el comandante del rey, ocultó el hecho tanto al enemigo como a sus propios soldados, y terminó la batalla. Entonces, marchando inmediatamente para rescatar su flota, llevó ayuda a sus amigos.

Notas… Año 409 a. de C.

7) Cuando Aníbal entró en Italia, tres mil carpetanos lo abandonaron. Temiendo que el resto de sus tropas pudiera ser afectado por su ejemplo, proclamó que ellos habían sido despedidos por él, y como prueba adicional de esto, envió a casa a algunos otros cuyos servicios eran de muy poca importancia.

Nota: Año 218 a. de C. Livio, 21:23: «Regocijado con esta visión, pasa el Ebro por tres puntos, cuidando de enviar delante gentes encargadas de ganar por medio de presentes a los galos, cuyo territorio tenía que atravesar, y de reconocer en seguida los pasos de los Alpes. Noventa mil infantes y mil doscientos caballos pasaron el Ebro bajo sus órdenes. En seguida sometió los ilergetas, los bargusios, los ausetanos y la Lacetania, situada al pie de los Pirineos, entregando todo este país a la custodia de Hannón con objeto de hacerse dueño de las gargantas que unen las Españas con las Galias. Hannón recibió mil infantes y mil caballos para conservar esta conquista. Cuando entraron en los desfiladeros do los Pirineos y entre los bárbaros tomó más consistencia el rumor de una guerra con los romanos, retrocedieron tres mil infantes carpetanos, menos asustados de la guerra que de la extensión del camino y de la infranqueable barrera de los Alpes. No atreviéndose Aníbal a llamarles ni a retenerles por la fuerza, por miedo de irritar aquellos caracteres agrestes, envió a sus hogares más de siete mil hombres, en los que había observado repugnancia a aquella guerra, fingiendo de esta manera haber despedido a los carpetanos».

8) Cuando Lucio Lúculo notó que la caballería macedonia, a la que él tenía como auxiliares, desertaba entera repentinamente al enemigo, ordenó que las trompetas sonaran y que fueran enviados escuadrones a perseguir a los desertores. El enemigo, pensando que comenzaba un enfrentamiento, recibió a los desertores con jabalinas, con lo cual los macedonios, viendo que no eran bienvenidos por el enemigo y atacados por aquellos que abandonaban, se vieron obligados a recurrir a una batalla genuina y asaltaron al enemigo.

Nota: Año 74-66 a. de C.

9) Datames, comandante de los persas contra Autofradates en Capadocia, enterándose que parte de su caballería desertaba, ordenó que el resto de sus tropas siguiera con él. Llegándose hasta los desertores, los elogió por tratar de superarlo en su impaciencia, y también los impulsó a atacar al enemigo valientemente. Prisioneros entre la vergüenza y la penitencia, los desertores cambiaron su objetivo, imaginando que no habían sido descubiertos.

Nota: Año 362 a. de C. Diodoro Sículo, 15:91: *«Los pueblos que se habían sublevado contra el Rey eligieron como su general a Orontes a cargo de todas las ramas de la administración. Este, habiendo asumido el mando y los fondos necesarios para reclutar mercenarios, reuniendo la paga de un año para doce mil soldados, procedió a traicionar su confianza. Pues sospechando que obtendría del Rey no sólo grandes premios sino también la satrapía de toda la región costera si entregaba a los rebeldes en manos de los Persas, primero arrestó a aquellos que traían el dinero y los envió a Artajerjes; luego entregó muchas de las ciudades y a muchos de los soldados que habían sido reclutados a los oficiales en jefe que habían sido enviados por el Rey. [2] De similar manera, se produjo también la traición en Capadocia, donde una cosa extraña e inesperada tuvo lugar. Artabazo, el general del Rey, había invadido Capadocia con un gran ejército, y Datames, el sátrapa del país, había hecho campaña contra él, porque había reclutado muchos caballos y tenía veinte mil mercenarios sirviendo con él. [3] Pero el suegro de Datames, quien mandaba la caballería, deseando ganar favor y al mismo tiempo teniendo un ojo puesto en su propia salvación, desertó de noche y se pasó con la caballería al enemigo, habiendo un día antes tenido tratos con Artabazo sobre la traición. [4] Datames entonces convocó a sus mercenarios, les prometió grandes premios y lanzó un ataque contra los desertores. Encontrándolos en el punto de reunión de los desertores con el enemigo y a él mismo atacando al mismo tiempo a la guardia de Artabazo y a los jinetes desertores, mató a todos los que trabaron combate cuerpo a cuerpo. [5] Artabazo, al principio inconsciente de la verdad y sospechando que el hombre que había desertado de Datames estaba haciendo una contra-traición, ordenó a sus hombres matar a todos los équites que se habían aproximado. Y Mitrobarzanes, cogido entre los dos grupos, uno buscando venganza contra él como traidor, el otro tratando de castigarlo por la contra-traición estaba en un problema, pero como la situación no permitía tiempo para deliberar, recurrió a la fuerza, y peleando contra ambos bandos les causó graves pérdidas. Cuando, finalmente, más de diez mil habían caído, Datames, habiendo puesto al resto de los hombres de Mitrobarzanes en huida y matado a muchos de ellos, llamó con las trompetas a sus soldados que se habían ido en su persecución. [6] Entre los supervivientes en la caballería algunos volvieron junto a Datames y le rogaron perdón, el resto nada hizo, no teniendo un lugar al que volver, y finalmente, siendo unos quinientos, fueron rodeados y abatidos por Datames. [7] En cuanto a Datames, aunque incluso antes de esto era admirado por su liderazgo, en este momento ganó una aclamación mucho mayor por su valor y su sagacidad en el arte de la guerra, pero el Rey Artajerjes, cuando supo de la hazaña de Datames como general, porque se impacientaba por librarse de él, instigó su asesinato».*

10) El cónsul Tito Quincio Capitolino, habiendo los romanos cedido terreno en una batalla, afirmó falsamente que el enemigo había sido derrotado en el otro flanco. Así, dando coraje a sus hombres, obtuvo una victoria.

Nota: Año 468 a. de C. Livio, 2:64: *«A fines de este ano se obtuvo un poco de paz, pero turbada, como de ordinario, por la lucha de los patricios y del pueblo. Irritado éste, no quiso tomar parte en los comicios consulares; nombrando cónsules los patricios y sus clientes a T. Quincio y Q. Servilio. El año de su magistratura se pareció al anterior, comenzando con sediciones que calmaron después ante la guerra extranjera. Los sabinos atravesaron precipitadamente el territorio de Crustumerio, llevando la matanza y los*

incendios a las orillas del Anio y casi habían llegado a la puerta Colina, bajo los muros de Roma, cuando les rechazaron. Retiréronse, sin embargo, con inmenso botín, tanto en hombres como en ganados. El cónsul Servilio les persiguió al frente de un ejército que no respiraba más que venganza, y, no pudiendo alcanzarles en campo raso, llevó tan lejos las devastaciones, que por todas partes no dejó más que ruinas, y regresó a Roma cargado de despojos de todo género. Brillantes triunfos se consiguieron contra los volscos, debidos tanto al general como a los soldados. Libróse primeramente un combate en campo raso, y por ambas partes resultaron muchos muertos y muchos más heridos: los romanos, cuyo reducido número hacía las pérdidas más sensibles, estaban a punto de retroceder, cuando el cónsul, con ingeniosa mentira, les reanimó gritando que los volscos huían en en la otra ala. Precipítanse sobre el enemigo, y, creyéndose vencedores, llegan a serlo en efecto. Temiendo el cónsul que una tenaz persecución reprodujese el combate, hizo dar la señal de retirada. Muchos días pasaron durante los cuales los dos ejércitos descansaron, como en virtud de tregua tácita; entre tanto llegaron fuertes refuerzos al campamento enemigo de todos los pueblos de los equos y de los volscos. Teniendo por cierto que si los romanos llegaban a enterarse, se retirarían a favor de la oscuridad, el enemigo avanzó para atacar su campamento cerca de la tercera vigilia. Después de calmar Quincio el tumulto ocasionado por aquella repentina alarma, mandó a los soldados que permaneciesen tranquilos en las tiendas, y colocó en observación la cohorte de los hérnicos; al mismo tiempo bocinas, con cabalgar orden a los que tocaban los cuernos y las mantener al enemigo tocar delante del campamento y en alarma hasta el amanecer. De tal manera tranquila fue el resto de la noche en el campamento, que los romanos hasta su parte, a la pudieron de aquellos peones que suponían más numerosos y que creyeron romanos, ante la inquietud y relinchos de aquellos caballos que extrañaban el peso de jinete desconocido y el ruido que resonaba en sus orejas, permanecieron alerta cual si esperasen un ataque».

11) Cuando Manlio luchaba contra los etruscos, su colega Marco Fabio, comandante del flanco izquierdo, fue herido, y por lo tanto aquella sección del ejército cedio el paso, imaginando que el cónsul había sido muerto. Entonces Manlio encaró la línea rota con escuadrones de caballería, gritando que su colega estaba vivo y que él él mismo había resultado victorioso en el flanco derecho. Por este espíritu intrépido, restauró el coraje de sus hombres y obtuvo la victoria.

Nota: Año 480 a. de C. Livio, 2:46-47: 46. *Esperaban casi con certeza que los romanos no combatirían con ellos más que con los equos, y hasta creían poder contar con alguna resolución más ruidosa todavía en el estado de exaltación en que se encontraban los ánimos en aquella ocasión mucho más ventajosa. El resultado fue muy distinto. En ninguna guerra empeñaron los romanos con más encarnizamiento la batalla; tan exasperados les tenían los insultos del enemigo y las dilaciones de los cónsules. Apenas tuvieron los etruscos tiempo para desplegarse; en cuanto en el primer choque lanzaron los dardos, más al azar que con acierto, vinieron a las manos, acometiendo con las espadas, género de combate en el que Marte es más terrible. En la primera fila daban los Fabios hermoso espectáculo, elocuente ejemplo a sus conciudadanos. Uno de ellos, Fabio (cónsul tres años antes) avanzaba el primero contra las apretadas filas de los veyos, cuando un soldado etrusco, orgulloso con su fuerza y su destreza, le sorprende en medio de un grupo de enemigos y le atraviesa el pecho con su*

espada; Fabio se arranca. el acero de la herida y cae. La caída de un solo hombre se hace sentir en los dos ejércitos; los romanos comenzaban ya a ceder, cuando el cónsul M. Fabio se lanza más adelante del caído, y presentando su escudo al enemigo exclama: "Soldados, ¿habéis jurado volver fugitivos al campamento? ¿Teméis más a cobardes enemigos que a Júpiter y Marte, por quienes habéis jurado? En cuanto a mí, que nada he jurado, volveré vencedor o caeré a tu lado, Q. Fabio". Entonces K. Fabio, cónsul el año anterior, dirigiéndose a Marco: "¿Crees, hermano mío, que conseguirás con palabras que combatan? Solamente lo conseguirán los dioses, testigos de su juramento. En cuanto a nosotros, corno compete a los próceres, como es digno del nombre de los Fabios, procuremos con nuestro ejemplo, más bien que con exhortaciones, inflamar los ánimos de los soldados". En seguida corren a la primera fila los dos Fabios, empuñando las lanzas, arrastrando en pos a todo el ejército.

47. *Restablecido por este lado el combate, en el otro extremo luchaba con igual vigor el cónsul Cn. Manlio, mostrándose la fortuna casi lo mismo. Mientras Manlio, mismo que Q. Fabio en la otra ala, estrechaba al enemigo, casi derrotado ya, los soldados le habían seguido con ardor; pero cuando una herida grave le obligó a retirarse del campo, persuadidos de que había muerto, comenzaron a ceder, y hasta habrían emprendido la fuga si el otro cónsul no hubiese acudido a toda brida con algunas turmas de caballería, y gritando en su presencia la derrota. Manlio se presentó también para restablecer el combate. La presencia de los dos cónsules, a quienes conocían bien, inflamó el valor de los soldados; por otra parte, la línea del enemigo había perdido ya parte de su fuerza; porque confiando en la superioridad del número, había separado su reserva, enviándola a sitiar el campamento. Ésta lo tomó al asalto sin mucha resistencia; pero mientras olvida el combate para no ocuparse más que del botín, los triarios romanos, que no habían podido resistir el primer choque, hacen avisar a los cónsules lo que ocurre; y en seguida, replegándose en derredor del Pretorio, vuelven ellos mismos al ataque. Entre tanto regresa al campamento el cónsul Manlio, coloca soldados en todas las puertas y cierra toda salida al enemigo. La desesperación inflama a los toscanos, inspirándoles más rabia que audacia; y después de intentar inútilmente muchas veces escapar por los puntos por donde esperaban encontrar salida, un grupo de guerreros jóvenes se arroja sobre el mismo cónsul, a quien reconocen por la armadura. Los primeros dardos los pararon los que le rodeaban; pero muy pronto no pudieron resistir tan vigoroso empuje; el cónsul, herido mortalmente, cayó y todo se desvaneció. Entonces redobló la audacia de los toscanos; los romanos corren aterrados de un extremo a otro del campamento, y el mal iba a quedar sin remedio, si los legados, después de retirar el cadáver del cónsul, no hubiesen abierto una puerta para dar paso al enemigo, que se precipitó por aquella salida; pero esta gente en desorden encontró en su fuga al otro cónsul victorioso, que la destroza y pone en dispersión. Gloriosa era la victoria, pero entristecida por dos grandes pérdidas. Por esta razón contestó el cónsul, cuando el Senado le concedió el triunfo: "Que si el ejército podía triunfar sin el general, accedía de buen grado, en atención a su brillante comportamiento en aquella guerra; pero que en cuanto a él, cuando su familia estaba contristada por la muerte de Q. Fabio, cuando la república estaba huérfana de uno de sus cónsules, no aceptaría un laurel marchitado por el duelo público y por el de su familia". Este triunfo rehusado fue más glorioso para él que todo el aparato de la pompa triunfal; tan cierto es ue la gloria oportunamente rehusada, viene a ser más brillante y más hermosa. Fabio celebró en seguida los funerales de su colega y de su hermano. Encargado de pronunciar el elogio fúnebre de uno y otro, les concedió las*

alabanzas que habían merecido, cuya mayor parte recaía sobre él. Prosiguiendo constantemente el proyecto que había formado a su entrada en el consulado de reconquistar el cariño del pueblo, repartió la asistencia de los soldados heridos entre las familias patricias, dando el mayor número a los Fabios, y en ninguna parte se les cuidó mejor. Desde entonces fueron populares los Fabios, debiendo la popularidad a medios saludables para la república».

12) Cuando Mario luchaba contra los cimbrios y los teutones, sus ingenieros en una ocasión eligieron un sitio para el campamento sin dar importancia a que los bárbaros controlaban el abastecimiento de agua. En respuesta a la demanda de los soldados por agua, Mario señaló con su dedo hacia el enemigo y dijo: "Ahí es donde ustedes deben conseguirla." Inspirados así, los romanos expulsaron inmediatamente a los bárbaros del lugar.

Nota: Año 102 a. de C. Floro, 3:3: *«Los Cimbrios, los Teutones y los Tigurinos, ahuyentados de los últimos confines de la Germania a causa de que el Océano inundó sus territorios, buscaban por do quiera nuevas comarcas donde asentarse. Rechazados de Galia y España; penetraron en Italia; despacharon emisarios al campamento de Silano y desde aquí al Senado, pidiendo que, á título de sueldo, el pueblo de Marte les concediera algunas tierra, á trueque de las cuales aquél podría hacer uso, cuando á bien lo tuviera, de sus servicios militares. Mas, qué podría ceder el pueblo romano, próximo á entablar una lucha intestina con motivo de la ley agraria?. Denegada la petición, resuelven, una vez que no han sido atendidos, apelar a las armas. A Silano no le fue posible contener el primer ímpetu de estos bárbaros, ni a Manilo ni Escipión resistir su segundo y tercer empuje. Todos fueron dispersados y arrojados de sus campamentos. Roma hubiera sucumbido, á no aparecer Mario en aquel siglo. No atreviéndose á empeñar en seguida combate alguno, tuvo al soldado encerrado en el campamento hasta que languideciera el furor é ímpetus irresistibles que, a manera de valor, poseían los bárbaros. Pasaron éstos á la vista de los Romanos provocándoles, y les preguntaban (tal era la confianza que tenían de apoderarse de Roma) «si mandaban algo para sus mujeres.» Prontos á ejecutar sus amenazas, avanzan, divididos en tres cuerpos de ejército, por los Alpes, barrera de la Italia. Mario, marchando con pasmosa rapidez por los atajos, salió al encuentro del enemigo. En las mismas faldas de los Alpes alcanzó á los Teutones y en el lugar denominado Aquæ Sextiæ, ¡Oh Dioses, y qué batalla les presentó! Ocupaban aquéllos el valle y río que le atraviesa: nuestros soldados carecían de agua. Mario, ya lo hiciera de intento, ora sacase partido de su misma imprecaución, lo cierto fue que aguijoneado el valor por la necesidad fue causa de una completa victoria. Como el ejército pidiera agua, el Cónsul les contestó: «¿No sois hombres? pues delante de vosotros la tenéis.» Fue tanto el ardor con que se peleó y tal la carnicería producida en el enemigo, que el Romano victorioso bebió en el ensangrentado río menos agua que sangre derramada por los bárbaros. El mismo rey Teutoboco, acostumbrado á montar sucesivamente sobre cuatro ó seis caballos, apenas si encontró uno sobre el que huir. Apresado en un bosque inmediato, fue el más curioso espectáculo en el día del triunfo: este hombre de talla gigantesca sobresalía por cima de sus mismos trofeos».*

13) Tito Labieno, después de la Batalla de Farsalia, cuando su porción fue derrotada y él mismo huyó a Dirraquio, combinó la falsedad con la verdad, y sin ocultar el resultado de la batalla, fingió que las fortunas de ambos lados

habían sido igualadas a consecuencia de una severa herida recibida por César. Por este fingimiento, creó confianza en los otros seguidores del partido de Pompeyo.

Nota: Año 48 a. de C.

14) Marco Catón, habiendo desembarcado inadvertidamente con una simple galera en Ambracia en un momento en que la flota aliada estaba bloqueada por los etolios, aunque no tenía tropa alguna con él, comenzó sin embargo a hacer señales por voz y gestuales, a fin de dar la impresión que convocaba a los barcos próximos de sus propias fuerzas. Por la seriedad con que hizo esto, alarmó al enemigo, justo como si las tropas, a las que él pretendía convocar a la mano, se acercaran visiblemente. Los etolios, en consecuencia, temiendo que serían aplastados por la llegada de la flota romana, abandonaron el bloqueo.

Nota: Año 191 a. de C.

VIII. SOBRE CÓMO RESTAURAR LA MORAL CON FIRMEZA

1) En la batalla en la cual el rey Tarquinio enfrentó a los sabinos, Servio Tulio, entonces un joven, notando que los portaestandartes luchaban sin entusiasmo, capturó un estandarte y lo lanzó en las filas del enemigo. Para recuperarlo, los romanos lucharon tan furiosamente que no sólo recobraron el estandarte, sino que también obtuvieron la victoria.

Nota: Floro, 1:11: «*Aguijoneados los Latinos por la emulación y la envidia, favorecían á los Tarquinos con el propósito de que el pueblo romano, ya que dominaba en el exterior, fuera, por lo menos, siervo dentro de sus muros. Todo el Lacio, capitaneado por Mumilio Tusculano, se alzó para vengar al Rey.*

Peleóse por largo tiempo y con desigual fortuna cerca del lago Regilo, hasta que el mismo dictador Postumio, apelando á un nuevo ardid, arrojó en medio del campo enemigo una de las insignias romanas para obligar á sus tropas á rescatarla, y Coso, jefe de la caballería, dio orden de soltar el freno á los caballos (cosa nueva también), para caer con más rapidez sobre el enemigo. Llegó á tal punto la fiereza del combate, que, según es fama, intervinieron en él los Dioses: á nadie se le ocurrió dudar de que dos que montaban en blancos caballos eran Castor y Pólux. El general pidió que acudieran en su socorro, prometiendo, una vez conseguido el triunfo, erigir dos templos, lo cual cumplió, pagando de este modo tan sagrada deuda á sus divinos compañeros de armas. Pelearon hasta aquí los Romanos por la libertad, después con constancia y sin tregua con los mismos Latinos, con el fin de ensanchar los límites del territorio».

2) El cónsul Furio Agripa, cuando en una ocasión su flanco cedio el paso, arrebató un estandarte militar de un portaestandarte y lo lanzó en las hostiles filas de los hérnicos y los equos. Por este acto se obtuvo la victoria, por la gran impaciencia de los romanos presionando por recobrar el estandarte.

Nota: Año 446 a. de C. Livio, 3:52: *«En la batalla mandaba Quincio el ala derecha, Agripa la izquierda, Sp. Postumio Albo recibió, en calidad de legado, el mando del centro; y Ser. Sulpicio, con el mismo titulo, el de la caballería. La infantería del ala derecha luchó con ardor, resistiendo bien los volscos. Ser. Sulpicio penetró con la caballería por el centro enemigo, y aunque hubiese podido reunirse con los suyos por el mismo camino antes de que se rehiciesen las desordenadas filas, prefirió atacarles por la espalda. Un momento le bastó, por medio de un ataque a le retaguardia, para disipar a un enemigo alarmado por aquel doble ataque; pero la caballería de los volscos y de los equos le detuvo algún tiempo, oponiéndole la misma maniobra. Entonces gritó Ser. Sulpicio: "No puede vacilarse. Los romanos serán cortados y envueltos si no se esfuerzan en vencer en aquel combate de caballería. No basta ahuyentar los jinetes, si conservan sus medios de ataque; es necesario exterminar al caballo y al caballero para que ninguno vuelva a la carga y pueda empezar de nuevo el combate. No se resistirá a hombres ante quienes han cedido las apretadas filas de la infantería". No fueron sordos los soldados a estas palabras. En un solo ataque ponen en derrota a toda la caballería, desmontan a la mayor parte y clavan con sus lanzas hombres y caballos. Desde aquel momento no tuvieron ya que sostener combate de caballería y atacan en seguida las filas de la infantería, enterando de su triunfo a los cónsules, cuando las líneas enemigas comienzan a ceder. Esta noticia redobla el ardor de los romanos victoriosos y abate el de los equos, que retroceden. La victoria comienza por el centro, cuyas filas había roto el paso de la caballería. Quincio derrotó en seguida el ala izquierda, costando más trabajo la de la derecha. Allí Agripa, animado por la juventud y la fuerza, viendo que en los otros puntos la victoria era más rápida que en el suyo, arranca las enseñas de manos de los signíferos, se adelanta y hasta arroja algunas entre las filas más apretadas del enemigo. Temen los soldados la vergüenza de perderlas y se precipitan para reconquistarlas. La victoria es al fin igual en todas partes. Un mensajero llega entonces a anunciarle de parte de Quincio que es vencedor y amenaza al campamento enemigo, pero que no quiere atacar hasta saber si ha terminado el combate en el ala izquierda. Si el enemigo está derrotado, que su colega acuda a reunirse con él para que todo el ejército tenga parte igual en el botín. Los dos cónsules victoriosos se saludan con reciprocas felicitaciones delante del campamento enemigo».*

3) El cónsul Tito Quincio Capitolino lanzó un estandarte en el medio de las filas hostiles de los faliscos y mandó que sus tropas lo recobraran.

Nota: *No existe otro registro más que éste de Tito Quincio Capitolino guerreando con los faliscos.* ***Livio, 4:29*** *atribuye esta estratagema a Tito Quincio Cincinato en la guerra contra los volscos en el 431 a. de C.: «El impetuoso ataque de Mesio le llevó con sus valerosas tropas por entre montones de cadáveres hasta el campamento de los volscos, que aún no había sido tomado. Todo el ejército le siguió. El cónsul, que había perseguido a los fugitivos hasta el pie de los parapetos, comenzó en seguida el ataque; el dictador hace avanzar sus tropas sobre otro punto, y el asalto no es menos enérgico que la batalla. Dícese que el cónsul, para excitar a los soldados, arrojó una enseña entre los parapetos, y que sus esfuerzos por recuperarla comenzaron la derrota. El dictador, por su parte, después de derribar las empalizadas, había trabado el combate dentro del mismo campamento. Entonces arrojan los enemigos las armas y se entregan, siendo todos cogidos con el campamento y vendidos, exceptuando los senadores. Una parte del botín, que los latinos y los hérnicos reconocieron como suya, se les entregó; el dictador vendio*

el resto en subasta, y después de dejar el mando al cónsul entró en triunfo en Roma, donde abdicó».

4) Marco Furio Camilo, tribuno militar con poder consular, en una ocasión cuando sus tropas vacilaban, tomó a un signífero de la mano y lo arrastró a las hostiles filas de los volscos y latinos, ante lo cual el resto se sintió tan avergonzado como para seguirlo.

Nota: Año 386 a. de C. Livio, 6:7-8*: «Proclamada la vacación de negocios (justitium) y terminada la leva, marchan hacia Sutrium Furio y Valerio. Además del ejército de los volscos, formado de juventud escogida, los anziatos habían llamado a considerable número de latinos y de hérnicos, pueblos que se habían conservado íntegros durante larga paz. Así, pues, la unión de estos nuevos enemigos a los antiguos, quebrantó el valor del soldado romano. Mientras se ocupaba Camilo en disponer su orden de batalla, los centuriones le anunciaron "que conturbados los soldados, tomaban a disgusto las armas; que vacilaban y rehusaban salir del campamento; que hasta se habían oído algunas voces diciendo que iban a combatir uno contra ciento. Si aquella multitud estuviese desarmada, apenas se podría hacerle frente; armada, ¿cómo resistirla?" Camilo montó a caballo, llegó delante de las enseñas al frente de las legiones, y comenzó a recorrer las filas: "¿Qué significa esa tristeza, soldados? ¿Por qué esa extraña vacilación? ¿No conocéis al enemigo, ni a mí, ni os conocéis vosotros mismos? ¿Qué otra cosa es el enemigo para vosotros que objeto perpetuo de valor y gloria? Vosotros, por el contrario, mandados por mí (sin mencionar la toma de Faleria y de Veyas, y en nuestra patria reconquistada, la matanza de las legiones de los galos), ¿no conseguisteis en otro tiempo por triple victoria tres veces el triunfo sobre esos mismos volscos, sobre esos equos, sobre toda la Etruria? ¿Acaso porque os he dado la señal, no como dictador, sino como tribuno, no me reconocéis ya como vuestro jefe? No deploro carecer de mayor autoridad sobre vosotros, y vosotros no debéis contemplar en mí más que a mí mismo, porque la dictadura nunca aumentó mi valor, como no lo disminuyó el destierro. Somos lo que éramos, y puesto que traemos a esta guerra lo que hemos llevado a las otras, debemos esperar igual éxito. Una vez en el combate, cada cual hará lo que ha aprendido, lo que está acostumbrado a hacer. Vosotros venceréis y ellos huirán."*

Dada en seguida la señal, baja del caballo, empuña la enseña más inmediata y la lleva hacia el enemigo: "¡Soldado, grita, avanza con tu enseña!" Cuando vieron a Camilo, debilitado ya por la vejez, avanzar hacia el enemigo, todos se precipitan detrás, lanzando el grito de guerra y diciéndose unos a otros: "¡Sigamos al general!" Dícese que Camilo mandó arrojar la enseña en las filas enemigas, y que los soldados de la vanguardia se lanzaron para recobrarla. Los anziatos fueron desde luego rechazados, y el terror se extendió desde las primeras filas hasta el centro de la reserva. Aterraba a los volscos, no tanto la impetuosidad y el ardor del soldado, como la presencia y la vista de Camilo. Así era que por donde quiera que se presentaba, llevaba infaliblemente con él la victoria. Prueba brillante se vio de esto cuando en el momento en que iba a ceder el ala derecha, lanzándose sobre un caballo, sin dejar su escudo de peón, acudió y restableció el combate, mostrando por todas partes el ejército victorioso. Ya no era dudoso el éxito, pero su mismo número estorbaba al enemigo para huir, y se necesitaba mucha carnicería para exterminar aquella multitud; el soldado estaba extenuado de fatiga, y de pronto violenta tempestad y torrentes de lluvia vinieron a interrumpir la victoria más que el

combate. Entonces se dio la señal de retirada, y la noche que sobrevino terminó la guerra sin trabajo para los romanos. En efecto, los latinos y los hérnicos, abandonando a los volscos, regresaron a su territorio con el resultado que merecía su perfidia. Viéndose abandonados los volscos por aquellos mismos sobre cuya fe se habían levantado, abandonaron el campamento y se encerraron en Sutrium. Camilo quiso al pronto rodearlos con una trinchera, elevar calzadas y sitiarlos en regla; pero viendo que ninguna salida de la plaza estorbaba los trabajos, y que los volscos tenían muy poco valor rara que retrasasen la victoria que esperaba, arengó a las tropas, diciendo "que no se extenuasen como en el sitio de Veyas en trabajos sin término; que tenían la victoria en las manos." Y el soldado, lleno de ardor, atacó la ciudad, la escaló y la tomó. Los volscos arrojaron las armas y se rindieron».

5) Salvio, el peligno, hizo lo mismo en la guerra contra Perseo.

Nota: Año 168 a. de C. Plutarco, Emilio, 20: *«Grande era la contienda contra éstos; y en ella Marco, el hijo de Catón, yerno de Emilio, que había dado pruebas del mayor valor, perdió la espada. Como era propio de un joven instruido en muchas ciencias, y que a su gran padre era deudor de hechos correspondientes a una gran virtud, teniendo por la mayor afrenta que vivo él quedara una prenda suya en poder de los enemigos, corre la línea y donde ve algún amigo o deudo le refiere lo que le ha sucedido y le pide auxilio.*

Reúnensele muchos de los más esforzados, y rompiendo con ímpetu por entre los demás, bajo la guía del mismo Marco, se arrojan sobre los contrarios. Retirándolos con muchas heridas, y dejando el sitio desierto y despejado, se dedican a buscar la espada. Aunque con gran dificultad, halláronla por fin escondida bajo montones de armas y de cadáveres, con lo que alegres y triunfantes cargan con mayor denuedo sobre aquellos enemigos que aún resistían. Finalmente, los tres mil escogidos, manteniendo su puesto y peleando siempre, todos fueron deshechos; hízose en los demás que huían terrible carnicería, tanto, que el valle y la falda de los montes quedaron llenos de cadáveres, y los Romanos, al pasar al día siguiente de la batalla el río Leuco, vieron sus aguas teñidas todavía en sangre. Dícese que murieron más de veinticinco mil; de los Romanos perecieron, según dice Posidonio, ciento, y según Nasica, ochenta».

6) Marco Furio, encontrando a su ejército en retirada, declaró que él no recibiría en el campamento a nadie que no fuera victorioso. Con eso él los condujo de vuelta a luchar y obtuvo la victoria.

Nota: Año 381 a. de C. Marco Furio Camilo. Livio, 6:24: *«Apenas había resonado el primer choque de las armas, el enemigo retrocede, no por temor, sino por astucia. A su espalda, entre su línea, el campamento tenía una colina de suave pendiente, y gracias al número de sus tropas, había podido dejar en el campamento algunas valientes cohortes, armadas y dispuestas, que una vez trabada la lucha, al acercarse el enemigo al campamento debían caer sobre él. Persiguiendo el romano en desorden al enemigo, que retrocede, se deja arrastrar a una posición desventajosa, y favorece de esta manera la salida de la reserva. Entonces surge el miedo entre los vencedores; la presencia del segundo enemigo y la pendiente del terreno hacen ceder al ejército romano. Estréchanle las tropas de refresco de los volscos, y las que fingían huir comienzan de nuevo el*

combate. Ya no se retiraba el soldado romano, sino que olvidando su ardor reciente y su antigua gloria, había vuelto la espalda, huía a la carrera y volvía derrotado al campamento. Entonces Camilo, colocado sobre un caballo por los que le rodeaban, se lanza hacia ellos y les opone su cuerpo de reserva: "¿Ése es el combate que pedíais, soldados? dice: ¿a qué dios o a qué hombre podéis acusar? ¡Culpa vuestra es! ¡Imprudentes antes y ahora cobardes! Después de haber seguido a otro jefe, seguid ahora a Camilo; y, como siempre, bajo mi dirección sabed vencer. ¿Por qué miráis las empalizadas del campamento? Ni uno de vosotros entrará si no es vencedor." La vergüenza les detuvo primero en la fuga; después, viendo avanzar las enseñas, volver el ejército contra el enemigo, y su jefe, tan famoso por tantas victorias y tan venerable por su edad, lanzarse a las primeras filas, donde eran más recios el trabajo y el peligro, dirígense mutuas reconvenciones, y se animan unos a otros con alegres gritos que recorren todas las líneas. Tampoco falta a su deber el tribuno: enviándole a la caballería su colega, que rehacía los peones, no la reconviene (habiendo participado de su fuga, no tenía autoridad para censurarla); pero cambiando el tono de mando por el de súplica, ruega a cada jinete y a todos juntos "que le salven del oprobio de aquel día, cuyas responsabilidades caerán sobre él. A pesar de la negativa, de la prohibición de mi colega, he preferido asociarme a la temeridad de todos antes que a la prudencia de uno solo. Sea el que quiera el resultado, para Camilo será glorioso; yo, si el combate no se restablece (lo que sería terrible desgracia), además de mi participación en el infortunio general, sufriré toda la vergüenza." Parecióles conveniente, en medio de aquellas lineas movibles, dejar los caballos y atacar a pie al enemigo, y tan notables por su valor como por su armadura, acuden adonde ven en mayor apuro a los peones. Ni el ánimo de los jefes ni el de los soldados desmaya un momento en aquella lucha decisiva, y el éxito corresponde a tan valeroso esfuerzo; en completa derrota recorren los volscos el mismo camino que recorrieron en fingida fuga, pereciendo gran número en el combate y en la huida, y muchos también en el campamento, que fue tomado en el mismo ataque, habiendo, sin embargo, más prisioneros que muertos».

7) Escipión, en Numancia, viendo a sus fuerzas retroceder, proclamó que él trataría como enemigo a cualquiera que volviera al campamento.

Nota: Año 133 a. de C.

8) El dictador Servilio Prisco, habiendo dado a la orden de llevar los estandartes de las legiones contra los hostiles faliscos, ordenó que el signífero fuera ejecutado por vacilar en obedecer. El resto, intimidado por este ejemplo, avanzó contra el enemigo.

Nota: Año 418 a. de C. Según Livio, 4:46-47*, la batalla era con los equos, no con los faliscos: «**46.** Creyóse conveniente no hacer una leva sobre todo el pueblo, y se sortearon diez tribus, de las que se alistó la juventud, llevándola a la guerra los dos tribunos. Pero la desavenencia que empezó entre ellos en la ciudad creció más aún en el ejército, impulsada por la sed de mando. Siempre opinaban al contrario, y siempre estaban en lucha por sus opiniones; cada uno quería imponer la ejecución de sus planes y de sus órdenes, cada uno desdeñaba al otro y era desdeñado; al fin, por las observaciones de los legados, convinieron mandar alternativamente cada cual un día. Cuando llegó a Roma esta noticia, dícese que Q. Servilio, prudente por la edad y la experiencia, rogó a los*

dioses inmortales que la desavenencia de los tribunos no fuese más funesta a la república que lo fue en Veyas; y como si no hubiese dudado de próxima derrota, exhortó a su hijo para que alistase soldados y preparase armas. Y no se engañó en sus previsiones; en efecto, L. Sergio, que mandaba aquel día, habiéndose comprometido en una posición peligrosa, bajo el mismo campamento del enemigo, que fingiendo tener miedo se había refugiado en sus parapetos, y habiéndose precipitado los romanos por aquel lado, con la loca esperanza de tomar el campamento por asalto, el enemigo, con repentina irrupción por las escarpadas laderas del valle, les disparó, les derribó, más bien que les puso en fuga, destrozando y matando considerable número. No sin gran trabajo se consiguió aquel día conservar el campamento, y al siguiente, como el enemigo lo había envuelto ya en gran parte, huyeron vergonzosamente los romanos por una puerta opuesta y lo abandonaron. Los jefes, los legados y lo que quedaba de soldados útiles al lado de las enseñas se refugiaron en Túsculum; los otros, dispersos aquí y allá en los campos, llegaron por todos los caminos a Roma, donde anunciaron la derrota, mayor aún de como era. Disminuía el terror público el haber previsto desde mucho antes este triste acontecimiento, y que los refuerzos que cada cual buscaba en aquel apremiante peligro los había preparado el tribuno de los soldados. Además, mensajeros que éste había mandado apresuradamente en cuanto los magistrados inferiores hubieron calmado la agitación de la ciudad, trajeron la noticia de que los generales y el ejército estaban en Túsculum, y que el enemigo no había levantado su campamento. Pero lo que sobre todo enardeció los ánimos fue un senatus-consulto que nombraba dictador a Q. Servilio Prisco, aquel varón cuya previsora solicitud por la república había experimentado la ciudad en mil circunstancias y por el resultado mismo de esta guerra; porque aquél fue el único que, viendo la rivalidad de los tribunos, adivinó el mal resultado de la campaña. Creó jefe de los caballeros al tribuno militar que le había nombrado dictador; y según algunos historiadores, este tribuno era su propio hijo: según otros, Ahala Servilio fue aquel año jefe de los caballeros. Partiendo para la guerra con el nuevo ejército, recogió los que se hallaban en Túsculum y acampó a dos mil pasos del enemigo.

47. *La presunción y negligencia de los generales romanos habían pasado a los equos después de su triunfo. Así fue que en el primer combate, cuando el dictador, lanzando su caballería contra las primeras filas enemigas introdujo en ellas el desorden, mandó avanzar en seguida las enseñas de las legiones, y vacilando uno de los signíferos, le mató. Este ataque se realizó con tanto brío, que los equos no pudieron resistir el choque; y cuando, vencidos en batalla, huyeron y se refugiaron en su campamento, les atacaron, empleando en el asalto menos tiempo y menos esfuerzos que en el mismo combate. Una vez tomado y saqueado el campamento, porque el dictador había permitido el saqueo a los soldados, los jinetes enviados en persecución del enemigo fugitivo volvieron diciendo que los lavicanos vencidos y gran parte de los equos se habían refugiado en Lavica: al día siguiente marchó el ejército contra aquella ciudad; la cerca, la escala, la toma y la saquea. El dictador Llevó a Roma el ejército victorioso, y al octavo día de su nombramiento abdicó su magistratura. En seguida el Senado, para que los tribunos del pueblo no tuvieran tiempo para presentar alguna proposición sediciosa, relativa al repartimiento de tierras, con ocasión del campo lavicano, decretó en numerosa asamblea que se enviaría una colonia a Lavica: mil quinientos colonos mandados de la ciudad recibieron cada uno dos yugadas. Después de la toma de Lavica, creáronse tribunos militares, con autoridad consular, siéndolo Agripa Menenio Lanato, L. Servilio Structo y P. Lucrecio Tricipitino, los tres por segunda vez, y Sp. Rutilio Crasso; al año*

siguiente A. Sempronio Alvatino por tercera vez, M. Pepino Mugilano y Sp. Naucio Rutilo, los dos por segunda. Durante estos dos años reinó tranquilidad en el exterior, pero en el interior hubo disturbios con ocasión de las leyes agrarias».

9) Cornelio Coso, jefe de los caballeros, hizo lo mismo en un enfrentamiento con el pueblo de Fidenas.

Nota: Año 426 a. de C. Livio, 4:33: *«El primer choque había quebrantado a los enemigos, cuando abriéndose de pronto las puertas de Fidenas, se lanza un ejército, tal como no se había visto ni oído semejante hasta entonces: innumerable multitud armada con fuego, brillando con antorchas encendidas, y como arrebatada por furor divino, se precipita sobre los romanos, a quienes lo extraño del combate inspira cierto terror. Entonces el dictador da la señal a Cornelio y a su caballería, llama a Quincio de la altura, restablece el combate, y corre él mismo al ala izquierda, que presentaba el aspecto de incendio más bien que de batalla, y que, aterrada, retrocedía delante de las llamas. "¿Qué es esto?, grita con voz vibrante. ¡Arrojados por el humo como enjambre de abejas, huís delante de un enemigo sin armas! ¡No apagáis esas llamas con el hierro, o si es necesario combatir con fuego y no con las armas, no arrancáis esas antorchas al enemigo para anonadarle! ¡Sus! ¡Recordad el nombre romano, pensad en el valor de vuestros mayores y en el vuestro, volved el incendio contra Fidenas y destruid con el fuego esa ciudad que no habéis podido desarmar con vuestros beneficios. La sangre de vuestros legados y de vuestros colonos, la devastación de vuestro territorio os lo mandan." A estas palabras del dictador, toda la línea se pone en movimiento; recogen las antorchas lanzadas, arrancan las otras, y las dos falanges se arman con fuego. El jefe de la caballería imagina por su parte una maniobra nueva; manda quitar el freno a los caballos y clavando los acicates al suyo, al que no detiene la brida, se lanza el primero entre las llamas; los demás caballos llevan en impetuosa carrera a sus jinetes en medio del enemigo. Levántase densa polvareda, y mezclándose al humo, roba la luz a hombres y caballos. No se espantan éstos del espectáculo que asustaba a los soldados, y por donde penetra la caballería todo lo derriba a su paso, causando inmensa ruina. Pronto resuenan nuevos gritos que impresionan a los dos ejércitos sorprendidos, y el dictador grita: "El legado Quincio con los suyos ataca al enemigo por la espalda". Y lanzando él mismo un grito más terrible, comienza de nuevo el ataque con más vigor. Estrechados entre dos ejércitos, entre dos batallas, los etruscos, rodeados, atacados por delante y por detrás, no podían ni volver a su campamento, ni huir a las montañas, donde se presentaba nuevo enemigo, y donde los jinetes, arrebatados por caballos sin freno, estaban desparramados por todas partes. La mayor parte de los veyos gana desordenadamente las orillas del Tiber; los fidenatos, que han escapado, corren hacia su ciudad. Pero al huir espantados, por todas partes encuentran la muerte: unos son destrozados en las orillas del río, otros son precipitados a sus profundidades; hasta los que saben nadar se ahogan, por consecuencia de la fatiga, de las heridas o del miedo; de aquella multitud muy pocos consiguen llegar a la opuesta orilla. El otro ejército huye a través de los campos hacia Fidenas, persiguiéndole los romanos con ardor, sobre todo Quincio, seguido de sus tropas, que acababan de bajar de la montaña por sus órdenes y que se encontraban descansadas porque habían llegado al final de la batalla».*

10) Tarquinio, cuando su caballería mostró vacilación en la batalla contra los sabinos, ordenó que arrojaran sus bridas, espolearan a sus caballos, y se

abrieran camino entre la línea del enemigo.

11) En la guerra Samnita, el cónsul Marco Atilio, viendo a sus tropas abandonar la batalla y buscar refugio en el campamento, fue a su encuentro con su propio comando y declaró que tendrían que luchar contra él y todos los ciudadanos leales, a menos que prefirieran luchar contra el enemigo. De esta manera los condujo de vuelta en un cuerpo a la batalla.

Nota: Año 294 a. de C. Livio 10:36: *«Colocan los bagajes en el centro del ejército; y empuñando las armas, fórmanse en orden de batalla. Corto espacio separaba ya a los dos ejércitos, y cada bando esperaba que el otro avanzase primero, lanzando el grito de ataque. Pero ni uno ni otro deseaba pelear, y se hubiesen retirado sin lanzar siquiera un dardo, si recíprocamente no hubiesen temido que les persiguieran en la retirada. En fin, después de largas vacilaciones, trabóse el combate con visible repugnancia de las tropas, que apenas lanzaron el grito de guerra con voz insegura y sin unanimidad: nadie daba un paso adelante. El cónsul romano, para dar energía al combate, manda algunas turmas sobre la línea enemiga; caen del caballo muchos jinetes, y esto produce confusión entre los otros. La infantería samnita se mueve para matar a los caídos y la romana para defender a los suyos. Hízose, pues, el combate algo más vivo; pero los samnitas habían avanzado con alguna más resolución y en mayor número, mientras que la caballería romana, en el desorden en que estaba, pisoteó a los que venían a socorrerla: la fuga, que comenzó entonces, arrastró a todo el ejército romano. Ya perseguían los samnitas a los fugitivos, cuando, adelantándose el cónsul, corre a caballo a la puerta del campamento y coloca en ella una guardia de caballería con orden de tratar como a enemigos a cuantos se acerquen a las empalizadas, sean samnitas o romanos: en seguida volvió, repitiendo las mismas amenazas, a contener a los infantes que se precipitaban hacia el campamento. "¿Adónde vas, soldado? dijo; allí encontrarás también armas y guerreros; y mientras viva tu cónsul, no entrarás en el campamento sino después de conseguir la victoria. Elige, pues; considera si es mejor combatir contra tu enemigo que contra tu conciudadano." Mientras hablaba así el cónsul, la caballería, lanza en mano, les rodea y conmina para que vuelvan al combate. Al cónsul le ayudaron mucho, no solamente su valor sino también la casualidad; porque cl ataque de los samnitas careció de vigor y tuvo tiempo para rehacer el orden de batalla y volver la cara. Entonces se exhortan recíprocamente los soldados a restablecer el combate; los centuriones arrancan las enseñas a los signíferos para llevarlas adelante; hacen observar a los suyos que los enemigos que les perseguían son poco numerosos y que entre ellos reina el desorden y la confusión.*

Entre tanto, el cónsul, levantando las manos al cielo y alzando la voz para que le oigan, ofrece un templo a Júpiter Stator, si el ejército romano, deteniéndose en la fuga y volviendo al combate, conseguía vencer y destruir a los samnitas. Hízose entonces un esfuerzo general para restablecer el combate; jefes, soldados, jinetes y peones, todos rivalizaron en valor. Hasta los mismos dioses parece que se interesaron por la gloria del nombre romano; tan fácil fue conseguir la ventaja y rechazar lejos del campamento al enemigo, llevándole muy pronto al terreno donde comenzó el combate. Allí se encontró detenido por el bagaje que había amontonado en medio de la llanura; y para no exponerlo al pillaje, lo encierra en un círculo de soldados. Pero en aquel momento la infantería le estrechaba con viveza de frente y la caballería corre a envolverle por la

espalda; encerrados de esta manera por todos lados, fueron muertos o prisioneros. El número de éstos se elevó a siete mil doscientos, que pasaron desnudos bajo el yugo: haciéndose ascender a cuatro mil ochocientos el número de muertos. No dejó de ser costosa la victoria a los romanos. Habiendo hecho el cónsul el censo de los que había perdido en aquellas dos jornadas, reconoció que le faltaban siete mil doscientos hombres. Mientras ocurrían estas cosas en la Apulia, los samnitas, con otro ejército, intentaron apoderarse de Iteramna, colonia romana, en la vía latina, pero no lo consiguieron. Después de devastar el territorio, cuando se retiraban con rico botín en hombres y ganados y muchos colonos prisioneros, encontraron al cónsul victorioso que regresaba de Luceria. No perdieron únicamente el botín, sino que ellos mismos, embarazados con el bagaje y marchando en larga fila, quedaron destrozados. El cónsul, después de invitar por un edicto a los interesados a que fuesen a Iteramna para reconocer y recuperar lo que les pertenecía, y de dejar allí el ejército, regresó a Roma para celebrar los comicios. Pidió el honor del triunfo, pero se le negó a causa de la pérdida de tantos millares de soldados y porque se contentó, sin poner condición alguna a los vencidos, con hacer pasar bajo el yugo a los prisioneros».

12) Cuando las legiones del Sila se quebraron ante las huestes de Mitrídates conducidas por Arquelao, Sila avanzó con la espada desenvainada en la primera línea y, dirigiéndose a sus tropas, les dijo que, en caso de que cualquiera preguntara adónde habían dejado a su general, contestaran: "Luchando en Beocia." Avergonzados por estas palabras, lo siguieron todos sin excepción.

Nota: Año 85 a. de C. Plutarco, Sila, 21: *«Estando acampados muy cerca unos de otros, Arquelao se mantenía en quietud; pero Sila se dedicó a abrir fosos de uno y otro lado, con el objeto de cortar a los enemigos, si le era posible, los lugares seguros y a propósito para la caballería y estrecharlos hacia las lagunas. No lo sufrieron éstos, sino que, saliendo con ardor y en tropel, luego que los generales se lo permitieron, no sólo se dispersaron los que con Sila se hallaban en los trabajos, sino que también se conmovieron y dieron a huir parte de los que estaban sobre las armas. Entonces Sila, apeándose del caballo y tomando una insignia, corrió por entre los que huían contra los enemigos, diciendo a voces: "A mí me es glorioso ¡oh Romanos! morir en este sitio; vosotros, a los que os pregunten dónde abandonasteis a vuestro general, acordaos de responderles que en Orcómeno." Esta voz los contuvo, y como dos cohortes de las del ala derecha se adelantasen a apoyarle, con ellas rechazó a los enemigos. Retrocedió luego con ellas un poco, y dándoles de comer se puso otra vez al trabajo de abrir foso delante del real de los enemigos. Volvieron éstos también a acometer en más orden que antes, y Diógenes, hijo de la mujer de Arquelao, peleando en el ala derecha, pereció con gloria. Los arqueros, como, oprimidos de los Romanos, no tuviesen retirada, tomando muchos dardos en la mano e hiriendo con ellos como con unas espadas, procuraban defenderse; al fin, encerrados en su campo, a causa de las muertes y heridas, pasaron congojosamente la noche.*

Al día siguiente otra vez sacó Sila los soldados a la obra del foso, y como los enemigos saliesen en gran número como para batalla, arrojándose sobre ellos los rechazó, y no quedando ninguno que hiciese frente, tomó a viva fuerza el campamento. Los muertos llenaron de sangre las lagunas, de cadáveres todo el terreno pantanoso, tanto, que aun

ahora se encuentran arcos del uso de los bárbaros, morriones, fragmentos de corazas de hierro y espadas sumergidas entre el cieno, sin embargo de haberse pasado doscientos años, poco más o menos, desde aquella batalla. Así es como se refiere lo ocurrido en las jornadas de Queronea y Orcómeno».

13) El Divino Julio, cuando sus tropas cedieron el paso en Munda, ordenó que su caballo fuera quitado de la vista, y anduvo a trancos adelante como un infante en la línea delantera. Sus hombres, avergonzados por abandonar a su comandante, renovaron con eso la lucha.

Nota: Año 45 a. de C. Plutarco, César, 56: *«Terminadas que fueron estas cosas, designado cuarta vez cónsul, marchó a España contra los hijos de Pompeyo, jóvenes todavía, pero que habían reunido un numeroso ejército y mostraban en su valor ser dignos de mandarlo; tanto, que pusieron a César en el último peligro. La batalla, que fue terrible, se dio junto a la ciudad de Munda, y en ella, viendo César batidos a sus soldados y que resistían débilmente, corrió por entre las filas de los de todas armas, gritándoles que si habían perdido toda vergüenza lo cogiesen y lo entregasen a aquellos mozuelos. Por este medio consiguió, no sin grande dificultad, que rechazaran con el mayor denuedo a los enemigos, a los que les mató más de treinta mil hombres, habiendo perdido por su parte mil de los más esforzados. Al retirarse ya de la batalla dijo a sus amigos que muchas veces había peleado por la victoria, y entonces, por primera vez, por la vida. Ganó César esta batalla el día de la fiesta de las Bacanales, diciéndose que en igual día había salido Pompeyo Magno para la guerra, y el tiempo que había mediado era el de cuatro años. De los hijos de Pompeyo, el más joven huyó, y del mayor le trajo Didio la cabeza de allí a pocos días. Esta fue la última guerra que hizo César, y el triunfo que por ella celebró afligió de todo punto a los Romanos, pues que no por haber domado a caudillos extranjeros o reyes bárbaros, sino por haber acabado enteramente con los hijos y la familia del mejor de los Romanos, oprimido de la fortuna, ostentaba aquella pompa; y no parecía bien que así insultase a las calamidades de la patria, complaciéndose en hechos cuya única defensa ante los dioses y los hombres podía ser el haberse ejecutado por necesidad; así es que antes ni había enviado mensajeros ni escrito de oficio por victoria alcanzada en las guerras civiles, como si de vergüenza rehusase la gloria de tales vencimientos».*

14) Filipo, en una ocasión, temiendo que sus tropas no soportaran el ataque de los escitas, ubicó a lo más confiable de su caballería en la retaguardia, y les ordenó que no permitieran a ninguno de sus camaradas dejar la batalla, y matarlos si persistían en retirarse. Esta proclama indujo incluso a los más tímidos a preferir ser muerto por el enemigo que por sus propios camaradas, y le permitió a Filipo ganar la batalla.

Nota: Justino, 1:6 § 10-13, *atribuye una estratagema similar a Astiages:*

«Astiages, olvidándose su tratamiento de Harpago, le confió la conducción de la guerra. Harpago envió inmediatamente las fuerzas que había recibido de Astiages a Ciro, y tomó venganza de la crueldad del rey por una deserción traidora de él. Astiages, oyendo hablar de este hecho, y recogiendo tropas de todos los sitios, marchó contra los persas en

persona. Habiendo renovado vigorosamente la contienda, apostó parte de su ejército, mientras sus hombres luchaban, en la retaguardia, y ordenó que los que retrocedieran fueran conducidos donde el enemigo a punta de espada; diciéndoles que, "a menos que conquistaran, encontrarían hombres en su retaguardia no menos firmes que aquellos en el frente; y debían por lo tanto considerar si penetrarían un cuerpo huyendo, o el otro cuerpo luchando." En consecuencia de esta obligación a luchar, fueron infundidos gran espíritu y vigor en su ejército».

IX. SOBRE CÓMO TERMINAR LA GUERRA DESPUÉS DE UN ENFRENTAMIENTO VICTORIOSO

1) Después que Cayo Mario hubo derrotado a los teutones en batalla, y la noche puso fin al conflicto, acampó alrededor del remanente de sus enemigos. Haciendo que un pequeño grupo de sus hombres levantara ruidosos gritos de vez en cuando, mantuvo al enemigo en estado de alarma y evitó que se aseguraran el descanso. Tuvo éxito así más fácilmente en aplastarlos el día siguiente, puesto que no habían tenido descanso alguno.

Nota: Año 102 a. de C.

2) Claudio Nerón, habiéndose encontrado con los cartagineses en su camino de España a Italia bajo el comando de Asdrúbal, los derrotó y lanzó la cabeza de Asdrúbal en el campamento de Aníbal. Consecuentemente, Aníbal quedó abrumado por la pena y el ejército abandonó toda esperanza de recibir refuerzos.

Nota: Año 207 a. de C. Livio 27:51: *«A la noticia de que se acercaban legados, todos los ciudadanos, de toda condición y edad, salieron a su encuentro, deseando verles los primeros, oír de su boca el relato de aquella brillante victoria. La multitud llegaba en apretada columna hasta el puente Mulvio, y en medio de aquel cortejo de ciudadanos, aquellas legados, que eran L. Veturio Filo, P. Licinio Varo y Q. Cecilio Metelo, llegaron al Foro, abrumados a preguntas, lo mismo que las personas de su comitiva, sobre los detalles de la batalla. Y cada cual, a medida que sabía que el ejército cartaginés quedaba destruido, muerto su general, las legiones romanas sanas y salvas y vivos los cónsules, se apresuraba a comunicar a los otros su regocijo. Trabajosamente se llegó así al Senado, costando mucho más trabajo separar a la mutlitud que se mezclaba con los senadores. Después de la lectura de la carta, fueron presentados los legados a la asamblea del pueblo. L. Veturio la leyó allí, y en seguida dio precisos detalles sobre todas las circunstancias. Unánimes aplausos recibieron sus palabras, acogiéndolas la asamblea con demostraciones de profunda alegría. Unos corrieron en seguida a los templos a dar gracias a 1os dioses, otros entraron en sus casas para participar a sus esposas e hijos aquella feliz noticia. El Senado, para mostrar su gratitud porque los cónsules M. Livio y C. Claudio sin sacrificar sus legiones habían destruido el ejército enemigo y dado muerte a su general, decretó tres días de acciones de gracias. El pretor C. Hostilio anunció esta ceremonia en la asamblea, y a ella concurrieron multitud de hombres y mujeres. Durante tres días estuvieron llenos todos los templos. Las damas romanas, con largos ropajes y seguidas por sus hijos, dieron gracias a los dioses inmortales coma si hubiese*

terminado la guerra y se viesen libres de todo temor para lo venidero. La situación de Roma mostraba la influencia de aquella victoria; desde entonces, como en plena paz, recobraron su curso los negocios; ventas, compras, préstamos, depósitos, todo se hizo con confianza. El cónsul Claudio, de regreso a su campamento, hizo arrojar delante de las empalizadas enemigas la cabeza de Asdrúbal, que había cuidado de conservar y llevar consigo: expuso a la vista de los cartagineses los prisioneros Africanos cargados de cadenas, y hasta concedió la libertad a dos de ellos, encargándoles que fuesen a ver a Aníbal y a referirle todo lo que había ocurrido. Aterrado Aníbal por aquel golpe que hería al Estado y a su familia, dícese que exclamó "que reconocía la fortuna de Cartago." En seguida decampó y quiso reconcentrar en el Brucio, en los extremos de Italia, todas sus tropas auxiliares, que ya no podía tener diseminadas sin peligro, y aconsejó a todos los ciudadanos de Metaponto abandonar sus hogares y que marchasen a establecerse en el Brucio, y lo mismo a los lucanos que obedecían a Cartago».

3) Cuando Lucio Sila sitiaba Preneste, sujetó en las lanzas las cabezas de los generales prenestinos que habían sido muertos en batalla, y las exhibió a los sitiados habitantes, rompiendo así su obstinada resistencia.

Nota: Año 82 a. de C. Apiano, Guerras Civiles, 1:93-94: *«Sila, por consiguiente, temiendo por la ciudad, envió en vanguardia a su caballería, a toda prisa, para dificultar la marcha de aquéllos, y él, apresurándose con todo el ejército, acampó en la puerta Colina, en torno al mediodía, cerca del templo de Venus, cuando los enemigos estaban ya acampados alrededor de la ciudad. En un combate que tuvo lugar muy pronto, hacia la caída de la tarde, Sila resultó vencedor en el ala derecha, pero su ala izquierda fue derrotada y huyó hacia las puertas de la ciudad. Los ancianos, que estaban sobre las murallas, tan pronto como vieron a los enemigos que corrían mezclados con los suyos, hicieron caer las puertas por medio de la máquina. Éstas, al caer, mataron a muchos soldados y a numerosos senadores, pero el resto, impulsado por el miedo y la necesidad, se volvió contra el enemigo, luchó durante toda la noche y dio muerte a buen número de ellos. Entre los generales, quitaron la vida a Telesino y a Albino y se apoderaron de sus campamentos. Lamponio, el lucanio, Marcio, Carrina y todos aquellos otros generales de la facción de Carbo que estaban presentes huyeron. A resultas de este combate me parece que murieron por ambas partes cincuenta mil hombres. Sila asaeteó a los prisioneros, que fueron más de ocho mil, porque eran samnitas en su mayor parte. Al día siguiente, Marcio y Carrina fueron hechos prisioneros y conducidos ante Sila, quien no los perdonó por ser romanos, sino que los mató a ambos y envió sus cabezas a Lucrecio, en Preneste, para que las exhibiera alrededor de la muralla. Cuando los de Preneste las vieron y se enteraron de que el ejército de Carbo había sido destruido en su totalidad, y que el propio Norbano había huido ya de Italia, y que el resto de Italia y Roma estaban enteramente en poder de Sila, entregaron la ciudad a Lucrecio. Mario se metió en un túnel bajo tierra y se suicidó al poco tiempo. Lucrecio cortó la cabeza de Mario y la envió a Sila, y éste, colocándola en mitad del foro, delante de la rostra, se rió, según cuentan, de la juventud del cónsul y dijo: «Hay que ser remero antes de empuñar el gobernalle» Una vez que Lucrecio tomó Preneste, mató de inmediato a algunos senadores que habían detentado cargos militares bajo Mario y a otros los puso en prisión; a estos últimos, Sila los hizo ajusticiar cuando llegó. A los que estaban en Preneste les ordenó avanzar a todos sin armas a la llanura y, cuando así lo hicieron, separó a aquellos que le habían servido de alguna utilidad, pocos en total, y a los demás les mandó que se dividieran en*

tres grupos, romanos, samnitas y prenestinos. Después que se hubieron dividido, hizo anunciar a los romanos mediante una proclama que también ellos habían hecho cosas merecedoras de la muerte, pero, no obstante, les concedió el perdón, y a los restantes los asaeteó a todos; sin embargo, dejó marchar indemnes a sus mujeres y a sus hijos. Y saqueó la ciudad, que se contaba entre las más ricas de aquel tiempo.

De esta forma fue capturada Preneste. En cambio, Norba, otra ciudad, resistía todavía con gran vigor hasta que Emilio Lépido penetró a traición en ella durante la noche. Sus habitantes, indignados por la traición, se suicidaron unos, otros se mataron mutuamente de forma voluntaria y otros se ahorcaron con lazos, algunos cerraron las puertas y prendieron fuego. Sobrevino un fuerte viento que alimentó la llama hasta tal punto que no hubo botín alguno de la ciudad».

4) Arminio, líder de los germanos, sujetó asimismo en lanzas las cabezas de los que él había matado, y ordenó que fueran traídas hasta las fortificaciones del enemigo.

Nota: Año 9 de Nuestra Era.

5) Cuando Domicio Corbulón sitiaba Tigranocerta y los armenios parecían hacer, del mismo modo, una defensa obstinada, Corbulón ejecutó a Vadando, uno de los nobles que había capturado, y tiró su cabeza por una balista, enviándola al vuelo dentro de las fortificaciones del enemigo. Ocurrió que cayó en el medio de un consejo a que los bárbaros sostenían en ese mismo momento, y la vista de ella (como si fuera algún portento) los llenó de tal consternación que se apresuraron a rendir.

Nota: Año 60 de Nuestra Era.

6) Cuando Hermócrates, el siracusano, había derrotado a los cartagineses en batalla, y temía que los prisioneros, de los cuales había tomado un número enorme, fueran custodiados negligentemente, puesto que la triunfante terminación de la lucha podía incitar a los vencedores a la juerga y a la negligencia, fingió que la caballería del enemigo planeaba un ataque la noche siguiente. Inculcando este temor, tuvo éxito en tener a la guardia sobre los presos más cuidadosamente que lo habitual.

7) Cuando el mismo Hermócrates hubo alcanzado ciertos éxitos, y por esa razón sus hombres, con un espíritu de confianza excesiva, abandonaron toda moderación y se hundieron en un borracho estupor, él envió a un desertor dentro del campamento del enemigo para prevenir su huída, declarando que habían sido puestas emboscadas de los siracusanos por todas partes. Por el temor a éstas, el enemigo permaneció en el campamento. Habiéndolos así detenido, Hermócrates, al día siguiente, cuando sus propios hombres estaban en condiciones, cesó de tener cualquier gesto de misericordia con el enemigo y terminó la guerra.

Nota: Año 413 a. de C. Tucídides, 7:73: *«El siracusano Hermócrates, teniendo sospecha, y pensando que sería muy gran daño para los suyos que un ejército tan numeroso fuese por tierra y se rehiciese en algún lugar de Sicilia, desde donde después renovase la guerra, fue derecho a los gobernadores de la ciudad y les dijo que parasen mientes aquella noche en la partida de los atenienses, representándoles por muchas razones los daños y peligros que les podían ocurrir en adelante si les dejaban irse. Opinaba Hermócrates que toda la gente que había en la ciudad para tomar las armas, así de los de la tierra como de los aliados, fuese a tomar los pasos por donde los atenienses se podían salvar. Todos aprobaban este consejo de Hermócrates, pareciéndoles que decía verdad, mas consideraban que la gente estaba muy cansada del combate del día anterior, y quería descansar, por lo cual con gran trabajo obedecerían lo que les fuese mandado por sus capitanes. Además, al día siguiente se celebraba una fiesta a Hércules, en la cual tenían dispuestos grandes sacrificios para darle gracias por la victoria pasada, y muchos querían festejar y regocijar aquel día comiendo y bebiendo, por lo que nada sería más difícil que persuadirles se pusiesen en armas. Por esta razón no estuvieron de acuerdo con el parecer de Hermócrates. Viendo Hermócrates que en manera alguna lograba convencerles, y considerando que los enemigos podían aquella noche, reparándose, tomar los pasos de los montes que eran muy fuertes, ideó esta astucia. Envió algunos de a caballo con orden de que marchasen hasta llegar cerca de los alojamientos de los atenienses, de suerte que les pudiesen oír, y fingiendo ser algunos de la ciudad que seguían el partido de los atenienses, porque había muchos de éstos que avisaban a Nicias de la situación de las cosas de los siracusanos, llamaran a algunos de los de Nicias y les dijeran que aconsejaran a éste no moviese aquella noche el campamento si quería hacer bien sus cosas, porque los siracusanos tenían tomados los pasos, de manera que correría peligro si saliese de noche, porque no podría llevar su gente en orden, pero que al amanecer le sería fácil ir en orden de batalla con su gente para apoderarse de los pasos más a su salvo. Estas palabras las comunicaron los que las habían oído a los capitanes y jefes del ejército, quienes pensando que no había engaño ninguno determinaron pasar allí aquella noche y también el día siguiente. Ordenaron, pues, al ejército que todos se apercibiesen para partir de allí dentro de dos días, sin llevar consigo cosa alguna, sino sólo aquello que les fuese necesario para el uso de sus personas. Entretanto Gilipo y los siracusanos enviaron a tomar los sitios por donde creían que los atenienses habían de pasar, y principalmente los de los ríos, y pusieron en ellos su gente de guarda. Por otra parte los de la ciudad salieron al puerto, tomaron las naves de los atenienses y quemaron algunas, lo cual los mismos atenienses habían determinado hacer, y las que les parecieron de provecho se las llevaron reuniéndolas a las suyas, sin hallar persona que se lo pudiese impedir».*

8) Cuando Milcíades derrotó a una gran hueste de persas en Maratón, y los atenienses perdían tiempo en regocijarse sobre la victoria, él los forzó apresurarse a llevar ayuda a la ciudad, a la cual la flota persa apuntaba. Habiéndose así adelantado al enemigo, llenó los muros con guerreros, de modo que los persas, pensando que el número de los atenienses era enorme y que ellos mismos habían encontrado un ejército en Maratón mientras que otro estaba ahora enfrentándolos en los muros, dieron vuelta a sus naves inmediatamente y pusieron curso para Asia.

Nota: Año 490 a. de C. Heródoto, 6:115-116: *«**CXV.** En efecto, los de Atenas con*

esta acometida se apoderaron de siete naves. Los bárbaros, haciéndoles retirar desde las otras, y habiendo otra tomado a bordo los esclavos de Eretria que habían dejado en una isla, siguieron su rumbo la vuelta de Sunio, con el intento de dejarse caer sobre la ciudad, primero que llegasen allá los Atenienses. Corrió por válido entre los Atenienses, que por artificio de los Alcmeonidas formaron los Persas el designio de aquella sorpresa, fundándose en que estando ya los Persas en las naves levantaron ellos el escudo, que era la señal que tenían concertada.

CXVI. *Continuaban los Persas doblando a Sunio, cuando los Atenienses marchaban ya a todo correr al socorro de la plaza, y habiendo llegado antes que los bárbaros, atrincheráronse cerca del templo de Hércules en Cinosarges, abandonando los reales que cerca de otro templo de Hércules tenían en Maraton. Los bárbaros, pasando con su armada más allá de Falero, que era entonces el arsenal de los Atenienses, y mantenidos sobra las áncoras, dieron después la vuelta hacia el Asia».*

9) Cuando la flota de los megarianos se acercó a Eleusis por la noche con el objeto de secuestrar a las matronas atenienses que habían hecho sacrificio a Ceres, Pisístrato, el ateniense, se trabó en combate y, matando despiadadamente al enemigo, vengó a sus paisanos. Entonces llenó estas mismas naves capturadas con soldados atenienses, colocando a ciertas matronas a la vista vestidas como cautivas. Los megarianos, engañados por estas apariencias, pensando que su propia gente navegaba detrás, y, coronados también con la victoria, corrieron a su encuentro en desorden y sin armas, con lo cual fueron derrotados por segunda vez.

Nota: Año 604 a. de C. Plutarco, Solón, 8: *«Fatigados los habitantes de la ciudad de la larga y molesta guerra que por Salamina habían sostenido con los de Mégara, habían establecido por ley que nadie hiciese propuesta escrita o hablada de que se recobrara Salamina, pena de muerte al que contraviniese. Llevaba mal Solón esta ignominia; y viendo que muchos de los jóvenes no deseaban más sino que se buscase cómo comenzar la guerra, no atreviéndose a tomar la iniciativa por causa de la ley, fingió estar fuera de juicio, e hizo que de su casa se esparciera esta misma voz de que estaba perturbado. Trabajó en tanto, sin darlo a entender, un poema elegíaco, que aprendió hasta tomarlo de memoria; y hecho esto, repentinamente se dirigió a la plaza con un gorro en la cabeza. Concurrió gran gentío, y entonces, poniéndose sobre la piedra destinada al pregonero, recitó cantando su elegía, que empezaba así: De Salamina vengo, la envidiable, y este lugar en vuestra junta ocupo para cantaros deleitables versos. Intitúlase este poema Salamina, y es de cien versos, trabajado con mucha gracia; lo cantó, pues, y aplaudiendo sus amigos, y sobre todo exhortando y conmoviendo Pisístrato a los ciudadanos para que diesen asenso a lo que habían oído, abolieron la ley, y otra vez clamaron por la guerra, poniendo a Solón al frente de ella. La opinión popular acerca de esto es que encaminándose a Colfada con Pisístrato y encontrando allí a todas las mujeres ocupadas en hacer a Deméter el solemne y público sacrificio, envió a Salamina un hombre de su confianza, el cual había de fingir que se pasaba voluntariamente, y había de incitar a los Megarenses a que sin dilación navegasen a Colíada, si querían hacerse dueños de las mujeres más principales de los Atenienses. Dándole los Megarenses crédito, enviaron gente en una nave; y luego que Solón la vio zarpar de la isla, mandó a las mujeres que se retirasen, y adornando al punto con los vestidos, las cintas y los calzados de éstas a*

aquellos jóvenes más tiernos, a quienes todavía no apuntaba la barba, y armándolos asimismo de puñales ocultos, les dio la orden de que juguetea sen e hiciesen danzas en la orilla del mar, hasta que arribasen los enemigos y la nave se les pusiese a tiro. Hecho todo como se había dispuesto, los Megarenses se engañaron con el aspecto; acercáronse, y echaron pie a tierra, como que iban a trabar de unas mujeres; y así no escapó ninguno, sino que todos perecieron, y los Atenienses, haciéndose al mar, recobraron al punto la isla».

10) Cimón, el general ateniense, habiendo derrotando a la flota de los persas cerca de la isla de Chipre, armó a sus hombres con las armas de los prisioneros y en las propias naves de los bárbaros pusieron vela para encontrar al enemigo en Panfilia, cerca del río Eurimedonte. Los persas, reconociendo los barcos y la vestimenta de los que estaban parados en cubierta, estaban absolutamente sin guardia. Así, en el mismo día fueron repentinamente masacrados en dos batallas, una en el mar y otra en tierra.

Nota: Año 466 a. de C. Diodoro Sículo, 11:61: *«Entonces Cimon, no satisfecho con una victoria de tal magnitud, puso vela inmediatamente con su flota entera contra el ejército persa de tierra, que entonces acampaba en la ribera del río Eurimedonte. Y deseando superar a los bárbaros por medio de una estratagema, tripuló las naves persas capturadas con sus mejores hombres, dándoles tiaras para sus cabezas y arropándolos en general a la manera persa. Los bárbaros, tan pronto como la flota se acercó, fueron engañados por las naves y las vestimentas persas y supusieron que los triremes eran los propios. Por lo tanto recibieron a los atenienses como si fueran amigos. Y Cimon, habiendo caído la noche, desembarcó a sus soldados, y siendo recibido por los persas como amigo, cayó sobre su campamento. Un gran tumulto se armó entre los persas, y los soldados de Cimon redujeron a todos los que vinieron a su paso, y capturando en su tienda a Ferendates, uno de los dos generales de los bárbaros y sobrino del rey, lo mataron; y en cuanto al resto de los persas, algunos fueron reducidos y otros heridos, y todos, debido a lo inesperado del ataque, forzados a huir. En una palabra, prevaleció entre los persas tal consternación y desconcierto que la mayor parte incluso no supo quiénes eran los que atacaban»*

X. SOBRE CÓMO RECOMPONER LAS PÉRDIDAS PROPIAS DESPUÉS DE UN REVÉS.

1) Cuando Tito Didio guerreaba en España y había librado un enfrentamiento extremadamente cruel, al cual la oscuridad puso final, dejando una gran cantidad de muertos por ambos lados, previó el entierro por la noche de muchos cuerpos de sus hombres. Al día siguiente, los españoles, saliendo a realizar una tarea similar, encontraron hombres muertos que de los romanos, y arguyendo según este cálculo que los habían vencido, entraron en términos con el comandante romano.

Nota: Años 98 a 93 a. de C.

2) Tito Marcio, caballero romano, que estaba a cargo de los restos del ejército

[de los Escipiones] en España, viendo cerca dos campamentos de los cartagineses distantes algunas millas uno de otro, exhortó a sus hombres y atacó el campamento más cercano entrada la noche. Dado que el enemigo, enardecido con la victoria, estaba sin organización, Marcio con su ataque no dejó ni un solo hombre para divulgar el desastre. Concediendo a sus tropas apenas la pausa más breve para el descanso, y rezagando las noticias de su hazaña, atacó el segundo campamento la misma noche. Así, con un doble éxito, destruyó a los cartagineses en ambos lugares y restauró al pueblo romano las perdidas provincias de España.

Nota: Año 66 a. de C.

3) Cuando Cayo César estaba a punto de contender con Farnaces, el hijo de Mitrídates, preparó su línea de batalla sobre una colina. Este movimiento le hizo fácil la victoria, ya que los dardos, lanzados desde tierras más altas contra los bárbaros que cargaban desde abajo, les pusieron inmediatamente en fuga.

Nota: Año 212 a. de C. Livio, 25:37: *«Cuando parecía destruido el ejército y perdida España para los romanos, un hombre solo restableció los desesperados asuntos. En el ejército romano había un caballero llamado L. Marcio, hijo de Septimio, joven muy activo y cuyo valor e ingenio eran muy superiores a su condición. Tan excelentes disposiciones se habían perfeccionado en la escuela de Cn. Escipión, bajo cuyas órdenes había aprendido en tantos años todos los secretos del arte de la guerra. Este joven, después de recoger los restos del ejército derrotado y haberlos reforzado con todo lo que pudo extraer de las guarniciones, formó un cuerpo bastante considerable, a cuyo frente se reunió con T. Fonteyo, teniente de Escipión. Un simple caballero romano tuvo entonces bastante influencia entre los soldados, para que, cuando se hubieron fortificado allende el Ebro, y hubo que nombrar un general en los comicios militares, los soldados que iban a votar, al relevarse en las guardias de las fortificaciones y de los puestos, por unánime consentimiento le otorgasen el mando en jefe. Todo el tiempo (y fue muy corto) que precedió a la llegada del enemigo, se empleó en fortificar el campamento y en aprovisionarlo, ejecutándose las órdenes con tanto celo como intrepidez. Pero a la noticia de que Asdrúbal Gisgón se acercaba después de haber pasado el Ebro para destruir el resto del ejército y que avanzaba a marchas forzadas; a la vista de la señal de batalla dada por el nuevo jefe, recordando los soldados qué generales tenían en otro tiempo, con qué jefes y con qué compañeros estaban acostumbrados a marchar al combate, comenzaron a llorar y a golpearse la frente; unos alzaban las manos al cielo como para acusar a los dioses; otros, tendidos en el suelo, invocaban a su antiguo general. La desolación no la calmaban ni las exhortaciones de los centuriones ni las palabras suaves o severas de Marcio: "¿Por qué se deshacían en llanto como tímidas mujeres, en vez de aguijonear su valor para defenderse ellos y defender la república y pensar en vengar la muerte de sus generales?" De pronto oyen el sonido de las bocinas y los gritos de los enemigos que se acera caban a los parapetos; la ira sucede en el acto a la desesperación; los romanos, en un acceso de rabia, se precipitan a las puertas y caen sobre los cartagineses que avanzaban negligentemente y en desorden. Aquella brusca salida difunde en el acto el terror en sus filas; sorpréndeles ver tantos enemigos levantarse inopinadamente contra ellos, después de la pérdida de su ejército casi entero. ¿De dónde*

proceden tanta audacia y confianza en enemigos vencidos y fugitivos? ¿Qué general había reemplazado a los dos Escipiones muertos? ¿Quién mandaba en aquel campamento? ¿Quién había dado la señal del combate? Después de estas múltiples preguntas sobre tantas cosas imprevistas, quedan al pronto inciertos y estupefactos y retroceden; atacados en seguida con sumo vigor, vuelven la espalda. Espantosa matanza hubieran hecho los romanos, o se habrían dejado llevar a una persecución temeraria y peligrosa, si Marcio no se hubiese apresurado a mandar retirada, y si colocado delante de las enseñas de las primeras filas y reteniendo él mismo algunos soldados, no hubiera puesto término a la pelea y recogido al campamento sus tropas ávidas aún de sangre y de matanza. Los cartagineses, rechazados primeramente lejos de las fortificaciones, viendo que nadie les perseguía, atribuyeron a temor la retirada de los romanos y volvieron a su campamento con la lentitud que inspira el desprecio. Igual negligencia tuvieron en guardarlo; porque si bien estaba cerca el enemigo, al fin lo constituían los restos de dos ejércitos destrozados pocos días antes. Informado Marcio de que la negligencia de los cartagineses se extendía a todo, después de reflexionar bien en ello, formó un proyecto que, al pronto, parecía más temerario que atrevido: el de atacarles en sus mismos parapetos; creyendo que le sería más fácil apoderarse del campamento de Asdrúbal solo, que defender el suyo contra los tres ejércitos y los tres generales reunidos de nuevo: además, el éxito de esta empresa restablecería las cosas; y si quedaba rechazado, el ataque que iba a dar demostraría al menos que no era enemigo despreciable».

4) Cuando Antipater contempló el ejército de los peloponesios, que se había reunido para atacar a sus autoridades al oír de la muerte de Alejandro, fingió no entender con que objetivo habían venido, y les agradeció por haberse reunido para ayudar a Alejandro contra los espartanos, añadiendo que escribiría al rey sobre esto (1). Pero en vista de que no necesitaba su ayuda en el presente, los urgió a irse a casa, y por esta declaración disipó el peligro que lo amenazaba por el nuevo orden de los asuntos (2).

Nota 1: *Es decir, actuó intencionalmente asumiendo que ellos no habían oído de la muerte de Alejandro, aunque él sabía que esta proposición era falsa.*

Nota 2: *Año 331-330 a. de C.*

5) Cuando Escipión el Africano guerreaba en España, fue traída ante él, entre las mujeres cautivas, una noble doncella de belleza superior quién atrajo las miradas de cada uno. Escipión la cuidó con los mayores esfuerzos y la restauró a su prometido, Alucio por nombre, presentándole asimismo, como regalo de matrimonio, el oro que sus padres habían traído a Escipión como rescate. Vencido por esta múltiple generosidad, la tribu entera se alió con el gobierno de Roma.

Nota: Año 210 a. de C. Livio, 26:50: *«Poco después los soldados llevaron a su presencia a una princesa joven, de tan peregrina hermosura, que atraía todas las miradas a su paso. Escipión se informó de su patria y su familia, enterándose, entre otras cosas, de que era la prometida de un jefe de los celtibéricos, llamado Alucio. En*

seguida llamó a los padres y al futuro esposo, y sabiendo que amaba apasionadamente a la joven cautiva, le dirigió a su llegada las palabras más afectuosas, antes de dar audiencia a los padres. "Soy joven y hablo a un joven, por lo que pueden tener más libertad mis palabras. Al traerme mis soldados cautiva a tu prometida, hanme dicho que la amas con pasión, y su belleza me lo ha hecho creer fácilmente. Mi edad me permitiría también entregarme a las dulzuras del amor casto y legítimo, si los intereses de la república no ocupasen por completo mi corazón, y hasta creería digno de indulgencia el exceso mismo de mi pasión por una joven esposa; debo, pues, ya que la fortuna me lo permite, favorecer también tu amor. Tu prometida ha sido respetada en mi campamento como lo habría sido en casa de sus padres. Te la he conservado como inviolable depósito para hacerte un regalo digno de ti y de mí. El único precio que pongo a este favor, es que seas amigo del pueblo romano; si me crees honrado, como mi padre y mi tío se presentaron a estas naciones, sabe que en Roma hay muchos ciudadanos que se me parecen, y que hoy no existe en la tierra pueblo del que, por ti y por tu patria, debas temer tanto el odio y buscar la amistad." El joven, confuso y a la vez rebosando alegria, tomó la mano de Escipión y conjuró a todos los dioses para que se encargaran de su agradecimiento, pues que él no podía pagar dignamente aquel beneficio. En seguida presentaron al padre, la madre y parientes de la joven cautiva, quienes habían traído considerable cantidad de dinero para rescatarla; pero viendo que Escipión se la entregaba sin rescate, rogáronle que aceptase aquella cantidad a título de regalo, asegurándole que no agradecerían menos aquel nuevo favor que su primer beneficio. Vencido Escipión por su insistencia, contestó que aceptaba, hizo colocar el oro a sus pies, y dirigiéndose en seguida a Alucio, dijo: "Además de la dote que recibirás de tu suegro, recibe de mí ese regalo de boda", invitándole en el acto a que hiciese retirar el oro y dispusiese de él como suyo. Colmado Alucio de honores y beneficios, se retiró regocijado; y de regreso en su país, no cesó de hablar a sus compatriotas de las virtudes de Escipión, "joven héroe, parecido solamente a los dioses, venido a España para subyugar todo con sus armas, su clemencia y generosidad." Por esta razón se apresuró a hacer levas entre sus clientes y volvió pocos días después a presentarse a Escipión al frente de mil cuatrocientos jinetes escogidos».

6) La historia discurre que Alejandro de Macedonia, igualmente, habiendo tomado cautiva a una doncella de belleza sobresaliente, prometida en matrimonio al jefe de una tribu vecina, la trató con tal extrema consideración que se abstuvo hasta de mirarla fijamente. Cuando la doncella fue devuelta más tarde a su amante, Alejandro, a consecuencia de esta gentileza, se aseguró el apoyo de toda la tribu.

Nota: Aulo Gelio, Noches Aticas, 6:8: *«El griego Apión, denominado Plistonices, escritor notable por la abundancia y variedad de su elocución, dijo, en sus alabanzas a Alejandro, que este príncipe prohibió que hiciesen comparecer a su presencia la esposa de su enemigo vencido, mujer de rara belleza, a fin de librar a su pudor hasta de la ofensa de una mirada. Con este motivo creo podría proponerse una cuestión que sería muy curiosa: la de saber cuál de los dos debe considerarse más continente, si Escipión el Africano, que después de la toma de Cartagena, ciudad importante de España, devolvió virgen y pura a su padre una joven núbil, admirablemente hermosa y de ilustre nacimiento, que sus soldados le llevaron cautiva; o Alejandro, que prohibió le presentasen, y se hizo escrúpulo hasta de ver la esposa y hermana de Darío, caídas en su*

poder después de gran victoria, y cuya belleza oía celebrar. Dejamos este asunto para que lo discutan aquellos que tengan espacio y talento. Observemos aquí que, según testimonios históricos, verdaderos o falsos (cosa que ignoramos), Escipión tuvo muy mala fama en su juventud. Es casi cierto que, contra él, hizo estos versos el poeta Nevio: "El mismo hombre cuyo brazo se ha ilustrado con tantas hazañas, cuyo nombre resplandece de gloria, que atrae las miradas de las naciones, en otro tiempo lo sacó su padre de casa de su amante sin más vestidura que un manto." Creo que estos versos indujeron a Valerio Ancias a contradecir la opinión de todos los demás escritores acerca de las costumbres de Escipión, diciendo en su historia que la joven cautiva de que antes hablamos no fue devuelta a su padre, sino que la conservó Escipión para sus placeres».

7) Cuando el Emperador César Augusto Germánico (Domiciano), en la guerra en la cual ganó su título triunfando sobre los germanos, construía fortalezas en territorio de los Cubii, ordenó que fuera hecha una compensación por las cosechas que había incluido dentro de sus fortalezas. Así el renombre de su justicia ganó la lealtad de todos.

Nota: Año 83 de Nuestra Era.

XI. SOBRE CÓMO ASEGURAR LA LEALTAD DE AQUELLOS DE LOS QUE UNO DESCONFÍA.

1) Cuando Publio Valerio tenía una guarnición insuficiente en Epidauro y por ello temió la traición de la gente de la ciudad, se preparó para celebrar una competición atlética a cierta distancia de la ciudad. Cuando casi toda la población hubo ido a contemplar los juegos, cerró las puertas y rechazó admitir a los epidurianos hasta que hubieron tomado rehenes de sus dirigentes.

2) Cneo Pompeyo, sospechando de los Chaucensianos y temiendo que no admitieran una guarnición, les preguntó si permitirían, entretanto, que sus soldados enfermos residieran entre ellos. Luego, mezclando sus hombres más fuertes entre los inválidos, capturó la ciudad y tomó el poder.

3) Cuando Alejandro conquistó y subyugó Tracia y estaba partiendo hacia Asia, temiendo que tras su marcha los tracios tomaran nuevamente las armas, llevó consigo, como si les concediese un honor, a sus reyes y oficiales (todos los que, de hecho, podían acusar la pérdida de la libertad). Al mando de quienes quedaban atrás dejó personas normales y corrientes, previniendo así que los oficiales hicieran cualquier cambio y quedaran ligados a él por favores, y que la gente común tampoco fuera capaz de hacerlos al haber sido privados de sus jefes.

Nota.- (Del sitio de Lacus Curtius). Alejandro deporta las clases superiores de una población enemiga: 334 a.d.C. Cf. Justin. XI.V.1-3.

4) Cuando Antípatro contempló el ejército de los peloponesios, que se había

congregado para discutir su autoridad al tener noticia de la muerte de Alejandro, fingió no entender con qué propósito venían y les agradeció haberse reunido para ayudar a Alejandro contra los espartanos, añadiendo que él escribiría al rey sobre ello. Pero, ya que no necesitaba su ayuda por el momento, les urgía a volver a casa; con esta declaración dispersó el peligro que le amenazaba con el nuevo orden de cosas.

Nota.- (Del sitio de LacusCurtius)

1.- Antípatro os agradece…: Él actuó, con toda intención, como si ellos no hubiesen tenido noticia de la muerte de Alejandro, aunque sabía perfectamente que esto no era así.

2.-… y disipó el peligro: 331-330 a.d.C

5) Cuando Escipión Africano estaba combatiendo en España fue llevada ante él, entre las cautivas, una noble doncella de sobresaliente belleza que atraía las miradas de todos. Escipión la resguardó con la mayor compasión y la devolvió a su prometido, de nombre Alicio, entregándole así mismo, como regalo de matrimonio, el oro que sus padres habían entregado a Escipión como rescate. Ganados por tan manifiesta generosidad, toda la tribu se alió con el gobierno de Roma.

Nota.- (Del sitio de LacusCurtius). Escipión Africano y la bella doncella: 210 a.d.C. *Cf.* Livio XXVI.50; Val. Max. IV.III.1; Gell. VII.8; Polib. X.19.

6) La leyenda cuenta, también, que Alejandro de Macedonia, habiendo capturado una doncella de excepcional belleza, prometida al jefe de una tribu vecina, la trató con tan extrema consideración que hasta se abstenía de mirarla. Cuando la doncella fue posteriormente devuelta a su amante, Alejandro, con su comportamiento amable, se aseguró el apoyo de toda la tribu.

Nota.- (Del sitio de Lacus Curtius). Alejandro y la bella doncella: Cf. Gell. VII.8; Ammian. Marc. XXIV.IV.27

7) Cuando el emperador César Augusto Germánico, en la guerra con la que ganó su título al conquistar a los germanos, estaba construyendo fortificaciones en el territorio de los cubios, ordenó compensarles por las cosechas que hicieron dentro del territorio fortificado. Así, la fama de su justicia le ganó la alianza de todos.

Nota.- (Del sitio de Lacus Curtius)

1.- El emperador César Augusto Germánico: Domiciano

2.- Domiciano ordenó pagar compensaciones por la cosecha de los Cubii: 83 d.C.

XII. QUÉ HACER PARA LA DEFENSA DEL CAMPAMENTO, EN CASO DE QUE UN COMANDANTE NO CONFÍE EN SUS ACTUALES FUERZAS

1) El cónsul Tito Quincio, cuando los volscos estaban a punto de atacar su campamento, mantuvo sólo una cohorte en servicio, y despidió al resto del ejército a tomar su descanso, ordenando a los trompetas que montaran a sus caballos e hicieran la ronda del campamento haciendo sonar sus trompetas. Exhibiendo esta apariencia de fuerza, mantuvo al enemigo lejos a lo largo de la noche. Entonces al amanecer, atacándolos por una salida de combate repentino, cuando los volscos estaban agotados por la vigilia, los derrotó fácilmente.

Nota: Año 468 a. de C. Livio 2:64-65: *«**64**. A fines de este año se obtuvo un poco de paz, pero turbada, corno de ordinario, por la lucha de los patricios y del pueblo. Irritado éste, no quiso tomar parte en los comicios consulares; nombrando cónsules los patricios y sus clientes a T. Quincio y Q. Servilio. El año de su magistratura se pareció al anterior, comenzando con sediciones que calmaron después ante la guerra extranjera. Los sabinos atravesaron precipitadamente el territorio de Crustumerio, llevando la matanza y los incendios a las orillas del Anio y casi habían llegado a la puerta Colina, bajo los muros de Roma, cuando les rechazaron. Retiráronse, sin embargo, con inmenso botín, tanto en hombres como en ganados. El cónsul Servilio les persiguió al frente de un ejército que no respiraba más que venganza, y, no pudiendo alcanzarles en campo raso, llevó tan lejos las devastaciones, que por todas partes no dejó más que ruinas, y regresó a Roma cargado de despojos de todo género. Brillantes triunfos se consiguieron contra los volscos, debidos tanto al general como a los soldados. Libróse primeramente un combate en campo raso, y por ambas partes resultaron muchos muertos y muchos más heridos: los romanos, cuyo reducido número hacía las pérdidas más sensibles, estaban a punto de retroceder, cuando el cónsul, con ingeniosa mentira, les reanimó gritando que los volscos huían en la otra ala. Precipitanse sobre el enemigo, y, creyéndose vencedores, llegan a serlo en efecto. Temiendo el cónsul que una tenaz persecución reprodujese el combate, hizo dar la señal de retirada. Muchos días pasaron durante los cuales los dos ejércitos descansaron, como en virtud de tregua tácita; entre tanto llegaron fuertes refuerzos al campamento enemigo de todos los pueblos de los equos y de los volscos. Teniendo por cierto que si los romanos llegaban a enterarse, se retirarían a favor de la oscuridad, el enemigo avanzó para atacar su campamento cerca de la tercera vigilia. Después de calmar Quincio el tumulto ocasionado por aquella repentina alarma, mandó a los soldados que permaneciesen tranquilos en las tiendas, y colocó en observación la cohorte de los hérnicos; al mismo tiempo hace cabalgar a los que tocaban los cuernos y las bocinas, con orden de tocar delante del campamento y mantener al enemigo en alarma hasta el amanecer. De tal manera tranquila fue el resto de la noche en el campamento, que los romanos hasta pudieron entregarse al sueño. Los volscos por su parte, a la vista de aquellos peones que suponían más numerosos y que creyeron romanos, ante la inquietud y relinchos de aquellos caballos que extrañaban el peso de jinete desconocido y el ruido que resonaba en sus orejas, permanecieron alerta cual si esperasen un ataque.*

65. *Al amanecer, los romanos, descansados merced a largo sueño, avanzaron contra los*

volscos, cansados por haber permanecido de pie y sin dormir toda la noche; sin embargo, retirada fue la suya más bien que derrota, porque a su espalda se alzaban colinas, en las que encontraron seguro refugio sus líneas, que permanecían intactas, exceptuando la primera. Al llegar el cónsul ante aquella desventajosa posición, detuvo al ejército: el soldado se irrita al verse detenido, grita y pide completar su victoria. La caballería se muestra más impaciente aún, y rodea al general, vociferando que se adelantará a las enseñas. El cónsul vacilaba, y, aunque seguro del valor de los soldados, desconfiaba del terreno. Entonces exclaman que van a marchar, y así lo hacen, clavando las lanzas en el suelo para trepar con más ligereza, y suben a la carrera. Agotan los volscos sus armas arrojadizas para rechazar aquel ataque; y en seguida arrancan pedazos de roca y las hacen rodar sobre los que suben. Las filas se deshacen ante los redoblados golpes de un enemigo, que les agobia desde lo alto de su posición. El ala izquierda queda casi aplastada, y ya iban a huir, si increpándoles el cónsul por aquella conducta imprudente y cobarde a la vez, no hubiese sobrepuesto en ellos el honor al miedo. Detuviéronse al pronto, decididos a no ceder, y como conservan su posición y sienten renacer sus fuerzas, se atreven a seguir adelante. Lanzando entonces de nuevo el grito de guerra, pónese en movimiento todo el ejército; recobra el brío, redobla los esfuerzos y sube la pendiente más escarpada, llegando ya a la cumbre de la colina, cuando el enemigo emprendió la fuga. Confundidos en rápida carrera vencedores y vencidos, como formando un solo ejército, penetraron juntos en el campamento, del que se apoderaron los romanos a favor del desorden. Los volscos que pudieron escapar, se refugian en Anzio; pero allí llegó el ejército romano, y la ciudad se rindió después de algunos días de sitio, no porque los sitiadores hiciesen nuevos esfuerzos, sino porque había decaído el valor de los volscos a consecuencia de la derrota y de la pérdida del campamento».

2) Quinto Sertorio, estando en España, fue completamente sobrepasado por la caballería del enemigo, que en su confianza excesiva avanzó hasta sus mismas fortificaciones. En consecuencia durante la noche construyó trincheras y preparó su línea de la batalla delante de ellos. Entonces, cuando la caballería se aproximó, como era su costumbre, él retiró su línea. El enemigo, siguiéndolo pegado a sus talones, cayó en las trincheras y así fue derrotado.

Nota: Años 80-72 a. de C.

3) Cares, el comandante ateniense, esperaba refuerzos en una ocasión, pero temió que mientras tanto el enemigo, despreciando su pequeña fuerza, atacara su campamento. Por lo tanto ordenó que varios de los soldados bajo su orden salieran por la noche por la retaguardia del campamento, y volvieran por una ruta donde fueran claramente observados por el enemigo, creando así la impresión que llegaban fuerzas frescas. De esta manera, se defendió fingiendo refuerzos, hasta que se vio equipado con aquellos a los que él esperaba.

Nota: Años 366 a 338 a. de C.

4) Ifícrates, el ateniense, acampado en una ocasión en tierras bajas, se enteró que los tracios tenían la intención de bajar de las colinas, de las cuales había sólo un camino de descenso, con el objetivo de saquear su campamento por la noche.

Por lo tanto, condujo en secreto a sus tropas y las apostó a ambos lados del camino sobre el cual los tracios debían pasar. Entonces, cuando el enemigo descendió sobre el campamento, un gran número de fuegos de vigilancia, armados por las manos de unos pocos hombres, produjo la impresión que una gran hueste estaba todavía allí, permitiendo que Ifícrates los atacara por los flancos y los aplastara.

Nota: Año 389 a. de C. *Esta historia ya fue contada en* ***1:5 § 24: Polieno, 3:9 § 50*** *: «En una expedición que Ifícrates hizo en Tracia, acampó en una planicie bordeada por una montaña, donde había sólo una salida por un puente estrecho, que los tracios debían pasar por la noche para atacar. Hizo encender un gran número de fuegos en su campamento, y saliendo con sus tropas, corrió a esconderse en los bosques que estaban al pie de la montaña, al lado del puente, y esperó en descanso. Los tracios pasaron el puente, y atraídos por los fuegos que ellos veían llegaron hasta el campamento, a la espera de encontrar a los enemigos. Ifícrates salió entonces del bosque atravesó el puente con sus tropas e hizo su retirada en seguridad».*

5) Ifícrates, el ateniense, habiendo descubierto que el enemigo comía regularmente a la misma hora, mandó que sus propias tropas comieran a una hora más temprana, y luego los condujo a luchar. Cuando el enemigo avanzó, él los detuvo de tal manera como para no permitirles enfrentamientos o retiradas. Entonces, a medida que el día finalizaba, él condujo sus tropas de regreso, pero sin embargo las mantuvo en armas. El enemigo, agotado por estar de pie en la línea como por el hambre, se alejó inmediata y rápidamente para descansar y comer, momento en el cual Ifícrates condujo otra vez sus tropas adelante, y encontrando al enemigo desorganizado, atacó su campamento.

Nota: Polieno, 3:9 § 53: *«Ifícrates acampó en presencia de los enemigos, observando que comían cada día a la misma hora. Él ordenó a sus tropas que comieran de madrugada; y cuando esto fue hecho, atacó a los enemigos, sobre los cuales no dejó en absoluto de tirar hasta la tarde. Cuando ambos ejércitos se hubieron separado, los enemigos se dirigieron a cenar. Ifícrates, cuyas tropas ya habían comido, se abatió sobre esta gente que se disponía a comer e hizo una gran carnicería».*

XIII. SOBRE LAS RETIRADAS

1) Cuando los galos estaban a punto de luchar con Atalo, llevaron todo su oro y plata a guardias confiables, con instrucciones de dispersarse, en caso de que sus fuerzas fueran derrotadas en batalla, a fin de que así el enemigo estuviera ocupado en recoger los despojos y ellos pudieran escapar más fácilmente.

Nota: Cicerón, En Defensa de la Ley Manilia, 9, atribuye esta estratagema a Mitrídates: *«Acaso se pregunte: Siendo esto así, ¿ha de ser grande la guerra que por hacer quede? Vais a saberlo, romanos, porque no parece inmotivada la pregunta. Primeramente huyó Mitrídates de su reino como, según se dice, huyó en otro tiempo Medea del mismo Ponto. Cuéntase de ésta que en su fuga iba dejando los miembros de su hermano en el camino por donde su padre la seguía para que el cuidado de recogerlos*

y el dolor paternal retardaran la actividad en perseguirla. Así huía Mitrídates abandonando en el Ponto grandes cantidades de oro y plata, y multitud de objetos preciosos que en parte había heredado de sus antepasados, y en parte acumulado en su reino al saquear en la guerra anterior toda el Asia, y mientras los nuestros se apoderaban con avidez de aquellas riquezas, el rey se les fue de las manos. Como el dolor retardaba al padre de Medea, la alegría retardó a nuestros soldados».

2) Trifón, rey de Siria, habiendo sido derrotado, desparramó dinero todo a lo largo de la línea de su retirada. Mientras la caballería de Antíoco se demoraba en recoger esto, él efectivizó su escape.

Nota: Año 134 a. de C.

3) Quinto Sertorio, derrotado en batalla por Quinto Metelo Pío, convencido que ni una retirada organizada era segura, ordenó a sus soldados que se desbandaran y retiraran, informándoles en que punto deseaba volver a reunirlos.

Nota: Año 75 a. de C. Plutarco, Pompeyo, 19: *«Engreído con este suceso, y deseoso de que Metelo no tuviese parte en la victoria, se dio prisa a ir en busca del mismo Sertorio. Alcanzóle junto al río Júcar al caer ya la tarde, y allí trabaron la batalla, temerosos de que sobreviniese Metelo, para pelear solo el uno, y el otro para pelear con uno sólo. Fue indeciso y dudoso el término de aquel encuentro, porque venció alternativamente una de las alas de uno y otro; pero en cuanto a los generales, llevó lo mejor Sertorio, porque puso en huída el ala que le estuvo opuesta. A Pompeyo le acometió desmontado un hombre alto de los de caballería, y habiendo venido ambos al suelo a un tiempo, al volver a la lid pararon en las manos de uno y otro los golpes de las espadas, aunque con suerte desigual, porque Pompeyo apenas fue lastimado, pero al otro le cortó la mano. Cargaron entonces muchos sobre él, estando ya en fuga sus tropas, y se salvó maravillosamente por haber abandonado a los enemigos su caballo, adornado magníficamente con jaeces de oro de mucho valor; porque enredados los enemigos en la partición y altercando sobre ella, le dieron lugar para huir. A la mañana siguiente volvieron ambos a la batalla con ánimo de hacer que se declarase la victoria; pero como sobreviniese Metelo, se retiró Sertorio, dispersando su ejército; porque éste era su modo de retirarse, y luego volvía a reunirse la gente; de manera que muchas veces andaba errante Sertorio solo, y muchas veces volvía a presentarse con ciento cincuenta mil hombres, a manera de torrente que repentinamente crece. Pompeyo, cuando después de la batalla salió al encuentro a Metelo y estuvieron ya cerca, dio orden de que se le rindieran a éste las fasces, acatándole como preferente en honor; pero Metelo lo resistió, porque en todo se conducía perfectamente con él, no arrogándose superioridad alguna ni por consular ni por más anciano. Solamente cuando acampaban juntos, la señal se daba a todos por Metelo; pero por lo común acampaban separados, contribuyendo a que tuvieran que estar distantes la calidad del enemigo, que usaba de diferentes artes, y, siendo diestro en aparecerse repentinamente por muchos lados, obligaba a mudar también los géneros de combate; tanto, que, por último, interceptándoles los víveres, saqueando y talando el país y haciéndose dueño del mar, los arrojó de la parte de España que le estaba sujeta, precisándolos a refugiarse en otras provincias por carecer absolutamente de provisiones».*

4) Viriato, el líder de los lusitanos, logró salir de una difícil posición y de la amenaza de nuestras tropas, por el mismo método que Sertorio, desbandando sus fuerzas y luego volviendo a reunirlas.

Nota: *Años 147 a 139 a. de C. Apiano, Sobre Iberia, 62: «Encendidos sus ánimos y recobradas las esperanzas, lo eligieron general. Después de desplegar a todos en línea de batalla como si fuera a presentar combate, les dio la orden de que, cuando él se montara a caballo, escaparan disgregándose en muchas direcciones como pudiesen por rutas muy distintas en dirección a la ciudad de Tríbola y que le aguardaran allí. Él eligió sólo a mil y les ordenó colocarse a su lado. Una vez efectuadas estas disposiciones, escaparon al punto, tan pronto como Viriato montó a caballo, y Vetilio, temeroso de perseguirles a ellos que habían escapado en muchas direcciones, dio la vuelta y se dispuso a luchar con Viriato, que permanecía quieto y aguardaba a que llegara el momento de atacar. Viriato, con caballos mucho más veloces, lo mantuvo en jaque, huyendo a veces y otras parándose de nuevo y atacando, y consumió aquel día y el siguiente completos en la misma llanura cabalgando alrededor. Y cuando calculó que los otros tenían ya asegurada su huida, entonces, partió por la noche por caminos no usados habitualmente y, con caballos mucho más rápidos, llegó a Tríbola sin que los romanos fueran capaces de perseguirlo a causa del peso de sus armas, de su desconocimiento de los caminos y la inferioridad de sus caballos. De esta manera, de modo inesperado, salvó a su ejército de una situación desesperada. Cuando esta estratagema llegó al conocimiento de los pueblos bárbaros de esta zona, le reportó un gran prestigio y se le unieron muchos desde todos los lugares. Y durante ocho años sostuvo la guerra contra Roma».*

5) Horacio Cocles, cuando el ejército de Porsenna le presionaba con fuerza, ordenó que sus partidarios volvieran sobre el puente a la Ciudad, y luego destruir el puente a fin de que el enemigo no pudiera seguirlos. Mientras esto se hacía, él mismo, como defensor de la cabeza de puente, sostuvo al enemigo que avanzaba. Entonces, cuando el estruendo le dio a entender que el puente había sido destruido, se lanzó a la corriente, y nadó a través de ella con su armadura, aunque agotado como estaba por las heridas.

Nota: Año 507 a. de C. Livio, 2:10: *«Al acercarse el enemigo, los campesinos se refugiaron en la ciudad, que quedó rodeada de numerosas guardias. Parecía bien defendida de un lado por las murallas y del otro por el Tíber, que corría entre la ciudad y los contrarios; sin embargo, un puente de madera iba a dar paso al enemigo, a no ser por un solo hombre, Horacio Cocles, que aquel día fue el único baluarte de la fortuna de Roma. Encontrábase casualmente encargado de la guardia del puente, cuando observó que se habían apoderado por sorpresa del Janículo; que el enemigo acudía precipitadamente, y que sus compañeros asustados abandonaban las filas y las armas: detuvo a algunos, opúsose a la fuga, y jurando por los dioses y los hombres, les manifiesta que "en vano abandonan su puesto; que la fuga no puede salvarles; que si a la espalda dejan libre el paso del puente, muy pronto verán más enemigos sobre el Palatino y el Capitolio que hay sobre el Janiculo." Les encomienda, pues, que usen el hierro, el fuego y todos los medios posibles para cortar el puente, y que él, en cuanto puede hacer un hombre solo, sostendrá el choque de los contrarios. Lánzase en seguida a la cabeza del*

puente, y siendo tanto más notable verle en medio de los suyos, que volvían la espalda y abandonaban el combate, presentarse empuñando las armas para resistir a los etruscos, asombró a los enemigos con aquel prodigio de audacia. El honor había retenido a su lado a Sp. Larcio y a T. Herminio, tan notables por su alcurnia como por su valor. Con éstos sostuvo el primer choque y el primer ímpetu de los que atacaban; pero llamándoles en seguida los que cortaban el puente, les obliga a que se retiren por un paso estrecho que de intento habían conservado. En seguida, dirigiendo amenazadoras y terribles miradas a los jefes de los etruscos, en tanto les provoca sucesivamente, en tanto les acusa a todos de cobardía, increpándoles por ser "esclavos de orgullosos tiranos y porque abandonaban la propia libertad para venir a atacar la libertad ajena." Vacilando por algunos momentos. míranse unos a otros, como para ver quién comenzará el combate; pero al fin sienten vergüenza todos los soldados, lanzan tremendo grito y hacen llover sobre un hombre solo una nube de dardos, que quedan clavados en el escudo con que se cubre. Cuando ven que inquebrantable en su decisión y firme en la resistencia, permanece dueño del puente que recorre con arrogante paso, procuran arrojarse sobre él y precipitarle al río; pero de pronto, el fragor del puente que se rompe y los gritos que lanzan los romanos, satisfechos por el resultado de sus esfuerzos, les hielan de espanto y les detienen en su ímpetu. Entonces exclama Cocles: "Padre Tiberino, yo te ruego que recibas propicio en tus ondas estas armas y este soldado." Dicho esto, se precipitó armado en el río y cruzándolo a nado, en medio de nube de flechas que le lanzan desde la otra orilla sin conseguir alcanzarle, se reúne con sus conciudadanos, después de realizar una hazaña que encontrará en la posteridad más admiración que crédito. Roma se mostró agradecida a tan notable valor, le hizo erigir una estatua en el comicio y le dio tanto terreno como podía encerrar el círculo que trazase un arado trabajando un día. A este premio público, los particulares añadieron un testimonio de agradecimiento, y durante la escasez general cada cual separó un poco de su propio alimento para contribuir, en proporción de sus recursos, a la subsistencia de aquel héroe».

6) Afranio, escapando de César cerca de Ilerda en España, acampó, mientras César presionaba sobre él. Cuando César hizo lo mismo y envió a sus hombres a juntar forraje, Afranio repentinamente dio la señal de continuar la retirada.

Nota: Año 49 a. de C. Julio César, Las Guerras Civiles, 1:80: *«Yendo peleando de esta suerte, la marcha era lenta y perezosa, haciendo continuas paradas a trueque de socorrer a los suyos, como entonces aconteció. Porque andadas cuatro millas, y viéndose picar furiosamente por la caballería, hacen alto en un monte elevado, y aquí, sin descargar el bagaje, fortifican su campo por la banda sola que miraba al enemigo. Cuando advirtieron que César había fijado sus reales, armado las tiendas y enviado al forraje la caballería, arrancan súbitamente hacia las seis horas del mismo día, y esperando ganar tiempo durante la ausencia de nuestra caballería, comienzan a marchar. Observado esto, César sacadas las legiones va tras ellos, dejando algunas cohortes para custodia del bagaje. Da contraorden a la caballería y a los forrajeros y manda que a la horadécima sigan a los demás. Prontamente la caballería vuelve del forraje a su ejercicio diario de la marcha. Trábase un recio combate en la retaguardia, tanto que por poco no vuelven las espaldas, y de facto quedan muertos muchos soldados y aun algunos oficiales, íbales a los alcances el ejército de César, y ya todo él estaba encima».*

7) Cuando Antonio se retiraba, presionado con fuerza por los partos, tan pronto como levantó el campamento al amanecer, sus tropas en retirada fueron atacadas por descargas de flechas de los bárbaros. En consecuencia, un día mantuvo a sus hombres atrás hasta casi el mediodía, produciendo así la impresión de que había armado un campamento permanente. Tan pronto como los partos se persuadieron de esto y se retiraron, él llevó a cabo su marcha regular por el resto del día sin interferencias.

Nota: Año 36 a. de C.

8) Cuando Filipo sufrió una derrota en Epiro, a fin de que los romanos no pudieran aplastarlo en su huída, se aseguró la concesión de una tregua para sepultar a los muertos. A consecuencia de esto, los guardias relajaron su vigilancia, y así Filipo se escabulló.

Nota: Año 198 a. de C.

9) Publio Claudio, derrotado por los cartagineses en un enfrentamiento naval y pensando necesario abrirse paso a través de las fuerzas del enemigo, ordenó que los veinte buques qie le quedaban fueran adornados como victoriosos. Los cartagineses, por lo tanto, pensaron que nuestros hombres se habían mostrado superiores en el encuentro, de modo que Claudio se convirtió en un objeto de temor hacia el enemigo y pudo así escapar.

Nota: Corresponde a la batalla de Drepanum, año 249 a. de C. Polibio. 1:50-51: *«Claudio, sorprendido de ver que el cartaginés, lejos de ceder como esperaba, y atemorizarle su llegada, se disponía al combate, y que sus navíos, unos estaban ya dentro del puerto, otros a la boca misma, y los restantes iban a entrar, ordena que, hecho un cuarto de conversión, todos retrocedan. Dicha maniobra causó una gran confusión en las tripulaciones, no sólo por chocar los navíos que estaban dentro con los que iban a entrar, sino también por hacerse unos a otros pedazos los bancos con el mutuo empuje. Sin embargo, al tiempo que iban saliendo, los trierarcos los ordenaban, y hacían que junto a la costa volviesen rápidamente sus proas a los contrarios. El Cónsul primeramente navegaba detrás de toda la armada, pero después viró para tomar altura y ocupó el ala izquierda. Durante ese tiempo, Adherbal pasa de parte allá del ala izquierda de los romanos con cinco buques de guerra, gira su proa a ellos por el lado del mar y ordena por medio de sus edecanes que ejecuten lo mismo los que venían detrás, situándose siempre al tenor del inmediato. Colocados todos de frente, y dada la señal, avanza la armada al principio en orden hacia los romanos que, parados junto a tierra, esperaban los navíos que salían del puerto: situación de que les provino pelear con grandes desventajas.*

Cuando estuvieron a tiro las escuadras y se puso la señal en los navíos comandantes, se inició el combate. Al principio fue igual el peligro, ya que una y otra habían tomado a bordo las mejores tropas de tierra. Pero iban superando cada vez más el partido de los cartagineses. Eran incalculables las ventajas que tuvieron durante toda la acción. Excedían mucho en la ligereza de los navíos, en la singular construcción de los buques y

en la aptitud de los remeros. El sitio mismo contribuía infinito, ya que habían extendido su formación hacia el lado del mar. Si los enemigos cercaban algún buque, su agilidad les facilitaba retirarlo sin peligro por la espalda a lugar espacioso. Si alguno se lanzaba a perseguirlos, lo rodeaban, o atacaban por el flanco; y mientras que la pesadez del buque e impericia del remero imposibilitaba virar a los romanos, los cartagineses le daban continuos choques, con lo que hundían a muchos. Sucedía que un navío cartaginés estaba en peligro; rápidamente se marchaba por detrás de las popas de los demás y se le socorría sin riesgo. Más a los romanos les sucedía al contrario. Como peleaban junto a tierra, no tenían acción para retroceder cuando eran oprimidos. Siempre que un navío era atacado de frente, o dando en un banco se encallaba por la popa, o se estrellaba impelido contra la costa. Navegar por medio de los navíos enemigos, y atacar por la retaguardia a los que ya una vez han venido a las manos, ventaja utilísima en las acciones navales, les estaba prohibido por la pesadez de los buques y poca práctica de los remeros. Socorrer por la popa al necesitado no les era posible, por estar encerrados contra la tierra, y haber dejado poco espacio para prestar el debido auxilio. Con tales inconveniencias durante todo el combate, ¿qué de extrañar es que unos quedasen encallados en los bancos y otros se estrellasen? A la vista de esto, el Cónsul huyó por la izquierda, tomando la vuelta de la costa, y con él treinta navíos que tuvieron la dicha de estar cerca. Los demás, que alcanzaban el número de noventa y tres, cayeron con sus tripulantes en poder de los cartagineses, salvo algunos soldados que, saltando a tierra, huyeron».

10) Los cartagineses, en una ocasión, habiendo sido derrotados en una batalla naval, deseando librarse de los romanos que estaban cerca, fingieron que sus buques habían encallado en bancos e imitaban el movimiento de las galeras varadas. De esta manera hicieron que los vencedores, temerosos de encontrar un desastre parecido, les dieran una oportunidad de fugar.

11) Cuando Comio, el atrébate, derrotado por el divino Julio, huyó de la Galia a Britannia y alcanzó el Canal en un momento en que el viento era bueno, pero la marea estaba baja. Aunque los buques estaban varados en los bancos, ordenó, sin embargo, que fueran extendidas las velas. César, que los seguía a distancia, viendo las velas hincharse con la brisa plena, e imaginando que Comio se escapaba de sus manos y avanzaba a un próspero viaje, abandonó la persecución.

LIBRO III

Si los libros precedentes han correspondido a sus títulos, y he mantenido la atención del lector hasta este punto, trataré ahora de astucias que tienen que ver con el sitio y la defensa de ciudades. Renunciando a cualquier prefacio, presentaré primero aquellas que son útiles en el sitio de ciudades y luego aquellas que ofrecen sugerencias a los sitiados. Dejando a un lado también todas las consideraciones de trabajos y máquinas de guerra, cuya invención ha alcanzado hace mucho su límite, y para la mejora de las cuales no veo ninguna esperanza adicional en las artes aplicadas, reconoceré los siguientes tipos de estratagemas relacionadas con operaciones de sitio:

I. Sobre ataques por sorpresa.
II. Sobre cómo engañar al sitiado.
III. Sobre cómo inducir a la traición.
IV. Por qué medios el enemigo puede ser reducido al estado de necesidad.
V. Cómo persuadir al enemigo que el sitio será mantenido.
VI. Sobre cómo distraer la atención de una guarnición hostil.
VII. Sobre cómo desviar corrientes y contaminar el agua.
VIII. Sobre cómo aterrorizar al sitiado.
IX. Sobre ataques desde un sitio inesperado.
X. Sobre cómo poner trampas para sacar al sitiado. XI. Sobre retiradas fingidas.

Por otra parte, estratagemas relacionadas con la protección de los sitiados:

XII. Sobre cómo estimular la vigilancia de las propias tropas.
XIII. Sobre cómo enviar y recibir mensajes.
XIV. Sobre cómo introducir refuerzos y suministrar provisiones.
XV. Cómo producir la impresión de abundancia de lo que se carece.
XVI. Cómo conocer la amenaza de traición y la deserción.
XVII. Sobre salidas.
XVIII. Acerca de la firmeza por parte de los sitiados.

I. SOBRE ATAQUES POR SORPRESA

1) El cónsul Tito Quincio, habiendo triunfado sobre los equos y los volscos en un enfrentamiento, decidió asaltar la ciudad amurallada de Antium. Consecuentemente llamó a una asamblea de los soldados y explicó cuán necesario era este proyecto y qué fácil, si tan sólo no era pospuesto. Entonces, habiendo despertado el entusiasmo por su alocución, asaltó la ciudad.

Nota: *Año 468 a. de C.*

2) Marco Catón, estando en España, vio que podía ganar la posesión de cierta ciudad, si sólo pudiera asaltar al enemigo por sorpresa. En consecuencia, habiendo llevado a cabo en dos días una marcha que duraba cuatro días a través de ásperos y estériles distritos, aplastó a sus enemigos, que no temían acontecimiento alguno de este tipo. Entonces, cuando sus hombres preguntaron por la razón de un éxito tan sencillo, él les dijo que ellos habían obtenido la victoria tan pronto como llevaron a cabo la marcha de los cuatro días en dos.

Nota: *Año 195 a. de C.*

II. SOBRE CÓMO ENGAÑAR AL SITIADO

1) Cuando Domicio Calvino sitiaba Lueria, una ciudad de los ligures, protegido no sólo por su posición y trabajos de sitio, sino también por la superioridad de sus defensores, instituyó la práctica de marchar frecuentemente con todas sus fuerzas alrededor de las murallas, y luego marchar de vuelta al campamento. Una vez que los ciudadanos fueron inducidos por esta rutina a creer que el comandante romano hacía esto con el propósito de hacer ejercicios militares, y por consiguiente no tomó precaución alguna contra sus esfuerzos, él transformó esta práctica de desfile en un repentino ataque, y tomando posesión de las murallas, obligó a los habitantes a rendirse.

2) El cónsul Cayo Duilio, por ejercitar con frecuencia a sus soldados y marineros, triunfó en hacer que los cartagineses no hicieran caso de una práctica que era bastante inocente, hasta que de repente él sacó a relucir su flota y capturó sus fortificaciones.

Nota: *Año 260 a. de C.*

3) Aníbal capturó muchas ciudades en Italia enviando adelante a algunos de sus propios hombres, vestidos con el traje tradicional de los romanos y hablando en latín, que ellos habían aprendido como resultado de una larga experiencia en la guerra.

Nota: *Años 216 a 203 a. de C.*

4) Los arcadios, sitiando una fortaleza de los mesenios, fabricaron ciertas armas que se parecían a aquellas del enemigo. Entonces, cuando se enteraron que otra fuerza estaba por relevar a la primera, se vistieron con el uniforme de aquellos a quienes esperaban, y, admitidos como compañeros a consecuencia de esta confusión, aseguraron la posesión del lugar y causaron estrago entre el enemigo.

5) Cimón, el general ateniense, teniendo planes sobre cierta ciudad en Caria, bajo la cubierta de la noche prendió fuego a un templo de Diana, tenida en alta reverencia por los habitantes, como así también a una arboleda fuera de las murallas. Entonces, cuando los ciudadanos salieron a luchar contra la conflagración, Cimón capturó la ciudad, ya que fue abandonada sin defensores.

Nota: *Alrededor del año 470 a. de C.*

6) Alcibíades, el comandante ateniense, sitiando la fuertemente fortificada ciudad de los agrigentinos, solicitó una conferencia con los ciudadanos, y, como hablando de asuntos de preocupación común, se dirigió con ellos al teatro, donde según la costumbre de los griegos, era habitual usar el lugar para la consulta. Entonces, mientras él mantenía a la muchedumbre fingiendo una deliberación, los atenienses, a quienes él había preparado antes para este movimiento, capturaron la ciudad, dejada así indefensa.

Nota: Año 415 a. de C., *Tucídides, 6:51, designa a Catana como la ciudad donde tuvo lugar esta estratagema: «De allí se dirigieron a Catana, donde no les quisieron recibir, porque una parte de los ciudadanos era del partido de los siracusanos. Por esta causa viéronse obligados a dirigirse más arriba hacia la ribera del Terias, donde pararon todo aquel día, y a la mañana siguiente fueron a Siracusa con todos sus barcos puestos en orden en figura de cuerno, de los cuales enviaron diez delante hacia el gran puerto de la ciudad para reconocer si había dentro otros buques de los enemigos. Cuando todos estuvieron juntos a la entrada del puerto, mandaron pregonar al son de la trompeta que los atenienses habían ido allí para restituir a los leontinos en sus tierras y posesiones conforme a la amistad y alianza, según les obligaban el deudo y parentesco que con ellos tenían, por tanto que denunciaban y hacían saber a todos aquellos que fuesen de nación leontinos y se hallasen a la sazón dentro de la ciudad de Siracusa, se pudiesen retirar y acoger a su salvo a los atenienses como a sus amigos y bienhechores.*

Después de dar este pregón y de reconocer muy bien el asiento de la ciudad y del puerto y de la tierra que había en contorno para ver de qué parte la podrían mejor poner cerco, regresaron todos a Catana, y de nuevo requirieron a los ciudadanos para que les dejasen entrar en la ciudad como amigos.

Los habitantes, después de celebrar consejo, les dieron por respuesta que en manera alguna dejarían entrar la gente de la armada, pero que si los capitanes querían entrar

solos, los recibirían y oirían de buena gana cuanto quisiesen decir, lo cual fue así hecho, y estando todos los de la ciudad reunidos para dar audiencia a los capitanes, mientras estaban atentos a oír lo que Alcibíades les decía, la gente de la armada se metió de pronto por un postigo en la ciudad, y sin hacer alboroto ni otro mal alguno andaban de una parte a otra comprando vituallas y otros abastecimientos necesarios. Algunos de los ciudadanos que eran del partido de los siracusanos, cuando vieron la gente de guerra de la armada dentro, se asustaron mucho, y sin más esperar, huyeron secretamente. Éstos no fueron muchos y todos los otros que habían quedado acordaron hacer paz y alianza con los atenienses. Por este suceso fue ordenado a todos los atenienses que habían quedado con lo restante de la armada en Región que viniesen a Catana. Cuando estuvieron juntos en el puerto de Catana, y hubieron puesto en orden su campo, tuvieron aviso de que si iban directamente a Camarina los ciudadanos, les darían entrada en su ciudad, y también que los siracusanos aparejaban su armada. Con esta nueva partieron todos navegando hacia Siracusa, mas no viendo ninguna armada aparejada de los siracusanos volvieron atrás, y fueron a Camarina.

Al llegar cerca del puerto hicieron pregonar a son de trompeta, y anunciar a los de Camarina su venida, mas éstos no les quisieron recibir diciendo que estaban juramentados para no dejar entrar a los atenienses dentro de su puerto con más de una nave, salvo el caso de que ellos mismos les enviasen a llamar, para que fueran con barcos. Con esta respuesta se retiraron los atenienses sin hacer cosa alguna.

A la vuelta de Camarina saltaron en tierra en algunos lugares de los siracusanos para saquearlos, mas la gente de a caballo que éstos tenían acudió en socorro de los lugares, y hallando a los remeros y desordenados a los atenienses, ocupándose en robar, dieron sobre ellos y mataron muchos, porque estaban armados a la ligera. Los atenienses se retiraron a Catana».

7) Cuando Epaminondas, el tebano, hacía una campaña en Arcadia, y durante cierto día sagrado las mujeres del enemigo paseaban en gran número fuera de las murallas, él envió entre ellas a parte de sus propias tropas vestidas con el atuendo femenino. A consecuencia de este disfraz, los hombres fueron admitidos hacia el anochecer en la ciudad, con lo cual ellos la tomaron y la abrieron a sus compañeros.

Nota: Año 379 a. de C. Polieno 2:3 § 1, *tiene una diferente versión de la historia: «Febíades, que tenía el mando de la ciudadela de Cadmia, estaba enamorado de la mujer de Epaminondas. Esta mujer se lo dio a conocer a su marido, el que le ordenó fingir que gustaba de Febíades, y de prometerle una noche, con compromiso de llevar con ella a otras mujeres para sus amigos. Dada la palabra, las mujeres se encontraron en la cita, y bebieron con Febíades y sus amigos hasta la embriaguez. Ellas pidieron luego permiso para salir un momento para dedicarse a un sacrificio nocturno, y prometieron volver al instante. Febíades y sus amigos se lo permitieron, y ordenaron a los guardias de la puerta que las dejaran volver. Habiendo salido, se encontraron fuera con jóvenes lampiños, con los que cambiaron ropas, salvo una sola que volvió a entrar con ellos, tanto como para decirles dos palabras a los guardias de la puerta, que para guiar a estos jóvenes. Conducidos por esta mujer, mataron a Febíades y a todos los que estaban con él».*

8) Aristipo, el espartano, en un día sagrado para los tegeos, cuando la población entera había salido de la ciudad para celebrar los ritos de Minerva, envió a Tegea varias mulas cargadas con bolsos de grano llenos con paja. Las mulas eran conducidas por soldados disfrazados de comerciantes, que, evitando el aviso, abrieron las puertas de la ciudad a sus compañeros.

9) Cuando Antíoco sitiaba la ciudad fortificada de Suenda en Capadocia, interceptó a algunas bestias de carga que había salido para conseguir el grano. Entonces, matando a sus asistentes, vistió a sus propios soldados con su ropa y los envió dentro como si estuvieran trayendo el grano. Los centinelas cayeron en la trampa y, confundiendo a los soldados con carreteros, dejaron entrar a las tropas de Antíoco en las fortificaciones.

10) Cuando los tebanos no podían, a pesar de sumos esfuerzos, ganar la posesión del puerto de los sicionanos, llenaron un buque grande con hombres armados, exhibiendo a simple vista una carga en la cubierta, a fin de, so pretexto de comerciantes, engañar a sus enemigos. Entonces, en un punto de las fortificaciones lejano del mar, ubicaron a unos hombres, con quienes algunos miembros desarmados del equipo de desembarque debían enfrentarse en una reyerta, fingiendo una pelea. Cuando los sicionanos fueron convocados para parar el altercado, los equipos tebanos capturaron tanto el puerto indefenso como la ciudad.

Nota: Año 369 a. de C. Polieno 5:16 § 3 *dice que fue Pámenes el autor de la estratagema: «Pámenes deseaba adueñarse del puerto de Sicion, que estaba entonces bajo la protección de los tebanos. Al mismo tiempo que él avanzaba contra la ciudad por tierra, tripuló un buque mercante con soldados, y lo colocó en la boca del puerto. Hacia la tarde, algunos de estos soldados, sin armas y con aspecto de comerciantes, fueron a tierra, a hacer compras y ver el mercado. Cuando la tarde estaba bien avanzada y el barco había entrado a puerto, Pámenes atacó la ciudad con un ruido fuerte y confuso,. Todos los habitantes corrieron al distrito donde el ataque estaba sucediendo. Incluso los hombres que vivían en la playa la dejaron, y corrieron en ayuda de sus amigos en la ciudad. Mientras tanto, las tropas armadas del barco fueron a tierra, y se hicieron dueñas del puerto sin oposición».*

11) Timarco, el etolio, habiendo matado a Carmades, general del Rey Ptolomeo, se arregó a la manera macedonia con la capa y el casco del comandante asesinado. Por este disfraz fue admitido como Carmades en el puerto de los sanios y se aseguró su posesión.

Nota: Año 280 a. de C. *Se refiere al rey de Macedonia Ptolomeo Cerauno.*

III. SOBRE CÓMO INDUCIR A LA TRAICIÓN.

1) Cuando el cónsul Papirio Cursor estaba ante Tarentum, y Milón sostenía la

ciudad con una fuerza de epirotas, Papirio prometió seguridad a Milón y a los ciudadanos, si él aseguraba la posesión de la ciudad a través de su influencia. Sobornado por estos incentivos, Milón persuadió a los tarentinos a que lo enviaran como embajador al cónsul, de quién, en conformidad con su arreglo, trajo promesas liberales por medio de las cuales hizo que los ciudadanos recayeran en un sentimiento de seguridad, pudiéndose así dar la ciudad a Cursor, ya que fue dejada indefensa.

Nota: Año 272 a. de C. Zonaras 8:6: *«Después de esto, sometieron a los samnitas por la actividad de Carvilio y vencieron a los lucanios y brucios entregándolos en manos de Papirio. Este mismo Papirio sojuzgó a los tarentinos también. Éstos, enojados con Milón y acosados por sus propios paisanos, quienes, como ya he relatado, atacaron a Milón, llamaron a los cartagineses en su ayuda cuando se enteraron que Pirro había muerto. Milón, encontrándose en una posición difícil, dado que los romanos lo sitiaban por tierra y los cartagineses por mar, rindió la ciudadela a Papirio a condición de que le fuera permitido marcharse ileso con sus seguidores y su dinero. Entonces los cartagineses, en vista de que estaban en paz con los romanos, zarparon, y la ciudad se rindió a Papirio. Ellos entregaron sus armas y sus barcos, demolieron sus murallas, y consintieron en pagar tributo».*

2) Marco Marcelo, habiendo tentado a cierto Sosístrato de Siracusa en convertirse en traidor, se enteró por él que las guardias serían menos estrictas durante unos días festivos en los que cierto ciudadano llamado Epícides debía hacer una generosa distribución de vino y alimento. De este modo, aprovechando la alegría y el relajamiento consiguiente de la disciplina, escaló los muros, mató a los centinelas, y entregó abierta al ejército romano una ciudad ya famosa como el escenario de célebres victorias.

Nota: Año 212 a. de C. Plutarco, Marcelo, 18, *quién da el nombre de Damasipo el Espartano al que Frontino llama Sosístrato de Siracusa: «Siendo, pues, Arquímedes tal cual hemos manifestado, se conservó invencible a sí mismo, e hizo invencible a la ciudad en cuanto estuvo de su parte. Marcelo, durante el sitio, tomó a Mégara, una de las ciudades más antiguas de los Sicilianos, y se apoderó, cerca de Acilas, del campamento de Hipócrates, con muerte de más de ocho mil hombres, sorprendiéndolos en el acto de poner el valladar. Corrió además la mayor parte de la Sicilia, separando las ciudades del partido de los Cartagineses, y venció en batalla a todos cuantos se atrevieron a hacerle frente. Sucedió en el progreso del sitio haber hecho cautivo a un Espartano llamado Damasipo, que salió por mar de Siracusa; y como los Siracusanos deseasen recobrarle por rescate, y con este motivo se hubiesen tenido diferentes conferencias, puso en una de estas ocasiones la vista en una torre que estaba mal conservada y defendida, en la que podría introducir soldados ocultamente, siendo además el muro de fácil subida por aquella parte. Habíase hecho cargo con exactitud de la altura de éste en sus frecuentes idas y venidas a conferenciar por la parte de la torre, y tenía ya prevenidas las escalas; viendo, pues, que los Siracusanos, con motivo de celebrar una fiesta de Diana, estaban entregados al vino y a la diversión, no solamente tomó la torre sin ser sentido, sino que antes de hacerse de día había coronado de gente armada toda la muralla y quebrantado los Hexápilos. Cuando los Siracusanos llegaron a entenderlo, todo fue confusión y*

desorden, y como Marcelo mandase hacer señal con todas las trompetas a un tiempo, dieron a huir sobrecogidos de miedo, creyendo que nada les quedaba por tomar a los enemigos. Faltaba, sin embargo, la parte más bella, de más resistencia y extensión (que se llama la Acradina), porque su muralla separa la ciudad de afuera, de la cual a una parte dan el nombre de ciudad nueva, y a otra el de Tica».

3) Cuando Tarquinio el Soberbio se vio imposibilitado de inducir a los gabios a rendirse, azotó a su hijo Sexto con varas y le envió al enemigo, donde él denunció la crueldad de su padre y persuadió a los gabios a utilizar su odio contra el rey. En consecuencia, él fue elegido líder en la guerra, y entregó a los gabios a su padre.

Nota: Livio, 1:53 *«Si Tarquino fue injusto en la paz, no fue mal capitán en la guerra, y hasta hubiese superado en esto a sus predecesores, si los vicios del rey no oscurecieran la gloria del general. Comenzó contra los volscos aquella guerra que duró más de doscientos años: tomó por asalto su ciudad de Suesa-Pomecia: vendió el botín y obtuvo de la venta cuarenta talentos de oro y plata, concibiendo entonces la idea de elevar a Júpiter vasto templo, digno del rey de los dioses y de los hombres, digno del imperio romano y digno de la majestad del lugar donde se abrieron sus cimientos. El dinero tomado al enemigo quedó reservado para la construcción de este edificio. En seguida emprendió una guerra contra los gabios, cuya ciudad estaba cerca de Roma, no siendo esta guerra tan afortunada ni tan rápida como había esperado. Rechazado después de un asalto inútil, obligado a renunciar, por consecuencia de este fracaso, a un asedio regular, decidió emplear la astucia y la perfidia, medios indignos de un capitán romano. Aparentando que no se ocupaba ya de la guerra y que solamente atendía a la construcción del templo de Júpiter y de otras obras comenzadas en la ciudad, Sexto, el más joven de sus tres hijos, de acuerdo con él, se refugió entre los gabios, quejándose ante ellos de la intolerable crueldad de su padre, diciendo: "Que Tarquino, no contento con tiranizar a los demás, tiranizaba también a su propia familia. Teme al número de sus hijos, y así como ha despoblado el Senado, quiere despoblar también su casa y no dejar herederos de su nombre ni de su reino. En cuanto a él, habiendo escapado a la espada de su padre, no cree encontrar en ninguna parte asilo más seguro que entre los enemigos de Tarquino; porque han de saber que la guerra que parece abandonada, amenaza siempre; comenzará en cuanto haya ocasión, estallando de improviso. Si rechazan sus ruegos, recorrerá todo el Lacio; irá a los volscos, a los equos, a los hérnicos, hasta que encuentre un pueblo bastante generoso para defender a los hijos de la persecución e impía crueldad de los padres. Tal vez encontrará alguno a quien justa indignación hará empuñar las armas contra el rey más orgulloso y el más ambicioso de los pueblos". Temiendo los gabios que si no procuran retenerlo abandone su ciudad irritado contra ellos, le acogieron con bondad diciéndole: "Que no debe extrañarle que Tarquino trate a sus hijos como a sus conciudadanos y aliados; que a falta de otras victimas, su crueldad debía volverse contra él mismo. Que fuese bien venido entre ellos, y que esperaban poder muy pronto, ayudándoles su valor y su consejo, llevar la guerra desde las puertas de Gabinia a las murallas de Roma".*

4) Ciro, rey de los persas, habiendo probado la lealtad de su asistente Zópiro, mutiló deliberadamente su cara y le envió entre el enemigo. A consecuencia de lo que ellos creían acerca de sus desventuras, él fue considerado como

implacablemente hostil hacia Ciro, y promovió esta creencia corriendo y descargando sus armas contra Ciro, siempre que ocurría algún enfrentamiento, hasta que finalmente le fue confiada la ciudad de los babilonios y por él entregada en manos de Ciro.

Nota: Año 518 a. de C. Heródoto, 3:153 y ss*., presenta a Zópiro como autor de una auto mutilación y toma a Darío como el monarca reinante: «CLIII. Había entrado ya el vigésimo mes del malogrado asedio, cuando a Zópiro, hijo de Megabizo, uno de los del septemvirato contra el Mago, le sucedió la rara monstruosidad de que pariera una de las mulas de su bagaje.*

80*. El mismo Zópiro, avisado del nunca visto parto, y no acabando de dar crédito a nueva tan extraña, quiso ir en persona a cerciorarse; fue y vio por sus mismos ojos la cría recién nacida y recién parida la mula. Sorprendido de tamaña novedad, ordena a sus criados que a nadie se hable del caso; y poniéndose él mismo muy de propósito a pensar sobre el portento, recordó luego aquellas palabras que dijo allá un Babilonio al principio del sitio, que cuando parieran las mulas se tomaría a Babilonia. Esta memoria, combinada con el parto reciente de su mula, hizo creer a Zópiro que debía, en efecto, ser tomada Babilonia, habiendo sido sin duda providencia del cielo, que previendo que su mula había de parir, permitió que el Babilonio lo dijese de burlas.*

CLIV. *Persuadióse Zópiro con aquel discurso ciertamente agorero que había ya llegado el punto fatal de la toma de Babilonia. Preséntase a Darío y le pregunta si tenía realmente el mayor deseo y empeño en que se tomase la plaza sitiada, y habiendo entendido del soberano que nada del mundo deseaba con igual veras, continuó sus primeras meditaciones, buscando medio de poder ser él mismo el autor de la empresa y ejecutor de tan grande hazaña, y tanto más iba empeñándose en ello, cuanto mejor debía ser entre los Persas muy atendidos de presente y muy premiados en el porvenir los extraordinarios servicios hechos a la corona. El fruto de su meditación fue resolverse a la ejecución del único remedio que hallaba para rendir aquella plaza: consistía en que él mismo, mutilado cruelmente, se pasase fugitivo a los Babilonios. Contando, pues, por nada quedar feamente desfigurado por todos los días de su vida, hace de su persona el más lastimoso espectáculo: cortadas de su propia mano las narices, cortadas asimismo las orejas, cortados descompuestamente los cabellos y azotadas cruelmente las espaldas, muéstrase así maltrecho y desfigurado a la presencia de Darío.*

CLV*. La pena que Darío tuvo al ver de repente ante sus ojos un Persa tan principal hecho un retablo vivo de dolores, no puede ponderarse: salta luego de su trono, y le pregunta gritando quién así le ha malparado y con qué ocasión. -«Ningún otro, señor, sino vos mismo, le responde Zópiro, pues sólo mi soberano pudo ponerme tal como aquí me miráis. Por vos, señor, yo mismo me he desfigurado así por mis propias manos, sin injuria de extraños, no pudiendo ya ver ni sufrir por más tiempo que los Asirlos burlen y mofen a los Persas. -Hombre infeliz, le replica Darío, ¿quieres dorarme un hecho el más horrendo y negro con el Color más especioso que discurrirse pueda? ¿Pretextas ahora que por el honor de la Persia, por amor mío, por odio de los sitiados has ejecutado en tu persona esa carnicería sin remedio? Dime por los dioses, hombre mal aconsejado, ¿acaso se rendirán antes los enemigos porque tú te hayas hecho pedazos? ¿Y no ves que mutilándote no has cometido sino una locura? -Señor, le responde Zópiro, bien visto*

tenía que si os hubiera dado parte de lo que pensaba hacer nunca habíais de permitírmelo. Lo hice por mí mismo, y con solo lo hecho tenemos ya conquistada la inexpugnable Babilonia, si por vos no se pierde, como sin duda no se perderá. Diré, señor, lo que he pensado. Tal como me hallo, deshecho y desfigurado, me pasará luego al enemigo; les diré que sois vos el autor de la miseria en que me ven, y si mucho no me engaño, se lo daré a entender así, y llegaré a tener el mando de su guarnición. Oíd vos ahora, señor, lo que podremos hacer después. Al cabo de diez días que yo esté dentro, podréis entresacar mil hombres, la escoria del ejército, que tanto sirve salva como perdida, y apostármeles allá delante de la puerta que llaman de Semíramis. Pasados otra vez siete días, podréis de nuevo apostarme dos mil enfrente de la otra puerta que dicen de Nino. Pasados veinte días más, podréis tercera vez plantar otra porción hasta cuatro mil hombres en la puerta llamada de los Caldeos. Y sería del caso que ni los primeros ni los últimos soldados que dije tuvieran otras armas defensivas que sus puñales solos, los que sería bueno dejárselos. Veinte días después podréis dar orden general a las tropas para que acometan de todas partes alrededor de los muros, pero a los Persas naturales los quisiera fronteros a las dos puertas que llaman la Bélida y la Cisia. Así lo digo y ordeno todo, por cuanto me persuado que los Babilonios, viendo tantas proezas hechas antes por mí, han de confiármelo todo, aun las llaves mismas de la ciudad. Por los demás, a mi cuenta y a la de los Persas correrá dar cima a la empresa.»

CLVI. *Concertado así el negocio, iba luego huyendo Zópiro hacia una de las puertas de la ciudad, y volvía muy a menudo la cabeza con ademán y apariencia de quien desierta. Vénle venir así los centinelas apestados en las almenas, y bajando a toda prisa, pregúntanle desde una de las puertas medio abiertas quién era y a qué venía. Respóndeles que era Zópiro que quería pasárselos a la plaza. Oído esto, condúcenle al punto a los magistrados de Babilonia. Puesto allí en presencia de todo el congreso, empieza a lamentar su desventura y decir que Darío era quien había hecho moverle del modo en que él mismo se había puesto; que el único motivo había sido porque él le aconsejaba que ya que no se descubría medio alguno para la toma de la plaza, lo mejor era levantar el sitio y retirar de allí el ejército. «Ahora, pues, continuó diciendo, ahí me tenéis, Babilonios míos; prometo hacer a vosotros cuanto bien supiere, que espero no ha de ser poco, y a Darío, a sus Persas y a todo su campo cuanto mal pudiere; que sin duda será muchísimo, pues voto a Dios que estas heridas que en mí veis les cuesten ríos de sangre, mayormente sabiendo yo bien todos sus artificios, los misterios del gabinete y su modo de pensar y obrar.»* ***CLVII.*** *Así les habló Zópiro, y los Babilonios del congreso, que velan a su presencia, no sin horror, a un grande de Persia con las narices mutiladas, con las orejas cortadas, con las carnes rasgadas, y todo él empapado en la sangre que aun corría, quedaron desde luego persuadidos de que era la relación muy verdadera, y se ofrecieron aliviar la desventura de su nuevo aliado, dándole gusto en cuanto les pidiera. Habiendo pedido él una porción de tropa, que luego tuvo a su mando, hizo con ella lo que con Darío había concertado, pues saliendo al décimo día con sus Babilonios, y cogiendo en medio a los mil soldados, los primeros que había pedido que apostase Darío, los pasó todos a filo de la espada. Viendo entonces los Babilonios que el desertor acreditaba con obras lo que les ofreciera de palabra, alegres sobremanera se declararon nuevamente prontos a servir a Zópiro, o más bien a dejarse servir de él enteramente. Esperó Zópiro el término de los días consabidos, y llegado éste, toma una partida de Babilonios escogidos, y hecha segunda salida de la plaza, mita a Darío dos mil soldados. Con esta segunda proeza de valor no se hablaba ya de otra cosa entre los Babilonios ni*

había otro hombre para ellos igual a Zópiro, quien dejando después que pasasen los días convenidos, hace su tercer salida al puesto señalado, donde cerrando en medio de su gente a cuatro mil enemigos, acaba con todo aquel cuerpo. Vista esta última hazaña, entonces sí que Zópiro lo era todo para con los de Babilonia, de modo que luego le nombraron generalísimo de la guarnición, castellano de la plaza y alcalde de la fortaleza. ***CLVIII.*** *Entretanto, llega el día en que, según lo pactado, manda Darío dar un asalto general a Babilonia, y Zópiro, acredita con el hecho que lo pasado no había sido sino engaño y doble artificio de un hábil desertor. Entonces los Babilonios apostados sobre los muros iban resistiendo con valor al ejército de Darío que los acometía, y Zópiro al mismo tiempo, abriendo a sus Persas las dos puertas de la ciudad, la Bélida y la Cisia, les introducía en ella. Algunos Babilonios testigos de lo que Zópiro iba haciendo se refugiaron al templo de Júpiter Belo; los demás, que nada sabían ni aun sospechaban de la traición que se ejecutaba, estuvieron fijos cada cual en su puesto hasta tanto que se vieron clara y patentemente vendidos y entregados al enemigo.*

CLIX. *Así fue tomada Babilonia por segunda vez. Dueño ya Darío de los Babilonios vencidos, tomó desde luego las providencias más oportunas, una sobre la plaza, mandando demoler todos sus muros y arrancar todas las puertas de la ciudad, de cuyas dos prevenciones ninguna había usado Ciro cuando se apoderó de Babilonia81; otra tomó sobre los sitiados, haciendo empalar hasta tres mil de aquellos que sabía haber sido principales autores de la rebelión, dejando a los demás ciudadanos en su misma patria con sus bienes y haciendas; la tercera sobre la población, tomando sus medidas a fin de dar mujeres a los Babilonios para la propagación, pues que ellos, como llevamos referido, habían antes ahogado a las que tenían, a fin de que no les gastasen las provisiones de boca durante el sitio. Para este efecto ordenó Darío a las naciones circunvecinas, que cada cual pusiera en Babilonia cierto número de mujeres que él mismo determinaba, de suerte que la suma de las que allí se recogieron subió a cincuenta mil, de quienes descienden los actuales Babilonios.*

CLX. *Respecto a Zópiro, si queremos estar al juicio de Darío, jamás Persa alguno, ni antes ni después, hizo más relevante servicio a la corona, exceptuando solamente a Ciro, pues a este rey nunca hubo Persa que se le osase comparar ni menos igualar. Cuéntase con todo que solía decir el mismo Darlo que antes quisiera no ver en Zópiro aquella carnicería de mano propia que conquistar y rendir no una, sino veinte Babilonias que existieran. Lo cierto es que usó con él las mayores demostraciones de estima y particular honor, pues no solo le enviaba todos los años aquellos regalos que son entre los Persas la mayor prueba de distinción y privanza con el soberano, sino que dio a Zópiro por todo el tiempo de su vida la satrapía de Babilonia, inmune de todo pecho y tributo. Hijo de este Zópiro fue el general Megabizo, el que en Egipto guerreó con los Atenienses y sus aliados, y padre del otro Zópiro que desertado de los Persas pasó a la ciudad de Atenas».*

5) Filipo, al verse impedido de obtener la posesión de la ciudad de los Sanios, sobornó a uno de sus generales, Apolónides, para que traicionara, induciéndolo a plantar un carro cargado con piedras a la entrada misma de la puerta. Entonces, dando inmediatamente la señal, siguió a los ciudadanos, que fueron acurrucados por el pánico alrededor de la entrada bloqueada de la puerta, y los aplastó.

Nota: *Años 359 a 336 a. de C.*

6) Cuando Aníbal estaba ante Tarentum, y esta ciudad estaba sostenida por una guarnición romana bajo las órdenes de Livio, él indujo a cierto Cononeo de Tarentum a traicionar, y concertó con él una estratagema por la cual él debía salir de caza por la noche, con el fundamento de que el enemigo hacía esto imposible durante el día. Cuando llevó este plan adelante, Aníbal le suministró verracos para presentar a Livio como trofeos de caza. Cuando esto fue repetidamente hecho, y por esta razón menos notado, Aníbal vistió una noche a varios cartagineses con el traje tradicional de los cazadores y los introdujo entre los asistentes de Cononeo. Cuando estos hombres, cargados con las presas que llevaban, fueron admitidos por las guardias, inmediatamente atacaron y asesinaron a éstos. Entonces, demoliendo la puerta, admitieron a Aníbal con sus tropas, que mataron a todos los romanos, salvo a aquellos que habían escapado buscando refugio en la ciudadela.

Nota: Año 212 a. de C. Apiano, Sobre Aníbal, 32: *«A Tarento que estaba bajo custodia de una guarnición de Roma, la traicionó Cononeo de la siguiente forma. Cononeo acostumbraba a salir de caza y, como siempre llevaba alguna pieza a Livio, el jefe de la guarnición, llegó a gozar, por ello, de una gran amistad con él. Como el país estaba en guerra, dijo que era necesario salir de caza y llevarse las piezas durante la noche. Por consiguiente, al serle abiertas las puertas durante la noche, llegó a un acuerdo con Aníbal y, tomando soldados, ocultó a unos en una espesura cercana, a otros les ordenó que le acompañasen durante un corto trecho y, a otros, que permanecieran a su lado, ceñidos a ocultas con corazas y espadas, pero equipados como cazadores en su indumentaria exterior. Después de colocar un jabalí sobre unos maderos, llegó durante la noche ante las puertas. Los guardias se las abrieron como era lo habitual y los soldados que lo acompañaban mataron de inmediato a los guardianes, y aquellos que les seguían irrumpieron ardorosamente en el interior, casi al unísono con los primeros, recibieron a los que estaban emboscados y abrieron las puertas a Aníbal. Éste penetró en el interior, se hizo dueño al punto del resto de la ciudad y, tras conciliarse a los tarentinos, puso cerco a la ciudadela, que todavía estaba bajo custodia romana».*

7) Cuando Lisímaco, rey de los macedonios, sitiaba a los efesios, éstos eran asistidos por el jefe pirata Mandro, que tenía el hábito de traer a Efeso, galeras cargadas con botín. Consecuentemente, Lisímaco sobornó a Mandro para que traicionara, y junto a él, a varios macedonios intrépidos que serían tomados en la ciudad como cautivos, con las manos inmovilizadas detrás de sus espaldas. Estos hombres posteriormente arrebataron armas de la ciudadela y entregaron la ciudad en manos de Lisímaco.

Nota: Año 287 a. de C. Polieno, 5:19: *«Eneto, general de Demetrio, quedó a cargo de Efeso, y dio refugio allí a varios piratas, que cometieron grandes depredaciones en los países vecinos. Lico, general de Lisímaco, logró sobornar a Andron, jefe pirata, para traicionar a Efeso, y el complot fue realizado como sigue. El pirata admitió en la ciudad a un cuerpo de las tropas de Lico, que estaban desarmadas, con sus abrigos y capas, y atados como prisioneros. Tan pronto como ellos avanzaron hasta la ciudadela, les ordenó*

que tomaran sus espadas, que llevaban ocultas bajo sus brazos. Después de matar a los centinelas y guardias, dieron la señal convenida a Lico. Lico forzó su camino hacia ellos con el resto de su ejército, tomó prisionero a Eneto, y se hizo dueño de Efeso. Después de pagar a los piratas, según su acuerdo, los expulsó de la ciudad; porque correctamente concluyó que no podía depender de su lealtad, cuando ellos habían sido tan infieles a sus primeros amigos».

IV. POR QUÉ MEDIOS EL ENEMIGO PUEDE SER REDUCIDO AL ESTADO DE NECESIDAD

1) Fabio Máximo, habiendo arrasado las tierras de los campanios, a fin de que ellos no pudieran tener nada más para garantizar la confianza de que un sitio podía ser sostenido, se retiró en el momento de la siembra, de modo tal que los habitantes pudieran plantar las semillas que les habían quedado. Entonces, regresando, destruyó la nueva cosecha y así se hizo amo de los campanios, a quienes había reducido a la hambruna.

Nota: *Aquí Frontino mezcla aparentemente dos situaciones diferentes: Una planteada por Livio en el Libro 23:48 y otra en el 25:13, ocurridas en los años 215 y 211 a. de C. respectivamente.*

Libro 23:48: *«Desde entonces permanecieron inactivos los dos campamentos y hasta el cónsul se retiró algo, para que los campanios pudiesen sembrar sus campos, no realizando daños en el territorio hasta que las mieses estuvieron bastante altas para forrajear. El forraje lo trasladaron al campamento de Claudio sobre Suesula, donde hizo construir barracas para que el ejército pasase allí el invierno. Mandó al procónsul M. Claudio que no dejase en Nola más que la guarnición necesaria para su defensa, y que enviase el resto del ejército a Roma, con objeto de evitar cargas a los aliados y gastos a la república».* ***Libro 25:13:*** *«Mientras Aníbal acampaba en las cercanías de Tarento y los dos cónsules estaban en el Samnio, pero a punto, según parecía, de atacar a Capua, los campanios sufrían ya del hambre como después de un largo sitio, porque los ejércitos romanos les habían impedido sembrar sus campos. Por esta razón enviaron legados a Aníbal, rogándole hiciese llevar trigo a Capua de todos los puntos inmediatos, antes de que los cónsules entrasen con sus tropas en su territorio, apoderándose de todos los caminos. Aníbal mandó a Hannón que pasase con su ejército del territorio de los brucios a la Campania y no omitiese nada para el aprovisionamiento de Capua. Hannón partió del Brucio con sus tropas, evitando cuidadosamente el campamento de los enemigos y los cónsules, que se encontraban en el Samnio. Cuando llegó a corta distancia de Benevento, ocupó una altura a tres millas de la ciudad. Desde allí hizo recoger en los pueblos aliados de los alrededores y trasladar a su campamento todos los trigos que se habían depositado durante el estío, cuidando de que los convoyes fuesen bien escoltados, y avisó a los moradores de Capua el día en que habían de acudir a llevar el trigo con carros y toda clase de bestias de carga que pudiesen encontrar en los campos. Los campanios obraron en aquella ocasión con su acostumbrada flojedad y negligencia, enviando poco más de cuatrocientos carros y algunas bestias de carga. Reconveníales enérgicamente Hannón porque ni el hambre misma, que da energía a los animales, podía estimular su celo, y les señaló otro día para que acudiesen a llevarse el trigo con un*

convoy más numeroso. Enterados los beneventinos de lo ocurrido, enviaron diez diputados a los cónsules al campamento romano inmediato a Boviano. Instruidos de todos los detalles, los cónsules combinaron su plan: uno de ellos llevaría su ejército a la Campania, y Fulvio, a quien tocó por suerte el mando de esta expedición, entró de noche en Benevento. Encontrándose próximo al enemigo, supo que había marchado Hannón con parte de su ejército a buscar trigo; que el cuestor cartaginés lo había distribuido a los campanios; que habían llegado dos mil carros y con ellos una multitud sin orden y desarmada; que todo se hacía en medio del tumulto y la confusión; que no había ni apariencia de campamento ni de disciplina militar en aquella mezcla de soldados y campesinos del país. Con estas noticias, el cónsul mandó a los soldados que preparasen para la noche siguiente las enseñas solamente y las armas para atacar el campamento cartaginés. Partieron a la cuarta vigilia, dejando todos los bagajes en Benevento; y habiéndose presentado a los enemigos poco antes de amanecer, les infundieron tanto terror, que si el campamento hubiese estado en llano, indudablemente lo habrían tomado al primer ataque. Pero lo defendían su elevada posición y sus fortificaciones inaccesibles por todas partes y a las que solamente podía llegarse por una pendiente escarpada y difícil».

2) Antígono empleó el mismo ardid contra los atenienses.

Nota: Año 263 a. de C. Polieno 4:6 § 20: *«Antígono, a fin de adueñarse de Atenas en términos tan fáciles como le fuera posible, concluyó una paz con los atenienses en el otoño. Después de la cual ellos sembraron su grano, y guardaron para su propio uso tan sólo la mayor parte de su vieja reserva de grano, que les serviría hasta que su siguiente cosecha fuera levantada. Pero tan pronto como el grano estuvo casi maduro, Antígono invadió el Atica. Los atenienses habían casi terminado la reserva que tenían en sus graneros, y se encontraron impedidos de levantar entonces la cosecha; por lo tanto abrieron sus puertas a Antígono, y cumplieron con todas sus demandas».*

3) Dionisio, habiendo capturado muchas ciudades y deseando atacar a los habitantes de Rhegium, quiénes estaban bien abastecidos de provisiones, fingió desear la paz, y pidió que le suministraran provisiones para su ejército. Cuando él hubo asegurado su petición y consumió el grano de los habitantes, atacó su ciudad, ahora despojada de alimento, y la conquistó.

Nota: Año 391 a. de C. *La versión de Diodoro Sículo, 14:108, es ligeramente diferente: «Dionisio entonces condujo sus fuerzas a los Estrechos y se preparó para cruzarlos. Y al principio pidió a los Regianos que le proveyeran de suministros para la navegación, prometiéndoles que les devolvería pronto desde Siracusa lo que le hubieran dado. Hizo esta exigencia para que los hombres pensaran que, si no entregaban bastimentos, estaría justificado para apoderarse de la ciudad, mientras que si lo hacían, creía que sus abastecimientos se acabarían y presentándose ante la ciudad la dominaría rápidamente por el hambre. Los Regianos, no sospechando nada de esto, al principio le entregaron generosamente comida para varios días, pero cuando prolongó su estancia, alegando unas veces estar enfermo, ofreciendo en otras ocasiones diversas excusas, sospecharon lo que tenía en mente y no le entregaron más vituallas. Dionisio, afectando entonces estar enfadado por esto, devolvió a los rehenes a Regio, asedio la ciudad, y lanzó diarios asaltos contra ella. También construyó una gran cantidad de ingenios de asedio de*

increíbles dimensiones por los que machacó las murallas en su determinación de tomar la ciudad por asalto. Combatiendo brillantemente por su patria en muchas ocasiones ante las murallas, provocaron la ira del enemigo, y aunque perdieron muchas de sus tropas, también mataron a no pocos de los Griegos sicilianos. Y ocurrió que Dionisio mismo fue herido por una lanza en la ingle y apenas escapó de la muerte, recobrándose con dificultad de la herida. El asedio se prolongó por el invencible celo que los Regianos desplegaron para mantener su libertad, pero Dionisio hizo a sus ejércitos ejecutar asaltos diarios y no abandonó el objetivo que se había originariamente propuesto».

4) Se dice que uso el mismo ardid contra la población de Himera.

Nota: Año 387 a. de C. Polieno, 5:2 § 10: *«Aunque Dionisio deseaba capturar Himera, integró una alianza con los habitantes del lugar. Hizo entonces la guerra sobre algunas ciudades vecinas, y acampó cerca de Himera. Con frecuencia enviaba delegaciones a la ciudad, porque la gente estaba en alianza con él, y los habitantes de Himera suministraron a su ejército provisiones durante algún tiempo. Pero dado que este gran ejército seguía todavía en sus cercanías, sin intentar nada de consecuencia, levantó en los ciudadanos una sospecha de un complot secreto; y rechazaron suministrarles de la misma generosa manera que lo habían hecho antes. Dionisio hizo por lo tanto de su carencia de provisiones un pretexto para romper con los hombres de Himera; avanzó contra su ciudad con todas sus fuerzas, y la tomó a sangre y fuego».*

5) Cuando Alejandro estaba a punto de sitiar Leucadia, una ciudad bien provista de provisiones, capturó primero las fortalezas de la frontera y permitió que toda la gente de éstas escapara buscando refugio en Leucadia, a fin de que los víveres pudieran ser consumidos con mayor rapidez cuando eran compartidos por muchos.

Nota: Años 266 a 263 a. de C. *Alejandro, hijo de Pirro.*

6) Falaris de Agrigento, sitiando ciertos sitios en Sicilia protegidos por fortificaciones, fingió hacer un tratado y depositó con los sicilianos todo el trigo que dijo que le restaba, procurando, sin embargo, que las cámaras de los edificios en los cuales el grano fue almacenado tuvieran techos con goteras. Entonces, cuando los sicilianos, confiando en el trigo que Falaris había depositado con ellos, consumieron sus propias provisiones, Falaris los atacó a principios del verano y a consecuencia de su carencia de provisiones, se vieron obligados a rendirse.

Nota: Años 570-554 a. de C. Polieno, 5:1 § 3: *Según Polieno, los sicilianos debían darle a Falaris no el grano que había dejado con ellos, sino los de sus últimas cosechas: «Cuando los hombres de Acragas atacaron a los sicanios, Falaris encontró imposible capturar su ciudad por el sitio, porque habían acumulado una gran cantidad de grano, y por lo tanto él firmó un tratado de paz con ellos. Él tenía en su campo algún grano, que consintió en dejárselo a ellos, a condición de que recibiera de ellos una cantidad igual después de su cosecha. Los sicanios cumplieron fácilmente con estos términos, y recibieron las provisiones. Falaris entonces buscó en secreto la forma de sobornar a los*

superintendentes de los graneros, quitando sus techos en algunos sitios; por consiguiente, la lluvia entró por los agujeros, y pudrió el grano. Tan pronto como la cosecha terminó, Falaris recibió su cantidad del nuevo grano, según su acuerdo; pero cuando se encontró que el viejo estaba putrefacto, los sicanios se vieron reducidos por el hambre, y después de darles sus provisiones, fueron obligados a rendir su libertad también».

V. CÓMO PERSUADIR AL ENEMIGO QUE EL SITIO SERÁ MANTENIDO

1) Cuando Clearco, el espartano, se enteró que los tracios habían llevado a las montañas todas las cosas necesarias para su subsistencia y se mantenían a flote con la única esperanza de que él se retiraría a consecuencia de la carencia de provisiones, cuando conjeturó que sus enviados vendrían, ordenó que uno de los presos fuera ejecutado a la vista y su cuerpo distribuido en pedazos entre las tiendas de campaña, como si fuera para comer. Los tracios, creyendo que Clearco no se detendría ante nada a fin de resistir, ya que repartió tal alimento repugnante, se entregaron.

Nota: Año 402-401 a. de C. Polieno, 2:2 § 8: *«Clearco hacía estragos en Tracia, e hizo morir allí a muchos habitantes. Le enviamos embajadores para rogarle que pusiera fin a la guerra. Pero así como él consideraba que la paz no le sería ventajosa, ordenó a los cocineros que tomaran dos o tres cuerpos muertos de tracios, cortarlos en piezas, y colgar estas piezas de ganchos. Los embajadores tracios, al ver estos tristes objetos, preguntaron con qué fin se hacía esto. Les respondimos, por orden de Clearco, que era una delicia que preparaba para su cena. Los embajadores, penetrados de horror, se retiraron, sin haberse atrevido a abrir la boca sobre el objeto de su delegación».*

2) Cuando los lusitanos dijeron a Tiberio Graco que tenían provisiones para diez años y por esta razón no tenían ningún miedo de un sitio, él contestó: "entonces los capturaré en el undécimo año." Aterrorizados por este lenguaje, los lusitanos, aunque bien abastecidos de provisiones, se rindieron inmediatamente.

Nota: Año 179 a 178 a. de C. **3)** Cuando Aulo Torquato sitiaba una ciudad griega y le fue dicho que los hombres jóvenes de la ciudad estaban concentrados en la práctica seria de la jabalina y el arco, él contestó: "entonces el precio en el cual los venderé será más alto."

VI. SOBRE CÓMO DISTRAER LA ATENCIÓN DE UNA GUARNICIÓN HOSTIL

1) Cuando Aníbal retornó a África, muchas ciudades todavía estaban sostenidas por fuerzas importantes de los cartagineses. La política de Escipión exigió que estas ciudades fueran reducidas. En consecuencia, enviaba a menudo tropas para asaltarlas. Finalmente aparecía ante las ciudades como inclinado a saquearlas, retirándose luego, como fingiendo temor. Aníbal, pensando que su alarma era verdadera, retiró la guarnición de todos los puntos, y comenzó a

seguirle, como determinado a luchar una batalla decisiva. Escipión, habiendo llevado a cabo así lo que él quería, con la ayuda de Masinisa y los númidas, capturó las ciudades, que habían sido así despojadas de sus defensores.

Nota: *Año 202 a. de C.*

2) Publio Cornelio Escipión, apreciando la dificultad para capturar Delmino, porque estaba defendida por las fuerzas concertados de la población del distrito, comenzó a asaltar otras ciudades. Entonces, cuando los habitantes de varias ciudades fueron llamados para defender sus casas, Escipión tomó Delmino, que había sido dejada sin apoyo.

Nota: *Año 155 a. de C.*

3) Pirro, rey de Epiro, en su guerra contra los ilirios, apuntó a reducir su capital, pero desesperanzado de ésto, comenzó a atacar a las otras ciudades, y logró hacer que el enemigo se dispersase para proteger sus otras ciudades, ya que ellos tenían confianza en la aparentemente adecuada fortificación de la capital. Cuando él hubo llevado a cabo esto, convocó a sus propias fuerzas y capturó la ciudad, ahora dejada sin defensores.

Nota: *Entre los años 296 a 280 a. de C.*

4) El cónsul Cornelio Rufino durante algún tiempo sitió la ciudad de Crotona, sin éxito, ya que se había hecho casi impenetrable por la llegada de una banda de refuerzos lucanios. Por lo tanto fingió desistir de su tarea, y por medio de ofertas de grandes recompensas, indujo a cierto prisionero a ir a Crotona. Este emisario, fingiendo haberse escapado de la custodia, persuadió a los habitantes de creer su informe de que los romanos se habían retirado. La gente de Crotona, pensando que esto era verdadero, despidió a sus aliados. Entonces, debilitados por haber sido despojados de sus defensores, fueron sorprendidos y capturados.

Nota: Año 277 a. de C.; Zonaras 8:6: *«Los cónsules no continuaron ya la guerra juntos, ya que cada uno culpaba al otro por el desastre; pero Junio continuó devastando una parte del Samnio, mientras Rufino infligió ataques sobre lucanios y brucios. Partió entonces contra Crotona, que se había rebelado contra Roma. Sus amigos mandaron por él, pero el otro partido se anticipó haciendo entrar una guarnición de Milón, de la cual Nicómaco era el comandante. Ignorante de este hecho, se acercó a las murallas descuidadamente, suponiendo que venía entre amigos, y sufrió una derrota cuando una salida de combate repentino fue hecha contra él. Entonces, recordando él mismo una astucia, capturó la ciudad. Envió a dos cautivos como fingidos desertores a Crotona, uno inmediatamente, quién declaró que Rufino se había desesperanzado de capturar el lugar y estaba a punto de marcharse para Locris, que lo estaba traicionando, y el otro, más tarde, confirmando esta declaración con el informe que el cónsul estaba ya en su camino. Para que la historia pudiera ganar crédito, recogió realmente el equipaje, y fingió estar con prisa. Nicómaco, en consecuencia, creyó la historia, en vista de que los exploradores*

hicieron el mismo informe, y dejando Crotona, salió de prisa para Locris por un camino más corto. Cuando llegó a Locris, Rufino se volvió atrás a Crotona, y escapando a la observación porque no lo esperaban y debido a una niebla que prevalecía, capturó la ciudad. Nicómaco, enterado de esto, volvió a Tarento, y encontrando a Rufino por el camino, perdió muchos hombres. Y los locrios se pasaron al lado romano».

5) Magón, general de los cartagineses, habiendo derrotado a Cneo Pisón y habiendo bloqueado la torre en donde él había buscado refugio, sospechando que vendrían refuerzos en su ayuda, envió a un desertor para persuadir a las tropas próximas que Pisón había sido capturado ya. Habiéndoles así asustado, Magón hizo su victoria completa.

Nota: *Años 216 a 203 a. de C.*

6) Alcibíades, deseando capturar la ciudad de Siracusa en Sicilia, eligió de entre la gente de Catana, donde él acampaba, a cierto hombre de probada sagacidad y lo envió a los siracusanos. Este hombre, cuando fue traído ante la asamblea pública de los siracusanos, los persuadió que la gente de Catana era muy hostil a los atenienses, y que, de ser asistidos por los siracusanos, aplastarían a los atenienses y a Alcibíades junto con ellos. Inducidos por esta representación, los siracusanos dejaron su propia ciudad y partieron con todas sus fuerzas para unirse a la gente de Catana, con lo cual Alcibíades atacó Siracusa por la retaguardia, y encontrándola sin protección, como él esperaba, la sometió.

Nota: *Año 415 a. de C. Este relato coincide con el de Polieno 1:40 § 5. Tucídides y Diodoro atribuyen esta estratagema a Nicias y Lámaco, y dan una versión diferente de su resultado: «Alcibíades, seguro de la fidelidad de un hombre de Catana, conocido de los siracusanos, le envió secretamente a Siracusa, como por parte de los habitantes de Catana, diciendo sus nombres, y diciendo que si desde el amanecer los siracusanos quisieran alojarse en el campamento que habían ocupado los atenienses, les sería fácil de tomar a esta gente, que estaba en Catana sin armas y sin desconfianza. Los jefes de los siracusanos se dejaron persuadir, y salieron con todo el pueblo para la expedición a Catana. Acamparon cerca del río Symothe y Alcibíades que los veía marchar, se apresuró en armar sus galeras. Cruzó del lado de Siracusa, donde no encontró resistencia, y habiendo evitado las fortificaciones de un costado de la ciudad, hizo allí un gran estrago».*

7) Cuando el pueblo de Troezen eran mantenido sometido por las tropas bajo las órdenes de Crátero, el ateniense Cleónimo hizo un asalto a la ciudad y lanzó dentro de sus muros proyectiles inscritos con mensajes que decían que Cleónimo había venido para liberar su estado. Al mismo tiempo ciertos prisioneros que se habían pasado a su lado, fueron devueltos para menospreciar a Crátero. Con este plan agitó la lucha interna entre los sitiados y, entrando sus tropas, ganó la posesión de la ciudad.

Nota: Polieno 2:29 § 1, *designa a Cleónimo como rey de Esparta: «Cleónimo, rey de Lacedemonia, asediando a Trezene, colocó en varios lugares alrededor de la ciudad*

tiradores, a quienes dio orden de lanzar en la ciudad dardos sobre los cuales estaba escrito: «Vengo para poner en libertad a la ciudad.» Él tenía a los trezenios cautivos; él los dejó ir sin rescate. Estos cautivos librados hablaron ventajosamente de Cleónimo; pero Éudámidas, general de Crátero, entonces ausente, y encargado del cuidado de guardar la ciudad, se oponía a todos los que marcaban inclinación por la novedad. Ambos partidos vinieron allí a las manos, y Cleónimo, sacando provecho de este desorden, escaló los muros, tomó la ciudad, la pilló, y dejó allí a un comandante espartano con una guarnición».

VII. CÓMO PERSUADIR AL ENEMIGO QUE EL SITIO SERÁ MANTENIDO

1) El Publio Servilio desvió la corriente de la cual los habitantes de Isaura tomaban el agua, y así los obligó a rendirse a consecuencia de la sed.

Nota: Años 78 a 76 a. de C.

2) Cayo César, en una de sus campañas galas, privó a la ciudad de los cadurcios de agua, aunque estaba rodeada por un río y abundaba en fuentes; ya que él desvió las fuentes por canales subterráneos, mientras sus arqueros cerraban todo acceso al río.

Nota: Año 51 a. de C. *Aulo Hircio, Comentario de la Guerra de las Galias, 8:40, 41 42 y 43: «**XL.** Llegado César a Cahors contra la expectación de todos, y viendo concluida la circunvalación de la plaza, y que con ninguna condición se podía levantar el cerco, informado de que los de adentro tenían gran copia de vitualla, empezó a tentar cómo cortarles el agua. A la parte inferior cortaba el río un valle que ceñía casi todo el monte en que estaba sita la ciudad, áspero y quebrado por todos lados. La naturaleza del sitio no permitía echar al río por otra parte, porque tan bajo corría por la falda del monte, que en ningún lado se le podía sangrar con grandes fosos. Era también áspera y difícil para los cercados la bajada al río; de suerte que sin mucho daño, como lo resistiesen los nuestros, ni podían llegar a él, ni retirarse con la fragosidad de la subida. Conocida esta dificultad por César, dispuestos sus honderos y flecheros en ciertos parajes, y colocadas también algunas máquinas contra los más fáciles descensos, estorbaba a los cercados tomar agua del río, cuya multitud acudía después a un solo paraje a proveerse de ella. Porque debajo de la misma muralla brotaba una gran fuente, por la parte que no bañaba el río, que se extendía como a trescientos pies.*

XLI. *Deseando todos que se les cortase el agua de esta fuente, y sabiendo solamente César que no se lograría sin grave peligro, empezó a formar manteletes enfrente de ella contra el monte, y a levantar valladar con mucho trabajo y continuos combates. Porque acudían los cercados desde puestos ventajosos, y peleaban a lo lejos sin riesgo, hiriendo a muchos que con porfía se arrimaban. Con todo, no se recelaban los nuestros de adelantar los manteletes, y vencer con el trabajo y reparos las dificultades del terreno. Al mismo tiempo hacían minas al origen de la fuente, la cual obra podía hacerse sin peligro ni sospecha de los enemigos. Levantó un valladar de sesenta pies de alto; se colocó en él una torre de diez altos, no que igualase a las murallas, que ésta era obra imposible, sino que*

excediese la situación de la fuente. Desde ella se disparaban dardos con máquinas a las cercanías de la fuente. Los cercados no podían tomar el agua sin mucho peligro; se morían de sed, no sólo los ganados y caballerías, sino también las personas.

XLII. *Atemorizados de esto, empezaron a disparar contra nuestros reparos barriles llenos de sebo, pez y bardas ardiendo. Al mismo tiempo hicieron una vigorosa salida para estorbar a los romanos el apagar el fuego con el peligro del combate. En un instante se extendió una llama terrible por nuestras obras. Porque todos cuantos fuegos arrojaban por aquel sitio precipitado, detenidos en el valladar y el parapeto, incendiaban todo cuanto tropezaban. Con todo eso nuestros soldados, aunque se veían apretados de un peligroso combate y un puesto muy contrario, soportaban con el mayor espíritu todos estos trabajos. Porque pasaba la acción en un paraje exento, y a la vista del resto del ejército. Levantábase una grande algazara de ambas partes; de suerte que el que más presto podía, y como podía, para que fuese más claro y patente su valor, se ofrecía a las armas y fuego del enemigo.*

XLIII. *Viendo César que recibían mucho daño los suyos, dio orden a las cohortes de que por todos los lados de la ciudad subieran al monte y levantasen una algazara falsa, como si se apoderasen de las murallas. Con esto, atemorizados los cercados, sin saber lo que pasaba en los otros parajes retiraron sus tropas del ataque de las obras, para acudir a coronar la muralla. De esta manera pudieron los nuestros, puesto fin al combate, apagar parte del fuego y cortar lo restante. Resistíanse los cercados con tanta obstinación, que aun habiendo perecido mucha gente por falta de agua, con todo estaban firmes en su resolución; pero al fin fueron cortados con las minas los conductos de la fuente, y echados por otra parte; de suerte que viniendo a secarse el manantial que los sustentaba, los puso en tal desesperación, que creyeron no haberse ejecutado sin particular disposición de los dioses, no que por obra de hombres. Y así obligados de la necesidad se rindieron».*

3) Lucio Metelo, luchando en España Interior, desvió el curso de un río y lo dirigió desde un nivel más alto contra el campo del enemigo, que se hallaba en tierras bajas. Entonces, cuando el enemigo entró en pánico por la repentina inundación, los hizo matar por hombres que él había emboscado con este mismo objetivo.

Nota: Año 143 a 142 a. de C. *Se refiere a Quinto Cecilio Metelo Macedónico, aunque las traducciones de los manuscritos dan una L. como praenomen.*

4) En Babilonia, que está dividida en dos partes por el río Eufrates, Alejandro construyó tanto zanjas como terraplenes, suponiendo el enemigo que la tierra estaba siendo sacada simplemente para formar los terraplenes. Alejandro, en consecuencia, desviando de repente la corriente, entró en la ciudad a lo largo del antiguo lecho, que se había secado y así había permitido una entrada a la ciudad.

Nota: Heródoto, 1:191, *Jenofonte y Polieno atribuyen esta estratagema más a Ciro que a Alejandro: «En medio de su apuro, ya fuese que alguno se lo aconsejase, o que él*

mismo lo discurriese, tomó esta resolución. Dividiendo sus tropas, formó las unas cerca del río en la parte por donde entra en la ciudad, y las otras en la parte opuesta, dándoles orden de que luego que viesen disminuirse la corriente en términos de permitir el paso, entrasen por el río en la ciudad. Después de estas disposiciones, se marchó con la gente menos útil de su ejército a la famosa laguna, y en ella hizo con el río lo mismo que había hecho la reina Nitocris. Abrió una acequia o introdujo por ella el agua en la laguna, que a la sazón estaba convertida en un pantano, logrando de este modo desviar la corriente del río y hacer vadeable la madre. Cuando los Persas, apostados a las orillas del Eufrates, le vieron menguado de manera que el agua no les llegaba más que a la mitad del muslo, se fueron entrando por él en Babilonia. Si en aquella ocasión los Babilonios hubiesen presentido lo que Ciro iba a practicar o no hubiesen estado nimiamente confiados de que los Persas no podrían entrar en la ciudad, hubieran acabado malamente con ellos. Porque sólo con cerrar todas las puertas que miran al río, y subirse sobre las cercas que corren por sus márgenes, los hubieran podido coger como a los peces en la nasa. Pero entonces fueron sorprendidos por los Persas; y según dicen los habitantes de aquella ciudad, estaban ya prisioneros los que moraban en los extremos de ella, y los que vivían en el centro ignoraban absolutamente lo que pasaba, con motivo de la gran extensión del pueblo, y porque siendo además un día de fiesta, se hallaban bailando y divirtiendo en sus convites y festines, en los cuales continuaron hasta que del todo se vieron en poder del enemigo. De este modo fue tomada Babilonia la primera vez».

5) Se dice que Semiramis hizo lo mismo en la guerra contra los babilonios, dividiendo el mismo Eufrates.

6) Clístenes de Sicione cortó las cañerías que conducían a la ciudad de los cirreos. Entonces, cuando los habitantes sufrían por la sed, abrió otra vez el grifo del agua, envenenada ahora con heléboro. Cuando los habitantes la usaron, quedaron tan debilitados por la diarrea que Clístenes los venció.

Nota: Años 595 a 585 a. de C. Pausanias, 10:37 § 7, *atribuye el ardid a Solón y Polieno se la atribuye a Euríloco: «Solón inventó también otro ardid contra los de Cirra. Efectivamente, el agua del Plisto corre a través de un canal hasta la ciudad y Solón lo desvió hacia otra parte Ellos resistieron a los sitiadores bebiendo agua de los pozos y de la lluvia. Pero él, echando raíces de eléboro en el Plisto, cuando vio que el agua tenía suficiente veneno, la condujo de nuevo al canal. Como los de Cirra bebían el agua a destajo, los que estaban en los muros abandonaron la guardia de la muralla a causa de la incesante diarrea»*

7) Cuando Aníbal retornó a África, muchas ciudades todavía estaban sostenidas por fuerzas importantes de los cartagineses. La política de Escipión exigió que estas ciudades fueran reducidas. En consecuencia, enviaba a menudo tropas para asaltarlas. Finalmente aparecía ante las ciudades como inclinado a saquearlas, retirándose luego, como fingiendo temor. Aníbal, pensando que su alarma era verdadera, retiró la guarnición de todos los puntos, y comenzó a seguirle, como determinado a luchar una batalla decisiva. Escipión, habiendo llevado a cabo así lo que él quería, con la ayuda de Masinisa y los núnidas, capturó las ciudades, que habían sido así despojadas de sus defensores.

Nota: *Año 202 a. de C.*

VIII. SOBRE CÓMO ATERRORIZAR AL SITIADO

1) Cuando Filipo no podía por los mayores esfuerzos capturar la fortaleza de Prinaso, hizo excavaciones de tierra directamente delante de las murallas y fingió construir un túnel. Los hombres dentro de la fortaleza, imaginando que estaban siendo socavados, se rindieron.

Nota: Año 201 a. de C. Polibio, 16:10: *«Tras de varios ataques que hizo inútiles la fortaleza del pueblo, Filipo levantó el cerco, destruyendo de paso los castillos y aldeas de la comarca. Desde allí fue a acampar frente a Prinaso, donde dispuestos rápidamente los cestones y demás preparativos para un asedio, empezó a hacer minas. Advirtiendo que lo pedregoso del terreno frustraba sus esfuerzos, recurrió a esta estratagema. Hacía un gran ruido por bajo de tierra durante el día dando a entender que se trabajaba en las minas; y durante la noche acarreaba tierra y la ponía en las bocas para que se amedrentasen los de la ciudad, infiriendo por el cúmulo su adelantamiento. Efectivamente, aunque al principio mantuvieron con valor el asedio los sitiados, así que Filipo les hubo comunicado que ya tenían socavados doscientos pies de muro, y les hubo preguntado qué preferían más, evacuar la plaza salvas y las vidas, o, quemados los puntales, perecer todos entre sus ruinas, entonces dieron crédito a sus palabras y entregaron la ciudad».*

2) Pelópidas, el tebano, planeó en una ocasión hacer un ataque simultáneo contra dos ciudades de los magnetes, no muy distantes una de la otra. Cuando avanzaba contra una de estas ciudades, dio órdenes para que, de acuerdo con arreglos preconcertados, cuatro jinetes vinieran del otro campamento con guirnaldas en sus cabezas y con la impaciencia marcada de aquellos que anuncian una victoria. Para completar la ilusión, arregló para tener incendiado un bosque entre las dos ciudades, dando el aspecto de una ciudad ardiente. Además de esto, ordenó que ciertos presos fueran conducidos a lo largo, vestidos en el traje de los ciudadanos. Cuando los sitiados fueron aterrorizados por estas demostraciones, juzgándose ya derrotados en una parte, dejaron de ofrecer resistencia.

Nota: Años 369 a 364 a. de C. Polieno, 2:4 § 1: *«Pélopidas quería hacerse dueño de dos fortalezas alejadas una de la otra por veintiséis estadios. Mientras tenía el sitio delante de una de estas ciudades, dio orden a cuatro jinetes de venir a toda rienda, con coronas en la cabeza, anunciándole que la otra ciudad había sido tomada. A esta noticia, él llevó sus tropas delante de la ciudad que se decía tomada y cuando estuvo delante de las murallas, hizo encender un gran fuego, cuyo humo fue visto por los de la otra ciudad, que se imaginaron que Pélopidas había hecho pegar fuego a ésta. Ellos mismos tuvieron miedo de un tratamiento igual, y se rindieron a Pélopidas. Él juntó a sus tropas con las fuerzas que encontró en esta ciudad, y se presentó delante de la otra, que no tenía el coraje de resistírsele, abriéndole sus puertas. Así ambas ciudades cayeron bajo su poder, una engañada por una falsa opinión, y la otra, por no haber podido*

resistir».

3) Ciro, rey de los persas, obligó en un tiempo a Creso a buscar refugio en Sardis. Por un lado una escarpada colina evitaba el acceso a la ciudad. Aquí, cerca de las murallas, Creso erigió mástiles iguales a la altura del canto de la colina, y en ellos colocó maniquíes de hombres armados vestidos con uniformes persas. Por la noche los llevó a la colina. Al amanecer atacó las murallas del otro lado. Tan pronto como el sol se elevó y los maniquíes, que destellaban a la luz del sol, revelaron el traje tradicional de los guerreros, los ciudadanos, imaginando que su ciudad había sido capturada por la retaguardia, se dispersaron huyendo y dejaron el campo al enemigo.

Nota: Año 546 a. de C. Polieno, 7:6 § 10: *«Mientras que Ciro asediaba Sardes, tomó cantidad de troncos del bosque, de la altura de los muros, e hizo figuras de hombre, con barbas, con ropa a la persa, la aljaba detrás de la espalda, y los arcos en la mano; y plantó todo esto, durante la noche, contra las paredes de la fortaleza, de modo que se le podía ver por encima. Por otro lado, al despuntar el día, hizo un ataque a la ciudad. Mientras que las tropas de Creso rechazaban este ataque; algunos giraron la cabeza del lado de la ciudadela; y viendo de lejos estas figuras que aparecían arriba, dieron un gran grito. El miedo apresa a todo el mundo, como si la ciudadela hubiera sido tomada por los persas. Se abren las puertas, cada uno huye por su lado, y Ciro toma Sardes por asalto.*

IX. SOBRE ATAQUES DESDE UN SITIO INESPERADO

1) Escipión, luchando ante Cartago, se acercó a los muros de la ciudad, justo antes de la vuelta de la marea, dirigida, como él decía, por algún Dios. Entonces, cuando la marea se retiró en la laguna poco profunda, él irrumpió en aquel punto, no esperándolo el enemigo allí.

Nota: Año 210 a. de C. Livio, 26:45-46: *«45. Entre tanto las murallas se habían cubierto de combatientes y granizada de dardos caía sin cesar sobre los romanos. Pero ni combatientes, ni venablos, ni ninguna otra defensa protegía las murallas tanto como se protegían ellas mismas; pocas escalas alcanzaban a su elevación, y cuanto más altas eran, quedaban más débiles. Resultaba de esto que los que se encontraban en él último escalón no podían alcanzar a lo alto mientras los demás continuaban subiendo. Hasta las escalas más fuertes se rompían con el peso, y aturdidos los soldados con la profundidad del precipicio, se dejaban caer; los sitiadores y las escalas rodaban por todas partes, y el enemigo, al ver aquel resultado, redoblaba su audacia y energía. Escipión mandó al fin tocar retirada. Los sitiados se lisonjearon entonces, no solamente de descansar después de combate tan encarnizado y de tan rudas fatigas, sino que se persuadieron de que la plaza no podía ser tomada por escalamiento, ni por asalto general, y que las dificultades de su sitio regular daría a sus generales tiempo para acudir a socorrerles. En cuanto cesó el primer tumulto, Escipión hizo relevar los soldados cansados y heridos por tropas frescas que no habían combatido y dar de nuevo comienzo al ataque con más vigor. Viendo entonces que subía la marea, y enterado por pescadores de Tarragona, que habian recorrido la laguna, en tanto en barquillas, en tanto a pie, cuando éstas tocaban al fondo, que en el momento del reflujo podía llegarse*

fácilmente a vado hasta el pie de las murallas, él mismo llevó allí una parte de sus tropas. Encontrábanse en medio del día, y cuando las aguas del estanque seguían ya el movimiento natural de la marea, levantándose viento norte, las rechazó con mayor violencia, quedando tan descubiertos los vados, que en algunos puntos los soldados solamente tenían agua hasta la cintura y en otros apenas les llegaba a las rodillas. Convirtiendo Escipión en prodigio un acontecimiento que su prudencia había previsto y determinado, lo refiere a los dioses que obligaban al mar a retroceder para dar paso a los romanos, haciendo desaparecer las lagunas y abriéndoles un camino hasta entonces impracticable a los mortales, por lo que mandó a los soldados que siguiesen a Neptuno, que se había hecho su guía, y que marchasen a través de las aguas hasta el pie de las murallas.

46. Por tierra el ataque era extremadamente difícil, no sólo por la altura de las murallas, sino porque los asaltantes estaban descubiertos por dos lados, quedando sus flancos más expuestos a los golpes que el mismo frente. Pero por mar, los quinientos hombres enviados para este ataque atravesaron la laguna sin trabajo y llegaron en seguida a lo alto de la muralla, que en aquel punto no estaba fortificada; porque la naturaleza del terreno y la barrera de agua la habían hecho considerar inexpugnable; por lo que no habían colocado guardias, ni centinelas, atentos sólo a defender el punto que veían más amenazado. Los romanos penetraron, pues, sin obstáculo en la ciudad, y corrieron apresuradamente hacia la puerta donde se habían reconcentrado los esfuerzos de los dos bandos: allí encontraron los ánimos, los ojos y los oídos de los combatientes y espectadores que les animaban con gritos, de tal manera ocupados en la pelea, que ninguno se dio cuenta de la toma de la ciudad, hasta sentir los venablos que les herían por la espalda y verse entre dos cuerpos enemigos. Turbados por el terror los sitiados, abandonaron las murallas que defendían y los romanos se apoderaron de ellas. Al mismo tiempo cedió la puerta bajo los simultáneos golpes de dentro y fuera; separaron rápidamente los restos que podían estorbar la entrada, y los soldados se precipitan en la ciudad. Gran parte de ellos atraviesan la muralla y se desparraman para degollar a los habitantes, mientras que los que entraron por la puerta marchan en batalla con sus jefes, y sin dejar las filas llegan hasta el Foro. Viendo Escipión que los enemigos se dividían en su fuga y que corrían, unos hacia la eminencia que mira al oriente, defendida por quinientos hombres, y otros hacia la fortaleza donde el mismo Magón se había refugiado con casi todos los soldados rechazados de las murallas, envía una parte de sus tropas a atacar la altura y lleva la otra contra la fortaleza. La altura la tomaron al primer choque: en cuanto a Magón, trató al principio de defenderse, pero cuando se vio rodeado por todas partes, y sin esperanza de poder resistir, se rindió con la fortaleza y la guarnición. Hasta que éstos se rindieron, la ciudad estuvo entregada al degüello sin perdonar a ninguno de cuantos habían encontrado en edad de pubertad: una señal hizo cesar la matanza, y los vencedores comenzaron el saqueo; que produjo inmenso botín».

2) Fabio Máximo, el hijo de Fabio Cunctator, encontrando Arpi ocupada por las fuerzas de Aníbal, inspeccionó primero el sitio de la ciudad, y luego envió seiscientos soldados durante una noche oscura para trepar las murallas con escaleras de asalto en una parte de la ciudad que estaba fortificada y por lo tanto menos custodiada, y derribar las puertas. A estos hombres les ayudó en la ejecución de sus órdenes el ruido de la lluvia que caía, que amortiguó el sonido de sus operaciones. En otro sitio, Fabio mismo hizo un ataque a una señal dada

y capturó Arpi.

Nota: Año 213 a. de C. Livio, 24:46:47: «**46.** *Fabio partió de Suesula yendo primeramente a sitiar a Arpi. Estableciόse a unos quinientos pasos de la ciudad, examinó de cerca su posición y la de sus fortificaciones, y viendo que la parte más fuerte era la que guardaban menos, decidió reconcentrar en aquel punto el ataque. Después de proveerse de todo lo necesario para un sitio, reunió a los centuriones más valientes de todo el ejército, les dio por jefe tribunos muy esforzados, y les mandó que a la señal de la cuarta vigilia llevasen escalas al punto designado. Había allí una puerta baja y estrecha, que daba a una calle solitaria en un barrio desierto de la ciudad. Ordenóles que franqueasen aquella puerta con las escalas, que se dirigiesen en seguida a la muralla, que rompiesen por dentro las cerraduras, y una vez dueños de aquella parte de la ciudad, que advirtiesen al ejército con toques de trompetas para que el cónsul pudiese hacer avanzar las tropas, que tendría completamente preparadas. Ejecutáronse estas medidas con actividad, y lo que parecía ser un obstáculo, les ayudó más que todo a engañar al enemigo. Violenta lluvia, cayendo a medianoche, obligó a los guardias y a los centinelas a alejarse de sus puestos y a refugiarse en las casas. Al principio el ruido del temporal impidió que se oyese el que hacían los romanos al forzar la puerta; después la caída más lenta y floja de la lluvia adormeció a casi todos los guardias. Una vez dueños de la puerta, los romanos colocan los trompetas en la calle a iguales distancias y les mandan tocar para advertir al cónsul. A esta señal convenida, el cónsul manda avanzar las tropas, y pocos momentos después entra en la ciudad por la puerta que acababa de ser forzada.*

47. *Entonces despertaron al fin los enemigos; la lluvia calmaba y el día estaba ya cercano. En la ciudad había una guarnición cartaginesa de cerca de cinco mil hombres y tres mil vecinos estaban armados. Los cartagineses les colocaron en primera fila enfrente del enemigo, porque querían evitar que los sorprendiesen por la espalda. Al principio pelearon en la oscuridad en calles estrechas, habiéndose apoderado los romanos de las calles y hasta de las casas inmediatas a la puerta para que no pudiesen atacarles y herirles desde los techos. Como tenían algún conocimiento de la ciudad, trabaron conversación con los de Arpi. Los romanos les preguntaban qué querían; qué malos tratamientos por parte de Roma o qué beneficios de los cartagineses les habían llevado, siendo italianos, a pelear contra los romanos, sus antiguos aliados, en favor de extranjeros y de bárbaros, y a trabajar de aquella manera para hacer a Italia tributaria y esclava de África. Éstos, para justificarse, decían que sus jefes les habían vendido a los cartagineses sin que ellos lo supieran; que habían sido sorprendidos y oprimidos por corto número de ellos. Propagándose así la conversación por una y otra parte, el pretor de Arni fue llevado por los suyos ante el cónsul. Allí, a la vista de las enseñas, en medio del combate, juraron alianza, y en el acto los vecinos tomaron partido por los romanos contra los cartagineses. Los españoles también, que eran cerca de mil, pasaron al cónsul, con la única condición de que se expulsaría sin maltratarla a la guarnición cartaginesa. Abriéronle las puertas y la enviaron fielmente a Aníbal, con quien se reunió sana y salva en Salapia. Arpi volvió a los romanos sin que hubiese más víctimas que un solo hombre, traidor antes y ahora desertor. Los españoles recibieron ración doble, y la república tuvo muchas ocasiones de experimentar su valor y fidelidad. Mientras un cónsul se encontraba en la Apulia y el otro en Lucania, ciento doce nobles caballeros campanios, so pretexto de ir a talar el territorio enemigo, consiguieron permiso de los*

magistrados para salir de Capua y marcharon al campamento romano de Suesula. En las puertas declararon quiénes eran y que querían hablar con el pretor. Advertido éste, mandó que entrasen diez de ellos desarmados; y después de escuchar su petición (sólo querían entrar en posesión de sus bienes después de la toma de Capua) recibió la promesa de fidelidad de todos. El otro pretor, Sempronio Tuditano, había tomado por asalto la ciudad de Aterno, donde se apoderó de siete mil hombres y de cierta cantidad de cobre y plata acuñada. En Roma estalló un incendio que duró dos noches y un día, quemándose todo hasta los cimientos, desde las Salinas y la puerta Carmental hasta el Equimelio y la calle Yugaria. Al otro lado de la puerta se extendió el fuego y devoró muchos edificios sagrados y profanos en los recintos consagrados a la Fortuna, a Matuta Madre y a la Esperanza».

3) En la Guerra de Yugurta, Cayo Mario se encontraba en un tiempo sitiando una fortaleza situada cerca del río Mulucha. Estaba en una eminencia rocosa, accesible por un lado solo por un camino estrecho, mientras el otro lado, como si fuera por un diseño especial, era precipicio. Resultó que cierto ligur, un soldado común entre los auxiliares, había salido para conseguir agua, y, mientras juntaba caracoles entre las rocas de la montaña, había alcanzado la cumbre. Este hombre informó a Mario que era posible subir a la fortaleza. En consecuencia, Mario envió unos centuriones en compañía de sus soldados más rápidos, incluso también los trompeteros más hábiles. Estos hombres fueron con la cabeza descubierta y descalzos, de modo de poder ver mejor y caminar más fácilmente sobre las rocas; sus escudos y espadas fueron sujetados a sus espaldas. Dirigido por el ligur, y ayudados por correas y bastones con los que se apoyaban, subieron hasta la retaguardia de la fortaleza, que, debido a su posición, estaba sin defensores, y luego comenzaron a hacer sonar sus trompetas y hacer un gran alboroto, tal como les habían previamente instruido… A esta señal, Mario, animando firmemente a sus hombres, comenzó a avanzar con furia renovada contra los defensores de la fortaleza. Éstos fueron retirados de la defensa por el pueblo, que se había desanimado bajo la impresión de que la ciudad había sido capturada por la retaguardia, de modo que Mario pudo seguir adelante y capturar la fortaleza.

Nota: Año 107 a. de C. Salustio, La Guerra de Yugurta, 92-94: *«Mario, después de haber perdido mucho tiempo y trabajo, andaba vacilante y dudoso si abandonaría la empresa, visto que nada adelantaba, o si permanecería en ella esperando el favor de la fortuna, que tantas veces había experimentado. Pero después de haber muchos días y noches andado inquieto entre estas dudas, sucedió acaso que un ligur, soldado raso de las cohortes auxiliares, habiendo salido de los reales por agua, advirtió no lejos del sitio por donde el lugar se combatía, que serpeaban entre aquellas peñas algunos caracoles, y habiendo cogido uno u otro, y después en más cantidad, embebecido en esto, fue poco a poco subiendo casi hasta lo más alto del monte; y asegurado de que no había por aquella parte gente, púsose, como es natural, a registrar por curiosidad aquel país nuevo. Había por fortuna en el mismo sitio una grande encina entre las peñas, en parte algo inclinada, el resto derecha y erguida, según la naturaleza de todo vegetable. El ligur, asido unas veces a sus ramas, otras a los peñascos que sobresalían algún tanto, forma en su idea muy a su salvo el plano de la fortaleza, porque todo el pueblo estaba en el opuesto lado*

atento a los que combatían; y habiendo explorado bien cuanto hizo juicio que después podría conducir, vuelve a bajar por el mismo camino; pero no ya sin cuidado, como a la subida, sino tanteándolo y examinándolo todo. Vase después de esto en derechura a Mario, cuéntale el suceso y le exhorta a que dé un tiento a la plaza por la parte por donde él había subido, ofreciéndose a guiar la gente y acompañarla en el peligro. Mario envía con él algunos de los que se hallaban presentes para examinar su propuesta, de los cuales unos vuelven diciendo que era empresa difícil, otros que no, según que eran más o menos animosos. El cónsul, no obstante esta variedad, entró en alguna esperanza del suceso; y así escoge entre los trompeteros y cornetas del ejército cinco de los más ágiles, dales para su defensa cuatro compañías, mandando que al día siguiente, señalado para la ejecución, estén todos a las órdenes del ligur. Cuando a éste, según el designio que había formado, le pareció tiempo, dispuesto y prevenido lo necesario, encamínase al sitio. Los capitanes, instruidos por su conductor, habían, junto con la tropa, mudado de armas y vestido: iban con la cabeza descubierta y descalzos para ver más libremente y trepar mejor por las peñas; llevaban al hombro sus espadas y los escudos al modo de los númidas, de cuero, así para evitar peso, como porque hiciesen menos ruidos, si acaso se encontraban. El ligur iba delante, poniendo cuerdas en las peñas y en los raigones viejos de las matas, a fin de que afianzados en ellos los soldados, tuviesen menos dificultad en el subir. Alguna vez daba la mano para ayudar a los que veía temerosos por lo agrio del camino; donde la subida era más difícil, los iba enviando delante uno a uno sin armas; luego subía él con ellas, explorando muy cuidadosamente los parajes de dudoso apoyo; y subiendo y bajando muchas veces, y dejando luego el lugar desembarazado, alentaba a los demás para que subiesen. Al fin, después de una grande y prolija fatiga, llegan a la plaza, que hallaron por aquel lado desamparada, porque toda la gente estaba, como los días pasados, empleada contra el enemigo. Mario, sabido por los avisos que le daban el estado de la empresa, aunque todo el día había tenido a los númidas ocupados en la defensa, entonces, exhortando a los soldados, preséntase al enemigo fuera de los reparos, formando con los escudos una concha de tortuga, y hace que al mismo tiempo las máquinas y los ballesteros y honderos disparen desde lejos, para desviar de la muralla al enemigo. Pero los númidas, como habían ya otras veces trastornado y pegado fuego a los manteletes, no cuidaban de resguardarse con las almenas de la muralla, sino que de noche y aun por el día combatían a cuerpo descubierto, maldiciendo a los romanos, tratando a Mario de loco y amenazando a los nuestros con que serían esclavos de Jugurta; en suma, la prosperidad los había hecho insolentes. Entretanto, cuando estaban más empeñados los romanos y los enemigos en la acción, peleando con el mayor esfuerzo, unos por la gloria y el imperio, otros por la libertad y por la vida, suenan de repente por el opuesto lado las trompetas; y al principio echan a huir las mujeres y los niños, que se habían adelantado para ver el combate; después otros, según estaban más cerca de la muralla, y últimamente todos, armados y desarmados. Visto esto por los romanos, cargan con mayor fuerza y desbaratan a los enemigos; hieren a los más de ellos, sin acabarlos de matar; después, ansiosos de gloria, rompen peleando derecho al muro por encima de los caídos, sin detenerse nadie en el despojo. De esta suerte habiendo la fortuna enmendado la temeridad de Mario, su mismo yerro le concilió alabanza».

4) El cónsul Lucio Cornelio Rufino capturó numerosas ciudades en Cerdeña desembarcando poderosos destacamentos de tropas por la noche, con instrucciones de permanecer escondidos y esperar hasta que él mismo se

acercara para atracar con sus barcos. Entonces, cuando el enemigo vino a su encuentro ante su acercamiento, él los indujo a una larga persecución fingiendo huir, mientras sus otras tropas atacaron las ciudades así abandonadas por sus habitantes.

Nota: *Aquí se plantea una probable confusión de nombres: Lucio Cornelio Escipión invadió Cerdeña en el 259 a. de C. y Publio Cornelio Rufino fue cónsul en el 277 a. de C., pero luchó sólo en Italia.*

5) Pericles, el general ateniense, sitiaba una vez una ciudad que estaba protegida por defensores muy decididos. Por la noche él ordenó que se hicieran sonar las trompetas y que se levantara una clamorosa protesta en un sitio de las murallas adyacentes al mar. El enemigo, pensando que la ciudad había sido invadida en aquel punto, abandonó las puertas, con lo cual, tan pronto como éstas fueron abandonadas sin la defensa, Pericles irrumpió en la ciudad.

6) Alcibíades, el general ateniense, planeando asaltar Cizico, se acercó a la ciudad de improviso por la noche, y ordenó a sus trompeteros que hicieran sonar sus instrumentos en un sitio diferente de las fortificaciones. Los defensores de las murallas eran muchos, pero ya que todos corrieron al sitio donde imaginaron que eran atacados, Alcibíades logró escalar las murallas en el punto donde no había resistencia alguna.

Nota: Según Tucídides, 8:107 y Diodoro Sículo, 13:40 § 6, *Cízico no estaba fortificada con murallas. Esta estratagema pertenece preferentemente a la toma de Bizancio, en el 409 a. de C; Plutarco, Alcibíades, 31: «Los generales que mandaban el sitio de Calcedonia convinieron con Farnabazo, por un tratado, en, que recogerían una contribución, los Calcedonios volverían a la obediencia de los Atenienses y éstos no harían ningún daño en la satrapía de Farnabazo, obligándoles éste a dar a los embajadores de los Atenienses escolta con toda seguridad. Como a la vuelta de Alcibíades desease Farnabazo que él también jurara el tratado, respondió que no lo ejecutaría antes de haber jurado ellos. Prestados que fueron los juramentos, marchó contra los Bizantinos, que se habían rebelado, y circunvaló la ciudad. Ofreciéndole, bajo la condición de salvarla. Anaxilao, Licurgo y algunos otros, que la entregarían, hizo correr la voz de que le llamaban fuera de allí novedades ocurridas en la Jonia, y por el día salió con toda su escuadra; pero, volviendo a la noche, saltó en tierra con la infantería, y resguardándose con las murallas se estuvo allí quedo; pero las naves vinieron sobre el puerto, y acometiendo impetuosamente con grande gritería, alboroto y estruendo, asombraron a los demás Bizantinos por lo inesperado del caso y dieron ocasión a los partidarios de los Atenienses para entregar la ciudad a Alcibíades impunemente, pues todos los habitantes habían corrido hacia el puerto para resistir el ataque de las naves. Mas con todo no fue esta jornada exenta de riesgo, porque los Peloponenses, Beocios y Megarenses que allí se hallaban, a los que descendieron de las naves los rechazaron y obligaron a reembarcar; y llegando a entender que había Atenienses dentro, formándose en batalla, marcharon juntos contra ellos. Trabado un reñido combate, los venció Alcibíades, mandando él el ala derecha y Teramenes la izquierda: y de los enemigos que les vinieron a las manos tomaron vivos unos*

trescientos. De los de Bizancio, después del combate, ni se dio muerte ni se desterró a ninguno, porque con esta condición se entregó la ciudad y también con la de que a nada que fuese de ellos se había de tocar. Por esta razón, defendiéndose Anaxilao de la causa sobre traición que se le movió en Lacedemonia, hizo ver en su discurso que no tenía por qué avergonzarse de lo hecho: porque dijo que no siendo Lacedemonio, sino Bizantino, viendo en peligro, no a Esparta, sino a Bizancio, hallándose su ciudad cercada de manera que nadie podía entrar, y consumiendo los Peloponenses y Beocios todos los víveres que había en la ciudad, mientras que los Bizantinos fallecían de hambre con sus mujeres y sus hijos, no le pareció que cometía traición con la entrega, sino que redimía a su ciudad de la guerra y de los males que padecía, imitando en esto a los más ilustres de la Lacedemonia, para quienes sólo es honesto y justo lo que es en provecho de la patria. Los Lacedemonios, a este razonamiento, cedieron con respeto y absolvieron a los acusados».

7) Trasíbulo, general de los milesios, en sus esfuerzos por capturar el puerto de los sicionanos, hizo repetidos ataques sobre los habitantes del continente. Entonces, cuando el enemigo dirigió su atención al punto donde eran atacados, capturó de repente el puerto con su flota.

Nota: *Alrededor del año 600 a. de C.*

8) Filipo, sitiando a cierta ciudad costera, amarró secretamente barcos en pares, con una cubierta común, y levantó torres en ellos. Luego, lanzando un ataque con otras torres por tierra, distrajo la atención de los defensores de la ciudad, hasta que trajo por vía marítima los barcos provistos de torres, y avanzó contra las murallas en el punto donde no se ofrecía resistencia alguna.

9) Pericles, estando a punto de poner sitio a una fortaleza de los peloponesios a la cual había sólo dos vías de acercamiento, cortó una de éstas por una zanja y comenzó a fortificar la otra. Los defensores de la fortaleza, aflojaron su guardia en un punto y comenzaron a mirar sólo el otro donde veían que seguía la construcción. Pericles, habiendo preparado puentes, los puso a través de la zanja y entró en la fortaleza en el punto donde no se conservaba guardia alguna.

Nota: Año 430 a. de C. 7) Antíoco, luchando contra los efesios, ordenó a los rodios, a quienes tenía como aliados, hacer por la noche un ataque contra el puerto con gran alboroto. Cuando la población entera se precipitó precipitadamente a este sitio, dejando el resto de la fortaleza sin defensores, Antíoco atacó en un sitio diferente y capturó la ciudad.

X. SOBRE CÓMO PONER TRAMPAS PARA SACAR AL SITIADO.

1) Cuando Catón sitiaba a los Lacetanos, despidió a la vista del enemigo a todas sus otras tropas, ordenando a ciertos suesetanos, que eran los menos marciales de sus aliados, atacar los muros de la ciudad. Cuando los Lacetanos, haciendo una salida, rechazaron fácilmente estas fuerzas y los persiguieron con

impaciencia mientras escapaban, los soldados que Catón había ubicado escondidos, aparecieron, y por su ayuda pudo capturar la ciudad.

Nota: Año 195 a. de C. Livio, 34:20: *«Con aquellas débiles fuerzas tomó algunas plazas fuertes y recibió la sumisión de los sedetanos, ausetanos y suesetanos. Los lacetanos, que vivían en bosques y parajes inaccesibles, continuaban en armas; era un pueblo naturalmente salvaje y que además tenía que temer por las devastaciones que había realizado en terreno de los aliados de Roma, mientras el cónsul y su ejército estaban ocupados en combatir a los túrdulos. Catón marchó a sitiar su ciudad, al frente de las cohortes y de la juventud de los aliados, justamente irritados por aquel bandolerismo. Aquella ciudad era más larga que ancha; detúvose a unos cuatrocientos pasos de las murallas, estableció en aquel punto un cuerpo de tropas escogidas, con orden de no abandonar su puesto hasta que volviese a reunirse con ellas, y con el resto de sus fuerzas rodeó la plaza para colocarse en el otro extremo. Los suesetanos formaban la mayor parte de sus auxiliares, y a éstos mandó que comenzasen el ataque. En cuanto los lacetanos reconocieron las armas y enseñas de aquel pueblo, cuyo territorio habían talado tantas veces impunemente, batido y derrotado sus ejércitos, animados con este recuerdo; abrieron bruscamente la puerta y cayeron en tropel sobre ellos. Los suesetanos no pudieron resistir su grito de guerra y menos aún su impetuoso choque. El cónsul, que había previsto este resultado, en cuanto le observó, corrió a toda brida hacia sus cohortes apostadas a corta distancia de las murallas, las llevó con él, y mientras todos los habitantes se precipitaban tras los pasos de los fugitivos, dejando la ciudad desierta y silenciosa, las introdujo en ella, estando apoderado por completo de la ciudad antes de que regresasen los lacetanos. Entonces, como no les quedaban más que las armas, tuvieron que someterse».*

2) Haciendo una campaña en Cerdeña, Lucio Escipión, a fin de expulsar a los defensores de cierta ciudad, abandonó el sitio que había comenzado, y fingió huir con un destacamento de sus tropas. Entonces, cuando los habitantes le siguieron desordenadamente, él atacó la ciudad con ayuda de aquellos que había ubicado escondidos ahí mismo.

Nota: Año 259 a. de C… *Confrontar nota 3:9 § 4.*

3) Cuando Aníbal sitiaba la ciudad de Himera, deliberadamente permitió que su campamento fuera capturado, ordenando a los cartagineses retirarse, a causa de que el enemigo era superior. Los habitantes fueron engañados de tal forma por este giro de los acontecimientos que en su alegría salieron de la ciudad y avanzaron contra los antepechos cartagineses, con lo cual Aníbal, encontrando la ciudad vacía, la capturó por medio de las tropas que había colocado en emboscada para esta misma contingencia.

Nota: Año 409 a. de C. *El Aníbal aquí mencionado es el hijo de Giscón. Diodoro Sículo, 13:59-62, presenta a los cartagineses más como retrocediendo en huída que ejecutando una estratagema.*

4) A fin de expulsar a los saguntinos, Aníbal en cierta ocasión avanzó contra sus

muros con una delgada línea de tropas. Entonces, a la primera salida de los habitantes, fingiendo la huída, se retiró, e interponiendo tropas entre el enemigo perseguidor y la ciudad, mató al enemigo separándolo así de sus compañeros entre las dos fuerzas.

Nota: Año 219 a. de C. *Hijo de Amílcar Barca. La identidad de nombres condujo a la confusión entre estos dos generales.*

5) Himilcón, el cartaginés, haciendo campaña cerca de Agrigento, ubicó parte de sus fuerzas emboscadas cerca de la ciudad, y las instruyó para que prendieran fuego a un poco de madera húmeda tan pronto como los soldados de la ciudad avanzaran. Entonces, avanzando al amanecer con el resto de su ejército para atraer al enemigo, fingió huir y condujo a los habitantes tras de él por una considerable distancia en su retirada. Los hombres emboscados cerca de los muros aplicaron la antorcha a los montones de leña como les había sido instruido. Los Agrigentinos, contemplando subir el humo, pensaron que su ciudad ardía y volvieron corriendo alarmados para protegerlo. Encontrándose con aquellos que estaban a la espera cerca de los muros, y acosados por la retaguardia por aquellos que ellos habían estado persiguiendo hasta ese momento, fueron encerrados entre dos fuerzas y despedazados.

Nota: Año 406 a. de C. Polieno, 5:10 § 4 *: «Mientras sitiaba Acragas, Himilcón acampó no lejos de la ciudad. Cuando vio al enemigo marchar con gran fuerza, dio órdenes secretas a sus oficiales, a una señal dada, para hacer una retirada precipitada. Los hombres de Acragas apretaron estrechamente sobre ellos en su huída, y fueron conducidos a una considerable distancia de su ciudad. Entonces Himilcón, quién se había colocado emboscado con un cuerpo de sus tropas, Prendió fuego a un poco de madera, que había ordenado que fuera colocado cerca de los muros para aquel objetivo. Cuando los perseguidores vieron una gran cantidad del humo provenir de los muros, supusieron que alguna parte de su ciudad ardía. Detuvieron la persecución, y volvieron a socorrer a la ciudad tan rápidamente como les fue posible. Al mismo tiempo, el enemigo, que antes había escapado, volvió y apretó con fuerza sobre su retaguardia. Tan pronto como alcanzaron el lugar donde la emboscada había sido ubicada, Himilcón los atacó enérgicamente con sus fuerzas. Mató a muchos de ellos, y el resto fue hecho prisionero».*

6) Viriato, en una ocasión, habiendo emboscado a sus hombres, envió a otros para ahuyentar los rebaños de los Segobrigenses. Cuando éstos se precipitaron en gran número para defender sus rebaños y persiguieron a los merodeadores, que fingían huir, fueron conducidos a una emboscada y despedazados.

Nota: *Años 147 a 139 a. de C.*

7) Cuando Lúculo fue puesto a cargo de una guarnición de dos cohortes en Heraclea, la caballería de los escórdicos, fingiendo ahuyentar a los habitantes, provocó una salida. Entonces, cuando Lúculo los siguió, ellos lo hicieron caer en una emboscada, fingiendo la huída, y lo mataron junto con ochocientos de sus

seguidores.

8) El general ateniense Cares, cuando estaba por atacar una ciudad costera, escondió su flota detrás de ciertos promontorios y luego ordenó que su barco más rápido zarpara por delante de las fuerzas del enemigo. A la vista de este barco, todas las fuerzas que guardaban el puerto salieron como una flecha en su persecución, momento en el cual Cares zarpó con el resto de su flota y tomó posesión del puerto indefenso e igualmente de la ciudad.

Nota: *Años 366 a 336 a. de C.*

9) En una ocasión, cuando tropas romanas bloqueaban Lilibea por tierra y por mar, Barca, general de los cartagineses en Sicilia, ordenó que una parte de su flota apareciera en alta mar lista para la acción. Cuando nuestros hombres salieron como una flecha a la vista de esto, Barca capturó el puerto de Lilibea con los barcos que él había mantenido escondidos.

Nota: Año 249 a. de C. Polibio, 1:44, *menciona a Aníbal y no a Barca como el general: «Todo esto se ignoraba en Cartago; pero conjeturando las necesidades de un asedio, equiparon cincuenta navíos, al mando de Aníbal, hijo de Amílcar, trierarco y amigo íntimo de Adherbal, a quien, después de una exhortación conveniente a las presentes coyunturas, destacan en diligencia con orden de que, sin tardanza, use de su espíritu a medida de las circunstancias y socorra a los sitiados. En efecto, sale al mar Aníbal con diez mil hombres, fondea en las islas Egusas, situadas entre Lilibea y Cartago, y aguarda tiempo oportuno para su viaje. Se aprovecha después de un próspero y suave viento, despliega todas las velas, y arrebatado de su impulso, llega a la entrada del puerto con sus soldados armados sobre las cubiertas y dispuestos para la acción. El inesperado descubrimiento de la escuadra, y temor de que la violencia del viento no les arrastrase dentro del puerto con sus enemigos, hizo desistir a romanos de impedir el arribo del socorro y estarse a la capa admirando la audacia de los contrarios. La multitud del pueblo que coronaba los muros, ya quieta con el suceso, ya alegre en extremo con el auxilio inesperado, alentaba con aplausos y algazara a los que venían. Finalmente, Aníbal entra con temerario arrojo y confianza, fondea en el puerto y desembarca sus gentes sin peligro. Los de la ciudad, no tanto estaban gozosos por la venida del socorro, aunque muy capaz de aumentar sus fuerzas y esperanzas, cuanto por no haberse atrevido los romanos a impedir la entrada a los cartagineses».*

XI. SOBRE RETIRADAS FINGIDAS.

1) Cuando el general ateniense Formión devastó las tierras de los calcidios, y sus enviados se quejaron de esta acción, él les contestó gentilmente, y por la tarde, cuando estaba a punto de despedirlos, fingió que había llegado una carta de sus conciudadanos requieriendo su retorno. En consecuencia, se retiró a una corta distancia y despidió a los enviados. Cuando éstos relataron que todo estaba seguro y que Formión se había retirado, los calcidios, en vista de la consideración prometida y de la retirada de las tropas, relajaron la guardia de

su ciudad. Entonces Formión volvió de repente y los calcidios no pudieron resistir su inesperado ataque.

Nota: Año 432 a. de C. Polieno, 3:4 § 1: *«Al haber hecho Formión su descenso en Calcidia, hizo un gran botín en el país, y con lo que llevaba sobre sus buques, fue a tomar tierra en Cyr. Los calcidios enviaron una embajada para pedir la restitución de este botín. Mientras que estaba ocupado en esta negociación, dispuso bajo su mano un buque de servicio, que apareció en el puerto, como enviado por Atenas, para rogar a Formión, por parte del pueblo, que se dirigiera al puerto del Pireo. En la impaciencia que él demostraba de ir donde le invitaban los Atenienses, restituyó a los embajadores de Calcidia todo lo que pedían, subió sobre un buque, y fue a esconderse por la noche detrás de una pequeña isla. Los calcidios, contento de recuperar lo que era de ellos, y viendo que Formión había puesto la vela para irse a Atenas, no tuvieron gran cuidado de guardar su ciudad y su país. Mientras se descuidaban sobre esta seguridad, Formión se abatió sobre ellos. Poco hizo falta para que tomara la ciudad. Y todo lo que había de bueno para capturar en el país, él se lo apoderó y se lo llevó con él».*

2) Cuando el comandante Espartano, Agesilao, bloqueaba a los foceos y se enteró que aquellos que le prestaban entonces su apoyo estaban cansados de las cargas de guerra, se retiró a una corta distancia como si fuera para otros objetivos, dejando así a los aliados libre la oportunidad de retirarse. No mucho después, trayendo nuevamente a sus tropas, derrotó a los foceos sin ayuda.

Nota: *Años 396 a 394 a. de C.: Polieno, 2:1 § 16: «Agesilao tenía a los foceos sitiados desde hacía tiempo. La resistencia larga de los sitiados le molestaba: pero los aliados de los foceos estaban todavía más molestos por la duración del asiento. Agesilao lo levantó y se retiró. Los aliados de los foceos vieron su partida con mucho gusto, y se fueron de allí alegremente. Entonces Agesilao, viendo a los foceos sin socorro, regresó contra ellos y se hizo dueño de su ciudad».*

3) Luchando contra los Bizantinos, quién se mantuvieron dentro de sus muros, Alcibíades puso una emboscada y, fingiendo una retirada, los tomó sin su guardia y los aplastó.

Nota: Año 409 a. de C. Plutarco, Alcibíades, 31: *«Los generales que mandaban el sitio de Calcedonia convinieron con Farnabazo, por un tratado, en, que recogerían una contribución, los Calcedonios volverían a la obediencia de los Atenienses y éstos no harían ningún daño en la satrapía de Farnabazo, obligándoles éste a dar a los embajadores de los Atenienses escolta con toda seguridad. Como a la vuelta de Alcibíades desease Farnabazo que él también jurara el tratado, respondió que no lo ejecutaría antes de haber jurado ellos. Prestados que fueron los juramentos, marchó contra los Bizantinos, que se habían rebelado, y circunvaló la ciudad. Ofreciéndole, bajo la condición de salvarla. Anaxilao, Licurgo y algunos otros, que la entregarían, hizo correr la voz de que le llamaban fuera de allí novedades ocurridas en la Jonia, y por el día salió con toda su escuadra; pero, volviendo a la noche, saltó en tierra con la infantería, y resguardándose con las murallas se estuvo allí quedo; pero las naves vinieron sobre el puerto, y acometiendo impetuosamente con grande gritería, alboroto y*

estruendo, asombraron a los demás Bizantinos por lo inesperado del caso y dieron ocasión a los partidarios de los Atenienses para entregar la ciudad a Alcibíades impunemente, pues todos los habitantes habían corrido hacia el puerto para resistir el ataque de las naves. Mas con todo no fue esta jornada exenta de riesgo, porque los Peloponenses, Beocios y Megarenses que allí se hallaban, a los que descendieron de las naves los rechazaron y obligaron a reembarcar; y llegando a entender que había Atenienses dentro, formándose en batalla, marcharon juntos contra ellos. Trabado un reñido combate, los venció Alcibíades, mandando él el ala derecha y Teramenes la izquierda: y de los enemigos que les vinieron a las manos tomaron vivos unos trescientos. De los de Bizancio, después del combate, ni se dio muerte ni se desterró a ninguno, porque con esta condición se entregó la ciudad y también con la de que a nada que fuese de ellos se había de tocar. Por esta razón, defendiéndose Anaxilao de la causa sobre traición que se le movió en Lacedemonia, hizo ver en su discurso que no tenía por qué avergonzarse de lo hecho: porque dijo que no siendo Lacedemonio, sino Bizantino, viendo en peligro, no a Esparta, sino a Bizancio, hallándose su ciudad cercada de manera que nadie podía entrar, y consumiendo los Peloponenses y Beocios todos los víveres que había en la ciudad, mientras que los Bizantinos fallecían de hambre con sus mujeres y sus hijos, no le pareció que cometía traición con la entrega, sino que redimía a su ciudad de la guerra y de los males que padecía, imitando en esto a los más ilustres de la Lacedemonia, para quienes sólo es honesto y justo lo que es en provecho de la patria. Los Lacedemonios, a este razonamiento, cedieron con respeto y absolvieron a los acusados».

4) Viriato, después de retirarse durante tres días, dio la vuelta de repente y cruzó la misma distancia en un día. Así aplastó a los Segobrigenses, tomándolos sin su guardia en un momento en que estaban seriamente ocupados en sacrificar.

Nota: *Años 147 a 139 a. de C.*

5) En las operaciones alrededor de Mantinea, Epaminondas, habiendo notado que los Espartanos habían venido para ayudar a sus enemigos, concibió la idea de que Esparta podía ser capturada, si él partía contra ella en secreto. En consecuencia ordenó que fueran armadas numerosas hogueras por la noche, que, pareciendo que permanecía, podrían ocultar su partida. Pero engañado por un desertor y perseguido por las tropas lacedemonias, abandonó su marcha a Esparta, y empleó el mismo esquema contra los mantineos; ya que levantando hogueras como antes, él engañó a los Espartanos en el pensamiento que él permanecería. Mientras tanto, volviendo a Mantinea con una marcha de 40 millas, la encontró sin defensas y la capturó.

Nota: Año 362 a. de C. Diodoro Sículo, 15:82-84: *«**LXXXII** Cuando terminó este año, en Atenas fue arconte Caricleides, y en Roma fueron elegidos cónsules, Lucio Emilio Mamerco y Lucio Sextio Luterano. Durante el ejercicio de sus magistraturas los Arcadios colaborando con los Pisanos organizaron los juegos Olímpicos, y se adueñaron del templo y de las ofrendas depositadas en él. Puesto que los Mantineos se habían apropiado para sus propios usos privados de un gran número de ofrendas, estaban, como*

transgresores, inclinados a continuar la guerra contra los Eleos, para evitar, si era la paz restaurada, tener que rendir cuentas de sus gastos. [2] Pero puesto que el resto de Arcadios deseaban hacer la paz, desencadenaron un enfrentamiento contra sus propios compatriotas. Dos partidos en consecuencia se formaron, uno liderado por Tegea, y el otro por Mantinea. [3] Su enfrentamiento tomó tales proporciones que depositaron la solución en las armas, y los Tegeos, habiendo enviado embajadores a los Beocios, obtuvieron su ayuda, porque los Beocios nombraron a Epaminondas general, le dieron un gran ejército, y lo mandaron a auxiliar a los Tegeos. [4] Los Mantineos, atemorizados por el ejército de Beocia y la reputación de Epaminondas, enviaron embajadores a los peores enemigos de los Beocios, los Atenienses y los Lacedemonios, y les convencieron de que lucharan de su parte. Y cuando ambos pueblos rápidamente enviaron en respuesta fuertes ejércitos, muchos duros combates tuvieron lugar en el Peloponeso. [5] De hecho los Lacedemonios, viviendo cerca, inmediatamente invadieron Arcadia, pero Epaminondas, avanzando a su encuentro con su ejército y no estando lejos de Mantinea, supo por los habitantes que los Lacedemonios, con todas sus fuerzas, estaban saqueando el territorio de Tegea. [6] Suponiendo entonces que Esparta estaba desnuda de soldados, planeó un gran golpe, pero la Fortuna laboró contra él. Él mismo partió de noche hacia Esparta, pero el rey Lacedemonio Agis, sospechando la idea de Epaminondas, conjeturó sabiamente lo que iba a hacer, y envió a algunos exploradores Cretenses y a través de ellos, anticipándose estos a Epaminondas, dijo a los hombres que había dejado en Esparta que los Beocios aparecerían pronto en Lacedemonia para saquear la ciudad, pero que él mismo acudiría tan rápido fuera posible con su ejército a dar ayuda a su patria. Así dio órdenes a aquellos que estaban en Esparta de velar por la ciudad y no atemorizarse ante nada, porque él mismo aparecería pronto con ayuda.

***LXXXIII**. Los Cretenses rápidamente cumplieron sus órdenes y los Lacedemonios milagrosamente evitaron la conquista de su patria, porque si el ataque no hubiere sido impedido en plena marcha, Epaminondas habría penetrado en Esparta indetectado. Podemos justamente alabar la ingenuidad de ambos generales, pero debemos considerar la estrategia del Laconio más inteligente. [2] Es verdad que Epaminondas, sin descansar durante la noche, cubrió la distancia a marchas forzadas y al amanecer atacó Esparta. Pero Agesilao, quien había sido dejado a la guarda y había sabido sólo poco antes por los Cretenses todo sobre el plan del enemigo, inmediatamente empleó toda su energía en mejorar la defensa de la ciudad. [3] Emplazó a los jóvenes de más edad y a los ancianos en los tejados de las casas y les ordenó que desde ahí se defendieran contra el enemigo si se abría paso a la ciudad, mientras que él mismo alineaba a los hombres en la plenitud de vida y los repartía en los obstáculos delante de la ciudad y en los accesos, y, habiendo bloqueado todos los lugares que pudieran permitir la entrada, aguardó el ataque del enemigo. [4] Epaminondas, después de dividir a sus soldados en varias columnas, atacó por todas partes a la vez, pero cuando vio la disposición de los Espartanos, supo inmediatamente que su movimiento había sido descubierto. Sin embargo hizo el asalto contra todas las posiciones una y otra vez, y, aunque estaba en desventaja por los obstáculos, llegó al combate cuerpo a cuerpo. [5] Muchos golpes recibió e hizo frente y no cesó el combate hasta que el ejército de los Lacedemonios reingresó en Esparta. Entonces como muchos acudían a auxiliar a los sitiados y la noche intervino, desistió del asedio.*

***LXXXIV**. Habiendo sabido de los cautivos que los Mantineos habían venido con todas*

sus fuerzas a auxiliar a los Lacedemonios, Epaminondas entonces se retiró a corta distancia de la ciudad y acampó, y habiendo dado órdenes de preparar la comida, dejó algunos de los équites y les ordenó prender fuego en la campiña hasta la mañana, mientras él mismo con el ejército partía y se apresuraba a caer súbitamente sobre aquellos que habían sido dejados en Mantinea. [2] Habiendo cubierto mucho camino al siguiente día, de súbito irrumpió contra los Mantineos, cuando no lo estaban esperando. Sin embargo, no tuvo éxito en su intento, aunque en este plan de campaña había previsto cualquier contingencia, pero, encontrando el Hado opuesto a él, contrariamente a sus expectativas perdió la victoria. Porque justo cuando se estaba aproximando a la ciudad desprotegida, en el lado opuesto de Mantinea llegaban refuerzos enviados por Atenas, seis mil al mando de su general Hegesileo, un hombre de renombre en aquel entonces entre sus ciudadanos. Introdujo una fuerza adecuada dentro de la ciudad y puso en línea al resto en espera de una batalla decisiva. [3] Y al poco los Lacedemonios y los Mantineos aparecieron también, ante lo cual todos se prepararon para la batalla que iba a decidir el destino y llamaron a sus aliados desde todas direcciones. [4] En el bando de los Mantineos estaban los Eleos, los Lacedemonios, los Atenienses y otros pocos más, que eran en total más de veinte mil infantes y unos dos mil caballos. En el bando de los Tegeos estaban alineados los más numerosos y valientes de los Arcadios, también Aqueos, Beocios, Argivos, algunos otros Peloponesios, y aliados de fuera, y todos en total eran unos treinta mil infantes y no menos de tres mil caballos».

POR OTRA PARTE, ESTRATAGEMAS RELACIONADAS CON LA PROTECCIÓN DE LOS SITIADOS:

XII. SOBRE CÓMO ESTIMULAR LA VIGILANCIA DE LAS PROPIAS TROPAS

1) Alcibíades, el comandante ateniense, cuando su propia ciudad fue bloqueada por los Espartanos, temiendo negligencia por parte de los guardias, ordenó a los hombres apostados mirar la luz que él expondría desde la ciudadela por la noche, y levantar sus propias luces a la vista de ella, amenazando que cualquiera que fallara en este deber, sufriría una pena. Esperando ansiosamente la señal de su general, todos mantuvieron observación constante y así escaparon a los riesgos de la peligrosa noche.

Nota: Polieno, 1:40 § 3: *«Mientras que los Lacedemonios tenían Atenas asediada, Alcibíades, para procurar que los que guardaban la ciudad, el Pireo y las murallas que enfrentaban hacia el mar, estuvieran siempre alertas, hizo público que tan pronto como se le viera que desde lo alto de la ciudadela, elevaría tres veces una antorcha por la noche y los centinelas deberían responderle con una señal igual, so pena de ser castigados como desertores de la guardia. Esto hizo que los centinelas velaran sin cesar esperando siempre la señal del general».*

1) Cuando Ifícrates, el general ateniense, mantenía Corinto con una guarnición y en una ocasión personalmente hizo las rondas de los centinelas mientras el enemigo se acercaba, encontró a uno de los guardias dormido en su puesto y lo

apuñaló con su lanza. Cuando algunos reprocharon este procedimiento como cruel, él contestó: «lo abandoné como lo encontré».

Nota: Años 393 a 391 a. de C. *Cornelio Nepote, Ifícrates, 2:1-2: «Ifícrates de Atenas se ha hecho renombrado, no tanto por la grandeza de sus proezas, como por su conocimiento de la táctica militar; ya que él era tal líder, que no sólo era comparable a los primeros comandantes de su propio tiempo, sino que nadie, ni los generales más viejos, podían ser puestos por encima de él. Él se comprometía con el campo de batalla; a menudo tenía el comando de los ejércitos; nunca fracasó en una tarea por su propia falta; era siempre rápido para la invención, y tal era su excelencia en ello, que no sólo introdujo mucho que era nuevo en el arte militar, sino que hizo muchas mejoras de lo que existió antes. Cambió las armas de la infantería; ya que antes de que él fuera comandante, se usaban escudos muy grandes, lanzas cortas, y espadas pequeñas; él, al contrario, introdujo el pelta en vez de la Parma (motivo por el cual la infantería fue llamado después peltastae), para que pudieran ser más activos en los movimientos y los encuentros; dobló la longitud de la lanza, e hizo las espadas también más largas. Cambió igualmente el carácter de sus corazas, y se las dio de lino en vez de aquellas de cota de malla y latón; un cambio por el cual dio a los soldados más actividad; ya que, disminuyendo el peso, proporcionó lo que igualmente protegería el cuerpo, y sería ligero.*

II. Hizo la guerra sobre los tracios, y devolvió su trono a Seutes, el aliado de los atenienses. En Corinto mandó el ejército con tanto severidad, que ninguna tropa en Grecia estuvo alguna vez mejor disciplinada, o más obediente a las órdenes de su líder; y les trajo a tal hábito, que cuando la señal para la batalla les era dada por su general, ellos debían estar de pie tan con tanta firmeza, sin problema alguno por parte del comandante, que parecieran haber sido respectivamente apostados por el capitán más hábil. Con este ejército eliminó una mora de los lacedemonios; una proeza que fue muy celebrada por toda la Grecia. Con esta guerra, también, derrotó todas sus fuerzas una segunda vez, éxito el por cual obtuvo gran gloria».

XIII. SOBRE CÓMO ENVIAR Y RECIBIR MENSAJES.

1) Cuando los romanos estaban sitiados en el Capitolio, enviaron a Poncio Cominio para implorar a Camilo para que viniera en su ayuda. Poncio, para eludir los piquetes de los galos, bajó por la Roca Tarpeya, nadó en el Tíber, y alcanzó Veyes. Habiendo llevado a cabo su diligencia, volvió por la misma ruta con sus amigos.

Nota: Año 390 a. de C... Diodoro Sículo, 14:116: *«Mientras que los Romanos estaban en tales tribulaciones, los vecinos Tirrenos avanzaron y corrieron el territorio romano con un fuerte ejército, capturando a muchos prisioneros y no poca cantidad de botín. Pero los Romanos que habían huido a Veyes, cayendo inesperadamente sobre los Tirrenos, los pusieron en fuga, recuperaron el botín y tomaron su campamento. [2] Habiendo logrado armas en abundancia, las distribuyeron entre los inermes, y también reunieron a los hombres del campo y los armaron, ya que intentaban romper el asedio de los soldados que se habían refugiado en el Capitolio. [3] Mientras que estaban en la incertidumbre de averiguar cómo podían dar a conocer sus planes a los sitiados, un*

cierto Cominio Poncio se dispuso a llevar las buenas noticias a los hombres del Capitolio. [4] Partiendo solo y nadando por el río de noche, alcanzó sin ser visto un acantilado del Capitolio que era difícil de escalar y, subiendo por ella con dificultad, habló a los soldados del Capitolio sobre las tropas que se habían congregado en Veyes y cómo estaban esperando una oportunidad y cómo atacarían a los Celtas. Entonces, bajando por el mismo camino y nadando por el Tíber, volvió a Veyes».

2) Cuando los romanos mantenían una cuidadosa guardia sobre los habitantes de Capua, a la que ellos sitiaban, éstos enviaron a cierto compañero con el aspecto de un desertor, y él, encontrando una oportunidad para escapar, llevó a los cartagineses una carta que había escondido en su cinturón.

Nota: Año 211 a. de C. Livio, 26:7*, presenta a Aníbal como enviando la carta a los capuanos: «Reconociendo Aníbal la imposibilidad de atraer a los romanos a otro combate, y de abrirse pasó a Capua a través de su campamento; temiendo además que los nuevos cónsules le cortasen los víveres, resolvió abandonar una empresa inútil y levantar el campamento. Mientras meditaba hacia qué punto se dirigiría, repentina reflexión le hizo marchar sobre el mismo foco de la guerra, sobre Roma. Censurábanle haber dejado escapar, después de la batalla de Cannas, una ocasión ardientemente deseada, y él mismo no ocultaba su falta. «A favor de un ataque imprevisto y del terror que causaría, podía esperar apoderarse de alguna parte de la ciudad; y si Roma estaba en peligro, los dos generales romanos, o al menos uno de ellos, abandonarían en seguida a Capua; la división de sus tropas les debilitaría a los dos y le proporcionarían a él o a los campanios ocasión de derrotarlos». Un solo cuidado le inquietaba; su marcha podía ser señal de la rendición de Capua. A fuerza de regalos decidió a un númida a atreverse a todo, a encargarse de. una carta, a entrar como desertor en el campamento romano y a penetrar en seguida secretamente en la ciudad. La carta era muy animadora: «Su retirada, exigida por la salvación misma de los capuanos, debía obligar a los generales romanos y a sus ejércitos a marchar a la defensa de Roma y abandonar el sitio de Capua. Si no perdían el valor, si resistían algunos días más, la ciudad se vería enteramente libre del bloqueo". En seguida se apoderó de las naves que se encontraban en el Volturno y las hizo remontar hasta el fuerte que había mandado construir para defender aquella posición. Viendo que había bastantes para que pasasen sus tropas en una noche, mandó preparar víveres para diez días, y durante la noche llevó las legiones a la orilla del río, que atravesó antes de amanecer».*

3) Algunos han escrito mensajes sobre cueros y los han cosido sobre ovejas muertas o sobre piezas de caza. **4)** Algunos han puesto el mensaje bajo la cola de una mula mientras pasaban puestos de piquetes. **5)** Algunos han escrito sobre el forro de las vainas de las espadas.

6) Cuando los Cizicenos fueron sitiados por Mitrídates, Lucio Lúculo deseó informarles acerca de su aproximación. Había una sola entrada estrecha a la ciudad, uniendo la isla con el continente por un pequeño puente. Ya que esto estaba sometido por fuerzas del enemigo, él cosió algunas cartas dentro de dos pieles infladas y luego pidió a uno de sus soldados, un adepto a la natación y al canotaje, montar las pieles, a las cuales él había sujetado juntas en el fondo por

dos tiras separadas por alguna distancia, y hacer el viaje de 7 millas a través. Tan hábilmente hizo el soldado esto que, extendiendo sus piernas, condujo su curso como si fuera un timón, y engañó a aquellos que miraban desde una distancia, pareciendo ser alguna criatura marina.

Nota: Año 74 a. de C. Floro, 3:5 § 15-16: *«La noble ciudad de Cízico, gloria de la costa asiática por su ciudadela, murallas, puerto y marmóreas torres, fue atacada con el grueso de las fuerzas como si fuera otra Roma; mas sus moradores opusieron tenaz resistencia, animados por la noticia que les dio un mensajero de la aproximación de Lúculo. Aquel emisario logró escapar por medio de las naves de nuestros enemigos sobre un odre henchido que movía con los pies, creyendo aquéllos que de lejos le veían que era un monstruo marino».*

7) El cónsul Hircio a menudo enviaba cartas escritas sobre platos de plomo a Décimo Bruto, que estaba sitiado por Antonio en Mutina. Las cartas fueron sujetadas a las armas de soldados, que entonces nadaron a través del Río Scultenna.

Nota: Año 43 a. de C. Dión Casio, 46:36 § 4-5: *«Pero aún así, deseando al menos hacer su presencia conocida a Décimo, que él no podría entrar en tratativas demasiado pronto, al principio trataron de enviar señales de almenara desde los árboles más altos; y como él no entendió, rasguñaron unas palabras en una delgada hoja de plomo, enrollaron el plomo como un pedazo de papel y lo dieron a un buzo para llevarlo al través bajo el agua por la noche. 5 Así Décimo se enteró al mismo tiempo de su presencia y de su promesa de ayuda, y le envió una respuesta de la misma manera, después de lo cual siguieron ininterrumpidamente revelándose todos sus proyectos el uno al otro».*

8) Hircio también encerró palomas en la oscuridad, las privó de comida, sujetó cartas a sus cuellos por un pelo, y luego las liberó tan cerca de las murallas como pudo. Las aves, impacientes por luz y alimento, buscaron los edificios más altos y fueron recibidas por Bruto, que de esa manera fue informado de todo, sobre todo después de que él puso alimento en ciertos puntos y enseñó a las palomas a bajar allí.

Nota: Año 43 a. de C. Plinio, Historia Natural, 10:37: *«Además de esto, las palomas han actuado como mensajeras en asuntos de importancia. Durante el sitio de Mutina, Décimo Bruto, que estaba en la ciudad, enviaba despachos al campamento de los cónsules, sujetados a los pies de las palomas. ¿De qué uso fueron a Antonio entonces sus trincheras, y toda la vigilancia del ejército sitiador? ¿Sus redes, también, qué él había extendido en el río, mientras el mensajero de los sitiados hendía el aire?».*

XIV. SOBRE CÓMO INTRODUCIR REFUERZOS Y SUMINISTRAR PROVISIONES

1) En la Guerra Civil, cuando la ciudad española de Ategua, perteneciente al partido de Pompeyo, estaba bajo bloqueo, una noche un moro, fingiendo ser

ayudante de un tribuno perteneciente al partido de César, despertó a ciertos centinelas y consiguió de ellos la contraseña. Entonces despertó a otros, y siguiendo su engaño, logró conducir refuerzos para Pompeyo en medio de las tropas de César.

Nota: Año 45 a. de C. Dión Casio, 43:33-34. *Según Dión, este hombre, Munacio Flaco, cuya verdadera misión era ayudar a los habitantes de Ategua a resistir el bloqueo de las tropas de César, representa para los centinelas que ha sido enviado por César para traicionar a la ciudad. Habiéndose así enterado de la contraseña, aseguró una fácil entrada en la ciudad: «César era entonces dictador, y al fin, cerca del final del año, fue designado cónsul, después que Lépido, que era señor de los caballeros, reunió a la gente para este fin; ya que Lépido se había hecho señor de los caballeros entonces también, habiéndose dado, mientras todavía estaba en el consulado, ese título adicional contrario al precedente. César, en consecuencia, siendo obligado, como he dicho, a continuar la guerra aún en el invierno, no atacó Corduba, que estaba fuertemente guardada, sino que giró su atención hacia Ategua, una ciudad en la cual él se había enterado que había abundancia de grano. Aunque era un lugar fuerte, él esperaba que por el tamaño de su ejército y el repentino terror de su aparición, podría alarmar a los habitantes y capturarla. Y en un corto rato la había aislado por una empalizada y la había rodeado por una zanja. Pompeyo, animado por la naturaleza del lugar y pensando que César debido al invierno no la sitiaría por mucho tiempo, no hizo caso y no intentó al principio repeler a los atacantes, ya que él no quería angustiar a sus propios soldados por el frío. Más tarde, para asegurarse, cuando la ciudad había sido amurallada y César acampaba antes ella, se puso temeroso y vino con ayuda. Cayendo de repente con piquetes durante una noche neblinosa, mató a varios; y ya que los habitantes no tenían general, él les envió a Munacio Flaco.*

34 Este hombre concibió el siguiente modo para entrar. Fue solo por la noche donde algunos guardias, como si hubiera sido designado por César para visitar a los centinelas, y preguntó y aprendió la contraseña; él no era conocido, y en vista de que era él solo, nunca habría sido sospechado de ser cualquier cosa menos un enemigo cuando actuó de esta manera. Entonces dejó a estos hombres y fue al otro lado de la circunvalación donde encontró a algunos otros guardias y les dio la contraseña; después de esto fingió que él estaba allí para traicionar a la ciudad, y así se metió por el medio de los soldados con su consentimiento y aún bajo su escolta. El no podía salvar, sin embargo, el lugar. Además de otros reveses hubo una ocasión cuando los ciudadanos lanzaron fuego sobre las máquinas de guerra y los terraplenes de los romanos, aunque sin hacerles daño digno de mención, mientras a ellos mismos les fue mal por razones de un violento viento que en ese momento justo comenzó a soplar hacia ellos del sentido contrario; Sus casas fueron incendiadas y muchas personas fallecieron por las piedras y los proyectiles, sin poder ver a ninguna distancia delante de ellos por el humo. Después de este desastre, como devastaban su tierra y partes de sus murallas colapsaban como resultado de las minas, comenzaron a amotinarse. Flaco primero hizo propuestas a César sobre la base del perdón para él y sus seguidores; pero después, cuando falló con esto debido a su negativa a rendir sus armas, los nativos mandaron enviados y se rindieron en los términos impuestos sobre ellos».

2) Cuando Aníbal sitiaba Casilino, los romanos enviaron grandes jarras de trigo

corriente abajo del Volturno, para ser recogidas por los sitiados. Después de que Aníbal las detuvo lanzando una cadena a través del río, los romanos dispersaron nueces en el agua. Éstas flotaron corriente abajo a la ciudad y así conformaron las necesidades de los aliados.

Nota: Año 216 a. de C. Livio, 23:19: *«Cuando la estación comenzaba ya a dulcificarse, Aníbal sacó sus tropas de los cuarteles de invierno y volvió delante de Casilino; porque, si bien habían estado suspendidas las operaciones del sitio, el bloqueo había continuado, y la guarnición, lo mismo que los habitantes, habían quedado reducidos a extrema escasez. El ejército romano estaba bajo las órdenes de A. Sempronio, habiendo marchado a Roma el dictador para tomar de nueva los auspicios. Mucho deseaba Marcelo socorrer a los sitiados, pero se lo impedía el Volturno, cuyas aguas estaban crecidas, y los ruegos de los habitantes de Nola y Acerra, que temían a los campanios si se alejaba el ejército romano. Graco, que era el único acampado cerca de Casilino, no intentaba ningún movimiento, por haberle mandado el dictador no emprender nada en su ausencia, y no había paciencia tan grande que pudiese resistir ante las noticias que se recibían de Casilino. Sabíase positivamente que algunos desgraciados de aquellos, no pudiendo resistir el hambre, se habían precipitado desde lo alto de las murallas; que otros permanecían sin armas sobre los parapetos, ofreciendo así sus cuerpos desnudos a los dardos del enemigo. Graco estaba conmovido ante estas desgracias; pero no se atrevía a trabar combate sin orden del dictador, viendo con evidencia que tendría que venir a las manos, si hacía llevar abiertamente trigo a los sitiados. No esperando tampoco introducirlo en secreto, hizo recoger en toda la campiña y llenó considerable número de toneles, advirtiendo al magistrado de Casilino que recogiese al paso los toneles que llevase el río. A la noche siguiente, toda la guarnición, reanimada por la esperanza que le daba el mensajero de Graco, tenía la vista fija en el río, cuando llegaron los toneles arrastrados por la corriente. El trigo se repartió por igual parte a todos. Al día siguiente y en los sucesivos se repitió lo mismo. Durante la noche se expedían y recibían los toneles, y por este medio se burlaba la vigilancia de los centinelas cartagineses. Pero muy pronto continuas lluvias aumentaron por modo extraordinario la fuerza de la corriente, que en su violencia arrojó los toneles a la orilla que ocupaban los cartagineses, donde los vieron detenidos entre los sauces; y habiéndose enterado Aníbal, tomó precauciones rigurosas para que no pudiese escapar nada de lo que el Volturno llevase a la ciudad. Los romanos arrojaron nueces al río, que llevadas por la corriente a Casilino, las recogían allí con zarzos; pero al fin llegaron los sitiados a tal punto de escasez, que arrancaban las correas y el cuero de los escudos y los blandeaban en agua hirviendo para tratar de alimentarse. Fueron devoradas las ratas y todos los animales. Arrancaron las hierbas y todas las raíces que se encontraban al pie de las murallas; y como el enemigo había labrado toda la tierra vegetal que había fuera de los muros, los sitiados arrojaron semilla de nabos, por lo que exclamó Aníbal: «¿Tendré que permanecer delante de Casilino hasta que crezcan?» Y como hasta entonces no había querido oír hablar de condiciones de paz, consintió al fin en tratar acerca del rescate de los hombres libres. Fijóse en siete onzas de oro el precio de cada uno de ellos, y aceptada estas condiciones, se rindieron, quedando cautivos hasta que se pagase todo el dinero; después los enviaron a Cumas, según lo estipulado. Este relato es más exacto que aquel en que se dice que Aníbal envió caballería para exterminar a los que se negaron. La mayor parte de los rendidos eran prenestinos: de seiscientos setenta que formaban la guarnición, más de la mitad perecieron por hambre o bajo el hierro. Los*

demás regresaron sanos y salvos a Prenesto, con su pretor M. Anido, que antes fue escribiente. Existe un monumento que así lo prueba, y es una estatua de M. Anicio, erigida en el Foro de Prenesto, cubierta con la coraza, revestida la toga y con la cabeza velada: otras tres estatuas existen también, con la siguiente inscripción en una plancha de bronce: «Ofrenda prometida por M. Anicio a los soldados de la guarnición de Casilino». La misma inscripción ostentan tres estatuas colocadas en el templo de la Fortuna».

3) Cuando los habitantes de Mutina fueron bloqueados por Antonio y necesitaban enormemente la sal, Hircio embaló sal en tarros y los envió a ellos por vía del Río Scultenna.

Nota: *Año 43 a. de C.*

4) Hircio también mandó río abajo ovejas muertas, que fueron recibidas y así suplieron las necesidades de la vida.

XV. CÓMO PRODUCIR LA IMPRESIÓN DE ABUNDANCIA DE LO QUE SE CARECE

1) Cuando el Capitolio fue sitiado por los galos, los romanos, en el extremo de la hambruna, lanzaron pan entre el enemigo. Produjeron así la impresión de que ellos estaban bien provistos con alimento, y así resistieron el sitio hasta que Camilo llegó.

Nota: Año 390 a. de C. Livio 5:48: *«Pero entre todos los males de la guerra y de largo asedio, el hambre era el que más hacía padecer a los dos ejércitos: los galos sufrían además enfermedades pestilenciales. Acampados en una hondonada rodeada de alturas, en un terreno abrasador, lleno por tantos incendios de vapores inflamados, y en el que ligero soplo de viento no levantaba polvo, sino ceniza; el exceso de aquel sofocante calor, insoportable para gentes acostumbradas a un clima húmedo y frío, les diezmaba como las epidemias que destruyen los rebaños. A tal punto llegaron, que cansados de enterrar uno por uno los muertos, decidieron quemarlos en montón; por esta causa se llamó en adelante aquel barrio el Quemadero de los galos. Entonces ajustaron con los romanos una tregua, durante la cual permitieron los generales inteligencias entre los dos partidos; y como los galos hablaban frecuentemente de la escasez que, según decían, obligaría a los romanos a rendirse, preténdese que, para destruir esta esperanza, arrojaron pan desde muchos puntos del Capitolio a sus guardias. Pero muy pronto fue imposible disimular y soportar más tiempo el hambre. Así, pues, mientras el dictador realiza personalmente levas en Ardea, manda a L. Valerio, jefe de los caballeros, partir de Veyas con el ejército, y toma las medidas y hace los preparativos necesarios para atacar al enemigo sin desventaja; el ejército capitolino, que, extenuado por el servicio y las vigilias, triunfado de todos los males humanos, pero al que naturaleza no le permitía vencer el hambre, diariamente a lo lejos para ver si llegaba algún que trajese el dictador. Al fin, careciendo de esperanza como de víveres, los romanos, cuyos extenuados cuerpos vacilaban al marchar a las guardias bajo el peso de las armas, decidieron que era indispensable, a cualquier precio, rendirse o libertarse; los galos, por otra parte, dejaban*

entender claramente que no se necesitaría una cantidad muy grande para decidirles a levantar el sitio. Entonces se reunió el Senado y encargó parlamentar a los tribunos militares. El tribuno Q. Sulpicio y Breno, jefe de los galos, celebraron una conferencia y convinieron las condiciones, y el rescate de aquel pueblo, que muy pronto había de dominar el mundo, fueron mil libras de oro. A este convenio, tan vergonzoso ya, se añadió otra humillación: habiendo llevado los galos pesos falsos que el tribuno rechazaba, el insolente Breno echó su espada en la balanza, y pronunció aquellas palabras tan insoportables para los romanos "¡Ay de los vencidos!"»

2) Se dice que los atenienses emplearon la misma estratagema contra los espartanos.

3) Se pensaba que los habitantes de Casilino, estando bloqueados por Aníbal, habían alcanzado el punto de hambruna, ya que Aníbal había cortado su suministro de alimento hasta su uso de las hierbas que crecieron arando la tierra entre su campamento y las murallas. Habiendo sido así preparada la tierra, los sitiados arrojaron la semilla en ella, dando así a la impresión que tenían suficiente con lo cual sostener la vida hasta hasta el tiempo de cosecha.

Nota: Año 216 a. de C. Livio, 23:19: *«Cuando la estación comenzaba ya a dulcificarse, Aníbal sacó sus tropas de los cuarteles de invierno y volvió delante de Casilino; porque, si bien habían estado suspendidas las operaciones del sitio, el bloqueo había continuado, y la guarnición, lo mismo que los habitantes, habían quedado reducidos a extrema escasez. El ejército romano estaba bajo las órdenes de A. Sempronio, habiendo marchado a Roma el dictador para tomar de nuevo los auspicios. Mucho deseaba Marcelo socorrer a los sitiados, pero se lo impedía el Volturno, cuyas aguas estaban crecidas, y los ruegos de los habitantes de Nola y Acerrar que temían a los campanios si se alejaba el ejército romano. Graco, que era el único acampado cerca de Casilino, no intentaba ningún movimiento, por haberle mandado el dictador no emprender nada en su ausencia, y no había paciencia tan grande que pudiese resistir ante las noticias que se recibían de Casilino. Sabíase positivamente que algunos desgraciados de aquellos, no pudiendo resistir el hambre, se habían precipitado desde lo alto de las murallas; que otros permanecían sin armas sobre los parapetos, ofreciendo así sus cuerpos desnudos a los dardos del enemigo. Graco estaba conmovido ante estas desgracias; pero no se atrevía a trabar combate sin orden del dictador, viendo con evidencia que tendría que venir a las manos, si hacía llevar abiertamente trigo a los sitiados. No esperando tampoco introducirlo en secreto, hizo recoger en toda la campiña y llenó considerable número de toneles, advirtiendo al magistrado de Casilino que recogiese al paso los toneles que llevase el río. A la noche siguiente, toda la guarnición, reanimada por la esperanza que le daba el mensajero de Graco, tenía la vista fija en el río, cuando llegaron los toneles arrastrados por la corriente. El trigo se repartió por igual parte a todos. Al día siguiente y en los sucesivos se repitió lo mismo. Durante la noche se expedían y recibían los toneles, y por este medio se burlaba la vigilancia de los centinelas cartagineses. Pero muy pronto continuas lluvias aumentaron por modo extraordinario la fuerza de la corriente, que en su violencia arrojó los toneles a la orilla que ocupaban los cartagineses, donde los vieron detenidos entre los sauces; y habiéndose enterado Aníbal, tomó precauciones rigurosas para que no pudiese escapar nada de lo que el Volturno llevase a la ciudad. Los romanos arrojaron nueces al río, que llevadas*

por la corriente a Casilino, las recogían allí con zarzos; pero al fin llegaron lbs sitiados a tal punto de escasez, que arrancaban las correas y el cuero de los escudos y los blandeaban en agua hirviendo para tratar de alimentarse. Fueron devoradas las ratas y todos los animales. Arrancaron las hierbas y todas las raíces que se encontraban al pie de las murallas; y como el enemigo había labrado toda la tierra vegetal que había fuera de los muros, los sitiados arrojaron semilla de nabos, por lo que exclamó Aníbal: "¿Tendré que permanecer delante de Casilino hasta que crezcan? Y cuando hasta entonces no había querido oír hablar de condiciones de paz, consintió al fin en tratar acerca del rescate de los hombres libres. Fijóse en siete onzas de oro el precio de cada uno de ellos, y aceptadas estas condiciones, se rindieron, quedando cautivos hasta que se pagase todo el dinero; después los enviaron a Cumas, según lo estipulado. Este relato es más exacto que aquel en que se dice que Aníbal envió caballería para exterminar a los que se negaron. La mayor parte de los rendidos eran prenestinos: de seiscientos setenta que formaban la guarnición, más de la mitad perecieron por hambre o bajo el hierro. Los demás regresaron sanos y salvos a Prenesto, con su pretor M. Anicio, que antes fue escribiente. Existe un monumento que así lo prueba, y es una estatua de M. Anicio, erigida en el Foro de Prenesto, cubierta con la coraza, revestida la toga y con la cabeza velada: otras tres estatuas existen también, con la siguiente inscripción en una plancha de bronce: "Ofrenda prometida por M. Anicio a los soldados de la guarnición de Casilino". La misma inscripción ostentan tres estatuas colocadas en el templo de la Fortuna».

4) Cuando los sobrevivientes del desastre de Varo estaban bajo sitio y parecían quedarse sin alimento, pasaron una noche entera llevando prisioneros alrededor de sus almacenes; entonces, habiéndosle cortado sus manos, los dejaron sueltos. Estos hombres persuadieron a la fuerza sitiadora a no albergar esperanza alguna de una pronta reducción de los romanos por el hambre, ya que tenían abundancia de víveres.

Nota: *Año 9 de Nuestra Era.*

5) Cuando los tracios estaban sitiados en una escarpada montaña, inaccesible al enemigo, reunieron por contribuciones individuales una pequeña cantidad de trigo. Con esta alimentaron a unas ovejas que entonces condujeron entre las fuerzas del enemigo. Cuando las ovejas fueron capturadas y muertas, y fueron encontrados rastros de trigo en sus intestinos, el enemigo levantó el sitio, imaginando que los tracios tenía un exceso de trigo, en vista de que lo daban como alimentación hasta a sus ovejas.

6) Los milesios estaban en un tiempo sufriendo un largo sitio a manos de Aliates, quién esperaba que pudieran ser rendidos por inanición. Pero el comandante milesio, Trasíbulo, en previsión de la llegada de enviados de Aliates, ordenó que todo el grano fuera juntado en el mercado, arregló para que se celebraran banquetes en esa ocasión, y proporcionó banquetes suntuosos en todas partes de la ciudad. Así convenció al enemigo que los milesios tenían abundancia de provisiones con las que sostener un largo sitio.

Nota: Alrededor del año 611 a. de C. Heródoto, 1:21-22: *«Luego que Aliates tuvo noticia de lo acaecido en Delfos, despachó un rey de armas a Mileto, convidando a Trasíbulo y a los Milesios con un armisticio por todo el tiempo que él emplease en levantar el templo abrasado. Entretanto, Trasíbulo, prevenido ya de antemano y asegurado de la resolución que quería tomar Aliates, mandó que recogido cuanto trigo había en la ciudad, así el público como el de los particulares, se llevase todo al mercado, y al mismo tiempo ordenó por un bando a los Milesios, que cuando él les diese la señal, al punto todos ellos, vestidos de gala, celebrasen sus festines y convites con mucho regocijo y algazara.*

XXII. *Todo esto lo hacía Trasíbulo con la mira de que el mensajero Lidio, viendo por tina parte los montones de trigo, y por otra la alegría del pueblo en sus fiestas y banquetes, diese cuenta de todo a Aliates cuando volviese a Sardes después de cumplida su comisión. Así sucedió efectivamente; y Aliates, que se imaginaba en Mileto la mayor y a los habitantes sumergidos en la última miseria, oyendo de boca de su mensajero todo lo contrario de lo que esperaba, tuvo por acertado concluir la paz con la sola condición de que fuesen las dos naciones amigas y aliadas. Aliates, por un templo quemado, edificó dos en Asseso a la diosa Minerva, y convaleció de su enfermedad. Este fue el curso y el éxito de la guerra que Aliates hizo a Trasíbulo y a los ciudadanos de Mileto».*

XVI. CÓMO CONOCER LA AMENAZA DE TRAICIÓN Y LA DESERCIÓN

1) Cierto Lucio Bancio de Nola en una ocasión abrigó el plan de levantar a sus conciudadanos en una revuelta, como un favor a Aníbal, por cuya bondad él había sido cuidado al ser herido entre aquellos que se enfrentaron en Cannas, y por quien había sido devuelto del cautiverio a su propia gente. Claudio Marcelo, enterándose de su objetivo y no atreviéndose a ejecutarlo por miedo a que por su castigo provocara al resto de la gente de Nola, convocó a Bantio y habló con él, pronunciándose sobre él como un soldado muy valiente (un hecho que Marcelo confesó que no sabía antes), y le urgió a que permaneciera con él. Además de estos elogios, le obsequió también un caballo. Por tal gentileza él se aseguró la lealtad, no sólo de Bancio, sino también de sus conciudadanos, ya que su lealtad se articulaba con la de él.

Nota: Año 216 a. de C. Livio, 23:15-16: *«A la llegada del pretor romano, el cartaginés salió del territorio de Nola y bajó hacia el mar dirigiéndose a Nápoles, deseando ardientemente apoderarse de una ciudad marítima a la que pudieran dirigirse con seguridad las naves que partiesen de África. Pero cuándo supo que mandaba en Nápoles un prefecto romano (era este M. Junio Silano a quien los mismos napolitanos habían llamado), abandonó a Nápoles, como había abandonado a Nola, y marchando hacia Nuceria, la tuvo bloqueada algún tiempo, empleando en tanto la fuerza, en tanto inútiles solicitaciones acerca del pueblo y acerca de los magnates. Reducida al fin por hambre, Nuceria se rindió con la condición de que los habitantes habían de salir sin armas y con un solo traje. Pero como desde el principio había querido mostrarse benévolo con relación a todos los pueblos de Italia, exceptuando los romanos, ofreció recompensas y honores a aquellos que quisieran quedarse con él y militar bajo sus órdenes. Este ofrecimiento no retuvo a nadie. Todos, según les impulsaban los lazos de*

hospitalidad o sencillamente la voluntad del momento, se dispersaron por las diferentes ciudades de la Campania, marchando el mayor número a Nola y Nápoles. Cerca de treinta senadores, y la casualidad quiso que fuesen los más distinguidos, se presentaron en Capua; pero fueron rechazados porque habían cerrado sus puertas a Aníbal, y se refugiaron en Cumas. Entregóse a los soldados el botín que se recogió en Nuceria y en seguida saquearon e incendiaron la ciudad. Era dueño de Nola Marcelo, gracias a la voluntad de los ciudadanos principales y al apoyo de la guarnición que había colocado allí; pero el pueblo inspiraba temores, y más que todos los demás, L. Bancio, partidario declarado de la defección proyectada, quien temiendo la venganza del pretor, estaba decidido a entregar su patria a Aníbal, o si la fortuna engañaba su deseo, a pasar al campo enemigo. Era Bancio un joven muy valeroso, y quizá el caballero más distinguido de todos los pueblos aliados entonces a Roma. Aníbal le había encontrado en Cannas medio muerto, debajo de un montón de cadáveres; habíale hecho cuidar con mucho esmero y le envió a su patria colmado de presentes. En agradecimiento de esto, L. Bancio quería someter Nola al poder de Aníbal y mantenía al pretor muy preocupado con estos proyectos de cambio. Necesario era contenerle por medio de un castigo o ganarle con beneficios. Marcelo prefirió atraerse aquel hombre tan animoso y resuelto a privar de él solamente al enemigo. Hízole, pues, llamar, y hablándole con benevolencia, le dijo: "Que tenía muchos envidiosos entre sus conciudadanos, que fácilmente debía comprender que nadie de Nola había enterado al pretor de las numerosas hazañas con que se había ilustrado; pero que el valor de un hombre que había servido en los ejércitos romanos no podía quedar ignorado; que muchos compañeros de armas de Bancio habían dicho al pretor qué clase de hombre era, qué peligros había arrostrado muchas veces por la salvación y la gloria del pueblo romano, cómo en Cannas no había cesado de combatir hasta que casi agotada su sangre, quedó aplastado bajo la masa de hombres, caballos y armas que caían sobre él. ¡Valor, pues! añadió Marcelo: recibirás de mí toda clase de recompensas y honores, y cuando me conozcas mejor, verás cómo tu gloria y tu interés nada padecen". En seguida regaló al joven, a quien colmaban de alegría aquellas promesas, un caballo magnífico y quinientos bigatos que le entregó el cuestor, y además mandó a los lictores le permitiesen entrar siempre que lo deseara. De tal manera impresionó esta benevolencia de Marcelo el ánimo del orgulloso joven, que desde aquel momento no tuvo Roma aliado más animoso y fiel.

16. Aníbal estaba en las puertas (porque una vez apoderado de Nuceria, había regresado a Nola) y el pueblo pensaba nuevamente en la defección; entonces Marcelo, a la llegada del enemigo, se encerró en la ciudad, no porque temiese por su campamento, sino para no dar a los numerosos rebeldes que le acechaban ocasión de entregar a Nola. Muy pronto se formaron en batalla por ambas partes; los romanos al pie de las murallas de la ciudad; los cartagineses delante de su campamento: de manera que entre la ciudad y el campamento se libraron algunos combates cuyo resultado fue muy diferente. Los dos generales permitían gustosos estas escaramuzas, pero no daban la señal de batalla general. Mucho tiempo hacía que los dos ejércitos permanecían frente a frente, cuando los principales ciudadanos de Nola advirtieron a Marcelo que "durante la noche, gentes del pueblo tenían secretas relaciones con los cartagineses: que era cosa decidida que cuando el ejército romano saliese de la ciudad, saquearían sus bagajes, cerrarían las puertas y se apoderarían de las murallas, para que una vez dueño absoluto de la ciudad, pudiese el pueblo recibir a los cartagineses en vez de los romanos". Al recibir esta noticia, colmó de elogios Marcelo a los senadores, y antes de que estallase la sedición,

decidió intentar el éxito del combate. Divide su ejército en tres cuerpos, y les coloca en las tres puertas que miran al enemigo: manda que le sigan los bagajes y ordena que los siervos, los vivanderos y enfermos lleven las empalizadas. En la puerta del centro coloca lo más escogido de las legiones y los caballeros romanos; en las otras dos los nuevos reclutados, los soldados armados a la ligera y la caballería de los aliados. Prohíbe a los habitantes que se acerquen a las murallas y a las puertas; y por temor de que, una vez peleando las legiones, cayesen éstos sobre los bagajes, les hizo custodiar por tropas reservadas para este objeto. Dispuestos de esta manera, los romanos esperaron preparados detrás de las puertas. Aníbal, que había permanecido sobre las armas la mayor parte del día (como lo hacía algún tiempo ya), extrañó al principio que no saliese el ejército romano y que no se presentase sobre las murallas ningún soldado. Persuadido al fin de que habían sido descubiertas sus inteligencias con el pueblo y que el temor detenía a los romanos, envía al campamento una parte de las tropas, con orden de traer en seguida al frente del ejército todo lo necesario para un asalto, convencido de que si les estrechaba en aquel momento de vacilación, estallaría en la ciudad algún movimiento entre el pueblo. Cuando en la primera línea cada cual se apresura a ejecutar los movimientos ordenados por Aníbal, y el ejército avanza bajo las murallas, de pronto se abre una puerta: Marcelo manda tocar las trompas, a las tropas lanzar el grito y a los infantes y en seguida a la caballería que ataquen con todo el brío posible. Ya había producido confusión y miedo en el centro del ejército enemigo, cuando desde las puertas inmediatas se lanzan sobre las alas cartaginesas los dos legados P. Valerio Flaco y C. Aurelio. A este segundo ataque siguen los gritos de los siervos y vivanderos, y también los de las tropas encargadas de guardar los bagajes, de manera que los cartagineses, que despreciaban especialmente el corto número de los romanos, creyeron que tenían que habérselas con un ejército numeroso. No me atreveré a afirmar lo que dicen algunos autores, que el enemigo tuvo dos mil ochocientos hombres muertos y que los romanos solamente perdieron quinientos. Que esta victoria fuese más o menos grande, no por ello deja de ser cierto que la jornada consiguió grandísimo éxito, me atreveré a decir casi el más grande de toda la guerra; porque fue más difícil aquel día a los vencedores de Aníbal no quedar vencidos, que después vencerle».

2) Cuando los auxiliares galos de Amílcar, el general cartaginés, tenían el hábito de cruzar donde los romanos y ser recibidos por ellos con regularidad como aliados, Amílcar arregló que los más leales de sus hombres fingieran desertar, mientras realmente mataban a los romanos que salían para darles la bienvenida. Este ardid no fue simplemente de ayuda en ese momento para Amílcar, sino que hizo que desertores verdaderos fueran considerados en el futuro como objetos de sospecha a los ojos de los romanos.

Nota: *Años 260-241 a. de C.*

3) Hanón, comandante de los cartagineses en Sicilia, se enteró en una ocasión que aproximadamente cuatro mil mercenarios galos se habían confabulado para desertar de los romanos, porque durante varios meses no habían recibido paga alguna. No atreviéndose a castigarlos por miedo al motín, prometió hacer el pago diferido aumentando sus salarios. Cuando los galos dieron gracias por esto, Hanón, prometiendo que se les permitiría salir a buscar provisiones en un

tiempo apropiado, envió al cónsul Otacilio un administrador de extrema confianza, quién fingió haber desertado debido a la malversación, y quién le informó que durante la próxima noche, cuatro mil galos, enviados en una expedición a buscar provisiones, podrían ser capturados. Otacilio, no creyendo inmediatamente al desertor, ni pensando que la cuestión debía ser tratada con desdén, colocó a sus hombres elegidos emboscados. Éstos encontraron a los galos, quienes cumplieron el objetivo de Hanón de una doble manera, ya que ellos no sólo mataron a varios romanos, sino que fueron a su vez muertos hasta el último hombre.

Nota: Año 261 a. de C. Diodoro Sículo, 23:8: *«Hanón el antiguo, después de la toma de Agrigento por los Romanos, trajo de África a Sicilia, cincuenta mil hombres a pie, seis mil hombres de a caballo, y sesenta elefantes; según el informe del historiador Filino de Agrigento misma, Hannón abordó primero en Lilibea, pasó luego a Heraclea, y de allí le vinieron diputados que le ofrecieron Ernese. Hanón, con estas ventajas prosiguió la guerra contra los Romanos, perdió en dos combates 50.000 soldados de infantería, doscientos jinetes, e hicimos tres mil quinientos prisioneros de guerra, treinta de sus elefantes fueron muertos y otros tres heridos».*

4) Por un plan similar, Aníbal tomó venganza sobre ciertos desertores; siendo consciente que algunos de sus soldados habían desertado durante la noche anterior, y sabiendo que los espías del enemigo estaban en su campamento, proclamó en público que el nombre de «desertor» no debía ser aplicado a sus soldados más inteligentes, que a su orden habían salido para enterarse de los planes del enemigo. Los espías, tan pronto como oyeron esta declaración, lo relataron a su propio lado. Con eso los desertores fueron detenidos por los romanos y devueltos con sus manos cortadas.

5) Cuando Diodoto sostenía Anfípolis con una guarnición, y sospechaba de dos mil tracios, que parecían dispuestos a pillar la ciudad, inventó la historia que unos pocos barcos hostiles habían atracado en la orilla cercana y podían ser pillados. Cuando hubo incitado a los tracios con aquella perspectiva, los dejó salir. Entonces, cerrando las puertas, se negó a admitirlos otra vez.

Nota: Año 168 a. de C. En Livio 44:44, *el autor de la estratagema es llamado Diodoro: «De regreso a su campamento, la alegría del cónsul victorioso quedó turbada por las inquietudes que le causaba la ausencia de su hijo menor P. Escipión, a quien más adelante la destrucción de Cartago le valió el honor de que le llamasen el segundo Africano. Hijo del cónsul Paulo, pasó por adopción a ser nieto del primer Escipión el Africano. Tenía a la sazón este joven diez y siete años solamente, circunstancia que aumentaba los temores de su padre: arrebatado por el ardor de la persecución, le arrastró la multitud, y no regresó hasta muy tarde.*

Solamente entonces, al ver a su hijo sano y salvo, el cónsul saboreó toda la alegría de tan importante victoria. Cuando llegó a Amfípolis la noticia de la batalla, las señoras de la ciudad acudieron en tropel al templo de Diana Turopola para implorar la protección de la diosa. Entonces Diodoro, prefecto de Amfípolis, temiendo que los dos mil tracios de la

guarnición aprovecharan aquel tumulto para saquear la ciudad, hizo que le entregaran en la plaza pública cartas traídas por fingido mensajero que había ganado al efecto. Aquellas cartas decían "que los soldados de la flota romana acababan de desembarcar en la costa de la Emacia, que talaban los campos inmediatos y que el prefecto de la provincia pedía socorros contra los agresores". Después de la lectura, exhortó a los tracios "a que partiesen para defender la costa de la Emacia, diciéndoles que los romanos dispersos por los campos les ofrecían fácil victoria y rico botin". Al mismo tiempo declaró que no podía prestar fe a la noticia de la derrota, y que "si el hecho fuese cierto, lo hubiese confirmado la llegada de fugitivos". Con esta astucia consiguió que partiesen lostracios, y cuando supo que se encontraban al otro lado del Estrimón, mandó cerrar las puertas».

XVII. SOBRE SALIDAS

1) Cuando Asdrúbal fue a sitiar Panormus, los romanos, que estaban en posesión de la ciudad, colocaron a propósito un número escaso de defensores en las murallas. Despreciando su pequeño número, Asdrúbal incautamente se acercó a las murallas, momento en el cual los romanos hicieron una salida y lo mataron.

Nota: Año 251 a. de C. Polibio, 1:40: *«Asdrúbal, comandante de los cartagineses, testigo del espanto de los romanos en los campamentos anteriores, informado de que uno de los Cónsules había marchado a Italia con la mitad del ejército, y que Cecilio quedaba en Palermo con la parte restante para defender los frutos de los aliados, cuya cosecha estaba ya en sazón; Asdrúbal, digo, parte de Lilibea con su ejército y sienta sus reales sobre los límites del territorio de Palermo. Cecilio, que advirtió su confianza, retuvo sus tropas dentro de la ciudad, con vistas a provocar su audacia. Fiero el cartaginés de que en su concepto Cecilio no osaba hacerle frente, avanza temerario con todo el ejército, y desciende por unos desfiladeros al país de Palermo. El procónsul, no obstante la tala de frutos que el cartaginés hacía hasta la ciudad, permanecía firme en su resolución hasta ver si le incitaba a pasar el río que corre por delante. Pero cuando ya tuvo de esta parte los elefantes y el ejército, destaca al instante sus tropas ligeras para que los provoquen y se vean obligados a poner todo su campo en batalla. Al fin, cumplido su deseo, sitúa algunas tropas ligeras delante del muro y del foso, con orden de, si los elefantes se acercaban, dar sobre ellos una carga cerrada de saetas; y en caso de verse precisados, retirarse al foso, y desde allí volver a la carga contra los que se acercasen. Ordena después a los artesanos llevar dardos de la plaza y estar dispuestos en el exterior al pie del muro. Él con sus cohortes se aposta en la puerta opuesta al ala izquierda de los enemigos, para enviar continuamente socorros a sus ballesteros. Empeñada algo más la acción, los conductores de los elefantes, émulos de la gloria de Asdrúbal y deseosos de que a ellos se les atribuyese la victoria, avanzaron todos contra los primeros que peleaban, los pusieron fácilmente en huida y los persiguieron hasta el foso. Aproximáronse después los elefantes, pero heridos por los que disparaban desde el muro, y traspasados a golpe seguro con los continuos chuzos y lanzas de los que coronaban el foso, se enfurecen al fin acribillados de flechas y heridas, se vuelven y atacan a los suyos, atropellan y matan a los soldados, confunden y desordenan sus líneas. A la vista de esto,*

Cecilio saca rápidamente el ejército, da en flanco con sus tropas de refresco y coordinadas sobre el ala de los enemigos desorganizados, causa un grande daño en los contrarios, mata a muchos, y hace huir a los demás precipitadamente. Toma diez elefantes con sus indios, y se apodera de todos los demás que habían desmontado a sus conductores, rodeándolos la caballería después de la batalla. Acabada la acción, en general se confesaba que Roma era deudora a Cecilio de que sus tropas de tierra hubiesen recuperado el valor y hubiesen vindicado la campiña».

2) Cuando los ligurios con su toda su fuerza hizo un ataque por sorpresa contra el campo de Emilio Paulo, éste fingió temor y durante mucho tiempo conservó sus tropas en el campamento. Entonces, cuando el enemigo estaba agotado, haciendo una salida por las cuatro puertas, derrotó a los ligurios y los hizo prisioneros.

Nota: Año 181 a. de C. Livio, 40:25, 27-28: *«**25.** Mientras ocurrían estas cosas en Macedonia, L. Emilio Paulo, a quien se había prorrogado el mando como procónsul en los primeros días de la primavera, entró con su ejército por tierras de los ligurios ingaunos. En cuanto estableció su campamento en las fronteras, se le presentaron legados so pretexto de pedir la paz, pero en realidad para examinar sus fuerzas. Paulo Emilio contestó que no trataría con ellos si antes no se sometían, mostrándose los ligurios muy dispuestos a obedecer, pero pidiendo tiempo para hacer comprender la necesidad a sus agrestes compatriotas. Habiendo concedido diez días de tregua, le rogaron además que no enviase a sus soldados a recoger leña ni forraje más allá de las montañas inmediatas, so pretexto de que aquella parte del territorio estaba en pleno cultivo. También les concedió esto; y entonces reunieron todas sus fuerzas detrás de las montañas, de las que habían sabido separar a los romanos, cayeron repentinamente en masa sobre el campamento, atacando a la vez todas las puertas. En aquel asalto, que duró un día entero, desplegaron extraordinario vigor, no teniendo tiempo los romanos para salir de sus líneas, ni espacio para formarse en batalla; agolpándose desordenadamente en las puertas y defendiendo su campamento, más bien haciendo muralla con sus cuerpos que peleando. Al ponerse el sol se retiraron los enemigos. P. Emilio envió en seguida dos jinetes con un mensaje al cónsul Cn. Bebio, que se encontraba en Pisa, diciéndole que, sitiado en su campamento, merced a una tregua, necesitaba con urgencia socorros. Bebio había entregado su ejército al pretor M. Pinario que marchaba a Cerdeña; pero escribió al Senado para enterarle de la crítica posición de Emilio, y al mismo tiempo dirigió una carta a M. Claudio Marcelo, cuya provincia era la más cercana, invitándole a que pasase con su ejército de la Galia a la Liguria y libertase a Emilio, sitiado por el enemigo. Estos socorros tenían que llegar muy tarde. A la mañana siguiente comenzaron otra vez el ataque los ligurios: Emilio, que lo había previsto y que pudo formarse en batalla fuera de sus empalizadas, se mantuvo encerrado en el campamento para ganar tiempoy dejar que Bebio llegase de Pisa con su ejército.*

***27.** No viendo Emilio que llegaba socorro alguno y pensando que sus mensajeros habían sido detenidos, creyó que no debía esperar más tiempo para arriesgar un combate con sus solas fuerzas. Antes del regreso de los enemigos, cuyo ardor comenzaba a resfriar, formó su ejército en batalla, en las cuatro puertas del campamento, para que estuviese pronto a realizar una salida general a la primera señal. A las cuatro cohortes extraordinarias añadió otras dos y las puso a las órdenes de su legado M. Valerio, que*

debla salir por la puerta extraordinaria; colocó los hastatos de la primera legión en la puerta principal de la derecha, y detrás de ellos, como reserva, los príncipes de la misma legión, a las órdenes de los tribunos militares M. Servilio y L. Sulpicio. La tercera legión quedó enfrente de la puerta principal de la izquierda, con la sola diferencia de que los príncipes formaban la primera fila y los hastatos la reserva. Los tribunos militares Sexto Julio César y L. Aurelio Cotta mandaban aquella legión. El legado Q. Fulvio Flaco se situó con el ala derecha, delante de la puerta cuestoria. Dos cohortes y los triarios de las dos legiones quedaron para guardar el campamento. El general recorrió todas las puertas, arengando a los soldados y empleando, para inflamar su ardor, todos los medios que creía a propósito para excitar su cólera. En tanto acusaba a los ligurios de perfidia y les censuraba de no haber pedido la paz más que para venir, a favor de la tregua que habían conseguido y con desprecio del derecho de gentes, a asaltar el campamento romano; en tanto les representaba cuán vergonzoso era que un ejército romano se dejase sitiar por ligurios, que antes eran verdaderos bandidos que enemigos ordinarios. «¿Cómo os presentaréis, les decía, si no escapáis de este peligro más que por socorro extraño y no por vuestro valor, no diré a los soldados que vencieron a Aníbal, a Filipo y Antíoco, los generales más grandes y monarcas más poderosos de nuestro tiempo, sino a los que tantas veces derrotaron a estos mismos ligurios y los persiguieron por desfiladeros casi impracticables, cuando huían delante de ellos como tímidos rebaños? ¡Cómo! ¡Ni los españoles, ni los galos, ni los macedonios, ni los cartagineses se atrevieron jamás a acercarse a un campamento romano, y los ligurios pretenderían sitiarlo y procurarían tomarlo, cuando son tan cobardes que antes se ocultaron en bosques impenetrables, donde no pudimos encontrarles a pesar de todas nuestras pesquisas!» Los soldados contestaron con unánime clamor «que no podían censurarles, puesto que nadie les había dado la señal para hacer una salida. Que les mandasen salir y se vería que los romanos y los ligurios continuaban siendo lo que antes eran. **28**. *Los ligurios tenían dos campamentos a este lado de las montañas. En los primeros días salían, al aparecer el sol, todos juntos y en buen orden; pero ahora no tomaban las armas hasta después de saciarse de carne y de vino, saliendo por bandas y en desorden, persuadidos de que los romanos no se presentarían delante de sus parapetos. Los soldados de P. Emilio les dejaron avanzar en aquel desorden, y lanzando de pronto terrible grito, al que se unió el de los criados y servidores del ejército, cayeron sobre ellos por todas las puertas del campamento. No esperaban los ligurios aquella salida, y quedaron tan espantados como si hubiesen caído en una emboscada. Durante algunos momentos sostuvieron una apariencia de combate, pero muy pronto fue general la derrota, y los fugitivos quedaron destrozados. Entonces se mandó montar a la caballería romana y que no dejase escapar a ningún vencido, persiguiéndoles temblorosos y consternados hasta sus campamentos, de los que se apoderó. Los ligurios perdieren aquel día más de quince mil hombres y les hicieron dos mil quinientos prisioneros. Tres días después, toda la nación de los ingaunos entregó rehenes y se sometió. Buscóse a los pilotos y marineros que habían tripulado las naves piratas, y los aprisionaron. El duunviro C. Macieno se apoderó en la costa de la Liguria de treinta y dos naves piratas. L. Aurelio Cotta y C. Sulpicio Galo quedaron encargados de llevar estas noticias y una carta al Senado; y debían pedir permiso al mismo tiempo para que L. Emilio dejase su provincia, donde había terminado la guerra, trayendo con él su ejército, que seria licenciado. A las dos peticiones acudió el Senado y decretó tres días de acciones de gracias en todos los altares. El pretor Petilio licenció las legiones urbanas; Fabio envió su contingente a los aliados del nombre latino, y el pretor de Roma escribió a los*

cónsules que el Senado les invitaba a licenciar en seguida los soldados alistados apresuradamente en el momento del peligro».

3) Livio, comandante de los romanos, sosteniendo la ciudadela de los tarentinos, mandó enviados a Asdrúbal, solicitando el privilegio de retirarse sin ser molestado. Cuando por esta finta hizo que el enemigo aflojara su guardia, hizo una salida y los destrozó.

Nota: *Años 212 a 209 a. de C.*

4) Cneo Pompeyo, estando sitiado cerca de Dirraquio, no sólo liberó a sus propios hombres del bloqueo, sino que también hizo una salida en tiempo y lugar oportunos; ya que como César hacía un feroz asalto en una posición fortificada rodeada por una doble línea de obras, Pompeyo, por esta salida, lo envolvió de tal modo con un cordón de tropas que César pasó por graves peligros y pérdidas, tomado, como estaba, entre aquellos que él sitiaba y aquellos que lo habían rodeado desde el exterior.

Nota: Año 48 a. de C. Julio César, Las Guerras Civiles, 3:65-70: *«**LXV.** Ya los pompeyanos, después de una gran matanza de los nuestros, se iban acercando a las tiendas de Marcelino con no pequeño espanto de las demás cohortes, cuando Marco Antonio, alojado en el cuartel de los presidios más cercanos, sabido el caso, se veía bajar de lo alto con doce cohortes. Lo mismo fue llegar él, que reprimir su ardor los contrarios y empezar a cobrar espíritu los nuestros, volviendo en sí del susto. Poco después César, viendo el humo de los baluartes, seña en que habían convenido de antemano, con algunas cohortes destacadas de los presidios acudió allá también. Y advertido del daño, y juntamente que Pompeyo desamparando las trincheras ponía sus alojamientos a las orillas del mar, para lograr el paso libre así para el forraje como para la navegación; mudando de idea, ya que no salió bien la primera, mandó abrir sus trincheras junto a las de Pompeyo.*

LXVI. *Concluida la obra, observaron las atalayas de César que ciertas cohortes, que al parecer componían una legión, estaban detrás del bosque y de camino para los reales primeros. El sitio de los tales reales era éste: los días antes la nona legión apostada contra las tropas de Pompeyo, y fortificándose según lo dicho, pasa allí sus estancias; éstas venían a terminar en un bosque, y no distaban del mar más de cuatrocientos pasos. Después, mudando de idea por ciertos motivos, César los trasladó un poco más allá de aquel paraje, el cual, pasados algunos días, vino a ocuparle Pompeyo; y por cuanto aguardaban otras legiones, dejando dentro en pie este vallado, lo coronó por fuera con una cerca mucho más espaciosa, de suerte que los reales menores, engastados en los mayores, formaban una especie de fortaleza. Asimismo desde la esquina izquierda del bastión tiró una trinchera de cuatrocientos pasos hasta el río, a propósito de tener a mano y segura el agua. Verdad es que Pompeyo, por razones que no es menester referirlas, mudando de idea, abandonó aquel puesto. Así quedaron por muchos días vacíos aquellos reales. Con todo, las fortificaciones estaban en pie.*

LXVII. *Entrada aquí la legión con su bandera, dieron el aviso las atalayas a César. Eso*

mismo aseguraban haber visto de algunos baluartes más altos. Este sitio distaba media milla de los reales de Pompeyo. César, con la esperanza de sorprender esta legión, y el deseo de resarcir las pérdidas de aquel día, dejó en sus trincheras dos cohortes en ademán de continuar los trabajos, y él en persona, por un sendero, extraviado, con el mayor disimulo posible, divididas en dos columnas las otras treinta y tres cohortes entre los cuales iba la nona legión muy menoscabada por la muerte de tantos oficiales y soldados, movió hacia los reales menores al rastro de la legión de Pompeyo. Y no le salió fallida su esperanza, pues llegó primero que pudiese barruntarlo Pompeyo, y en medio de ser tan grandes las fortificaciones, dando prontamente el asalto con el ala izquierda, donde él se hallaba, barrió la trinchera. Estaban delante las puertas atravesados unos caballos de frisa; aquí fue preciso forcejear algún tanto porfiando los nuestros por romper y ellos oponiéndose a viva fuerza, defendiendo el puesto valerosísimamente Tito Pulción, el mismo que fue autor de la traición cometida contra el ejército de Cayo Antonio. Pero al fin los nuestros pudieron más; y hecho añicos el erizo, primero forzaron las trincheras y después la fortificación del centro, y porque la legión batida se había refugiado allí, mataron algunos que hacían resistencia.

LXVIII. *Mas la fortuna, que tiene muchísima mano en todo y más en la guerra, por motivos pequeños suele causar grandes revoluciones, como aquí se vio. Las cohortes del ala derecha de César, buscando la puerta, fueron siguiendo la línea de la trinchera, que se dijo arriba remataba en el río, persuadidos a que fuese la cerca de los reales. Cuando echaron de ver que terminaba en el río y nadie la guardaba, al instante la asaltaron y tras ella toda nuestra caballería.*

LXIX. *Después de largo rato que andaban en esto, Pompeyo avisado del hecho, destacó la quinta legión en ayuda de los suyos; y al mismo tiempo su caballería venía arrimándose a la nuestra, y los nuestros, que se habían apoderado de los reales, divisaban su infantería puesta en orden, con que al momento se trocaron las suertes. La legión de Pompeyo, animada con la esperanza de pronto socorro, se hacía fuerte en la puerta principal y aun revolvían con osadía contra los nuestros. Como la caballería de César iba entrando en las trincheras por un paraje angosto, mas segura de la retirada, tentaba la huida. El ala derecha, viéndose tan separada de la izquierda, observando el miedo de los caballos, para no ser oprimida, trataba de retirarse por donde acababa de introducirse; y los más de ellos, por librarse de las apreturas, se precipitaban del vallado que tenía diez pies de alto, y atropellando a los primeros por encima de sus cuerpos buscaban escape y salida. Los soldados de la izquierda, mirando por una parte la presencia de Pompeyo, y por otra la fuga de los suyos, temiendo no quedar acorralados con el enemigo por fuera y por dentro, solicitaban escapar por donde habían venido. Todo era confusión, terror y fuga; tal, que asiendo César con su mano los estandartes de los que huían y mandándoles parar, unos, apeándose de los caballos, proseguían su carrera, otros soltaban de miedo sus banderas, y ni uno siquiera se detenía.*

LXX. *En tan grande avenida de males, el no perecer todos estuvo en que quiso la fortuna que Pompeyo, receloso de asechanzas, estuvo algún tiempo sin atreverse a llegar a las trincheras; y es que, a mi ver, todo esto le cogía de nuevo, habiendo visto poco antes huir de los reales a los suyos, y su caballería, como el tropel de los nuestros tenía cegadas las puertas y desfiladeros, no podía romper para seguirlos. Tan grandes fueron los males y bienes que resultaron de muy pequeños principios; pues hallándose los nuestros*

dueños de los reales, la trinchera tirada desde éstos al río privó a César de la victoria segura y rodada, pero esto mismo dio la vida a los nuestros por haber retardado la celeridad de los enemigos en perseguirlos».

5) Flavio Fimbria, luchando en Asia cerca del río Rhyndacus contra el hijo de Mitrídates, construyó dos líneas de obras en sus flancos y una zanja en el frente, y mantuvo a sus soldados silenciosamente dentro de sus atrincheramientos, hasta que la caballería del enemigo pasó dentro de las porciones encajonadas de sus fortificaciones. Entonces, haciendo una salida, mató a seis mil de ellos.

Nota: Año 85 a. de C.

6) Cuando las fuerzas de Titurio Sabino y Cotta, los lugartenientes de César en la Galia, habían sido borradas por Ambiorix, César fue urgido por Quinto Cicerón, que también estaba bajo sitio, a venir con dos legiones en su ayuda. El enemigo entonces se volvió sobre César, quién fingió temor y mantuvo sus tropas dentro de su campamento, que él había construido deliberadamente en una escala más pequeña que la de costumbre. Los galos, contando ya con la victoria, y presionando hacia adelante como para saquear el campamento, comenzaron a llenar las zanjas y a derribar los terraplenes. César, por lo tanto, como los galos no estaban equipados para la batalla, envió adelante de repente a sus propias tropas de todos los sitios y destrozó al enemigo.

Nota: Año 54 a. de C. Julio César, Comentarios de la Guerra de las Galias, 5:37-52: *«**XXXVII.** Sabino, vuelto a los tribunos circunstantes y a los primeros centuriones, manda que le sigan, y llegando cerca de Ambiórige, intimándole rendir las armas, obedece, ordenando a los suyos que hagan lo mismo. Durante la conferencia, mientras se trata de las condiciones, y Ambiórige alarga de propósito la plática, cércanle poco a poco, y le matan. Entonces fue la grande algazara y el gritar descompasado a su usanza, apellidando victoria, echarse sobre los nuestros, y desordenarlos. Allí Lucio Cota pierde combatiendo la vida, con la mayor parte de los soldados; los demás se refugian a los reales de donde salieron, entre éstos Lucio Petrosidio, alférez mayor, que, siendo acosado de un gran tropel de enemigos, tiró dentro del vallado la insignia del águila, defendiendo a viva fuerza la entrada, hasta que cayó muerto. Los otros a duras penas sostuvieron el asalto hasta la noche, durante la cual todos, desesperados, se dieron a sí mismos la muerte. Los pocos que de la batalla se escaparon, metidos entre los bosques, por caminos extraviados, llegan a los cuarteles de Tito Labieno y le cuentan la tragedia.*

XXXVIII. *Engreído Ambiórige con esta victoria, marcha sin dilación con su caballería a los aduáticos, confinantes con su reino, sin parar día y noche, y manda que le siga la infantería. Incitados los aduáticos con la relación del hecho, al día siguiente pasa a los nervios, y los exhorta a que no pierdan la ocasión de asegurar para siempre su libertad y vengarse de los romanos por los ultrajes recibidos. Póneles delante la muerte de dos legados y la matanza de gran parte del ejército; ser muy fácil hacer lo mismo de la legión acuartelada con Cicerón, acogiéndola de sorpresa; él se ofrece por compañero de la empresa. No le fue muy dificultoso persuadir a los nervios. Así que, despachando al punto correos a los centrones, grudios, levacos, pleumosios y gordunos, que son todos*

dependientes suyos, hacen las mayores levas que pueden, y de improviso vuelan a los cuarteles de Cicerón, que aun no tenía noticia de la desgracia de Titurio, con que no pudo precaver el que algunos soldados, esparcidos por las selvas en busca de leña y fajina, no fuesen sorprendidos con la repentina llegada de los caballos. Rodeados ésos, una gran turba de eburones, aduáticos y nervios con todos sus aliados y dependientes empieza a batir la legión. Los nuestros a toda prisa toman las armas y montan las trincheras. Costó mucho sostenerse aquel día, porque los enemigos ponían toda su esperanza en la brevedad, confiando que, ganada esta victoria, para siempre quedarían vencedores. ***XL.*** *Cicerón al instante despacha cartas a César, ofreciendo grandes premios a los portadores, que son luego presos por estar tomadas todas las sendas. Por la noche, del maderaje acarreado para barrearse, levantan ciento y veinte torres con presteza increíble, y acaban de fortificar los reales. Los enemigos al otro día los asaltan con mayor golpe de gente y llenan el foso. Los nuestros resisten como el día precedente; y así prosiguen en los consecutivos, no cesando de trabajar noches enteras, hasta los enfermos y heridos. De noche se apresta todo lo necesario para la defensa del otro día. Se hace prevención de cantidad de varales tostados a raigón y de garrochones, fórmanse tablados en las torres, almenas y parapetos de zarzos entretejidos. El mismo Cicerón, siendo de complexión delicadísima, no reposaba un punto ni aun de noche; tanto que fue necesario que los soldados, con instancias y clamores, le obligasen a mirar por sí.*

XLI. *Entonces los jefes y personas de autoridad entre los nervios, que tenían alguna cabida y razón de amistad con Cicerón, dicen que quieren abocarse con él. Habida licencia, repiten la arenga de Ambiórige a Titurio: «estar armada toda la Galia: los germanos de esta parte del Rin: los cuarteles de César y de los otros, sitiados. Añaden lo de la muerte de Sabino. Ponente delante a Ambiórige, para que no dude de la verdad. Dicen ser gran desatino esperar socorro alguno de aquellos que no pueden valerse a sí mismos. Protestan, no obstante, que por el amor que tienen a Cicerón y al Pueblo Romano sólo se oponen a que inviernen dentro de su país, y que no quisieran se avezasen a eso; que por ellos bien pueden salir libres de los cuarteles, y marchar seguros a cualquiera otra parte». La única respuesta de Cicerón a todo esto fue: «no ser costumbre del Pueblo Romano recibir condiciones del enemigo armado. Si dejan las armas podrán servirse de su mediación y enviar embajadores a César, que, según es de benigno, espera lograrán lo que pidieren».*

XLII. *Los nervios, viendo frustradas sus ideas, cercan los reales con un bastión de once pies y su foso de quince. Habían aprendido esto de los nuestros con el trato de los años antecedentes, y no dejaban de tener soldados prisioneros que los instruyesen. Mas como carecían de las herramientas necesarias, les era forzoso cortar los céspedes con la espada, sacar la tierra con las manos y acarrearla en las haldas. De lo cual se puede colegir el gran gentío de los sitiadores, pues en menos de tres horas concluyeron una fortificación de diez millas de circuito; y los días siguientes, mediante la dirección de los mismos prisioneros, fueron levantando torres de altura igual a nuestras barreras, y fabricando guadañas y galápagos.*

XLIII. *Al día séptimo del cerco, soplando un viento recio, empezaron a tirar con hondas bodoques caldeados y dardos encendidos a las barracas, que al uso de la Galia eran pajizas. Prendió al momento en ellas el fuego, que con la violencia del viento se extendió por todos los reales. Los enemigos cargando con grande algaraza, como seguros ya de la*

victoria, van arrimando las torres y galápagos, y empiezan a escalar el vallado. Mas fue tanto el valor de los soldados, tal su intrepidez, que sintiéndose chamuscar por todos lados y oprimir de una horrible lluvia de saetas, viendo arder todos sus ajuares y alhajas, lejos de abandonar nadie su puesto, ni aun casi quien atrás mirase, antes por lo mismo peleaban todos con mayor brío y coraje. Penosísimo sin duda fue este día para los nuestros; bien que se consiguió hacer grande estrago en los enemigos, por estar apiñados al pie del vallado mismo, ni dar los últimos, lugar de retirarse a los primeros. Cediendo un tanto las llamas, como los enemigos arrimasen por cierta parte una torre hasta pegarla con las trincheras, los oficiales de la tercera cohorte hicieron lugar retirándose atrás, con todos los suyos, y con ademanes y voces empezaron a provocarlos a entrar, «si eran hombres»; pero nadie osó aventurarse. Entonces los romanos, arrojando piedras, los derrocaron y les quemaron la torre.

XLIV. *Había en esta legión dos centuriones muy valerosos, Tito Pulfion y Lucio Vareno, a punto de ser promovidos al primer grado. Andaban éstos en continuas competencias sobre quién debía ser preferido, y cada año, con la mayor emulación, se disputaban la precedencia. Pulfion, uno de los dos, en el mayor ardor del combate al borde de las trincheras: « ¿En qué piensas, dice, oh Vareno?, ¿o a cuándo aguardas a mostrar tu valentía? Este día decidirá nuestras competencias.» En diciendo esto, salta las barreras y embiste al enemigo por la parte más fuerte. No se queda atrás Vareno, sino que temiendo la censura de todos, síguele a corta distancia. Dispara Pulfion contra los enemigos su lanza, y pasa de parte a parte a uno que se adelantó de los enemigos; el cual herido y muerto, es amparado con los escudos de los suyos, y todos revuelven contra Pulfion cerrándole el paso. Atraviésanle la rodela, y queda clavado el estoque en el tahalí. Esta desgracia le paró de suerte la vaina que, por mucho que forcejaba, no podía sacar la espada, y en esta maniobra le cercan los enemigos. Acude a su defensa el competidor Vareno, y socórrele en el peligro, punto vuelve contra este otro el escuadrón sus tiros, dando a Pulfion por muerto de la estocada. Aquí Vareno, espada en mano, arrójase a ellos, bátese cuerpo a cuerpo, y matando a uno, hace retroceder a los demás. Yendo tras ellos con demasiado coraje, resbala cuesta abajo, y da consigo en tierra. Pulfion que lo vio rodeado de enemigos, corre a librarle, y al fin ambos, sanos y salvos, después de haber muerto a muchos, se restituyen a los reales cubiertos de gloría. Así la fortuna en la emulación y en la contienda guío a entrambos, defendiendo el un émulo la vida del otro, sin que pudiera decirse cuál de los dos mereciese en el valor la primacía.*

XLV*. Cuanto más se agravaba cada día la fiereza del asedio, principalmente por ser muy pocos los defensores, estando gran parte de los soldados postrados de las heridas, tanto más se repetían correos a César, de los cuales algunos eran cogidos y muertos a fuerza de tormentos a vista de los nuestros. Había en nuestro cuartel un hidalgo llamado Verticón, que había desertado al primer encuentro, y dado a Cicerón pruebas de su lealtad. Este tal persuade a un su esclavo, prometiéndole la libertad y grandes galardones, que lleve una carta a César. Él la acomoda en su lanza, y como galo, atravesando por entre los galos sin la menor sospecha, la pone al fin en manos de César, por donde vino a saber el peligro de Cicerón y de su legión.* ***XLVI.*** *Recibida esta carta a las once del día, despacha luego aviso al cuestor Marco Craso que tenía sus cuarteles en los belovacos, a distancia de veinticinco millas, mandándole que se ponga en camino a medianoche con su legión y venga a toda prisa. Pártese Craso al aviso. Envía otro al legado Cayo Fabio, que conduzca la suya a la frontera de Artois, por donde pensaba él*

hacer su marcha. Escribe a Labieno, que, si puede buenamente, se acerque con su legión a los nervios. No le pareció aguardar lo restante del ejército, por hallarse más distante. Saca de los cuarteles inmediatos hasta cuatrocientos caballos. ***XLVII.*** *A las tres de la mañana supo de los batidores la venida de Craso. Este día caminó veinte millas. Da el gobierno de Samarobriva con una legión a Craso, porque allí quedaba todo el bagaje, los rehenes, las escrituras públicas, y todo el trigo acopiado para el invierno. Fabio, conforme a la orden recibida, sin detenerse mucho, sale al encuentro en el camino. Labieno, entendida la muerte de Sabino y el destrozo de sus cohortes, viéndose rodeado de todas las tropas trevirenses, temeroso de que, si salía como huyendo de los cuarteles, no podía sostener la carga del enemigo, especialmente sabiendo que se mostraba orgulloso con la recién ganada victoria, responde a César, representando el gran riesgo que correrá la legión si se movía. Escríbele por menor lo acaecido en los eburones, y añade que a tres millas de su cuartel estaban acampados los trevirenses con toda la infantería y caballería.*

XLVIII. *César, pareciéndole bien esta resolución, dado que de tres legiones con que contaba se veía reducido a dos, sin embargo, en la presteza ponía todo el buen éxito. Entra, pues, a marchas forzadas por tierras de los nervios. Aquí le informan los prisioneros del estado de Cicerón y del aprieto en que se halla. Sin perder tiempo, con grandes promesas persuade a uno de la caballería galicana que lleve a Cicerón una carta. Iba ésta escrita en griego, con el fin de que, si la interceptaban los enemigos, no pudiesen entender nuestros designios; previénele, que si no puede dársela en su mano, la tire dentro del campo atada con la coleta de un dardo. El contenido era: «que presto le vería con sus legiones», animándole a perseverar en su primera constancia. El galo, temiendo ser descubierto, tira el dardo según la instrucción. Éste, por desgracia, quedó clavado en un cubo, sin advertirlo los nuestros por dos días. Al tercero reparó en él un soldado, que lo alcanzó, y trajo a Cicerón, quien después de leída, la publicó a todos, llenándolos de grandísimo consuelo. En eso se divisaban ya las humaredas a lo lejos, con que se aseguraron totalmente de la cercanía de las legiones.*

XLIX*. Los galos, sabida esta novedad por sus espías, levantan el cerco, y con todas sus tropas, que se componían de sesenta mil hombres, van sobre César. Cicerón, valiéndose de esta coyuntura, pide a Verticón, aquel galo arriba dicho, para remitir con él otra carta a César, encargándole haga el viaje con toda cautela y diligencia; decía en la carta, cómo los enemigos, alzando el sitio, habían revuelto contra él todas las tropas. Recibida esta carta cerca de la medianoche, la participa César a los suyos y los esfuerza para la pelea.*

Al día siguiente muy temprano mueve su campo, y a cuatro días de marcha descubre la gente del enemigo que asomaba por detrás de un valle y de un arroyo. Era cosa muy arriesgada combatir con tantos en paraje menos ventajoso; no obstante, certificado ya de que Cicerón estaba libre del asedio, y por tanto no era menester apresurarse, hizo alto, atrincherándose lo mejor que pudo, según la calidad del terreno; y aunque su ejército ocupaban bien poco, que apenas era de siete mil hombres, y ésos sin ningún equipaje, todavía lo reduce a menor espacio, estrechando Lodo lo posible las calles de entre las tiendas [101] con la mira de hacerse más y más despreciable al enemigo. Entre tanto despacha por todas partes batidores a descubrir el sendero más seguro por donde pasar aquel valle.

***L**. Este día, sin hacer más que tal cual ligera escaramuza de los caballos junto al arroyo, unos y otros se estuvieron quietos en sus puestos: los galos, porque aguardaban mayores refuerzos, que aun no se habían juntado; César, por si pudiese con muestras de temor atraer al enemigo a esta banda del valle, y darle la batalla sin mudar de terreno delante de las trincheras, donde no, sendereada la ruta, pasar el valle y el arroyo con menos riesgo. La mañana siguiente, la caballería enemiga se acerca a los reales, y trábase con la nuestra. César de intento la manda cejar y retirarse adentro, y manda juntamente alzar más la estacada, tapiar las puertas, y ejecutar todo esto con grandísimo atropellamiento y apariencias de miedo.*

***LI.** Cebados con eso los enemigos, pasan su ejército, y se apuestan en mal sitio; y viendo a los nuestros retirarse aun de las mismas barreras, dan un avance, y arrojando de todas partes dardos dentro de las trincheras, a voz de pregonero publican por todos los cantones: «que cualquiera sea galo, sea romano, tiene libertad antes de la hora tercia para pasarse a su campo; después de este plazo no habrá más recurso». Y llegó a tanto su menosprecio que, creyendo no poder forzar las puertas, tapiadas sólo en la apariencia con una somera capa de adobes, empezaron unos a querer aportillar el cercado con las manos, otros a llenar los fosos. Entonces César, abiertas todas las puertas, hace una salida y soltando a la caballería, al punto pone en fuga a los enemigos, de suerte que ni uno solo hizo la menor resistencia, con que mató a muchos de ellos y desarmó a todos.*

***LII.** No se atrevió a seguir el alcance por los bosques y pantanos intermedios, viendo que el sitio quedaba señalado con no pequeña pérdida del enemigo. En fin, sin daño alguno de sus tropas, el mismo día se juntó con Cicerón. Ve con asombro los torreones, galápagos y fortificaciones de los enemigos. Y hecha la revista de la legión, halla que ni de diez uno estaba sin herida, de lo cual infiere en qué conflicto se vieron y con qué valor se portaron. A Cicerón y a sus soldados hace los merecidos elogios; saluda por su nombre uno a uno a los centuriones y tribunos, de cuyo singular valor estaba bien informado por Cicerón. Cerciórase por los prisioneros de la desgracia de Sabino y Cota. El día inmediato, en presencia del ejército, la cuenta por extenso, consolando y animando a los soldados con decirles: que deben sufrir con paciencia este descalabro únicamente ocasionado por culpa y temeridad del comandante, ya que quedaba vengado por beneficio de los dioses inmortales y su propio valor, aguándoseles tan presto a los enemigos el gozo, como quedaba remediado para ellos el motivo de sentimiento».*

7) Cuando Titurio Sabino luchaba contra una gran fuerza de los galos, mantuvo a sus tropas dentro de sus fortificaciones, y así produjo sobre los galos la impresión de que estaba temeroso. Para favorecer esta impresión, envió a un desertor para declarar que el ejército romano estaba desesperado y planeaba huir. Espoleado por la esperanza de la victoria así ofrecida, los galos se cargaron con madera y malezas para llenar las trincheras, y a todo correr partieron para nuestro campamento, que estaba arnado en la cumbre de una elevación. Desde allí Titurio lanzó todas sus fuerzas contra ellos, matando a muchos de los galos y recibiendo a un gran número en rendición.

***Nota: Año 56 a. de C. Julio César, Comentarios de la Guerra de las Galias, 3:17-19:** «**XVII.** Mientras esto pasaba en Vannes. Quinto Titurio Sabino llegó con su*

destacamento a la frontera de los únelos, cuyo caudillo era Viridovige, como también de todas las comunidades alzadas, en donde había levantado un grueso ejército. Asimismo en este poco tiempo los aulercos, ebreusenses y lisienses, degollando a sus senadores porque se oponían a la guerra, cerraron las puertas y se ligaron con Viridovige juntamente con una gran chusma de bandoleros y salteadores que se les agregó de todas partes, los cuales, por la esperanza del pillaje y afición a la milicia, tenían horror al oficio y continuo trabajo de la labranza. Sabino, que se había acampado en lugar ventajoso para todo, no salía de las trincheras, dado que Viridovige, alojado a dos millas de distancia, sacando cada día sus tropas afuera, le presentaba la batalla, con que ya no sólo era despreciado Sabino de los contrarios, sino también zaherido de los nuestros. A tanto llegó la persuasión de su miedo, que ya los enemigos se arrimaban sin recelo a las trincheras. Hacía él esto por juzgar que un oficial subalterno no debía exponerse a pelear con tanta gente sino en sitio seguro, o con alguna buena ocasión, mayormente en ausencia del general.

XVIII. *Cuando andaba más válida esta opinión de su miedo, puso los ojos en cierto galo de las tropas auxiliares, hombre abonado y sagaz a quien con grandes premios y ofertas le persuade se pase a los enemigos, dándole sus instrucciones. Él, llegado como desertor al campo de los enemigos, les representa el miedo de los romanos; pondera cuan apretado se halla César de los vaneses; que a más tardar, levantando el campo Sabino secretamente la noche inmediata, iría a socorrerle. Lo mismo fue oír esto, que clamar todos a una voz que no era de perder tan buen lance, ser preciso ir contra ellos. Muchas razones los incitaban a eso: la irresolución de Sabino en los días antecedentes; el dicho del desertor; la escasez de bastimentos, de que por descuido estaban mal provistos; la esperanza de que venciesen los vaneses; y en fin, porque de ordinario los hombres creen fácilmente lo que desean. Movidos de esto, no dejan a Viridovige ni a los demás capitanes salir de la junta hasta darles licencia de tomar las armas e ir contra el enemigo. Conseguida, tan alegres como si ya tuviesen la victoria en las manos, cargados de faginas con que llenar los fosos de los romanos, van corriendo a los reales.*

XIX. *Estaba el campamento en un altozano que poco a poco se levantaba del llano, y a él vinieron apresuradamente corriendo casi una milla por quitarnos el tiempo de apercibirnos, si bien ellos llegaron jadeando. Sabino, animados los suyos, da la señal que tanto deseaban. Mandóles salir de rebato por dos puertas, estando aún los enemigos con las cargas a cuestas. La ventaja del sitio, la poca disciplina y mucho cansancio de los enemigos, el valor de los nuestros y su destreza adquirida en tantas batallas fueron causa de que los enemigos, sin resistir ni aun la primera carga nuestra, volviesen al instante las espaldas. Mas como iban tan desordenados, alcanzados de los nuestros que los perseguían con las fuerzas enteras, muchos quedaron muertos en el campo; los demás, fuera de algunos que lograron escaparse, perecieron en el alcance de la caballería. Con esto, al mismo tiempo que Sabino recibió la noticia de la batalla naval, la tuvo César de la victoria de Sabino, a quien luego se rindieron todos aquellos pueblos, porque los galos son tan briosos y arrojados para emprender guerras, como afeminados y mal sufridos en las desgracias».*

8) Cuando Pompeyo estaba a punto de asaltar la ciudad de Asculum, los habitantes exhibieron en los terraplenes a unos hombres ancianos y débiles. Habiendo relajado así los romanos su guardia, hicieron una salida y los

pusieron en fuga.

Nota: *Año 90 a. de C.*

9) Cuando los Numantinos fueron bloqueados, no prepararon ni una línea de batalla delante de las trincheras, pero se mantuvieron tan estrechamente dentro de la ciudad que Popilio Lenas se envalentonó como para atacarla con escaleras de asalto. Pero, sospechando una astucia, ya que ni siquiera entonces fue ofrecida resistencia alguna, reunió a sus hombres; con lo cual los Numantinos hicieron una salida y atacaron a los romanos por la retaguardia mientras bajaban.

Nota: Año 138 a. de C.

XVIII. ACERCA DE LA FIRMEZA POR PARTE DE LOS SITIADOS

1) Los romanos, cuando Aníbal estaba acampado cerca de sus muros, a fin de exponer su confianza, enviaron tropas afuera por una puerta diferente para reforzar a los ejércitos que tenían en España.

Nota: *Año 211 a. de C. Livio, 26:11: «A la mañana siguiente, habiendo cruzado el Anio, presentó Aníbal sus tropas formadas en batalla; Flaco y los cónsules aceptaron el combate. Frente a frente los ejércitos iban a librar una batalla cuyo premio hubiese sido Roma, cuando lluvia torrencial mezclada de granizo puso tal desorden en los dos bandos, que, pudiendo apenas mantener las armas, se retiraron a sus campamentos, sin haber cedido el campo por miedo unos ni otros. A la mañana siguiente los ejércitos avanzaron en batalla al mismo punto, separándoles igual tempestad; y en cuanto entraron en sus campamentos, restableciese instantáneamente el buen tiempo. Los cartagineses atribuyeron el prodigio a los dioses, y se oyó exclamar a Aníbal: "Que los dioses le negaban unas veces la voluntad y otras la facultad de apoderarse de la ciudad de Roma". Otras dos circunstancias, una -grave y otra ligera, disminuyeron también su esperanza. La primera, muy importante, fue la noticia que recibió Aníbal en el momento mismo en que acampaba bajo las murallas de Roma, que partían soldados romanos, con las enseñas al frente, para reforzar el ejército de España: la segunda tenía menos gravedad; supo por un prisionero que había sido vendido el terreno en que acampaba, sin que esta circunstancia hubiese disminuido su precio. Tanto le indignó el orgullo que revelaba el hecho de haber encontrado comprador en Roma el terreno de que la guerra le había hecho dueño, que, llamando en seguida a un pregonero, le mandó que anunciase la subasta de las joyerías que estaban entonces alrededor del Foro romano. Impulsado al fin por todas estas cosas, llevó su campamento a las orillas del río Tucia, a seis millas de Roma, dirigiéndose en seguida al bosque sagrado de Feronia, donde se encontraba un templo célebre entonces por su riqueza. Los capenatos, antiguos habitantes de aquellos parajes, llevando como ofrendas las primicias de los frutos de la tierra y otros presentes, habían acumulado allí mucho oro y plata. Aníbal despojó el templo de sus tesoros; y después de su marcha, se encontraron trozos de bronce, restos que, por temor religioso, abandonaron los soldados. Todos los escritores están de acuerdo acerca del despojo del templo. Según Celio, Aníbal, marchando sobre Roma, se separó de Ereto, para llegar allí,*

siguió su camino por Reata, Cutilia y Amiterno, pasó de la Campania al Samnio y de aquí al territorio de los pelignos. Dejando a su lado la ciudad de Sulmona en el territorio de los marrucinos, atravesó el de Alba entre los marsos, llegando en seguida a Amiterno y al pueblo de Fúrulos. En esto no hay error; las huellas de un ejército tan numeroso no podían confundirse en el recuerdo habiendo pasado tan poco tiempo; y es efectivamente cierto que Aníbal siguió este camino; lo único que queda por averiguar es si fue al marchar a Roma o al regresar a la Campania».

2) La tierra en la que Aníbal tenía su campamento, habiendo entrado en el mercado debido a la muerte del dueño, fue objeto de puja por los romanos hasta la cifra en la cual la propiedad se había vendido antes de la guerra.

3) Cuando los romanos fueron sitiados por Aníbal y asimismo sitiaban Capua, aprobaron un decreto para no convocar a su ejército del último lugar hasta que fuera capturado.

Nota: *Año 211 a. de C. Livio, 26:7-8: «7. Reconociendo Aníbal la imposibilidad de atraer a los romanos a otro combate, y de abrirse paso a Capua a través de su campamento; temiendo además que los nuevos cónsules le cortasen los víveres, resolvió abandonar una empresa inútil y levantar el campamento. Mientras meditaba hacia qué punto se dirigiría, repentina reflexión le hizo marchar sobre el mismo foco de la guerra, sobre Roma. Censurábanle haber dejado escapar, después de la batalla de Cannas, una ocasión ardientemente deseada y él mismo no ocultaba su falta. "A favor de un ataque imprevisto y del terror que causaría, podía esperar apoderarse de alguna parte de la ciudad; y si Roma estaba en peligro los dos generales romanos, o al menos uno de ellos, abandonarían en seguida a Capua; la división de sus tropas les debilitaría a los dos y le proporcionarían a el o a los campanios ocasión de derrotarlos". Un solo cuidado le inquietaba; su marcha podía ser la señal de la rendición de Capua. A fuerza de regalos, decidió a un númida a atreverse a todo, a encargarse de una carta, a entrar como desertor en el campamento romano y a penetrar en seguida secretamente en la ciudad.*

La carta era muy animadora: "Su retirada, exigida por la salvación misma de los capuanos, debía obligar a los generales romanos y a sus ejércitos a marchar a la defensa de Roma y abandonar el sitio de Capua. Si no perdían el valor, si resistían algunos días más, la ciudad se vería enteramente libre del bloqueo". En seguida se apoderó de las naves que se encontraban en el Volturno y las hizo remontar hasta el fuerte que había mandado construir para defender aquella posición. Viendo que había bastantes para que pasasen sus tropas en una noche, mandó preparar víveres para diez días, y durante la noche llevó las legiones a la orilla del río, que atravesó antes de amanecer

8. Antes de ejecutar este proyecto, los desertores enteraron de él a Fulvio Flaco, que escribió al Senado romano, y la noticia afectó a cada uno según su carácter. Lo crítico de la situación hizo que se convocase en seguida al Senado. P. Cornelio, denominado Asina, quería que se llamase de toda Italia a todos los jefes y todos los ejércitos, que se prescindiese de Capua y de todas las demás empresas para defender a Roma. Fabio Máximo contestó: "que levantar el sitio de Capua, temblar tanto al menor movimiento de Aníbal y preocuparse de aquella manera por sus marchas y contramarchas, le parecía vergonzoso. El vencedor de Cannas no se atrevió a marchar sobre Roma; rechazado hoy

delante de Capua, ¿habría concebido la esperanza de apoderarse de ella? No, no venía a poner sitio a Roma, sino que quería libertar a Capua. Roma debía encontrar defensores en el ejército que tenía en su recinto, en Júpiter, testigo de los tratados violados por Aníbal, y en los demás dioses". Siguiendo el término medio entre estas opuestas opiniones, venció la de P. Valerio Flaco, que conciliaba todos los intereses. Éste propuso "que se escribiera a los generales que se encontraban delante de Capua y les enterasen de las fuerzas que tenía Roma para su defensa; ellos sabían con cuántas trovas marchaba Aníbal y cuántas necesitaban para continuar el sitio. Si uno de los jefes podía separarse con parte de las legiones, dejando a su colega delante de Capua con fuerzas suficientes para reducirla, Claudio y Fulvio debían decidir juntos cuál de los dos había de continuar el sitio y cuál acudir a Roma para proteger la patria". A la recepción de este senatus-consulto, el cónsul Fulvio, a quien la herida de su compañero obligaba a marchar a Roma, eligió en los tres ejércitos quince mil infantes y mil jinetes y les hizo pasar el Volturno. Seguro allí de que Aníbal avanzaría por la vía Latina, tomó la vía Apia y envió mensajeros a las ciudades municipales inmediatas al camino, como Secia, Cora y Lanuvio, para que tuviesen víveres preparados y los hiciesen trasladar al camino desde los campos vecinos; además, cada ciudad debía reunir fuerzas para defenderse por si misma».

LIBRO IV

Teniendo reunidos, por extensa lectura, ejemplos de estratagemas, y habiendo ordenado éstos con no pequeños esfuerzos, a fin de cumplir la promesa de mis tres libros (si tan sólo la he cumplido), en el presente libro volcaré aquellos casos que parecen aparecer menos naturalmente conforme a la antigua clasificación (que estaba limitada a tipos especiales), y que son ilustraciones, mejor dicho, de la ciencia militar en general que de las estratagemas. En vista de que estos incidentes, aunque famosos, pertenecen a una materia diferente, les he dado tratamiento separado, por temor a que si alguna persona resultara que encontrara en la lectura algunos de ellos, podría ser inducida por el parecido a imaginar que estos ejemplos habían sido pasados por alto por mí. Como material suplementario, por supuesto, estos temas requieren tratamiento. Me empeñaré en observar las siguientes categorías:

I. Sobre la disciplina.

II. Sobre los efectos de la disciplina. III. Sobre la limitación y el desinterés. IV. Sobre la justicia.

V. Sobre la determinación (la voluntad de ganar).

VI. Sobre la buena voluntad y la moderación.

VII. Sobre varios axiomas y ardides.

I. SOBRE LA DISCIPLINA

1) Cuando el ejército romano se desmoralizó ante Numancia por la flojedad de sus anteriores comandantes, Publio Escipión lo reformó despidiendo a un enorme número de seguidores del campamento y por guiar a los soldados a un sentido de responsabilidad a través de la rutina cotidiana regular. Con motivo de las frecuentes marchas que les impuso, ordenó que llevaran raciones para varios días, bajo tales condiciones que se acostumbraron al frío y lluvia duraderos, y a vadear corrientes. A menudo el general les reprochaba con timidez e indolencia; a menudo rompía utensilios que servían sólo al objetivo de la autoindulgencia y que eran completamente innecesarios para hacer una campaña. Un caso notable de esta severidad ocurrió en caso del tribuno Cayo Memmio, a quien se dice que Escipión exclamó: "para mí usted no me será útil simplemente durante un cierto período; ¡a usted mismo y al estado para siempre!"

Nota: Año 134 a. de C. Valerio Máximo, 2:7 § 1: *«P. Cornelio Escipión, al que la destrucción de Cartago le valió el sobrenombre de su abuelo, había sido enviado a España en calidad de cónsul, para bajar el excesivo orgullo de Numancia debido a la*

culpa de los generales, sus predecesores. Al instante mismo de su entrada al campamento, dio orden de hacer desaparecer y apartar todo lo que servía de alimento para el placer. Hizo salir en consecuencia un número muy grande de traficantes y criados con dos mil prostitutas. Habiéndose desembarazado así de esta vil y vergonzosa pandilla, el ejército romano que hasta hace poco había temido la muerte al punto de deshonrarse por un tratado ignominioso, se levantó y reencontró su antiguo valor, destruyó por el fuego a la orgullosa y valiente Numancia, derribó las murallas y las arrasó hasta el suelo. Así, el abandono de la disciplina militar fue marcado por la deplorable capitulación de Mancino y el magnífico triunfo de Escipión fue el precio de su reanimación».

*Nota de **Bill Thayer** en su sitio de **Lacus Curtius**: Plutarco, Moralia, Dichos de los romanos, Escipión el Joven, 17: «Detectó en el equipaje transportado por las bestias de carga de Memmio, un tribuno militar, enfriadores de vino hechos con piedras preciosas, trabajo de Tericles, y le dijo: "Por tal conducta usted se ha hecho inútil para mí y para su país por 30 días, pero inútil para usted por el resto de su vida"».*

2) Quinto Metelo, en la Guerra Yugurtina, cuando la disciplina había caído de manera similar, la restauró con una severidad parecida, habiendo prohibido además a los soldados usar carne, excepto cuando estuviera cocido o hervida.

***Nota: Año 109 a. de C. Salustio, Yugurta, 45:** «Entre estos embarazos hallo yo a Metelo no menos prudente y grande que en lo más vivo de la guerra; tal fue su templanza entre la ambiciosa blandura y el rigor. Lo primero, pues, que hizo fue quitar cuanto podía fomentar la pereza y regalo, mandando «que nadie en los reales vendiese pan ni vianda alguna cocida; que los vivanderos no siguiesen al ejército; que el soldado raso, ni en el campo ni en la expedición tuviese esclavo o caballería; y en lo demás poniendo con grande arte las cosas en buen orden». Mudaba además de esto cada día la situación de los reales por varias travesías; fortificábalos con su valla y foso, como si estuviera a la vista el enemigo, ponía en ellos muy espesas centinelas, haciendo por sí mismo la ronda en compañía de los primeros oficiales. Hallábase unas veces en el frente del ejército, otras en la retaguardia; pero regularmente en el centro, a fin de que nadie se desordenase; y para que no se alejasen en las banderas, dispuso que los soldados llevasen consigo su comida y sus armas. De esta suerte, impidiendo los delitos más que castigándolos, logró restablecer en breve el ejército».*

*Nota de **Bill Thayer** en su sitio de **Lacus Curtius** : «Claramente se trata de una medida para proteger la salud de las tropas. Las únicas otras posibilidades eran asadas o a las brasas; y crudas. Tan poco probable como nos parece a civiles bien alimentados de hoy, Frontinus mismo cuenta de un caso en el cual las tropas se volvieron locas y se llenaron con carne cruda, o al menos muy soasado, con infelices resultados».*

3) Se dice que Pirro comentó a su oficial reclutador: ¡"Usted elija a los hombres grandes! Yo los haré bravos."

4) En el consulado de Lucio Paulo y Cayo Varro, obligaron por primera vez a los soldados a tomar el *ius iurandum*. Hasta aquel tiempo el *sacramentum* era el

juramento de lealtad administrado por los tribunos, pero ellos solían prometerse el uno al otro a no dejar la fuerza por huída, o en consecuencia, por miedo, y no dejar las filas excepto para buscar un arma, golpear a un enemigo, o salvar a un camarada.

Nota: *Año 216 a. de C. Hasta la batalla de Cannas, existían dos juramento militares, el* ***sacramentum****, que era compulsivo y era administrado por el cónsul cuando el soldado se enlistaba por primera vez, y el* ***ius iurandum****, un juramento voluntario tomado frente a un tribuno cuando los soldados eran asignados a divisiones separadas. En el 216 a. de C. los dos se unieron, y a partir de allí el* ***ius iurandum****, administrado por el tribuno militar, fue compulsivo;* ***Livio, 22:38:*** *«Hechas las levas, los cónsules esperaron durante gunos días la llegada de los auxiliares latinos. Entonces los tribunos militares, cosa que no se había exigido nunca, hicieron jurar a los soldados que acudirían a las órdenes de los cónsules y que no se alejarían jamás sin licencia. Antes solamente existía compromiso solemne; cuando formaban por decurias o centurias, los jinetes y los infantes en sus decurias o centurias juraban juntos y espontáneamente no huir ni temer y no abandonar su puesto sino para tomar o recoger un arma, herir a un enemigo o salvar un ciudadano: este pacto voluntario se convirtió en juramento legal, prestado en manos de los Tribunos. Antes de salir de Roma, pronunció Varrón delante del pueblo muchas arengas arrogantes, en las que decía muy alto "que los nobles habían atraído la guerra a Italia, que permanecería adherida a las entrañas de la república, si se tenían generales de la condición de Fabio; pero que él le pondría fin el primer día que viese al enemigo". Su colega Paulo Emilio solamente habló una vez, la víspera de su marcha, siendo su oración más sincera que agradable al pueblo. Sin embargo, sin pronunciar ni una palabra hostil contra Varrón, solamente mostró extrañeza de "que un general, antes de conocer su ejército, el del enemigo, la situación del terreno, la naturaleza del país, pudiese saber en el Foro lo que haría en el ejército, y hasta predecir el día en que libraría la batalla. Por su parte, sabiendo que las circunstancias imperan en los destinos de los hombres más que los hombres en las circunstancias, no tomaría de antemano ninguna resolución. Mucho deseaba que las operaciones, dirigidas con prudencia y tino, consiguieran buen éxito; pero que la temeridad, además de ser insensata, había sido desgraciada hasta entonces". Esto demostraba que Paulo Emilio estaba decidido a seguir los partidos seguros con preferencia a los rápidos. Sin embargo, para fortalecerle en sus buenos propositos, Q. Fabio, en el momento de su partida, según se dice, le dirigió este discurso».*

5) Escipión Africano, notando que el escudo de cierto soldado decorado de forma muy elaborada, dijo que a él no le sorprendió que el hombre lo hubiera adoptado con tal cuidado, viendo que ponía más confianza en él que en su espada.

Nota: Año 134 a. de C.Livio, 57: *«Escipión el Africano pone sitio a Numancia y restablece la disciplina militar más severa en el ejército, corrompido por la licencia y la ociosidad. Prohibe todo objeto de lujo y de placer y expulsa del campamento dos mil prostitutas: diariamente ocupa a los soldados en trabajos y les obliga a llevar siete estacas y víveres para treinta días. Un soldado llevaba la carga de mala gana. "Cuando sepas hacerte una barrera con tu espada - le dijo-, cesarás de llevar materiales de fortificación". Si uno manejaba fácilmente un escudo pequeño, le hacía llevar otro más*

grande; sin embargo, no le, reconvenía por servirse mejor del escudo que de la espada. Al sorprendido fuera de las filas se le azotaba con sarmientos si era romano, con palo si era extranjero. Rechaza frecuentemente con éxito las salidas del enemigo. Los vacenses, sitiados por todas partes, se matan sobre los cadáveres de sus esposas e hijos. Antíoco, rey de Siria, envía a Escipión magníficos regalos. En contra de la costumbre de otros generales, que recibían en secreto los regalos de los reyes, Escipión declara que los aceptará en su tribunal, y manda al cuestor que los anote en los registros públicos; de allí tomará para recompesar a los más valientes. Había conseguido encerrar a Numancia por tres lados y veía a los sitiados presa de hambre: entonces prohibió matar a los que saliesen a forrajear. "Cuanto mayor sea su número - dijo-, más pronto consumirán los víveres que les queden"

6) Cuando Filipo organizaba su primer ejército, prohibió a todos usar carros. A los soldados de caballería les permitió a cada uno tener solo un asistente. En la infantería autorizó un sólo criado cada diez hombres, que estaba destinado a llevar los molinos y las cuerdas. Cuando las tropas marchaban a cuarteles de verano, ordenaba que cada hombre cargara su harina sobre sus hombros para treinta días.

7) Con el objeto de limitar el número de los animales de carga, por los cuales la marcha del ejército era especialmente obstaculizada, Cayo Mario hacía que sus soldados abrocharan sus utensilios y alimento en bultos y colgaran éstos en postes bifurcados, para hacer la carga fácil y facilitar el descanso; de donde la expresión "las mulas de Mario."

8) Cuando Teágenes, el Ateniense, conducía sus tropas hacia Megara y sus hombres preguntaron en cuanto a su lugar en las filas, les dijo que adjudicaría sus sitios cuando llegaran a su destino. Entonces, envió en secreto a la caballería adelante y les ordenó, con aspecto de enemigos, volvieran atrás y atacaran a sus compañeros. Cuando este plan fue llevado adelante y los hombres que él tenía con él hicieron preparativos para un encuentro con el enemigo, permitió que la línea de batalla fuera preparada de modo tal que cualquier hombre tomara el lugar que deseara, los más cobardes retirados a la retaguardia, los más valientes corriendo al frente. Con eso él adjudicó a cada hombre, para la campaña, la misma posición en la cual lo había encontrado.

***Nota: Polieno, 5:28 § 1**, atribuye esta acción a Teognis. El mismo autor, en **3:9 § 10,** lo atribuye a Ifícrates: «A fin de acabar con disputas que se formaban en el ejército ateniense sobre las posiciones de batalla de compañías y unidades, Teognis envió un cuerpo de caballería y oficiales por la noche con órdenes de detenerse en una posición visible a poca distancia, donde ellos pudieran ser vistos por el ejército, y tomados por el enemigo. Cuando aparecieron en esa posición, Teognis, en una fingida prisa y confusión, ordenó que el ejército se formara inmediatamente, y que cada uno se acomodara en sus filas como si el enemigo estuviera realmente en armas y avanzando contra ellos. El miedo al ataque no dejó tiempo alguno para controversias, pero cada soldado se ubicó fácilmente en su vieja posición. Teognis les dijo entonces que los enemigos fingidos eran de hecho sus amigos y compañeros soldados. Pero, dijo, "no*

tengamos en el futuro más disputas sobre posiciones; cada uno de ustedes debe mantener su puesto, que ustedes ahora han tomado."».

9) Lisandro, el espartano, azotó una vez a un soldado que había dejado las filas mientras marchaba. Cuando el hombre dijo que él no había dejado la línea con el propósito de saquear, Lisandro replicó, "no lo miraré como si usted fuera a saquear."

10) Antígono, oyendo que su hijo se había alojado en la casa de una mujer que tenía tres hermosas hijas, dijo: "Oigo, hijo, que tu alojamiento es estrecho, debido al número de señoras responsables de tu casa. Consíguete cuartos más espaciosos." Habiéndole ordenado a su hijo mudarse, publicó un edicto que nadie con menos de cincuenta años debería tomar alojamiento con la madre de una familia.

Nota: Años 323 a 321 a. de C. Plutarco, Demetrio, 23: *«Llamaron a Demetrio los Atenienses con motivo de tenerles sitiada Casandro la ciudad, y acudiendo aquel con trescientas treinta naves y numerosa infantería, no sólo arrojó a Casandro del Ática, sino que, persiguiéndolo en su fuga hasta las Termópilas, consiguió de él una señalada victoria, y tomó a Heraclea, que voluntariamente se le entregó, habiéndosele asimismo pasado seis mil Macedonios. A la vuelta dio libertad a los griegos de la parte acá de las Termópilas, hizo alianza con los Beocios, tomó a Cencris, y habiendo reducido a File y a Panacto, presidios del Ática, guarnecidos entonces por Casandro, las restituyó a los Atenienses, los cuales, aunque habían estado antes excesivos con él, y parecían haber agotado todos los medios de obsequiarle y honrarle, todavía encontraron cómo parecer nuevos y recientes en sus adulaciones. Porque le señalaron para alojamiento el edificio que está a espaldas del templo de Atena, llamado Partenón, y allí estuvo habitando; diciéndose que era la diosa la que daba hospedaje a un huésped, a fe no muy modesto, ni de una conducta muy propia para que lo alojara una virgen; siendo así que su padre, habiendo sabido que Filipo, el hermano del mismo Demetrio, estaba en una ocasión alojado en una casa en que había tres mocitas, a él no le habló palabra; pero habiendo llamado al aposentador, le dijo en su presencia: "Oyes, ¿no sacarás a mi hijo de tan estrecho alojamiento?".».*

11) El cónsul Quinto Metelo, aunque no prevenido de la ley acerca de tener a su hijo con él como compañero de tienda regular, prefirió que sirviera en las filas.

Nota: Años 143 (?) 109 (?) a. de C. Salustio, La Guerra de Yugurta, 44:4, *dice que Metelo Numídico mantenía a su hijo consigo como compañero de tienda: «Viendo, pues, Mario que la respuesta del arúspice le conducía al término mismo de sus deseos, ruega a Metelo le dé licencia para pasar a Roma a su pretensión. Metelo, aunque tan virtuoso, ilustre y lleno de las más envidiables prendas, era, como de ordinario son los nobles, de un genio despreciador y altivo, y así alterado al principio por ver una cosa tan extraña, comenzó a maravillarse de su modo de pensar y a rogarle en tono de amigo «que no intentase una cosa tan fuera de camino, ni aspirase a lo que era sobre su esfera. Díjole que no era todo para todos, que se contentase con su suerte, y últimamente, que no se expusiese pidiendo al pueblo romano una cosa que, sin hacerle agravio, podría negarle.*

Pero viendo que ni éstas ni otras tales razones hacían mella en el ánimo de Mario, le respondió «que luego que lo permitiesen los negocios públicos, le daría el permiso que pedía, e importunándole aún Mario, cuentan que le añadió: que no se diese tanta prisa a marchar, que harto llegaría a tiempo de pedir el consulado, cuando lo pidiese también su hijo. Podría éste tener entonces veinte años y militaba a la sazón en el ejército, bajo el mando y disciplina de su padre. Esta respuesta inflamó vehementemente a Mario, ya para conseguir el honor a que aspiraba, ya especialmente contra Metelo, y así dejándose arrastrar de dos malísimos consejeros, la ambición y la ira, no ponía reparo en decir ni hacer cuanto creía conducente a sus designios. Tenía a los soldados de su cargo en los cuarteles de invierno con menos severa disciplina que hasta entonces; hablaba de la guerra entre los mercaderes, de que había gran muchedumbre en titica; zahiriendo a Metelo y ensalzándose a sí, decía: «que con la mitad del ejército tendría él dentro de pocos días a Jugurta en cadenas; que el general alargaba de propósito la guerra, porque como era hombre hueco y de un fausto casi real, estaba muy bien hallado con el mando. Todo esto como era según el paladar de los mercaderes (porque con haberse alargado la guerra, se habían arruinado sus caudales), se les hacía muy creíble; y para quien desea con ansia, no hay diligencia que baste».

12) El cónsul Publio Rutilio, aunque podía haber guardado según la ley a su hijo en su propia tienda de campaña, lo hizo soldado en la legión.

Nota: Año 105 a. de C. **13)** Marco Escauro prohibió a su hijo entrar en su presencia, ya que había retrocedido ante el enemigo en el Paso Tridentino. Abrumado por la vergüenza de esta desgracia, el joven cometió suicidio.

***Nota: Año 102 a. de C. Valerio Máximo, 5:8 § 4** : «M. Escauro, ornamento y gloria de la patria, sabiendo que los jinetes romanos, rechazados por los cimbrios cerca del Adigio, habían abandonado al procónsul Cátulo y proseguido, temblando, el camino de Roma, hizo decirle a su hijo, que había compartido ese espanto, que le hubiera gustado encontrarlo mejor expirando sobre el campo de batalla que verlo tan deshonrado por una huida ignominiosa; qué, si todavía le quedaba un sentimiento de honor, evitara la presencia de un padre del que había degenerado indignamente. Escauro, recordando su propia juventud, juzgaba lo que debía ser su hijo para merecer su estima o su reprobación. Esta misma orden alcanzó al muchacho, y lo redujo a dirigirse valientemente sobre él una espada de la que no había sabido hacer uso contra el enemigo.*

14) En la antigüedad los romanos y otros pueblos solían hacer sus campamentos como grupos de chozas púnicas, distribuyendo las tropas aquí y allí por cohortes, ya que los viejos no habían conocido muros excepto en el caso de ciudades. Pirro, rey de los Epirotas, fue el primero en inaugurar la costumbre de concentrar un ejército entero dentro de los alrededores de los mismos atrincheramientos. Más tarde los romanos, después de derrotar a Pirro en las Llanuras Arusianas cerca de la ciudad de Maleventum, capturaron su campamento, y, notando su plan, llegaron gradualmente al modelo que está en boga hasta el día de hoy.

***Nota: Livio, 35:14:** «Sulpicio, que se encontraba enfermo, quedó en Pérgamo; y Vilio,*

enterado de que Antíoco se ocupaba de la expedición a Pisidia, marchó a:Éfeso, dedicando los pocos días que pasó en esta ciudad a frecuentes entrevistas con Aníbal, que se encontraba entonces en ella. Quería sondear sus intenciones si era posible, y persuadirle de que nada tenía que temer de los romanos; pero las conferencias no tuvieron resultado, aunque produjeron el natural efecto, que pudo creerse preparado por el talento de Vilio, de disminuir la influencia de Aníbal con el rey y hacerle sospechoso en todo. Dice el historiador Claudio, fundándose en las memorias griegas de Acilio, que el Africano formaba parte de aquella legación y que conferenció con Aníbal en Éfeso; llegando a referir en estos términos una entrevista: "Habiéndole preguntado Escipión a quién consideraba como el general más grande, contestó el cartaginés que al rey de Macedonia, Alejandro, que, con un puñado de valientes, derrotó numerosos ejércitos y recorrió comarcas donde jamás había logrado penetrar el hombre." Preguntándole en seguida a quién colocaba en segundo lugar, contestó: "A Pirro, que fue el primero en enseñar el arte de los campamentos. Nadie supo elegir sus posiciones ni colocar sus tropas con más habilidad. Poseía además en tan alto grado el arte de ganarse las voluntades, que los pueblos italianos hubiesen preferido el dominio de aquel príncipe extranjero al de los romanos, que desde tanto tiempo mandaban como señores en Italia." "¿Y el tercero?" siguió preguntando. "Yo", contestó sin vacilar Aníbal. Entonces lanzó la carcajada Escipión, y añadió: "¿Qué dirías si me hubieses vencido?" "En ese caso me consideraría superior a Alejandro, a Pirro y a todos los demás generales." Escipión agradeció la lisonja que encerraba aquella contestación inesperada, tan conforme con el carácter cartaginés, porque le señalaba puesto especial entre los generales, como si no tuviese igual».

15) En un tiempo, cuando Publio Násica estaba en cuarteles de invierno, aunque él no tenía necesidad alguna de barcos, se determinó a construirlos, a fin de que sus tropas no se desmoralizaran por la ociosidad, o infligieran a daño a sus aliados a consecuencia de la licencia que resulta a partir del ocio.

Nota: Año 194-193 a. de C.

16) Marco Catón ha transmitido la historia que, cuando los soldados eran sorprendidos robando, sus manos derechas solían ser cortadas en presencia de sus compañeros; o si las autoridades deseaban imponer una condena más ligera, el delincuente era sangrado en el cuartel general.

Nota: Aulo Gelio, 10:8 § 1, *da una interesante conjetura acerca del origen de este segundo castigo: «De que la pérdida de sangre era una de las penas infamantes impuestas a los soldados: motivo de este castigo. Remonta a la antigüedad más lejana el uso de abrir una vena y sacar sangre a los soldados a quienes se quería imponer una pena infamante. No he encontrado la razón en los escritos antiguos que he podido consultar, pero creo que, al principio, no fue tanto castigo como remedio empleado con los soldados cuya inteligencia estaba embotada y entumida su actividad. Más adelante fue castigo la sangría; y se acostumbró penar con ella diferentes faltas, sin duda pensando que quien comete una falta está enfermo».*

17) El general espartano Clearco solía decir a sus tropas que debían temer más a

su comandante que al enemigo, significando que la muerte que ellos temían en batalla era dudosa, pero que la ejecución por deserción era segura.

Nota: Años 431 a 401 a. de C. *Jenofonte, Anábasis, 2:6: «Su temperamento militar se revelaba en la pasión que sentía por los peligros, en la energía con que marchaba contra el enemigo, lo mismo de día que de noche, y en la prudencia con que sabía salir de los peligros, según afirmaban todos cuantos estuvieron a su lado. También se reconocían sus cualidades para el mando, hasta donde era posible en un hombre de carácter como el suyo. Nadie sabía como él tomar las medidas convenientes para que su ejército no careciese de las cosas necesarias y predisponerlas acertadamente; nadie tampoco como él para imponer su autoridad a los que le rodeaban. Lo conseguía por su carácter duro y, además, por su aspecto, que infundía miedo, y su voz áspera. Siempre castigaba con severidad, algunas veces con cólera, hasta el punto de arrepentirse más tarde en ocasiones. Esta dureza era en él un principio, pues pensaba que un ejército sin disciplina no sirve para nada. Según contaban se le había oído decir que el soldado debía temer más al jefe que a los enemigos; sólo así podía conseguirse que vigilase atentamente, no saquease los países amigos y marchase intrépido contra el enemigo».*

18) A moción de Apio Claudio, el Senado degradó al estado de soldados de infantería a aquellos caballeros que habían sido capturados y después devueltos por Pirro, el rey de los Epirotas, mientras los soldados de infantería fueron degradados al estado de tropas con armamento ligero, habiendo sido ordenados todos a vivir en tiendas de campaña fuera de los fortalecimientos del campamento, hasta que cada hombre trajera los despojos de dos enemigos.

Nota: Año 279 a. de C. Valerio Máximo, 2:7 § 15: *«Pero ya es tiempo de hablar de las medidas tomadas, no por los generales individualmente, sino por el cuerpo entero del Senado, para mantener y defender la regla militar. L. Marcio, tribuno de legión, había recogido con un coraje admirable los restos dispersos de dos ejércitos, los de P. y de Cn. Escipión, destruidos en España por las fuerzas cartaginesas, y había recibido de los soldados el título de general. Escribiéndole al Senado para informarlo sobre estos hechos, comenzó su carta con estas palabras: «L. Marcio, propretor». Pero dándose este título, desagradó a los senadores, porque, en su espíritu, el nombramiento de los generales pertenecía regularmente al pueblo y no a los soldados. En una circunstancia tan desgraciada y tan crítica, después del desastre horrible sufrido por la república, hasta habría que haber halagado a un tribuno de legión, ya que sólo se había encontrado capaz de enderezar la situación de todo el estado. Pero ninguna desgracia, ningún servicio pudo prevalecer sobre la disciplina militar. Los senadores recordaban la valiente severidad desplegada por sus abuelos en la guerra de Tarento. En el curso de esta guerra, que había derribado y agotado las fuerzas de la república, Pirro les había devuelto espontáneamente un gran número de prisioneros romanos. Ellos decretaron que los que habían servido en la caballería, combatirían en las filas de la infantería y que los soldados de infantería pasarían al cuerpo de honderos auxiliares. Les prohibieron que se establecieran dentro del campamento, que fortificaran fosos o empalizadas en el lugar que les sería asignado fuera, y que tuvieran las tiendas cubiertas de pieles. La única forma que les dejaron a cada uno para reconquistar su antiguo rango en el ejército, era de traer los despojos de dos enemigos. Tal fue el efecto de estos castigos, que estos soldados deshonrados, pobres regalos de Pirro, se convirtieron en sus enemigos más*

temibles».

19) El cónsul Otacilio Craso ordenó que aquellos que habían sido obligado a pasar bajo el yugo por Aníbal y luego habían vuelto, que acamparan fuera de los atrincheramientos, a fin de que pudieran acostumbrarse a peligros estando sin defensas, y hacerse así más audaces en contra del enemigo.

Nota: *Manio Otacilio Craso fue cónsul entre los años 263 y 246 a. de C. Tito Otacilio Craso fue cónsul en el 261 a. de C.*

20) En el consulado de Publio Cornelio Násica y Décimo Junio, aquellos que habían desertado del ejército fueron condenados a ser azotados con varas en público y luego ser vendidos en esclavitud.

Nota: Año 138 a. de C. Livio, Epítome, 55: *«Los cónsules P. Cornelio Násica, aquel a quien el tribuno del pueblo Curiacio había denominado por burla Serapión, y D. Junio Bruto, proceden al levantamiento de tropas y dan en presencia de los alistados saludable ejemplo: C. Macieno, acusado ante el tribunal del pueblo de haber desertado del ejército de España y condenado, fue por largo rato azotado bajo la horca y en seguida vendido a vil precio».*

21) Domicio Corbulón, estando en Armenia, ordenó que dos escuadrones y tres cohortes, que habían cedido el paso ante el enemigo cerca de la fortaleza de Initia, acamparan fuera de los atrincheramientos, hasta que por trabajo sostenido e incursiones acertadas expiaran su desgracia.

Nota: Año 58-59. Tácito, Anales, 13:36: *«Entre tanto, Corbulón, habiendo tenido las legiones en los alojamientos hasta que entrase bien adelante la primavera, y puestas en lugares convenientes las cohortes auxiliares, les advirtió que en manera alguna fuesen ellos los primeros a trabar la batalla. El cuidado de gobernar estos presidios le dio a Pactio Orfito, que había sido primipilar. A éste, aunque había escrito al general que los bárbaros estaban desapercibidos y que se ofrecía buena ocasión de darles una mano, se Ie respondió que no saliese de sus fuertes hasta que le llegasen mayores fuerzas. Mas él, menospreciando este mandato, a la llegada de algunas pequeñas tropas de caballos venidos de los castillos circunvecinos que, poco experimentados, pedían la batalla, llegando a las manos fue roto. Y con su daño, atemorizados los que habían de socorrerle, se pusieron también en huida hasta sus alojamientos. Sintió mucho este suceso Corbulón, el cual, después de haber reprendido a Pactio, quiso que él, los prefectos y soldados todos alojasen fuera de los reparos, teniéndolos en aquella vergüenza hasta que los perdonó a ruego de todo el ejército».*

22) Cuando el cónsul Aurelio Cota, bajo necesidad apremiante, ordenó a los caballeros que participaran en un cierto trabajo y una parte de ellos desechó su autoridad, hizo una queja ante los censores e hizo degradar a los amotinados. Entonces, de los senadores se aseguró una promulgación que los atrasos de sus salarios no debían ser pagados. Los tribunos de la plebe llevaron también adelante un proyecto de ley con la gente en el mismo sentido, de modo que la

disciplina fue mantenida por la acción conjunta de todos.

Nota: Año 252 a. de C. Valerio Máximo, 2:9 § 7, *cita un caso similar de disciplina: «Una parte también del orden ecuestre, cuatrocientos jóvenes Romanos, tan considerables por la calidad como por el número, sufrieron sin murmurar la reprobación de los censores M. Valerio y P. Sempronio. Enviados para acabar trabajos de atrincheramientos en Sicilia, no habían tenido en cuenta esta orden. En consecuencia, los censores les quitaron el caballo que el Estado les proporcionaba y les rechazaron entre los ciudadanos de la última clase».*

23) Cuando Quinto Metelo Macedónico hacía una campaña en España, y en una ocasión cinco cohortes habían cedido el paso ante el enemigo, ordenó a los soldados que hicieran sus testamentos, y luego los volvió a enviar para recuperar la tierra perdida, amenazándoles que no serían recibidos en el campamento sino después de la victoria.

Nota: Año 143 a. de C. Valerio Máximo, 2:7 § 10: *«Q. Metelo no fue menos duro que Pisón. Al asunto de Contrebia, cinco cohortes, a quienes les había confiado la guardia de un puesto, habiéndose dejado desalojar por el enemigo, les ordenó regresar de allí al campamento. Él no contaba conque ellas pudieran recuperar la posición perdida, sino que quería que la falta cometida en el primer compromiso fuera castigada por el peligro evidente de un nuevo combate. Por su orden también, cualquiera que se escapara para recobrar el campo debía ser muerto como un enemigo. Bajo la coacción de este rigor, a pesar de su cansancio extremo, sin esperanza, por otra parte, de escapar de la muerte, ellos triunfaron a pesar de la desventaja de la posición, y del número de los enemigos. No hay pues nada que mejore la debilidad humana más eficazmente que la necesidad».*

24) El Senado ordenó que el cónsul Publio Valerio condujera el ejército, que había sido derrotado cerca del río Siris, a Saepinum, construir un campamento allí, y pasar el invierno bajo lonas.

Nota: *Año 280 a. de C. Publio Valerio Levino.*

25) Las legiones que habían rechazado servir en el la Guerra Púnica, fueron enviadas a una especie de destierro en Sicilia, y por voto del Senado fueron puestos a raciones de cebada durante siete años.

Nota: *En la Segunda Guerra Púnicas, después de Cannas.* ***Livio 24:18:*** *«No se llevaban las cosas de Roma con menos energía en el interior que en el exterior. No pudiendo los censores subastar trabajos públicos porque estaba agotado el Tesoro, emplearon toda su atención en corregir las costumbres y castigar los vicios nacidos de la guerra, como esas llagas que llenan el cuerpo después de larga enfermedad. Primeramente citaron ante su tribunal a los acusados de haber querido, después de la batalla de Cannas, abandonar la república y huir lejos de Italia. El primero de todos era L. Cecilio Metelo, cuestor entonces, quien recibió orden, como todos los acusados de la misma falta, de presentar su defensa. Como no pudieron justificarse, los censores*

declararon que habían pronunciado contra la república palabras y discursos ocasionados a formar una conjura para abandonar la Italia. Después fueron citados aquellos intérpretes tan astutos para librarse de la fe del juramento; aquellos prisioneros. que después de salir del campamento de Aníbal, volvieron furtivamente a el, creyéndose entonces libres del juramento que habían hecho de regresar a él. Éstos y los otros de que hemos hablado antes fueron privados de los caballos que les suministraba el Estado; trasladados de tribu quedaron como simples pecheros. No se limitaren las severas investigaciones de los censores a la conducta del Senado y de los caballeros; en los registros en que estaban inscritos los nombres de los jóvenes, tomaron los nombres de los que no habían servido en cuatro años, aunque no tuviesen legítima exención, ni enfermedad que alegar como excusa. Encontráronse más de dos mil, llevándoseles también entre los pecheros y arrojándoles de su tribu. A esta tacha de los censores que no fijaba ningún castigo se unió un senatus-consulto muy riguroso, disponiendo que todos los tachados por los censores servirían a pie e irían a Sicilia a reunirse con los restos del ejército de Cannas, cuyo tiempo de servicio no debía cesar hasta el día en que fuese arrojado de Italia el enemigo A causa del agotamiento del Tesoro, los censores no habían hecho contratas para el entretenimiento de lo edificios sagrados, ni para el suministro de los caballos curules, ni ninguna de estas cosas. Los que ordinaria mente se encargaban de estas contratas acudieron a ello invitándoles "a que obrasen en todo como si dispusieran de fondos del Tesoro, porque ninguno de ellos pediría dinero antes de que terminase la guerra." Poco después se reunieron los dueños de los manumitidos por T. Sempronio en Benevento; estos propietarios dijeron que los triunviros administradores de las rentas les habían llamado para que recibiesen el precio, pero que nada aceptarían antes de la terminación de la guerra. Por consecuencia de esta decisión de todo el pueblo para acudir en socorro del Tesoro agotado, lleváronse primeramente los fondos de los huérfanos, después los de las viudas, no creyendo los administradores que podían encontrar depósito más seguro y más sagrado que la fe pública. Si por los huérfanos o las viudas se compraba algo, el pretor lo anotaba en sus cuentas. Esta buena disposición de los particulares pasó de la ciudad a los campamentos. Los caballeros y los centuriones no querían sueldo, increpando con el nombre de mercenarios a los que lo recibían». La sustitución de las raciones de trigo por cebada era una forma común de castigo; ***Suetonio, Augusto, 24:*** *«Cambió muchas cosas y muchas otras estableció en la organización militar, poniendo en vigor otras relegadas ya de tiempo al olvido. Mantuvo con severidad la disciplina, y sólo permitió a sus legados que fuesen a ver a sus esposas en los meses de invierno, y aun esto con gran dificultad. A un caballero romano, por haber amputado el dedo pulgar a sus dos hijos para librarlos del servicio militar, hízolo vender en subasta con todos sus bienes; pero viendo que se apresuraban a comprarlo los asentistas públicos, lo hizo adjudicar a un liberto suyo, que tenía orden de llevarlo a los campos y dejarle libre. Licenció ignominiosamente a toda la décima legión, que sólo obedecía murmurando; y a otras que con tono imperioso pedían la licencia se la concedió, aunque sin las recompensas prometidas a sus largos servicios. Si alguna legión retrocedía, la diezmaba, dándole sólo cebada por toda comida. Castigó con la muerte como a simples soldados a centuriones que abandonaron sus puestos. En cuanto a los otros delitos, los castigaba con diferentes penas infamantes, como permanecer en pie todo el día delante de la tienda del general, o bien salir con túnica y sin cinturón, llevando en la mano una medida agraria o un puñado de césped».*

26) Como Cayo Ticio, comandante de una cohorte, había cedido el paso ante

algunos esclavos fugitivos, Lucio Pisón ordenó que estuviera de pie diariamente en la oficina central del campo, descalzo, con el cinturón de su toga cortado y su túnica suelta esperando que vinieran los vigilantes nocturnos. Ordenó también que el culpable renunciara a banquetes y baños.

Nota: Año 133 a. de C. Valerio Máximo, 2:7 § 9: *«El mismo rigor en Calpurnio Pisón. En la guerra que este cónsul hizo en Sicilia contra los esclavos fugitivos, C. Ticio, jefe de la caballería, se había dejado envolver por un gran número de enemigos y les había rendido las armas. He aquí las diversas suertes de deshonras que Calpurnio le infligió. Durante toda la campaña él lo hizo estar de la mañana a la noche delante de las tiendas del estado mayor vestido con una toga con los faldones desgarrados, una túnica sin cinturón y los pies desnudos. Defendió asimismo toda vida común con los hombres y el uso de los baños. En cuanto a los escuadrones que mandaba, los puso a pie y los incorporó a las alas del ejército con los honderos. Tan grande como fue la humillación a la patria, que fue vengada por igual humillación a los culpables. ¿Qué hizo en efecto Pisón? Estos hombres, por amor a la vida, habían permitido a esclavos fugitivos, cien veces dignos de la cruz, hacer trofeos de sus despojos y no habían enrojecido de dejar imponer por manos serviles en cabezas libres, un yugo ignominioso. Él les hizo saber un género amargo de vida y les redujo a desear en hombres de corazón una muerte que habían temido como mujeres».*

27) Sila ordenó a una cohorte y a sus centuriones, aunque sus defensas había roto el enemigo, estar de pie continuamente en la oficina central, llevando puesto cascos y sin uniformes.

28) Cuando Domicio Corbulón hacía una campaña en Armenia, cierto Emilio Rufo, un prefecto de caballería, cedió el paso ante el enemigo. Descubriendo que Rufo había mantenido a su escuadrón inadecuadamente equipado con armas, Corbulón dio órdenes a los lictores que quitaran la ropa de su espalda, y ordenó que el culpable estuviera de pie en la oficina central en esta impropia situación hasta que fuera liberado.

Nota: *Año 58-59 de nuestra era.*

9) Cuando Atilio Régulo cruzaba del Samnio a Luceria y sus tropas retrocedieron ante el enemigo que habían encontrado, Régulo bloqueó su retroceso con una cohorte, mientras huían, y ordenaron que fueran cortados a pedazos como desertores.

Nota: *Año 294 a. de C.*

0) El cónsul Cota, estando en Sicilia, azotó a cierto Valerio, un tribuno militar noble perteneciente a la gens Valeria.

Nota: *Año 252 a. de C.*

31) El mismo Cota, estando por cruzar a Messana para tomar nuevamente los

auspicios, colocó como responsable del bloqueo de las Islas Lipari a Publio Aurelio, que estaba relacionado con él por lazos de sangre. Pero cuando la línea de obras de Aurelio fue quemada y su campamento capturado, Cota lo hizo azotar con varas y ordenó que fuera reducido a las filas y realizara tareas de un soldado común.

Nota: *Año 252 a. de C. Valerio Máximo 2:7 § 4: «El cónsul C. Cota, al punto de ir a Mesina, para retomar allí los auspicios, confió a su hijo Aurelio Pecuniola la conducción del sitio de Lipari. A su vuelta, a pesar de los lazos de sangre, le hizo azotar con varas y le obligó a servir como soldado simple en la infantería, por su falta, haber dejado quemar una terraza de aproximación y estado a punto de dejarse tomar el campamento».*

32) El censor Quinto Fulvio Flaco removió del Senado a su propio hermano M. Fulvio, porque éste, sin la orden del cónsul, había disuelto la legión en la cual él era tribuno de los soldados.

Nota: Año 174 a. de C. Livio, 40:41: *«Los dos cónsules entraron en Liguria por diferentes lados. Postumio, al frente de las legiones primera y tercera, se apoderó de los montes Balista y Suismoncio, cuyos desfiladeros cerró con cuerpos de tropas, interceptó de esta manera todos los convoyes, y redujo a los ligurios por medio de todo género de privaciones. Fulvio partió para Pisa con las legiones segunda y cuarta, atacó a los apuanos, recibió la sumisión de aquellos ligurios que habitaban en las orillas del Macra y mandó embarcarlos en número de siete mil y trasladarlos a Nápoles, siguiendo las costas del mar Trirreno. Desde. allí les llevaron al Samnio y les distribuyeron tierras en medio de sus compatriotas. En cuanto a los ligurios de las montañas, A. Postumio mandó talar sus viñedos y quemar sus cosechas hasta que todos aquellos desastres les obligaron a rendirse y entregar las armas. Postumio se embarcó en seguida para visitar la costa de los ingaunos y de los intemelianos. Antes de que estos cónsules se incorporasen al ejército reunido en Pisa, encontrábase bajo las órdenes de A. Postumio y de M. Fulvio Nobílior, hermano de Q. Fulvio. Nobílior era tribuno militar de la segunda legión, y durante aquellos dos meses de mando licenció la legión, después de hacer jurar a los centuriones que restituirían su sueldo al Tesoro por medio de los cuestores. Habiendo recibido Aulo esta noticia en Placencia, adonde le había llevado la casualidad, acudió con un grupo de caballería ligera sobre las huellas de los licenciados, castigó a cuantos pudo alcanzar y los llevó de nuevo a Pisa. En cuanto a los demás, limitóse a notificar al cónsul lo sucedido. A propuesta de este magistrado, un senatus-consulto relegó a M. Fulvio a España, más allá de Cartagena, encargándole el cónsul una carta para Manlio, que mandaba en la ulterior. Los soldados recibieron orden para incorporarse a sus enseñas, y para castigarles se decretó que solamente cobrarían aquel año seis meses de sueldo. El cónsul quedó autorizado para vender todos los refractarios y confiscar sus bienes».*

33) En una ocasión cuando Marco Catón, que se había demorado durante varios días en una orilla hostil, pudo al final zarpar, después de dar tres veces la señal de partida, y cierto soldado, que había sido dejado atrás, con gritos y gestos de la tierra, pidió ser recogido, Catón hizo retornar a toda su flota a la orilla, detuvo al hombre, y mandó que fuera ejecutado, prefiriendo así hacer un

ejemplo del compañero, que hacerlo matar ignominiosamente por el enemigo.

34) En el caso de aquellos que abandonaron sus lugares en las filas, Apio Claudio designó por el azar a uno de cada diez hombres y lo hizo apalear hasta morir.

Nota: Año 471 a. de C. Livio 2:59: *«Nada de esto ignoraban los volscos, quienes por lo mismo estrechaban vivamente al ejército romano, esperando que opondría a Apio la resistencia que antes desplegó contra Fabio. Pero la sublevación contra Apio fue mucho más violenta. El ejército de Fabio se limitó a no querer triunfar; el de Apio quiso ser vencido. Apenas formado en batalla, emprende vergonzosamente la fuga y vuelve al campamento; solamente se detiene al ver a los volscos dirigirse a las trincheras, después de hacer espantosa matanza en la retaguardia. Entonces forman empeño en combatir para rechazar al enemigo fuera de las empalizadas; pero era evidente que no habían, querido otra cosa sino impedirle que se apoderase del campamento. Por lo demás, se regocijan de su derrota y de su vergüenza. El ánimo altivo del cónsul no se quebrantó: quería desplegar mayor severidad aún, y reúne el ejército; pero los legados y los tribunos acuden a él, y le aconsejan "que no ponga por más tiempo a prueba una autoridad que recibe toda su fuerza del consentimiento de los que obedecen; los soldados - decían - se niegan generalmente a acudir a la asamblea; óyense algunas voces pidiendo el levantamiento del campo y la salida del territorio de los volscos; acababa de verse al enemigo victorioso avanzar hasta las puertas y las empalizadas. No estaban limitados a sencillas sospechas del mal; se tenían pruebas evidentes," El cónsul cede al fin, puesto que de este modo los culpables no conseguirían otra cosa que un aplazamiento; revoca la orden de asamblea y manda anunciar la marcha para el día siguiente. Al romper el día dan las bocinas la señal, y en el momento en que el ejército se despliega fuera del campamento, los volscos, como llamados por las bocinas, caen sobre la retaguardia. El desorden gana la cabeza de las columnas; las filas y los cuerpos se confunden; no se oyen las voces de mando; no pueden formarse en batalla: ninguno piensa en otra cosa que en huir, y todo el ejército desbandado escapa entre montones de armas y de cadáveres, y tal es el terror, que el enemigo se cansa de perseguir, antes que los romanos de huir. Al fin consigue el cónsul reunir los desparramados restos de sus soldados, que en vano ha perseguido para detenerlos en su fuga, v va a acampar fuera del territorio enemigo. Allí forma el ejército; se encoleriza con razón contra unos soldados que han hecho traición cobardemente a la disciplina militar, abandonando las águilas, y pregunta a cada hombre desarmado qué ha hecho de sus armas, a cada signífero qué ha hecho de su insignia. Los centuriones y duplicarios que han abandonado las filas son azotados con las varas y decapitados; el resto del ejército es diezmado, designando la suerte las víctimas».*

35) En el caso de dos legiones que habían flaqueado ante el enemigo, el cónsul Fabio Rulo eligió a varios hombres al azar y los decapitó a la vista de sus camaradas.

36) Aquilio decapitó a tres hombres de cada una de las centurias cuya posición había sido quebrada por el enemigo.

37) Marco Antonio, cuando fue incendiada su línea de obras por el enemigo, diezmó a los soldados de dos cohortes de aquellos que estaban en las obras, y castigó a los centuriones de cada cohorte. Además de esto, despidió al oficial al mando caído en desgracia, y ordenó que el resto de la legión fuera alimentado con raciones de cebada.

Nota: *Año 36 a. de C. Plutarco, Antonio, 39: «Mortificó este suceso, como era indispensable, a todo el ejército de Antonio, por haber sufrido tan inesperado descalabro, y Artavasdes, rey de Armenia, abandonando el partido de los Romanos, se retiró con sus tropas, a pesar de que había sido el principal instigador de aquella guerra. Acudieron con intrepidez los Partos contra los sitiadores, haciéndoles injuriosas amenazas, y no queriendo Antonio que estando el ejército en inacción prendiera y se aumentara en él el desaliento, tomó diez legiones, tres cohortes pretorias de infantería y todos los caballos, y marchó con estas tropas a acopiar víveres, pensando que así atraería mejor a los enemigos y vendrían a una batalla campal. Había hecho un día de marcha, y viendo que los Partos le iban alrededor, buscando el caer sobre él en el camino, puso en el campamento la señal de batalla, y levantando después las tiendas, como si no hubiera de pelear, pasó por delante de la hueste de los bárbaros, que estaba formada en media luna, dando la orden de que cuando se viera que los más avanzados de los enemigos estaban al alcance de los legionarios, les diera una carga de caballería. A los Partos, que se mantenían a distancia, les pareció superior a todo elogio la formación de los Romanos, y observaban atentos cómo iban pasando con ciertos claros compasados, sin desorden y en silencio, blandiendo las lanzas. Dada la señal, acometió con algazara la caballería; los Partos se defendieron en sus puestos, aunque desde luego estuvieron al alcance de los dardos; mas cuando acometió la infantería, espantados los caballos de los Partos con sus gritos y el estruendo de las armas, y asustados también estos mismos, dieron a huir antes de venir a las manos. Siguióles Antonio el alcance concibiendo esperanza cierta de que con aquella batalla, o se daba fin a la guerra, o se estaba cerca de él; pero cuando, después de haberlos perseguido los infantes por espacio de cincuenta estadios y la caballería por tres tantos más, se halló, al hacer el recuento de los muertos y cautivos, que éstos no eran más que treinta y aquellos no pasaban tampoco de ochenta, fue grande la incertidumbre y desaliento en que cayeron, al hacer la triste reflexión de que, si vencían, no acababan sino con un número muy corto, y si eran vencidos, tenían una pérdida tan terrible como la que tuvieron en la acción en que perdieron los carros. Movieron al día siguiente para volver al sitio y campamento delante de Fraata; y al principio dieron en el camino con unos cuantos enemigos, después con muchos más, y por fin con todos, que como invictos y con nuevas fuerzas los provocaban e intentaban acometerles por todas partes; tanto, que no sin gran dificultad y trabajo pudieron llegar salvos al campamento; y como los Medos de adentro hubiesen hecho una salida contra las trincheras y hubiesen infundido terror en las avanzadas, irritado Antonio recurrió a la pena de diezmar a los que se habían manifestado cobardes, porque, formándolos por decenas, de cada una pasó por las armas al que le tocó la suerte, y a los que quedaron mandó que, en lugar de trigo, les distribuyeran cebada».*

38) La legión que había saqueado la ciudad de Rhegium sin las órdenes de su comandante, fue castigada como sigue: cuatro mil hombres fueron puestos bajo guardia y ejecutados. Además el Senado por decreto convirtió en delito sepultar a cualquiera de éstos o permitirse luto por ellos.

Nota: *Cuando Pirro estaba en el sur de Italia, la población de Rhegium acudió a Roma por ayuda y los romanos enviaron una guarnición de 4.000 soldados, enrolados entre los colonos latinos de Campania. En el 279 a. de C. estas tropas capturaron el pueblo, mataron o expulsaron a los habitantes masculinos y tomaron posesión de las mujeres y niños.* ***Polibio, 1:7:*** *«Por el mismo tiempo en que Pirro disponía pasar Italia los de Regio, atemorizados por una parte con su venida, y temiendo por otra a los cartagineses, señores entonces del mar, imploraron la protección y auxilio de los romanos. Introducidos en la ciudad cuatro mil de éstos al mando de Decio Campano, la custodiaron fielmente por algún tiempo, y observaron sus pactos; pero al cabo, provocados del ejemplo de los mamertinos, y tomándolos por auxiliares, faltaron a la fe con los de Regio, llevados de la bella situación de la ciudad, y codiciosos de las fortunas de sus particulares. Consiguientemente, a imitación de los campanios, echan a unos, degüellan a otros, y se apoderan de la ciudad. Mucho sintieron los romanos esta perfidia; pero no pudieron por entonces manifestar su resentimiento, a causa de hallarse ocupados con las guerras de que arriba hicimos mención. Mas luego que se desembarazaron de éstas, pusieron sitio a Regio, como hemos dicho. La ciudad fue tomada, y en el mismo acto de asaltarla pasan a cuchillo la mayor parte de estos traidores, que se defendían con intrepidez, previendo la suerte que les esperaba. Los restantes, que ascendían a más de trescientos, hechos prisioneros, los envían a Roma, donde conducidos por los pretores a la plaza, son azotados y degollados todos, según su costumbre; castigo que, los romanos creyeron necesario para restablecer, cuanto estaba de su parte, la buena fe entre sus aliados. La ciudad y su territorio fue restituida al punto a los de Regio».*

39) El dictador Lucio Papirio Cursor exigió que Fabio Rulo, su jefe de caballeros, fuera azotado, y estuvo a punto de degollarlo, porque se había comprometido en batalla contra sus órdenes - con éxito además. Incluso ante los esfuerzos y pedidos de los soldados, Papirio rehusó renunciar a su objetivo de castigo, en ese momento siguiendo a Rulo, cuando él escapó buscando refugio en Roma, y ni aún así abandonó sus amenazas de ejecución hasta que Fabio y su padre cayeron de rodillas ante Papirio, y el Senado y la gente igualmente participaron en su petición.

Nota: *Año 325 a. de C. Valerio Máximo, 2:7 § 8: «Hay que poner en el mismo rango el ejemplo que sigue. Con desprecio a las órdenes del dictador Papirio, Q. Fabio Ruliano, jefe de los caballeros, había librado batalla, y aunque no había vuelto al campamento sino sólo después de haber derrotado a los Samnitas, sin embargo, sin considerar ni su valor, ni su victoria, ni su nobleza, el dictador, después de haber hecho preparar las varas, le hizo arrancar sus trajes. ¡Vimos - cual espectáculo sorprendente! a Ruliano, un jefe de caballeros, un vencedor, los vestidos en jirones y el cuerpo desnudo, preparado para ser desgarrado por las varas de los lictores. Las heridas que había recibido en el combate iban a reabrirse bajo las varas y su sangre salpicaría los títulos de honor que recordaban su reciente y tan bella victoria. Entonces el ejército se echó a suplicar al dictador y proporcionó así a Fabio la ocasión de refugiarse en Roma. Pero fue en vano que implorara el apoyo del senado. Papirio no dejó de persistir en reclamar su castigo. También, el padre de Fabio se vio reducido, a pesar de su dictadura y sus tres consulados, a apelar al pueblo y a pedir suplicando la intercesión de los tribunos en*

favor de su hijo. Este mismo medio no pudo doblegar la severidad de Papirio. Pero, como todos los ciudadanos y los tribunos mismos le pedían la gracia del culpable, declaró que no se la concedía a Fabio, sino al pueblo romano y al poder tribunalicio».

40) Manlio, a quien el nombre "Imperiosus" le fue dado después, hizo azotar a su propio hijo y lo degolló a la vista del ejército, porque, aunque salió victorioso, había trabado batalla con el enemigo contrariamente a las órdenes de su padre.

Nota: *Año 340 a. de C. El padre, Tito Manlio Torcuato, era el hijo de Lucio Manlio, dictador en el 363 a. de C, quién también recibió el cognomen de «Imperiosus» en relación a su severidad.* ***Livio, 8:7:*** *«La casualidad hizo que entre los prefectos de la caballería enviados para practicar reconocimientos en todos sentidos se encontrase T. Manlio, hijo del cónsul, que con sus soldados rebasó el campamento de los enemigos, de tal suerte, que se encontró a menos de tiro de flecha de la primera guardia, compuesta de jinetes tusculanos y mandada por Gemino Mecio, distinguido entre los suyos por su nacimiento y su valor. En cuanto éste vio a los jinetes romanos y reconoció a su frente al hijo del cónsul (porque todos se conocían, especialmente las personas ilustres), exclamó: ",Acaso venís los romanos con una turma sola a hacer la guerra a los latinos y sus aliados? ¿Qué van a hacer entre tanto vuestros cónsules y vuestros dos ejércitos consulares?" "Vendrán en cuanto convenga, contestó Manlio, y con ellos vendrá también Júpiter, testigo de los tratados que habéis violado, y él es el más fuerte y poderoso. Si en el lago Regilo combatimos hasta saciarnos, aquí procuraremos quitaros el deseo de mediros con nosotros." Al oír esto, avanzando un poco Gemino el caballo delante de los suyos, dijo: "Quieres tú, mientras llega la hora en que vuestros ejércitos despliegan tan grandes esfuerzos, medirte conmigo, para que por el resultado de nuestro combate pueda comprenderse desde este momento cuán superior es el caballero latino al romano?" Conmovióse profundamente el carácter altivo del joven, y fuese por ira, por vergüenza de rehusar el combate, o bien por fuerza invencible del destino, olvidó la autoridad de su padre y los edictos del cónsul, precipitándose ciegamente a un combate en el que importaba poco fuese vencedor o vencido. Los demás jinetes se alinearon como para presenciar el espectáculo, y en el espacio que quedó libre los dos campeones lanzaron sus caballos uno contra otro, atacándose lanza en mano. La de Manlio resbaló sobre el casco de su adversario, y la de Mecio rozó el cuello del caballo de Manlio. Entonces hicieron dar media vuelta a los caballos, y Manlio el primero se alzó para descargar el segundo golpe clavando la lanza entre las orejas al caballo de su enemigo; al sentirse herido el animal se encabritó, sacudiendo violentamente la cabeza, y derribó al jinete; y en el momento en que éste, apoyándose en la lanza y el escudo, se levanta de su fuerte caída, Manlio le clava la suya en la garganta, le atraviesa los costados y le clava en el suelo. Recoge en seguida los despojos del enemigo, vuelve a los suyos, y con ellos profundamente regocijados, entra en el campamento, dirigiéndose en seguida a la tienda de su padre, sin pensar en lo que había hecho, ni en lo que podía resultar; sin reflexionar siquiera si merecía alabanza o castigo. "Con objeto de demostrar a todos, padre mío, dijo, que pertenezco a tu sangre, te traigo los despojos de un caballero que me ha retado y a quien he dado la muerte." En cuanto el cónsul hubo escuchado a su hijo, apartando de él los ojos, mandó tocar la bocina para reunir el ejército; y en cuanto la asamblea fue bastante numerosa, dijo: "Puesto que tú, sin respetar la autoridad consular y la majestad paterna, contra nuestra prohibición y fuera de las filas has combatido con un*

enemigo; puesto que, en cuanto de ti ha dependido, has infringido la disciplina militar, que hasta hoy ha sido la salvaguardia de Roma, y me has puesto en la necesidad de perder el recuerdo de la república o de mí mismo y de los míos, soportemos la pena de nuestro delito, antes que hacer expiar con mayores daños nuestras faltas a la república. El ejemplo que vamos a dar es muy triste para nosotros, pero saludable para la juventud venidera. Verdad es que mi natural cariño a mis hijos, y también esta primera prueba de tu valor, cegado por vana imagen de gloria, me hablan en favor tuyo; pero como tu muerte va a sancionar las órdenes consulares, o tu impunidad a abrogarlas para siempre, creo que no rehusarás, por poca sangre mía que tengas, restablecer con tu suplicio la disciplina militar, destruida por tu falta. Avanza lictor, átale al poste." Esta terrible orden consternó al ejército; cada uno creyó ver el hacha levantada sobre su cabeza, y más por temor que por falta de compasión permanecieron inmóviles. Pero cuando después de algunos momentos de sombrío silencio, la vista de aquella cabeza que caía, de aquella sangre que brotaba, arrancó a la multitud de su estupor, dio libre curso a sus quejas y dolorosos gritos, no omitiendo lamentos ni imprecaciones. Cubrieron el cadáver del joven con los despojos del enemigo que mató, y con todo el aparato que podía permitir una solemnidad militar lo quemaron en una pira fuera de las empalizadas. La sentencia de Manlio no debe ser horrorosa para su siglo solamente, sino que debe dejar triste recuerdo en la posteridad».

41) El joven Manlio, cuando el ejército se disponía a amotinarse en su nombre contra su padre, dijo que nadie tenía tal importancia como para que la disciplina fuera destruida a su cuenta, y así indujo a sus compañeros a soportar el ser castigados.

42) Quinto Fabio cortaba la mano derecha de los desertores.

Nota: Años 142 a 140 a. de C. Quinto Fabio Máximo Serviliano. Valerio Máximo 2:7 § 11 *: «En la misma provincia, donde él quería domar y reducir el orgullo de una nación muy valiente, Q. Fabio Máximo debió ejercer violencia a pesar de su carácter naturalmente propenso a la dulzura y renunciar un tiempo a la clemencia para desplegar una severidad cruel. A todos los tránsfugas que habían huido de las guarniciones romanas y habían sido recuperados, les hizo cortar las manos, con el fin de que la vista de sus brazos mutilados hiciera temblar a otros ante la idea de la deserción. Así sus manos rebeldes separadas de sus cuerpos y esparcidas sobre el suelo ensangrentado sirvieron de ejemplo para desviar la misma falta al resto del ejército».*

43) Cuando el cónsul Cayo Curión hacía una campaña cerca de Dirraquio en la guerra contra los dardanios, y una de las cinco legiones, habiéndose amotinado, había rechazado prestar servicio y había declarado que no seguiría bajo su mando imprudente en una empresa difícil y peligrosa, él condujo cuatro legiones en armas y les ordenó que tomaran su lugar en las filas con sus armas desenvainadas, como si estuvieran en batalla. Entonces mandó que la legión amotinada avanzara sin armas, y obligó a sus miembros a desnudarse para trabajar y que cortaran paja bajo la vigilancia de guardias armados. Al día siguiente, del mismo modo, los obligó a desnudarse y excavar zanjas, y por ningún ruego de la legión pudo ser inducido a renunciar a su objetivo de retirar

sus estandartes, aboliendo su nombre, y distribuyendo a sus miembros para llenar otras legiones.

Nota: *Los dardanios era una de las principales tribus de Iliria sometida por los romanos.* ***Según Livio, 92, 95, Curión fue procónsul cuando llevó adelante su campaña en el 75 a. de C.:*** *«92. Pompeyo combate con Sertorio, pero la victoria queda indecisa, porque por cada lado consigue un ala la ventaja. Q. Metelo derrota los dos ejércitos de Sertorio y de Perpena: Pompeyo quiere tener parte en esta victoria, pero no le favorece la fortuna. Sitiado en seguida Sertorio en Clunia, con sus frecuentes salidas ocasiona grandes pérdidas a los sitiadores. Expedición del procónsul Curión a Tracia contra los dardanios. Numerosos actos de crueldad de Sertorio con los suyos. Acusa de traición y condena a muerte a muchos amigos suyos y compañeros de proscripción.*

95. *El procónsul C. Curión subyuga a los dardanios en la Tracia. En Capua, setenta y cuatro gladiadores pertenecientes a un tal Léntulo huyen, y reuniendo multitud de esclavos libres o encarcelados, entran en campaña a las órdenes de Crixo y Espartacoy derrotan en un combate al legado Claudio Pulquer y al pretor P. Varinio. El procónsul L. Lúculo destruye por el hierro y el hambre el ejército de Mitrídates, cerca de la ciudad de Cirico. Arrojado el rey de la Bithinia, sufre varias derrotas y naufragios, viéndose obligado a huir al Ponto».*

44) En el consulado de Quinto Fulvio y Apio Claudio, los soldados, que después de la batalla de Cannas habían sido desterrados a Sicilia por el Senado, presentaron una solicitud al cónsul Marcelo para ser conducidos a luchar. Marcelo consultó al Senado, el que declaró que no era de su placer confiar que el bienestar público quedara en manos de aquellos que se habían demostrado desleales. Sin embargo, autorizaron a Marcelo a hacer lo que a él le pareciera mejor, a condición de que ninguno de los soldados fuera relevado del deber, honrado con un regalo o recompensa, o conducido a Italia, mientras hubiera algún cartaginés en el país.

Nota: Año 212 a. de C. Marcelo era procónsul, no cónsul. Plutarco, Marcelo, 13: *«Nombrado Marcelo cónsul por tercera vez, se embarcó para la Sicilia a causa de que los prósperos sucesos de Aníbal habían vuelto a despertar en los Cartagineses el deseo de recobrar aquella isla, con la oportunidad también de andar alborotados los de Siracusa, después de la muerte de Jerónimo, su tirano; los Romanos, por los mismos motivos, habían también enviado antes algunas fuerzas al mando de Apio. Al encargarse de ellas Marcelo, se le presentaron muchos Romanos, que se hallaban en la aflicción siguiente: de los que en Canas pelearon contra Aníbal, unos huyeron y otros fueron cautivados, en tal número, que pareció no haber quedado a los Romanos quien pudiera defender las murallas, y con todo conservaron tal entereza y magnitud, que, restituyéndoles Aníbal los cautivos por muy corto rescate, no los quisieron recibir, sino que antes los desecharon, no haciendo caso de que a unos les dieran muerte y a otros los vendieran fuera de Italia, y a los que volvieron de su fuga, que fueron muchos, los hicieron marchar a la Sicilia, bajo la condición de no volver a Italia mientras se pelease contra Aníbal. Éstos, pues, se presentaron en gran número a Marcelo, y echándose por tierra le pedían con gritería y lágrimas que los admitiese en el ejército, prometiéndole que harían*

ver con obras haber sufrido aquella derrota, más por desgracia que no por cobardía. Compadecido Marcelo, escribió al Senado pidiéndole el permiso para completar con ellos las bajas del ejército. Disputóse sobre ella en el Senado, y su dictamen fue que los Romanos, para las cosas de la república, ninguna necesidad tenían de hombres cobardes; con todo, que si Marcelo quería servirse de ellos, a ninguno se habían de dar las coronas y premios que los generales conceden al valor. Esta resolución fue muy sensible a Marcelo, y cuando después de la guerra de Sicilia volvió a Roma, se quejó al Senado de que en recompensa de sus grandes servicios no le hubiesen permitido mejorar la mala suerte de tantos ciudadanos».

45) Marco Salinator, siendo ex-cónsul, fue condenado por el pueblo por no haber dividido el botín en forma igualitaria entre sus soldados.

Nota: Año 218 a. de C. Livio, 27:34: *«Preguntábanse los senadores sobre quiénes recaería la elección: entre los candidatos había uno que fijaba todas las miradas, C. Claudio Nerón, a quien se buscaba un colega: reconocíanse las excelentes cualidades de Nerón, pero se le creía demasiado fogoso, excesivamente emprendedor para una guerra como la que se hacía entonces y para un adversario como Aníbal, considerándose necesario moderar su ardor dándole un colega que reuniese tranquilidad y prudencia. Este hombre era M. Livio Muchos años antes, al salir del consulado, le condenó un juicio del pueblo, afrenta que le agrió hasta el punto de retirarse al campo, viviendo mucho tiempo lejos de la ciudad y de los hombres. Cerca de ocho años después de su condenación, los cónsules M. Claudio Marcelo y M. Valerio Levino le decidieron a volver a Roma; pero el desorden de su traje, la longitud de su barba y su cabellera, todo en su persona y aspecto revelaba el resentimiento profundo que había conservado de su mancha. Los censores L. Veturio y P. Licinio le obligaron a afeitarse, a dejar aquellas ropas de luto, a presentarse en el Senado y cumplir sus demás funciones públicas. Pero hasta en esto daba su opinión con una palabra o votaba sin hablar. Sin embargo, al tratarse al fin un asunto en que mediaba el honor de un pariente suyo, M. Livio Mecato, levantóse y tomó la palabra en pleno Senado. Aquel discurso; que pronunciaba después de tantos años de silencio, atrajo sobre él todas las miradas y dio lugar a muchas reflexiones: "El pueblo -decían- se mostró injusto con él, y los intereses de la república sufrieron mucho por haberse privado en una guerra tan terrible de los servicios y consejos de un varón como aquel. No podia tener por colega C. Nerón ni a Q. Fabio ni a M. Valerio Levino: la elección de dos patricios sería ilegal. Igual dificultad existía para T. Manlio: además, había rehusado y rechazaría otra vez; mientras que Livio y Nerón serian dos colegas perfectamente aptos el uno para el otro." El pueblo no rechazó esta proposición cuya iniciativa tuvo el Senado; y en toda la ciudad, solamente aquel sobre quien recaía el honor lo rechazaba, tachando a los romanos de inconstancia: "No se habían compadecido de él cuando, acusado por ellos, vistió luto, y ahora le ofrecían, a pesar suyo, la blanca toga del candidato, acumulando sobre la misma cabeza honores y manchas. Si a sus ojos era hombre honrado, ¿por qué condenarle como mal ciudadano, como culpable? Si era culpable, por qué, después de la primera prueba tan deplorable, le confiaban por segunda vez el consulado?" A estas reconvenciones, a estas quejas, el Senado oponía fuertes observaciones: "También Camilo - decían-, vuelto del destierro, trajo los romanos a las murallas de Roma, de las que habían sido arrojados. La cólera de la patria era como la de un padre: con paciencia y sumisión quedaba desarmada." M. Livio cedió al fin a tantas instancias, y fue nombrado cónsul con C. Claudio».*

46) Cuando el cónsul Quinto Petilio había fue muerto en batalla con los ligurios, el Senado decretó que aquella legión en cuyas filas el cónsul había sido muerto fuera, en conjunto, reportada como «deficiente» (2); que la paga de su año fuera retenida, y sus salarios reducidos.

Nota: año 176 a. de C. Livio, 41:18: *«Durante la celebración de aquel triunfo sobre los ligurios, enterados éstos de que el ejército consular había regresado a Roma y que Ti. Claudio hasta había licenciado su legión en Pisa, libres de todo temor, pusiéronse secretamente de acuerdo para reunir un ejército, cruzaron los montes por senderos de travesía, bajaron a la llanura, devastaron el territorio de Módena, y gracias a la rapidez de su ataque, hasta se apoderaron de la colonia. Cuando llegó la noticia a Roma, el Senado ordenó al cónsul C. Claudio que celebrase los comicios cuanto antes, y una vez elegidos los magistrados para el año siguiente, que regresase a su provincia y recobrase la colonia. En conformidad con lo dispuesto por el Senado, se celebraron los comicios, siendo nombrados cónsules C. Cornelio Escipión Hispalo y Q. Petilio L Spurino. En seguida fueron nombrados pretores M. Popilio Lena, P. Licinio Craso, M. Cornelio Escipión, L. Papirio Maso, M. Aburio y L. Aquilino Galo. Al cónsul C. Claudio se prorrogó por un año en su mando y provincia de la Galia; y para impedir a los istrios que incitasen a los ligurios, tuvo que enviar a Istria los aliados latinos que había retirado de la provincia con ocasión de su triunfo. Cuando el día en que tomaron posesión de su cargo los cónsules C. Cornelio y Q.Petilio, sacrificaron a Júpiter, según costumbre, un buey cada uno, la víctima que inmoló Petilio presentó el hígado sin cabeza, de lo que dio cuenta al Senado, mandándole éste que completase el sacrificio. Consultado en seguida acerca de la distribución de provincias, el Senado asignó por decreto Pisa y los ligurios a los dos cónsules. Aquel a quien la suerte concediese Pisa, cuando llegase la época de la renovación de los magistrados debería regresar para los comicios. Disponía también el decreto que alistasen dos legiones nuevas y trescientos jinetes y que pidiesen a los aliados latinos diez mil hombres de infantería y seiscientos de caballería. A T. Claudio prorrogó el mando hasta el momento en que el cónsul llegase a su provincia».*

*. **Nota: (2)** En el original latino el término usado es «infrequens», que técnicamente se aplicaba a los soldados que estaban ausentes o eran irregulares en la atención de sus obligaciones*

II. SOBRE LOS EFECTOS DE LA DISCIPLINA.

1) Cuando, durante la Guerra Civil, los ejércitos de Bruto y Casio marchaban juntos por Macedonia, la historia dice que el ejército de Bruto llegó primero a una corriente sobre la que tuvieron que tender un puente, pero que las tropas de Casio fueron las primeras en construir el puente y en efectuar un paso. Esta rigurosa disciplina hizo a los hombres de Casio superiores a los de Bruto no sólo en la construcción de obras militares, sino también en la conducción general de la guerra.

Nota: Año 42 a. de C.

2) Cuando Cayo Mario tuvo la opción de elegir una fuerza de dos ejércitos, uno de los cuales había servido bajo Rutilio, otro bajo Metelo y más tarde bajo él mismo, prefirió las tropas de Rutilio, aunque inferiores en número, porque las juzgó más confiables en cuanto a disciplina.

Nota: Año 104 a. de C.

3) Mejorando la disciplina, Domicio Corbulón resistió a los partos con una fuerza de sólo dos legiones y muy pocos auxiliares.

Nota: *Años 55 a 59. Tácito, Anales 13:8 § 35: «Mas en el Senado todas estas cosas se amplificaban por la adulación de los que votaron "que se hiciesen procesiones en acción de gracias, y que el príncipe en aquellos días usase de vestiduras triunfales; que entrase en Roma con el triunfo de ovación, y que su estatua, de igual grandeza que la de Marte vengador, se colocase en el mismo templo". Decretaron todas estas cosas los senadores, además de su acostumbrada adulación, alegres de ver que había escogido para la defensa de Armenia a Domicio Corbulón, pareciendo que con aquello se abría un ancho camino al valor y a la virtud. Las fuerzas de Oriente se dividieron de esta manera: que una parte de los auxiliarios con dos legiones quedasen en Siria a cargo del legado Quadrato Ummidio, y a Corbulón se le diesen otros, tantos soldados romanos y confederados, añadiendo las cohortes y bandas de caballos que invernaban en Capadocia. Dióse orden que los reyes confederados obedeciesen conforme a las necesidades de la guerra, puesto que todos servían de mejor gana debajo de la mano de Corbulón, el cual, por corresponder a su fama, que es cosa que ayuda mucho en las nuevas empresas apresurando su camino, encontró a Quadrato en Egea, ciudad de Cilicia. Hablase adelantado Quadrato a recibirle allí por que si acaso Corbulón entraba en Siria para hacerse cargo de la gente asignada, no llevase tras sí los ojos de todos con la grandeza de cuerpo y magnificencia de palabras; siendo hombre que, a más de su experiencia y sabiduría, procuraba ganar el favor del vulgo hasta con la ostentación de semejantes vanidades».*

4) Alejandro de Macedonia conquistó el mundo, ante innumerables fuerzas de enemigos, por medio de cuarenta mil hombres acostumbrados durante mucho tiempo a disciplinarse bajo su padre Filipo.

Nota: Año 334 a. de C. Plutarco, Alejandro, 15: *«Componíase su ejército, según los que dicen menos, de treinta mil hombres de infantería y cinco mil de caballería, y los que más le dan hasta treinta y cuatro mil infantes y cuatro mil caballos; y para todo esto dice Aristobulo que no tenía más fondos que setenta talentos, y Duris, que sólo contaba con víveres para treinta días; mas Onesícrito refiere que había tomado a crédito doscientos talentos. Pues con todo de haber empezado con tan pequeños y escasos medios, antes de embarcarse se informó del estado que tenían las cosas de sus amigos, distribuyendo entre ellos a uno un campo, a otro un terreno y a otro la renta de un caserío o de un puerto. Cuando ya había gastado y aplicado se puede decir todos los bienes y rentas de la corona, le preguntó Perdicas: "¿Y para ti ¡oh rey! qué es lo que dejas?" Como le contestase que las esperanzas, "¿Pues no participaremos también de ellas -repuso- los que hemos de acompañarte en la guerra?" Y renunciando Perdicas la parte que le había asignado,*

algunos de los demás amigos hicieron otro tanto; pero a los que tomaron las suyas o las reclamaron se las entregó con largueza, y con este repartimiento concluyó con casi todo lo que tenía en Macedonia. Dispuesto y prevenido de esta manera, pasó el Helesponto, y bajando a tierra en Ilión hizo sacrificio a Atena y libaciones a los héroes. Ungió largamente la columna erigida a Aquileo, y corriendo desnudo con sus amigos alrededor de ella, según es costumbre, la coronó, llamando a éste bienaventurado porque en vida tuvo un amigo fiel y después de su muerte un gran poeta. Cuando andaba recorriendo la ciudad y viendo lo que había de notable en ella, le preguntó uno si quería ver la lira de Paris, y él le respondió que éste nada le importaba, y la que buscaba era la de Aquileo, con la que cantaba este héroe los grandes y gloriosos hechos de los varones esforzados».

5) Ciro en su guerra contra los persas venció dificultades incalculables con una fuerza de sólo catorce mil hombres armados.

Nota: Año 401 a. de C. Jenofonte, Anábasis, 1:2 § 9: *«Ciro partió de Sardes con las tropas que he dicho y a través de la Lidia llegó al río Meandro, recorriendo veintidós parasangas en tres etapas. El ancho de este río es de dos pletros y había en él un puente de barcas. Pasado el Meandro, atravesó la Frigia en una etapa de ocho parasangas y llegó a Colosas, ciudad poblada, rica y grande. Allí permaneció siete días y se le juntaron Menón el Tesalo, con mil hoplitas y quinientos peltastas, dólopes, enianos y olintios. Partiendo de allí recorrió veinte parasangas en tres etapas, hasta llegar a Celenas, ciudad poblada, grande y rica. En ella tenía Ciro un palacio, con un gran parque lleno de bestias montaraces que solía cazar a caballo cuando quería hacer ejercicio con sus caballos. A través del bosque corre el río Meandro, cuyas fuentes están en el palacio; también corre a través de la ciudad de Celenas. Se halla en esta ciudad un palacio fortificado del gran rey sobre las fuentes del río Marsias y por debajo de la ciudadela; este río atraviesa también la ciudad y desemboca en el Meandro; tiene una anchura de veintiocho pies. Dícese que allí fue donde Apolo desolló a Marsias después de vencerle en su desafío sobre la música y que colgó la piel en el antro donde salen las fuentes; por esto se le ha dado al río el nombre de Marsias. También se dice que Jerjes, cuando se retiró vencido de Grecia, construyó este palacio y la ciudadela de Celenas. Allí permaneció Ciro treinta días, y se le juntó Clearco, el desterrado lacedemonio, con mil hoplitas, ochocientos peltastas tracios y doscientos arqueros cretenses. También se presentó Sóside el siracusano, con trescientos hoplitas, y Soféneto el arcadio, con mil. Y en el parque de esta ciudad hizo Ciro revista y recuento de los griegos; resultaron en total once mil hoplitas y unos dos mil peltastas».*

6) Con cuatro mil hombres, de los cuales sólo cuatrocientos eran la caballería, Epaminondas, el líder tebano, triunfó sobre un ejército Espartano de veinticuatro mil infantes y mil seiscientos jinetes.

Nota: Año 371 a. de C. Batalla de Leuctra. Diodoro Sículo, 15:52 y ss.: *«Los Espartanos en consecuencia avanzó hasta que llegaron a Coronea, donde acamparon y esperaron a sus aliados que estaban retardándose. Los Tebanos, en vista de la presencia del enemigo, primero votaron trasladar a sus esposas y sus hijos para salvarlos a Atenas, luego eligieron a Epaminondas general y le confirieron el mando de la guerra, dándole como consejeros a seis beotarcas. [2] Epaminondas, habiendo reclutado para la batalla a todos los Tebanos en edad militar y a los otros Beocios que estaban dispuestos y*

entrenados, condujo su ejército desde Tebas, siendo en total no más de seis mil. [3] Mientras los soldados estaban saliendo de la ciudad, pareció a muchos que augurios desfavorables se aparecían al ejército. Porque a las puertas Epaminondas se encontró con un heraldo oculto, quien, buscando a un esclavo fugitivo, tal como es usual, dijo en alta voz que no los sacaran de Tebas ni se los llevaran de ahí, sino que los trajeran a casa y los mantuvieran allí seguros. [4] Entonces la gente mayor entre aquellos que oyeron al heraldo lo consideraron un augurio para el futuro, pero la gente joven guardó silencio para no mostrarse como cobardes pidiendo a Epaminondas dar media vuelta a la expedición. Pero Epaminondas contestó a quienes le decían que debía observar los augurios: "Un solo augurio es el mejor: combatir por la tierra que es nuestra". [5] Aunque Epaminondas asombró a los prudentes por su respuesta directa, un segundo presagio más desfavorable apareció que el anterior. Porque cuando el escriba avanzó con una lanza y una cinta atada a ella y señaló las órdenes del cuartel general, se levantó una brisa y la cinta se rasgó de la lanza y se enredó en torno a un sepulcro, allí estaban enterrados algunos Lacedemonios y Peloponesios que habían muerto en la expedición al mando de Agesilao. [6] Algunos de los ancianos que de nuevo se atrevieron a protestar seriamente contra hacer salir las fuerzas frente a la patente oposición de los Dioses; pero Epaminondas, no dignándose a contestarles, hizo avanzar al ejército, pensando que la consideración a la nobleza y el respeto a la justicia debían preferirse como motivos antes que los augurios en cuestión. [7] Epaminondas en consecuencia, que estaba educado en la filosofía y aplicaba los principios de su educación, fue en ese momento muy criticado, pero luego a la luz de sus éxitos fue considerado poseedor de una excelente pericia militar y contribuyó a los grandes hechos de su país. Porque inmediatamente condujo su ejército, se apoderó sobre la marcha del paso de Coronea y acampó allí.

LIII. Cleombroto, sabiendo que el enemigo había ocupado el paso primero, abandonó la idea de forzar aquel paso, sino que en su lugar avanzó a través de la Fócide y, cuando hubo atravesado la vía costera que era difícil, entró en Beocia sin peligro. En su itinerario tomó algunas de las fortalezas y se apoderó de diez trirremes. [2] Luego, cuando alcanzó un lugar llamado Leuctra, acampó allí y permitió a los soldados descansar después de su jornada. Cuando los Beocios se acercaron al enemigo en su avance, y luego, después de superar algunas montañas, súbitamente vieron a los Lacedemonios que cubrían toda la planicie de Leuctra, se quedaron asombrados ante la contemplación del gran tamaño del ejército. [3] Y cuando los beotarcas celebraron una conferencia para decidir si debían permanecer y luchar con un ejército que les superaba muchas veces en número, o si debían retirarse y entablar batalla en una posición dominante, sucedió que los votos de los generales quedaron empates. Porque de los seis beotarcas, tres pensaban que debían retirar el ejército, y otros tres que debían quedarse y combatir, y entre estos últimos estaba Epaminondas. En este gran y sorprendente punto muerto el séptimo beotarca votó, al que Epaminondas persuadió de que votara con él, y así ganó la votación. Así la decisión de confiar todo en el resultado de la batalla fue ratificada. [4] Pero Epaminondas, que vio que los soldados albergaban un miedo supersticioso en base a los portentos que habían ocurrido, se dispuso con decisión a anular los escrúpulos de la tropa con su ingenio y astucia. En consecuencia, habiendo un grupo de hombres llegado recientemente de Tebas, les persuadió de que dijeran que las armas en el templo de Heracles habían sorprendentemente desaparecido y que se había extendido por Tebas el rumor de que los antiguos héroes las habían cogido y habían partido en ayuda de los Beocios. Colocó ante ellos a otro hombre como uno que

había ascendido recientemente de la cueva de Trofonio, quien dijo que el Dios les había ordenado, cuando vencieran en Leuctra, instituir una competición con coronas como premios en honor de Zeus el real. Este de hecho es el origen de este festival que los Beocios ahora celebran en Lebadeia.

LIV. Un auxiliador y cómplice de esta invención fue Leandrias el Espartano, que había sido desterrado de Lacedemonia y entonces era miembro de la expedición tebana. Fue llevado a la asamblea y declaró que había un antiguo proverbio entre los Espartanos de que perderían la hegemonía cuando fueran vencidos en Leuctra a manos de los Tebanos. [2] Ciertos agoreros locales asimismo acudieron a Epaminondas, diciendo que los Lacedemonios estaban destinados a encontrarse con un gran desastre por causa de la tumba de las hijas de Leuctro y Escedaso por las siguientes razones. [3] Leuctro era la persona por la que esta planicie recibía su nombre. Sus hijas y las de un cierto Escedaso, siendo vírgenes, fueron violadas por unos embajadores Lacedemonios. Las muchachas ultrajadas, incapaces de soportar su infortunio, pronunciaron maldiciones contra el país que había enviado a sus violadores y se suicidaron. [4] Muchas otras cosas semejantes fueron referidas, y cuando Epaminondas había reunido una asamblea y exhortado a los soldados con apropiados ruegos a encontrar una solución, cambiaron de opinión, se liberaron de su superstición y con el valor en sus corazones estuvieron listos para la batalla. [5] Vino también en ese momento en auxilio de los Tebanos un contingente aliado de Tesalia, mil quinientos infantes, y quinientos caballos, al mando de Jasón. Persuadio a Beocios y Lacedemonios de hacer un armisticio y así salvarse de los caprichos de la Fortuna. [6] Cuando la tregua entró en vigor, Cleombroto partió con su ejército de Beocia, y allí vino a reunirse con otro gran ejército de Lacedemonios y sus aliados al mando de Arquidamo, hijo de Agesilao. Porque los Espartanos, viendo el estado de preparación de los Beocios, tomando medidas para neutralizar su valentía y temeridad, habían enviado el segundo ejército para derrotar por el mayor número de sus combatientes la osadía del enemigo. [7] Una vez que estos ejércitos estuvieron unidos, los Lacedemonios pensaron que era cobarde temer el valor de los Beocios. Así rompieron la tregua y con buen ánimo regresaron a Leuctra. Los Beocios también estaban preparados para la batalla y ambas partes ordenaron sus fuerzas. LV. Entonces en el bando Lacedemonio los descendientes de Heracles fueron nombrados comandantes de los flancos, esto es Cleombroto el rey y Arquidamo, hijo del rey Agesilao, mientras que en el bando Tebano Epaminondas, empleando una disposición inusual de sus tropas, pudo con su propia estrategia alcanzar su famosa victoria. [2] Eligió de todo su ejército a los hombres más valientes y los situó en un flanco, teniendo en mente luchar él mismo con ellos hasta el final. A los más débiles los situó en el otro flanco y les ordenó evitar la batalla y retirarse gradualmente durante el ataque del enemigo. Así entonces, disponiendo su falange en formación oblicua, planeó decidir el resultado de la batalla por medio del flanco en el que estaban los de élite. [3] Cuando las trompetas en ambos bandos tocaron a ataque y los ejércitos simultáneamente con el primer asalto exhalaron su grito de batalla, los Lacedemonios atacaron por ambos flancos con su falange en formación creciente, mientras que los Beocios reculaban por un flanco, pero por el otro se enzarzaban con el enemigo muy rápidamente. [4] Cuando iniciaron el combate cuerpo a cuerpo, al principio ambas partes luchaban con ardor y la batalla estaba equilibrada; al poco, empero, muchos Lacedemonios empezaron a caer. Porque no podían aguantar el empuje del valeroso ímpetu de las tropas de élite; de aquellos que habían resistido algunos cayeron y otros fueron heridos, recibiendo todos los golpes de frente. [5]

Entonces mientras el rey Cleombroto de los Lacedemonios estuvo vivo y tenía con él a muchos camaradas que estaban completamente preparados para morir en su defensa, fue incierto hacia dónde se inclinaría el fiel de la victoria, pero cuando, aunque no se arredró ante ningún peligro, comprobó no ser capaz de debelar a sus oponentes, y falleció tras heroica resistencia después de encajar muchas heridas, entonces, como una masa de hombres se agolpaba en torno a su cuerpo, allí se apiló un gran montón de cadáveres.

LVI. No habiendo nadie al mando del flanco, la fuerte columna dirigida por Epaminondas perforó a los Lacedemonios, y al principio gracias a una enorme fuerza hizo que la línea del enemigo retrocediera algo; luego, sin embargo, los Lacedemonios, combatiendo gallardamente en torno al rey, recuperó su cuerpo, pero no fueron lo suficientemente fuertes para lograr la victoria. [2] Porque como el cuerpo de élite los aventajaba en hechos de valor, y el valor y las exhortaciones de Epaminondas contribuían grandemente a sus proezas, los Lacedemonios fueron obligados con mucha dificultad a retroceder; al principio, mientras retrocedían no rompieron su formación, pero finalmente, como muchos habían caído y el comandante que los había reagrupado había muerto, el ejército dio las espaldas y huyó en completa derrota. [3] Las unidades de Epaminondas persiguieron a los fugitivos, mataron a muchos que se les opusieron, y obtuvieron la más gloriosa victoria. Porque como se habían enzarzado con los más valientes Griegos y con una pequeña fuerza habían milagrosamente vencido a otros muchas veces superiores en número, ganaron una gran reputación de valentía. Los más altos elogios fueron dirigidos al general Epaminondas, quien sobre todo por su valor y su pericia como comandante había vencido en batalla a los líderes invencibles de Grecia. [4] Más de cuatro mil Lacedemonios cayeron en la batalla pero sólo unos trescientos Beocios. Después de la batalla concluyeron una tregua que permitiera recoger los cuerpos de los caídos y el regreso de los Lacedemonios al Peloponeso. Tal fue el resultado de los sucesos relativos a la batalla de Leuctra».

7) Cien mil bárbaros fueron derrotados en batalla por catorce mil griegos, el número que asistió a Ciro contra Artajerjes.

Nota: *Año 401 a. de C. Batalla de Cunaxa.*

8) Los mismos catorce mil griegos, habiendo perdido a sus generales en batalla, volvieron ilesos por sitios difíciles y desconocidos, habiendo encomendado la dirección de su retirada a uno de su número, Jenofonte, el ateniense.

Nota: *Jenofonte, Anábasis, 3:1 y ss.: «Presos los generales y muertos los capitanes y soldados que les acompañaban, los griegos se hallaban en gran apuro, considerando que estaban a las puertas del rey y que por todas partes les rodeaba multitud de pueblos y ciudades enemigos. Nadie les proporcionaría víveres para comprar. Se hallaban separados de Grecia por no menos de diez mil estadios y no contaban con un guía para el camino. Ríos infranqueables les estorbaban el paso hacia la patria. Y los bárbaros que subieron con Ciro les habían traicionado. Se hallaban solos, sin un jinete que les ayudase. De suerte que, si vencían, era seguro que no podrían matar a nadie, y si eran vencidos perecerían hasta el último. Considerando todo esto y dominados por el desaliento, pocos de ellos probaron la comida por la tarde, pocos encendieron fuego, y por la noche no acudieron al servicio del campamento. Cada uno se acostó donde se*

encontraba. Y no podían dormir con la congoja y tristeza de su patria, de sus padres, de sus mujeres, de sus hijos, a los cuales pensaban que no volverían a ver. En tal estado de ánimo estaban descansando.

Había en el ejército un cierto Jenofonte, de Atenas, que no iba como general, ni como capitán, ni como soldado. Próxeno, que era viejo amigo suyo, le había invitado a que abandonase su patria, prometiéndole, si venía, que le procuraría la amistad de Ciro, la cual para él mismo tenía más importancia que la patria. Jenofonte, leída la carta, consultó a Sócrates, de Atenas, sobre este viaje. Y Sócrates, temiendo se atrajese Jenofonte la enemiga de sus conciudadanos si entraba en amistad con Ciro, que parecía haber ayudado con todas sus fuerzas a los lacedemonios contra Atenas, le aconsejó fuese a Delfos y pidiese consejo al dios acerca del viaje.

Jenofonte fue, en efecto, y preguntó a Apolo cuál era el dios a quien debía sacrificar y ofrecer sus oraciones para con la mayor felicidad hacer el viaje que pensaba y volver sano y salvo después de un resultado favorable. Y Apolo le respondió indicándole los dioses a que debía sacrificar. Vuelto a Atenas, refirió el oráculo a Sócrates, y éste al oírlo, le rePrendió por no haber preguntado primero si le convenía marchar o quedarse, sino que, ya decidido el viaje, sólo preguntó sobre la mejor manera de hacerlo: «Ahora bien; ya que has hecho esta pregunta -dijo-, es preciso cumplir lo que el dios ha mandado.» Y Jenofonte, después de sacrificar a los dioses que le había indicado Apolo, se embarcó, y en Sardes halló a Próxeno y a Ciro, que de un momento a otro iban a emprender la marcha hacia el interior del Imperio. Presentado a Ciro, éste, compartiendo los deseos de Próxeno, le instó a que se quedase, diciéndole que no bien terminara la campaña le dejaría marchar. Según se decía, la expedición era contra los pisidas».

9) Cuando Jerjes fue desafiado por los trescientos Espartanos en las Termópilas y los destruyó con dificultad, declaró que había sido engañado, porque, mientras él tenía suficientes hombres, de verdaderos hombres que se atuvieran a la disciplina, no tenía ninguno.

Nota: *Año 480 a. de C. Heródoto, 7:210: «No por esto logró que le diese crédito Jerjes, quien se estuvo quieto cuatro días esperando que los Griegos se entregasen por instantes a la fuga. Llegado el quinto, como ellos no se retirasen de su puesto, parecióle a Jerges que nacía aquella pertinacia de mera desfachatez y falta de juicio, y lleno de cólera envió contra ellos a los Medos y Cisios, con la orden formal de que prendiesen a aquellos locos y se los presentasen vivos. Acometen con ímpetu gallardo los Medos a los Griegos, caen muchos en la embestida, vánles otros sucediendo de refresco, y por más que se ven violentamente repelidos, no vuelven pie atrás. Lo que sin duda logran con aquello es hacer a todos patente, y mayormente al mismo rey, que tenía allí muchos hombres, pero pocos varones esforzados. La refriega empezada duró todo aquel día».*

III. SOBRE LA LIMITACION Y EL DESINTERES

1) La historia dice que Marco Catón estaba satisfecho con el mismo vino que consumían sus hombres.

Nota: *Valerio Máximo 4:3 § 11: Año 195 a. de C. «¿Si en nuestros días un personaje ilustre tuviera como abrigo sólo pieles de macho cabrío, iría a gobernar España sin otra asistencia que tres esclavos, gastara sólo quinientos para trasladarse ultramar a su provincia y se contentara con el alimento y con el vino de los marineros, no se le vería como un hombre a compadecer? He aquí sin embargo lo que Catón el viejo soportó sin menor pena, gracias a su querida costumbre de frugalidad que le hacía encontrar a este género de vida, un encanto delicioso».*

2) Cuando Cineas, embajador de los Epirotas, ofreció a Fabricio una gran cantidad de oro, éste la rechazó, declarando que él prefería gobernar aquellos que tenían el oro más bien que tenerlo él mismo.

Nota: *Año 280 a. de C. Aulo Gelio, 1:14: «Refiere Julio Higinio en el libro sexto de su obra De la vida y hechos de los varones ilustres, que habiéndose presentado embajadores samnitas a C. Fabricio, general del pueblo romano, y después de recordarle las grandes y repetidas pruebas de benevolencia y bondad que había dado a los samnitas desde que se ajustó la paz, le ofrecieron considerable cantidad de dinero, rogándole la recibiese como regalo, diciéndole que los samnitas se atrevían a enviársela, porque creían que carecía de muchas cosas para tener casa y aparato de vida dignos de él, y que su fortuna no correspondía a los honores y gloria de que estaba revestido. Entonces, según refiere Higinio, se llevó las manos a los oídos, en seguida a los ojos, a la nariz y a la boca, y últimamente sobre el vientre, y contestó a los enviados que, mientras pudiese mandar su voluntad a todos los órganos que acababa de tocar, no carecería de nada; y añadió: "En cuanto a ese dinero, que para nada necesito, no lo aceptaré de aquellos a quienes sé puede ser útil."».*

3) Atilio Régulo, aunque había sido responsable de las mayores empresas, era tan pobre que se mantenía él, su esposa y niños con una pequeña granja que era cultivada por un solo administrador. **4)** Oyendo de la muerte de este administrador, Régulo escribió al Senado pidiendo que designaran a alguien para sucederlo en la administración, ya que su propiedad fue puesta en riesgo por la muerte de su esclavo, y su propia presencia en casa era necesaria.

Nota: *Año 255 a. de C. Valerio Máximo, 4:4 § 6: «Un héroe del mismo nombre y de la misma familia, Atilio Régulo, que, en la primera guerra púnica, conoció por turno la gloria y la desgracia más brillante, tenía éxito en victorias repetidas sobre el suelo Africano derribando la potencia del orgulloso Cartago. Informado a que el senado, en consideración a sus éxitos, había prorrogado su mando para el año siguiente, les escribió a los cónsules que el administrador de una tierra de siete arpendes que poseía en el Pupinio, había muerto y que un mercenario, sacando provecho de la ocasión, había desaparecido llevándose todo el material de labranza. Él pedía en consecuencia un sucesor, por temor de que el abandono de su dominio privara a su mujer y a sus niños de los medios de vivir. Tan pronto como los cónsules pusieron en conocimiento de estos hechos al senado, puso en seguida en alquiler el mantenimiento del campo de Atilio, proporcionar alimentos a su mujer y a sus niños, y rescatar los objetos que le habían sido quitados. He aquí todo lo que costó a nuestro tesoro la admirable virtud de Régulo que hará, en cada siglo, el orgullo de Roma».*

5) Cneo Escipión, después de acertadas proezas en España, murió en la más extrema pobreza, no dejando ni siquiera dinero suficiente para la dote de una de sus hijas. El Senado, por lo tanto, a consecuencia de su pobreza, suministró las dotes a expensas del erario público.

Nota: *Otros escritores, a excepción de Séneca, hablan de una hija, y describen la dote como entregada cuando Escipión estaba guerreando en España, entre los hechos 218 a 211 a. de C.* ***Valerio Máximo, 4:4 § 10*** *: «Así durante la segunda guerra púnica, Cn. Escipión había escrito desde España al senado para pedir un sucesor, porque tenía una hija que casar y no podía en su ausencia constituirle una dote. El senado, no queriendo en absoluto privar a la república de los servicios de un buen general, se encargó del papel de padre de familia, hizo ajustar la dote por la esposa y los padres de Escipión, tomando el valor del tesoro público y casando así a la muchacha. Esta dote fue de cuarenta mil ases. Podemos juzgar de ahí la bondad de los senadores y la medida de los antiguos patrimonios. Eran tan módicos que Tucia, hija de Cesonio, fue considerada como ricamente dotada por haber aportado al matrimonio una dote de diez mil ases y que Mégullia que entró con cincuenta mil ases en la casa de su marido, fue apodada la Dotada. Fue la liberalidad del Senado la que impidió a la hija de Fabricio Luscino y a la de Escipión estar casada sin dote, porque ellas no podían esperar como herencia paterna nada más que una gloria brillante».*

6) Los atenienses hicieron lo mismo por las hijas de Arístides, quién murió en la pobreza más grande después de haber conducido la empresas más importantes.

Nota: Año 468 a. de C. Plutarco, Arístides, 27: *«Lo cierto es que se muestra en Falera su sepulcro, labrado de orden de la ciudad, porque ni siquiera dejó con qué enterrarse. Dícese que las hijas salieron del Pritaneo para ser entregadas a sus maridos, habiéndose costeado de los fondos públicos los gastos de la boda, y dándose por decreto en dote a cada una tres mil dracmas».*

7) Epaminondas, el general tebano, fue un hombre de hábitos tan simples, que entre sus pertenencias no fueron halladas más allá de un felpudo y un espetón.

Nota: *Año 362 a. de C. Plutarco, Fabio Máximo, 27: «Los Tebanos hicieron a costa del erario el entierro de Epaminondas, a causa de la pobreza en que murió, porque a su fallecimiento se dice no haberse encontrado en su casa otra cosa que una tarja de hierro».*

8) Aníbal estaba acostumbrado a levantarse cuando todavía estaba oscuro, pero nunca tomó descanso alguno antes de la noche. En el anochecer, y no antes, llamaba a sus amigos a cenar; y no más de dos canapés (2) estuvieron alguna vez ocupados por invitados a cenar en su cuartel general.

Nota: Livio, 21:4: *«Algunos senadores, casi todos los más prudentes, participaban del parecer de Hannón; pero como muchas veces sucede, el número venció a la prudencia. Enviado Aníbal a España, desde su llegada atrajo las miradas del ejército. Los soldados veteranos creyeron ver a Amílcar en su juventud: tenía su rostro igual expresión de*

energía, el mismo brillo en la mirada, la misma expresión de boca, las mismas facciones. Muy pronto cesó de necesitar el recuerdo de su padre para granjearse el favor. Jamás hubo carácter más a propósito para las cosas más opuestas, obedecer y mandar; por esta razón hubiese sido difícil decidir quién le quería más, si el general o el ejército. Asdrúbal no elegía otro jefe cuando se trataba de algún golpe de audacia y de intrepidez; y con ningún otro mostraban los soldados mayor confianza y valor. Increíblemente atrevido para arrostrar los peligros; observaba en ellos maravillosa prudencia. Ningún trabajo fatigaba su cuerpo ni abatía su ánimo. Igualmente soportaba el frío y el calor. Para la comida y bebida consultaba las necesidades de la naturaleza y jamás el placer. Sus vigilias y sueños no los regulaban el día y noche. El tiempo quede quedaba después de los negocios lo dedicaba al descanso, que, por lo demás, no buscaba en las dulzuras del lecho ni en el silencio. Frecuentemente se le vio cubierto con un casco de soldado, tendido en el suelo, entre los centinelas y las guardias. Sus ropas en nada se distinguían de las de sus iguales; solamente eran notables sus armas y caballos. El mejor a la vez de los jinetes y de los infantes, marchaba el primero al combate y se retiraba el último. Acompañaban a tan grandes cualidades vicios no menos grandes: feroz crueldad, perfidia más que púnica, ninguna franqueza, ningún pudor. ni sombra de miedo a los dioses ningún respeto a la fe del juramento, ninguna religión. Con esta mezcla de virtudes y vicios, sirvió tres años bajo Asdrúbal, sin olvidar nada de cuanto debía hacer ver en él el hombre destinado a ser gran capitán».

2) Frontino tenía in mente al lectus romano, o canapé para cenar, que podía albergar hasta a tres invitados.

9) El mismo general, sirviendo bajo Asdrúbal como comandante, dormía normalmente el suelo pelado, tapado tan solo con la vulgar capa militar.

10) La historia cuenta que Escipión Emiliano solía comer pan que se le ofrecía mientras caminaba marchando en compañía de sus amigos.

11) La misma historia se relata sobre Alejandro de Macedonia.

12) Leemos que Masinisa, cuando tenía 90 años, acostumbraba a comer al mediodía, parado o caminando enfrente de su tienda de campaña.

Nota: Año 148 a. de C. Polibio, 37:3: *«En nuestro siglo, fue Masinisa el príncipe más cumplido y feliz. Su reinado pasó de sesenta años, y murió a los noventa, conservando hasta el postrer instante perfecta salud y tanta robustez, que cuando necesitaba estar de pie lo estaba todo un día sin cambiar de sitio, y una vez sentado, no se levantaba antes de la noche. Sin molestia pasaba, cuando era preciso, día y noche a caballo. Prueba manifiesta de su fuerza es que, muriendo nonagenario dejó un hijo de cuatro años llamado Estémbalo, que fue adoptado por Micipsa. Tuvo además otros cuatro hijos tan estrechamente unidos a él y entre sí, que ningún disgusto doméstico turbó el reposo de su reino. Admirable es en este rey haber conseguido que la Numidia, que antes nada producía, creyéndosela estéril, diera todos los frutos que cualquier otra comarca. No se pueden enumerar los árboles que hizo plantar, y que le producían toda clase de frutos, y nada más justo que elogiar a este rey y honrar su memoria. Llegó Escipión a Cirta tres*

días después de la muerte de Masinisa, y ordenó los asuntos de la sucesión. Cuenta Polibio que Masinisa murió a los noventa años, dejando un hijo de cuatro años de edad. Pocos antes de su muerte, después del combate en que venció a los cartagineses, se le vio a la puerta de su tienda comiendo un pedazo de pan negro, y preguntándole alguno por qué hacía esto, respondió que porque quería con ello…»

13) Cuando, en honor a su victoria sobre los Sabinos, el Senado ofreció a Manio Curio una cantidad más grande de tierra que las tropas licenciadas recibían, él estuvo satisfecho con la asignación de los soldados ordinarios, declarando que el hombre que no estaba satisfecho con lo que el resto recibió, era un mal ciudadano.

Nota: Año 290 a. de C. Valerio Máximo, 4:3 § 5: *«M. Curio, que fue el modelo más cumplido de la frugalidad romana y también el más perfecto ejemplo de valentía, les ofreció a los embajadores samnitas el espectáculo de un consular sentado sobre un banco rústico cerca de su fuego que comía en una escudilla de madera. En cuanto a la calidad de los manjares, se deja adivinar por la calidad de la vajilla. Demostró sólo desprecio hacia las riquezas de los Samnitas. Ellos en cambio, se asombraron de su pobreza. Habían aportado una gran cantidad de oro como obsequio ofrecido por su república y le invitaron en términos amables a aceptarla. Curio se echó a reír: " Ustedes están encargados, les dice en seguida, de una misión muy vana, para no decir ridícula. Vaya a decir a los Samnitas que a M. Curio le gusta más mandar a hombres ricos que hacerse rico él mismo. Llévese su obsequio. Por muy precioso que sea, el oro ha sido encontrado sólo para la desgracia de los hombres. Acuérdese que no se puede ni vencerme sobre el campo de batalla ni corromperme por el dinero».*

14) La moderación de todo un ejército era también a menudo significativa, como por ejemplo, las tropas que sirvieron bajo Marco Escauro. Ya que Escauro dejó registrado que un árbol cargado de fruta, al final del recinto fortificado del campo, fue encontrado, el día después de la retirada del ejército, con la fruta sin tocar.

Nota: Año 115 a. de C. Valerio Máximo 4:4 § 11: *«M. Escauro nos relata, en el primero de sus tres libros de Memorias sobre su vida, cuán pobre herencia recibió de su padre: diez esclavos solamente, dice él, y treinta y cinco mil escudos componían toda la sucesión. Es en la pobreza que fue educado este espíritu superior, este hombre que debía estar un día a la cabeza del senado».*

15) En la guerra emprendida bajo los auspicios del Emperador César Domiciano Augusto Germánico y comenzada por Julio Civilis en la Galia, la muy rica ciudad de los Lingones, que se había rebelado contra Civilis, temió que fuerasaqueada por el próximo ejército de César. Pero cuando, al contrario de esta expectativa, los habitantes permanecieron ilesos y no perdieron ninguna propiedad, volvieron a su lealtad, y aportaron setenta mil hombres armados.

Nota: *Año 70.*

16) Después de la captura de Corinto, Lucio Mummio embelleció con estatuas y pinturas, no solamente Italia, sino también las provincias,. Sin embargo, se abstuvo escrupulosamente de asignar algo de tal enorme botín para su propio uso, dado que su hija estaba necesitada en ese momento y el Senado suministró su dote a expensas del erario público.

Nota: Año 146 a. de C... Plinio 34:17: «*En la edilidad de M. Scauro, había tres mil estatuas erigidas en el escenario de lo que era sólo un teatro temporal. Mummio, el conquistador de Acaya, llenó la ciudad de estatuas; ¿él, que a su muerte no pudo dejar una dote a su hija, por qué no mencionar esto como una apología suya?*

IV. SOBRE LA JUSTICIA.

1) Cuando Camilo sitiaba a los faliscos, un maestro de escuela llevó a los hijos de los faliscos fuera de las murallas, como para un paseo, y luego los entregó, diciendo que, si ellos eran retenidos como rehenes, se obligaría a que la ciudad ejecutara las órdenes de Camilo. Pero Camilo no sólo despreció la perfidia del profesor, sino que ató sus manos detrás de su espalda y lo devolvió a los muchachos para ser conducido de regreso a sus padres con varas. Así ganó por la bondad una victoria que había desdeñado asegurar por el fraude; los faliscos, a consecuencia de este acto de justicia, se rindieron voluntariamente a él.

Nota: Año 394 a. de C. Plutarco, Camilo 10: *«Tan en poco tenían los Falerios el sitio, creyéndose defendidos por todas partes, que fuera de los que hacían guardia en la muralla, todos los demás discurrían adornados por la ciudad, y los niños, yendo a la escuela, salían con el maestro hacia la muralla a pasear y ejercitarse: porque, al modo de los Griegos, mantenían también los Falerios un maestro público, queriendo que los niños desde luego se acostumbraran a criarse y acompañarse unos con otros. Pues este maestro se propuso hacer traición a los Falerios por medio de sus hijos; para lo cual los sacaba cada día al abrigo de la muralla, al principio muy cerca, y luego, después de haberse ejercitado, se volvían a entrar. Adelantando desde entonces poco a poco, los acostumbró a estar confiados, como que no había motivo de recelo, hasta que, por fin, en una ocasión en que estaban todos reunidos, los llevó hasta las avanzadas de los Romanos, y se los entregó, previniendo que le condujesen a presencia de Camilo. Conducido y puesto ante él, le dijo que era maestro y preceptor, pero que prefiriendo el deseo de hacerle obsequio a las obligaciones de justicia en que estaba, venía a entregarle la ciudad en aquellos niños. Hecho atroz le pareció éste a Camilo, y vuelto a los circunstantes: "¡Qué cosa tan terrible la guerra!- les dijo-: pues es forzoso hacerla por medio de muchas injusticias y violencias; pero, con todo, para los varones rectos tiene también sus leyes la guerra, y no se ha de tener en tanto la victoria que debe buscarse por medio de acciones perversas e impías; pues el gran general más ha de mandar fiado en la virtud propia que en la maldad ajena". Y entonces mandó a los lictores que despojasen al maestro de sus vestidos y le atasen las manos atrás, y que a los niños les diesen varas y látigos, para que, hiriéndole y lastimándole, lo llevasen así a la ciudad. Acababan los de Falerios de tener conocimiento de la traición del maestro, y cuando la ciudad estaba entregada a la aflicción, que era indispensable en semejante calamidad, corriendo aun los hombres más señalados y las mujeres a las murallas y a las puertas sin ninguna reflexión, llegaron los niños castigando al maestro, desnudo y atado como*

estaba, y proclamando a Camilo por su salvador, su dios y su padre; espectáculo que no sólo en los padres de los niños, sino en todos los demás ciudadanos, engendró grande admiración y deseo de la justicia de Camilo. Corriendo, pues, a celebrar junta, le enviaron embajadores, entregándolo todo a su disposición; y él los despachó a Roma. Presentados al Senado, dijeron que los Romanos, con anteponer la justicia a la victoria les habían enseñado a tener en más tal vencimiento que la libertad, pues reconocían que no tanto les eran inferiores en poder como en virtud. Como el Senado volviese a poner en manos de Camilo la determinación y arreglo de aquel asunto, con recibir alguna suma de los Falerios, y hacer paz y amistad con todos los Faliscos, retiró el ejército».

2) El médico de Pirro, rey de los Epirotas, fue donde Fabricio, general de los romanos, y prometió dar veneno a Pirro si se le garantizaba una adecuada recompensa por su servicio. Fabricio, no considerando que la victoria necesitaba de tal delito, expuso el médico al rey, y por este acto honorable logró inducir a Pirro a buscar la amistad con los romanos».

Nota: Año 279 a. de C. Plutarco, Pirro, 21: *«Fue conferido después el mando a Fabricio, y vino en su busca un hombre al campamento, trayéndole una carta escrita por el médico del rey, en la que le ofrecía quitar de en medio a Pirro con hierbas, si por el mérito de hacer cesar la guerra sin peligro alguno se le prometía un agradecimiento correspondiente. No pudo Fabricio sufrir semejante maldad, y, haciendo entrar en los mismos sentimientos a su colega, escribió sin dilación una carta a Pirro, previniéndole que se guardara de aquel riesgo. Estaba la carta concebida en estos términos: "Gayo Fabricio y Quinto Emilio, cónsules de los Romanos, al rey Pirro, felicidad. Parece que no eres muy diestro en juzgar de los amigos y de los enemigos. Leída la carta adjunta que se nos ha remitido, verás que haces la guerra a hombres rectos y justos, y que te fías de inicuos y malvados. Dámoste este aviso, no por hacerte favor, sino para que cualquiera mal suceso tuyo no nos ocasione una calumnia y parezca que tratamos de dar fin a la guerra con malas artes, ya que no podemos con el valor". Cuando Pirro se halló con esta carta y se enteró de las asechanzas, castigó al médico, y en agradecimiento envió a Fabricio los cautivos sin rescate, haciendo de nuevo pasar a Cineas a negociar la paz».*

V. SOBRE LA DETERMINACIÓN (LA VOLUNTAD DE VENCER)

1) Cuando los soldados de Cneo Pompeyo amenazaron con saquear el dinero que se llevaba para el triunfo, Servilio y Glaucia le instaron a distribuirlo entre las tropas, a fin de evitar el estallido de un motín. Pompeyo declaró inmediatamente que renunciaría a un triunfo, y moriría antes que ceder a la insubordinación de sus soldados; y después de censurarlos en un lenguaje vehemente, arrojó en sus rostros las fasces coronadas con laurel, dando a entender que podían comenzar su saqueo capturando éstas. Por medio del rencor así demostrado, redujo a sus hombres a la obediencia.

Nota: Año 79 a. de C. Plutarco, Pompeyo,14: *«Pidió Pompeyo por estos últimos sucesos el triunfo, y fue Sila el que le hizo oposición, pues la ley no lo concede sino al cónsul o al pretor, y a ningún otro; por lo mismo el primero de los Escipiones, que*

consiguió en España de los Cartagineses más señaladas victorias, no pidió el triunfo, porque no era ni cónsul ni pretor; decía, pues, que si entraba triunfante en la ciudad Pompeyo, que todavía era imberbe, y por razón de la edad no tenía cabida en el Senado, se harían odiosos: en el mismo Sila la autoridad, y en Pompeyo este honor. De este modo le hablaba Sila para que entendiera que no se lo consentiría, sino que le sería contrario y reprimiría su temeridad si no desistía del intento. Mas no por esto cedió Pompeyo, sino que previno a Sila observase que más son los que saludan al Sol en su oriente que en su ocaso, dándole a entender que su poder florecía entonces y el de Sila iba decreciendo y marchitándose. No lo percibió bien Sila, y observando por los semblantes y el gesto de los que lo habían oído que les había causado admiración, preguntó qué era lo que había dicho, e informado, aturdiéndose de la resolución de Pompeyo, dijo por dos veces seguidas: "que triunfe, que triunfe". Como otros muchos mostrasen también disgusto e incomodidad, queriendo Pompeyo- según se dice- mortificarlos más, intentó ser conducido en la pompa en carro tirado por cuatro elefantes, porque en la presa había traído muchos del África, de los que pertenecían al rey; pero por ser la puerta más estrecha de lo que era menester, abandonó esta idea y hubo de contentarse con caballos. No habían los soldados conseguido todo lo que se habían imaginado, y como por esto tratasen de revolver y alborotar, dijo que nada le importaba y que antes dejaría el triunfo que usar con ellos de adulación y bajeza. Entonces Servilio, varón muy principal y uno de los más se habían opuesto al triunfo de Pompeyo: "Ahora veo- dijo- que Pompeyo es verdaderamente grande y digno del triunfo", Es bien claro que si hubiera querido habría alcanzado fácilmente ser del Senado, sino que, como dicen, quiso sacar lo glorioso de lo extraordinario; porque no habría tenido nada de maravilloso el que antes de la edad hubiera sido senador, y era mucho más brillante haber triunfado antes de serlo; y aun esto mismo contribuyó no poco para aumentar hacia él el amor y benevolencia de la muchedumbre, porque mostraba placer el pueblo de verle después del triunfo contado entre los del orden ecuestre».

2) Cuando estalló una sedición en el tumulto de la guerra civil, y el sentimiento se hallaba bastante alterado, Cayo César despidió del servicio a una legión entera, decapitando a los líderes de la rebelión. Más tarde, cuando los hombres que había despedido le rogaron que les aliviara de su vergüenza, restableció las filas y tuvo en ellos a los mejores soldados.

Nota: Año 49 a. de C. Suetonio, César, 69: *«Ninguna sedición se produjo en el ejército durante los diez años de guerra en las Galias; estallaron algunas durante las civiles, pero las dominó en seguida con autoridad más bien que con indulgencia. Nunca cedio ante los amotinados, sino que marchó constantemente a su encuentro. En Plasencia licenció toda la legión novena, a pesar de que Pompeyo permanecía aún en armas, y no sin gran trabajo, después de numerosas y apremiantes súplicas y de haber castigado a los culpables, consintió en rehabilitarla».*

3) Postumio, siendo ex cónsul, después de haber apelado a la valentía de sus tropas, y después de haber sido preguntado acerca de qué órdenes había dado, les dijo que lo imitaran. Inmediatamente tomó un estandarte y condujo el ataque contra el enemigo. Sus soldados le siguieron y consiguieron la victoria.

4) Claudio Marcelo, después de haber caído inesperadamente sobre algunas tropas galas, giró su caballo en círculo, mirando alrededor alguna manera de escapar. Viendo peligro en cada mano, con una oración a los dioses, irrumpió en el medio del enemigo. Por su increíble audacia los consternó, mató a su líder (2), y llevó el *spolia opima*[1] a una situación donde apenas les quedó una esperanza de salvar su vida.

Nota: Año 222 a. de C. Valerio Máximo, 3:2 § 5: *«No debe separarse tampoco el recuerdo de Marcelo de los dos ejemplos anteriores. Tal fue su intrepidez que atacó sobre las riberas del Po con algunos jinetes a un rey de los galos secundado por un numeroso ejército. Le cortó la cabeza y le quitó en seguida sus armas con las que hizo homenaje a Júpiter Feretriano». 2) Viridomaro, el insubrio.*

5) Lucio Paulo, después de la pérdida de su ejército en Cannas, habiéndosele ofrecido un caballo a través de Léntulo con el cual efectuar su fuga, se negó a sobrevivir a la catástrofe, aunque no había sido ocasionada por él, y permaneció sentado sobre la roca contra en la que se había inclinado al ser herido, hasta que fue dominado y apuñalado por el enemigo.

Nota: Año 216 a. de C. Livio, 22:49: *«En otro punto, Paulo Emilio, aunque herido gravemente de una pedrada desde el principio de la acción, se lanzó frecuentemente a lo más recio de la pelea delante de Aníbal, y restableció el combate en diferentes sitios, sostenido por los jinetes romanos, que al fin echaron pie a tierra, cuando el cónsul no tuvo ya fuerzas bastantes para regir su caballo. Habiendo dicho en seguida a Aníbal que el cónsul acababa de desmontar a sus jinetes, refiérese que exclamó: "Tanto valía entregármelos atados de pies y manos". Este combate de jinetes a pie fue como debía ser cuando ya no era dudosa la victoria del enemigo: los vencidos preferían morir en su puesto a huir; los vencedores, irritados por lo que demoraban la victoria, mataban a aquellos hombres que no podían rechazar, ahuyentando solamente a algunos extenuados por la fatiga y las heridas. Entonces fue general la derrota, y todos los que pudieron hacerlo, montaron en sus caballos para huir. Cn. Léntulo, tribuno de los soldados, al pasar cerca del cónsul, que estaba sentado en una piedra y cubierto de sangre, le dijo: "Paulo Emilio, único inocente de la tremenda falta de esta jornada, tú mereces la protección de los dioses; toma este caballo, mientras te quedan algunas fuerzas; yo puedo llevarte y defenderte. No hagas más siniestra aún esta jornada con la muerte de un cónsul; sin ella, habrá demasiado luto y lágrimas". El cónsul contestó: "Valor, Cornelio, pero no pierdas por vana compasión el poco tiempo que te queda para escapar al enemigo. Parte, ve a decir al Senado que fortifique a Roma, que la provea de defensores, antes de la llegada del enemigo victorioso. Di en particular a Fabio que Paulo Emilio ha vivido y muerto fiel a sus preceptos. Pero déjame sucumbir en medio de mis soldados, para no verme acusado de nuevo al terminar mi consulado, o para no ser acusador de mi colega, para salvar mi honor a expensas del suyo". En este momento llegó un grupo de fugitivos, después otro más numeroso de enemigos, que cubrieron al cónsul de venablos sin conocerle. Léntulo se vio arrebatado por su caballo en medio del tumulto, y desde*

---

[1] *Despojos tomados por un comandante victorioso del jefe enemigo.*

entonces aquello fue una fuga a la desbandada. Siete mil hombres se refugiaron en el campamento pequeño, diez mil en el grande y cerca de dos mil en el pueblecillo de Cannas, donde en el acto les envolvió la caballería de Cartalón, no teniendo el pueblo defensa alguna. El otro cónsul, por casualidad o deliberadamente, no siguió a ninguno de estos cuerpos, y llegó a Venusia con unos setenta jinetes. Dicese que Roma perdió cuarenta y cinco mil infantes y dos mil setecientos caballeros, en partes casi iguales de ciudadanos y aliados. Contáronse entre los muertos los dos cuestores de los cónsules, L. Atilio y L. Furio Bibáculo; veintiún tribunos militares, muchos consulares, pretorianos o edilicios, entre ellos Cn. Servilio Gemino y M. Minucio, jefe de los caballeros el año anterior y cónsul algunos años antes; además, ochenta senadores o antiguos magistrados a quienes su cargo debía dar ingreso en el Senado y que se habían alistado voluntariamente en las legiones. Dícese que el enemigo se apoderó también de 3.000 infantes y 300 jinetes».

6) El colega de Paulo, Varrón, mostró mayor resolución aún en continuar vivo después del mismo desastre, y el Senado y el pueblo le agradecieron "porque", dijeron ellos, " no perdió la esperanza en la república." A través de toda su vida dio pruebas de que había permanecido vivo no por el deseo de vivir, sino debido al amor por su país. Soportó su barba y pelo sin recortar, y nunca después tomó alimento en la mesa reclinado. Incluso cuando le fueron decretados honores por la gente, los rehusó, diciendo que el Estado necesitaba magistrados más afortunados que él.

Nota: Livio, 22:61: *«Sin embargo, tantas defecciones agravadas por la de los aliados, no pudieron reducir a Roma a hablar de la paz, ni antes de la llegada del cónsul a la ciudad, ni cuando se presentó y renovó el recuerdo de la última derrota. Y hasta en esta ocasión mostró Roma tanta grandeza de ánimo, que al regreso del cónsul, causa principal del desastre, todos los órdenes se apresuraron a recibirle dándole gracias porque no había desesperado de la república: si hubiese sido general de los cartagineses no le habrían perdonado ningún suplicio».*

7) Después de la derrota aplastante de los romanos en Cannas, cuando Sempronio Tuditano y Cneo Octavio, tribunos de los soldados, fueron sitiados en el campamento más pequeño (2), impulsaron a sus compañeros a desenvainar sus espadas y acompañarlos en una carrera a través de las fuerzas del enemigo, declarando que ellos mismos estaban resueltos en este curso, aun si nadie más poseyera el coraje de abrirse camino. Aunque entre la muchedumbre vacilante fueron encontrados sólo doce caballeros y cincuenta soldados de infantería que tenían el coraje para acompañarlos, ellos alcanzaron Canusium indemnes.

Nota: Año 216 a. de C. Livio, 22:50: *«Tal fue la batalla de Cannas, tan famosa como la de Alia, pero menos grave en verdad en cuanto a sus consecuencias, porque el enemigo se detuvo, pero más terrible y funesta por la matanza que se hizo en las legiones romanas. La derrota de Alia entrega a Roma y salvó al ejército; pero en la de Cannes, al cónsul que escapó apenas le siguieron setenta hombres; y el otro pereció con casi todo el ejército. Como la multitud refugiada en los dos campamentos se encontraba sin jefes y*

casi sin armas, los del campamento grande enviaron "a invitar a los del pequeño a que se reuniesen con elles, mientras que el enemigo, cansado del combate y de la alegría de los festines, se entregaba al reposo de la noche para marchar juntos a Canusia". Unos rechazaban en absoluto la proposición. "¿Por qué los que les llamaban no acudían ellos mismos, puesto que allí también podía verificarse la unión? Sin duda porque el espacio que separaba los dos campamentos estaba lleno de enemigos y preferían exponer la vida de los otros a la propia a peligro tan grave". Los otros hubiesen aceptado gustosos el consejo, pero les faltaba el valor. Entonces P. Sempronio Tuditano, tribuno de los soldados, les dirigió estas palabras: "¿Preferiréis acaso que se apodere de vosotros un enemigo avaro y cruel, ver puestas a precio vuestras cabezas, exigidos rescates por un vencedor insolente, que os preguntará si sois ciudadanos romanos o aliados latinos, y hará de vuestras miserias y baldones honor para otro? ¡No! contestaréis, si sois dignos conciudadanos de Paulo Emilio, que ha preferido morir con honra a vivir en la vergüenza, y de tantos valerosos soldados que han caído en derredor suyo. Antes de que nos sorprenda el día y que acudan en mayor número los enemigos Para cerrarnos el paso, abrámonos camino a través de los que, confundidos y desordenados, se agitan con tanto tumulto en nuestras puertas. El hierro y la audacia se abren paso a través de las filas más apretadas; formados en columna, pasaremos sin obstáculo en medio de esa tropa desbandada. Que me sigan, pues, los que quieren salvarse y salvar a la república." Dicho esto, empuñó la espada y pasó en columna cerrada a través del enemigo; y como su flanco derecho encontraba descubierto y a merced de los venablos de los númidas, pasaron el escudo al brazo derecho. En número de seiscientos próximamente, llegaron al otro campamento; y desde allí, reunidos con número más considerable, llegaron sanos y salvos a la ciudad de Canusia. En todo esto, los vencidos obraban por el impulso que daba a cada uno su carácter o la casualidad, mas bien que por determinación común o por orden de alguno».

2) Cuando los romanos alcanzaron Cannas, armaron dos campamentos, estando el más grande emplazado en la ribera NO del Aufidus y el más pequeño en la ribera SE, separados por alrededor de 11/4 de milla, según Polibio. Antes de la batalla Aníbal transfirió su campo de la ribera oriental a la occidental.

8) Cuando Cayo Fonteyo Craso estaba en España, salió con tres mil hombres en una expedición en busca de alimentos y fue envuelto en una difícil posición por Asdrúbal. A principios de la noche, en un momento en que tal cosa era lo menos esperado, habiendo comunicado su objetivo sólo a los centuriones de la primera fila, se abrió camino entre los piquetes del enemigo.

9) Cuando el cónsul Cornelio fue sorprendido en una difícil posición por el enemigo en la Guerra Samnita, Publio Decio, tribuno de los soldados, lo urgió a enviar una pequeña fuerza para ocupar una colina vecina, y se ofreció para actuar como líder de aquellos a quien debería enviar. El enemigo, así desviado a un sitio diferente, permitió que el cónsul escapara, pero rodeó a Decio y lo sitió. Decio, sin embargo, se libró de este apuro haciendo también una salida por la noche, y escapó ileso junto con sus hombres y se reunió con el cónsul.

Nota: Año 343 a. de C. Livio, 7:34-35-36 *(fragmento muy extenso para ser*

reproducido).

10) Bajo el cónsul Atilio Calatino fue hecha la misma cosa por un hombre cuyo nombre es diversamente registrado. Unos dicen que se llamaba Laberio, y algunos Quinto Cedicio, pero la mayoría lo da como Calpurnio Flamma. Este hombre, viendo que el ejército había entrado en un valle, cuyos lados y todas las partes dominantes había ocupado el enemigo, pidió y recibió del cónsul trescientos soldados. Después de exhortarlos a salvar el ejército con su valor, se internó en el centro del valle. Para aplastarlo a él y a sus seguidores, el enemigo descendio de todos los sitios, pero, sosteniendo una batalla larga y feroz, permitió así al cónsul una oportunidad para librar a su ejército.

Nota: Año 258 a. de C. Livio, 22:60: *«Citó el ejemplo de nuestros mayores, el de Decio, tribuno de los soldados en el Samnio; y del tiempo de nuestra juventud en la primera guerra púnica, el de Calpurnio Flamma, que, marchando con trescientos voluntarios, para apoderarse de una altura situada en medio de los enemigos, les dijo: "Muramos, soldados, y con nuestra muerte libremos a nuestras regiones rodeadas."»*

11) Cayo César, cuando estaba por luchar contra los germanos y su rey Ariovisto, en un momento en el que sus propios hombres habían entrado en pánico, reunió a sus soldados y declaró a la asamblea que durante aquel día se proponía emplear los servicios sólo de la décima legión. De esta manera hizo que los soldados de esta legión se sintieran movidos por su tributo a su heroísmo único, mientras el resto fue abrumado con la mortificación por pensar que la reputación por el coraje debería ser adjudicada a otros.

Nota: Año 58 a. de C. Julio César, Guerras Civiles, 1:39: *«Eran tres, como arriba queda declarado, las legiones de Afranio; dos las de Petreyo, sin contar unas ochenta cohortes de soldados españoles: las de la España Citerior con escudos, y los de la Ulterior con adargas, y al pie de cinco mil caballos de una y otra provincia. César había enviado delante de sí sus legiones a España, y de tropas auxiliares seis mil infantes y tres mil caballos, que le habían servido en todas las guerras pasadas, fuera de otros tantos escogidos por su mano en la Galia, llamando de cada ciudad con expresión de nombre los más nobles y valientes de todos. Entre éstos venía la flor de Aquitania y de las montañas confinantes con la Provincia Romana. Como corrió el rumor que Pompeyo pensaba en pasar por la Mauritania con las legiones a España y que muy en breve vendría, tomó dinero prestado de los tribunos y centuriones y distribuyólo a los soldados. Con lo cual logró dos cosas: el empeñar en su partida a los oficiales con el empréstito, y el ganar las voluntades de los soldados con el donativo».*

12) Un cierto noble espartano, cuando Filipo declaró que los cercaría por todos lados a menos que el estado se rindiera, preguntó: "¿No nos prohibirás también de morir en defensa de nuestro país, verdad?

Nota: Cicerón, Cuestiones Tusculanas, 5:14 § 42: *«Esta alma humana, si es cultivada, se convierte en entendimiento perfecto, esto es, en absoluta razón, o lo que es lo mismo, en virtud. Y si decimos que es feliz aquella naturaleza a la cual nada falta y en*

la cual todo es perfecto y absoluto, según su género, siendo esta condición propia de la virtud, síguese que todos los hombres que participan de la virtud serán felices. En esta opinión conviene conmigo Bruto, y convienen también Xenócrates, Espeusipo y Polembn. A mí me parecen tales hombres felicísimos. ¿Qué le falta para la vida feliz al que confía más en sus propios bienes, o por qué ha de desconfiar el que puede ser feliz? Me dirás que es cosa necesaria que desconfíe el que divide los bienes en tres partes. ¿Quién podrá confiar en la firmeza de su cuerpo, o en la estabilidad de la fortuna? Y el que no descanse en todo bien estable, permanente y seguro, de ninguna manera puede ser feliz. Me parece aplicable a esto el dicho de aquel espartano que contestó a un mercader que se gloriaba de haber enviado muchas naves al mar: "No estimo mucho esta fortuna que depende de los vientos." ¿Es cosa dudosa que no puede contarse entre los bienes lo que puede perderse? Ninguno de aquellos principios en que la vida feliz consiste, debe ser capaz de marchitarse ni de extinguir o decaer. El hombre que tema perder alguno de los bienes que posea, de ninguna manera puede ser dichoso. Quiero que el hombre a quien yo declare feliz esté seguro, inexpugnable, fortificado por todas partes, y libre no ya de un mal pequeño, sino de todo mal. Así como llamamos inofensivo no a quien levemente ofende sino al que no ofende nunca, así no debemos considerar libre de todo miedo a quien teme poco, sino al que carece absolutamente de temor. ¿Qué otra fortaleza hay sino la que consiste en afrontar la pelea, y en sufrir el trabajo y el dolor, libre de todo miedo? Me dirás que nada de esto sucedería si todo el bien consistiese en la sola honestidad. ¿Quién podrá tener aquella tan deseada seguridad, o carencia de todo dolor, en la cual la vida feliz consiste, y que no puede ser turbada por esta multitud de males que aquejan al linaje humano? ¿Quién podrá ser de ánimo excelso y recto y despreciador de todos los accidentes humanos, como todos queremos que lo sea el sabio, si no hace depender de sí mismo todas las cosas? ¿No respondieron los lacedemonios a Filipo cuando los amenazó por sus cartas que los cercaría por todas partes, no le respondieron, digo, "y nos prohibirás también. el morir?" ¿No encontraremos un varón de tal fortaleza corno la que tuvo una ciudad entera? Y si a esta fortaleza de que hablamos se añade la templanza moderadora de todas las pasiones, ¿qué puede faltarle para la vida feliz a aquel a quien la fortaleza le libra del dolor y del miedo, y a quien la templanza le aparta del apetito y de la petulancia? Yo probaría que la virtud produce todos estos efectos, sí no lo hubiese dejado fuera de toda duda en los días anteriores».

13) Leónidas el espartano, en respuesta a la afirmación de que los persas crearían nubes con la multitud de sus flechas, se dice que dijo: "Combatiremos mucho mejor a la sombra".

Nota: Cicerón, Cuestiones Tusculanas, 1:42 § 101: *«Hombres semejantes los tuvo innumerables nuestra ciudad. Pero ¡para qué he de nombrar a los jefes y a los capitanes, cuando Catón escribió que las legiones iban muchas veces llenas de animosidad a un sitio de donde sabían que no habían de volver! Con igual valor murieron los lacedemonios en las Termópilas, y en honor suyo cantó Simónides: "Huésped, di a Esparta que nos has visto caer aquí, obedeciendo las santas leyes de la patria." Y ¿qué les dijo su capitán Leónidas? "Combatid con valor, oh lacedemonios; quizás hoy iremos a cenar en los infiernos…" Fortísima fue esta gente mientras estuvieron en vigor las leyes de Licurgo. Gloriándose un persa de que la multitud de las saetas de los suyos eran capaces de oscurecer el sol, le respondió un espartano: "Entonces pelearemos a la sombra."»*

14) Cuando Cayo Elio, un pretor urbano, asistía a un tribunal en una ocasión, un pájaro carpintero se posó sobre su cabeza. Los adivinos fueron consultados y repondieron que, si al ave se le permitía ir, la victoria correpondería al enemigo, pero que, si era muerta, el pueblo romano prevalecería, aunque Cayo y toda su familia perecerían. Elio, sin embargo, no vaciló en matar al pájaro. Nuestro ejército ganó la batalla, pero Elio mismo, con catorce miembros de su familia, fueron muertos en la batalla. Algunas autoridades no creen que el hombre referido fuera Cayo Elio, sino cierto Lelio, y que eran Lelios, no Elios quienes perecieron.

Nota: Plinio, 10:18 § 20: *«Estas aves han mantenido el primer lugar en augurios, en el Lacio, desde los tiempos del rey (2) que les ha dado su nombre. No puedo pasar por alto uno de los presagios dado por ellas. Un pájaro carpintero vino y se posó sobre la cabeza de Elio Tuberón, el pretor urbano, sentado en su tribunal dispensando justicia en el Foro, y mostró tal domesticación como para permitir que fuera tomado con la mano; sobre lo que los augures declararon que si era dejado ir, el estado estaba amenazado con peligro, pero de ser muerto, el desastre le acontecería al pretor; él despedazó al ave en un instante, y al poco tiempo el presagio se cumplió».*

(2) Pico, hijo de Saturno, rey del Lacio. Era hábil con los augurios, y se dice que fue transformado en pájaro carpintero.

15) Dos romanos llevando el nombre de Publio Decio, primero el padre y luego el hijo, sacrificaron sus vidas para salvar al Estado durante su ejercicio del cargo. Azuzando a sus caballos contra el enemigo, obtuvieron la victoria para su país.

Nota: Año 340 y 295 a. de C. Cicerón, Del sumo bien y el sumo mal, 2:19 § 61: *«"¿Te parece que cumple con el pudor el que se entrega sin testigos a la liviandad? ¿No hay cosas torpes por sí mismas, aunque no vayan acompañadas de ninguna infamia? Y ¿qué hacen lo fuertes varones? ¿Acaso se arrojan a la pelea y derraman la sangre por su patria, movidos por cálculo de interés, o por un cierto ardor e ímpetu de su ánimo? ¿Crees ¡oh Torcuato! que si tu ascendiente oyera nuestras palabras, había de gustar más de la manera como tú explicas su hazaña, que de la manera coma la explico yo, diciendo que nada hizo por su causa y toda por causa de la República, mientras que tú sostienes que nada hizo sino por su propio interés? Y si quisieras explanar esto todavía más, y decir abiertamente que nada hizo sino por causa del deleite, ¿crees que lo sufriría con paciencia? Concedamos esto: haya enhorabuena obrado Torcuato para su utilidad, como tú dices (y hablando de tal varón, prefiero la palabra interés a la palabra deleite), pero su colega Publio Decio, el primer cónsul que hubo en su familia, que se sacrificó a los dioses infernales y se, arrojó a caballo en medio del escuadrón de los latinos, ¿pensaba algo en su propio placer? ¿Cuándo o dónde había de gozarle, si sabía que iba a morir en seguida, y buscaba aquella muerte con más ardiente deseo que si pugnara en busca del placer? Y si aquel hecho no hubiera sido noble y glorioso, ciertamente que no; le habría imitado su hijo, cuando fue por cuarta vez cónsul; ni tampoco su nieto, cuando cayó peleando contra Pirró y se ofreció. por la salud de la República, como la tercer víctima de su*

linaje».

16) Cuando llevaba adelante la guerra contra Aristónico en Asia en algún sitio entre Elea y Mirina, Publio Craso cayó en manos del enemigo y estaba siendo llevado vivo. Desdeñando el pensamiento del cautiverio para un cónsul romano, usó el palo con el cual él había animado a su caballo, y sacó con él el ojo del tracio que lo mantenía cautivo. El tracio, enfurecido por el dolor, lo apuñaló de muerte. Así, cuando lo deseó, Craso escapó de la desgracia de la servidumbre.

Nota: Año 130 a. de C. Floro, 2:20 *«Vencida España en el Ocaso, Roma disfrutaba de paz en el Oriente; y como si esto no fuera bastante, por desusada y no conocida dicha entraba en posesión de riquezas y de reinos que en herencia le adjudicaban los mismos monarcas.*

Atalo, rey de Pérgamo, hijo de Eumenes nuestro antiguo aliado y compañero de, armas, consignó en el testamento la siguiente cláusula: «Instituyo heredero de mis bienes al pueblo romano.» Entre estos bienes se encontraba el reino. Roma adquirió esta nueva provincia, no por medio de la guerra y de las armas, sino, lo que es más justo, por disposición testamentaria. Difícil nos seria decir si este Estado se recuperó con más facilidad que se hubo perdido. Aristónico, joven arrojado y de real estirpe, ganó sin esfuerzo las ciudades acostumbradas á sufrir el yugo real, y ocupó á viva fuerza algunas que hicieron resistencia, tales como Minda, Samos y Colofon. Derrotó e hizo prisionero al pretor Craso, quien por el buen nombre de Roma y su familia, saca un ojo, valiéndose de una vara, á uno de los guardias, logrando que le dieran muerte, que era lo que con semejante hecho se había propuesto. Aristónico no tardó en ser vencido, capturado por Perpena, aherrojado en una prisión. Aquilio puso fin a la guerra asiática empleando un crimen horrible, el medio de envenenar las fuentes para rendir algunas poblaciones. Este hecho, si bien apresuró el término de la campaña, infamó, no obstante, la victoria, pues faltando á las costumbres de nuestros antepasados y á las leyes divinas, manchó el honor sin tacha de las armas romanas».

17) Marco, hijo de Catón el Censor, en cierta batalla cayó de su caballo, que había tropezado. Catón se levantó, pero notando que su espada se había salido de su vaina y temiendo la desgracia, se volvió entre el enemigo, y aunque recibió varias heridas, finalmente recuperó su espada y abrió camino a sus compañeros.

Nota: Año 168 a. de C. Batalla de Pidna. Valerio Máximo, 3:2 § 16: *«Catón el Viejo, del que la familia Porcia funda su origen, fue más feliz que su posteridad. En una batalla donde el enemigo lo atacaba vivamente apretándole de cerca, su espada, escapada de la funda, cayó y se encontró bajo un grupo de combatientes y rodeada por todas partes por pies enemigos. Tan pronto como se dio cuenta que le faltaba, prosiguió con tanta sangre fría como le pareció, no arrancando con la precipitación que causa el miedo al peligro, sino de recogerla sin el menor temor. Los enemigos quedaron sorprendidos por este espectáculo y al día siguiente vinieron a pedir humildemente la paz».*

18) Los habitantes de Petelia, cuando fueron bloqueados por los cartagineses, despidieron a los niños y a los ancianos, debido a la escasez de alimentos. Ellos mismos, conservando la vida en escondites, humedecidos y luego secados al lado del fuego, con hojas de árboles y con todas clases de animales, sostuvieron el sitio durante once meses.

Nota: Año 216 a. de C. Apiano, La Guerra de Aníbal, 29: *«Después de esto, atacando los territorios de los aliados de Roma, los devastó y puso cerco a Petelia. Sus moradores eran escasos, pero hicieron con coraje una salida contra Aníbal y, en compañía de sus mujeres, llevaron a cabo muchos e importantes actos de valor y quemaban continuamente sus máquinas de asedio. Las mujeres, en igual medida, rivalizaron en celo con los hombres. Sin embargo, su número iba siendo reducido en cada asalto y empezaron a sufrir enormemente por el hambre. Aníbal, al darse cuenta, los rodeó con un muro y puso a Annón al frente del cerco. Los de Petelia, cuando se incrementaron sus sufrimientos, arrojaron primero a aquellos de los suyos inútiles para el combate fuera de la muralla, al espacio que había entre el muro y la línea de circunvalación, y contemplaron sin pena cómo eran muertos por Annón, pues pensaban que era la suya una muerte afortunada. Los restantes, cuando les faltó de todo, llevados del mismo criterio se lanzaron a la carrera contra los enemigos y también en aquella ocasión realizaron muchos y nobles actos de heroísmo, pero, a causa de la falta de alimentós y de la debilidad de sus cuerpos, sin fuerzas ya siquiera para volver, perecieron todos a manos de los cartagineses. Annón se apoderó de la ciudad y aún entonces escaparon unos pocos que tenían fuerzas para correr. Los romanos reagruparon con afán a estos últimos que estaban diseminados, unos ochocientos, y los restablecieron de nuevo después de está guerra en su propio país, llenos de admiración por su lealtad hacia ellos, y por su valor extraordinario».*

19) Estando los españoles bloqueados en Consabra, soportaron todas estas mismas privaciones, pero no rindieron la ciudad a Hirtuleyo.

Nota: Años 79-75 a. de C.

20) La historia cuenta que los habitantes de Casilino, sitiados por Aníbal, sufrieron tal escasez de alimento que un ratón fue vendido por doscientos denarios, y que el hombre que lo vendió murió de hambre, mientras el comprador vivió. Sin embargo, los habitantes mantuvieron su lealtad a los romanos.

Nota: *Año 216 a. de C. Posiblemente, y teniendo en cuenta las sucesivas devaluaciones y camvios de avaluación de las monedas, se puede calcular alrededor de 1 dólar por denario.* ***Plinio, 23:19:*** *«Cuando la estación comenzaba ya a dulcificarse, Aníbal sacó sus tropas de los cuarteles de invierno y volvió delante de Casilino; porque, si bien habían estado suspendidas las operaciones del sitio, el bloqueo había continuado, y la guarnición, lo mismo que los habitantes, habían quedado reducidos a extrema escasez. El ejército romano estaba bajo las órdenes de A. Sempronio, habiendo marchado a Roma el dictador para tomar de nuevo los auspicios. Mucho deseaba Marcelo socorrer a los sitiados, pero se lo impedía el Volturno, cuyas aguas estaban crecidas, y los ruegos de*

los habitantes de Nola y Acerra, que temían a los campanios si se alejaba el ejército romano. Graco, que era el único acampado cerca de Casilino, no intentaba ningún movimiento, por haberle mandado el dictador no emprender nada en su ausencia, y no había paciencia tan grande que pudiese resistir ante las noticias que se recibían de Casilino. Sabíase positivamente que algunos desgraciados de aquellos, no pudiendo resistir el hambre, se habían precipitado desde lo alto de las murallas; que otros permanecían sin armas sobre los parapetos, ofreciendo así sus cuerpos desnudos a los dardos del enemigo. Graco estaba conmovido ante estas desgracias; pero no se atrevía a trabar combate sin orden del dictador, viendo con evidencia que tendría que venir a las manos, si hacía llevar abiertamente trigo a los sitiados. No esperando tampoco introducirlo en secreto, hizo recoger en toda la campiña y llenó considerable número de toneles, advirtiendo al magistrado de Casilino que recogiese al paso los toneles que llevase el río. A la noche siguiente, toda la guarnición, reanimada por la esperanza que le daba el mensajero de Graco, tenía la vista fija en el río, cuando llegaron los toneles arrastrados por la corriente. El trigo se repartió por igual parte a todos. Al día siguiente y en los sucesivos se repitió lo mismo. Durante la noche se expedían y recibían los toneles, y por este medio se burlaba la vigilancia de los centinelas cartagineses. Pero muy pronto continuas lluvias aumentaron por modo extraordinario la fuerza de la corriente, que en su violencia arrojó los toneles a la orilla que ocupaban los cartagineses, donde los vieron detenidos entre los sauces; y habiéndose enterado Aníbal, tomó precauciones rigurosas para que no pudiese escapar nada de lo que el Volturno llevase a la ciudad. Los romanos arrojaron nueces al río, que llevadas por la corriente a Casilino, las recogían allí con zarzos; pero al fin llegaron los sitiados a tal punto de escasez, que arrancaban las correas y el cuero de los escudos y los blandeaban en agua hirviendo para tratar de alimentarse. Fueron devoradas las ratas y todos los animales. Arrancaron las hierbas y todas las raíces que se encontraban al pie de las murallas; y como el enemigo había labrado toda la tierra vegetal que había fuera de los muros, los sitiados arrojaron semilla de nabos, por lo que exclamó Aníbal: "¿Tendré que permanecer delante de Casilino hasta que crezcan?" Y cuando hasta entonces no había querido oír hablar de condiciones de paz, consintió al fin en tratar acerca del rescate de los hombres libres. Fijóse en siete onzas de oro el precio de cada uno de ellos, y aceptadas estas condiciones, se rindieron, quedando cautivos hasta que se pagase todo el dinero; después los enviaron a Cumas, según lo estipulado. Este relato es más exacto que aquel en que se dice que Aníbal envió caballería para exterminar a los que se negaron. La mayor parte de los rendidos eran prenestinos: de seiscientos setenta que formaban la guarnición, más de la mitad perecieron por hambre o bajo el hierro. Los demás regresaron sanos y salvos a Prenesto, con su pretor M. Anicio, que antes fue escribiente. Existe un monumento que así lo prueba, y es una estatua de M. Anicio, erigida en el Foro de Prenesto, cubierta con la coraza, revestida la toga y con la cabeza velada: otras tres estatuas existen también, con la siguiente inscripción en una plancha de bronce: "Ofrenda prometida por M. Anicio a los soldados de la guarnición de Casilino". La misma inscripción ostentan tres estatuas colocadas en el templo de la Fortuna».

21) Cuando Mitrídates sitiaba Cízico, hizo desfilar a los cautivos de aquella ciudad y los expuso a los sitiados, pensando así obligar a la gente de la ciudad a rendirse, por compasión a sus compañeros. Pero los ciudadanos urgieron a los prisioneros a encontrar la muerte con el heroísmo, y persistieron en el mantenimiento de su lealtad a los romanos.

Nota: Año 74 a. de C. Apiano, Mitrídates, 73: *«Mitrídates, aunque tal vez, incluso en sus circunstancias, hubiera podido abrirse paso a través de los enemigos a causa del gran número de sus tropas, no consideró esta posibilidad, sino que puso sitio a Cízico con el material que tenía preparado para una eventualidad como ésta, considerando que de este modo enmendaría a un tiempo su mala posición y la dificultad de avituallamiento. Como tenía abundancia de material humano en su ejército, acometió toda clase de obras, bloqueó el puerto con un doble muro y el resto de la ciudad lo rodeó con un foso. Levantó numerosos terraplenes, construyó maquinas, torres, arietes protegidos con cobertizos, una torre rodante de cien codos de alto, sobre la que se alzaba otra torre provista de catapultas con las que se lanzaban piedras y proyectiles de todas clases. Dos quinquerremes unidas llevaban contra el puerto otra torre, de la cual se tendía por medio de un artilugio mecánico un puente, cuando se acercaban a la muralla. Cuando tuvo todo dispuesto, llevó en primer lugar junto a la ciudad a bordo de unas naves a tres mil prisioneros de Cizico, los cuales, tendiendo sus manos hacia adelante, suplicaban a sus conciudadanos que fueran clementes con su peligrosa situación hasta que Pisístrato, el general de los de Cízico, les hizo saber desde las murallas mediante una proclama,que, puesto que eran prisioneros, afrontaran con entereza su destino».*

22) Los habitantes de Segovia, cuando Viriato les propuso devolverles a sus mujeres y niños, prefirieron presenciar la ejecución de sus amados más que fallar a los romanos.

Nota: *Años 147 a 139 a. de C.*

23) Los habitantes de Numancia prefirieron encerrarse en sus casas y morir de hambre antes que rendirse.

Nota: Año 133 a. de C. Séneca, De la Ira, 1:11: *«Pero contra los enemigos, dicen, la ira es necesaria». Nunca lo es menos: en la guerra no deben ser los movimientos desordenados, sino arreglados y dóciles. ¿Qué otra cosa hizo a los Bárbaros inferiores a nosotros, cuando tienen cuerpos más robustos, más fuertes y endurecidos en los trabajos, sino es la ira, perjudicial siempre por sí misma? Al gladiador también lo protege el arte, y le expone la ira. Además, ¿cómo necesitar la ira cuando la razón consigue el mismo objeto? ¿Crees, acaso, que el cazador monta en ira contra las fieras? Espéralas cuando le acometen, las persigue en su fuga, y la razón hace todo esto en calma. ¿A qué se debe que tantos millares de Cimbrios y de Teutones desparramados por los Alpes, fuesen destruidos por tal matanza que, no quedando mensajero, la fama sola llevó a su país la nueva de tan inmensa derrota, sino a que la ira reemplazaba en ellos al valor? Si algunas veces derriba y destruye todos los obstáculos, frecuentemente también se pierde a sí misma. ¿Quiénes más animosos que los Germanos? ¿Quiénes más impetuosos en el ataque? ¿Quiénes más apasionados por las armas, en medio de las que nacen y crecen, formando su principal cuidado, mostrándose indiferentes para todo lo demás? ¿Quiénes más endurecidos en los sufrimientos, cuando la mayor parte de ellos ni siquiera piensan en cubrir sus cuerpos ni abrigarlos contra los perpetuos rigores de su clima? Y sin embargo, tales hombres quedan derrotados por los Españoles, por los Galos, por las endebles tropas del Asia y de la Siberia antes de que se presente una legión romana; porque nada hay como la ira para favorecer las derrotas. La razón da*

disciplina a esos cuerpos, a esas almas que ignoran las delicias, el lujo y las riquezas: para no decir nada excesivo, necesario será que nos fijemos en las antiguas costumbres romanas. ¿Por qué medio reanimó Fabio las extenuadas fuerzas del Imperio? Supo contemporizar, esperar, tener paciencia, cosas todas que no puede hacer el iracundo. El Imperio perecía, encontrándose ya en la pendiente del abismo, si Fabio hubiese intentado lo que le aconsejaba la ira. Pero atendió al bien público, y calculando sus recursos, de los que ni uno solo podía arriesgar sin arriesgarlo todo, prescindió de resentimientos y venganzas. Atento solamente a aprovechar las ocasiones, venció la ira antes de vencer a Aníbal. ¿Qué hizo Escipión? Alejándose de Aníbal, del ejército púnico y de todo aquello que debía irritarle, llevó la guerra al África con lentitud tan calculada, que la envidia puede acusarle de molicie e indolencia. ¿Qué hizo el otro Escipión? ¿No se mantuvo con perseverante obstinación alrededor de Numancia, soportando con firmeza aquel dolor tan personal como público de ver a Numancia más lenta para caer que Cartago? Y entre tanto estrecha y encierra al enemigo hasta reducirlo a sucumbir ajo su propia espada».

VI. SOBRE LA BUENA VOLUNTAD Y LA MODERACION

1) Quinto Fabio, impulsado por su hijo a tomar una posición ventajosa al costo de perder unos pocos hombres, preguntó: ¿"quieres tú ser uno de esos pocos?".

Nota: *Quinto Fabio Máximo Cunctator. Plutarco, Citas de los romanos, relata esta misma respuesta pero en boca de Cecilio Metelo y no dirigida a su hijo sino a un centurión: «Cuando Cecilio Metelo deseaba conducir a sus hombres contra un sitio fortificado, un centurión le dijo que con la pérdida de tan solo diez hombres Metelo podía conquistar el lugar. Metelo le preguntó si él quería ser uno de esos diez.*

2) Cuando Jenofonte en una ocasión estaba a caballo y acababa de ordenar que la infantería tomara posesión de cierta eminencia, oyó a uno de los soldados murmurar que era materia fácil para un hombre montado pedir tales empresas difíciles. Ante esto, Jenofonte se apeó y puso al hombre de las filas en su caballo, mientras él mismo se apresuró a pie a toda velocidad a la eminencia que había indicado. El soldado, incapaz de soportar la vergüenza de esta acción, desmontó voluntariamente entre los insultos de sus compañeros. Fue con dificultad, sin embargo, que los esfuerzos unidos de las tropas indujeron a Jenofonte a montar su caballo y restringir sus energías a los deberes que recaen sobre un comandante.

Nota: Año 401 a. de C. Jenofonte, Anábasis, 3:4 §§ 44-49: *«Quirísofo, al ver que los enemigos, adelantándose, habían ocupado esta altura, mandó llamar a Jenofonte, que iba a retaguardia, ordenándole que pasase a la vanguardia con los peltastas. Jenofonte no llevó a los peltastas, pues acababa de ver a Tisafernes con todo su ejército; pero picó espuelas a su caballo y, llegado junto a Quirísofo, le preguntó: «¿Por qué me llamas?» «Ya puedes verlo -le contestó el otro-. El enemigo ha ocupado antes que nosotros la altura que domina el camino. Pero, ¿por qué no has traído a los peltastas?» Jenofonte le respondió que no le había parecido bien dejar desamparada la retaguardia cuando los enemigos se presentaban. «Pero - continuó- es preciso ver el medio de desalojar de la colina a esos hombres.» Entonces Jenofonte vio la cumbre de la montaña, situada encima*

de donde se encontraba el ejército griego, y que desde ella un camino conducía a la colina donde estaban los enemigos. «Lo principal, Quirísofo -dijo-, es que nos lancemos lo antes posible sobre la cima. Si nos apoderásemos de ella no podrán mantenerse los que nos cierran el camino. Si te parece, tú puedes permanecer aquí con el ejército; yo estoy dispuesto a marchar; pero, si lo prefieres, ve tú a la montaña y yo me quedaré aquí.» «Dejo a tu elección lo que quieras», dijo Quirísofo. Jenofonte respondió que, puesto que era él más joven, elegía marchar, y le rogó le diese algunos hombres del frente, pues sería demasiado largo mandarlos venir de la retaguardia. Quirísofo le concedió los peltastas del frente, sustituyéndolos por los que iban en el centro del cuadro.

Pusiéronse, pues, en marcha con toda la rapidez posible. Los enemigos que estaban sobre la colina, al ver que se dirigían a la cumbre, se lanzaron inmediatamente para llegar antes que ellos. Entonces se levantó un gran griterío entre el ejército griego, animando a sus compañeros, mientras que los soldados de Tisafernes no gritaban menos animando a los suyos. Jenofonte, galopando al lado de su tropa, la animaba: «¡Soldado! -decía-, considerad que estáis ahora luchando por la Grecia, por vuestros hijos y por vuestras mujeres, y que con un pequeño esfuerzo marcharemos en lo sucesivo sin combate.» Entonces, un tal Soteridas, de Sición, le dijo: «Jenofonte, no estamos en las mismas condiciones. Tú vas a caballo; en cambio, yo marcho difícilmente con mi escudo encima.» Al oír esto, Jenofonte saltó del caballo, echó al soldado fuera de las filas y quitándole el escudo se puso a marchar con la mayor rapidez posible, y como llevaba encima la armadura de jinete iba aplastado con el peso. A los de adelante les exhortaba que avanzasen y a los de atrás que se uniesen a los otros mientras él los seguía con trabajo. Los demás soldados golpearon a Soteridas, le arrojaron piedras y le insultaron hasta obligarle a coger su escudo y marchar. Jenofonte subió entonces a su caballo y siguió en él mientras el camino lo permitió; después, apeándose del caballo, continuó a pie a toda prisa. Por fin, llegaron a la cima antes que los enemigos».

3) Cuando Alejandro marchaba a la cabeza de sus tropas un día de invierno, se sentó cerca de un fuego y comenzó a examinar las tropas mientras pasaban. Notando que cierto soldado estaba casi muerto por el frío, le ofreció a que se sentara en su lugar, añadiendo: "si hubieras nacido entre los persas, sería un delito capital sentarte en el asiento del rey; pero ya que naciste en Macedonia, ese privilegio es tuyo.

Nota: Quinto Curcio Rufo, 8:4 §§ 15-17: *«Los unos se refugiaron en las cabañas de los bárbaros, que la necesidad les hizo divisar escondidas en el extremo del bosque, otros en el campamento que establecieron en una tierra húmeda todavía; pero la crudeza del tiempo iba amainando. Esta tormenta hizo perder dos mil hombres, entre soldados, cantineros y servidores. Se dice que fueron vistos algunos, recostados en los árboles que no sólo parecían seres vivientes aún, sino conversar entre ellos, de tal manera conservaban la actitud en la que la muerte les había sorprendido. Por azar, un simple soldado macedonio, que no podía sostenerse él y sus armas, con todo, había podido llegar al campamento. Habiéndole visto el rey, aunque en aquellos momentos estaba rehaciéndose al amor de la lumbre, se levantó rápidamente de su asiento y mandó que aquel soldado entumecido y casi sin sentido se sentase, aligerado de sus armas, en su propio sitio. Durante mucho rato, el soldado no supo ni en dónde descansaba ni quien le había acogido. Cuando por fin hubo recobrado el calor vital y vio el sitial del rey y al*

propio rey, se levantó asustado. Mirándole, le dijo Alejandro: « ¿Comprendes, soldado, cuánto mejor es la situación en que vivís bajo vuestro rey que la de los persas? Pues para ellos, el mero hecho de haberse sentado en la silla del rey sería causa de muerte y para ti lo ha sido de salvación.»

4) Cuando el Divino Vespasiano Augusto se enteró que cierto joven, de buena cuna pero mal adaptado al servicio militar, había recibido un alto nombramiento a raíz de sus difíciles circunstancias, Vespasiano le dio una suma de dinero, y le concedió una baja honorable.

VII. SOBRE VARIOS AXIOMAS Y ARDIDES

1) Cayo César solía decir que él siguió la misma política hacia el enemigo que muchos doctores seguían tratando las dolencias físicas, a saber, aquella de conquistar al enemigo por el hambre más bien que por el acero.

Nota: Vegecio, 3:3 y 3:26: *«El hambre provoca más destrozos en un ejército que el enemigo y es más terrible que la espada. El tiempo y las ocasiones pueden ayudar a reparar otras desgracias, pero cuando no se proporcionan víveres y forrajes cuidadosamente, el hambre no tiene remedio. El mayor y principal punto en la guerra en asegurarse provisiones de sobra y destruir al enemigo por hambre. Un cálculo exacto, así pues, debe ser efectuado al comienzo de la guerra teniendo en cuenta el número de tropas y el gasto a realizar; para que las provincias puedan reunir y transportar en tiempo el forraje, grano y las demás clases de provisiones que se les requieran. Deben ser más que suficientes en cantidad y almacenadas en las ciudades más fuertes y convenientes antes de dar comienzo a la campaña. Si las provincias no pueden suministrar sus cuotas, se les permutará por dinero para comprar todas las cosas necesarias para el servicio. Pues las posesiones de los súbditos no se pueden asegurar más que con la defensa de las armas». «Es mucho mejor derrotar al enemigo por hambre, sorpresa o terror que en batallas campales pues, en última instancia, la fortuna ha tenido a menudo más cuenta que el valor. Tales empeños resultan mejores cuando el enemigo los ignora completamente hasta el instante en que se ejecutan. En la guerra, se depende más a menudo de la casualidad que del valor».*

2) Domicio Corbulón solía decir que el pico era el arma con la cual se debía vencer al enemigo.

3) Lucio Paulo solía decir que un general debía ser un anciano en cuanto a su carácter, significando así que debían seguirse los consejos moderados.

Nota: Livio, 44:36: *«Había pasado ya el solsticio de verano, era cerca de mediodía y las tropas habían marchado bajo los rayos del sol y entre nubes de polvo: Dejábanse sentir el cansancio y la sed, y como se encontraban en medio del día, necesariamente habían de aumentar. Emilio decidió no arriesgar sus soldados fatigados contra tropas frescas y que nada habían perdido de sus fuerzas. Pero los dos bandos se encontraban animados de tan vivo ardor, que necesitó el cónsul tanta habilidad para engañar a sus tropas como a las enemigas. Como no estaban todavía formadas las filas, excitó a los tribunos para que*

ordenasen a los soldados en batalla, recorrió las filas y enardeció a todos con sus palabras. Al principio pidieron los romanos la señal con alegres gritos; pero muy pronto, a medida que aumentaba el calor, decayó su animación y sus gritos no fueron tan intensos, inclinándose algunos sobre los escudos o apoyándose en los venablos. Entonces el cónsul mandó en alta voz a los centuriones de las primeras filas que trazasen la línea del campamento y ordenasen apear el bagaje. Ejecutóse la orden, y los soldados manifestaron abiertamente su satisfacción por no haberles obligado el cónsul a combatir, fatigados como se encontraban por la penosa marcha y por aquel intenso calor. Emilio tenía en derredor suyo sus legados y los jefes de sus tropas auxiliares, entre ellos Atalo. Todos estaban persuadidos e que el cónsul quería combatir, y lo habían aprobado; pero no había revelado su propósito a nadie, ni siquiera el de aplazamiento. Impresionados por aquel repentino cambio, todos guardaban silencio: solamente Nasica se atrevió a decir al cónsul "que no debía dejar escapar a un enemigo que tantas veces había burlado la experiencia de los generales que le precedieron con su habilidad para evitar el combate.- Era de temer, dijo, que si le dejaban decampar durante la noche, costase mucho trabajo y se corriese mucho peligro persiguiéndole hasta el interior de Macedonia. El ejército romano se vería obligado, como bajo los generales anteriores, a vagar errante por los desfiladeros y gargantas impracticables -de las montañas. Por su parte excitaba encarecidamente al cónsul para que atacase al enemigo, puesto que le tenia en frente, en campo llano, y a no perder ocasión tan propicia para vencerlo". No ofendieron al cónsul las francas observaciones de aquel ilustre joven. "Y yo también, Nasica contestó - he pensado otras veces como tú piensas ahora; día llegará en que pienses como yo pienso hoy. Larga experiencia de la guerra me ha enseñado cuándo se debe combatir y cuándo debe evitarse. No es delante del enemigo donde puedo decirte los motivos por los que conviene hoy aplazar el combate. En otra circunstancia te los manifestaré; que en este instante te baste la autoridad de un antiguo general". El joven guardó silencio, persuadido de que al general le detenían obstáculos que escapaban a su penetración».

4 Cuando la gente decía de Escipión el Africano que adolecía de falta de agresividad, se dice que contestó: «Mi madre me crió como un general, no como un guerrero».

5) Cuando un Teutón desafió a Cayo Mario y le pidió que se adelantara, Mario contestó que, si el hombre estaba deseoso de encontrar la muerte, él podría terminar su vida con un dogal. Entonces, cuando el hombre persistió, Mario lo confrontó con un gladiador de tamaño despreciable, cuya vida estaba casi agotada, y dijo al Teutón que, si derrotaba primero a este gladiador, él lucharía entonces con él.

6) Después que Quinto Sertorio aprendió por experiencia que él no era de modo alguno rival para el ejército romano entero, y deseoso de demostrar esto a los bárbaros también, que exigían precipitadamente la batalla, hizo traer a su presencia dos caballos, uno muy fuerte y el otro muy débil. Luego trajo dos jóvenes de físico correspondiente, uno robusto, el otro ligero. Se le encomendó al joven más fuerte que le sacara la cola entera al caballo débil, mientras se encomendó al joven más ligero que le sacara los pelos al caballo fuerte, uno por

uno. Entonces, cuando el joven ligero triunfó en su tarea, mientras el fuerte todavía luchaba en vano con la cola del caballo débil, Sertorio observó: "por esta imagen les he expuesto, mis hombres, la naturaleza de las cohortes romanas. Ellos son invencibles al que las ataca en un solo cuerpo; él que las ataque por grupos las rasgará y desgarrará».

Nota: Años 80 a 72 a. de C. Plutarco, Sertorio, 16: «*Abrazaban el partido de Sertorio todos los de la parte acá del Ebro, con lo cual el número era poderoso, porque de todas partes acudían y se le presentaban gentes; pero, mortificado con el desorden y la temeridad de aquella turba, que clamaba por venir a las manos con los enemigos, sin poder sufrir la dilación, trató de calmarla y sosegarla por medio de la reflexión y del discurso. Mas cuando vio que no cedían, sino que insistían tenazmente, no hizo por entonces caso de ellos, y los dejó que fueran a estrellarse con los enemigos, con la esperanza de que, no siendo del todo deshechos, sino hasta cierto punto escarmentados, con esto los tendría en adelante más sujetos y obedientes. Sucedió lo que pensaba, y marchando entonces en su socorro los sostuvo en la fuga, y los restituyó con seguridad al campamento. Queriendo luego curarlos del desaliento, los convocó a todos al cabo de pocos días a junta general, en la que hizo presentar dos caballos, el uno sumamente flaco y viejo, y el otro fuerte y lozano, con una cola muy hermosa y muy poblada de cerdas. Al lado del flaco se puso un hombre robusto y de mucha fuerza, y al lado del lozano otro hombre pequeño y de figura despreciable. A cierta señal, el hombre robusto tiró con ente ambas manos de la cola del caballo como para arrancarla, y el otro pequeño, una a una, fue arrancando las cerdas del caballo brioso. Como al cabo de tiempo el uno se hubiese afanado mucho en vano, y hubiese sido ocasión de risa a los espectadores, teniendo que darse por vencido mientras que el otro mostró limpia la cola de cerdas en breve tiempo y sin trabajo, levantándose Sertorio: "Ved ahí- les dijo-, oh camaradas, cómo la paciencia puede más que la fuerza; cómo cosas que no pueden acabarse juntas ceden y se acaban poco a poco; nada resiste a la asiduidad, con la que el tiempo, en su curso, destruye y consume todo poder, siendo un excelente auxiliador de los que saben aprovechar la ocasión que les presenta e irreconciliable enemigo de los que fuera de sazón se precipitan". Inculcando continuamente Sertorio a los bárbaros estas exhortaciones, los alentaba y disponía para esperar la oportunidad».*

7) El cónsul Valerio Levino, habiendo sorprendido a un espía dentro de su campamento, y teniendo entera confianza en sus propias fuerzas, ordenó que el hombre fuera conducido alrededor, observando que, con el propósito de aterrar al enemigo, su ejército estaba abierto a la inspección por parte de los espías del enemigo, tan a menudo como lo desearan.

Nota: Año 280 a. de C. Eutropio, Epítome de Historia Romana, 2:11: «*La guerra fue al mismo tiempo proclamada contra los Tarentinos (quiénes son todavía un pueblo en el extremo de Italia), porque ellos mostraron violencia hacia algunos embajadores romanos. Este pueblo pidió a Pirro, rey de Epiro ayuda contra los romanos, quien derivaba su origen de la familia de Aquiles. Pronto pasó a Italia, y fue entonces cuando los romanos lucharon por primera vez con un enemigo de ultramar. El cónsul Publio Valerio Levino fue enviado contra él, y habiendo capturado a algunos espías de Pirro, ordenó que fueran conducidos por el campo, y que fueran exhibidos ante todo el ejército,*

y que luego fueran despedidos, de modo que pudieran contarle a Pirro lo que ocurría entre los romanos. Poco después tuvo lugar un enfrentamiento y Pirro, al borde de huir, consiguió la victoria por medio de sus elefantes, a la vista de los cuales, los romanos, a quien ellos eran extraños, quedaron enormemente aterrorizados; pero la noche puso fin a la batalla. Levino, sin embargo, huyó durante la noche. Pirro tomó mil ochocientos prisioneros romanos, y los trató con el mayor honor; a los muertos los sepultó. Observando a aquellos que estaban muertos, con sus heridas al frente, y con semblantes severos, se dice que levantó sus manos al cielo, gritando que "él podría haber sido amo del mundo entero, si tales soldados hubieran caído a su suerte."

8) Cedicio, un centurión de la primera línea, quién actuó como líder en Germania cuando, después del desastre de Varo, nuestros hombres eran sitiados, temía que los bárbaros trajeran hasta las fortificaciones la madera que habían juntado, y prendieran fuego a su campamento. Por lo tanto fingió necesitar combustible, y envió hombres en cada dirección para robarlo. De esta manera hizo que los germanos eliminaran el total de los árboles talados.

Nota: Veleyo Patérculo, 2:120 § 4: *«El valor de Lucius Cedicio, prefecto del campamento, también merece alabanza, y de aquellos que, encerrados con él en Aliso, fueron sitiados por una fuerza inmensa de germanos. Venciendo todas sus dificultades que las necesidades hicieron insoportables y las fuerzas del enemigo casi insuperables, siguiendo un esquema que fue cuidadosamente considerado, y utilizando una vigilancia que estaba siempre alerta, vieron su posibilidad, y con la espada reconquistó el camino de regreso a sus amigos».*

9) Cneo Escipión, en un combate naval, lanzó tarros llenos con brea y resina entre los buques del enemigo, a fin de que el daño pudiera resultar tanto del peso de los proyectiles como de dispersar su contenido, que serviría como combustible para un incendio.

Nota: Año 343 a. de C. Livio, 7:34-35-36 *(fragmento muy extenso para ser reproducido).*

10) Aníbal sugirió al Rey Antíoco que lanzara tarros llenos de víboras entre los barcos del enemigo, a fin de impedir a las tripulaciones, por el miedo a éstas, luchar y realizar sus deberes náuticos.

Nota: *Justino, Epítome de la Historia Romana, 32:4 §§ 6-7, presenta a Aníbal como sugiriendo este truco a Prusias: «Luego, como Prusias había sido vencido en tierra por Eumenes, y trasladó la lucha al mar, Aníbal fue el autor de la victoria gracias a un plan original: en efecto, ordena introducir toda suerte de serpientes en cántaros de arcilla y, en medio de la batalla, las envía sobre los buques de los enemigos. Los pónticos se burlaron primero de ver a sus enemigos combatir con cántaros, en hombres que no podían combatir con espada, pero cuando los buques comenzaron a estar llenos de serpientes, rodeados por un doble peligro, abandonaron la victoria al enemigo».*

1) Prusias hizo lo mismo cuando su flota comenzaba a rendirse.

12) Marco Porcio Catón, habiendo embarcado en los barcos del enemigo, expulsó de ellos a los cartagineses. Entonces, habiendo distribuido sus armas e insignia entre sus propios hombres, hundio muchos barcos del enemigo, engañándolos con su propio equipo.

13) En vista de que los atenienses habían sido sujetos de ataques repetidos por parte de los Espartanos, en una ocasión, en el curso de un festival que ellos celebraban fuera de la ciudad en honor a Minerva, estudiadamente fingieron el rol de adoradores, aún con las armas ocultas bajo su ropa. Cuando la ceremonia terminó, no volvieron inmediatamente a Atenas, sino que inmediatamente marcharon rápidamente sobre Esparta en un momento en el que menos temieron, y devastaron las tierras de un enemigo cuyas víctimas eran a menudo ellos.

14) Casio puso fuego a algunos transportes que no eran de gran uso para nada más, y los envió con un buen viento contra la flota del enemigo, destruyéndola así por el fuego.

Nota: Año 48 a. de C. César, Las Guerras Civiles, 3:101: *«Casi al mismo tiempo aportó Casio a Sicilia con su armada naval de Siria, Fenicia y Cilicia, y hallándose la de César en dos divisiones, una a cargo de Publio Sulpicio, pretor en Vibona cerca del Faro, la otra al mando de Marco Pomponio en el puerto de Mesina, primero surgió aquí Casio que Pomponio supiese que venía; y encontrándole asustado sin guardias ni tropa reglada, favorecido de un viento recio, disparó contra la escuadra de Pomponio unos navíos de carga atestados de teas, alquitrán, estopa y otras materias combustibles, abrasó todas sus treinta y cinco naves, de las cuales veinte eran entoldadas; y fue tan grande el susto que causó a todos este suceso, que habiendo una legión entera de guarnición en Mesina, apenas acertaban en la defensa de la plaza; y a no haber llegado en aquella sazón noticia de la victoria de César por la posta, los más tenían por cierto que se hubiera perdido. Pero llegando estas noticias al mejor tiempo, se mantuvo fuerte. Con que Casio enderezó de aquí hacia Cibona contra la escuadra de Sulpicio, y viendo nuestras naves arrimadas a tierra, por este mismo recelo, él hizo lo mismo que antes. Ayudado del viento en popa, destacó cerca de cuarenta brulotes, y prendiendo fuego por los dos costados, cinco navíos quedaron hechos ceniza. Como las llamas por la impetuosidad del viento se fuesen extendiendo, los soldados de las legiones veteranas, que por sus achaques habían quedado en la isla de presidio, no pudieron sufrir tan grande afrenta, sino que por su propio impulso subieron a las naves, alzaron anclas, y arrojándose de golpe sobre la armada de Casio, apresaron dos galeras de cinco órdenes de remos, una de las cuales montaba él. Pero Casio, saltando al bote, logró escaparse. De allí a poco se supo tan ciertamente la función de Tesalia, que hasta los mismos pompeyanos la creían ya; siendo así que antes la tenían por invención forjada de los subalternos y apasionados de César. Con que desengañado Casio, levantó velas de estas costas con su armada».*

15) Cuando Marco Livio derrotó a Asdrúbal, y ciertas personas lo impulsaron a perseguir al enemigo hasta la aniquilación, él contestó: "deje que algunos

sobrevivan para llevar al enemigo las noticias de nuestra victoria".

Nota: Año 207 a. de C. Livio, 27:49: *«Muchos elefantes fueron muertos por sus conductores o por el enemigo. Aquellos conductores iban provistos de un cincel y un martillo, y cuando veían a sus animales enfurecerse y precipitarse en medio de las filas cartaginesas, les introducían el cincel entre las orejas, en la articulación que une la cabeza con el cuello, y lo clavaban con todas sus fuerzas. Este era el medio más rápido que habían encontrado para terminar con aquellas enormes masas, cuando no podían ya sujetarlas. Asdrúbal fue quien primeramente tuvo esta idea. Célebre ya por tantas hazañas, este general conquistó su última gloria en esta batalla. Con sus exhortaciones e intrepidez para afrontar los peligros, sostuvo a los combatientes; y cuando sus soldados, rendidos de fatiga y desalentados, se negaban a continuar el combate, les reanimó con súplicas y reconvenciones; rehízoles en la fuga, y se le vio restablecer el combate en muchos puntos. En fin, cuando la fortuna se declaró por los romanos, no quiso sobrevivir a aquel brillante ejército que su nombre sólo había arrastrado, y lanzando su caballo en medio de una cohorte romana, murió combatiendo, cual convenía a un hijo de Amílcar y hermano de Aníbal. En el transcurso de aquella guerra, jamás jornada alguna fue tan sangrienta para el enemigo, pudiéndosela considerar como la revancha de Cannas, tanto por la muerte del general, como por la destrucción del ejército. Cincuenta y seis mil cartagineses fueron muertos, cinco mil cuatrocientos quedaron prisioneros y se recogió inmenso botín de todas clases, especialmente oro y plata, recobrándose más de tres mil ciudadanos romanos, que estaban en poder del enemigo. Ésta fue la compensación de las pérdidas experimentadas en el combate, porque la victoria había costado cara, pereciendo cerca de ocho mil hombres entre romanos y aliados. Tan hartos estaban los vencedores de sangre y de matanza, que a la mañana siguiente, cuando anunciaron al cónsul Livio que un cuerpo de galos cisalpinos y ligurios, que no había tomado parte en el combate, que había escapado de la matanza, huía en masa sin jefes ni enseñas, sin orden ni disciplina, y que una turma bastaría para destruirlo, contestó: "Que vivan para que haya testigos que publiquen su derrota y nuestra gloria».*

16) Escipión el Africano solía decir que al enemigo no sólo había que proporcionarle un camino para la huída, sino que hasta debía estar pavimentado.

Nota: Vegecio, 3:21: *«Los generales poco avezados en la guerra creen una victoria incompleta a menos que el enemigo esté tan encerrado en su terreno o tan rodeado por el número que no tenga posibilidad de escapar. Pero en tal situación, donde no queda esperanza, el propio miedo armará al enemigo y la desesperación le inspirará valor. Cuando los hombres se encuentran inevitablemente perdidos, resuelven morir con sus camaradas y con las armas en las manos. La máxima de Escipión, que se debe tender un puente de oro al enemigo que huye, debe ser muy encarecida. Pues cuando tienen una vía de escape no piensan en otra cosa más que en salvarse huyendo y la confusión se generaliza, haciéndose gran carnicería de ellos. Los perseguidores no estarán en peligro al desprenderse los vencidos de sus armas para huir mejor. En tal caso, cuanto mayor sea el número del ejército que huye, mayor será la matanza. La cantidad no tiene importancia cuando las tropas han caído en la desmoralización y están igualmente aterrorizadas por la visión del enemigo y la de sus armas. Por el contrario, los hombres encerrados, por débiles que estén o pocos que sean, se vuelven un problema para su*

enemigo al entender que no tienen más recurso que la desesperación. Así, según la máxima de Virgilio, "La seguridad del vencido es la esperanza de no haberla".

17) Paques, el ateniense, declaró en una ocasión que el enemigo sería perdonado, si dejaban de lado el acero. Cuando todos habían cumplido con estos términos, ordenó que todos fueran ejecutados, ya que tenían broches de acero en sus capas.

Nota: *Año 427 a. de C. Tucídides, 3:34, cita otra instancia de la astucia traicionera de este personaje: «De esto avisaron a Paques y a los atenienses por muchos conductos, y en especial por un espía que enviaron los de Eritras, porque no estando las ciudades de Jonia cercadas de muros, tenían gran temor de que los peloponesios, pasando a lo largo por la costa, aun sin propósito de detenerse, saltaran a tierra por robar los lugares que hallasen en el camino, y también porque la Salamina y la Páralos afirmaban que habían visto la armada de los enemigos en la isla de Claros. Paques hizo vela para seguir a Álcidas, y le siguió con la mayor diligencia que pudo hasta la isla de Patmos, mas viendo que no podía alcanzarle se volvió, juzgando ventajoso, de no encontrarle en alta mar, no hallarle en otro punto, para no verse forzado a cercarle su campo, hacer su guardia y acometer. A la vuelta pasó por la ciudad de Notion, que es de los colofonios, porque Itámanes y otros bárbaros, aprovechando las contiendas entre los ciudadanos, habían ocupado la fortaleza de la ciudad, que era a manera de un burgo o ciudadela apartada de los muros, y después, a la sazón que los peloponesios entraron la postrera vez en el Ática, se movió gran discordia entre los nuevos moradores y los antiguos. Los que habitaban la ciudad se habían fortificado en los muros entre ésta y el burgo, y teniendo consigo algunos soldados bárbaros que la ciudad de Pisutnes y los arcadios les habían enviado, convinieron con los que estaban en el burgo o ciudadela, que eran del partido de los medos, en ejercer todos el mando y gobierno de la ciudad, y los que no quisieron ser de su bando, salieron huyendo y pidieron a Paques socorro. Al llegar éste mandó llamar a Hipias, que era capitán de los del castillo. Acudió éste bajo promesa de que si no querían hacer lo que Paques les mandase, le enviarían sano y salvo hasta dentro de la ciudad; pero al llegar fue detenido y mandó Paques marchar su gente hacia el fuerte donde estaban los arcadios y los bárbaros, que no sospechaban mal ninguno, tomándolo por asalto, y matando a todos. En seguida hizo llevar a Hipias hasta la ciudad, sin hacerle mal ninguno, según se lo había prometido, mas cuando estuvo dentro, ordenó matarle a flechazos, y entregó la ciudad a los colofonios, lanzando fuera a los que habían seguido el partido de los medos. Hecho esto, los atenienses, que habían sido fundadores de aquella ciudad, reunieron a los colofonios que pudieron hallar de los de su bando, y los enviaron a habitar en ella, conforme a sus leyes y estatutos».*

18) Cuando Asdrúbal invadió el territorio de los númidas con el propósito de someterlos, y ellos se disponían a resistir, él declaró que había venido para capturar a elefantes, un animal que abunda en Numidia. Por este privilegio ellos exigieron dinero, y Asdrúbal prometió pagarlo. Habiendo por estas representaciones alejada toda sospecha, los atacó y los sometió a su poder.

19) Alcetas, el Espartano, a fin de llevar a cabo más fácilmente un ataque por sorpresa contra un convoy de suministro de los tebanos, preparó sus barcos en

un lugar secreto, y entrenó a sus remeros por turnos en una galera sola, como si fuera todo lo que tenía. Entonces en cierto momento, cuando los buques tebanos iban pasando en su partida por delante de él, envió todos sus barcos contra ellos y capturó sus provisiones.

Nota: Año 377 a. de C. Polieno, 2:7: *«El Lacedemonio Alcetas, levando anclas delante de Istiée, quiso esconder a los tebanos que tenía varios navíos armados. Para este efecto, puso sobre una galera una parte de sus soldados, e hizo hacer la maniobra de una manera que podía dar a creer a los enemigos que tenía solamente este buque armado para la guerra. Por este medio, se hizo dueño de todo lo que estaba sobre las galeras de los tebanos».*

20) Cuando Ptolomeo, con una fuerza débil competía contra el poderoso ejército de Pérdicas, hizo que unos jinetes llevaran animales de todas las clases, con cepillos sujetos a sus espaldas para que los arrastraran detrás de ellos. Él siguió adelante con las fuerzas que tenía. Como consecuencia, el polvo levantado por los animales produjo el aspecto de que le seguía un fuerte ejército, y el enemigo, aterrorizado por esta impresión, fue derrotado.

Nota: Año 321 a. de C. Polieno 4:19: *«Cuando Pérdicas marchó río abajo a Menfis, con la intención de cruzarlo, Ptolomeo ató su equipaje a varias cabras, cerdos, y bueyes, y dejó a los pastores con algunos de sus caballos para conducirlos. El equipaje así arrastrado a lo largo de la tierra por aquellos animales levantó un polvo prodigioso; y expuesto pareció la marcha de un ejército numeroso. Con el resto de su caballería Ptolomeo persiguió al enemigo, y se acercó a ellos cuando cruzaban el río, parte habiéndolo pasado ya, y quienes, por el polvo, sospechando un numeroso ejército en su retaguardia, escaparon, muriendo otros en el río, y un gran número tomado prisioneros».*

21) Mirónides, el ateniense, cuando estaba por luchar en una llanura abierta contra los tebanos, quiénes eran muy fuertes en caballería, advirtió a sus tropas que, si ellos se plantaban sobre el terreno, había alguna esperanza de salvación, pero que si ellos cedían el paso, la destrucción era absolutamente segura. De esta manera animó a sus hombres y obtuvo la victoria.

Nota: Año 457 a. de C. Polieno, 1:35 § 2: *«Mirónides, mientras conducía a los Atenienses contra Tebas, se detuvo en una planicie, y ordenó a sus tropas bajar las armas, y mirar todo alrededor: «Ustedes ven, dijo, la disposición y la extensión de la planicie, y la numerosa caballería de los enemigos. Si huimos, es imposible evitar ser deshecho por esta caballería. La única forma de poder asegurar nuestra salvación, es permanecer firmes». Fue así como impidió a sus tropas desbandarse: él se llevó la victoria, y pasó a la Fócide y a Locris».*

22) Cuando Cayo Pinario estaba a cargo de la guarnición de Enna en Sicilia, los magistrados de la ciudad exigieron las llaves de las puertas que él tenía a su cuidado. Sospechando que ellos se disponían a pasarse a los cartagineses, pidió sólo una noche para considerar la materia; y, revelando a sus soldados la

traición de los griegos, los instruyó en prepararse y esperar su señal en la mañana. Al amanecer, en presencia de sus tropas, anunció al pueblo de Enna que él entregaría las llaves, si todos los habitantes de la ciudad estaban de acuerdo en su punto de vista. Cuando el pueblo entero se reunió en el teatro para definir esta cuestión, y, con el obvio objetivo de rebelarse, hizo la misma demanda, Pinario dio la señal a sus soldados y asesinó a todo el pueblo de Enna.

Nota: Año 214 a. de C. Polieno, 8:21: *«Los habitantes de Enna, resueltos a renunciar a la alianza con los Romanos, pidieron nuevamente las llaves de las puertas a Pinario, gobernador de la plaza. «Mañana, dijo, si todo el pueblo reunido lo ordena por un decreto público, obedeceré». Todo el pueblo se reunió al día siguiente en el teatro. Durante la noche, Pinario emboscó bajo el fuerte a los soldados más vigorosos, y ordenó a otros rodear el teatro y ocupar las salidas, esperando la señal que les daría. Los habitantes de Enna reunidos dieron un decreto, por el cual declaraban su defección. En el momento en que el gobernador dio la señal, sus soldados se pusieron, unos a lancear a los traidores de arriba hacia abajo, y otros, que interceptaban los pasajes, tirando las espadas, golpeaban al pueblo amontonado. Los habitantes cayeron todos unos sobre otros, y perecieron, salvo algunos que se colaron por arriba de las murallas, y se escaparon secretamente por un acueducto».*

23) Ifícrates, el general ateniense, armó una vez su propia flota según el estilo del enemigo, y zarpó a cierta ciudad a cuya gente él veía sospechosa. Siendo bienvenido con entusiasmo desenfrenado, descubrió así su traición y saqueó su ciudad.

Nota: Año 390-389 a. de C. Polieno, 3:9 § 58: *«Ifícrates, que quería conocer y convencerse de la traición de los de Quíos que estaban por los intereses de los Lacedemonios, ordenó a unos capitanes de galeras largarse durante la noche, y presentarse al día siguiente delante de Quíos, armados y equipados como los Lacedemonios. Los que estaban por Esparta, viéndoles, fueron al puerto con mucha alegría. Ifícrates los rodeó, y los tomó prisioneros, transportándolos a Atenas para ser castigados allí».*

24) Cuando Tiberio Graco proclamó que él concedería la libertad a los esclavos voluntarios que mostraran coraje, pero crucificaría a los cobardes, aproximadamente cuatro mil hombres que habían luchado más bien lánguidamente, se juntaron en una colina fortificada por miedo al castigo. Luego Graco envió hombres a decirles que, en su opinión, la fuerza entera de los esclavos voluntarios había compartido la victoria, ya que habían derrotado al enemigo. Por esta expresión de confianza, los liberó de sus aprehensiones y los volvió a aceptar.

Nota: Año 214 a. de C. Livio 24:14-16:«14. *Por los mismos días el cónsul Q. Fabio hizo una tentativa sobre Casilino, ocupado por guarnición cartaginesa; y por otra parte, Hannón marchó del país de los brucios con numerosa infantería y caballería, y T. Graco, de Luceria; los dos, como de concierto, se dirigieron sobre Benevento, entrando Graco*

desde luego en la ciudad; pero habiendo sabido que Hannón había acampado a unas tres millas de distancia, en las orillas del río Caloro, y que desde allí talaba los campos, salió de la ciudad, colocó su campamento a mil pasos del enemigo y convocó a sus soldados en asamblea. Sus dos legiones las formaban en gran parte esclavos alistados voluntariamente. Hacia dos años que preferían merecer en silencio la libertad a reclamarla en voz alta. Sin embargo, al dejar los cuarteles de invierno, T. Graco había oído murmurar a algunos soldados y preguntar si no combatirían nunca como hombres libres; por lo que escribió al Senado, no lo que pedían, sino lo que habían merecido: "Hasta hoy -decía Graco- les he encontrado valientes y animosos, faltándoles solamente para ser verdaderos soldados ser libres." El Senado se encomendó a él para que hiciese lo más conveniente al interés de la república. Entonces, antes de venir a las manos con el enemigo, Graco les declaró "que había llegado para ellas el momento de conquistar la libertad que por tanto tiempo habían esperado; que a la mañana siguiente iba a trabarse el combate en una llanura sin accidentes, descubierta por todos lados, donde, sin temor de emboscadas, el valor verdadero decidiría la victoria; que el que trajese la cabeza de un enemigo, en el acto sería declarado libre; que el que, por el contrario, huyese, moriría en el suplicio de los esclavos: cada cual tenía su fortuna en sus manos y no era solamente el quien les garantizaba la libertad, sino el cónsul M. Marcelo y todo el Senado, que aceptaba su decisión." Leyóles las cartas del cónsul y el senatus-consulto, brotando entonces gritos y aclamaciones unánimes; todos piden el combate y le instan para que dé la señal. Graco fijó la batalla para el día siguiente y disolvió la asamblea. Contentos los soldados, especialmente aquellos cuya libertad debía ser el precio de su valor en un solo día, emplearon el tiempo que les quedaba en preparar las armas. 15. Al sonar las trompas a la mañana siguiente fueron los primeros en reunirse armados delante de la tienda del general. Al salir el sol, formó Graco sus tropas en batalla y el enemigo aceptó en seguida el combate: el cartaginés tenía diecisiete mil infantes, en su mayor parte del Brucio y de la Lucania, y mil doscientos jinetes que, exceptuando algunos italianos, casi todos eran númidas y moros. Peleóse con ardor y por largo tiempo, manteniéndose indecisa la victoria durante cuatro horas, siendo el mayor estorbo de los romanos que su libertad había sido puesta al precio de una cabeza; porque en cuanto un soldado mataba valerosamente a un enemigo, perdía el tiempo en esforzarse para cortarle la cabeza en medio de la confusión y del tumulto; y además los más valientes, teniendo todos en la mano derecha una cabeza, habían cesado de combatir: solamente los tímidos y los cobardes combatían aún. Los tribunos de los soldados acudieron a decir a Greco "que los enemigos que continuaban de pie no recibían heridas; que los soldados se ocupaban en degollar a los caídos y que llevaban en la mano, no la espada, sino cabezas humanas." Graco les manda entonces arrojarlas y lanzarse sobre el enemigo; su valor estaba bastante probado, era asaz brillante, y los valientes tenían asegurada la libertad. Entonces comenzó de nuevo el combate y la caballería se lanzó también contra el enemigo. Los númidas la recibieron con intrepidez, y adquiriendo el combate tanta energía entre los jinetes como entre los peones, queda de nuevo dudosa la victoria. Los dos generales exclaman, el romano, que no tenían que habérselas más que con brucios y lucanos, tantas veces vencidos y sometidos por sus antepasados; el cartaginés, que solamente tenían delante esclavos de Roma, hombres salidos de la prisión para ser soldados. En fin, Graco declara a sus tropas "que no esperen ser libres jamás, si aquel mismo día no queda derrotado y destrozado el enemigo." 16. De tal manera enardecieron sus ánimos estas últimas palabras, que lanzando nuevo grito, y transformados repentinamente, se precipitan con rabia contra el enemigo, que no puede

sostener por más tiempo el choque. En el acto quedaron quebrantadas las primeras filas de los cartagineses, en seguida las enseñas y al fin quedó desordenado todo el ejército. Desde aquel momento no fue dudosa la derrota. Los cartagineses corren hacia su campamento, tan turbados y aterrados, que ni en las puertas, ni detrás de las fortificaciones, oponen resistencia. Los romanos, que les perseguían, entran mezclados con ellos como si formasen un solo ejército. Encerrados en el interior del campamento, tienen que librar nueva batalla. El combate estaba restringido a límites más estrechos, y la matanza fue más espantosa, ayudando a ella los cautivos, que, en medio del tumulto, cogen armas, forman grupo, y atacando por la espalda a los cartagineses, les cortan la retirada. De un ejército tan numeroso escaparon menos de dos mil hombres, casi todos jinetes, con su general a la cabeza; el resto sucumbió o quedó prisionero, cogiendo también treinta y ocho enseñas. Los vencedores perdieron cerca de dos mil hombres. Todo el botín, exceptuando los prisioneros, quedó abandonado a los soldados. Las bestias se reservaron a sus propietarios que las reconociesen en el término de treinta días. Cuando el ejército, cargado con los despojos del enemigo, regresó al campamento, cerca de cuatro mil voluntarios, que habían combatido flojamente y no habían entrado con los otros, por temor al castigo, se refugiaron sobre una colina cerca del campamento. Trayéndoles a la mañana siguiente los tribunos de los soldados, llegaron a la asamblea reunida ya por orden de Graco. El procónsul distribuyó primeramente a los veteranos las recompensas militares, según se había distinguido cada uno en el combate por su valor y sus servicios. En cuanto a los voluntarios, dijo: "que prefería alabarles a todos, lo hubiesen o no merecido, a castigar a algunos en un día como aquel. Que a todos les declaraba libres, deseando que aquella determinación fuese buena, útil y afortunada para la república y para ellos mismos". Dichas estas palabras, brotaron gritos de entusiasmo; abrazábanse, felicitábanse, alzaban las manos al cielo, y pedían para el pueblo romano y para Graco toda clase de felicidades. Entonces volvió a hablar Graco: "Antes de haceros a todos iguales por los derechos de la libertad, no he querido aplicar a ninguno de vosotros el nombre de valiente o de cobarde. Ahora que la república acaba de pagar su deuda, como no se debe suprimir la diferencia entre el valor y la cobardía, tomaré los nombres de aquellos que, conociéndose culpables de debilidad en el combate, acaban de separarse del ejército. Haré que se presenten sucesivamente delante de mí, y les obligaré a jurar que, a menos de enfermedad que se lo impida, comerán y beberán siempre de pie mientras dure su servicio. Y os someteréis a este castigo sin murmurar, si consideráis que no pueda haberlo menor para vuestra cobardía". En seguida mandó reunir los bagajes, y los soldados, llevando y conduciendo delante su botín, volvieron a Benevento, entregándose a transportes de alegría, de manera que parecía regresaban de una fiesta, de un festín y no de un combate. Los beneventinos salieron a recibirlos, abrazando a los soldados, felicitándoles y ofreciéndoles hospitalidad. Todos habían puesto mesas en los patios de sus casas, y llamaban a los soldados, rogando a Graco les permitiese que fuesen a sentarse. Graco lo consintió, pero a condición de que comiesen en público. Cada vecino sacó su comida a la puerta; los voluntarios, con la cabeza cubierta con el pileum o gorro de lana blanca, tomaron parte en el banquete, unos en los lechos, otros de pie, sirviendo y comiendo a la vez. De regreso a Roma, creyó Graco que el espectáculo de aquella fiesta merecía quedar pintado en el templo de la libertad, construido e inaugurado en el monte Aventino, por los cuidados de su padre, que empleó en su edificación el dinero procedente de las multas».

25) Después de la batalla del Lago Trasimeno, donde los romanos sufrieron un

gran desastre, Aníbal, habiendo convocado a seis mil enemigos bajo su poder en virtud de un convenio que él hizo, permitió generosamente a los aliados "de Nombre latino" que volvieran a sus ciudades, declarando que él emprendía la guerra para la liberación de Italia. Como resultado, por medio de su ayuda, recibió en rendición a varias tribus.

Nota: Año 217 a. de C. Polibio, 3:77, 84-85: *«**77**. Llegada la primavera, Flaminio tomó sus legiones, atravesó la Etruria, y fue a campar a Arrecio. Mientras tanto Servilio marchó a Arimino para contener por aquella parte el ímpetu del enemigo. Aníbal durante el cuartel de invierno en la Galia cisalpina retuvo en prisiones a los romanos que había capturado en la última batalla suministrándoles escasamente lo necesario. Mas por lo tocante a los aliados, después de haberlos tratado por el pronto con toda humanidad, los reunió y les dijo que él no había venido a pelear contra ellos sino contra los romanos por su defensa; que era interés suyo si lo consideraban atentamente, el preferir su amistad; puesto que el principal motivo de su venida era por restituir la libertad a los italianos y ayudarles a recobrar las ciudades y campos de que los romanos les habían despojado. Dicho esto, despidió a todos a sus casas sin rescate. Su propósito en esto era, a más de atraer por este medio a su partido los pueblos de Italia y enajenar sus ánimos de los romanos, conmover asimismo a aquellos cuyas ciudades o puertos se hallaban bajo el poder romano.*

***84**. Había aquel día una niebla muy espesa. Lo mismo fue conocer Aníbal que la mayor parte del ejército había penetrado en el valle, y tocaba ya con él la vanguardia enemiga, dio la señal de atacar, y envió orden a los que estaban emboscados para acometer a un tiempo a los romanos por todos lados. Flaminio se sorprendió de un lance tan imprevisto. Los jefes y tribunos romanos, rodeados de una densa niebla que le impedía la vista, y atacados e invadidos desde lo alto por diferentes sitios, no sólo se encontraban imposibilitados de acudir a donde era preciso, pero ni aun entender podían lo que ocurría. Efectivamente, ya les acometían por el frente, ya por la espalda, ya por los flancos, de que provenía que los más eran pasados a cuchillo en la misma forma que iban marchando, sin darles lugar a ponerse en defensa, vendidos, digámoslo así, por la impericia de su jefe. Se hallaban aún deliberando lo que habían de hacer, cuando de improviso descargaba sobre ellos el golpe de la muerte. Entonces, Flaminio, abatido y desesperanzado de todo remedio, perdió la vida a manos de ciertos galos que le atacaron. Perecieron en el valle casi quince mil romanos, sin poder obrar ni evitar el lance. Esta es una ley inviolable en su disciplina, no huir ni desamparar las líneas. Los que a la entrada del desfiladero fueron interceptados entre el lago y el pie de las montañas, tuvieron una muerte vergonzosa, o por mejor decir, lastimosa. Impelidos dentro del lago unos, turbado el sentido se echaron a nadar, y con el peso de las armas se ahogaron; y los más se metieron hasta donde pudieron, dejando solo la cabeza fuera del agua. Mas luego que sobrevino la caballería, viendo inevitable su ruina, levantaban las manos, pedían la vida, y cometían todo género de humillaciones; pero al fin, o fueron degollados por los enemigos, o animándose mutuamente se dieron una muerte voluntaria. Sólo seis mil hombres de los que entraron en el valle vencieron a los que tenían al frente; y aunque muy capaces de contribuir en gran parte a la victoria, ni pudieron dar socorro a los suyos, ni rodear a los contrarios, por no ver lo que se hacían. Con el afán de ir adelante, marchaban creyendo encontrar siempre cartagineses, hasta que sin saber cómo se hallaron en las cumbres. Situados en lo más alto, y disipada ya la niebla, advirtieron el*

estrago ocurrido, e imposibilitados de hacer algún esfuerzo, por estar ya el enemigo apoderado de toda la campaña, se retiraron unidos a cierto lugar de la Etruria. Después de la acción se destacó allá al capitán Maharbal con los españoles y lanceros, sitió el lugar por todos lados, y los redujo a tal escasez que, depuestas las armas, se rindieron bajo la sola condición de que les salvasen las vidas. Así pasó en general la batalla que se dio en la Etruria entre romanos y cartagineses.

***85**. Aníbal, traídos a su presencia los prisioneros, tanto los que Maharbal había hecho como los otros, los reúne todos en número de más de quince mil y ante todo les dice: que Maharbal no tenía facultades para asegurarles la vida sin haberle consultado. De aquí tomó motivo para reprender a los romanos; y hecho esto, distribuyó entre los batallones para que los custodiasen, a cuantos habían sido capturados. A los aliados los dejó ir todos a sus casas sin rescate, advirtiéndoles lo mismo que anteriormente había manifestado, que él no había venido a hacer la guerra a los italianos, sino a los romanos, por recobrar a ellos la libertad. Más tarde, dio descanso a sus tropas e hizo los funerales a treinta de los más principales de su ejército que habían muerto. La pérdida total ascendía a mil quinientos hombres, la mayor parte galos. Hecho esto, seguro ya de la victoria deliberaba con su hermano y demás confidentes por dónde y cómo adelantaría sus conquistas. Recibida en Roma la nueva de esta derrota, los magistrados no pudieron suavizar ni aminorar el hecho por ser un infortunio de tanto bulto; y así, convocado a junta el pueblo, se vieron en la necesidad de declararle la verdad del caso. Luego que el pretor dijo desde la tribuna a los circunstantes: hemos sido vencidos en una gran batalla, la consternación fue tal, que los que se habían hallado en una y otra parte, creyeron haber hecho entonces más estrago estas palabras que la batalla misma. Y con razón, pues no estando acostumbrados de tiempo inmemorial a escuchar palabra o acción que confesase su vencimiento, sentían ahora la pérdida sin medida y sin consuelo. Sólo el Senado permaneció invariable en el ejercicio de sus funciones, providenciando lo qué y cómo cada uno había de actuar en adelante».*

26) Cuando Locri fue bloqueada por Crispino, almirante de nuestra flota, Magón hizo correr el rumor en el campamento romano que Aníbal había matado a Marcelo y venía para aliviar Locri del bloqueo. Entonces, enviando a la caballería en secreto, ordenó que se mostraran en las montañas, que estaban a la vista. Por hacer esto, hizo que Crispino abordara sus buques y se largarse, en la creencia de que Aníbal estaba cerca.

***Nota:** Año 208 a. de C. Livio, 27:28: «Creyendo Aníbal que la muerte de un cónsul y la herida del otro habían sembrado espanto entre los enemigos, quiso aprovechar la ocasión y trasladó en seguida su campamento a la eminencia en que se verificó el combate. Allí encontró el cadáver de Marcelo, que mandó sepultar. Asustado Crispino por la muerte de su colega y por su propia herida, partió a favor de la noche siguiente, ganó las montañas más inmediatas, y estableció su campamento en la cumbre más alta y segura. Entonces se entabló entre los dos generales lucha de astucia, por una parte para tender lazos y por otra para burlarlos. Con el cadáver de Marcelo cayó su anillo en poder de Aníbal. Temiendo Crispino que el general cartaginés lo emplease como instrumento de engaño y astucia, envió mensajeros a todas las ciudades vecinas para anunciarles que su colega había muerto, que el enemigo se había apoderado de su anillo, y que debían desconfiar de toda carta escrita a nombre de Marcelo. Acababa de presentarse en Salapia*

el mensajero del cónsul, cuando trajeron una carta de Aníbal, escrita a nombre de Marcelo, en la que decía que "a la noche siguiente llegaría a Salapia y que la guarnición debía estar preparada por si necesitaba sus servicios". No cayeron en el lazo los habitantes, comprendiendo que Aníbal, tan furioso por su defección como por la pérdida de sus jinetes, buscaba ocasión de venganza. Despidieron al desertor romano que había servido de mensajero, para que la guarnición tomase las disposiciones convenientes sin testigos; y los habitantes se colocaron sobre las murallas y en los puntos que convenía guardar. Aquella noche se reforzaron los centinelas de las puertas con especial cuidado, y aquella por donde se esperaba al enemigo se confió a lo más escogido de la guarnición. Aníbal llegó cerca de la cuarta vigilia, Llevando a vanguardia los desertores romanos armados a la romana. Cuando llegaron a la puerta, hablaron en latín a los guardias, les llamaron y mandaron abrir: "Es el cónsul" -decían-. Los guardias, que fingieron despertar a sus gritos, se removieron, se agitaron en desorden y movieron la puerta. El rastrillo estaba caído y cerrado; levantáronlo con palancas y cuerdas y lo suspendieron a la altura suficiente para que pudiese pasar un hombre de pie. En cuanto vieron libre la entrada se precipitaron los desertores a porfía. Unos seiscientos habían penetrado ya en la ciudad, cuando de pronto soltaron la cuerda y el rastrillo cayó con estrépito. Una parte de los habitantes cayeron sobre los desertores, quienes, como soldados en marcha que llegan a ciudad amiga, llevaban colgadas las armas a la espalda; otros, desde lo alto de las murallas y de la torre que dominaba la puerta, rechazaron al enemigo con piedras, palos y venablos. Viéndose Aníbal cogido en sus propios lazos, se retiró y tomó el camino de Locros para hacer levantar el sitio que Cincio estrechaba vigorosamente con el material y las máquinas de toda clase traídas de Sicilia. Magón desesperaba ya de defender y conservar la plaza, cuando la muerte de Marcelo le infundió alguna esperanza. Muy pronto supo por un mensajero que Aníbal, precedido por la caballería númida, avanzaba en persona con toda la rapidez posible a la cabeza de su infantería. A las primeras señales que le anunciaron la aproximación de los númidas, mandó abrir las puertas y atacó bruscamente al enemigo. Al principio, lo repentino del ataque, más bien que la igualdad de fuerzas con los romanos, mantuvo dudoso el combate. Pero a la llegada de los númidas, el espanto cundió entre los romanos, que huyeron en desorden hacia el mar y se reembarcaron, abandonando los instrumentos y las máquinas que servían para batir las murallas. De esta manera hizo levantar el sitio de Locros la llegada de Aníbal».

27) Escipión Emiliano, en las operaciones frente a Numancia, distribuyó arqueros y honderos no sólo entre todas sus cohortes, sino que también entre todas las centurias.

Nota: Año 133 a. de C. Vegecio, 1:15-16 *narra instancias que ilustran acerca del rol importante desempeñado en las batalla romanas por los arqueros, honderos y lanzadores de jabalina, y enfatiza la necesidad de entrenar en la disciplina de la arquería: «**XV EL USO DEL ARCO**. Un tercio o un cuarto de los soldados más jóvenes y capaces deben también ejercitarse en el poste con arcos y flechas construidos expresamente con este propósito. Los instructores de este arma deben ser elegidos con cuidado y deben aplicarse diligentemente para enseñar a los hombres a agarrar el arco en la posición adecuada, a tensarlo con fuerza, a mantener la mano izquierda estable, a tirar acertadamente con la derecha, a dirigir su atención y su mirada al objetivo y a tomar puntería con igual precisión tanto a pie como a caballo. Pero esto no se adquiere sin gran dedicación, ni se*

conserva sin ejercicio diario y práctica. La utilidad de los buenos arqueros en el combate es claramente demostrado por Catón en su tratado sobre la disciplina militar. A la constitución de un cuerpo de tropas de esta clase debió Claudio su victoria sobre un enemigo que, hasta ese momento, se había mostrado superior a él. Escipión el Africano, antes de su combate con los Numantinos, que habían hecho pasar al ejército romano bajo el yugo, consideró que no tendría ninguna posibilidad de éxito a no ser que incorporara cierto número de arqueros selectos con cada centuria.

XVI LA HONDA. *Se debe instruir a los reclutas en el arte del lanzamiento de piedras tanto a mano como con honda. Se dice que los habitantes de las islas Baleares han sido los inventores de la honda, y que su sorprendente destreza en el manejo la debían a la forma de enseñar a sus niños. Sus madres no les permitían coger su comida si antes no la habían derribado con sus hondas. Los soldados, a pesar de su armadura defensiva, quedan a menudo más vejados por los cantos rodados que por las flechas del enemigo. Las piedras matan sin lacerar el cuerpo y la contusión es mortal sin pérdida de sangre. Es universalmente sabido que los antiguos emplearon honderos en sus combates. Existe el mayor motivo para instruir a todas las tropas, sin excepción, en este ejercicio, pues la honda no suele considerarse de gran importancia y a menudo resulta del mayor servicio, especialmente cuando se está obligado a combatir en poblaciones de piedra, o a defender una montaña o promontorio, o al rechazar al enemigo que ataca una ciudad o castillo».*

28) Cuando Pelópidas, el Tebano, fue puesto en fuga por los tesalios y cruzó el río sobre el cual él había construido un puente de emergencia, ordenó a su retaguardia que quemara el puente, a fin de que esto no pudiera servir también como medio de paso al enemigo que lo perseguía.

Nota: *Años 369 a 364 a. de C.*

29) Cuando los romanos, en ciertas operaciones no eran rivales para la caballería campania, Quinto Nevio, un centurión en el ejército de Fulvio Flaco, el procónsul, concibió el plan de escoger del ejército entero a los hombres que parecieran más ligeros de pies y de estatura media, armándolos con pequeños escudos, cascos, y espadas, y dando a cada hombre siete lanzas, de cerca de cuatro pies de longitud. A estos hombres los unió a la caballería, y mandó que avanzaran hasta las mismas murallas, y luego, tomando su posición en aquel punto, lucharan entre la caballería del enemigo, cuando nuestra caballería se retiraba. Por estos medios los campanios sufrieron severamente y sobre todo sus caballos. Cuando éstos fueron lanzados a la confusión, la victoria se hizo fácil para nuestras tropas.

Nota: Año 211 a. de C. Livio, 26:4 *«Entre tanto, todo el esfuerzo de la guerra se había reconcentrado contra Capua, que más bien estaba bloqueada que sitiada. Los esclavos y la plebe no podían soportar ya el hambre, ni la plaza enviar mensajeros a Aníbal: tan estrechamente bloqueada estaba. Encontróse al fin un númida a quien se entregó una carta bajo promesa de que escaparía, y que, fiel a su compromiso, consiguió durante la noche atravesar las líneas romanas. Esta evasión alentó a los campaneos a intentar una salida general mientras les quedaban fuerzas. En los combates de caballería tenían*

incontestable ventaja, pero su infantería quedaba derrotada. Sin embargo, los romanos experimentaban menos alegría por sus triunfos que tristeza por sus descalabros causados por un enemigo sitiado y casi en su poder. El arte vino al fin a suplir la fuerza que faltaba a la caballería; en todas las legiones se eligieron los jóvenes más ágiles y vigorosos; diéronles escudos más cortos que los de los jinetes, y siete venablos de cuatro pies de largo y terminados con un hierro como el de los que usaban los vélites. Los jinetes tomaron a cada uno de ellos a la grupa y les acostumbraron a mantenerse a su espalda y a lanzarse al suelo a la primera señal. Cuando después de diarios ejercicios se encontraron bastante adiestrados, avanzaron por la llanura que se extendía entre el campamento y las murallas contra la caballería campania, formada en batalla. Cuando llegaron al alcance de los venablos, lámanse a tierra los vélites, y convertidos repentinamente de jinetes en infantes, se lanzan sobre las turmas enemigas arrojando vigorosamente sus venablos uno tras otro, con los que hirieron considerable número de jinetes y caballos; pero la novedad de aquella maniobra y la sorpresa fueron la causa principal del terror del enemigo. La caballería romana, precipitándose sobre la campania, sobrecogida ya, de espanto, hizo muchos estragos en ella, persiguiéndola hasta las puertas de la ciudad. Desde entonces las fuerzas romanas tuvieron también la superioridad en la caballería, y los vélites quedaron en adelante agregados a las legiones. Dicese que fue autor de esta reforma un centurión llamado Q. Nevio, y que le fue muy honrosa ante el general».

30) Cuando Publio Escipión estaba en Lidia y observó que el ejército de Antíoco estaba desmoralizado por la lluvia, que caía día y noche sin cesar, y cuando después notó que no sólo los hombres y los caballos estaban agotados, sino que hasta los arcos quedaban inútiles por efecto de la humedad sobre sus cuerdas, impulsó a su hermano a librar la batalla al día siguiente, aunque fuera consagrado a la observancia religiosa. La adopción de este plan fue seguida por la victoria.

Nota: Año 190 a. de C. Floro, 2:8 § 17: *« ¡Que no se vanaglorie Atenas! En Antíoco vencimos: á Jerjes; igualamos á Temístocles con Emilio, y en Efeso contrarrestamos el lauro de Salamina. Siendo cónsul Escipión, a quien voluntariamente servía en calidad de lugarteniente su hermano el Africano, vencedor de Cartago, determinamos concluir por completo con Antioco -verdad es que nos había cedido todo el mar- pero nuestras miras iban roas lejos. Constituyéronse los reales en el monte Sipylo y el río Meandro. Aquí se encontraba el Rey con numerosas tropas, así auxiliares corno nacionales, y consistentes-¡increíble parece!- en trescientos mil infantes y un número proporcionado de caballos y curros armados con hoces. Los elefantes, resplandeciendo con su marfil y con el oro y púrpura de que estaban adornados, protegían ambas alas del ejército. La misma grandeza del apresto militar constituyó un poderoso obstáculo para el enemigo, á lo que se añadió -por dicha nuestra- una lluvia repentina que destempló los arcos de los Persas. El azoramiento del enemigo en un principio, y la fuga después decidieron en nuestro favor la victoria. Al humillado y suplicante monarca se le otorgó la paz y una parte de sus estados de tan buen grada, coma fácil había sido su derrota».*

31) Cuando Catón devastaba España, los enviados de los Ilergetes, una tribu aliada de los romanos, vino y pidió ayuda. Catón, no queriendo distanciarse de

sus aliados rechazando dar ayuda, o disminuir su propia fuerza dividiendo sus fuerzas, ordenó a una tercera parte de sus soldados que prepararan raciones y subieran a sus barcos, dándoles directivas para que volvieran y alegaran vientos frontales como razón de esta acción. Mientras tanto, el informe de la ayuda próxima continuó antes que ellos, levantando las esperanzas de los Ilergetes, y echando por tierra los proyectos del enemigo.

Nota: Año 195 a. de C. Livio 34:11-13: *«**11.** Entre tanto el cónsul estaba acampado en España cerca de Emporias. Bilistage, rey de los ilergetas, le envió tres legados, entre los que se encontraba su hijo, para darle cuenta "de que sitiaban sus plazas fuertes, y que no tenía esperanza alguna de resistir, si los romanos no le concedían un socorro. Tres mil hombres serían suficientes, decían, y si recibían este refuerzo, alejaríanse los enemigos". El cónsul contestó "que lamentaba sus peligros y temores, pero que no tenía bastantes fuerzas para poder, sin peligro, delante de un ejército numeroso, con el que esperaba diariamente trabar combate, separar una parte y disminuir así sus recursos". Al escuchar esta contestación, los legados cayeron de rodillas y suplicaron al cónsul, con lágrimas en los ojos, que no les abandonase en circunstancias tan apuradas. "Rechazados por los romanos, añadían, ¿a quién podrían dirigirse? No tenían otros aliados ni otros protectores en el mundo. Podían haber escapado a aquel peligro, a querer faltar a su fe y hacer causa común con los rebeldes. Pero no les habían intimidado las amenazas y medios de terror, porque esperaban encontrar en los romanos defensa y protección seguras. Si así no era y el cónsul rechazaba sus súplicas, ponían por testigos a los dioses y a los hombres de que, muy a pesar suyo, se verían obligados a faltar a la fe para evitar la triste suerte de Sagunto, porque preferían sucumbir con el resto de España a perecer solos".*

12. *El cónsul les despidió aquel día sin darles contestación; pero durante la noche siguiente le agitaron dos ideas. No quería abandonar a sus aliados, ni debilitar su ejército, temiendo verse obligado a aplazar el combate o exponerse librándolo. Tomó, pues, el partido de no disminuir sus fuerzas para imponer a los enemigos y mantener a los aliados en vana esperanza. Frecuentemente las apariencias producen mejores resultados que la realidad, especialmente en la guerra; y aquel que cuenta con un apoyo, confía tanto como si se le hubiese socorrido, verdaderamente, encontrando en sus mismas esperanzas y energías medio de salvación. A la mañana siguiente contestó a los legados "que a pesar del temor a disminuir sus fuerzas prestándoles socorros, atendía más a los peligros do su posición que al suyo propio". En seguida mandó a la tercera parte de los soldados de cada cohorte cocer prontamente el pan para embarcarlo. Las naves debían estar preparadas para el tercer día. Dos legados recibieron encargo de enterar de estas disposiciones a Balistage y los ilergetas; el hijo del rey recibió muchos regalos y obsequios y el cónsul le conservó a su lado. Los legados no partieron hasta ver embarcados a los soldados, dando por consiguiente como cierta esta noticia, y tanto sus conciudadanos como sus enemigos quedaron convencidos de que iba a llegar el socorro prometido por los romanos.*

13. *Considerando el cónsul que eran suficientes estas demostraciones, mandó desembarcar a los soldados. Acercábase la estación de entrar en campaña, y llevó sus cuarteles de invierno a tres millas de Emporias, y aprovechando ocasiones favorables, dejaba el campamento con débil guardia y salía para talar el territorio enemigo, en tanto*

de un lado, en tanto de otro. Estas expediciones las hacia ordinariamente de noche, con objeto de alejarse del campamento todo lo posible y encontrar a los enemigos sin defensa. De esta manera ejercitaba a sus soldados bisoños y hacía considerable número de prisioneros. Los españoles no se atrevían a salir de sus plazas fuertes; y cuando se creyó bastante seguro de las disposiciones de sus soldados y de las del enemigo, reunió a todos los tribunos, prefectos, caballeros y centuriones, y les dijo: "Ha llegado la ocasión que tanto habéis deseado de hacer brillar vuestro valor. Hasta ahora más bien habéis hecho guerra de merodeadores que librado combates regulares; ahora vais a pelear con el enemigo en batalla campal. No se trata ya de devastar campos; podéis saquear los tesoros de las ciudades. Nuestros padres, en época en que España pertenecía a los cartagineses y la ocupaban sus generales y ejércitos, mientras que nosotros no teníamos ni generales ni soldados, hicieron, a pesar de esto, incluir en un tratado una cláusula que fijaba el Ebro como límite de sus posesiones. Hoy que dos pretores, un cónsul y tres ejércitos ocupan esta provincia, y que ni un solo cartaginés la ha pisado hace cerca de diez años, hemos perdido nuestras posesiones aquende el Ebro. Necesario es que nuestras armas y valor las conquisten de nuevo; necesario es que estos pueblos que muestran siempre más apresuramiento para la revuelta que tesón en la resistencia, se vean obligados a entrar de nuevo bajo el yugo que han sacudido". Después de haberles dirigido esta exhortación, declaró que aquella misma noche les llevaría al campamento enemigo, y les envió a comer y descansar».

32) Dado que en el ejército de Pompeyo había una gran fuerza de caballería romana, que por su habilidad con las armas forjó estragos entre los soldados de Cayo César, éste último ordenó que sus tropas apuntaran con sus espadas a las caras y ojos del enemigo. Obligó así al enemigo a apartar sus caras y retirarse.

Nota: Año 48 a. de C. Plutarco, César, 44-45: *«**44.** Cuando ya se habían recogido las tiendas vinieron los escuchas, anunciándole que los enemigos bajaban dispuestos para batalla, con lo que se alegró sobremanera, y haciendo súplicas a los dioses, ordenó su ejército en tres divisiones. El mando del centro lo dio a Domicio Calvino; y de las alas tuvo una Antonio y él mismo la derecha, habiendo de pelear en la legión décima; y como viese que contra ésta estaba formada la caballería enemiga, temiendo su brillantez y su número, mandó que de lo último de su batalla vinieran sin ser vistas seis cohortes adonde él estaba y los colocó detrás del ala derecha, instruyéndolas de lo que debían hacer cuando la caballería enemiga acometiese. Pompeyo tomó para sí el ala derecha, la izquierda la dio a Domicio y el centro lo mandó su suegro Escipión. Toda la caballería amenazaba desde el ala izquierda con intención de envolver la derecha de los enemigos y causar el mayor desorden donde se hallaba el mismo general porque les parecía que fondo ninguno de infantería podría bastar a resistirles, sino que todo lo quebrantarían y romperían en las filas enemigas cargando de una vez con tan grande número de caballos. Mas al tiempo de hacer ambos la señal de la acometida, Pompeyo dio orden a su infantería de que estuviera quieta y a pie firme esperara el ímpetu de los enemigos hasta que se hallaran a tiro de dardo; en lo que dice César cometió un gran yerro no haciéndose cargo de que la acometida con carrera se hace en el principio temible, porque da fuerza a los golpes y enciende la ira con el concurso de todos. Por su parte, cuando iba a mover sus tropas y con este objeto las recorría, vio entre los primeros a un centurión de los más fieles que tenía, y muy experimentado en las cosas de la guerra, que estaba alentando a los que mandaba y exhortándolos a portarse con valor. Saludóle*

por su nombre: "¿Y qué podemos esperar- le dijo-, Cayo Crasinao? ¿Cómo estamos de confianza?" Y Crasinao, alargando la diestra y levantando la voz: "Venceremos gloriosamente ¡oh César!- le respondió-, porque hoy, o vivo o muerto me has de dar elogios". Y al decir estas palabras acometió el primero a carrera a los enemigos, llevándose tras sí a los suyos, que eran ciento veinte hombres. Rompe por entre los primeros, y penetrando con violencia y con mortandad bastante adelante, es traspasado con una espada, que, hiriéndole en la boca, pasó la punta hasta salir por colodrillo. ***45.*** *Cuando de este modo chocaban y combatían en el centro los infantes, movió arrebatadamente del ala izquierda la caballería de Pompeyo, alargando su formación para envolver la derecha de los enemigos; pero antes de que llegue salen las cohortes de César y no usan, según costumbre, de las armas arrojadizas, ni hieren de cerca a los enemigos en los muslos y en las piernas, sino que asestan sus golpes a la cara y en ella los ofenden, amaestrados por César para que así lo ejecutasen, por esperar que unos hombres que no estaban hechos a guerras ni a heridas, jóvenes, por otra parte, y preciados de su hermosura y belleza, evitarían sobre todo esta clase de heridas, no tolerando el peligro en el momento presente, y temiendo la vergüenza que hablan de pasar después, como efectivamente sucedió, pues no pudieron sufrir las lanzas dirigidas al rostro, ni tuvieron valor para ver el hierro delante de los ojos, sino que o volvieron o se taparon la cara para ponerla fuera de riesgo. Finalmente, asustados por este medio, dieron a huir, echándolo todo a perder vergonzosamente, porque los que vencieron a éstos envolvieron a la infantería y la destrozaron cayendo por la espalda. Pompeyo, cuando desde la otra ala vio que los de caballería se habían desbandado entregándose a la fuga, ya no fue el mismo hombre, ni se acordó de que se llamaba Pompeyo Magno, sino que semejante a aquel a quien Dios priva de juicio, o que queda aturdido con una calamidad enviada por la ira divina, enmudeció y marchó paso a paso a su tienda, donde, sentado, daba tiempo a lo que sucediera; hasta que, puestos todos en fuga, acometieron los enemigos al campamento, peleando contra los que habían quedado en él de guardia. Entonces, como si recobrara la razón, sin pronunciar, según dicen, más palabras que éstas: ¿Conque hasta el campamento?, se despojó de las ropas propias de general, mudándolas por las que a un fugitivo convenían, y salió de allí. Qué suerte fue la que tuvo después, y cómo habiéndose entregado a unos egipcios recibió la muerte, lo declaramos en lo que acerca de su vida hemos escrito antes».*

33) Cuando los Voccaei fueron presionados con fuerza por Sempronio Graco en una batalla campal, rodearon su fuerza entera con un anillo de carros que habían llenado con sus guerreros más valientes vestidos con ropas femeninas. Sempronio se lanzó con mayor audacia para asaltar al enemigo, porque se imaginó avanzando contra mujeres, encontrándose que los que estaban en los carros los atacaron y lo pusieron en fuga.

Nota: *Año 179-178 a. de C.*

34) Cuando Eumenes de Cardia, uno de los sucesores de Alejandro, fue sitiado en cierta fortaleza, y no podía ejercitar a sus caballos, los hacía suspender durante ciertas horas cada día en tal posición que, descansando en sus piernas traseras y con sus pies delanteros en el aire, movían sus piernas hasta que el sudor corría, en sus esfuerzos por recobrar su postura natural.

Nota: Año 320 a. de C. Plutarco, Eumenes, 11: *«Levantó en seguida trincheras alrededor de Nora, y, dejando la fuerza correspondiente, se retiró. Sitiado Éumenes, guardaba aquel recinto, dentro del cual tenía trigo en abundancia, agua y sal; pero fuera de esto, ningún otro comestible, ni con qué condimentarle. Mas, a pesar de todo, aún hizo alegre la vida a los que le acompañaban, teniéndolos por días a su mesa y sazonando la comida con una conversación y afabilidad llena de gracia. Su semblante era también dulce y en nada parecido al de un guerrero agobiado con las armas, sino alegre y risueño; y, en fin, en todo su cuerpo se mostraba erguido y alentado, pareciendo que con cierto arte guardaban entre sí una admirable simetría todos los miembros. No era elegante en el decir, pero sí gracioso y persuasivo, como se puede colegir de sus cartas. Lo que más mortificaba a los que tenía consigo era la angostura a que estaban reducidos, siéndoles preciso vivir apiñados en casas muy pequeñas, y en un recinto que no tenía más que dos estadios de circunferencia, y tomar el alimento sin ningún ejercicio, manteniendo también ociosos a los caballos. Queriendo, pues, no sólo librarlos del fastidio que en la inacción los consumía, sino tenerlos ejercitados para la fuga, si acaso llegaba el tiempo, a los hombres les señaló para paseo el edificio más capaz de todo aquel terreno, que, sin embargo, no tenía más que catorce codos de largo, encargándoles que fueran por grados aligerando el paso. A los caballos los hizo atar al techo con recias sogas, que, pasando por el arranque del cuello, los tenían en el aire, levantándolos más o menos por medio de una polea; púsolos, pues, de modo que con las patas traseras se apoyaban en el suelo, pero con las delanteras, cuando tocaban en él, era con la puntita del casco. Soliviados en esta disposición, los mozos de cuadra los hostigaban con gritos y latigazos, con lo que, llenos de ardor y de ira, se levantaban y agitaban sobre los pies; y para sentar en firme las manos y pisar el pavimento tenían que poner en contorsión todo el cuerpo, costándoles semejante esfuerzo mucho sudor y no pocos bufidos, y sirviéndoles este ejercicio de gran provecho, así para la agilidad como para la fuerza y lozanía. Echábanles la cebada majada, para que la mascaran más fácilmente y la digirieran mejor».*

35) Cuando ciertos bárbaros prometieron a Marco Catón guías para la marcha y también refuerzos, a condición de que les fuera asegurada una suma grande de dinero, él no vaciló en hacer la promesa, dado que, si ellos ganaban, él podría recompensarlos con los despojos del enemigo, mientras que si eran muertos, sería liberado de su promesa.

Nota: Año 195 a. de C. Plutarco, Catón el Mayor, 10: *«Designado cónsul con Valerio Flaco, su amigo y deudo, le tocó por suerte la provincia que llaman los Romanos España Citerior. Mientras allí vencía a unos pueblos con las armas y atraía a otros con la persuasión vino contra él un ejército de bárbaros tan numeroso: que corrió peligro de ser vergonzosamente atropellado; por lo cual imploró el auxilio de los Celtíberos, que estaban cercanos. Pidiéronle éstos por precio de su alianza doscientos talentos, y teniendo todos los demás por cosa intolerable que los Romanos se reconocieran obligados a pagar a los bárbaros aquel precio de su auxilio, les replicó Catón que nada había en ello de malo, pues si vencían, serían los enemigos quienes lo pagasen, y si eran vencidos, no existirían ni los que lo habían de pagar ni los que lo habían de pedir. Salió por fin vencedor en batalla campal, y todo le sucedió prósperamente: diciendo Polibio que a su orden todas las ciudades de la parte de acá del río Betis en un mismo día demolieron sus*

murallas, no obstante ser en gran número y estar pobladas de hombres guerreros. El mismo Catón dice haber sido más las ciudades que tomó que los días que estuvo en España; y no es una exageración suya si es cierto que llegaron a trescientas. Fue mucho lo que los soldados ganaron en aquella expedición, y, sin embargo, repartió además a cada uno una libra de plata, diciendo que era mejor volviesen muchos con plata que pocos con oro; pero de tanto como se cogió dice no haber tomado para sí más que lo necesario para comer y beber. "No es esto que yo acuse- decía- a los que procuran aprovecharse de estas cosas, sino que quiero más contender en virtud con los buenos que en riqueza como los más ricos, o en codicia con los más acaudalados." Ni solamente él mismo se conservó puro, sin haber tomado nada, sino que hizo se conservaran también puros los que tenla consigo en aquella expedición, que no eran más que cinco esclavos. Uno de éstos, llamado Paccio, compró de entre los cautivos tres mozuelos, y habiéndolo llegado a entender Catón, mandó que lo ahogasen antes que se pusiese delante, y vendiendo los tres mozuelos, hizo poner el precio en el erario».

36) Cuando cierto Estatilio, caballero de distinguido historial, mostró una inclinación a desertar al enemigo, Quinto Máximo ordenó que fuera convocado a su presencia, y pidió perdón por no haber conocido hasta entonces los verdaderos méritos de Estatilio, debido a los celos de sus compañeros soldados. Entonces, dando a Estatilio un caballo y otorgándole un gran regalo de dinero además, tuvo éxito en despedir a un hombre alegre que, cuando convocado, estaba lleno de remordimientos; logró también asegurar para el futuro a un caballero leal y valiente en lugar de uno cuya lealtad estaba en duda.

Nota: Plutarco, Fabio, 20: *«En cuanto a las defecciones de las ciudades y la deserción de los aliados, era Fabio de opinión que debían contenerse y excitarse en éstos el pudor, hablándoles suave y mansamente, sin descubrirles todo lo que se sabe y sin manifestarse del todo incomodado con los que se hacen sospechosos. Así se dice que habiendo entendido que un Marso, buen militar, y en linaje y valor muy principal entre los aliados, había movido con algunos pláticas de defección, no se irritó con él, sino que, reconociendo que injustamente había sido olvidado: "Ahora- le dijo-, la culpa ha sido de los jefes que distribuye en los premios por favor más que por consideración al mérito; pero, en adelante, cúlpate a ti mismo si no vinieses a mí y me dijeses lo que echas menos"; y, dicho esto, le regaló un caballo hecho a la guerra y le remuneró con otros premios, con lo que desde entonces lo tuvo muy adicto y muy apasionado. Porque le parecía cosa terrible que los aficionados a caballos y perros borren lo que hay de áspero e indócil en estos animales, más bien con el cuidado, la suavidad y el alimento, que no con latigazos y ataduras; y que el hombre que tiene mando no ponga lo principal de su esmero en la afabilidad y la mansedumbre, portándose todavía con más dureza y violencia que los labradores, los cuales, a los cabrahigos, los peruétanos y los acebuches, los ablandan y suavizan injertándolos en olivos, en perales y en higueras. Refiriéronle asimismo los Centuriones que un Luqués se marchaba del campamento y abandonaba a menudo su puesto; preguntóles qué era lo que en lo demás sabían de su porte, y como todos a una le asegurasen que con dificultad se encontraría otro tan buen soldado como él, y al mismo tiempo le indicasen aquellas proezas y hazañas suyas más señaladas, se puso a inquirir la causa de aquella falta. Informósele que, enredado aquel soldado en el amor de una mozuela, con gran peligro y haciendo largos viajes se iba cada día a verla desde el campo. Envió, pues, a uno sin noticia del soldado para que trajese aquella*

mujer, la que ocultó en su tienda, y haciendo venir sólo al Luqués: "No creas- le dijose me oculta que, contra los usos y leyes de la disciplina romana, has pernoctado muchas veces fuera del campamento; pero tampoco se me oculta que antes habías sido excelente soldado, que lo mal hecho hasta aquí quede compensado con tus valerosas hazañas; mas para en adelante ya tengo yo a quien encomendar tu guarda". Maravillóse a esto el soldado, y haciendo salir entonces a la mujer: "Ésta- le dijo- me es fiadora de que ahora te estarás quieto en el ejército con nosotros, y tú con tus obras me harás ver si faltabas por algún otro mal motivo, y que el amor y ésta no eran más que un pretexto aparente". Así se cuentan estos sucesos».

37) Filipo de Macedonia, habiendo oído que cierto Pitias, un guerrero excelente, se había hecho alejado de él porque era demasiado pobre para mantener a sus tres hijas, y no fue asistido por el rey, y habiendo sido advertido por ciertas personas de estar en guardia contra el hombre, contestó: ¡"qué! ¿Si parte de mi cuerpo estuviera enferma, debería yo cortarla, más bien que darle tratamiento?" Entonces, conduciendo silenciosamente a Pitias aparte para una conversación confidencial, y enterándose de la seriedad de sus vergüenzas domésticas, le suministró fondos, y encontró en él a un mejor y más fiel adherente que antes del alejamiento.

38) Después de una fracasada batalla con los cartagineses, en la cual había perdido a su colega Marcelo, Tito Quincio Crispino, enterándose que Aníbal había obtenido la posesión del anillo del héroe muerto, envió cartas a todas las ciudades municipales de Italia, advirtiendo a los habitantes de no dar crédito a carta alguna que fuera traída sellada con el anillo de Marcelo. Como resultado de este consejo, Salapia y otras ciudades fueron atacadas en vano por los insidiosos esfuerzos de Aníbal.

Nota: Año 208 a. de C. Livio, 27:28: *«Creyendo Aníbal que la muerte de un cónsul y la herida del otro habían sembrado espanto entre los enemigos, quiso aprovechar la ocasión y trasladó en seguida su campamento a la eminencia en que se verificó el combate. Allí encontró el cadáver de Marcelo, que mandó sepultar. Asustado Crispino por la muerte de su colega y por su propia herida, partió a favor de la noche siguiente, ganó las montañas más inmediatas, y estableció su campamento en la cumbre más alta y segura. Entonces se entabló entre los dos generales lucha de astucia, por una parte para tender lazos y por otra para burlarlos. Con el cadáver de Marcelo cayó su anillo en poder de Aníbal. Temiendo Crispino que el general cartaginés lo emplease como instrumento de engaño y astucia, envió mensajeros a todas las ciudades vecinas para anunciarles que su colega había muerto, que el enemigo se había apoderado de su anillo, y que debían desconfiar de toda carta escrita a nombre de Marcelo. Acababa de presentarse en Salapia el mensajero del cónsul, cuando trajeron una carta de Aníbal, escrita a nombre de Marcelo, en la que decía que "a la noche siguiente llegaría a Salapia y que la guarnición debía estar preparada por si necesitaba sus servicios". No cayeron en el lazo los habitantes, comprendiendo que Aníbal, tan furioso por su defección como por la pérdida de sus jinetes, buscaba ocasión de venganza. Despidieron al desertor romano que había servido de mensajero, para que la guarnición tomase las disposiciones convenientes sin testigos; y los habitantes se colocaron sobre las murallas y en los puntos que convenía*

guardar. Aquella noche se reforzaron los centinelas donde las puertas con especial cuidado, y aquella por donde se esperaba al enemigo se confió a lo más escogido de la guarnición. Aníbal llegó cerca de la cuarta vigilia, llevando a vanguardia los desertores romanos armados a la romana. Cuando llegaron a la puerta, hablaron en latín a los guardias, les llamaron y mandaron abrir: "Es el cónsul" -decían-. Los guardias, que fingieron despertar a sus gritos, se removieron, se agitaron en desorden y movieron la puerta. El rastrillo estaba caído y cerrado; levantáronlo con palancas y cuerdas y lo suspendieron a la altura suficiente para que pudiese pasar un hombre de pie. En cuanto vieron libre la entrada se precipitaron los desertores a porfía. Unos seiscientos habían penetrado ya en la ciudad, cuando de pronto soltaron la cuerda y el rastrillo cayó con estrépito. Una parte de los habitantes cayeron sobre los desertores, quienes, como soldados en marcha que llegan a ciudad amiga, llevaban colgadas las armas a la espalda; otros, desde lo alto de las murallas y de la torre que dominaba la puerta, rechazaron al enemigo con piedras, palos y venablos. Viéndose Aníbal cogido en sus propios lazos, se retiró y tomó el camino de Locros para hacer levantar el sitio que Cincio estrechaba vigorosamente con el material y las máquinas de toda clase traídas de Sicilia. Magón desesperaba ya de defender y conservar la plaza, cuando la muerte de Marcelo le infundió alguna esperanza. Muy pronto supo por un mensajero que Aníbal, precedido por la caballería númida, avanzaba en persona con toda la rapidez posible a la cabeza de su infantería. A las primeras señales que le anunciaron la aproximación de los númidas, mandó abrir las puertas y atacó bruscamente al enemigo. Al principio, lo repentino del ataque, más bien que la igualdad de fuerzas con los romanos, mantuvo dudoso el combate. Pero a la llegada de los númidas, el espanto cundio entre los romanos, que huyeron en desorden hacia el mar y se reembarcaron, abandonando los instrumentos y las máquinas que servían para batir las murallas. De esta manera hizo levantar el sitio de Locros la llegada de Aníbal».

39) Después del desastre de Cannas, cuando los romanos estaban tan atemorizados que una gran parte de los sobrevivientes pensó abandonar Italia, y también con el endoso de nobles de la posición más alta, Publio Escipión, entonces muy joven, en la misma asamblea donde era discutido tal rumbo, proclamó con gran vehemencia que él mataría con su propia mano a quienquiera que rechazara declarar bajo juramento que no apreciaba objetivo alguno de abandonar el Estado. Habiéndose ligado primero con tal juramento, desenvainó su espada y amenazó de muerte a uno de aquellos que estaban de pie cerca, a menos que él también prestara juramento. Este hombre fue obligado por miedo a jurar la lealtad; el resto fue obligado por el ejemplo del primero.

Nota: Año 216 a. de C. Livio, 22:53: *«En último caso, como entre estas tropas había cuatro tribunos militares, Fabio Máximo, de la primera legión, cuyo padre había sido dictador el año anterior; L. Publilio Bíbulo y P. Cornelio Escipión, de la segunda, y de la tercera Apio Claudio Pulquer, que recientemente había sido edil, por consentimiento unánime se dio el mando a P. Escipión, muy joven aún, y a Ap. Claudio. En el momento en que deliberaban en corto número acerca de su situación, P. Furio Filo, hijo de un consular, se presentó a decirles: "Que en vano querrán restablecer una esperanza destruida; que la república está irremisiblemente perdida; que muchos jóvenes nobles, a cuyo frente se encuentra L. Cecilio Metelo, buscaban naves para abandonar la Italia y refugiarse en territorio de cualquier rey." Este acontecimiento, deplorable por sí mismo,*

y sobre todo nuevo, hasta después de tantos desastres, les colmó de sorpresa y estupor, y los que se encontraban presentes, proponían deliberar acerca de ello. Pero el joven Escipión, el jefe que los destinos reservaban para esta guerra, replicó que el. consejo nada tenía que ver en aquel asunto: "que en una calamidad tan apremiante, se necesitaba obrar y no discutir; que los que quisieran salvar la república no tenían otra cosa que hacer sino tomar las armas y seguirle; que los enemigos estaban verdaderamente allí donde se tramaban tales propósitos." En seguida, acompañado por corto número, marchó al alojamiento de Metelo, y encontrando alli aquel conciliábulo de jóvenes de quienes le habían hablado, sacó la espada, y levantándola sobre su cabeza, dijo: "Estoy firmemente decidido a no abandonar la república romana y a no consentir que otro la abandone. Si falto a este juramento, que Júpiter Optimo Máximo castigue a mi familia y a mí con la muerte más cruel. Cecilio y todos los que aquí estáis, jurad por estas palabras, yo lo exijo: el que no jure, perecerá al filo de esta espada." Temblando como si hubiesen visto al mismo Aníbal, todos juraron y se entregaron a la guarda de Escipión»..

40) Cuando el campamento de los Volscos fue levantado cerca de arbustos y bosques, Camilo Prendió fuego a todo lo que pudiera llevar las llamas, una vez comenzadas, hasta las mismas fortificaciones. De esta manera privó al enemigo de su campamento.

Nota: Año 389 a. de C. Plutarco, Camilo, 34: *«La mayor parte de los escritores, teniendo por más cierta la otra tradición, la refieren de este modo: nombrado Camilo dictador por tercera vez, sabiendo que el ejército y los tribunos estaban sitiados por los Latinos y los Volscos, precisó a los que ya no estaban en la edad propia, sino que habían pasado de ella, a tomar las armas, y dando un gran rodeo por el monte Marcio, sin ser sentido de los enemigos, fue a colocar su ejército a la espalda de éstos, y encendiendo muchas hogueras, les hizo conocer a aquellos su llegada. Cobraron con esto ánimo, y determinaron salir al campo y trabar batalla, mas los Latinos y Volscos, conteniéndose dentro del vallado, con muchos y gruesos maderos fortalecieron por todas parte el campamento, estando dudosos en cuanto a los enemigos, y teniendo resuelto esperar otro refuerzo de tropas propias, además de contar también con el auxilio de los Tirrenos. Entendiólo Camilo, y temiendo no le sucediese lo mismo que hacía experimentar a los contrarios, teniéndolos cercados, se apresuró a aprovechar la ocasión. Como la defensa del vallado fuese de madera, y el viento a la primera luz soliese soplar con violencia de los montes, hizo que muchos se previnieran con fuego, y moviendo al alba con su ejército, ordenó a los unos que usasen de los dardos, y de la parte opuesta alzasen gritería, y llevó consigo a los que habían de pegar fuego por la parte por donde el viento acostumbraba a soplar sobre el vallado, donde esperaba el momento. Cuando al trabarse la batalla empezó a salir el sol, y se arreció el viento, dando la señal del ataque, rodeó el vallado con los prendedores del fuego. Prontamente se levantó llama donde tanta materia había, y en los maderos de la fortificación, y extendiéndose alrededor, no teniendo los Latinos remedio ni prevención alguna con que apagarlo, cuando ya todo el campamento estuvo ocupado del fuego, reducidos a un punto muy estrecho, tuvieron por precisión que arrojarse sobre los enemigos armados y formados delante del vallado; así fueron muy pocos los que huyeron; y el fuego consumió a todos cuantos quedaron en el campamento, hasta que, apagándolo los Romanos, hicieron presa de los efectos».*

41) En la Guerra Social, Publio Craso fue eliminado casi del mino modo que todas sus tropas.

Nota: *Año 90 a. de C.*

42) Cuando Quinto Metelo estaba a punto de levantar el campamento en España y deseaba mantener a sus soldados en fila, proclamó que había descubierto que había sido puesta una emboscada por el enemigo; por lo tanto los soldados no debían dejar los estandartes ni romper filas. Aunque él hizo esto simplemente con objetivos de disciplina, aún encontrando una emboscada real, encontró a sus soldados impertérritos, ya que les había dado la advertencia.

Nota: *Año 143-142 a. de C.*

Este libro que usted acaba de leer pertenece a la librería **Tus Buenos Libros** en la que puede disfrutar libros de la forma cómo después se explica. A continuación verá cómo funciona todo esto. **Es muy sencillo e interesante.**

Puede visitar esta librería en **http://www.tusbuenoslibros.com/**

¿Qué es la LIBRERÍA VIRTUAL?

Es una **nueva** forma de comprar libros y recibirlos en su ordenador a través de su correo electrónico. **También puede descargar libros GRATIS**

¿Qué ventajas obtengo por comprar así los libros?

Es mucho más **fácil** y **rápido** de recibir. Si se envía por el sistema tradicional, tarda varios días en llegar. Además, en otros casos, los portes los pagaría usted, o se le cargarían en el precio final. Sin embargo, al adquirir libros por este sistema, todos los **gastos de envío son gratis**, con el ahorro que supone para usted. Por otra parte, al ser nulos los gastos de imprenta y distribución, se ofrecen unos precios que no existen en los libros en papel.

¿Cómo sé que me llegan los libros?

Usted recibirá en la cuenta de correo que elija los libros que adquiera. Este sistema está **probado** y **garantizado.**

¿Es compatible con mi ordenador?

Los libros se envían comprimidos en formato PDF con la finalidad que sean compatibles con cualquier sistema (PC, Mac, Linux y otros) y prácticamente cualquier lector de e-books. **Fácil** y **efectivo.**

¿Qué temas se pueden adquirir?

Libros de temática que no se suele encontrar en cualquier librería. Hallará libros sobre el **éxito**, sobre el **poder**, sobre la **mente**...

Naturalmente, encontrará temas tratados en

EL ARTE DE LA ESTRATEGIA en **http://www.elartedelaestrategia.com/** o en consonancia con su línea.

¿Puedo hacer copias?

Por supuesto que si, **todas las copias que quiera**. No hay ningún dispositivo que impida hacer copias electrónicas o en papel. Hacemos esto porque consideramos que ya que usted paga por un producto, es muy **libre** de hacer con el lo que quiera (aunque los que reciban las copias no paguen).

¿Es seguro comprar con tarjeta en Internet?

Comprendo que resulta chocante realizar compras por Internet. El sistema de pago funciona de tal manera que: **es seguro** (nadie puede interferir los datos), nadie conoce el nº de su tarjeta y que yo mismo he hecho la prueba comprando libros y todo funcionó a la perfección. El sistema de pago usado es **PayPal**, en **http://www.paypal.es/es**

La forma de pago es por medio la red de protección de la identidad de **VeriSign** (VIP, VeriSign Identity Protection), que ofrece un nivel adicional de seguridad durante la identificación en sitios Web que muestren el logotipo de VIP con su clave de seguridad de PayPal, por lo que la transferencia reúne todas las medidas de seguridad

Para saber más: PayPal

http://www.paypal.es/es

Se admite el pago con: VISA, American Express, Aurora, Cuenta bancaria, MasterCard

En el caso de que no tenga tarjeta, ya ha habido otras personas en su situación que lo han solucionado de la siguiente manera: han pedido a otra persona que si tenía tarjeta fuera el que les realizara la compra. Después le abonó en metálico el importe de la adquisición.

Me quedan algunas preguntas, ¿me las podría aclarar?

Encantados de ampliar información. Puede enviarme un mensaje en el que exprese sus preguntas a **contacto@tusbuenoslibros.com**.

Es una forma de agradecerle de antemano la oportunidad de servirle, que espero tener algún día.

Reciba un cordial saludo

Carlos Martín Pérez